

FUERZAS PROFUNDAS E IDENTIDAD. REFLEXIONES EN TORNO A SU IMPACTO SOBRE LA POLÍTICA EXTERIOR

Un recorrido de casos

Anabella Busso
Compiladora

Tomo 1

The logo for UNR EDITORA features a stylized sunburst or fan-like symbol above the text "UNR EDITORA".

UNR
EDITORIA

Fuerzas profundas e identidad. Reflexiones en torno a su impacto sobre la política exterior. Un recorrido de casos / Anabella Busso ... [et al.] ; compilado por Anabella Busso. - 1ª ed. - Rosario: Universidad Nacional de Rosario, 2008. EBook.

ISBN 978-950-673-711-5

1. Política Exterior. I. Busso, Anabella II. Busso, Anabella, comp.
CDD 327.1

Diseño Editorial: D.G. Joaquín Paronzini

Fecha de catalogación: 23/12/2008

ÍNDICE

- Prólogo
.....(04)
- Fuerzas profundas, identidad y política exterior. Reflexiones teóricas y metodológicas
Anabella Busso y María Eva Pignatta
.....(06)
- Identidad y fuerzas profundas en Estados Unidos. Excepcionalismo, tradición liberal-tradición conservadora, aislacionismo-internacionalismo, política y religión: su impacto en la política exterior
Anabella Busso
.....(19)
- Las relaciones cívico-militares en Estados Unidos. ¿Una fuerza profunda en proceso de cambio?
Anabella Busso
.....(82)
- Entender a Rusia a través de sus fuerzas profundas: dificultades y desafíos de una reflexión recurrente
Graciela Zubelzú
.....(125)
- Rusia y la definición de sus intereses nacionales: la búsqueda de una guía en clave identitaria
Graciela Zubelzú
.....(142)
- La religión como fuerza profunda en la Rusia contemporánea y en sus vínculos externos
Marta Cabeza
.....(171)
- La incidencia de las fuerzas profundas en el proceso de construcción identitaria de Irán, Irak y Afganistán
Rubén Paredes Rodríguez
.....(183)
- La lucha Global contra el Terrorismo Internacional: un análisis sobre el (fra)-caso de Irak y sus repercusiones en Medio Oriente
Rubén Paredes Rodríguez
.....(235)
- Identidad y Fuerzas Profundas en China. La influencia de la experiencia histórica en la formulación de la Política Exterior
Carla V. Oliva
.....(250)
- Cultura, nacionalismo, modernización y política exterior de China
Gustavo Marini
.....(268)
- Acercas de los autores
.....(295)

PRÓLOGO

La obra que presentamos en este primer tomo es parte de los resultados obtenidos en los proyectos de investigación “Políticas exteriores comparadas: una primera aproximación” y “Políticas exteriores: enfoques comparativos aplicados a estudios de caso”, ambos desarrollados y financiados en el marco del programa 202 de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Rosario.

Las consecuencias de la severa crisis que atravesó nuestro país a partir de 2001 impactaron sobre los asuntos externos incrementando de manera significativa los condicionamientos domésticos sobre la conformación de la agenda y, simultáneamente, aunque parezca paradójico, paralizando nuestra política exterior. En un momento en que la República Argentina necesitaba aunar esfuerzos para lograr que sus necesidades internas encontrasen alguna oportunidad de solución en un mundo globalizado y complejo no pudimos hacerlo. Fuimos, nuevamente, vistos desde afuera como un país impredecible y como una sociedad que no encontraba un destino común. Fronteras adentro florecían las críticas sobre la ausencia de un proyecto nacional basado en ideas e intereses comunes que actuasen como parte de nuestra identidad y sobre la consecuente discontinuidad de nuestra política exterior.

Así fue que nos interrogamos sobre cuáles podrían ser las razones que optimizaran o limitaran la capacidad de un Estado para hacer de su política exterior un instrumento útil en la tarea de dar respuestas a crisis típicas de la era de la globalización. En este marco decidimos incorporar un nuevo proyecto a nuestro programa de investigación donde sumábamos a los análisis sobre el peso de los intereses en la acción externa de los estados el rol de la ideas. Consecuentemente, nos planteamos un estudio exploratorio donde intentamos identificar fuerzas profundas y cuestiones identitarias que influyen sobre la política exterior de los estados favoreciendo –o no– su capacidad para generar cambios positivos que den respuestas a sus necesidades.

Dicha tarea exploratoria estaba guiada por un supuesto tentativo: *prima facie* suponíamos que más allá de las diferentes capacidades de respuesta a las crisis por parte de cada Estado propias de la dicotomía desarrollo-subdesarrollo –visión ligada a las capacidades materiales– la historia de las relaciones internacionales parecería demostrar que aquellos países con determinadas fuerzas profundas que actuaron como elementos estructurales en la construcción de su identidad –sin limitar el dinamismo de este concepto– e impactaron en la política exterior, han logrado mejores resultados que aquellos que carecen de una identidad o que la han fundado sobre alguna fuerza profunda errónea como podría ser la raza, los nacionalismos exacerbados, entre otros.

Nuestro equipo, integrado por investigadores y becarios de CONICET e investigadores del Programa de Categorización, posee una trayectoria significativa en el estudio tanto de política exterior argentina como de otros Estados nacionales. Con esta base de conocimientos adquiridos nos dedicamos a indagar la existencia de fuerzas profundas en el sentido aportado por la Escuela Francesa, su interconexión con la identidad nacional de un país y su impacto en la política exterior. En este primer Tomo presentamos nuestro marco teórico-conceptual y abordamos los casos de Estados Unidos, Rusia, Irán, Iraq, Afganistán y China, mientras el próximo se concentrará principalmente en países latinoamericanos.

Esta tarea de investigación no hubiese sido posible sin la labor profesional y la dedicación permanente de mi colega y Codirectora de ambos proyectos, la Dra. Graciela Zubelzú. Asimismo, quiero manifestar mi mayor agradecimiento a María Eva Pignatta y María Elena Lorenzini, quienes no sólo han aportado al proyecto con sus propias investigaciones, sino que colaboraron a lo largo de estos años con la ardua tarea técnico-administrativa que involucra la presentación de informes y ahora con la edición de este e-book. Finalmente, sumo a lo anterior mi reconocimiento a los aportes de Natalia Ceppi y Gisela Pereyra Doval en la revisión de los artículos incluidos en este tomo y a las gestiones de Patricia Rojo para que las producciones de estos proyectos lleguen a esta publicación. En definitiva, destaco la riqueza del trabajo conjunto entre experimentados y jóvenes investigadores para la producción y difusión de conocimientos a través de esta modalidad electrónica y valoro, muy especialmente, el apoyo de UNR Editora para la consecución de este libro.

Mg. Anabella Busso
Directora de Proyecto

Fuerzas profundas, identidad y política exterior

Reflexiones teóricas y metodológicas

Anabella Busso
María Eva Pignatta



Resumen: Este artículo introduce los ejes que orientan esta investigación. En primer lugar, se plantea el objetivo que constituye el hilo conductor de esta investigación en general y cada uno de los casos en particular. Luego de explicitar las motivaciones que dieron origen a este proyecto, se abordan cuestiones metodológico-conceptuales y en ese marco se plantean los conceptos centrales por los que discurre esta investigación: fuerzas profundas, identidad y política exterior. Por último, se anuncian los casos incluidos y desarrollados.

Palabras clave: fuerzas profundas, identidad, política exterior

Abstract: This article introduces the main axes that orient this research. First, we present the purpose that constitute the conducting thread of this research in general and each of the cases in particular. After specifying the motivations that gave origin to this project, we address methodological and conceptual issues and in that context we develop the main concept which are central to this research: deep forces, identity, foreign policy. Last, we announce the cases that are included and developed.

Key Words: deep forces, identity, foreign policy

Nuestro equipo de investigación posee una larga experiencia en el estudio y seguimiento de la política exterior argentina, tanto en sus dimensiones bilaterales y multilaterales, como en el conocimiento de la acción externa de otros estados en su carácter de contraparte bilateral. Durante el año 2002 y en el marco de la crisis por la cual atravesaba la República Argentina, caracterizada entre otras cuestiones por cierta parálisis de su política exterior que de hecho llevaba más de un año, vimos limitada nuestra tarea de seguimiento debido a la escasez de hechos relevantes a nivel de las relaciones externas y a los condicionamientos que la crisis doméstica generaba sobre la agenda externa de nuestro país.

Desde la perspectiva teórica tradicional de las relaciones internacionales, las capacidades materiales de nuestro país estaban en un estado muy crítico como para pensar en ellas como un instrumento que nos permitiera salir del pantano y modificar nuestra cada vez más deteriorada y descendiente posición en la estructura internacional¹. Sin embargo, la situación era aún más compleja cuando tomábamos conciencia de la ausencia de certezas para salir de la crisis, los inconvenientes para acordar normas comunes y las consecuencias de la anomia.

Así fue que nos preguntamos sobre cuáles podrían ser las razones que optimizaran o limitaran la capacidad de un Estado para hacer de su política exterior un instrumento útil en la tarea de dar respuestas a crisis típicas de la era de la globalización. En este marco decidimos incorporar un nuevo proyecto a nuestro programa de investigación que intenta identificar fuerzas profundas y cuestiones identitarias que influyen sobre la política exterior de los estados favoreciendo –o no– su capacidad de respuesta para generar cambios positivos, que apunten a la inclusión de los intereses del conjunto de la población y faciliten la búsqueda de respuestas a sus necesidades. A esto se le sumó un objetivo metodológico de orden comparativo.

En este contexto y *prima facie* suponemos que más allá de las diferentes capacidades de respuesta a las crisis por parte de cada Estado propias de la dicotomía centro-periferia o desarrollo-subdesarrollo –visión ligada a las capacidades materiales– la historia de las relaciones internacionales parecería demostrar que aquellos países con determinadas fuerzas profundas que actuaron como elementos estructurales de la política exterior y contribuyeron a la construcción de la identidad nacional sin limitar el dinamismo de este concepto, han logrado mejores resultados que aquellos que carecen de una identidad o que la han fundado sobre alguna fuerza profunda errónea como podría ser la raza, los nacionalismos exacerbados, entre otros. En forma consecuente con este supuesto queda claro que las ideas –acertadas o desacertadas– conjugadas con características materiales como tamaño del territorio, población, riquezas naturales, entre otros, resultan factores fundamentales para la comprensión de la política internacional y de los derroteros seguidos por las políticas exteriores adoptadas por los diferentes Estados.²

¹ Cuando hacemos referencia a la perspectiva tradicional de las relaciones internacionales incluimos al realismo y al liberalismo en algunos casos, pero en este tema en particular aludimos al neorrealismo estructural planteado en los términos de Kenneth Waltz, quien define a la estructura internacional como la distribución de capacidades materiales.

² En tanto partimos del supuesto que la política exterior se deriva de una combinación de fuerzas materiales e intereses y una combinación de ideas y valores, no nos proponemos indagar sobre la cuestión de si las ideas importan más que los intereses, sino sobre la forma en que las ideas están presentes en las políticas exteriores de los países seleccionados en este proyecto (Keohane, 2002). En los casos seleccionados las ideas –expresadas en algunos casos

En función de esta conjetura se proyectan dos interrogantes con relación a este proyecto cuyas respuestas intentamos explicitar. Por una parte, surge la pregunta acerca de las motivaciones que dieron origen a este proyecto y justificaron la necesidad de llevarlo adelante. Por otra parte, resulta necesario dar respuesta al desafío teórico y metodológico que esta perspectiva supone.

En lo que respecta a la primera cuestión, ciertas circunstancias históricas y también intelectuales se configuraron en móviles para el desarrollo de este proyecto. Como mencionáramos anteriormente, en el escenario de crisis estructural por la que atravesó la República Argentina las expectativas de los distintos actores sociales y políticos, incluidas las nuestras como investigadores, no encontraban respuestas en ese contexto o se hacían presentes respuestas que hacían sentir aún más la frustración de esas expectativas. Este contexto histórico particular nos estimuló para formular un proyecto que aborda el análisis de fuerzas profundas e identidades y su incidencia en la política exterior. La perspectiva adoptada se encuentra en cierta forma vinculada a que el problema de la identidad surge cuando aparece “una presunta falta de correspondencia en forma de expectativas defraudadas entre el sujeto (y entre los sujetos) y el contexto” (Ortiz 2006-2007: 40).

Las ciencias sociales y humanas se han ocupado de los problemas que tienen que ver con la identidad, cuestión que despunta en el contexto de la modernidad y se refuerza en la modernidad tardía (Ortiz 2006-2007: 40). En palabras de Ortiz, “es entonces cuando brota con fuerza la experiencia social y cultural de la contingencia, de la falta de certezas, de lo nuevo, de la soledad y la incomunicación por parte de los sujetos. Ese tropel de situaciones se entromete en las historias personales, las desarticula, crea las condiciones para la experiencia de una subjetividad cautiva, amenazada, herida o descentrada, y plantea las preguntas sobre el sujeto de la acción, del leguaje y de las creencias” (Ortiz, 2006-2007: 40-41). En efecto, en contextos de cambios, crisis e inestabilidad los problemas identitarios pasan a ocupar un primer plano.

Desde el fin de la Guerra Fría en el campo de las Relaciones Internacionales se ha producido un considerable aumento de los estudios que otorgan especial atención al concepto de identidad, convirtiéndose este en un concepto clave en la investigación. En el contexto de la Posguerra Fría los cambios del sistema internacional –que involucraron situaciones de fragmentaciones, secesiones de estados y luchas étnicas entre otras– motivaron un debate disciplinar en las Relaciones Internacionales que modificó el escenario de marginación en la que se encontraban las identidades y otros factores ideacionales bajo el dominio del neorrealismo y la ortodoxia positivista (Ashizawa, 2008: 575). Un estudio acerca del uso del concepto de identidad en ocho revistas de Relaciones Internacionales desde 1990 a 2002 revela que el mismo ha ido en aumento, aunque este incremento no ha supuesto su uso homogéneo como variable ni una definición conceptual unificada (Horowitz, 2002). A pesar de la pluralidad de perspectivas sobre la identidad, interesa subrayar que en el último tiempo se han incrementado las producciones académicas que vinculan identidad y política exterior.³

como fuerzas profundas- constituyen una variable central y significativa para explicar la evolución de las políticas exteriores.

³ Véase por ejemplo: Banchoff, Thomas (1999), “German Identity and European Integration”, *European Journal of International Relations*, Vol. 5 (3), pp. 259-289; Barnett, Michael (1999), “Culture, Strategy and Foreign Policy

En suma, la crisis en Argentina nos impulsó en principio a formular ciertos interrogantes que iniciaron este proyecto al tiempo que los debates en el campo de las Relaciones Internacionales y los aportes de la escuela francesa constituyeron un nutriente para llevarlo adelante.

En cuanto a nuestro segundo interrogante referido a lo teórico-metodológico, y en función de todo lo expuesto, acordamos ampliar nuestra perspectiva teórica rescatando el rol de las ideas como componentes de la estructura internacional y su aporte a la posibilidad de cambio sin caer en el desconocimiento de la influencia que, creemos, generan las capacidades materiales por sí mismas y, fundamentalmente, en su articulación con las ideas. Por ello, nuestra tarea exploratoria estará guiada por conceptos que se orientan a la necesidad de articular los supuestos sobre la importancia de las ideas que destaca el constructivismo con el impacto de los intereses y las capacidades materiales privilegiado por los enfoques más tradicionales. Asimismo, otorgamos importancia al orden internacional vigente en cada época, motivo por el cual incluimos consideraciones provenientes de la historia de las relaciones internacionales.

Dicho en otras palabras, partimos del supuesto que las ideas y las identidades importan. Esto no significa sostener que importen más que las fuerzas materiales. Consideramos, como sostuvimos más arriba, que tanto los factores materiales como los ideacionales tienen relevancia para la política mundial y para las políticas exteriores, objetos de análisis de este proyecto. En este sentido, nuestra coincidencia con el constructivismo se limita principal, pero no únicamente, al supuesto de que las ideas importan, sin detenernos en el debate ontológico que éstos mantienen con los racionalistas.⁴

Por otra parte, es importante destacar desde nuestro punto de vista que este equipo no adhiere al relativismo absoluto en el plano metodológico porque estimamos que ello sólo nos conduce a una situación de indefinición permanente y, finalmente, no contribuiría a la acumulación del conocimiento. Sin embargo, consideramos que la utilización

Change: "Israel's Road to Oslo", *European Journal of International Relations*, Vol. 5 (1), pp. 5-36; Hopf, Ted (2002), *Social Construction of International Politics: Identities & Foreign Policies, Moscow, 1955 and 1999*, Cornell University Press, New York; Lee, Yong Wook (2006), "Japan and the Asian Monetary Fund: An Identity-Intention Approach", *International Studies Quarterly*, Vol. 50, pp. 339-366; Nau, Henry (2002), *At Home Abroad: Identity and Power in American Foreign Policy*, Cornell University Press, New York.

⁴ En los años noventa emergió con fuerza en el campo de las Relaciones Internacionales el denominado cuarto debate que involucra a racionalistas y constructivistas e interpretativistas. Si bien es cierto que lo que Keohane denominó reflectivismo se encontraba ya en marcha antes de la caída del muro de Berlín, las circunstancias históricas que enmarcaron y enmarcan el cuarto debate -fin del enfrentamiento Este Oeste, implosión de la URSS y más recientemente los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001- están llamadas a convertirse en auténticos hitos de la disciplina, afectando aspectos de este debate vinculados a la importancia de los factores inter-subjetivos y a las cuestiones de identidad en las Relaciones Internacionales (Sodupe, 2003: 18). La discusión dentro de la disciplina en el marco del cuarto debate asumió un tono marcadamente filosófico que incluye cuestiones ontológicas y epistemológicas. En los inicios del cuarto debate la discusión estuvo centrada en cuestiones epistemológicas, -sobre cómo nos acercamos al estudio de la política mundial, etc- pero paulatinamente fueron las cuestiones ontológicas las que fueron ganando terreno en este cuarto debate que se vio plasmado en dos debates: individualismo-holismo y idealismo-materialismo. Se incluyen dentro del racionalismo al realismo, el liberalismo y sus correspondientes neo, mientras que el término reflectivismo fue utilizado por Robert Keohane a fines de los ochenta en un discurso pronunciado ante la International Studies Association (ISA) para aludir a un conjunto de corrientes intelectuales -constructivismo, teorías críticas, postmodernismo, entre otras- que tenían en común su disconformidad con las posiciones dominantes de la disciplina que involucran aspectos epistemológicos y ontológicos (Sodupe, 2003:161). Sin embargo, cabe señalar que esta denominación (reflectivismo) es rechazada por diversos autores en tanto plantean que es una creencia errónea considerar al constructivismo, el pos-estructuralismo y el pos-modernismo como variedades del mismo enfoque reflectivista. Véase Adler (1997).

de un enfoque que combine capacidades materiales junto con elementos ideacionales evita el riesgo de un trabajo centrado en una perspectiva de *status quo*.

Siguiendo a Checkel (1998: 325), corresponde señalar que el constructivismo ha tenido éxito en ampliar el contorno teórico de las Relaciones Internacionales; explorando cuestiones de identidades e intereses que los neoliberales y neorrealistas habían puesto entre paréntesis. Los constructivistas demostraron que su enfoque sociológico conducía a nuevas y significativas interpretaciones de la política internacional, enriqueciendo de este modo los análisis del *mainstream*.

Este debate en el ámbito teórico-disciplinario se desarrolló paralelamente a los últimos años de la Guerra Fría y a la caída de este orden con las consecuencias desestabilizadoras que dicho cambio implicó. Cuando hoy reflexionamos sobre el estado de las Relaciones Internacionales frecuentemente se advierte que desde el final de la Guerra Fría la “fisonomía” de la disciplina ha cambiado radicalmente (Sodupe, 2003).⁵ Brown (1994) representa tal estado del debate equiparando a la teoría de las relaciones internacionales con una ciudad y señalando que la misma ya no se encuentra confinada en su propio y auto-impuesto gueto. Plantea que en tanto sus habitantes –los internacionalistas– han comenzado a derribar sus muros, ayudados por sus amigos del otro lado para concurrir a la metrópolis del pensamiento político y social esperando fundirse con la vida de la ciudad y ayudar a moldear su futuro, un panorama desconcertante se les presenta. Mientras que algunos distinguidos residentes de la ciudad huyen regresando en compañía de extraños de otras ciudades o países para atacar su antigua localidad, otros notables residentes se ven forzados a defender posiciones consideradas intocables por siglos. Desde la mirada de Brown, nos encontramos momentáneamente con una ciudad sitiada y desgarrada por una guerra civil.

Sin embargo, es un dato relevante señalar que en los últimos años se ha observado un diálogo tanto entre disciplinas complementarias como entre quienes eran percibidos anteriormente como incondicionales a determinados paradigmas teóricos. En este trabajo conjunto nos refugiamos para este planteo de un marco teórico mixto. Tal como sostiene Keohane (2002: 10), no se puede imaginar la sociedad ni explicar las relaciones sociales sin hacer referencia tanto a las fuerzas materiales como a la conciencia humana; o a las ideas, foco de las investigaciones de los constructivistas. Es por esto que tenemos en cuenta planteos teóricos de ambas escuelas.⁶

Para llevar adelante esta tarea decidimos dividir la investigación en diferentes etapas. La primera de ellas es de tipo exploratoria e intenta identificar y describir las *fuerzas profundas* y *rasgos identitarios* existentes en cada uno de los países seleccionados que, dicho sea de paso, constituyen casos de estudios particulares para cada uno de nuestros investigadores, para luego analizar la influencia de estas fuerzas profundas y tendencias, como factores constitutivos y explicativos de la identidad de un país, en el diseño y ejecución de la política exterior, teniendo presente que las mismas

⁵ Sobre este tema puede consultarse Snyder, Jack (2004), Walt, Stephen (1998), Salomón González (2002).

⁶ Para otros intentos de integrar en un enfoque factores ideacionales y materiales véase Nau, Henry (2002), *At Home Abroad: Identity and Power in American Foreign Policy*, Cornell University Press, New York. y Sørensen, Georg (2008), “The Case for Combining Material Forces and Ideas in the Study of IR”, *European Journal of International Relations*, Vol. 14 (5), pp- 5-32.

varían en su contenido e intensidad en cada Estado. Es decir, lo que nos interesa señalar es cómo dichas fuerzas impactan sobre las políticas exteriores.

Una segunda etapa de la tarea de investigación consistió en la profundización de ciertos casos que por sus características particulares ameritaban una ampliación de sus contenidos o un estudio más detallado de algunos de sus componentes identitarios que incidían fuertemente en su política exterior. Cerrando esta segunda etapa, se intentó arribar a una conclusión sobre los casos estudiados reflexionando en términos comparativos sobre los mismos. Dicha reflexión se orientó principalmente –y siempre desde una perspectiva exploratoria– a observar si el grado de influencia de las fuerzas profundas identificadas es similar en los diferentes casos, si se produce una articulación o coincidencia entre ciertas ideas prevalecientes y la posesión de fuertes capacidades materiales, y si los componentes ideacionales han sido significativos en las continuidades y los cambios operados en la evolución de las políticas exteriores analizadas.

En función de las exigencias metodológicas de un estudio comparativo transnacional,⁷ debemos dejar en claro que nuestro aporte es limitado en tanto no se basa en un estudio de campo para cada uno de los países incluidos en el proyecto, sino que se respalda en un marco conceptual común y los conocimientos y las experiencias de cada uno de los investigadores en referencia al país abordado, siendo las fuentes documentales y bibliográficas el sustento central de nuestra producción escrita.

Conceptos centrales de la investigación: fuerzas profundas, identidad, política exterior

Como sostuvimos anteriormente trabajamos sobre un marco conceptual común y por ello en este apartado haremos explícitos los principales conceptos que marcan las coordenadas de este proyecto tales como fuerzas profundas, identidad y política exterior.

En esta investigación en especial y en el abordaje de las relaciones internacionales en general no podemos soslayar conceptos que en estos últimos tiempos

⁷ Para este tema véase especialmente Bahry (1986) quien plantea una serie de reglas generales de la investigación transnacional que incluye: a- conceptualizar lo que deseamos examinar, esto es asegurarse de que las cuestiones que planteamos permiten realmente la concreción de un estudio transnacional; b- diseñar adecuadamente la operacionalización, lo que significa que cada variable utilizada debe ser una medida equivalente del mismo concepto en cada cultura de nuestra muestra; c- que la elección de la muestra intente reducir al mínimo los sesgos culturales que puedan afectar nuestras conclusiones; d- que las observaciones sean independientes de un país a otro, o dicho de otra forma que debemos tomar conciencia del fenómeno metodológico denominado difusión o problema de Galton. Con respecto a este último punto Bahry sostiene que “El proceso por el que los sucesos de un solo país afectan a la vida de otro se denomina difusión, y el contraste de sus efectos en una investigación transnacional se llama problema de Galton, que toma su nombre del autor que por primera vez lo describió. Con ello se da a entender que se puede ver una fuerte conexión causal entre dos variables (...) donde en realidad no existe tal conexión entre ellos porque varios países de nuestra muestra están conjuntamente influidos por otro país. En este caso, la amplitud de la muestra carece de valor real, pues las observaciones suplementarias no añaden verdaderamente nueva información.” (Bahry, 1986: 317) Si bien en la actualidad es prácticamente imposible encontrar datos que puedan ser considerados totalmente independientes dado el fenómeno de la globalización, los especialistas recomiendan, como en el caso de Bahry, tomar medidas metodológicas que limiten la selección de casos o países donde el fenómeno de la difusión sea evidente o otros como Sartori evalúan que alcanza con tomar conciencia de que esa difusión existe. Este autor afirma “confieso que no entiendo las consecuencias perjudiciales de la objeción de Galton. Ciertamente, un contagio no advertido nos expone a explicaciones circulares; pero una vez advertido puede incorporarse a la incorporación genética de una regularidad” (Sartori, 1994: 31).

han adquirido una relevancia notoria. Nos referimos fundamentalmente al concepto de *identidad*.

En referencia al mismo cabe diferenciar al menos dos niveles fundamentales en el estudio de la misma, uno individual y otro colectivo. Dicotomías como yo-otro (o nosotros-ellos), igual-diferente, propio-extraño, dentro-fuera expresan lo propio de la identidad tanto individual como colectiva. A nivel individual se responde a la pregunta “¿quien soy?” y en la respuesta se ponderan los diferentes valores y caracteres constitutivos de ese individuo. La pregunta que se plantea a nivel individual se traslada a nivel colectivo (Tokatlian, 2004: 62), ya que todo individuo comparte sus categorías sociales o valores con otros individuos, lo que da un sentido de pertenencia y entonces nos preguntamos “¿quiénes somos?”. En consecuencia podemos hablar de un entrecruzamiento entre lo que es la identidad individual y la colectiva. Sin embargo, el “¿quiénes somos?” no alcanza para definir completamente la noción de identidad colectiva; hay que contestar a otro interrogante que es “¿hacia donde vamos?”. Como sostiene Lafer (2001: 21), la identidad colectiva es la idea de un interés o bien común que lleva a las personas a afirmar una identidad por semejanza, basada en una visión compartida de este bien o interés común. La política exterior y las acciones diplomáticas que se dan dentro de ella tienen la tarea de defender en forma permanente estos intereses frente al mundo (Lafer, 2002: 20), constituyéndose éste en el principal vínculo entre fuerzas profundas, cuestiones identitarias y política exterior.

Asimismo debemos mencionar que la *construcción de la identidad* es un proceso dinámico. Castells (1999: 28) define la identidad como “el proceso de construcción del sentido, atendiendo a un atributo cultural, o un conjunto relacionado de atributos culturales al que da prioridad por sobre el resto de las fuentes del sentido”.

Tal como señala Sodupe (2003: 178) para los constructivistas la identidad y los intereses de los agentes no son previos ni exógenos a la interacción entre ellos sino que surgen como algo intrínseco a la propia vida social, ya que consideran que la constitución de los agentes es en buena parte consecuencia de esta interacción. La definición de la identidad de los agentes es especialmente contextual; cómo se construyen los diferentes tipos de identidades, por quiénes y con qué resultados depende del contexto social (Castells, 199: 32). Es previsible que los agentes definan su identidad en términos diferentes de acuerdo con el tipo de situación en la que se encuentran. Desde la perspectiva constructivista, un estado puede poseer *múltiples identidades socialmente construidas*, aunque la relevancia de identidades singulares y el compromiso que asuman con cada una de ellas variarán atendiendo al contexto en el que se encuentre (Wendt, 1992: 398). Una vez que la estructura se ha institucionalizado puede ser difícil de cambiar, no obstante cabe tener en cuenta que desde el enfoque constructivista “las identidades y los intereses se forman mediante significados colectivos que están continuamente en movimiento” (Wendt, 1992: 407), es decir que dependen para su reproducción de las prácticas de los agentes. Cambiando las prácticas, cambiará el conocimiento inter-subjetivo que constituye el sistema.⁸

⁸ En relación a esto, diversos autores constructivistas han analizado los vínculos entre el Estado y la soberanía, señalando que la identidad de los Estados modernos como soberanos territoriales debe ser entendida como una construcción social, fruto de la interacción y mutuo reconocimiento como tales. Por tanto, ni el Estado ni la soberanía deben ser entendidos como fijos e inmutables. (Sodupe, 2003: 179) La soberanía, aunque dada como supuesta, es producto de las prácticas, de las normas compartidas, y se halla sujeta a procesos de reproducción y transformación a través de las prácticas de los estados (Wendt, 1992: 412, 413)

En este proceso de construcción de la identidad se observa la convergencia de diferentes elementos constitutivos. Desde nuestra perspectiva, se pueden reconocer algunos más “primigenios” y otros más “circunstanciales”. Los primeros son aquellos que nos constituyen, que nos preceden, que están fuera de elección, como por ejemplo la raza, la etnia, el lenguaje, la geografía, los símbolos, la historia, las creencias preexistentes de la comunidad donde nos insertamos. Como se observa, algunos de ellos naturales y otros sociales, serían el reservorio más primitivo, la impronta, que por su calidad de estructurante, llegan a determinar y/o influenciar –según el caso– comportamientos.

Esta diferenciación entre elementos primigenios y circunstanciales constituye una lectura que debe ser aclarada para su mejor comprensión. En primer lugar, aceptamos la conformación identitaria como un proceso que se ve influenciado por distintos contextos históricos. Sin embargo, algunos de esos elementos que identificamos como primigenios tienden a ser más perdurables en el tiempo y más resistentes al cambio que los circunstanciales, sin que esto signifique que los últimos con el paso del tiempo puedan constituirse en elementos más permanentes, mientras que los primeros pueden ir desapareciendo en el proceso de cambio.

Renouvin y Duroselle afirman que “...las condiciones geográficas, los movimientos demográficos, los intereses económicos y financieros, las características mentales colectivas, las grandes corrientes sentimentales, nos muestran las fuerzas profundas que han formado el marco de las relaciones entre grupos humanos y que, en gran medida han determinado su naturaleza” (Renouvin y Duroselle, 2000: 9-10). La característica común a todas las fuerzas profundas es su carácter perenne en cuanto causa histórica potencial del desencadenamiento de fenómenos y su regularidad observable en el tiempo (Canesin, 2008; 132). Por consiguiente, desde nuestra perspectiva el concepto de *fuerzas profundas* abarca y contiene aquellos elementos que denominamos constituyentes de la identidad, asignando a los mismos un valor primario. En su análisis de la identidad de Brasil Lafer sostiene que son estos factores de persistencia los que ayudan a explicar rasgos importantes de la identidad de un país (Lafer, 2001: 25).

Dicho en otras palabras, para este equipo de investigadores existe una interrelación entre las fuerzas profundas –de diferente tipo, tanto geográficas como culturales– y los elementos identitarios primigenios. Por otra parte, el concepto de fuerzas profundas aportado a las Relaciones Internacionales desde la escuela francesa subraya la importancia de la contextualización histórica del análisis y precede en el tiempo a los estudios específicos de la problemática de la identidad en el campo disciplinar de las Relaciones Internacionales. La noción de multicausalidad de la que parte la escuela francesa (Renouvin y Duroselle, 2000; Duroselle, 1998) resulta un aporte clave en tanto implica el reconocimiento de un vector abierto a la explicación desde distintas causas o influencias que no agotan necesariamente las explicaciones para el desarrollo de determinado fenómeno, actuando siempre como influencias con pesos variados (Canesin, 2008).

El segundo grupo de elementos que denominamos *circunstanciales* son aquellos que proponen una pertenencia por elección, como son las profesiones, la ideología, tareas determinadas por el objetivo y actividades en general. En este rango encontramos movimientos ecologistas, naturalistas, feministas, que en la actualidad, gracias a los

recursos tecnológicos y comunicacionales encontraron medios de encuentro y reconocimiento, lo que ha contribuido a su fortalecimiento. A nivel de identidades estatales, los elementos circunstanciales pueden ser entendidos como aquellos que si bien no forman parte de la estructura identitaria de un Estado, en determinados períodos adquieren tal magnitud que se configuran en rasgos de la identidad –tendencias– e incluso pueden a través del tiempo adquirir el carácter de permanentes y cambiar elementos identitarios existentes. Estos elementos pueden ser producto de determinados procesos decisorios, del diseño y ejecución de determinada política, consecuencia de un cambio de régimen político y nutren el proceso siempre dinámico de las ideas, las normas, los valores que van formando la o las identidades de un conjunto.

Además debemos subrayar que toda esta construcción social que es la identidad, se desarrolla en un contexto de relaciones de poder (Castells, 1999: 29). Si ese colectivo identitario tiene los límites de una nación, se puede hablar de identidad nacional. En la identidad nacional convergen factores que mencionamos antes –como la religión, la lengua, el territorio, la etnia– así como otros factores como el desarrollo tecnológico y comunicacional, la codificación del lenguaje en gramáticas oficiales y factores reactivos (Castells, 1999: 54).⁹

En el proceso de construcción de la identidad nacional juega un rol importante tanto el conjunto social como el Estado. Este último tiene un rol fundamental, ya que el mismo enfatiza ciertos rasgos constitutivos en función de la identidad que se pretende definir, acentuando los rasgos identitarios que son funcionales a sus objetivos. En ese contexto es que ciertas fuerzas profundas adquieren durante determinados periodo mayor relevancia formando parte de la identidad nacional e influyendo en el diseño y ejecución de la política exterior, mientras otras fuerzas profundas permanecen relegadas.

Como afirman Colacrai y Lorenzini, la Política Exterior está ligada a la vida de los pueblos, a las condiciones materiales y espirituales de esa vida, al mismo tiempo que a la acción personal de los hombres de Estado y, en ese marco, recomiendan tomar en cuenta, la distinción realizada por Jean Baptiste Duroselle –en *Todo imperio perecerá*– cuando diferencia “*fuerzas profundas*” y “*fuerzas organizadas*” y sostiene que las relaciones recíprocas entre ambas constituyen el punto esencial de cualquier estudio político interno, pero también, de cualquier estudio sobre relaciones internacionales. De acuerdo con esto último, las autoras infieren que en muchos casos, las *fuerzas organizadas* –como agencias, actores estatales, burocracias– pueden operar modelando o suavizando las *fuerzas profundas*, pero también en otros casos, las “fuerzas organizadas” rescatan o realzan esas fuerzas profundas, tales son los casos del nacionalismo y la relevancia del espacio, entre otros (Colacrai y Lorenzini, 2005).

En forma consecuente con los argumentos anteriores, Nau afirma que “la identidad nacional junto al poder nacional definen los intereses nacionales”, y en esta lógica no queda exenta la política exterior (Nau, 2002: 4 en Tokatlian, 2004: 63). La identidad se construye también en relación con el otro, es decir que en el caso de las identidades nacionales tienen suma importancia las vinculaciones que el Estado establece a nivel internacional, con los diversos actores. Lafer (2002: 20) hace referencia a “identidades

⁹ Castells (1999: 54) retoma el planteo de Rubert de Ventós (1994) que en una reformulación de la perspectiva de Deutsch sugiere una teoría que contempla el surgimiento de la identidad nacional mediante la interacción histórica de cuatro tipo de factores: primarios, generativos, inducidos y reactivos.

nacionales que, paradójicamente se formaron y se forman en función de la vida internacional, en el contacto e interacción con el Otro”.

De igual manera señalamos que la construcción se da en un contexto de relaciones de poder, por lo cual sería menester que las ponderaciones identitarias por parte del Estado y en función de la defensa de los intereses colectivos, estuviesen precedidas por un reconocimiento adecuado de la realidad, en este caso de la realidad internacional, y de los recursos propios en relación con los demás.

A priori, se supone que no todos los países pueden apelar a los mismos rasgos identitarios para el logro de objetivos similares. En otros términos, no existiría un rasgo identitario que garantice iguales resultados para distintos tipos de países –centrales, periféricos, países continentes, potencias, entre otros–. De todos modos esto merece ser indagado, reconociendo qué rasgo identitario ha validado cada país en estudio, para lograr un lugar en el contexto de las relaciones entre naciones y si ha logrado mantenerlo en el tiempo para conseguir los objetivos propuestos.

En lo que refiere al concepto de política exterior optamos por una breve definición, pero que aporta claridad en tanto permite la inclusión de actores tales como la Unión Europea e incluye los “*outputs*” provenientes de distintos mecanismos de gestión del Estado o de iniciativa al tiempo que mantiene cierta austeridad con respecto al vasto número de transacciones internacionales que existen actualmente. Asimismo, tenemos presente que no se puede considerar toda acción particular como una política exterior por separado, ya que en tanto los actores usualmente buscan algún grado de coherencia hacia el mundo exterior, lo que constituye una política exterior es la suma de relaciones oficiales (Hill, 2003). Consecuentemente, consideramos a la política exterior como “la suma de las relaciones externas oficiales conducidas por un actor independiente (usualmente un Estado) en las relaciones internacionales” (Hill, 2003: 3).

La elección de este concepto se debe a que resalta un elemento de importancia como es la búsqueda de cierta coherencia en la acción externa pretendido por los actores públicos y privados y, además porque destaca la diversidad como un elemento importante del contexto internacional.

En una dirección semejante, pero con un lenguaje distinto, Celso Lafer señala que la política exterior es una política pública a través de la cual el Estado busca traducir necesidades internas en posibilidades externas para poder ampliar el poder de control de una sociedad sobre su destino (Lafer, 2002: 21). Si bien este es un concepto deseable, no actúa de esta manera en la totalidad de los estados seleccionados para este proyecto. A través del desarrollo de la investigación iremos desentrañando cómo la identidad y las fuerzas profundas que la componen operan sobre la política exterior, favoreciendo o no la defensa de los intereses nacionales según el caso de estudio.

Dentro de este marco conceptual general los investigadores han identificado diversas fuerzas profundas y componentes identitarios con incidencia en la política exterior de países con características disímiles. Se incluyen casos de países con distintas raíces y tradiciones culturales, diferentes tamaños y grados de desarrollo, y poseedores de desiguales cuotas de poder.

En el primer tomo se incluyen los casos de Estados Unidos, Federación Rusa, China, Irán, Irak y Afganistán. En el segundo tomo se analizan los casos de Argentina,

Brasil, Chile, Bolivia y Sudáfrica. En esta última publicación se incluirán reflexiones generales tanto de los países de América Latina como del conjunto de los casos analizados en ambos tomos.

Bibliografía

- ADLER, Emanuel (1997), "Seizing the Middle Ground. Constructivism in World Politics", *European Journal of International Relations*, vol.3. (3), pp.319-363.
- ASHIZAWA, Kuniko (2008), "When Identity Matters", *International Studies Review*, Vol. 10 (3), pp. 571-598.
- BAHRY, Donna L. (1986), "Mas allá de las fronteras: la práctica de la investigación comparada", MANHEIM, Jarol B., RICH, Richard C., *Análisis político empírico. Métodos de investigación en Ciencia Política*, Alianza Universidad Textos, Madrid.
- BANCHOFF, Thomas (1999), "German Identity and European Integration", *European Journal of International Relations*, Vol. 5 (3), pp. 259-289.
- BARNETT, Michael (1999), "Culture, Strategy and Foreign Policy Change:: Israel's Road to Oslo", *European Journal of International Relations*, Vol. 5 (1), pp. 5-36.
- BROWN, Chris (1994), "'Turtles All the Way Down': Anti-Foundationalism, Critical Theory and International Relations", *Millennium - Journal of International Studies*, vol. 23, pp. 213 - 236.
- CANESIN, Carlos Enrique (2008), "A orden e as forças profundas na Escola Inglesa de Relações Internacionais – em busca de uma possível francofonia", *Revista Brasileira de Política Internacional*, Instituto Brasileiro de Relações Internacionais, año 51, N°1.
- CASTELLS, Manuel (1999), *La era de la Información. Economía, sociedad y cultura*, Vol. 2: *El Poder de la Identidad*, Siglo Veintiuno Editores, México.
- CHECKEL, Jeffrey T. (1998), "The Constructivist Turn in International Relations Theory", *World Politics* 50, 2, January, págs. 324-348.
- COLACRAI, Miryam y LORENZINI, María Elena (2005), "Política exterior de Chile: ¿excepcionalismo o continuidad? Una lectura combinada de fuerzas profundas y tendencias", *Confines*, agosto-diciembre, año/vol.1, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM) Monterrey, México, pp.45-63.
- DUROSELLE, Jean Batiste (1998), *Todo imperio perecerá. Teoría sobre las Relaciones Internacionales*, Fondo de Cultura Económica, México.
- GOLDSTEIN, Judith; KEOHANE, Robert (1999), "Ideas and Foreign Policy" en VIOTTI, Paul; KAUPPI, Mark, *International Relations Theory. Realism, Pluralism, Globalism and Beyond*, Boston, págs.297-306.
- HASENCLEVER, Andreas, MAYER, Peter y RITTBERGER, Volker (1999), "Las teorías de los regímenes internacionales: situación actual y propuestas para una síntesis", en *Foro Internacional*, N° 158, Octubre-Diciembre.
- HILL, Christopher (2003), *The Changing Politics of Foreign Policy*, Palgrave and MacMillan, New York.
- HOPF, Ted (2002), *Social Construction of International Politics: Identities & Foreign Policies, Moscow, 1955 and 1999*, Cornell University Press, New York.
- HOROWITZ, Michael (2002), *Research Report on the Use of Identity Concepts in International Relations*, Harvard Identity Project, disponible en http://www.wcfia.harvard.edu/sites/default/files/identity_use_of_horowitz.pdf
- KEOHANE, Robert (2002), "Las ideas, tan sólo una parte de la explicación", *Revista Desafíos*, N° 6, Bogotá, Semestre I.
- LAFER, Celso (2002), *La identidad internacional de Brasil*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- LEE, Yong Wook (2006), "Japan and the Asian Monetary Fund: An Identity–Intention Approach", *International Studies Quarterly*, Vol. 50, pp. 339–366

- NAU, Henry (2002), *At Home Abroad: Identity and Power in American Foreign Policy*, Cornell University Press, New York.
- ORTIZ, Gustavo (2006-2007), “Sobre la identidad. Problemas y preguntas”, *Studia Politicae*, N°10, primavera-verano.
- RENOUVIN, Pierre y DUROSELLE, Jean Batiste (2000), *Introducción a la historia de las relaciones internacionales*, Fondo de Cultura Económica, México.
- RUSSELL, Roberto (1990), “Política Exterior y toma de decisiones en América latina: aspectos comparativos y consideraciones teóricas”, en edición preparada por Roberto RUSSELL, *Política Exterior y Toma de Decisión en América Latina*, GEL, Buenos Aires, 1990, págs. 255.
- SARTORI, Giovanni (1994), “Comparación y Método Comparativo” en Giovanni SARTORI y Leonardo Morlino, *La Comparación en las Ciencias Sociales*, Alianza, Madrid, págs. 29 a 49.
- SODUPE, Kepa (2003), *La teoría de las Relaciones Internacionales a comienzos del siglo XXI*, Universidad del País Vasco –Servicio Editorial, Bilbao.
- SØRENSEN, Georg (2008), “The Case for Combining Material Forces and Ideas in the Study of IR”, *European Journal of International Relations*, Vol. 14 (5), pp- 5-32.
- TOKATLIAN, Juan Gabriel (2004), *Hacia una estrategia internacional. El desafío de Néstor Kirchner*, Grupo editorial Norma, Buenos Aires.
- WENDT, Alexander (1992) “Anarchy is what states make of it: the social construction of power politics”, *International Organization* 46, 2, Spring, págs. 391-425.

Identidad y fuerzas profundas en Estados Unidos

Excepcionalismo, tradición liberal-tradición conservadora, aislacionismo-internacionalismo, política y religión: su impacto en la política exterior

*Anabella Busso**



* Nota de la autora: Quisiera expresar mi agradecimiento a *Julia Hoppstock* por su colaboración hace ya varios años en la búsqueda, selección y sistematización del material bibliográfico sobre el tema del excepcionalismo americano que he utilizado para el dictado de seminarios de postgrado y que hoy se incluyen en este artículo y a *Sabrina Benedetto* por la relectura de dicho material. A *Esteban Actis*, *Celina Rossa* y *Milagros Brun*, todos estudiantes avanzados de la carrera de Relaciones Internacionales de la UNR, por su participación activa tanto en la búsqueda de material sobre el vínculo entre religión y política como por las reflexiones que me hicieron llegar por escrito. Finalmente, a *María Eva Pignatta* quien a través del trabajo en equipo me ha aportado libros, artículos e invaluables opiniones sobre los temas abordados en este capítulo. A todos ellos mi reconocimiento como asistentes de investigación.

Resumen: En este capítulo analizamos cuatro fuerzas profundas que conforman la identidad estadounidense y han tenido influencia en la política exterior: el excepcionalismo, la tradición liberal y la conservadora, el aislacionismo versus el internacionalismo y la relación entre religión y política. Después de un examen detallado de cada una de ellas confirmamos su influencia, su permanencia en el tiempo y su utilidad como argumentos que han justificado la acción externa de Estados Unidos desde la independencia hasta la actualidad.

Palabras clave: Estados Unidos, fuerzas profundas, política exterior, excepcionalismo, conservadurismo-liberalismo, aislacionismo-internacionalismo, religión-política

Abstract: In this chapter we analyze four deep forces that shape the american identity and have had influence on foreign policy: exceptionalism, liberal and conservative traditions, isolationism versus internationalism, and, finally, the relationship between religion and politics. After a detailed review of each of them we confirmed its influence, its long lasting in time and its usefulness as arguments that have justified United States foreign policy from the days of independence until nowadays.

Key words: United States, deep forces, foreign policy, exceptionalism, conservatism-liberalism, isolationism-internationalism, religion-politics

Estados Unidos es un país con características distintivas desde su conformación como Estado independiente. Las particularidades de la Revolución Americana, su organización institucional diferente a la europea, el peso del liberalismo –incluso sobre el pensamiento conservador–, su progresiva expansión territorial hasta convertirse en un país continente así como su condición de superpotencia durante el siglo XX; todo ello sumado a las creencias de su población han sustentado la idea del *excepcionalismo americano* como una fuerza profunda que forja la identidad nacional. Podríamos afirmar que las ideas conjugadas con condiciones materiales muy propicias sentaron los cimientos sobre los que se estructuró la excepcionalidad.

Desde Alexis de Tocqueville hasta la actualidad numerosos autores han analizado este fenómeno a lo largo del tiempo y si bien existen diferencias en el énfasis otorgado a las causas de este excepcionalismo, todos asignan a los componentes culturales, institucionales y materiales un valor significativo.

Estos componentes culturales, institucionales y materiales han impactado vigorosamente tanto en la política exterior de Washington como en el sistema internacional. El primero de estos impactos se vincula a la histórica supremacía de los asuntos e intereses internos sobre las cuestiones externas y, el segundo, al poder político, económico y militar adquirido por este país en términos comparativos con otras naciones y la consecuente capacidad y voluntad de difundir –o imponer– dichos valores al resto del mundo. Como afirma Hoffman si bien cada nación tiende a verse a sí misma como única, sólo algunas como Francia y Estados Unidos se consideran excepcionales por la universalidad de sus valores, pero únicamente Estados Unidos ha intentado desarrollar políticas exteriores que reflejan este excepcionalismo (Hoffman, 2005: 225).

Como señalamos en la introducción de este libro (Busso y Pignatta, 2008) la construcción de la *identidad* es un proceso dinámico en el que se observan la convergencia de diferentes elementos constitutivos; algunos que denominamos “primigenios” y otros “circunstanciales”. Los primeros son aquellos que nos constituyen, que nos preceden, que están fuera de elección, como por ejemplo la raza, la etnia, el lenguaje, la geografía, los símbolos, la historia, las creencias de la comunidad. Estos componentes pueden vincularse con aquellas teorías que entienden la identidad en términos de esencias (Morandé, 1984, Ortiz, 2006-2007). Sin embargo, esto no supone aceptar la inmutabilidad y la a-historicidad que suelen dominar en estas teorías en tanto estos elementos no están fijados en una piedra, es decir son construidos, reconstruidos y apropiados (Ortiz, 2006-2007: 10).

Varias de estas características son consideradas por Renouvin y Duroselle (2000, 9-10) como “*fuerzas profundas* que han formado el marco de las relaciones entre grupos humanos y que, en gran medida han determinado su naturaleza”. Desde nuestra perspectiva el concepto de fuerzas profundas abarca y contiene aquellos elementos que denominamos constituyentes de la identidad o, dicho en términos de Lafer (2002: 25), es la persistencia de estos factores lo que ayuda a explicar rasgos importantes de la identidad de un país.

El segundo grupo de elementos que denominamos *circunstanciales* son aquellos que proponen una pertenencia por elección como la ideología, las tareas determinadas por

un objetivo y las actividades en general. A nivel de identidades estatales, los elementos circunstanciales pueden ser entendidos como aquellos que si bien no forman parte de la estructura identitaria de un Estado, en determinados períodos adquieren tal magnitud que se configuran en rasgos de la identidad (tendencias) e incluso pueden, a través del tiempo, adquirir el carácter de permanentes y cambiar elementos identitarios existentes. Estos elementos pueden ser producto –entre otros– de determinados procesos decisivos, del diseño y ejecución de determinada política, la consecuencia de un cambio de régimen político o de un cambio del contexto.

Tomando como guía los conceptos desarrollados más arriba para la exploración de los datos bibliográficos analizados hasta el presente, podemos afirmar *a modo de hipótesis* que en Estados Unidos existen fuerzas profundas que conforman su identidad nacional, que algunas de ellas están compuestas por elementos primigenios y han perdurado en el tiempo, mientras otras nacieron ligadas a elementos circunstanciales, pero han tendido a consolidarse y, además, ambos conjuntos han tenido influencia sobre la política exterior.

En el primer grupo podemos incluir, entre otras, cuestiones como el peso del excepcionalismo, la tradición liberal y la tradición conservadora con sus impactos sobre la visión republicana y el respeto a las instituciones domésticas, la disputa aislacionismo- internacionalismo, la búsqueda de un territorio nacional con características continentales, la conexión entre religión y política. En el segundo, encontramos temas como los proceso de toma de decisión en política exterior, las relaciones cívico-militares y su impacto sobre la conformación de la agenda externa¹ y los vínculos opinión pública-política exterior.² En función de esta división en este capítulo nos dedicaremos especialmente a analizar algunas de las fuerzas profundas y componentes identitarios primigenios que han impactado sobre la acción externa estadounidense.

Según Scott y Crothers (1998) el contexto doméstico de la política exterior americana deriva de fuerzas sociales, de arreglos y acuerdos institucionales y de las estructuras establecidas por la constitución. Las fuerzas sociales –de especial interés para nuestro estudio– son definidas como un amplio contexto societal, o político-cultural, que incluye ideas, ideales, conceptos, historias y mitos que orientan a los ciudadanos dentro de su sistema político y, a su vez, afecta la forma en que estos y las élites políticas se ven en el mundo y el tipo de acciones a tomar en el ámbito de la política exterior.

Los autores afirman que una manera para simplificar la compleja conexión entre cultura y política exterior es identificar los impulsos societales y las orientaciones de política exterior que la cultura genera en los individuos. Ambos, impulsos y orientaciones, podrían ser considerados en términos de continuos.

¹ Ver Busso, Anabella, “Las Relaciones cívico-militares en Estados Unidos. ¿Una fuerza profunda en proceso de cambio?”, en Anabella BUSSO (comp), *Fuerzas profundas e identidad. Reflexiones en torno a su impacto en la política exterior. Un recorrido de casos*, e- book, UNR editora, Rosario, Argentina 2008.

² A manera de evitar confusiones subrayamos que en la literatura de relaciones internacionales estadounidense vinculada a estos temas es común encontrar expresiones como “las raíces fundacionales” o las “raíces históricas” de la política exterior que apuntan en la misma dirección del significado que la Escuela Francesa le da al concepto de fuerzas profundas.

El continuo de impulso societal fluctúa entre el moralismo / idealismo en un extremo y el pragmatismo / realismo por el otro. El moralismo / idealismo describe los impulsos para promover determinados valores en la política exterior, más que la defensa de intereses. Los moralistas / idealistas argumentan que los Estados Unidos deberían involucrarse en las cuestiones internacionales “solamente por razones éticas”. Además, tienden a creer que un mundo pacífico y próspero puede ser creado de acuerdo a principios morales universales, esto es los vigentes en Estados Unidos. De manera que la adhesión a los principios que establecen lo que es correcto e incorrecto definidos por ellos mismos es tan importante como algunas concepciones de intereses. En este extremo el moralismo / idealismo puede devenir en mesianismo y, entonces, el misionero insta a hacer una nueva versión del mundo a la imagen americana en función de salvarlo.

De un extremo a otro del espectro político desde 1945, señala Ignatieff (2005: 13), los presidentes norteamericanos han articulado una fuerte visión mesiánica del rol de Estados Unidos en la promoción de Derechos en el exterior. Esta tradición cultural mesiánica tiene una larga historia: desde la visión de la Colonia de la Bahía de Massachussets como una “ciudad sobre la colina” en los sermones del puritano John Winthrop a la retórica del Destino Manifiesto que acompañó la expansión hacia el Oeste en el siglo XIX, la visión wilsoniana del poder de Estados Unidos para hacer el mundo seguro a la democracia luego de la Primera Guerra Mundial y la cruzada de Roosevelt por las “cuatro libertades” en la Segunda Guerra Mundial. La política de Estados Unidos durante administraciones republicanas así como demócratas ha sido diseñada tanto para promover los valores americanos fuera del territorio nacional como para salvaguardar a Estados Unidos de la interferencia externa (Ignatieff, 2005: 14).

Por otro lado, la constelación de valores sociales en Estados Unidos también sostiene un sentido de pragmatismo / realismo, o de resolución *ad hoc* de los problemas, que deja de lado el logro de un amplio propósito moral, ideológico, o doctrinario en favor de una preocupación con intereses concretos y resultados basados en estándares de evaluación. La idea es solucionar sus problemas apoyando abordajes pragmáticos, incluso en política exterior. Dentro de los amplios parámetros de los valores americanos, el impulso al pragmatismo significa una preocupación por los intereses y necesidades, la teoría de caso por caso (“case-by-case-ism”), los abordajes reactivos y una focalización sobre el corto plazo más que en largo plazo (Scott y Crothers, 1998).

Consecuentemente, resulta manifiesto que mientras el sentido realista podría explicar el excepcionalismo americano como un intento de defender el poder y la soberanía de Estados Unidos, por otra parte el sentido misionero agrega a esto la idea de que Estados Unidos “está defendiendo una misión, una identidad y un destino como pueblo libre” (Ignatieff: 2005, 14).

Por otro lado el continuo de las orientaciones en política exterior fluctúa entre el aislacionismo en un extremo y el internacionalismo en el otro. El primero apunta al deseo de mantener a Estados Unidos fuera de la participación política y militar en el mundo y ejercer el liderazgo a través del ejemplo. Los segundos argumentan que no existe liderazgo posible sin una participación activa en las cuestiones mundiales.

La aparente imposibilidad de convivencia entre estas visiones suele llevar a conclusiones equivocadas. Estas orientaciones existen simultáneamente y ayudan a generar una ambivalencia fundamental hacia los asuntos mundiales entre los americanos

que les permite discrepar internamente sobre cuáles son los instrumentos adecuados para liderar el mundo (el ejemplo o la decisión de involucrarse), pero ambas descansan en una fuerza profunda común: el sentimiento de misión americano de liderar el mundo hacia lo que ellos consideran las mejores formas de relaciones políticas, económicas y sociales (Scott y Crothers, 1998).

En el caso particular de política exterior de Estados Unidos la descripción realizada más arriba coincide claramente con nuestro presupuesto teórico sobre la necesidad de articular los supuestos sobre la importancia de las ideas (que subraya el constructivismo) con el impacto de los intereses y las capacidades materiales (privilegiado por los enfoques tradicionalistas), para poder explicar su diseño y ejecución. El juego permanente entre ideas e intereses permitió legalizar una serie de opciones diversificadas entre los hacedores de política exterior con la particularidad de que cualquiera de las opciones seleccionadas respondía a la tradición americana, esto es a sus fuerzas profundas y sus componentes identitarios.

1- La permanencia de las fuerzas profundas y los elementos primigenios de la identidad en Estados Unidos: su impronta en la política exterior

Como sostuvimos más arriba en este capítulo trataremos de presentar y desarrollar algunas de las fuerzas profundas primigenias que, de manera más permanente, contribuyeron a conformar la identidad estadounidense, así como su impacto sobre la política en general y la política exterior en particular. A su vez, señalaremos cómo en este proceso histórico se combinaron ideas y atributos materiales que no pueden ser ignorados si queremos acercarnos a la explicación de lo que los propios americanos entienden como un país excepcional que pudo convertirse, a su manera de ver, en la única superpotencia no imperial. La selección de los cuatro componentes abordados está en estrecha relación con la importancia de los mismos sin que ello signifique un desconocimiento de otros aspectos que no serán tratados aquí por una cuestión de espacio. En este marco nos concentraremos en el estudio del excepcionalismo, las tradiciones liberal y conservadora, las tensiones aislacionismo-internacionalismo y las relaciones entre política y religión.

1- 1. El excepcionalismo

Alexis de Tocqueville fue el iniciador de los escritos sobre el excepcionalismo norteamericano con su libro *La democracia en América*. Haciendo referencia a dicha característica no ha pretendido afirmar que Estados Unidos es mejor que otros países o que tiene una cultura superior. Más bien ha querido sugerir que es cualitativamente distinto. Esta mirada ha sido compartida por otros escritores que dieron forma a la llamada literatura del “viajero extranjero”; categorización que engloba a todos aquellos escritores europeos que han analizado la excepcionalidad de la democracia norteamericana desde una mirada comparativa hecha desde la fragilidad democrática de los países del Viejo Continente (Lipset, 2000).

Tocqueville planteó que Estados Unidos es cualitativamente diferente de las demás naciones desarrolladas debido a que, en una época en la que la monarquía absolutista era la norma, nació a partir de unos ideales altruistas de democracia e igualdad de oportunidades –más que de una herencia, un territorio o una raza común–

dentro de un ambiente individualista, de estabilidad en sus instituciones y de profunda religiosidad. El “excepcionalismo”, asociado también con las raíces puritanas de las primeras colonias, dio lugar a la idea de que Estados Unidos y sus habitantes ocupan un lugar especial y están predestinados para diseminar en la humanidad la esperanza de un mundo mejor (Tocqueville, 1987).

La excepcionalidad como característica de Estados Unidos ha cobrado distintas formas a lo largo del tiempo y en el marco de dicha evolución se pueden apreciar diferentes interpretaciones que se distinguen no sólo por la forma en que es abordado el concepto —en una versión positiva o negativa, como un rasgo contingente o permanente— sino por presentar diversos matices en torno a las causas que lo componen. A pesar de estas diferencias se puede observar un hilo conductor en el debate ya que el mismo siempre está inducido por la búsqueda del significado que tiene Estados Unidos tanto para sí mismo como para el resto del mundo. En dicho marco, es hacia 1930 cuando trasciende la discusión sobre el significado del americanismo (Kammen, 1993) que, como veremos más adelante, se ha tratado prácticamente como un sinónimo de excepcionalismo lo que pone de manifiesto la fuerza de esta última idea como componente de la identidad nacional estadounidense.

Entre las diversas líneas de análisis Joyce Appleby (1992) toma al excepcionalismo norteamericano como una interpretación europea sobre la forma en que se da la rebelión colonial, haciendo hincapié en que ello estructuró la conciencia política del pueblo estadounidense que no sólo es diferente, sino que permite la proyección de nación a partir de cualidades que son envidiadas pues se desvían del común. Así, el autor propone analizar en primer lugar, como el excepcionalismo creó una identidad nacional para la generación revolucionaria y, en segundo término, cómo dicha identidad excluyó otras maneras de interpretar el significado de Estados Unidos. Así, el excepcionalismo norteamericano está vinculado a la forma en que Estados Unidos logra proyectarse como un ejemplo para la humanidad a partir de su adherencia a los principios de libertad individual y de igualdad. En este sentido, Richard Hofstadter señaló que Estados Unidos era la única nación que empezó con la perfección y que aspiraba al progreso (citado por Appleby, 1992: 424).

Como el excepcionalismo norteamericano ha transitado por diferentes períodos que se reflejan en las distintas interpretaciones que se hacen sobre el mismo, podemos encontrar etapas donde es invocado directamente como justificativo de la acción externa de Estados Unidos, incluidas algunas intervenciones militares, y otras donde parece recobrar fuerza la idea de excepcionalismo en el mismo sentido que fue planteada por Tocqueville —desvinculada de la imagen de superioridad—, dado que asociarla a una concepción de superioridad conlleva una peligrosidad que a veces termina desfavoreciendo su uso para dar explicación sobre las diferencias de organización política y social que presenta Estados Unidos en referencia a otras naciones. Sin embargo, debemos tener en claro que si bien los instrumentos de política exterior pueden variar de acuerdo a la lectura que se haga del excepcionalismo, la idea de que Estados Unidos es distinto subyace y, en numerosas ocasiones, esa diferencia es leída en sentido positivo.

En el presente apartado realizamos una aproximación al excepcionalismo a partir de un relevamiento bibliográfico que permite poner al descubierto los principales contenidos del concepto y la forma en que fue entendido por los estadounidenses y por

quienes observaron el fenómeno desde afuera de las fronteras de Estados Unidos. Dicho enfoque pretende dar un marco de análisis orientado a determinar el peso que el excepcionalismo ha tenido como fuerza profunda estructurante de la proyección internacional de Estados Unidos y su impacto sobre otros elementos identitarios de la nación.

1-1.2 El componente ideológico

Entre los análisis del excepcionalismo americano se encuentra una línea de pensamiento que, desde una visión de diferenciación histórica, vincula su surgimiento con la aparición de una ideología nueva que dio marco a la estructuración de un sistema político y social de carácter único: democrático, estable y moderno. En esta visión aparece la idea de nación organizada en torno a una *ideología* que incluye un conjunto de dogmas acerca de la naturaleza de una sociedad buena.

En este marco, Lipset (2000) atribuye el carácter excepcional de Estados Unidos al hecho de que ese país ha nacido de una revolución que lo independizó y lo transformó en la “primera nación nueva”, la primera colonia –aparte de Islandia– que se independizó y definió ideológicamente su razón de ser. Como observó el historiador Richard Hofstadter: “Ha sido nuestro destino como nación no tener ideologías, sino ser una” (citado por Lipset, 2000: 15). De este modo, Hofstadter reiteró el énfasis puesto por Ralph Waldo Emerson y Abraham Lincoln en la “religión política” del país, aludiendo, en efecto, a la frase del primero de ellos en el sentido de que volverse norteamericano era un acto religioso, es decir, ideológico. Esto diferencia a Estados Unidos ya que, dejando aparte a la ex Unión Soviética, la mayoría de los países se definen por una historia común como comunidades por nacimiento y no por ideología (Lipset, 2000).

En un sentido semejante otros autores argumentan que Estados Unidos es un país organizado en torno a una ideología revolucionaria que incluye un conjunto de dogmas acerca de la naturaleza de *una sociedad buena*. Ya en 1922 G. K. Chesterton afirmaba: “Estados Unidos es la única nación que está fundada en un credo” (Chesterton, 1922 citado por Lipset, 2000: 33). Credo que se traduce en libertad, igualitarismo, individualismo, populismo y *laissez faire*. De este modo, el liberalismo – en sus versiones del siglo XVIII y XIX– cobra fuerza como elemento constitutivo del Credo Norteamericano y le otorga un perfil distintivo a la nacionalidad. La misma no se define en virtud del territorio y la comunidad sino a partir de un compromiso ideológico. Así, varios autores han sostenido que desde una perspectiva sociológica no se trata del nacimiento³, sino del hecho de que quienes rechazan los valores norteamericanos dejan de ser norteamericanos. Con una argumentación distinta, pero arribando a una misma concepción Huntington (2004) señala que en tanto los componentes étnicos y raciales que en los orígenes de Estados Unidos contribuyeron a definir la identidad de esta nación se ampliaron, la identidad estadounidense pasó a ser definida en función de la cultura y el “credo” estadounidense.

³ Destacamos que esta es una lectura sociológica porque desde el punto de vista jurídico el criterio de nacionalidad en Estados Unidos se rige por el principio de *ius solis*.

Otra línea de análisis equipara, o al menos trata en forma conjunta, el excepcionalismo con el americanismo como una misma ideología⁴ cuya existencia se encuentra ligada a la *falta* de una *carga histórica*. En el marco de la discusión sobre el significado del “americanismo” la adhesión al excepcionalismo es, según Kammen (1993), mayoritaria entre los analistas que lo abordan, así como también la idea de que este es una nueva ideología surgida a partir de la falta de carga histórica. Al respecto Irving Howe (1985: 133-134 citado por Kammen: 1993) sostiene que el excepcionalismo norteamericano ha tomado una forma mítica o ideológica y siente una devoción hacia la idea de que el país puede estar exento de las cargas históricas que se han sentido en Europa. En efecto, este análisis negativo considera al excepcionalismo como una celebración de la ausencia de carga histórica. Así la falta de una herencia feudal y la capacidad de haber creado un sistema político, institucional y social nuevo fueron consideradas como una nota distintiva de la excepcionalidad estadounidense.

Por otra parte, distintos estudios subrayan en sus análisis que el excepcionalismo también se manifiesta en la *estructura social y partidaria* estadounidense la cual ha mostrado algunas diferencias con otros países y asocian esta situación con la ausencia de una tradición feudal, el predominio de valores individualistas y la prosperidad económica creciente.

Desde un análisis de la estructura social y de la formación de *clases*, David Gerber ha considerado como una situación estadounidense distintiva el hecho que los empresarios burgueses y sus aliados ejercieran la autoridad moral y social de tal manera que las diferencias de clase entre los artesanos y otros grupos ocupacionales se achicaban, creando así un orden social burgués (Gerber, 1989 citado por Kammen, 1993: 21). En tanto, Herbert Gutman ha explicado que los trabajadores norteamericanos tenían el voto antes de la Ley de Reforma, y que buscaban reclamar sus derechos antes que los empleados de otros países (Berlin, 1987 citado por Kammen, 1993: 21). Al respecto Engels escribió en 1892: “Es [...] perfectamente natural que un país tan joven, que nunca conoció el feudalismo y que ha crecido desde el principio sobre una base burguesa, también los prejuicios burgueses estén tan fuertemente arraigados en la clase obrera” (Engels, 1892, citado por Lipset, 2000: 105). Además, el marxismo sumó a la prosperidad del país como causa que inhibía el surgimiento de un movimiento obrero. Al respecto Engels señaló: “El nivel de vida del obrero de Estados Unidos es considerablemente superior incluso al británico, y eso basta para colocarlo a la retaguardia (política) durante algún tiempo” (Engels, 1891, citado por Lipset, 2000: 105). Por su parte Aristide Zolberg orienta su análisis en otra dirección. Para él los obreros industriales en Estados Unidos constituían una masa crítica de menor peso a la existente en Gran Bretaña o en Alemania, mientras que el desarrollo de profesionales de cuello blanco contribuyó a la formación de un sentido más difuso de clase en ese país (Kammen, 1993). Los párrafos citados muestran que, a través de diversos argumentos y posturas teóricas e ideológicas, los autores concluyen que el peso de las clases sociales en el sentido europeo ha sido mucho menor en Estados Unidos que en el viejo continente y subrayan esa característica como parte de su excepcionalidad.

Sin embargo, creemos conveniente destacar que este hecho no debe llevarnos a la confusión sobre la no existencia de diferencias sociales al interior de ese país. De hecho estas existen, pero la ubicación de una persona o grupo en un sector social no

⁴ La connotación del americanismo como ideología queda clara en la afirmación de Leon Samson en 1934: “When we examine the meaning of Americanism, we discover that Americanism is to the American not a tradition or a territory ... but a doctrine – what socialism is to a socialist” (citado por Kammen, 199: 10)

deviene necesariamente de un origen aristocrático, noble o proletario, sino que está ligado con las capacidades destacadas por la visión individualista liberal. Por tal motivo el ascenso o descenso social está conectado con la capacidad de generar y acumular riqueza.

En cuanto al perfil de los partidos políticos H. G. Wells asocia al dominio de los valores individualistas puros y de clase media el hecho de que Estados Unidos haya carecido de un partido socialista viable y no haya desarrollado un partido conservador *tory*, al estilo británico o europeo. Según este autor Estados Unidos es una clase media convertida en una comunidad y por ello sus problemas esenciales son los problemas de una sociedad individualista moderna, obvios y claros (Lipset, 2000).

En resumen, la estructura social y los valores estadounidenses fomentan el libre mercado y el individualismo competitivo y esta orientación no es congruente con la conciencia de clase, el apoyo a los partidos socialistas o social demócratas, o con un poderoso movimiento sindicalista. Así la falta de un pasado aristocrático o feudal como el de Europa, la presencia de una estructura relativamente igualitaria y de un sistema de valores orientados hacia los logros, la relativa riqueza y una historia de democracia política anterior han actuado para producir un sistema que sigue siendo poco receptivo a las propuestas de la izquierda conciente de la existencia de clases.

1-1.3 El componente ambientalista

Existe también una visión ambiental de la excepcionalidad. Esta mirada se articula a partir de la idea de que el territorio norteamericano ofrecía desde los inicios condiciones ambientales que facilitaron la prosperidad individual y colectiva y que dieron marco al surgimiento de una nación nueva dotada de todo lo naturalmente posible para garantizar un éxito que la ubicaría como centro de irradiación de una nueva cultura universal. Además, esta prosperidad ligada a la geografía está en estrecha conexión con la ausencia de las clases sociales en sentido europeo a la que hacíamos referencia en el punto anterior.

La incorporación de la *variable ambiental* como causa del excepcionalismo datan del período colonial, especialmente del siglo XVIII, cuando se convirtió en un cliché denominar a Virginia, o a Pensilvania, “*the best poor man’s Country in the World*” (Kammen, 1993: 8). Bajo esta visión Kammen se pregunta: ¿Quién hubiera imaginado tal clima templado, tal tierra fértil, tales cosechas tan abundantes? Dicho mito reforzaría la creencia ya antigua de que Estados Unidos estaba predestinado a ser una Nueva Jerusalén, un sitio especialmente favorecido por Dios, quizá el mismo lugar que Él había elegido para iniciar el Reino de Cristo. Jonathan Edwards creía que Estados Unidos tenía un destino espiritual único, y que el milenio comenzaría en Nueva Inglaterra, lo cual tuvo implicancias seculares de auto-confianza durante la era revolucionaria y la joven república (Kammen, 1993: 8).⁵

También para Jefferson Estados Unidos era excepcional en el sentido expuesto ya que consideraba que la flora y la fauna de dicho país eran diferentes, y hasta superiores, a la de otros lugares. Dicho padre fundador estimaba a la agricultura como la profesión ejemplar de Estados Unidos y argumentaba que la disponibilidad de tierras en

⁵ El componente religioso del excepcionalismo y su vínculo con la dimensión política es abordado en mayor detalle en el siguiente apartado.

ese país y la ausencia de una aristocracia producirían un nuevo tipo de granjero, uno norteamericano, que diferiría del típico campesino europeo (Tyrrell, 1991).

En la misma línea de explicación, Friedrich Engels en 1851 (citado por Kammen, 1993: 7) sostuvo que Estados Unidos tenía condiciones especiales: “the ease with which the surplus population is drained off to the farms, the necessarily rapid and rapidly growing prosperity of the country, which makes bourgeois conditions look like a beau ideal to them...”.

De este modo, las condiciones naturales aparecen vinculadas a la excepcionalidad de la organización política y social, ya que permiten un bienestar general que desvía las pasiones políticas hacia las pasiones comerciales y mitiga la confrontación de las clases sociales. Sobre el particular Tocqueville (1987: 285-286) señalaba: “Las repúblicas norteamericanas de nuestros días son como compañías de negociantes formadas para explotar en común las tierras del Nuevo Mundo, ocupadas en un comercio que prospera. Las pasiones que agitan más profundamente a los norteamericanos son pasiones comerciales y no pasiones políticas, o más bien trasladan a la política los hábitos del negocio [...] Hay que ir a Norteamérica para comprender qué poder ejerce el bienestar material sobre las acciones políticas [...] El norteamericano siempre ha visto con sus propios ojos el orden y la prosperidad pública enlazarse y caminar al mismo paso”.

Como sostuvimos anteriormente la abundancia de recursos naturales cobra sentido para dar explicación al menor nivel de confrontación que Estados Unidos presenta en términos de clases sociales. Dichos recursos determinan una conciencia nacional estructurada a partir de un ideario de oportunidades suficiente para todo aquel que tenga la capacidad para aprovecharlas y que, por lo tanto, soslaya la conciencia de clase tal como surgió y se manifestó en Europa. Por otra parte –aunque no podemos abordarlo en este trabajo por cuestiones de espacio– la cuestión de la ampliación y conformación de un territorio nacional de características continentales y bi-oceánicas destinado a consolidar el excepcionalismo ambiental se convirtió en un objetivo de política interna e internacional que se fue desarrollando a través de diversos proyectos geopolíticos que variaron en forma paralela a la acumulación de poder político y económico y que puede ser estudiado también como una fuerza profunda.

1-1. 4 El componente religioso

Para abordar el componente religioso del excepcionalismo americano es necesario en primer lugar destacar el rol que la religión ha tenido como elemento articulador de la moralidad norteamericana no asociada al Estado, pero sí apegada a las leyes.

Tocqueville (1987) destacó que la base desjerarquizada sobre la cual se asentó la religión en Estados Unidos favoreció la aparición de un mundo cristiano funcional a la vida democrática y republicana. En dicho sentido, entendió que la desvinculación de la autoridad papal que caracterizó al protestantismo le otorgó un poder sobre el individuo que le permitió sortear los avatares que sufre la religión cuando se presenta asociada al poder político.

La ética religiosa norteamericana no sólo es funcional para una economía burguesa sino que, como lo observó Tocqueville, también lo es para una entidad política liberal. En este sentido señaló que “el puritanismo no sólo era una doctrina religiosa,

sino que en muchos puntos correspondía a las teorías democráticas y republicanas más absolutas” (Tocqueville, 1987: 57). Dado que la mayor parte de las sectas protestantes son congregacionalistas y no jerárquicas, han fomentado los valores igualitarios, individualistas y populistas, que son anti-elitistas. Por tanto, la mentalidad política y la religiosa se han reforzado mutuamente.

Los norteamericanos son moralistas utópicos, quienes se esfuerzan por institucionalizar la virtud, por destruir a los malos y por eliminar las instituciones y las prácticas malignas. Una mayoría dijo que Dios era la fuerza moral que guiaba la democracia norteamericana. Tienden a considerar los dramas sociales y políticos como obras moralizantes, como batallas entre Dios y el diablo, de modo que es imposible un acuerdo entre ellos. Samuel Huntington estableció que los norteamericanos atribuyen a su nación y a su credo “muchos de los atributos y funciones de una iglesia” (Huntington, 1981: 158-159 citado por Lipset, 2000: 81). Éstos se reflejan, tal como lo señala Bellah, en la “religión cívica” norteamericana, que ha dado “una dimensión religiosa a toda la urdimbre de la vida norteamericana, incluso la esfera política” (Bellah, 1970: 175 citado por Lipset, 2000: 82). Este país se consideraba ya desde la época de los Padres Fundadores una nueva Israel: “Estados Unidos es la tierra prometida. Dios ha guiado a su pueblo para que establezca una nueva especie de orden social que será luz para todas las naciones” (Wald, 1987: 48-55 citado por Lipset, 2000: 81).

Esta característica ha hecho que los estadounidenses se presenten como el país más moralista del mundo desarrollado. Ese moralismo proviene en gran parte de los compromisos protestantes, sectarios e ideológicos, que caracterizan al país. Las controversias que en los últimos años más han dividido a Estados Unidos, relacionadas con la religión –por el aborto y los derechos de los homosexuales–, no han causado problemas en todos los países industrializados de Europa, incluso en los católicos (con excepción de Irlanda y Polonia). Dado el hincapié en el moralismo, los políticos norteamericanos definen las cuestiones de interés así como los conflictos en términos éticos.

El moralismo de inspiración protestante ha afectado la oposición a las guerras y ha determinado el estilo norteamericano de las relaciones exteriores en general, incluyendo la manera de entrar en guerra. A diferencia de otros estados, donde los ciudadanos han apoyado las guerras, a menos y hasta que se vea claramente que el país ha sido derrotado, los norteamericanos han tendido a oponerse a cada conflicto en el que sus gobiernos decidieron participar, con excepción de la Segunda Guerra Mundial, la cual, para la sociedad, comenzó con un ataque. Sin embargo, el moralismo no sólo se expresa en la actividad anti-bélica. También, el apoyo a la guerra ha sido moral, por lo que, en este aspecto nuevamente, Estados Unidos se presenta como diferente a casi todos los demás países. Supone que, como nación con principios, debe ir a la guerra por razones morales, como por ejemplo, “hacer más seguro el mundo para la democracia”, y de allí también que las guerras deben terminar con la rendición incondicional del enemigo satánico (Lipset, 2000: 85-87). Desde esta perspectiva de la religiosidad se argumenta que los norteamericanos no han dado la primacía a “su país, con razón o sin ella”, sino, antes bien, a la “obediencia de conciencia”. Por tanto, los que se opusieron a ir a la guerra antes de que fuese declarada, continuaron en contra de ella después de que el Congreso había votado por ella. En ese marco el apoyo a una guerra es tan moralista como la resistencia a ella. Para apoyar una guerra y llamar al pueblo a matar a otros y a morir por la patria, los norteamericanos deben definir su papel en un conflicto como el bando de Dios contra el de Satanás; en favor de la moral y en contra del mal.

Consecuentemente, Estados Unidos va a la guerra principalmente contra el mal, y no, según sus argumentos, para defender intereses materiales.

Si bien esta descripción basada en la auto-percepción estadounidense se ha mantenido a través del tiempo creemos adecuado hacer algunas reflexiones en torno a la cuestión. En primer lugar, los gobiernos americanos evaluaron que en función de esta tradición era importante conseguir el apoyo popular para ingresar a una confrontación bélica y en caso que el mismo no floreciese han buscado incentivarlo o, como algunos sostienen, provocarlo a través de la generación de la agresión. En la búsqueda del apoyo de la opinión pública se insertan estrategias diversas: la idea de ir a la guerra con España en 1898 para “apoyar” la independencia de Cuba; la invocación del hundimiento del barco de pasajeros Lusitania en 1915 como una razón que demandaba y legitimaba el ingreso a la Primera Guerra Mundial en 1917; el supuesto ataque del Golfo de Tonkín como justificativo para una participación masiva en Vietnam o la posesión de armas de destrucción masiva en manos de Sadam Hussein y sus alianzas con el terrorismo como excusas iniciales para ir a la guerra contra Irak en 2003. Con esto queremos remarcar que la tradición basada en ideas existe, pero los intereses también, motivo por el cual los gobiernos, en ocasiones, forzaron la situación para que, como planteamos al inicio de este capítulo, la aparente imposibilidad de convivencia entre las visiones idealistas basadas en la moral y las realistas basadas en los intereses y el pragmatismo, fuesen superadas. Sin embargo, el impacto posterior de estas decisiones gubernamentales está directamente ligado a los resultados obtenidos. En ese marco Vietnam y la actual guerra en Irak, ambas consideradas negativamente desde la perspectiva de los resultados, revivieron la tradicional oposición social a la guerra descrita por los autores estadounidenses como parte del componente religioso del excepcionalismo, generando dudas sobre la supuesta moralidad de ambos conflictos.⁶

Si bien la idea de la religiosidad y la superioridad moral como componente del excepcionalismo ha sido aceptada por la mayoría de los especialistas en el tema, algunos historiadores, como Arthur Schlesinger Jr. (1990), no le otorgan a este componente la condición de tradición original, sino más bien la de una deformación de dicha tradición. El autor analiza los orígenes de Estados Unidos en torno al interrogante sobre si ese país es fruto de un *experimento político o del destino*. En ese marco sostiene que existen dos temas de repetida controversia sobre el significado de América y que ambos temas tuvieron su origen en el *ethos* calvinista. Ambos fueron posteriormente renovados por infusiones seculares, permanecieron en la mente de los norteamericanos y su rivalidad continuará por el resto de la vida de la nación.

Desde su perspectiva el experimento político es la *tradición* y la idea del destino la *contra-tradición*. La primera surgió inicialmente del cristianismo histórico por mediación de San Agustín y Calvino. El *ethos* calvinista estaba lleno de condiciones sobre la depravación del hombre, la terrible precariedad de la existencia humana y la vanidad de los mortales bajo el juicio de una deidad implacable y colérica (Schlesinger, 1990). “Un sentido tan terrible de la desnudez de la condición humana convertía toda vida en un interminable e implacable proceso de prueba. La pregunta era entonces si los colonos norteamericanos podían ser inmunes a la ley universal. En este aspecto la idea calvinista de la “historia providencial” estaba en contra del excepcionalismo norteamericano ya que suponía que todas las comunidades seculares eran finitas y problemáticas;

⁶ La guerra de Vietnam tuvo, además, un fuerte impacto en las relaciones cívico-militares. Este tema será abordado en el siguiente capítulo de esta obra.

todas florecían y todas decaían; todas tenían un comienzo y un fin. Para los cristianos, esta idea tenía su centro clásico en el intento de San Agustín de resolver el problema de la decadencia y caída de Roma. Esta preocupación clásica proporcionó un lazo entre lo sagrado y lo profano en las colonias norteamericanas, entre los norteamericanos del siglo XVII que leían a los padres cristianos y los del siglo XVIII que leían a Polibio, Plutarco, Cicerón, Salustio y Tácito” (Schlesinger, 1990: 23).

Cuando los Padres Fundadores llegaron a Filadelfia en 1776 la influencia calvinista sobre el debate estaba bastante aplacada y el infierno, al igual que otros componentes de este pensamiento, estaba secularizado. Sin embargo para ellos y para los Padres de la Iglesia la historia de Roma seguía siendo la principal referencia para analizar el curso de los asuntos humanos y las posibilidades de la libertad frente al despotismo⁷. Así, partiendo de premisas distintas, calvinistas y clasicistas, llegaron a conclusiones similares sobre la fragilidad de los esfuerzos humanos. Consecuentemente, los Padres Fundadores examinaron en detalle a los historiadores de la antigüedad para hallar modos de escapar del destino de decadencia clásico. Sin embargo, la lectura de los autores clásicos reforzó el juicio calvinista de que la vida era un terrible riesgo y de que esa era una época de prueba para los estadounidenses, ya que la historia de la Antigüedad no enseñaba la inevitabilidad del progreso (Schlesinger, 1990).

Por lo tanto, para 1787 el principal temor radicaba en la mortalidad de las repúblicas. Así como los hombres eran vulnerables por su propensión al pecado, las repúblicas eran vulnerables por su propensión a la corrupción. Además, la historia mostraba que en la incesante lucha entre la corrupción y la virtud, la corrupción –al menos hasta 1776– siempre había triunfado. Estos antecedentes condujeron a los Padres Fundadores a pensar que su empresa de crear una república que pudiese escapar de esas características era improbable. En su desafío frente a esta tendencia histórica contaban con ventajas provenientes de la geografía y la demografía, pero no de intercesión divina. Dicho de otra forma, los Padres Fundadores vieron la República americana, no como una consagración divina, sino como prueba de una hipótesis frente a la historia. Para ellos el paso del tiempo podía ser generador de virtud y no necesariamente de corrupción y decadencia. Ante los grandes momentos de duda la experiencia y la historia eran la principal fuente de consulta. El experimento de la República americana era el modo de escapar de la decadencia de la que hablaban los clásicos (Schlesinger, 1990).

La permanencia del experimento y la influencia de un nacionalismo juvenil pueden explicar el optimismo en ascenso con respecto a la República americana. Sin embargo, a medida que el recuerdo de la Revolución se alejaba y que los pilares de la libertad se deterioraban aparecieron las grandes etapas de prueba, entre las que se destaca la guerra civil. Como afirmó Lincoln este conflicto puso a prueba la idea sobre que una nación concebida en libertad y adherida al principio de que todos los hombres son creados iguales puede durar mucho tiempo.⁸

⁷ Es importante destacar que los estudios de la Ciencia Política contemporánea marcan cada vez con mayor regularidad la influencia equilibrada sobre los Padres Fundadores entre el pensamiento de los autores de la antigua Grecia y, especialmente, los pensadores romanos y la experiencia política del Imperio y la República con respecto al pensamiento liberal de Locke que fue considerado, durante mucho tiempo, la principal y definitiva influencia extranjera para la conformación del sistema político estadounidense.

⁸ Abraham Lincoln, The Gettysburg Address, Gettysburg, Pennsylvania, November 19, 1863. Disponible en <http://showcase.netins.net/web/creative/lincoln/speeches/gettysburg.htm>

Este fue el tema dominante en la República temprana, la idea de América como experimento, emprendido en desafío a la historia, lleno de riesgos y de resultados problemáticos. Sin embargo, también estaba surgiendo una contra-tradición, con un ímpetu que se iba acumulando y que también tenía raíces en el *ethos* calvinista.

“El cristianismo histórico abarcaba dos pensamientos divergentes: que todos los pueblos estaban cerca de Dios; y que algunos estaban más cerca de Dios que otros. Al principio, Calvino había escrito en las *Instituciones*, Dios “eligió a los judíos como su rebaño”; la “alianza de la salvación [...] pertenecía sólo a los judíos hasta que el muro fue derribado. Luego, con lo que Jonathan Edwards llamaba “la abolición de la dispensa judía”, el muro, “fue derribado para el éxito más vasto del Evangelio”. El pueblo señalado en lo sucesivo fue el de los elegidos contra los réprobos. Con el tiempo, la idea de santos identificables dentro de la historia desapareció en la trascendencia de la Ciudad de Dios post-histórica” (Schlesinger, 1990: 31).

Así, San Agustín puso al lado de la “historia providencial” –el ascenso y la decadencia de las comunidades seculares en la historia– la idea de “historia redentora”, el viaje de los elegidos a la salvación más allá de la historia. Los habitantes de Nueva Inglaterra pensaron que habían sido sacados de su hogar para soportar rigores y pruebas en una tierra peligrosa; por ello, supusieron que alguien importante y por razones de envergadura los había llamado. Sus propias tribulaciones parecían una prueba de que tenían un papel en la historia redentora y, en ese marco, comenzaron a identificar a Nueva Inglaterra con la Nueva Jerusalén. (Schlesinger, 1990: 31).

Consecuentemente, se consolidó la idea de que alianza de la salvación había pasado de los judíos a los colonos norteamericanos, y si bien, como sostuvimos más arriba, esta línea de pensamiento pasó por una etapa de secularización en el siglo XVIII no logró impedir que a partir de la idea secular de experimento político se empezara a dar origen a la idea mística de un destino nacional americano. El fervor patriótico llevó mucho más allá de la comunidad evangélica la idea de los americanos como pueblo elegido encargado de una misión divina. La creencia de que eran un pueblo elegido no implicaba un viaje seguro y tranquilo hacia la salvación. Como la Biblia lo dejaba bien claro, el pueblo elegido sufrió las más duras pruebas y asumió las más dolorosas cargas. Así, las afirmaciones rivales –América como experimento y América como destino– compartían la creencia en el proceso de la prueba. Pero una ponía a prueba las obras, la otra la fe (Schlesinger, 1990: 33).

Desde la perspectiva del impacto sobre la política exterior la idea de que el reino de Dios imperaba en América permitió recorrer rápidamente la corta distancia entre la salvación nacional y la salvación del mundo. Así se desarrolló la impresión de que en los Estados Unidos de América el Todopoderoso había hallado una nación única por su virtud y magnanimidad, exenta de las motivaciones que impulsaban a todos los otros Estados. Esta corriente se acentuó en el siglo XX con el pensamiento de Wilson y, cuatro décadas después, la teoría de América como salvadora del mundo recibió el impulso de John Foster Dulles, quien fomentó desde entonces la participación en Vietnam. En 1965 el presidente Johnson declaró “La historia y nuestras propias realizaciones han arrojado sobre nosotros la principal responsabilidad para la protección de la libertad sobre la tierra”⁹. Así, la alucinación llevó a la República de la idea original

⁹ Lyndon B. Johnson, *Public Papers* (Washington, 1963), I (1965), 180. Citado por Schlesinger, 1990, p. 34)

de América como experimento ejemplar a la idea reciente –se refiere a los Estados Unidos neoconservadores de los años ochenta– de América como juez, jurado y ejecutor designado de la humanidad” (Schlesinger, 1990: 34 y 35).

El paso de la tradición a la contra-tradición es explicado por el autor a través de tres razones de diversa índole. La primera de ellas es el abandono de la historia en la etapa posterior a los Padres Fundadores, aunque la primera generación llegó a Filadelfia cargada de ejemplos y recuerdos históricos, su función fue precisamente liberar a su progenie de la historia. La segunda se vincula con el alejamiento de los problemas ligados al poder del viejo mundo. La nueva nación estaba poblada en gran medida por gente que huía de, o en rebelión contra, su propia historia. Esto también contribuyó a sacar a la República del movimiento y las motivaciones de la historia secular. En tercer lugar, destaca la acumulación de poder. La alucinación americana echó raíces durante las largas vacaciones fuera del mundo de la realidad (plenitud aislacionista). Cuando América volvió a entrar en ese mundo, un poder abrumador confirmó la alucinación. Sin embargo, mientras la contra-tradición prosperaba, la tradición no expiró totalmente. Así, la guerra entre el realismo y el mesianismo, entre el experimento y el destino, continúa hasta nuestros días.

1-1.5 El excepcionalismo en la política exterior norteamericana

En lo desarrollado hasta aquí se destaca entre los componentes principales del excepcionalismo la ideología vinculada al nacimiento de un sistema político nuevo con todo lo que ello implica (respecto a la Constitución y las instituciones, estabilidad democrática, división de poderes, libertades individuales protegidas frente al Estado, etc.); la ausencia de clases sociales en el sentido europeo y el rechazo a partidos de izquierda; las condiciones geográficas o ambientales que favorecieron un gran desarrollo económico y el moralismo religioso. Si bien la suma de estos componentes fue interpretado por Tocqueville como la llegada de un sistema político distinto, lo cierto es que la mayoría de los americanos la han interpretado y vivido con un sentimiento de superioridad que, en numerosas ocasiones, es ligado a la noción de un destino de origen providencial. Dicho en otras palabras Estados Unidos con sus valores y sus instituciones políticas es considerado por su sociedad y su clase dirigente como un país y un sistema político mejor que cualquier otro: una nación excepcional, *a city upon a hill*.

A los efectos de nuestra investigación nos interesa remarcar que esta concepción tiene un carácter fundacional y estructurante de la vida política, económica y social estadounidense. En este sentido la consideramos como una fuerza profunda que no sólo vale por sí misma, sino que subyace extrañamente en todas las otras fuerzas profundas que componen la identidad americana más allá que algunas de ellas sean mixtas o estén en disputa por imponerse como una tradición predominante. Así aislacionistas e internacionalistas, liberales y conservadores, idealistas y realistas, practicantes de diversos credos, todos invocan como fuente la excepcionalidad estadounidense. En ese marco los partidos políticos Republicano y Demócrata han trasladado, aunque con distinta intensidad, la creencia en la excepcionalidad a la acción externa del Estado y han buscado que los demás estados emulen su organización política y económica: vía el ejemplo en los momentos aislacionistas; vía el intento de defender el poder, la soberanía y el interés nacional en las etapas de predominio realista; vía la defensa de la autodeterminación de los pueblos y la difusión del sistema democrático liberal en

períodos de idealismo wilsoniano o vía el planteo de una política exterior que se atribuye metas asignadas por la providencia y tareas propias de un Estado cruzado donde el bien lucha contra el mal como ha ocurrido en los períodos de preeminencia neoconservadora.

Como se desprende del párrafo anterior han variado los instrumentos del accionar externo y, en cierta medida, la intensidad de su uso. Sin embargo todas estas instancias comparten el sentimiento de misión americano de liderar el mundo hacia lo que ellos consideran las mejores formas de relaciones políticas, económicas y sociales propias del excepcional sistema político americano. Un breve repaso histórico ilustra el peso de esta fuerza profunda en la identidad nacional estadounidense y su impacto en la política exterior.

Desde mediados del siglo XIX, Estados Unidos comenzó a perfilarse como un majestuoso gigante que excitaba la imaginación del mundo entero al mismo tiempo que concibió internamente un sentimiento de nacionalidad permeado por ideas que justifican la proyección de la influencia de dicho país más allá de sus propias fronteras.

Con la Doctrina Monroe surgida en 1823 y la noción del Destino Manifiesto, término que aparece por primera vez en un artículo referido a la anexión del territorio de Texas escrito por John L. O'Sullivan en 1845 en la revista *Democratic Review* de Nueva York, se pueden percibir los primeros indicios de la creencia generalizada en algunos círculos políticos norteamericanos de que su país tiene derechos que van más allá de sus fronteras. La expresión continentalista de la política exterior norteamericana puede entenderse como la primera fase de la proyección internacional de Estados Unidos basada en el sentimiento de excepcionalidad.

Sin embargo, no será hasta la Segunda Guerra Mundial que Estados Unidos afronte un rol más activo en el marco del sistema internacional. La inestabilidad del período de entreguerras como consecuencia del fracaso de Sociedad Naciones y la percepción de un vacío de poder en el sistema internacional; el estallido y el alcance de la Segunda Guerra Mundial; y el propio ataque japonés a Pearl Harbor, generaron un marco para una proyección internacional más activa de Estados Unidos a partir de la modificación de la tradicional oposición a la guerra por parte del pueblo norteamericano y de las tendencias aislacionistas que habían prevalecido. Todo ello junto a la toma de conciencia sobre el grado de consolidación de la nación americana activó un sentimiento nacionalista con base moral que proyectó la salida del aislacionismo de Estados Unidos. Así, con el ataque japonés el pueblo norteamericano por primera vez se vio amenazado directamente por las fuerzas del mal y ello catalizó el sentimiento excepcionalista para volcar la balanza en favor de la guerra.

Al fin de la Segunda Guerra Mundial se articuló un mundo dividido en ideologías, el comunismo amenazaba los principios sobre los cuales se asentaba la sociedad norteamericana. La excepcionalidad del sistema norteamericano justificó entonces un rol más activo en el marco internacional que permitió desplegar el poderío norteamericano a nivel global y transformarse en una Superpotencia. Sin embargo, para Parker el poderío militar es sólo uno de los síntomas que hacen que el país del norte sea inusual. Estados Unidos es excepcional en maneras más profundas: es más individualista que Europa, más patriótico, más religioso y más conservador en lo cultural (Parker, 2003).

El éxito del sistema institucional y el progreso económico actuaron como manifestaciones que reforzaron la creencia interna de excepcionalidad al mismo tiempo que generaron, según la interpretación estadounidense, la envidia de los observadores externos. La amalgama de estas percepciones otorgó a Estados Unidos un status diferencial en el plano internacional que se refuerza a partir de los atributos de poder propios de un Estado en continuo progreso. Sin embargo, el escándalo *Watergate* y la pérdida relativa de hegemonía norteamericana hicieron tambalear la percepción de excepcionalidad en los setenta, pero esta surgirá intacta como justificación de la política exterior destinada a terminar con la Guerra Fría en épocas de Reagan. La caída del comunismo demandó un reacomodamiento del rol internacional de Estados Unidos. En este sentido, la política de Bush padre puede ser vista como un ejemplo de estrategia externa enfocada al diseño de un nuevo orden mundial con Estados Unidos como líder mundial triunfante que buscaba plantear una hegemonía relativamente consensuada. Clinton, por su parte, desplegó una política exterior enfocada a la expansión de la democracia a nivel mundial como parte de una diplomacia que intentaba consolidar ese sistema político, la economía de mercado y la cultura americana como las bases de un orden internacional globalizado.

El excepcionalismo en su versión más radical - providencial volvió a tomar fuerza durante el gobierno de George W. Bush tras los atentados del 11 septiembre con la aparición y puesta en práctica de la Doctrina Bush. Al respecto Owen Harris (2005) señala que esta Doctrina es producto de la interacción de tres condiciones: hegemonía, que determina la idea de poder hacer cualquier cosa; excepcionalismo, que determina la pretensión de hacer el mundo a imagen y semejanza; e insolencia norteamericana, que se expresa a través de la creencia de que se debe actuar inmediatamente. Desde otra perspectiva Parker observa que en la visión alimentada por la administración de George W. Bush, Estados Unidos no es excepcional porque es poderoso, sino que Estados Unidos es poderoso porque es excepcional. Se plantea entonces una relación de retroalimentación entre poder y excepcionalidad, pues lo que la hace diferente a Norteamérica también la hace rica y poderosa (Parker, 2003).

Por su parte Stanley Hoffman nos habla de un nuevo excepcionalismo que es lanzado con la Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos de 2002 anunciada por el presidente George W. Bush. A las dos formas de excepcionalismo preexistentes – una con cara aislacionista y otra más militante y de cruzada– se suma un excepcionalismo basado casi exclusivamente en la dominación militar (Hoffman, 2005: 226-228). La lucha contra el terrorismo favoreció todas las tendencias de excepcionalismo enfatizando el rol indispensable de Estados Unidos, y apeló a los más idealistas ponderando la idea que la causa de Estados Unidos –la lucha contra el terror– era también la causa del mundo: auto-interés y moralidad, poder y valores, el sheriff y el misionario, volvieron a estar juntos (Hoffman, 2005: 232).

1-2 Liberalismo y conservadurismo: las disputas sobre su influencia en la identidad estadounidense.

En este apartado repasamos desde una perspectiva general las características del pensamiento liberal y conservador en Estados Unidos y su influencia sobre la política exterior a partir de la conformación del Estado nacional.

Desde la perspectiva general de nuestra investigación, la cual privilegia la identificación y análisis de las fuerzas profundas e identitarias y su impacto sobre la política exterior, podemos destacar que gran parte de las fuentes académicas y políticas afirman que el pensamiento liberal ha marcado en forma contundente la vida social y política de los Estados Unidos y, consecuentemente, su política exterior. En este sentido gran parte de la bibliografía señala al liberalismo como el único movimiento ideológico fundacional con impacto político y sociológico en la historia de los Estados Unidos. De acuerdo a Lionel Trilling (1950: ix) “el liberalismo no es sólo la tradición dominante, sino la única tradición intelectual en los Estados Unidos”. Asimismo se ha argumentado que las posiciones conservadoras son sostenidas por personas en forma aislada y que, por lo tanto, no alcanzan a constituir un cuerpo de pensamiento sistematizado ni una tradición conservadora. Esta postura ha sido desafiada por dos debates que se generaron en Estados Unidos a lo largo de la década de los noventa. Uno de ellos está ligado a la reacción de los sectores conservadores quienes en los últimos años han enfatizado su condición de tradición intelectual y, además, han manifestado que sus versiones más actuales (el movimiento conservador moderno y las posturas neoconservadoras) han llegado al poder con el apoyo de la sociedad americana, la cual percibe a esta tradición como una parte importante de su identidad, impactando fuertemente en la política exterior. El otro debate de origen académico se vincula con la discusión en torno a la idea del liberalismo como única tradición identitaria en Estados Unidos y la incongruencia de esta postura con la persistencia de actitudes sociales y políticas de exclusión por motivos raciales, de género así como las ligadas a las minorías migratorias.

Consecuentemente, consideramos que resulta necesario analizar tanto las características del liberalismo, el conservadurismo, el neoconservadurismo como las disputas que se han dado en las últimas décadas en cuanto a su influencia en la conformación de la identidad nacional estadounidense y su impacto en la política, con especial referencia en la política exterior.

Si bien existe cierto acuerdo sobre que los conservadores decidieron respetar parte de los componentes liberales de la etapa fundacional de Estados Unidos y que esta característica histórica de una tradición que intenta conservar principios liberales dificulta identificar un movimiento conservador puro, esto no significa que no exista. Consecuentemente, en el ámbito de la política exterior el enfoque conservador participa de los continuos de los cuales nos hablan Scott y Crothers (1998) cuando muestran la relación entre los aspectos culturales y la política exterior y afirman que esta puede ser estudiada a través de la identificación de dos indicadores: los impulsos societales y las orientaciones de la política exterior, ambos generados por la cultura a nivel individual. Dichos impulsos societales pueden ser considerados, tal como lo afirmamos más arriba, en términos de dos continuos: el moralismo / idealismo y el pragmatismo / realismo, mientras que el continuo dentro del cual se mueven las diversas orientaciones de política exterior varía entre el aislacionismo por una parte y el internacionalismo por la otra.

El conservadurismo tiene –como veremos más adelante– relaciones con todos estos continuos y no ha dejado de estar presente a lo largo de la historia americana sin que esto signifique desconocer la fuerza predominante del pensamiento liberal. Como ya dijimos la llamada “revolución neoconservadora” de Reagan o la política exterior de George W. Bush son una muestra de la vigencia de la relación entre conservadurismo –

con sus derivaciones neoconservadoras– y política exterior como una fuerza profunda con carácter explicativo.

Las diferencias entre las corrientes de pensamiento liberal y conservadora que han contribuido a la identidad estadounidense están aún vigentes y se evidencian en el debate desarrollado en el marco de la campaña electoral de 2008. De Acuerdo a Garton Ash (2008) Estados Unidos lleva varios años envuelto en una guerra civil de características culturales que enfrenta a liberales y conservadores. Para este autor el triunfo del enfoque liberal –tal como se lo entiende en Estados Unidos– no significaría la desaparición de la guerra cultural, pero sí el principio del fin. Sin embargo, destaca que la pacificación de ese conflicto se alcanzará cuando puedan coexistir en una misma sociedad en forma consensuada y pacífica sistemas de valores y estilos de vida diferentes, con arreglo a las directrices que ejerció el liberalismo clásico de Locke y otros y que tanta influencia ejercieron sobre los Padres Fundadores de ese país. Por estas razones es necesario analizar en detalle el aporte de estas corrientes de pensamiento a la identidad americana y el estado actual del debate entre ambas.

1-2.1 El Liberalismo

En el liberalismo estadounidense se destaca una articulación entre componentes político-institucionales, jurídicos y económicos que sustentan el llamado liberalismo democrático. Consecuentemente, esta línea de pensamiento describe a la sociedad como liberal porque le da supremacía a los derechos individuales y plantea límites a las acciones del gobierno; separa la Iglesia del Estado; defiende la propiedad privada, el capitalismo y libre mercado; privilegia el imperio de la ley y, por lo tanto, se reconoce como legalista porque la ley orienta sus acciones; cree en la perfectibilidad humana y de las instituciones. Por otra parte, entre los componentes democráticos también se destacan la regularidad en los procesos electorarios, la soberanía popular, la búsqueda del equilibrio entre el pluralismo entendido como la aceptación de las decisiones que surgen de la victoria de un grupo sobre el otro con los límites a las reglas de la mayoría en tanto esta no puede dañar los derechos de las minorías.

Los aportes liberales en épocas de los Padres Fundadores provinieron de distintas fuentes. Una de estas fueron los autores europeos entre los que se destacan John Locke, James Harrington y Montesquieu, cuyas ideas aportaron fundamentalmente al debate en torno a la naturaleza de la relación entre el pueblo y su gobierno. También influyó la experiencia inglesa y, más aún, la interpretación estadounidense de la Constitución inglesa. Finalmente, también tenemos que tener en cuenta las formas políticas con las cuales los americanos estaban más familiarizados, esto es cómo eran gobernadas las colonias y el impacto que esto tuvo sobre las propuestas para gobernar los estados independientes. Este conjunto de ideas y experiencias se conjugaban con un hecho poco común al ideario liberal: la lectura de la Biblia como una de las fuentes más consultadas de la época en contraposición a las opiniones de autores individuales.¹⁰ Al incluirse todas estas perspectivas se puede comprender con mayor claridad las diferencias existentes al interior de la Convención Constituyente de Filadelfia y echar luz sobre las disputas entre los Federalistas (que aceptaban la propuesta de la constitución y defendían la idea de un gobierno Federal) y los anti-Federalistas (que no acordaban con la Constitución propuesta y reclamaban más atributos para los gobiernos

¹⁰ La Biblia fue por lejos la fuente general más citada durante la década de 1780 (Lutz, 1984 citado por Heineman, Peterson, Rasmussen, 1995)

estatales). Como ya dijimos desde un inicio el punto central del debate fue la relación entre pueblo y gobierno. Consecuentemente, la adecuada naturaleza de la representación subyacía en las raíces del debate durante la Convención (Heineman, Peterson, Rasmussen, 1995).

Todas estas diferencias se fueron resolviendo a través de los ejes centrales que incluyó la nueva Constitución tales como la separación de poderes, los mecanismos de *checks and balances* y el federalismo lo que luego sería enriquecido con la adopción de la Carta de Derechos ¹¹ sugerida por las críticas que realizaban los antifederalistas quienes argumentaban que la Constitución no garantizaba la defensa de la libertad humana. La forma de resolución dio como resultado un sistema político nuevo que constituye, como ya vimos, una de las notas más destacadas por el excepcionalismo americano.

A lo largo de la historia política del siglo XX el pensamiento liberal y su encarnación en los *partidos políticos* generó cierto fraccionamiento de este cuerpo teórico como un todo. Los *demócratas* encarnaron el *liberalismo político* conjugado con ideas económicas keynesianas y políticas sociales, dando lugar a la aparición de los *liberals* como sinónimo de progresismo que, en términos internacionales, adhirieron al idealismo / internacionalismo. La política exterior americana del último siglo conoció importantes momentos liberales: Wilson, Roosevelt, Kennedy, Carter, son muestra de ello. Quizás lo más importante en esta evolución es que este modelo logró consolidarse a partir de Franklin Delano Roosevelt y especialmente después de la Segunda Guerra Mundial como el *modelo nacional americano*. Conocido como *Estado de Bienestar* y parte esencial del *american way of life*, su impacto se reflejó a lo largo de la Guerra Fría en todo el occidente desarrollado y se convirtió en un modelo de referencia para varios países en vía de desarrollo. Así la organización política y económica estadounidense dio forma a la cultura política occidental de posguerra y, a su vez, contribuyó a que ese país transite un período de plena hegemonía internacional con un nivel de consenso internacional mayor que en cualquier otra etapa de su historia.¹²

¹¹ La Carta de Derechos (en inglés, *Bill of Rights*) es el término por el que se conocen las diez primeras enmiendas de la Constitución de los Estados Unidos de América. Estas enmiendas limitan el poder del gobierno federal y garantizan los derechos y libertades de las personas. Entre esos derechos y libertades se encuentran: la libertad de expresión, la libertad de asamblea, la libertad religiosa, la libertad de petición y el derecho a tener y portar armas; el derecho a no ser sometido a registros e incautaciones irrazonables, o a castigos crueles e inusuales; el derecho a no testificar contra uno mismo, al debido proceso y a un juicio rápido con un jurado imparcial y local. Además, la Carta establece que “la enumeración en la Constitución, de ciertos derechos, no debe ser interpretada para negar o menospreciar otros retenidos por el pueblo.” Este documento también reserva a los estados o al pueblo todos los poderes no delegados al gobierno federal. Las enmiendas entraron en vigor el 15 de diciembre de 1791, cuando fueron ratificadas por las tres cuartas partes de los estados. El primer borrador fue obra de James Madison en 1789 y su redacción definitiva se produjo en una época de conflicto ideológico entre federalistas y antifederalistas, que se originó en la Convención de Filadelfia de 1787 y que ponía en peligro la ratificación de la Constitución. Así, la Carta fue una respuesta a los influyentes oponentes de la Constitución, incluyendo prominentes miembros de la Convención de Filadelfia, quienes argumentaron que fracasaba en defender los principios básicos de la libertad humana. La Carta de Derechos estuvo inspirada en varios documentos tales como: la Declaración de Derechos de Virginia (1776) redactada por George Mason, la Carta de Derechos Inglesa de 1689, los trabajos de la época de la Ilustración referentes a los derechos naturales y documentos políticos ingleses tales como la Carta Magna (1215).

¹² En el campo de las Relaciones Internacionales se utiliza una distinción similar a la realizada en el de la Ciencia Política entre imperio y hegemonía. Si bien ambas situaciones implican una diferencia en la distribución de poder muy marcada entre el Estado más poderoso y sus seguidores existen diferentes grados de dominación. Para Ikenberry (2001: 27, citado por Russell, 2004: 20) la forma más extrema de orden jerárquico es el imperio formal y la más atenuada la hegemonía benevolente. Estas se distinguen por el modo de extensión de su poder hacia otras naciones; mientras la noción de imperio denota usualmente mecanismos formales y rígidos de control y el ejercicio unilateral de la coerción, la idea de hegemonía pone el acento en los estilos de dominación más flexibles e informales y en la organización del consentimiento de los otros sobre la base del liderazgo del Estado que detenta la posición de supremacía. En el primer caso, la restricción externa del liderazgo depende de la capacidad de resistencia de los

Por su parte, los *republicanos* se quedaron con el *liberalismo económico* en el sentido tradicional, conjugando libre mercado, reducción de Estado y presupuestos equilibrados con principios y valores conservadores y con una vocación más aislacionista o, en su defecto, un internacionalismo ligado al interés nacional, esto es en función de los intereses materiales, a diferencia del ideal nacional –basado en la defensa de los ideales y las instituciones– argumentado por los demócratas. Finalmente, *un sector del partido republicano* se identificó con el neoconservadurismo, llevándose para su seno una nueva articulación entre *liberalismo económico* y la versión internacionalista del *liberalismo político* canalizada en un *idealismo intervencionista* implementado a través del uso de la fuerza militar.

El siglo XXI presentó algunas variaciones al respecto instalando interrogantes importantes sobre las fuerzas profundas y los componentes identitarios estadounidenses. Como sostiene Randall Bennett Woods (2007), *liberal* había pasado a ser una mala palabra en la política norteamericana y muchos demócratas, como el caso de Clinton, se alejaron de las tradiciones de Truman, Kennedy o Johnson, ya que mantuvieron su respeto por las políticas sociales, pero en términos de equilibrio presupuestario, tamaño del Estado y reducción del gasto se acercaron al modelo conservador de los republicanos. En forma simultánea, la ola neoconservadora sostuvo sus convicciones en torno a los valores conservadores, pero se alejó del equilibrio presupuestario¹³ y de su vocación aislacionista o de intervencionismo selectivo. Consecuentemente, la situación de inicios de siglo instaló el interrogante sobre la continuidad de la supremacía liberal sobre el conservadurismo como fuerza profunda explicativa de la vida política estadounidense y su impacto sobre la política exterior.

1-2.2 Particularidades del conservadurismo norteamericano en la etapa de los Padres Fundadores

Para un seguimiento de la conformación del pensamiento conservador, su interconexión con el liberalismo y el análisis sobre si el mismo es una tradición de pensamiento con influencia en la identidad estadounidense y su política exterior trataremos de sintetizar tres momentos que nos parecen importantes: su presencia entre los Padres Fundadores, su evolución como movimiento conservador moderno en el siglo XX y la consolidación de la línea neoconservadora a finales del siglo XX e inicios del siglo XXI.

Parafraseando a Rossiter (1986) el conservadurismo norteamericano nunca ha sido prisionero del pensamiento tradicional europeo. No puede ignorarse la influencia de la filosofía de Edmund Burke sobre algunos de los Padres Fundadores de la nación americana como John Adams, pero sería un error pensar que existió una total identificación de fe y propósito entre conservadurismo norteamericano y europeo.

Esta corriente de pensamiento en Estados Unidos debe ser analizada teniendo en cuenta la tradición de ese país, su historia, que por cierto ha sido distinta y, en muchos

dominados; en el segundo, existe un componente de auto-restricción por parte del Estado Hegemónico. Otros autores subrayan la capacidad del Estado hegemónico de generar y repartir bienes públicos. A ambas características nos referimos cuando planteamos la etapa de plena hegemonía estadounidense partir de la Segunda Guerra Mundial.

¹³ Esta tendencia ya se había hecho presente en la administración Reagan (enero 1981-enero 1989) que constituye el principal antecedente de la gestión de George W. Bush.

casos, más feliz que la de otros estados. Numerosos aspectos históricos y geográficos forman parte de la red causal a través de la cual se explica que en los Estados Unidos exista un conservadurismo especial: las dimensiones y la variedad del país, la abundancia de recursos naturales, la inmensa fuerza ejercida por la frontera, la ausencia de reliquias feudales, la omnipresencia del sentimiento de libertad y aventura y, sobre todo, el surgimiento del industrialismo y la consiguiente declinación de la agricultura. La suma de estos factores generó un terreno más propicio para el surgimiento del liberalismo que del conservadurismo (Rossiter, 1986).

La tradición ha sido liberal (*optimista, materialista e individualista*) y el sector conservador de la población ha sido tradicionalista. En tal sentido, la ha respetado, ha preferido adecuar su pensamiento a esa realidad y no forzarlo para reconstruirlo a la manera europea. Pero es evidente que los *principios conservadores* imbricados en la sociedad norteamericana (*tradicionalismo, unidad, lealtad y constitucionalismo*) han sido un límite histórico para la concreción de un liberalismo más radicalizado aún (Rossiter, 1986) y, a su vez, constituyen una explicación sobre por qué a finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI el país debate su proyecto nacional –y dentro de él su política exterior– entre la supremacía de los valores conservadores, neoconservadores o liberales.

Como sostuvimos más arriba, algunos acontecimientos históricos contribuyeron a garantizar el establecimiento de pautas liberales en los Estados Unidos. A una sociedad liberal desde sus orígenes se sumó una guerra civil que marca, entre otros muchos aspectos, el triunfo definitivo de los sectores industriales sobre los agrarios (base del conservadurismo) dando lugar a la consolidación de lo que Rossiter (1986) llama el *conservadurismo del laissez faire*.

Entre los principios más destacados de la corriente conservadora en los Estados Unidos que pueden rastrearse desde la época de los Padres Fundadores aparece la adhesión a una *concepción mixta de la naturaleza humana* y si bien la considera inmutable acentúa más lo mixto que lo inmutable. Las perspectivas sobre la perfectibilidad del hombre nunca echaron raíces en la cultura política americana, pero la posibilidad de mejoramiento y progreso fue afirmada y enfatizada (Kirkpatrick, 1982). En este marco esta corriente reconoce un rol importante a *la educación* no sólo porque inculca la tradición, sino también porque permite el desarrollo de determinadas virtudes que conducen a la libertad. La familia, la iglesia y la escuela son instituciones que permiten al niño llegar a ser un hombre civilizado, consecuentemente la función de las *instituciones* en la transmisión de la tradición es central. Esta labor de las instituciones se inserta en un marco más general que subraya el papel fundamental de los *principios religiosos* tanto sobre el hombre como sobre la sociedad. El designio divino gobierna tanto la conciencia individual como la sociedad y, en ese contexto, la religión funciona como un centro de gravedad en torno al cual giran todos los demás temas. En este sentido resulta importante destacar uno de los impactos parciales del liberalismo sobre el conservadurismo que abordaremos en otras partes de este capítulo: si bien el primero logró establecer como principio la separación entre Iglesia y Estado, no logró imponer la desvinculación entre política y religión que sigue siendo un dato importante en la actualidad.¹⁴

¹⁴ Es importante subrayar cómo el tema de la posición religiosa de los candidatos y su proyección en las respectivas plataformas políticas apareció como una cuestión importante en la campaña electoral de 2008. Esto demuestra que para la sociedad americana la religión y la política son dos fenómenos que aún andan de la mano en el siglo XXI.

Por otra parte, los conservadores en sus orígenes destacaron tanto la *desigualdad de los hombres* como la inevitabilidad y necesidad de las *clases sociales* y, por influencia del liberalismo, interpreta a las últimas vinculadas a los logros económicos antes que al nacimiento, marcando aquí una diferencia significativa con el conservadorismo europeo¹⁵. Estas diferencias económicas se fueron atenuando con el desarrollo que alcanzó Estados Unidos sobre finales del siglo XIX y a lo largo del siglo XX logrando, tal como lo vimos en el punto sobre el excepcionalismo, la consolidación de una clase media amplia que abarcó a los sectores obreros y que diluyó en los hechos –junto a la ausencia de reliquias feudales– la conformación de clases sociales en el sentido europeo.

En cuanto a la idea de libertad Rossiter destaca que el conservadurismo posterior a la guerra civil realiza una mezcla poco feliz de dos conceptos de libertad que son difícil de entender fusionados desde un conservadurismo puro: “la libertad Jeffersoniana, la del agricultor para arar su campo, comer su pan, dar su voto y venerar a Dios sin interferencia del príncipe o el sacerdote, con la libertad Spenceriana del industrial para amasar toda la riqueza y el poder posible de este lado de la ley escrita” (Rossiter, 1986: 205). Quizás esta lectura de la libertad sea una de las fuentes que explica la manera en que los conservadores han entendido la libertad en el siglo XX: no avance del Estado sobre el individuo y absoluta libertad de mercado.

Otra característica vinculada con el tema anterior es la fe que el conservadurismo americano siente por el *progreso*. La raíz histórica de esta idea es el triunfo del industrialismo que produjo un doble efecto: por una parte, fomentó un espíritu materialista, por la otra, permitió conjugar la idea de democracia con el capitalismo. Consecuentemente, muchos hombres conservadores acumularon poder por medio de los negocios y su mente funcionó bajo la idea de una expansión ilimitada. El conservadurismo queda así conectado, aunque suene paradójico, con uno de los agentes de cambio social más importantes: el capitalismo (Rossiter, 1986).

Una de las grandes preocupaciones entre los Padres Fundadores de perfil conservador al momento de apoyar el proceso de independencia y la organización del naciente Estado independiente estuvo ligada al nuevo sistema político. La aceptación de una democracia republicana –y no una monarquía como defendía el conservadurismo europeo– los llevaba a destacar la *falibilidad y la tiranía potencial del gobierno de masas*, la *deseabilidad de diseminar el poder político* y la necesidad de *un gobierno cuyas características principales sean la dignidad, la autoridad, la legitimidad, el constitucionalismo, la justicia, la obediencia a los límites, la prudencia, la jerarquía*.

El riesgo radicaba en que si las pasiones y los sentimientos relacionados con la política se intensificaban demasiado se convertirían en fuentes de inestabilidad. Pluvio (seudónimo utilizado por los autores de los Documentos Federalistas) consideraba que los gobiernos en los que hay mayor libertad y menor coerción (democracias) son más

¹⁵ En referencia a la desigualdad entre los hombres resaltada desde el pensamiento de los Padres Fundadores más conservadores resultan claras las palabras de John Adams “Por ley de la naturaleza, todos los hombres son hombres y no ángeles, hombres y no leones, hombres y no ballenas... es decir, son todos de la misma especie; este es el punto máximo de igualdad de la naturaleza. Pero el hombre difiere, por naturaleza, del hombre, casi tanto como el hombre de la bestia... El creador de la naturaleza ha establecido invariablemente una desigualdad física y una marcada desigualdad intelectual y la sociedad tiene el derecho a introducir cualquier otra desigualdad que juzgue conveniente para su propio bien”. Texto de John Adams (citado por Rossiter, 1986: 120).

susceptibles a la ruptura del orden, o sea, más proclives a la anarquía que surge como producto del partidismo. Para Pluvio las causas de esta agresividad, en otras palabras, las causas del conflicto social eran múltiples y, por ello, muy difíciles de solucionar. Además en la medida en que el número de causas del conflicto entre facciones rivales a nivel interno aumentara, más posibilidades existían que este enfrentamiento fuese trasladado a nivel de naciones (guerra). En el documento N° 6, Hamilton afirmaba que

“esperar una armonía perpetua entre un numero de soberanías independientes e inconexas situadas en la misma vecindad sería olvidar el curso uniforme de los acontecimientos humanos y desafiar la experiencia acumulada por los tiempos” (Citado por Rossiter: 1986: 279).

Se preguntaron entonces sobre cuáles eran los medios adecuados para que los hombres pudieran garantizar su vida, libertad y propiedad. La dignidad, el sentido de justicia, la educación, la prudencia, etc., eran principios fundamentales para un gobierno, pero no suficientes para asegurar un control sobre su acción.; el remedio ofrecido por Pluvio fue de orden político: la Constitución. Su propuesta para controlar la naturaleza humana fueron los principios de *representación, extensión, división de poderes y elecciones frecuentes*.¹⁶ La Constitución logró garantizar aspectos considerados, en múltiples ocasiones, opuestos. A saber: igualdad y libertad, gobierno mayoritario y derechos minoritarios, entre otros. Sin embargo, como afirma Álvarez García (2003) quizás uno de los aspectos más destacados entre el pensamiento de los Padres Fundadores y su aplicación a la Constitución fue la idea de que la estabilidad del país pasaba por las instituciones, no por los hombres.

Finalmente, haremos un comentario sobre la interpretación conservadora de la Revolución Americana. La pregunta es cómo surge en Estados Unidos la conciliación conservadurismo-revolución. La primera y homogénea respuesta es: fue una revolución conservadora. La única idea de cambio en el marco de la revolución fue la separación de Inglaterra. Los conservadores del momento trataron de mantener el orden interno anterior a la revolución tan intacto como fuera posible.

Autores como Kristol (1986), Rossiter (1986), Kirkpatrick (1982) coinciden en destacar la inteligencia y la prudencia de los Padres Fundadores. En tal sentido, Kirkpatrick sostiene que:

“El éxito de la experiencia norteamericana derivó, [...] en buena medida, del hecho que los principios del Iluminismo fueron modificados por las expectativas mas modestas de los primeros dirigentes y Padres Fundadores de la nación, a su vez basadas en la experiencia británica y moldeadas por la experiencia norteamericana de la tiranía. Este doble legado, optimismo y racionalismo dieciochesco unido al individualismo, estaba ligado con el sentido de comunidad, autoridad y costumbres característicos de la tradición británica; el resultado fue que, antes que los Estados Unidos llegaran a su existencia, su cultura política incluía tanto la ley común como la ley natural,... tanto la experiencia como la razón, tanto los principios de Burke como los de los primeros utilitaristas. Esta cultura política mixta sirvió como fundamento de ese

¹⁶ La inclusión de dichos principios explica en parte cómo se pudieron articular las expectativas de crear un nuevo sistema político basado en la soberanía popular con los temores que esto despertaba en los sectores conservadores.

hecho insólito que dio nacimiento a la nación: una revolución conservadora” (Kirkpatrick, 1982: 268-269).

Por su parte, Irving Kristol enfatiza la prudencia y el control de las pasiones. Opina que todas las revoluciones desatan pasiones y que la norteamericana no fue una excepción. Su notoriedad radica en que logró subordinar tales pasiones al pensamiento serio y matizado acerca de los problemas políticos. Todos los escritos de la época fueron reflexivos y, generalmente, sobrios. Se trató de una revolución poseedora de un grado de conciencia tal que ni antes ni después hubo otra parecida a ella. “Estaba signada por la conciencia, no por el dogma” (Kristol, 1986: 100).

Ante esta concepción tan especial de la revolución los autores concluyen en la necesidad de ajustar el concepto mismo de revolución para indicar o clasificar con más precisión todos los eventos que suelen incluirse bajo este nombre. Kirkpatrick considera al término revolución poco adecuado para referirse a la revolución americana dadas las connotaciones que este concepto posee: transformación radical de la sociedad, la cultura, el régimen político, etc. En una dirección similar, Kristol adhiere a la distinción de Hannah Arendt entre revolución y rebelión, identificando con el segundo término acontecimientos como las revoluciones Francesa y Rusa, mientras que señala al primero como el adecuado para referirse a los acontecimientos de 1776.

1-2.3 Los conservadores en el siglo XX: las diferentes ramas y su reclamo por ser considerados una tradición identitaria

En este apartado analizaremos la evolución del pensamiento conservador en Estados Unidos y sus diferentes manifestaciones en el siglo XX. Apuntamos a sintetizar sus principales ideas lo que nos permitirá también dejar en claro las diferencias generales existentes en su seno, pero especialmente destacar que la política exterior es, quizás, uno de los temas donde se han concentrado las mayores discrepancias. Conjuntamente abordamos el reclamo de este sector para ser considerado una tradición de peso que forma parte de la identidad nacional americana.

1-2.3.1 El Movimiento Conservador Moderno

La tesis de la tradición liberal sostenida por Louis Hartz en su obra *The liberal Tradition in America* (edición citada 1991)¹⁷ argumenta que Estados Unidos nació y ha permanecido liberal. Sin embargo, los conservadores sostienen que ellos también son una tradición de pensamiento que debe ser tenida en cuenta dentro de la historia y la política de los Estados Unidos. Afirman que las mentes que lideran las universidades estadounidenses siempre han malentendido –y en ocasiones despreciado– al conservadurismo, al movimiento conservador en la política americana y ni que decir de la relación entre el pensamiento conservador y la tradición política estadounidense.

En contraposición a quienes los acusan de no representar un conjunto sólido de ideas subrayan que el *movimiento conservador moderno* se robusteció a partir de la Segunda Guerra Mundial y puede mostrar un cuerpo de ideas sistematizadas que, con el transcurso de los años, han sido defendidas en forma creciente por académicos, columnistas y, fundamentalmente, por políticos. Entre ellas se destacan la necesidad de

¹⁷ La obra original es de 1955.

limitar al gobierno, defender la libre empresa, las libertades individuales y la tradición de los valores americanos.

Consecuentemente varios *think tanks* en los últimos años se han dado a la tarea de mostrar la evolución del movimiento conservador moderno reconstruyendo el camino de los trabajos académicos fundacionales y los principales aportes provenientes de la clase política que consolidaron dicho movimiento en la segunda mitad del siglo XX.¹⁸

En el ámbito de la producción intelectual reconocen que en un principio el conservadurismo moderno era más rudimentario y difuso. Sin embargo en 1945 la publicación de obra de Friedrich A. Hayek, *The Road to Serfdom*, actuó como un catalizador del movimiento y ayudó a generar los cimientos de una contra revolución frente a las tendencias de la época que incluían desde el socialismo en la URSS, el avance del pensamiento de Mao en China que finalizaría en pocos años en el triunfo de la revolución comunista y el New Deal fronteras adentro. Para ellos Hayek demuestra que la planificación conduce hacia las dictaduras y que la dirección de la actividad económica por parte del Estado conduce a la supresión de la libertad.

La segunda obra considerada fundacional es *Ideas Have Consequences*, publicada por Richard Weaver en 1948. Allí su autor sostuvo que el nominalismo, el racionalismo y el materialismo conducen inexorablemente a la disolución de la moral de occidente y ofrece tres ideas para recuperarse de la mala influencia del modernismo: la defensa de propiedad privada, la purificación y el respeto del lenguaje y la piedad hacia la naturaleza y el otro y, especialmente, el pasado.

Una tercera obra de notable influencia fue el trabajo de Russell Kirk, *The Conservative Mind*, presentado como una historia intelectual del pensamiento conservador. A lo largo de la misma el autor destaca que la esencia del conservadurismo descansa en seis reglas: un propósito divino, además de la conciencia personal, gobierna la sociedad; la vida tradicional está llena de variedad y misterio mientras los sistemas más radicales se caracterizan por una estrecha uniformidad; las sociedades civilizadas necesitan orden y clases; la propiedad y la libertad están inseparablemente conectadas; el hombre debe controlar su voluntad y sus apetitos teniendo en cuenta que es gobernado más por la emoción que por la razón y, finalmente, las sociedades deben cambiar lentamente (Edwards, 2004: 30).

La cuarta obra fundacional fue *Witness*, escrita por Whittaker Chambers¹⁹ y publicada en 1952. En este libro el autor argumenta que la crisis del siglo XX fue una crisis de fe que requería al hombre elegir entre: Dios o el hombre; el alma o la mente, la libertad o el comunismo (Mohoney, 2002).

Con la publicación de estas obras y la aparición de las revistas *Human Events* y *Nacional Review* la esencia del conservadurismo –representada por las tendencias

¹⁸ Para la síntesis que se presenta a continuación nos basamos especialmente en la obra de Lee EDWARDS, (2004) *A Brief History of the Modern Conservative Movement*, The Heritage Foundation, Washington DC. De aquí se seleccionaron las obras consideradas fundacionales del movimiento en la segunda mitad del siglo XX y la lista de figuras políticas más destacadas y valoradas por sus miembros.

¹⁹ Whittaker Chambers (1901-1961) fue un escritor y editor americano que no sólo militó en la filas del partido comunista soviético, sino que trabajó como espía. Posteriormente, en 1938, renunció al comunismo y se convirtió en un férreo oponente. El es muy conocido por su testimonio en el juicio contra Alger Hiss –un oficial del Departamento de Estado aliado a los demócratas– por perjurio y espionaje.

libertaria, tradicionalista y anticomunista— estaba, a partir de los cuarenta y los cincuenta, en su lugar y disponible para ser popularizada y politizada. Las amenazas de la planificación económica y el relativismo moral fueron identificadas en el plano intelectual como los grandes peligros y se trasladaron al ámbito empírico identificando al *New Deal* como amenaza doméstica y al comunismo soviético como la amenaza externa.

En la arena política de inicios de 1946 los conservadores destacan a figuras que contribuyeron de manera notoria a consolidar su movimiento. Entre ellos se distingue el Senador Robert A. Taft, quien es identificado como el padre fundador del movimiento conservador moderno. Fue el primer miembro destacado de la política que logró conducir el conservadurismo y el partido republicano entre 1930 e inicios de los cincuenta. Si bien nunca ganó la postulación presidencial se reconoce que luchó por la unidad del partido. Habiendo perdido su última oportunidad en la contienda interna de 1952 con el general Eisenhower, volvió a demostrar su vocación de unidad en una situación compleja. Esta elección significó una disputa al interior del GOP (Grand Old Party)²⁰ entre el ala liberal del Este y el ala conservadora del medioeste, entre los Republicanos “modernos” y los Republicanos “verdaderos”, entre los pragmáticos entusiasmados por ganar a cualquier precio y los idealistas interesados tanto en los principios como en la victoria; sin embargo Taft terminó apoyando a la fórmula ganadora. Sus seguidores destacan su perfil abierto al diálogo y su legado en ideas tales como: la defensa de la libertad enmarcada en la ley, el reclamo de una economía humanitaria donde las ganancias de la industria debían ser extendidas a la ciudadanía y en una crítica equilibrada a la política exterior donde apoyó a la Doctrina Truman y el Plan Marshall, pero se opuso a la OTAN por considerarla una organización que establecía compromisos militares de largo plazo. Su muerte en 1953 fue un duro golpe al proceso de consolidación del movimiento conservador moderno.

Entre otros nombres relevantes aparece el senador Barry Goldwater, quien tampoco nunca ganó la postulación para la presidencia.²¹ Conocido como Mr. Conservative, su larga trayectoria fue central en la conformación del movimiento conservador y, muy especialmente, en la construcción del triunfo que llevó al movimiento al poder en la década de los ochenta, con la elección de Ronald Reagan.

En referencia a la etapa que los conservadores identifican con la llegada del movimiento conservador al gobierno, coincidente con las administraciones republicanas que ocuparon la Casa Blanca y el Congreso a partir de la década de los ochenta²²,

²⁰ Esta es una manera tradicional para denominar al Partido Republicano.

²¹ Los integrantes de movimiento conservador moderno hasta la década de los ochenta rivalizaron fuertemente con el ala liberal del Partido Republicano, que ellos describían como el *establishment* del Este, no sólo por sus diferencias ideológicas, sino también por el tipo de campaña política caracterizada por el no cumplimiento de los compromisos previos y el descrédito y la difamación que este sector —según los conservadores tradicionales— aplicó en las internas partidarias cuando Taft fue candidato frente a Eisenhower y cuando Goldwater compitió en las primarias de California con Nelson Rockefeller.

²² Es necesario destacar que la presidencia de Eisenhower, como lo dijimos más arriba, no era considerada como representante del movimiento conservador moderno, sino más bien del ala liberal republicana del Este. En el caso de la presidencia de Richard Nixon las diferencias fueron aún mayores. Desde el conservadurismo moderno se lo critica por haber llegado al poder con su apoyo, a cambio de otorgarle la vicepresidencia a uno de sus miembros, Spiro Agnew, y cumplir su promesa de luchar fuertemente contra el comunismo. Sin embargo, desde la evaluación conservadora, una vez que Nixon asumió, aplicó una especie de *New Deal* interno y una política exterior acomodaticia, que incluyó el acercamiento con la República Popular China hecho, sin dudas, inaceptable para el movimiento conservador. Por otra parte, Nixon en vez de escuchar los consejos conservadores prefirió aislarse del sector y dialogar con miembros de partido demócrata como el ex gobernador de Texas John Connally, el profesor de Harvard, Daniel Patrick Moynihan y practicantes de realpolitik como Henry Kissinger.

sobresale la valoración de la gestión de Ronald Reagan. Los miembros del movimiento conservador moderno destacan la jerarquía que su política exterior le otorgó a la libertad y la democracia y su posición anticomunista. En el ámbito doméstico subrayan el recate de los valores y su política económica, especialmente la decisión de disminuir impuestos. Durante la gestión demócrata de Clinton, la defensa central del movimiento conservador se trasladó al Congreso en la persona de Newt Gingrich y su propuesta conocida como “Contrato con América” que le permitió en 1994 lograr la mayoría republicana en ambas cámaras. La gestión del presidente Bush padre recibe un apoyo de menor envergadura. Si bien reconocen su trayectoria y su exitosa política exterior, consideran que se alejó de las pautas conservadoras cuando a mediados de su mandato decidió subir el monto de los impuestos.

A pesar del fuerte reclamo por democracia, economía de mercado y valores tradicionales, la gestión del presidente George W. Bush es considerada con bastante cautela por el movimiento conservador moderno tomando, de esta manera, cierta distancia de los neoconservadores. Consideran que su llegada al poder sujeta a dudas, habiendo perdido el voto popular y ganado el colegio electoral sólo por un voto, no le permitió tener una actividad acorde a sus obligaciones hasta los atentados del 11 de septiembre de 2001. Con posterioridad a este hecho logró apoyo bipartidista en el Congreso para su guerra contra el terrorismo y la lucha contra Afganistán aumentando notoriamente su popularidad e implementando una política exterior que ellos aceptan. Sin embargo, la guerra contra Irak modificó esta situación. Los neoconservadores no sólo defendieron la guerra, sino la ocupación posterior. Los conservadores más tradicionales –al menos en términos de ideas– llegaron a apoyar la guerra, pero no la siguiente etapa y su propuesta de *peacebuilding*. Por otra parte, si bien aceptaron con agrado la baja de impuestos establecida por la administración subrayan que esta no tuvo el mismo nivel de generación de empleo que el alcanzado en épocas de Reagan.

En resumen las creencias centrales del movimiento conservador moderno son gobierno limitado, libertad y responsabilidad individual, libre mercado, una defensa nacional fuerte y fe en Dios, todas delimitadas por la Constitución.

De acuerdo a Edwards la presencia constante de esta línea de pensamiento político a lo largo de estas cinco décadas ha permitido el ascenso de la Derecha, cuya trayectoria hacia el poder nacional y la prominencia fue a menudo interrumpida por la muerte de sus líderes, derrotas calamitosas en las encuestas, constantes disputas al interior de sus filas por sobre sus ideas y fines y la perenne hostilidad del *establishment* liberal prevaleciente. Sin embargo debido al poder de sus ideas –ligado siempre al invaluable principio de una libertad ordenada– y a su incesante diseminación y aplicación, el movimiento conservador se ha convertido en el mayor y, a menudo, dominante jugador en la esfera política y económica de la nación (Edwards, 2004: 101).

Para confirmar la validez de esta conclusión resulta interesante sumar el análisis de alguien, no sólo ajeno al movimiento, sino opuesto en términos ideológicos. En ese marco Schlesinger afirmó en 1955 “Ningún fenómeno intelectual ha sido más sorprendente en años recientes que el resurgimiento en Estados Unidos del conservadurismo como una filosofía social respetable. Durante décadas, el liberalismo parecía tener todo a su favor. Los jóvenes brillantes eran siempre liberales; los profesores serios eran generalmente liberales [...] Pero en el último año, o en los últimos años, todo ha cambiado. Los círculos intelectuales de moda ahora desechan el liberalismo por juzgarlo ingenuo, ritualista, sentimental y superficial. Con un grito y un

rugido, una serie de profetas conservadores han surgido de la nada, exhumando el conservadurismo, reexaminándolo, revitalizándolo, predicándolo [...] Hoy, se nos dice, los jóvenes brillantes son conservadores; hasta unos pocos liberales, en su propio ciclo de desesperación, están empezando a confesarse conservadores” (Schlesinger, 1955).²³

Dentro de ese esfuerzo conservador para instalar y defender un conjunto de ideas uno de los mayores desafíos para los políticos conservadores fue, como lo sostuvo William F. Buckley Jr., “*mediar entre el ideal y la prudencia*”. La preocupación sobre como manejar mejor el balance entre ideal y prudencia preocuparía a los líderes de esta corriente de pensamiento por más de cuarenta años, incluyendo a Reagan y George W. Bush (Edwards, 2004: 53). Desde nuestra perspectiva dicho debate se convertirá en una de las principales cuestiones a tener en cuenta para explicar las subdivisiones al interior de los conservadores permitiendo el distingo de al menos tres grupos: el movimiento conservador moderno, los neoconservadores y los pragmáticos.

1-2.3.2 Los neoconservadores

“No son conservadores como los demás. Ni nostálgicos de tiempos pasados, ni partidarios del statu quo: los neoconservadores son una familia aparte en la derecha americana. A menudo proceden de la izquierda y creen en el poder de las ideas y de la política para cambiar el mundo. No sacralizan el mercado, pero mantienen una mirada crítica sobre el Estado-providencia y sus flaquezas. Convencidos de que América encarna el Bien, piensan que garantizará su seguridad y permanecerá fiel a su misión moral, simplemente exportando la democracia, si es necesario mediante la fuerza. Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, adquirieron una influencia determinante en la política de George W. Bush y en su decisión de hacer la guerra en Irak. Surgidos en los ambientes de la izquierda demócrata neoyorquina forman junto con los fundamentalistas cristianos una corriente dominante en la América de hoy” (Frachon y Vernet, 2006: 1).

En la evolución del pensamiento neoconservador podemos encontrar dos grandes etapas: la década de los treinta y la década de los sesentas. “Las raíces del neoconservadurismo se remontan a un notable grupo de intelectuales mayormente judíos que asistieron al City Collegue de Nueva York (CCNY) desde mediados de los años treinta hasta principios de los cuarenta. Este grupo incluía a Irving Kristol, Daniel Bell, Irving Howe, Seymour Martin Lipset, Philip Selznick, Nathan Glazer y, un poco más tarde, Daniel Patrick Moynihan. Todos esos personajes procedían de entornos de clase obrera e inmigrantes y asistieron al CCNY porque las instituciones de elite como Columbia y Harvard les estaban en gran medida vedadas” (Fukuyama, 2007: 28).

La década de los años treinta fue una etapa muy politizada tanto sobre cuestiones de política interna como sobre temas ligados a la política internacional y el espacio del CCNY no fue una excepción. Inicialmente la rebeldía se canalizó a través de una

²³ El mismo autor comenta que presentó esta idea en su artículo de 1955 y volvió a utilizarla para sus escritos en épocas del presidente Reagan, donde vivenció sensaciones similares. En este marco afirma que todo período conservador construye su filosofía de auto-preservación. El neoconservadurismo de los años ochenta es una repetición del de los años cincuenta, que fue a su vez una repetición de la filosofía de la Nueva Era de los años veinte. Ver Arthur M. Schlesinger Jr. (1999: 55). En este trabajo coincidimos con el autor en la idea de que los conservadores de distintas épocas han realizado un esfuerzo para instalarse como una tradición filosófica de peso. Sin embargo, creemos que existen diferencias significativas entre los diversos grupos del conservadurismo en lo que se refiere a política exterior.

comunidad con las ideas de izquierda surgiendo grupos pro-estalinistas y grupos trotskistas. Dentro de estos últimos se insertaban algunos de los nombres mencionados más arriba. Sin embargo para los tiempos de la Segunda Guerra Mundial ya ninguno de ellos se identificaba con la izquierda, pero para comprender su salto hacia la derecha es necesario realizar algunas aclaraciones. Una de ellas se vincula con el hecho que el creciente anticomunismo del grupo fue paralelo al rechazo hacia los liberales que simpatizaban con el socialismo sin comprender los males que este traía consigo. En ese sentido Fukuyama afirma que comprender esta situación “es crucial para entender los orígenes del neoconservadurismo y la oposición a la ingeniería social utópica, que es el hilo conductor más duradero del movimiento” (2007: 28).

Los miembros de la derecha estadounidense se oponían al comunismo porque era ateo, rechazaba la economía de mercado y estaba implementado por una potencia hostil a los Estados Unidos. Por otra parte los liberales de izquierda, quienes compartían con los comunistas sus metas sociales y económicas, se desencantaron con el comunismo real de los treinta y los cuarenta por su crueldad y porque su monstruosidad socavaba la posibilidad de alcanzar esos objetivos idealistas. La preocupación sobre las buenas intenciones llevadas a sus versiones extremas concentró permanentemente la atención de este grupo y sus sucesores (Fukuyama, 2007: 29).

Durante los años sesenta se conforma la segunda corriente neoconservadora que mostró una alta continuidad con la de la década de los treinta. Sus ideas fueron volcadas en una publicación llamada *The Public Interest*, creada en 1965 por Irving Kristol y Daniel Bell. A través de esta publicación se canalizaron las grandes diferencias entre las propuestas políticas predominantes que enfatizaban la importancia de la ingeniería social a gran escala y el rechazo a la misma por parte de los neoconservadores.²⁴

²⁴ Entre las políticas que los neoconservadores criticaban por considerar que fomentaban la ingeniería social a gran escala se destacan los programas de la Gran Sociedad y la Guerra contra la Pobreza del presidente Lyndon Johnson. Llegado a la Casa Blanca después de la muerte de Kennedy, Johnson se comprometió con la agenda legislativa que había heredado de su antecesor y logró que en 1964 se aprobaran tanto la disminución de impuestos como la *Ley de Derechos Civiles*. En la primavera de ese mismo año comenzó a hablar de su programa *La Gran Sociedad* como un proyecto socioeconómico destinado a que los beneficios y la prosperidad lleguen a todos. En estricta vinculación con éste se desarrolló la *Guerra contra la Pobreza* que llegó a ser el elemento central del programa de la Gran Sociedad. Dentro de este la Oficina de Oportunidades Económicas, instituida en 1964, impartió capacitación a los pobres y creó varias agencias de acción comunitaria guiada por una ética de “democracia participativa” que aspiraba a dar a los pobres voz en los programas de vivienda, salud y educación. Bajo el liderazgo de Johnson, el Congreso promulgó el programa de salud *Medicare* para los ancianos y *Medicaid*, destinado a dar asistencia médica para los pobres. También se brindó más ayuda federal a la enseñanza elemental y secundaria, que por tradición era una función estatal y local. Los fondos federales fueron aportados a los estados en proporción a su población infantil perteneciente a familias de bajos ingresos. Convencidos de que el país se enfrentaba a una “crisis urbana” caracterizada por la decadencia del centro de las ciudades, los arquitectos de la Gran Sociedad idearon una nueva ley de vivienda por la cual se dispuso dar un complemento al ingreso de los pobres y se instituyó el Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano. Otras leyes causaron un impacto en muchos aspectos de la vida estadounidense. Se dio ayuda federal a artistas y académicos para alentar su trabajo. En septiembre de 1966, Johnson promulgó como leyes dos proyectos sobre transporte. El primero de ellos proveyó fondos a los gobiernos estatales y locales para desarrollar programas de seguridad, y el otro estableció normas federales de seguridad sobre automóviles y neumáticos. En 1965, el Congreso abolió las cuotas discriminatorias de 1924 en materia de inmigración según el origen nacional. Esto desató una nueva oleada de inmigración que, en gran parte, provino del sur y el este de Asia y de América Latina. En las elecciones de noviembre de 1964 obtuvo una aplastante victoria sobre el candidato republicano conservador, Barry Goldwater. Este triunfo fue significativo porque les dio a los demócratas liberales un firme control del Congreso por primera vez desde 1938. Así lograron la aprobación de algunas leyes frente a la oposición conjunta de los republicanos y los conservadores demócratas del sur. Sin dudas la Gran Sociedad fue la mayor explosión de actividad legislativa desde el *New Deal*. Sin embargo desde 1966 el apoyo se empezó a debilitar. Algunos de los programas de Johnson no estuvieron a la altura de las expectativas y muchos no contaron con fondos suficientes. Al parecer, lo único que pasó fue un empeoramiento de la crisis urbana. Sin embargo, ya sea por los gastos de la Gran Sociedad o por el vigoroso resurgimiento económico, la pobreza disminuyó, al menos en forma marginal, en el gobierno de Johnson y con las

Estos últimos nunca adhirieron a la idea de que las políticas sociales aplicadas desde el Estado fuesen un instrumento útil para solucionar problemas como la pobreza, la discriminación, el crimen, entre otros. Para ellos esas prácticas siempre dejaban como resultado sociedades más injustas y problemáticas que las que intentaban mejorar. Las políticas públicas enfocadas en la ingeniería social no podían, desde su perspectiva, modificar las raíces del problema ligadas a cuestiones culturales o a hábitos muy arraigados. Esta tarea podía ser desarrollada con mayor éxito por otros actores sociales, como por ejemplo algunas instituciones intermedias, pero no era susceptible de ser encarada por el Estado. En última instancia podríamos afirmar que aquí nació una nueva disputa sobre el modelo nacional estadounidense. Mientras los políticos demócratas y ciertos sectores de la izquierda liberal hacían de la ingeniería social un elemento central del Estado de Bienestar, los neoconservadores veían en ello un peligro y trabajaron por un nuevo proyecto de modelo nacional sin ingeniería social que, finalmente, llevarían al poder en épocas de Reagan.

Desde la perspectiva de las agrupaciones políticas el enfrentamiento por los resultados en torno a la ingeniería social en los sesenta llevó a la confrontación entre los neoconservadores y la denominada nueva izquierda, la cual se había consolidado a la sombra de la creciente oposición a la Guerra de Vietnam. Menos nacionalista, más proclive a respetar el ideario de las naciones de izquierda que eran identificadas como los grandes enemigos de Estados Unidos, estos militantes de la izquierda reclamaban una mayor presencia del Estado para subsanar las causas de la desigualdad social. En este contexto los neoconservadores entendieron que la oposición que habían llevado adelante contra los estalinistas en los años treinta y cuarenta, en los sesenta y setenta había sido reemplazada por la confrontación con la nueva izquierda. Para ellos existía una conexión: “tanto los *liberales* –nueva izquierda– americanos como los comunistas soviéticos perseguían fines nobles pero tiraban piedras sobre su tejado al no reconocer los límites del voluntariado político” (Fukuyama, 2007: 32).

La lucha neoconservadora contra los liberales de izquierda se complementa en los setenta con nuevos esquemas de alianza con la derecha. De acuerdo a Edwards (2004) después de la renuncia de Richard Nixon en 1974 se genera el acercamiento con un grupo denominado la “Nueva Derecha” (New Right). Así, la vieja izquierda devenida en neoconservadora y la nueva derecha comenzaron a transitar un mismo camino.

La Nueva Derecha fue una reacción ante el intento liberal de tomar al partido Republicano que se canalizó a través de la decisión unilateral del Presidente Ford de nombrar a Nelson Rockefeller, considerado un ultraliberal, como Vicepresidente. Los neoconservadores respondieron en forma similar al ataque liberal de izquierda dentro del partido Demócrata, representado por la nominación de George McGovern quien adhería a las ideas más críticas que aglutinaban a los demócratas que se habían opuesto a la Guerra de Vietnam.

El analista político Kevin Phillips fue el primero en usar la etiqueta de “Nueva Derecha” cuando describió el esfuerzo colectivo de Richard Viguerie, Paul Weyrich,

Howard Phillips y John Dolan. Ellos eran verdaderos creyentes, firmes conservadores y feroces anticomunistas y representaban a la clase media y los americanos medios. Sus enemigos eran los cuatro grandes de la América moderna: gobierno grande, negocios grandes, sindicatos grandes y medios grandes. Viguerie fue identificado como el padrino de la Nueva Derecha porque reunió la mayor parte del dinero, pero el estratega en jefe fue Paul Weyrich, quien como reportero de diario y periodista político de radio y televisión manejó el operativo político en Washington. Con los fondos aportados por el hombre de negocios de Colorado Joseph Coors y la dirección de Viguerie, Weyrich fundó o cofundó algunas de las principales instituciones conservadoras tales como: The Heritage Foundation, the Committee for the Survival of a Free Congress, the American Legislative Exchange Council y The Moral Majority, uno de los mayores jugadores políticos en la guerra de finales de los años setenta e inicios de los ochenta.²⁵ La Nueva Derecha se presentó como independiente del Partido Republicano y como representante de todos los sectores del conservadurismo (Edwards, 2004: 64).

Sin embargo, la Nueva Derecha y los neoconservadores no fueron una alianza natural. La Nueva Derecha estaba profundamente recelosa del gobierno, mientras los neoconservadores adherían a él. La Nueva Derecha amaba la mecánica de la política, mientras los neoconservadores el elevado plano de las políticas públicas. Pero ambos odiaban al comunismo y despreciaban a los liberales (la Nueva Derecha por lo que ellos siempre habían sido, y los neoconservadores por aquello en lo que se habían convertido). Al final, fue el anticomunismo de los neoconservadores y la resistencia a la contracultura lo que ganó la aprobación de los conservadores y permitió un matrimonio pragmático. El Ministro que presidió la unión fue Ronald Reagan, quien necesitaba el poder cerebral de los neoconservadores y el poder de los hombres de la Nueva Derecha, especialmente de la Derecha Cristiana, para ser electo. Si bien no logró imponerse en las primarias de 1976, los resultados fueron tan parejos que inició su carrera a la presidencia cuando reconoció que había perdido, pero afirmó que la causa seguía viva (Edwards, 2004: 66). Así la presencia neoconservadora junto a la Nueva Derecha y Mayoría Moral simbolizarían en 1981 la llegada al poder.

Otro aspecto del análisis sobre el surgimiento del neoconservadurismo realizado por la academia en los últimos años se concentra en la influencia de los aportes de Strauss. Según Martínez Montes (2005) el pensamiento de Leo Strauss²⁶ intentó

²⁵ La organización Mayoría Moral (Moral Majority) fue fundada en 1979 por el reverendo Jerry Falwell, para llevar adelante una campaña nacional contraria al aborto y los derechos de los homosexuales y a favor de implantar las oraciones en las escuelas públicas y de una visión tradicional de la familia. Con millones de miembros incorporados en comités de acción política, la Mayoría Moral devino uno de los mayores grupos de presión en Estados Unidos en la década de los ochentas y en un precursor de la llamada Coalición Cristiana, el grupo conservador que desempeñó un papel crucial en la elección de George W. Bush a la presidencia. Falwell fue un vigoroso defensor de Israel y de sus políticas sionistas. “Teológicamente, cualquier cristiano tiene que apoyar a Israel... Si no protegemos a Israel, dejaremos de ser importantes para Dios”, afirmó. Cuando la Administración Clinton presionó a ese país para que se retirara de los territorios ocupados, Falwell se reunió con el primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu, y le prometió movilizar el apoyo de decenas de miles de congregaciones evangélicas estadounidenses para oponerse a cualquier medida que concediera mayor territorio a los palestinos. En septiembre de 2001, días después del ataque terrorista contra el Pentágono y las torres gemelas, Falwell no dudó en acusar, como responsables indirectos de ese hecho, a aquellos que “han tratado de secularizar América” y han “alejado nuestra nación de su relación con Cristo”. Diario Evangélico BEREa, disponible en <http://ceirbera.blogdiario.com/1179505620/>. Consultado el 22 de diciembre de 2008.

²⁶ Leo Strauss (1899- 1973). Filósofo de origen judío – alemán que en épocas del Holocausto emigró primero a Londres y luego a Estados Unidos donde desarrolló tareas académicas. Llegó a los Estados Unidos en 1938 huyendo de la persecución Nazi. Sus primeros años de exilio le sirvieron para tomar conciencia de la realidad norteamericana y fueron de crucial importancia en el desarrollo de su pensamiento posterior. En 1948 se convirtió en profesor de la Universidad de Chicago, puesto que ocuparía hasta 1968. Durante ese periodo, su actividad académica se

resucitar la relación entre teología, filosofía y política escindidas desde la época de la Ilustración, mediante una interpretación selectiva de los clásicos griegos y la recuperación de algunos autores pertenecientes a las distintas religiones monoteístas. La interpretación de estas lecturas lo conduce a una distinción entre los aspectos exotéricos de sus enseñanzas –la necesidad de conciliar razón y tradición o revelación como fundamentos o, más bien, como recursos de la autoridad y, por lo tanto, como garantes de la paz social– y otro esotérico, reservado a la minoría rectora en el que el libre ejercicio de la reflexión filosófica puede conducir a poner en duda las mismas costumbres y dogmas de fe sobre los que se asienta el orden social del que depende la felicidad individual. Partiendo así de una crítica a la modernidad, especialmente de su fallido intento por desterrar la religión del ágora pública, el pensamiento de Strauss conduce en una de sus interpretaciones a la existencia de una comunidad unida por una fe dogmática o, en nuestros días, por unos fuertes valores secularizados en los que sus dirigentes han podido dejar de creer, pero que siguen en apariencia defendiendo y manipulando como único medio para garantizar su propia supervivencia y prevenir el descenso de la sociedad hacia la anarquía²⁷ (Martínez Montes, 2005: 9-10).

A través de esta interpretación comenzó a conformarse una comunidad straussiana, en sus inicios minoritaria, que se dio a la tarea de recuperar los auténticos e idealizados valores estadounidenses derivados de las tradiciones clásica y judeocristiana que, por entonces, en plena crisis de Vietnam, se consideraban amenazados por el relativismo cultural, parte a su vez de una generalizada y spengleriana decadencia de Occidente. Esta tarea de renovación axiológica tenía una finalidad inmediata: detener ese real o percibido declive y restaurar la primacía estadounidense frente al riesgo de la disgregación interior y a la amenaza soviética, por entonces en expansión, en el exterior. Los seguidores del filósofo alemán supieron así percibir una conexión entre sus propuestas abstractas y sus potenciales implicancias prácticas (Martínez Montes, 2005:10 -11).

Varios autores han establecido una conexión explicativa entre el pensamiento de Strauss y sus discípulos y la decisión de la administración de George W Bush de ir a la guerra contra Irak. Otros opinan que esta relación ha sido exagerada en tanto no había en el equipo de Bush funcionarios que tuviesen un gran conocimiento sobre Strauss²⁸ y,

caracterizaría por un grado de secretismo y heterodoxia notables. Raramente dejaba textos escritos. Sus clases consistían en debates a puerta cerrada con sus estudiantes (se calcula que dirigió unas cien tesis doctorales). Falleció el 23 de octubre de 1973. Estos datos fueron tomados de Perreau-Saussine, Emile. *Athéisme et politique*, Critique, February 2008, n° 728-729, p.121-135.

²⁷ En otros términos pero destacando las mismas características que Martínez Montes, Emile, Perreau-Saussine (2008) define el pensamiento de Leo Strauss de la siguiente manera El Straussianismo se fundamenta en la idea de que la democracia liberal, con su énfasis en las libertades individuales, ha conducido a las sociedades occidentales a la decadencia y el desastre. Para Strauss había llegado el momento de que una elite se alzase para superar la debilidad y la falta de cohesión social causadas por el relativismo inducido por la filosofía post-socrática. La principal herramienta de esta nueva elite sería una mitología artificial, construida alrededor de la noción de que Estados Unidos goza de un destino único y asentada en el control de las masas ignorantes a través del engaño, el fervor religioso y la guerra perpetua. Esta mitología o “Texto Straussiano,” habría de tomar la forma de un cuerpo de pensamiento filosófico, articulado deliberadamente en dos niveles: un significado “exotérico,” accesible al lector medio, y otro “esotérico,” el verdadero, dirigido a sus reales destinatarios, la jerarquía social. Para Strauss, el renacimiento de las sociedades modernas debía ser protagonizado por una casta de políticos aptos, dispuestos a difundir con convicción estos mitos destinados a otorgar propósito y significado a las vidas de la gente corriente. Al hacerlo, habrán de apoyarse en valores morales o religiosos absolutos, distinciones maniqueas, que arranquen a la sociedad de las garras del relativismo. Pero no es necesario que un buen político crea en ellos, ni siquiera que sea religioso. Basta con parecerlo.

²⁸ Las opiniones en cuanto a los seguidores del pensamiento de Strauss en el gobierno de Bush no es homogénea. Para algunos –como Fukuyama– sólo existe una relación indirecta a través de Paul Wolfowitz y Allan Bloom. Para otros, la gran mayoría de los funcionarios importantes de la primera gestión de Bush son discípulos de Strauss o adhieren a sus ideas. En ese marco afirman que sus dos más inmediatos discípulos, Allan Bloom, autor del bestseller

además, este pensador no había escrito nunca en forma explícita sobre política en general o sobre política exterior en particular, sino que siempre se mantuvo en el campo de la filosofía.

Fukuyama adhiere a esta última posición aunque reconoce que el no haber escrito sobre el tema no implica que Strauss no haya tenido opinión política. De hecho “prefería con rotundidad la democracia liberal al comunismo o el fascismo, sentía una gran admiración por Winston Churchill por plantar cara a esas ideología totalitarias y le preocupaba que la crisis filosófica de la modernidad pudiese socavar la confianza en sí mismo de Occidente. Sin embargo, lo que le transmitió a sus estudiantes no fue un conjunto de directivas de política práctica, sino más bien el deseo de tomarse en serio y comprender la tradición filosófica occidental” (Fukuyama, 2007: 35).

En la concepción de este autor la herencia del pensamiento straussiano no consistió entonces en transmitir una doctrina antidemocrática o el fomento de la mentira por parte de los funcionarios, sino en su concepción sobre el *régimen político* y la importancia del mismo. En este marco señala que Strauss entendía al régimen en los términos de Platón y Aristóteles “como un modo de vida en el que las instituciones políticas formales y hábitos informales se interrelacionan e influyen mutuamente y en todo momento” (Fukuyama, 2007: 37). Dicho de otra manera, las instituciones políticas formales tienen un rol clave como generadoras de normas y hábitos culturales informales. Consecuentemente, entre los seguidores de Strauss en tiempos recientes se discutió mucho sobre la fundación de los regímenes analizando distintos casos históricos, entre ellos el debate entre los Padres Fundadores. Las conclusiones de los straussianos destacan que las instituciones políticas nacidas entre 1776 y 1789 configuraron de manera notoria el carácter estadounidense. Pero dichas instituciones no eran mera consecuencia de las tradiciones arraigadas en el largo plazo que se habían consolidado de abajo hacia arriba como pensaba Burke²⁹, sino que en ocasiones se basaron en debates racionalistas explícitos y se acercaban a la reflexión filosóficas, tal como lo demuestran los Papeles Federalistas (Fukuyama, 2007: 38-39).

Si bien existe un acuerdo generalizado sobre la importancia que, al menos en el discurso para la justificación de sus acciones externas, la administración de George W Bush le otorgó a la necesidad de cambiar los regímenes políticos de otros estados, el mismo se diluye al analizar tanto su efectividad como su adecuada interpretación de la herencia straussiana.

Consecuentemente, la interpretación e importancia que la administración Bush le dio al cambio de régimen despertó un debate entre los mismos neoconservadores. Para quienes los acompañaron desde la academia y la prensa durante su gestión la propuesta de cambio de régimen, aunque sea basada en el uso de la fuerza, fue adecuada. Para

“The Closing of the American Mind,” y el antiguo izquierdista Irving Kristol se convirtieron en los auténticos padrinos del movimiento neoconservador. Otros seguidores son Gary Schmitt, director del influyente think-tank *Project for the New American Century* (PNAC); Richard Perle, director del American Enterprise Institute (AEI) quien fue miembro de la administración Bush; el ex Fiscal General del Estado John Ashcroft; el ex Secretario de Defensa y ex gobernador del Banco Mundial, Paul Wolfowitz; y, finalmente, el consejero de la Casa Blanca en asuntos de bio-ética, Francis Fukuyama

²⁹ Es importante destacar que para los conservadores tradicionales el pensamiento del teórico inglés Edmund Burke fue muy importante y, en este sentido, ellos respetan la importancia que el autor le otorga a la tradición, las costumbres y la historia como base para la generación de un régimen político. En ese sentido aparece como uno de los representantes del conservadurismo inglés con mayor influencia sobre dicha corriente en Estados Unidos, especialmente, en la etapa fundacional.

otros, como el caso de Fukuyama, se basó en una lectura equivocada ya que se limitó a buscar exportar la experiencia americana a otras tierras, en lugar de proyectar instituciones a partir de los hábitos y experiencias de los pueblos locales. En ese sentido el autor destaca que el straussismo no cree en la universalidad de la experiencia estadounidense, ni en el camino natural hacia la democracia después de la dictadura. Para ellos el cambio de régimen es muy importante para modificar ciertos comportamientos, pero dichos cambios de régimen son extremadamente difíciles de conseguir (Fukuyama, 2007: 43).

Otros espacios más específicos para el debate de ideas vinculadas directamente con la política exterior incluyen dos instancias distintas: la creación de la publicación *The National Interest*, que complementaba la evolución del pensamiento neoconservador en cuestiones internacionales de la misma manera que *The Public Interest* lo hacía en función de las cuestiones de agenda doméstica y la influencia del pensamiento de *Albert Wohlstetter*.

Si bien la aparición de *The National Interest* permitió el abordaje de temas internacionales en forma específica es importante destacar que la publicación, a pesar de haber sido creada por Irving Kristol, terminó dando espacio al pensamiento conservador en general y no únicamente a los *neocons*. Así recopiló opiniones de conservadores que adherían al realismo en términos de política exterior y también a autores que se auto-reconocían como neoconservadores, pero no adherían a la idea de la expansión del régimen como una esencia universal del pensamiento neoconservador y reclamaban una política exterior más moderada.³⁰

Por otra parte, el pensamiento de *Albert Wohlstetter*, quien fue profesor de Wolfowitz, Perle y Khalilzad, destacó desde los años cincuenta cuando trabajaba en la Rand Corporation su desacuerdo con la política de disuasión nuclear por considerarla insuficiente frente al peligro soviético en tanto no anulaba la vulnerabilidad ante un ataque nuclear.³¹ Además, evaluaba que la proliferación nuclear y los regímenes de

³⁰ Un ejemplo del primer caso lo constituye el hecho de que el propio Director de la revista, Owen Harries se presentaba como un realista y, además, con el paso del tiempo Herry Kissinger se desempeñó como *Honorary Chairman* de la publicación. Una muestra del segundo caso es el artículo de Jeane J. Kirkpatrick "Un país normal en un tiempo normal", en Owen Harries (1993) publicado originariamente en *The National Interest* en la primavera de 1991.

³¹ Albert Wohlstetter (nació en 1913 y murió el 10 de enero de 1997). Fue una de las principales fuerzas intelectuales detrás de los esfuerzos para evitar la proliferación horizontal de armas nucleares. Nativo de la ciudad de Nueva York, Wohlstetter estudió en el City College de Nueva York y en la Universidad de Columbia en la década de 1930. Durante la década de 1940, trabajó con la Junta de Producción de Guerra, de la *Atlas Aircraft Products Company* y después de la Segunda Guerra Mundial, en el *General Panel Corporation* de California. Desde 1951 a 1963, se desempeñó primero como consultor y más tarde como un alto analista de políticas para la RAND Corporation, y mantuvo su afiliación con RAND por muchos años. Él y su esposa asesoraron tanto a administraciones demócratas como republicanas, incluida la del Presidente John F. Kennedy durante la crisis de los misiles cubanos en 1962. El 25 de febrero de 1963, Wohlstetter publicó "*Studies for a Post-Communist Cuba*". Durante su larga carrera, Wohlstetter también enseñó en la UCLA y la Universidad de California, Berkeley, en los comienzos del decenio de 1960. De 1964 a 1980, lo hizo en el Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de Chicago donde dirigió las tesis de Paul Wolfowitz y Zalmay Khalilzad. A menudo se lo ha señalado como alguien que ha tenido influencia sobre importantes figuras neoconservadoras como Paul Wolfowitz y Richard Perle. En la última etapa de vida a inicio de los noventa, se desempeñó en la Junta Política de Defensa y no sólo fue asesor externo del Pentágono después de que Irak invadió Kuwait, sino que publicó una serie de editoriales en el *Wall Street Journal* y *Washington Post*, así como artículos en la revista *The New Republic* y *National Review*, sobre la Guerra del Golfo Pérsico y sus secuelas incómodas. A mediados del decenio de 1990, Wohlstetter centró gran parte de su atención en los Balcanes, publicando numerosos editoriales y artículos destinados a fomentar una mayor participación occidental en nombre de la defensa de los Bosnios-musulmanes y en contra de lo que entendió como una pan-agresión serbia dirigida por Slobodan Milosevic. Junto a la ex - primer ministro británica Margaret Thatcher escribió una carta abierta al presidente Clinton titulada: "Lo que Occidente debe hacer en Bosnia" que fue publicada en el *Wall Street Journal* en

control que surgieron posteriormente como el TNP de 1968 no limitaban el riesgo de que estados enemigos desarrollasen capacidades nucleares en tanto este tipo de tecnología es dual y no puede hacerse una diferencia clara entre los desarrollos para el uso pacífico (permitidos por dicho régimen) y el uso militar. En forma consecuente con estos razonamiento propuso y fomentó los conceptos de la teoría de la contrafuerza destacando la importancia de tener capacidad para un segundo ataque y, por otra parte, desarrollar armas de precisión a los efectos de dirigir los ataques a blancos enemigos militares evitando los blancos civiles que habían caracterizado los bombardeos tradicionales o los ataques con armas nucleares como los que se habían realizado en Japón.

En ese sentido se puede afirmar que compartía con los neoconservadores anteriores su oposición a la Unión Soviética y la creencia straussiana en la importancia del régimen, pero sumó su conocimiento sobre política exterior y política de defensa. Políticamente, esto tuvo consecuencias partidarias ya que significó enfrentar las propuestas de distensión y control de armas propiciadas por los conservadores pragmáticos/realistas como Henry Kissinger y, también, por los demócratas de centro que aceptaban esta lógica. Sin embargo, las disputas internas, así como las alianzas transitorias y la supremacía de un sector sobre otro, fueron más importantes en el Partido Republicano en tanto muchos adherentes al neoconservadurismo participan o apoyan a este partido y se disputaron la influencia sobre el gobierno desde la era Nixon hasta la de George W Bush.

En este proceso, específicamente a inicios de los ochenta, *Wohlstetter* “desvió su atención hacia el Golfo Pérsico, Irak, la guerra entre este país e Irán y el incipiente problema de la proliferación nuclear en Oriente Medio. Él y sus estudiantes, por tanto, desempeñaron un papel esencial al traducir un conjunto amplio y general de ideas neoconservadoras en preferencias específicas de política exterior” (Fukuyama, 2007: 47).

Estas ideas tomaron mucha fuerza por varias razones. Una de ellas está ligada a la llegada de Reagan al poder, su valoración de los regímenes democráticos, la identificación de la entonces URSS como el imperio del mal y su oposición a las políticas de ingeniería social. Esto significó que los neoconservadores ganaron espacios en el ámbito del partido Republicano y en la gestión de gobierno. Asimismo, el apoyo de la opinión pública a las ideas neoconservadoras fomentó que un porcentaje importante de conservadores tradicionales aceptasen las propuestas de los *neocons*. Por otra parte, la administración Reagan mantuvo la tradición conservadora del libre mercado y los neoconservadores no se opusieron en tanto los temas económicos ocupaban para ellos un segundo lugar. Asimismo, desde estos años y con mayor claridad en los noventa las concesiones mutuas abarcaron el campo de la cultura y la religión. Esta última subyacía en las ideas de una América mesiánica y en las propuestas de un Estado Cruzado. Consecuentemente, se generó un ámbito de convergencia entre conservadores tradicionales y neoconservadores que no se había registrado hasta ese momento.

septiembre de 1993 y firmada por más de cien personas de todo el espectro político mundial. Aunque ha transcurrido más de una década de su muerte en nuestros días muchos continúan considerándolo una influyente y controvertida figura.

Por otra parte, en referencia a las cuestiones ligadas a la defensa las propuestas de *Wohlstetter* encontraron aceptación específica en el marco de la administración Reagan quien, explícitamente, lo premió por sus aportes.³²

El triunfo de la políticas reaganianas halló su momento cúspide después de finalizado su mandato con la caída del Muro de Berlín en 1989 y la implosión de la URSS en 1991. Así el imaginario colectivo estadounidense asoció a las propuestas neoconservadoras con los ladrillos sobre los que se construyó el fin de la Guerra Fría y el triunfo de los Estados Unidos como superpotencia vencedora.

En la década de los noventa William Kristol y Robert Kagan (1996) fueron dos figuras que hicieron especial esfuerzo por redefinir la política exterior americana como una política pública cuya misión era promulgar la democracia aunque sea a través de la intervención militar. El cambio de régimen fue presentado como la esencia de la acción externa estadounidense en la etapa neo-reaganiana y como el eje estructural del pensamiento neoconservador. La administración de George W. Bush fue el espacio político donde estas ideas fueron llevadas a la práctica en su máxima expresión.

A los efectos de establecer el peso del pensamiento neoconservador en los años del gobierno de Bush hijo y su impacto sobre la política exterior Fukuyama (2007) identifica cuatro características centrales que tipifican a los *neocons* del siglo XXI.

En primer lugar, destaca la creencia en que el carácter interno de los regímenes importa y que la política exterior debe reflejar los valores más profundos de las sociedades democráticas liberales. Entre los adeptos al neoconservadurismo es más fuerte la idea de que la naturaleza del régimen afecta el comportamiento externo que la visión realista de que todos los estados buscan el poder con independencia del tipo de régimen.

En segundo lugar, aparecen los supuestos fuertemente arraigados de que el poder de Estados Unidos puede ser utilizado con fines morales y que el país debe seguir implicado en los asuntos internacionales. En este marco se produce una especie de identificación de la política exterior propuesta por los neoconservadores y el pensamiento de la escuela realista: la comprensión de que el poder a menudo es necesario para lograr objetivos morales. Consecuentemente, Estados Unidos, en su carácter de potencia dominante, tiene responsabilidades especiales en el campo de la seguridad.

³² Él y su esposa Roberta, una historiadora y experta en inteligencia, recibieron la Medalla Presidencial de la Libertad de Ronald Reagan el 7 de noviembre de 1985. En su discurso el Presidente Reagan dijo: "Albert Wohlstetter is a brilliant man with enormous strength of character. His intellectual integrity is renowned, and his analytical standards have been increasingly and unceasingly rigorous. He's been a steady hand in an uncertain time. His understanding on many levels has been indispensable to the well-being of the free world. In these last 30 years, Albert has been influential in helping to design and deploy our strategic forces -- an awesome task. He's sought ways to make our forces safer from attack, less destructive, and thereby less dangerous to us all. Many of the basic concepts and requirements for deterrence in the nuclear age -- analysis on which we've operated -- can be traced to this outstanding individual. And his work on the problem of nuclear proliferation gave us the insight we needed to better curb the irresponsible flow of sensitive material and technology... Albert has always argued that in the nuclear age technological advances can, if properly understood and applied, make things better; but his point, and [that of his wife,] Roberta Wohlstetter's, has been a deeper one than that. He has shown us that we have to create choices and, then, exercise them. The Wohlstetters have created choices for our society where others saw none. They've taught us that there is an escape from fatalism." Ronald Reagan, Remarks at the Presentation Ceremony for the Presidential Medal of Freedom. Disponible en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=38028&st=wohlstetter&st1=>

En tercer lugar, se destaca la desconfianza en los proyectos ambiciosos de ingeniería social. Las derivaciones negativas de los esfuerzos ambiciosos de planificación social marcan una línea de continuidad en el pensamiento neoconservador, que enlaza la crítica al estalinismo de los cuarenta con el escepticismo de *The Public Interest* hacia la Gran Sociedad de los sesenta.

En cuarto lugar, se menciona el escepticismo acerca de la legitimidad y eficacia del derecho y las instituciones internacionales como instrumentos generadores de seguridad o justicia en el ámbito mundial (Fukuyama, 2007: 60, 61).

A modo de cierre del debate conservador en los siglos XX y XXI y su relación con los asuntos externos podemos afirmar que el movimiento conservador moderno privilegia la libertad de mercado, el achicamiento del Estado, los valores tradicionales y la fe en Dios, mientras que propone una política exterior activa, inclusive en algunos casos intervencionista, pero no acepta las nociones de *peacebuilding* destinadas a garantizar el régimen democrático. En cierta forma algunos representantes de este sector nunca se desprendieron totalmente de sus antepasados aislacionistas. Se presentan como quienes buscan cierto equilibrio entre ideal y prudencia para manejar los asuntos externos.

Los neoconservadores de la década de los noventa por su parte enfatizan la importancia del tipo de régimen democrático, aceptan y valoran las acciones unilaterales de *peacemaking* y *peacebuilding* para garantizar el cambio de régimen y su permanencia desconociendo en cierta forma su histórico rechazo a la ingeniería social masiva, no se desvelan por la cuestiones económicas más allá de que no se oponen al libre mercado y acordaron con los sectores conservadores de extrema derecha aceptar no sólo la fe en Dios –algo bastante común a todos los conservadores– sino las posturas fundamentalistas de la derecha cristiana. Las ideas y los ideales son más determinantes que los intereses y, por lo tanto, la defensa de los primeros se convierte en prioritaria y no debe ser limitada por la prudencia en la acción externa del Estado.

A este sector se suma el grupo del Partido Republicano a los cuales hemos caracterizado como pragmáticos, miembros o herederos de lo que los mismos conservadores llamaron la tradición liberal republicana del Este³³, cuya principal característica es su conservadurismo moderado y su adhesión al realismo político lo que implica una política exterior que no toma demasiado en cuenta las características de los regimenes vigentes en otros Estados sino su accionar externo, valora el interés nacional por sobre el ideal nacional y no pone la religión como un punto focal de su gestión externa. Consecuentemente, la prudencia es un valor central para quien está a cargo de manejar las relaciones exteriores.

La fortaleza de este grupo radica en que su postura fue la prevaleciente durante la Guerra Fría. Sus nombres han marcado una época tanto desde el punto de vista teórico como político. En el marco del renacer conservador durante la segunda posguerra figuran un conjunto de académicos como Niebuhr, Hans Morgenthau, George Kennan, entre otros, que son identificados como padres del *Realismo Político* y que sentaron las bases teóricas que marcan las diferencias en términos de política exterior. En ese marco el pensamiento de Kennan fue contundente en cuanto a no intentar

³³ Ver referencias sobre este sector en las notas 21 y 22.

modificar el régimen interno de otros estados y sus escritos se dedicaron especialmente a subrayar esa posición en cuanto a la entonces URSS (Busso, 2008). Por otra parte, las presidencias republicanas de Eisenhower y, especialmente, la de Richard Nixon con el sustento del pensamiento y la acción de Kissinger llevaron a la práctica diversas versiones o interpretaciones de las propuestas originales del sector conservador pragmático.³⁴

Las discrepancias en torno a la guerra en Irak pusieron sobre la mesa las diferencias al interior de los conservadores. En este contexto, David Frum³⁵ llegó a escribir un artículo donde acusaba a este sector de ser paleo conservadores y traidores a la patria por dar la espalda a su país en lucha contra el terrorismo (Frum, 2003). Ante un debate en escalada los conservadores veteranos llamaron a la calma e invocaron, como lo hizo Donald Devine³⁶, la vuelta a un conservadurismo fusionado como lo había propuesto Frank Mayer. Esto significa que los conservadores deberían absorber lo mejor de las numerosas ramas que integran la corriente conservadora forjando un consenso como lo hicieron los Padres Fundadores al momento de redactar la constitución.

Sin embargo, la guerra en Irak no sólo reveló las profundas diferencias que existían dentro del conservadurismo en referencia a cómo manejar la política exterior en la era post-comunista, sino que resultó un problema difícil de superar. Patrick Buchanan, representante de la vieja derecha proclive al aislacionismo, se opuso tajantemente a la guerra y la ocupación de Irak en *The American Conservative*. William Kristol, en clara representación de los neoconservadores apoyó la guerra y la acción preventiva (*pre-emptive*)³⁷ en la lucha contra el terrorismo en *The Weekly Standard*. El editor Rich Lowry tomó una posición más moderada criticando al presidente en ciertas ocasiones y apoyándolo en otras a través de *Nacional Review*. Por su parte, Owen Harries³⁸, el ex editor de *The National Interest*, recurrió al pensamiento de Edmund Burke para destacar el potencial peligro del poder gubernamental excesivo (Edwards, 2004: 99).

Producidas las elecciones presidenciales de noviembre de 2008 se han incrementado las opiniones tanto sobre el fin de la era neoconservadora como sobre la

³⁴ Cuando hacemos referencias a diversas versiones pretendemos destacar que existieron distintos enfoques de la política de contención si tomamos como punto de partida la propuesta original de Kennan. En ese contexto la administración Eisenhower aplicó la contención asimétrica a propuesta del Secretario de Estado Dulles la cual incluía propuestas para una política de *roll back* que debería ser aplicada a los casos de Corea de Norte y China. En este sentido la idea de recuperar a estos países para la órbita occidental es totalmente identificable con la búsqueda de cambio de régimen típica del pensamiento neoconservador. Sin embargo, a lo largo de la gestión estas ideas quedaron en el discurso y no fueron llevadas a la práctica en el marco de la moderación ejercida por la influencia realista. Por otra parte, la administración Nixon se alejó de la idea de contención y la reemplazó por la de distensión. Bajo los influjos de Kissinger no se tomaba en cuenta el régimen político de otros estados sino su poder y se trataba de influenciar sobre su accionar externo en pos de un balance de poder adaptado para el siglo XX que no dañara las capacidades de Estados Unidos, las cuales estaban claramente debilitadas en la década de los setenta.

³⁵ Fue el responsable de elaborar los discursos del Presidente George W. Bush durante su primera gestión.

³⁶ Fue Jefe de la oficina de Gerenciamiento de Personal durante el gobierno de Reagan.

³⁷ Después del anuncio en 2002 por parte del presidente George W. Bush de la Nueva Estrategia de Seguridad Nacional se comenzó a remarcar la distinción entre el concepto de acción de anticipación (*pre-emptive*) y el de guerra preventiva (*preventive war*). Las primeras son aquellas que se llevan a cabo cuando existe un peligro inminente y, en el campo estrictamente militar, se entienden como las que lleva a cabo una fuerza militar cuando otra enemiga ya desplegada está próxima a lanzar un ataque. La segunda, la *preventive war* o guerra preventiva, es la que lleva a cabo una fuerza en una situación de equilibrio de poderes para evitar que el adversario adquiera una posición que rompa a su favor ese equilibrio.

³⁸ Como lo destacamos en una nota anterior fue editor de la revista neoconservadora *The National Interest*, aunque siempre tuvo predilección por el realismo como base para la política exterior de Estados Unidos.

aparición de grandes quiebres en la convergencia entre conservadores y neoconservadores a partir de los ochenta. Sin embargo, desde nuestra perspectiva es necesario destacar, tal como lo desarrollamos más arriba, que las divergencias eran previas. Si bien acordamos con la opinión de Fukuyama en cuanto a que existió una mayor convergencia entre los miembros del movimiento conservador moderno y neoconservadores en las décadas de los ochenta y los noventa esta no fue total y, de hecho, existieron disputas por el poder entre diversos sectores. En última instancia la convergencia fue más fruto de las circunstancias políticas que del consenso generalizado de ideas. Entre esas circunstancias debemos subrayar el hecho de que los republicanos eran gobierno, lo que permitió incluir a todos los sectores en la gestión con el objetivo de consolidar el modelo conservador como modelo nacional americano aunque bajo la primacía neoconservadora; que tuvieron el apoyo mayoritario de la sociedad y que hasta la guerra en Irak los resultados fueron exitosos. Reagan fue el conservador que llevó la Guerra Fría hacia su final y Bush el Presidente que encarnaba la guerra contra el terrorismo.

Un breve relevamiento de datos surgidos de las distintas administraciones republicanas muestra divergencias y disputas por el ejercicio del poder entre los grupos que, además ponían en evidencia claras diferencias sobre las propuestas de política exterior. En épocas del primer mandato de Reagan hasta los dos primeros años de su segundo período la característica general fue que, en términos de ideas y valores, los neoconservadores se impusieron. En ese marco grupos como la Mayoría Moral y la Nueva Derecha y los sectores que planteaban el uso de estrategias de seguridad duras contra la URSS fueron predominantes. Sin embargo, cuando a fines de 1986 e inicios de 1987 tomó estado público el llamado *Irangate* la administración se vio obligada a un cambio generalizado de gabinete a favor del sector del Partido Republicano que aglutinaba a los conservadores tradicionales y pragmáticos.³⁹ Sin embargo esta situación no llegó a afectar la idea de que el gobierno de Ronald Reagan había sido exitoso y que las ideas neoconservadoras fueron un sustento importante para este logro.

Otro ejemplo lo constituye la administración del presidente Bush padre que, a la inversa de Reagan, le otorgó las decisiones más importantes de política exterior a los conservadores pragmáticos y tradicionales. Si bien Bush planteó un nuevo orden internacional de características liberales donde el tipo de régimen era importante –de ahí su invocación a la democracia–, cuando tuvo que definir situaciones críticas lo hizo con criterios realistas o, a lo sumo, con alguna concesión al multilateralismo, pero nunca a la unilateralidad y la ideología neoconservadora. En este contexto se explica su oposición a la propuesta que realizaron jóvenes *neocons* como Robert Libby y Paul Wolfowitz de destituir a Sadam Hussein después de la primera Guerra del Golfo y su respaldo tanto a la idea realista de buscar un balance de poder en Oriente Medio como a la necesidad de mantener unida la coalición internacional que lo había acompañado durante la guerra y que se constituía en el ejemplo de su compromiso con el orden liberal que defendía en sus discursos.

La gestión del presidente George W Bush fue el espacio de mayor poderío neoconservador y su expresión más nítida en temas de política exterior. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 generaron un efecto catalizador sobre el ideario *neocon*

³⁹ Entre los representantes de los sectores que parten se destaca Buchanan, William Casey, Donal Reagan, Gaspar Weinberger, Richard Perle y Kenneth Adelman. Entre quienes llegan figuran Howard Baker, James Baker, Frank Carlucci a lo que se suma el fortalecimiento de la figura del Secretario de Estado George Shultz.

que se canalizó en una acción externa que buscaba la supremacía a través del uso de la fuerza, privilegiaba para ello las decisiones unilaterales y le otorgaba a Estados Unidos la misión de un Estado cruzado. El fracaso de la administración en la guerra en Irak, el deterioro de la imagen estadounidense a nivel mundial y la crisis financiera internacional desatada en el segundo semestre de 2008 no sólo terminaron por derribar los niveles de popularidad del Presidente, sino que arrastraron la primacía neoconservadora.

Actualmente se analiza si esta situación traería como consecuencia un deterioro del intento de reconocer una tradición conservadora en general y el consecuente reconocimiento de la tradición liberal como la predominante, o si sólo asistimos al deterioro del modelo neoconservador y la supervivencia de los conservadores tradicionales y pragmáticos. Este debate abarcará a buena parte de a la sociedad americana y, en términos partidarios, afectará significativamente al Partido Republicano en los próximos años. Sin embargo, a los fines de nuestra investigación la guerra cultural de las que nos habla Garton Ash (2008) no está cerrada. La existencia de al menos dos tradiciones de pensamiento importantes en la composición identitaria estadounidense sigue presente y su pugna también. Barak Obama lo ha tomado como uno de los grandes desafíos de gestión y ha reclamado en sus discursos por un país donde la nota distintiva de la ciudadanía sea su identificación como estadounidense y no como liberal o conservador.

1-2.4 El debate académico entre la supremacía de la tradición liberal versus las tesis sobre la existencia de varias tradiciones identitarias

La tesis de la tradición liberal sostenida por Louis Hartz en su obra *The liberal Tradition in America* (edición citada 1991)⁴⁰ argumenta que Estados Unidos nació y ha permanecido liberal y que la política americana fue formada por una historia social y políticamente distintiva caracterizada por la ausencia de feudalismo y por un credo político monolítico (Hartz, 1991:3). Este credo proveniente del liberalismo lockeano es percibido uniformemente por los ciudadanos estadounidenses como una doctrina que involucra el compromiso con la ética individual, una amplia y difundida hostilidad hacia el poder del Estado, un escepticismo hacia las elites y un intenso sentido de igualdad social. Además, todas las instituciones y leyes fueron surgiendo a través de las demandas provenientes de esta tradición. Por todas estas razones el liberalismo es el verdadero corazón de la identidad política americana (Hartz, 1991: 9).

Los recientes desafíos a la tesis de la tradición liberal no comienzan en la academia, sino que se ubican en el contexto político de la segunda mitad del siglo XX. Tal cual lo desarrollamos en el punto anterior las décadas de los setenta, los ochenta y los noventa fueron tiempos difíciles para auto-describirse como *liberals*; caracterizadas por tensiones raciales, crimen creciente, malestar estudiantil y profundas dificultades en los asuntos internacionales las ideas políticas liberales encontraron pocos adherentes en esos días. El punto de vista prevaleciente en el voto de la clase media sobre cuestiones políticas cruciales –especialmente cuestiones culturales– se distanció ampliamente de la visión liberal reclamando orden público y dejando de lado los abordajes tolerantes sobre

⁴⁰ Como ya se aclaró anteriormente la edición original de esta obra corresponde a 1955.

el crimen y otros temas. En esos tiempos hasta quienes se postulaban a cargos públicos sufrían la condición de *liberals* como una característica negativa (Stears, 2007: 4 y 5).

Posteriormente, desde los estudios de la historia, la crítica provino a través de la llamada *tesis republicana* la cual argumentó que la ideología de los Padres Fundadores había tomado forma más a partir del republicanismo democrático de la República Romana y la Italia renacentista que del liberalismo de Locke. Sin embargo, en el ámbito de la ciencia política el debate se inició en la década de los noventa focalizándose sobre el rol jugado en las políticas americanas por la religión, la raza y el género (Stears, 2007: 6).

Consecuentemente, en los últimos años la tesis del liberalismo como tradición única estuvo sujeta a un fuerte criticismo académico desde donde se argumentó que dicha postura no podía explicar las llamadas políticas de exclusión a través de las cuales los miembros de ciertos grupos (especialmente grupos raciales) no han podido disfrutar de los mismos derechos que otros americanos. Por tal motivo, los autores que adhieren a esta crítica afirman que la tesis de la tradición liberal debe ser reemplazada o completada para poder dar cuenta de la identidad política de los Estados Unidos. Dentro de las corrientes críticas Stears (2007) distingue tres grupos a los que denomina: *la tesis de las múltiples tradiciones, el liberalismo como una tesis de exclusión y la tesis de la multiplicidad de liberalismos*.

En el contexto de la *tesis de las múltiples tradiciones* se destaca el artículo de Royers Smith “*Beyond Tocqueville, Myrdal and Hartz: the multiple traditions in America*” (1993) y su posterior trabajo titulado *Civics Ideals* (1997) en los cuales sostiene que en los Estados Unidos existen como mínimo tres tradiciones: la liberal de Hartz, la del republicanismo destacada por Bailyn y Pocock y la ideología descrita y denominada por el propio Smith como “*inegalitarian, ascriptivist Americanism*”. Este autor se concentra sobre la explicación de las fuentes intelectuales de las políticas de exclusión. En su trabajo *Civics Ideals* analiza las leyes de ciudadanía estadounidenses desde la fundación de la República hasta la era progresista y detecta que ellas no pueden ser explicadas desde la tesis de la tradición liberal en tanto excluyen a sectores de la sociedad como las mujeres, los afro-americanos, los pueblos originarios americanos y los inmigrantes de los derechos de los que pueden disfrutar otros americanos. Desde su perspectiva los argumentos que justifican estas leyes han sido innegablemente no liberales (Smith, 1997: 26) y pueden insertarse en la tradición etiquetada como “*ascriptive americanism*”. Esta última tradición está caracterizada por dos elementos: primero adscribe a las características distintivas e irradicables de los distintos grupos de seres humanos, especialmente los diferentes grupos étnicos y raciales; en segundo lugar asocia estas categorías con diferentes estatus políticos y sociales. Haciendo esto, ésta tendencia manifiesta sus creencias de que Estados Unidos es por derecho una nación blanca, una nación protestante, una nación en la cual los verdaderos americanos son los hombres nativos nacidos en ese territorio pero con ancestros anglosajones (Smith, 1997: 3).

En su análisis destaca que estas características no pueden provenir del liberalismo lockeano y que en el ámbito de la ciencia política resulta necesario estudiar el impacto de ambas tradiciones. A través de esta tarea se descubriría que el liberalismo pasado fue efectivamente responsable por la justificación del régimen de derechos individuales, la independencia personal, el imperio de la ley y de la economía de mercado. La tradición de *ascriptivism* es la que ha proveído la justificación para los

esfuerzos excluyentes que intentaron la exterminación de los pueblos originarios americanos, la esclavitud, la oposición al voto de los afro-americanos en la etapa pos-reconstrucción y las campañas de restricción de inmigrantes. Smith concluye que "la historia del desarrollo cívico americano es, en cierta manera, más inquietante y perturbadora pero también más comprensible cuando nuestra visión abarca también la tradición americana iliberal y no democrática (1997: 39).

Si bien la obra de Smith despertó el interés sobre el estudio de otras tradiciones no liberales sus argumentos no fueron aceptados por todos los que coinciden con sus ideas desde una perspectiva general. En ese marco los autores que Stears (2007) ubica bajo el rótulo del *liberalismo como una tesis de exclusión* sostienen que es el mismo liberalismo el que genera la exclusión y no acuerdan con la idea de que la segregación u otras políticas de este tipo sean una consecuencia no deseada u ocasional dentro de la tradición liberal. En este marco intentan explicar cómo una filosofía pública que aparentemente enfatiza un conjunto de ideales políticos liberales podría motivar y justificar un conjunto de prácticas políticas contrarias. Estos académicos sugieren que la colisión entre el liberalismo y las políticas de exclusión son mucho más frecuentes de lo que imaginan o describen los partidarios de la tesis de las múltiples tradiciones.

Los argumentos sobre los que se sustenta esta posición son variados. Algunos se basan en la idea de que el liberalismo ha enfatizado tanto la ética individualista que terminó devaluando la cohesión étnica, la clase, el compromiso y fue, por lo tanto, incapaz de evaluar la experiencia de aquellos sectores de la sociedad estadounidense que colocaron un énfasis significativo sobre los vínculos más solidarios. En la medida en que el liberalismo dio forma a la filosofía pública de los Estados Unidos terminó generando una serie de resultados que priorizaron los intereses individuales de quienes se concibieron a sí mismos como activos, independientes y auto-interesados mientras que degradaron los intereses de quienes no se percibían de esa manera. Otros sostienen que el liberalismo ha empleado (o mal utilizado) intencionalmente su lenguaje a lo largo de la historia americana para justificar las políticas de exclusión, las campañas de privación, la desigualdad en la provisión de servicios públicos y la segregación racial. Así en nombre de la racionalidad humana o del contrato social se justificaron medidas contrarias a los valores liberales entendidos en sentido tradicional. Finalmente, otros trabajos argumentan que el problema no está en los principios o el lenguaje, sino en las políticas concretas. Por tal motivo el análisis de casos concretos muestra que los éxitos del movimiento liberal han coincidido con políticas de exclusión ya que se han sacrificado los objetivos de no exclusión por otros ligados a sostener el proyecto más general. Así las coaliciones electorales o la búsqueda de apoyo en el Congreso fueron un espacio de concesión y no de consolidación de las políticas anti-segregacionistas. (Stears, 2007: 12-14).

Finalmente la *tesis sobre la multiplicidad de liberalismos* afirma que las corrientes que describen el liberalismo como la principal fuente de identidad americana (tanto la tradicional de Hartz como la tesis de las múltiples tradiciones de Smith) lo definen de manera muy estrecha, mientras que los defensores de la idea del liberalismo como fuente de exclusión son poco claros en la identificación de la relación causal que subyace en esa afirmación. Por su parte, consideran que es un error abordar el liberalismo americano como una entidad política estable, sin cambios. Para Carol Horton (2005, citada por Stears, 2007) esa corriente debería ser vista como un discurso políticamente disputado, diversificado, flexible. Entendido de esta manera la tradición

liberal americana es en esencia un prolongado argumento sobre una serie de indeterminados ideales compartidos. El contorno más destacado de esos ideales –que incluye la libertad, la igualdad y la preocupación sobre el poder excesivo– es consistente a lo largo del tiempo jugando un rol vital en la conformación de la identidad política de la nación. Sin embargo, el significado concreto y preciso de sus implicancias políticas ha sido sujeto de permanente controversia. Diferentes movimientos sociales, grupos políticos e individuos han empleado un amplio rango de estrategias argumentativas en función de priorizar su propia interpretación de esos ideales y tratar de llevar a la práctica sus consecuencias políticas preferidas. Como Eric Foner explicó los ideales liberales han permanecido en su doble condición de fuentes de discusión y como un punto crucial para la autodeterminación individual y social a lo largo de la historia de la República. Cuando lo interpretamos de esta manera es posible ver que los ideales liberales, la retórica liberal y los actores políticos liberales, todos, en tiempos diversos, han sido responsables tanto de la reputación de diseñar políticas excluyentes como de encarar ataques radicales contra las mismas (Foner, 1998: 330, citado por Stears, 2007: 16-17).

Esta descripción sobre el debate académico en torno al liberalismo como única tradición identitaria pone de manifiesto que las tensiones sobre esta cuestión, tanto al interior del propio liberalismo como en la confrontación con las diversas versiones conservadoras que describimos más arriba, están vigentes y, consecuentemente, continuarán afectando la orientación de las políticas públicas internas e internacionales de Estados Unidos.

1-2.5 El liberalismo y conservadurismo: su influencia sobre la política exterior estadounidense y las teorías clásicas de las Relaciones Internacionales

El liberalismo y el conservadurismo en los Estados Unidos han dejado su marca en un ámbito más restringido como es el de la política exterior estadounidense y en otro más amplio como el de los dos paradigmas tradicionales que orientaron la disciplina de las Relaciones Internacionales durante décadas: el Idealismo y el Realismo Político.

A principios de siglo, pero fundamentalmente con la Primera Guerra Mundial, el aislacionismo comienza a retroceder en los Estados Unidos para dar lugar a las teorías internacionalistas tomando auge el idealismo/internacionalismo.

Si bien el idealismo se mantuvo como corriente teórica hegemónica hasta 1930 para ceder posteriormente este lugar al realismo, en términos de la política exterior americana –fuertemente influenciada por ambos– dicha evolución no debe interpretarse como un proceso de superación sucesiva y definitiva de una corriente por otra, sino más bien como uno de complementariedad y enriquecimiento recíprocos.

Si analizamos las categorías centrales de la escuela idealista aparece en forma inmediata su profundo lazo con el pensamiento liberal. Podríamos decir, sin temor a equivocarnos, que el Idealismo es la primera versión sistematizada del pensamiento liberal ajustado al campo teórico de las Relaciones Internacionales.⁴¹

⁴¹ En el siglo XX a partir de la década de los setenta, pero con mayor énfasis en los noventa asistimos a un incremento de las teorías liberales en el campo de las Relaciones Internacionales. Nacidas e impulsadas desde los Estados Unidos el Institucionalismo Liberal, la teoría de la Paz Democrática y el énfasis puesto en los recursos de poder blandos conceptualizados por Nye son un indicio de este crecimiento que, dicho sea de paso, se constituyó en parte de la base teórica del llamado “Nuevo Orden Internacional” que intentó dar forma al sistema internacional después del fin de la guerra fría.

Entre los rasgos típicos del paradigma idealista se destacan: la confianza en la armonía de intereses basada en la idea liberal de David Ricardo sobre que si todos nos especializamos ganamos; una visión antropológica optimista y el reconocimiento de la educación como medio de superación de las pasiones; la fe en el progreso; el énfasis en la razón proveniente de la influencia del Iluminismo francés; el respeto por la moral y la justicia; la búsqueda de la paz mundial a través de una teoría normativa basada en el derecho internacional público que permita encontrar mecanismos para evitar otra conflagración mundial y la creación de un organismo mundial –la Sociedad de Naciones primero y las Naciones Unidas después– destinado a resolver a través del establecimiento de instituciones y leyes los conflictos mundiales de manera tal que el uso de la fuerza sea sólo ocasional. Todas estas propuestas son coincidentes con el ideario nacional liberal.

Además, el idealismo le otorga importancia a la vigencia de los valores democráticos de los sistemas políticos internos como garantes de la defensa de los derechos de los individuos, pero también como una condición que facilita la convivencia entre las naciones. Consecuentemente, el internacionalismo liberal hace hincapié en la necesidad de la difusión de los valores político-institucionales estadounidenses hacia el resto del mundo. Esta característica es la que explica ciertas coincidencias entre los objetivos neoconservadores de los ochenta y los planteados con posterioridad al 11 de septiembre de 2001 con los sectores liberales de derecha que aún permanecen en el partido demócrata. Ambos valoran la necesidad de tener una política exterior activa ligada al tipo de régimen imperante en otras naciones.

Durante la segunda posguerra, como ya vimos, se produce en los Estados Unidos un renacer del conservadurismo que también tendrá su manifestación en el campo teórico de las Relaciones Internacionales a través de la consolidación del *pensamiento realista*.

El paradigma realista encuentra en ese período su apogeo en la política exterior norteamericana. La discusión teórica de la época estaba influida por una coyuntura histórica especial: los Estados Unidos se habían convertido en una potencia hegemónica y la cuestión fundamental era determinar qué objetivos debían orientar ese rol hegemónico. Desvanecido el proyecto de un orden global plenamente hegemónico (idea roosveliana de incorporar la URSS a un sistema único guiado por los valores americanos), la tradición idealista marcaba dos caminos: la aceptación de un orden distinto o la continuación del conflicto para imponer el orden liberal sobre la base de la fuerza. Rechazadas ambas por la clase política norteamericana se imponía la búsqueda de otra respuesta.

Dicha respuesta se encontró en la propuesta realista, la cual no tenía una base ideológica en la tradición liberal norteamericana, sino que asentaba sus propuestas en la realidad internacional del momento. Esta postura ganó la batalla y presentó un conjunto de conceptos entre los que se destacó la idea de *contención* (confrontación sin guerra) que, tanto desde el punto de vista teórico como político, terminó ubicando a buena parte del realismo de posguerra en un punto intermedio entre las dos opciones idealistas.

La teoría de la contención elaborada por George Kennan se alejaba notoriamente de la propuesta idealista en la determinación del objetivo central para la política exterior

de los Estados Unidos. Esta no tendría como finalidad expandir el sistema político interno sino *garantizar su subsistencia*. La contención se implementaría respetando el *interés nacional* norteamericano y en tal sentido, sería selectiva y no global. En otras palabras concentraría las intervenciones en las zonas privilegiadas por Washington, abandonando la pretensión de organizar el mundo a imagen y semejanza del sistema norteamericano. La figura más destacada de la propuesta de contención, George Kennan, llegaría al final de su larga vida de 101 años reclamando la no intervención de Estados Unidos para modificar el régimen interno de los otros Estados.

Con la implementación de la contención surge una contradicción entre teoría y práctica, o una paradoja de la historia; los realista que tenían como tarea fijar un límite al idealismo y al hegemonismo –especialmente a su internacionalismo / intervencionismo–, terminaron formulando las bases de la Guerra Fría y el sistema de seguridad nacional coincidentes con las dos décadas de plenitud de la hegemonía norteamericana (Insulza, 1986).

La obra de Hans Morgenthau⁴² (edición citada de 1987) es uno de los casos que nos permite visualizar la conexión realismo-conservadurismo desde una perspectiva conceptual. Si bien las ideas centrales del paradigma realista son *la lucha por el poder y el interés nacional* definido en términos de poder existe en su bagaje conceptual un conjunto de *ideas comunes* con el conservadurismo tales como: la concepción del hombre; la importancia de la continuidad y el rechazo al cambio; la exaltación de la prudencia como la mayor de las virtudes; el vínculo entre la idea que sostiene la desigualdad de los Estados y la búsqueda de más poder como un instrumento que conduce naturalmente al equilibrio de poder (asociado a la idea de la desigualdad natural de las clases sociales a nivel interno y su necesidad como factor que garantiza el orden natural de la sociedad).

Más allá de estas influencias del liberalismo y conservadurismo sobre la política exterior y las teorías de relaciones internacionales que hemos descrito de forma lineal existen otras interconexiones más complejas. Si volvemos al análisis de la relación entre cultura y política exterior de Scott y Crothers (1998) podemos afirmar que el pensamiento conservador aparece claramente entre los impulsos sociales que sustentan el extremo pragmatismo / realismo del continuo, y menos entre los referidos a la relación moralismo / idealismo, con la clara excepción de la tradición del *destino manifesto*, que es una de las bases fundamentales del pensamiento idealista, seguida por pocos sectores conservadores –al menos en el siglo XX– pero por todos los adeptos a las ideas neoconservadoras de las últimas décadas.

En un razonamiento similar al que caracterizó a algunos pensadores conservadores que se opusieron a la revolución Francesa como el caso de De-Maistre, quien sostenía que cada nación tiene su destino porque Dios se lo ha dado y que el destino de Francia era defender y expandir el cristianismo; John O’Sullivan, editor de la *Democratic Review* y del *New York Morning News*, anunció en 1845 una postura que

⁴² La elección de la obra de este autor como guía para la comparación se basa en que fue él quien sistematizó los principales conceptos bajo la lógica de una teoría de las Relaciones Internacionales, por tal motivo, se lo considera entre los padres de esta Escuela y uno de los autores con mayor impacto sobre el diseño y ejecución de la política exterior estadounidense con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial. Esto no quiere decir que no hayan existido variantes al interior de la Escuela Realista. El aporte europeo proveniente de Aron es una muestra destacada en este sentido.

otorgaba a los Estados Unidos un rol providencial pero destinado a finalizar su conformación territorial y a expandir su sistema político sobre todo el continente americano:

“Pues bien, si se necesitaran otras razones para justificar que ahora saquemos este problema del ingreso de Texas en la Unión de la región inferior de nuestras antiguas dimensiones partidarias y lo elevemos al nivel que le corresponde, que es el de los elevados y amplios objetivos nacionales, seguramente hallaremos, y en abundancia, el modo en que otras naciones se han propuesto entrometerse en el asunto, en un espíritu de interferencia hostil hacia nosotros, con el objetivo confeso de deformar nuestra política y perjudicar nuestro poder, limitando nuestra grandeza, impidiendo la realización de nuestro *destino manifiesto*, que es extendernos sobre el continente que la *Providencia* asignó para el libre desarrollo de nuestros millones de habitantes, que año a año se multiplican” (O’Sullivan, 1845 citado por Weimber, 1968)

Esta concepción –que es además un componente central del excepcionalismo– fue la justificación tanto de la llamada “conquista del oeste” en el proceso por el cual Estados Unidos fue ampliando su territorio desde las trece colonias atlánticas que se independizaron en 1776 hasta el Pacífico, como de la mayor parte de las intervenciones anteriores a 1945, fundamentalmente, en la Cuenca de Pacífico, México, Centroamérica y el Caribe. Para esta corriente, Estados Unidos siempre tuvo asignado, por sus características nacionales, una misión rectora que tarde o temprano debía ejercer. Con este razonamiento no sólo se legitima la intervención, sino que se le otorgaba un carácter distinto de las intervenciones clásicas coloniales o imperiales. En la medida en que se basaba en un sistema éticamente superior (la democracia liberal) el intervencionismo norteamericano no tenía como objeto –desde su perspectiva– la dominación, sino la extensión del sistema que, naturalmente, llevaría a un orden global en el que el elemento consensual de la hegemonía adquiriría una importancia primaria (Bell, Daniel 1979, citado por Insulza, 1986).

Este componente de destino manifiesto o “mesianismo” identificado principalmente con el continuo moralismo/ idealismo, que echó raíces profundas en las orientaciones de política exterior internacionalistas, tiene al final de este entramado una proyección sobre los partidos demócrata y republicano que se ajusta a sus respectivas características ideológicas debido a que el mesianismo que ha influenciado al contexto socio-cultural americano tiene una versión religiosa (Dios está de nuestro lado) absorbida por el pensamiento conservador y neoconservador⁴³ predominante entre los republicanos, y otra laica (nuestro valores y nuestras instituciones son las mejores) que encaja en la visión de liberalismo político del Partido Demócrata.

A partir de esta característica podemos ejemplificar la incidencia del destino manifiesto o mesianismo en administraciones de distinto origen partidario. Así la idea de un *imperialismo moral* invocada desde el primer gran momento liberal de la política exterior americana en el siglo XX bajo la conducción del Presidente Wilson que

⁴³ Es importante recordar como lo hemos destacado a lo largo de todo este trabajo que en términos de política exterior, los republicanos pragmáticos estaban -y aún están- más limitados por las ideas realistas que adhieren a un uso de la fuerza ligado a los intereses nacionales lo cual los vincula a visiones geopolíticas que, por su propia naturaleza, tienen límites geográficos y temporales. A diferencia de esto los neoconservadores justifican el uso de la fuerza con sus ideales nacionales, dándole a sus ideas un perfil de doctrina ideológica de aplicación universal.

intervenía en los países de América Central y el Caribe en pos de la defensa de la libertad y la autodeterminación de los pueblos; la idea de que se podía constituir un orden global bajo el criterio rector de los valores políticos y las instituciones americanas que argumentaba Roosevelt; las manifestaciones sobre la necesidad de garantizar la defensa del mundo libre sustentadas por Truman; la jerarquización de la defensa de los derechos humanos como valor universal encarnada por el Presidente Carter; el diseño del paradigma de expansión y compromiso con la democracia anunciado por Clinton, son algunos de los casos más claros de la interpretación laica y liberal del mesianismo estadounidense. Por otra parte, los gobiernos neoconservadores de Reagan y George W. Bush son la muestra más clara del mesianismo religioso. Afirmaciones como que Estados Unidos encarna la *lucha del bien contra el imperio del mal* a la que recurrió Reagan para referirse a la entonces URSS, o la interpretación del Presidente Bush sobre que los Estados que apoyan a Washington en su guerra contra el terrorismo están del *lado del bien* y aquellos neutrales se acercan al *eje del mal* confirman los componentes religiosos de esta variedad de mesianismo.

Consecuentemente, podemos afirmar que a lo largo del siglo XX en el paradigma idealista se mezclan la herencia de la influencia liberal inglesa y la del iluminismo francés con la idea del destino manifiesto propia del pensamiento tradicionalista europeo a través de propuestas internacionalistas que pretenden expandir los valores e instituciones americanos desde una perspectiva laica y, de ser posible, con el acompañamiento de las instituciones internacionales. Su razonamiento está guiado por la defensa del *ideal nacional*. Por su parte el paradigma realista recoge más las ideas conservadores en cuanto a mantener el orden interno vigente libre de las amenazas de los enemigos externos, conteniendo su expansión y recurriendo al uso de la fuerza sólo si es necesario. En sus consideraciones el lugar destacado corresponde a la defensa del *interés nacional* aunque esto conlleve la convivencia con otros sistemas políticos. Finalmente, los neoconservadores plantean la defensa del *ideal nacional* como una tarea *providencial* que debe ser defendida a través del uso de la *fuerza*: su modelo es el de un *Estado Cruzado* con las máximas capacidades militares.

Desde el punto de vista de nuestra investigación llama la atención la disparidad en la valoración sobre la relación del concepto de destino manifiesto y política exterior americana. Para buena parte de la sociedad mundial el concepto de destino manifiesto, si bien proponía la transmisión de un sistema político moralmente superior, la democracia, llevado a la práctica tuvo una connotación reaccionaria e imperialista. Fue utilizado para justificar distintos tipos de intervención y, en este sentido, para evitar las posibilidades de cambio planteadas por otros estados a no ser los propuesto por los Estados Unidos. Sin embargo, para la sociedad estadounidense las acciones internacionales derivadas del concepto de destino manifiesto son buenas y constituyen una obligación moral hacia el resto del mundo. A su población le resultó complejo entender por qué otras sociedades no desean emular a los Estados Unidos o se sintieron -y aún se sienten- invadidas por sus acciones a nivel de política exterior. El desconcierto social que manifestó la población de Estados Unidos ante los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 se canalizó en la pregunta ¿por qué nos odian tanto? que, sin dudas, muestra como todavía en nuestros días permanece intacta la lectura benévola que realizan sobre la “misión” de los Estados Unidos en el mundo. Tal como sostuvimos en las primeras páginas de este capítulo la idea de la excepcionalidad –laica o providencial– subyace como una fuente principal de la identidad americana o, al menos, cruza transversalmente a varios de sus componentes. Con la rareza parcial de los

conservadores pragmáticos, la disputa entre liberalismo y conservadurismo no ha estado ausente de la influencia de dicha fuerza madre a lo largo de su historia, ni tampoco en nuestros días.

1-3 Aislacionismo versus Internacionalismo

Entre las fuerzas profundas que han influido históricamente en la política exterior americana se destaca la tensión entre *aislacionismo e internacionalismo*. Por ello en la introducción presentamos estas posturas como los extremos del continuo de las orientaciones en política exterior. En líneas generales el primero representa al deseo de mantener a Estados Unidos fuera de la participación política y militar a nivel global y ejercer el liderazgo a través del ejemplo. Los segundos argumentan que no existe liderazgo posible sin una participación activa en las cuestiones mundiales.

El aislacionismo estuvo presente plenamente en la vida política de Estados Unidos desde su independencia hasta la primera guerra mundial⁴⁴. Con posterioridad a esta conflagración reapareció para desvanecerse y tomar nuevas formas a partir de la Segunda Guerra Mundial.

Los antecedentes aislacionistas en Estados Unidos responden, al menos, a dos fuentes: los objetivos y las necesidades políticas de una época y ciertas interpretaciones del excepcionalismo americano.

En el primer caso pesó el orden internacional de Balance de Poder vigente en épocas de la independencia americana que concentraba la conducción de la política mundial en manos de los estados europeos y se configuraba en torno a sus intereses los cuales se diferenciaban de los de un país en conformación y crecimiento, como era Estados Unidos. En este marco las recomendaciones del Presidente George Washington en su discurso de despedida apuntaban a la necesidad de no involucrarse en las cuestiones de la política mundial, las cuales trataban temas opuestos y/o ajenos a los intereses estadounidenses, hasta haber consolidado el país en términos políticos y económicos. Así afirmó:

“Europa tiene una serie de intereses primarios, que no tenemos nosotros, o al menos estamos remotamente relacionados con ellos [...] Es imprudente, en nuestro caso, unirnos, por vínculos artificiales, a las vicisitudes ordinarias de la política europea, o a las combinaciones y choques ordinarios de sus amistades” (Washington, 1796).

En el segundo caso aparece nuevamente la idea sobre el país que poseía una condición excepcional, un destino manifiesto. Esta idea no prendió sólo en aquellos sectores que la entendían como base fundacional del idealismo / internacionalismo (expandir el sistema político americano hacia el mundo como una tarea providencial), sino también por quienes fundamentaron el aislacionismo americano. Aunque parezca contradictorio la idea de que era adecuado aislarse no sólo alegó objetivos políticos y económicos como subraya el discurso del Presidente Washington, sino que respondió a

⁴⁴ La única excepción a esta regla fue la guerra con España en 1898 por la independencia de Cuba. Sin embargo, debemos tener en cuenta que este conflicto fue organizado bajo dos principios que no desafiaban fuertemente al aislacionismo: sería un enfrentamiento corto, localizado más cerca de territorio estadounidense que europeo y el contrincante era un estado europeo con su poder en decadencia, que no pesaba políticamente como lo había hecho en los siglos XV y XVI.

una idea de superioridad y excepcionalidad que tenía mucho que ver con el supuesto rol que la providencia le otorgó al pueblo americano.

Si bien el aislacionismo puede ser considerado -y de hecho lo fue- un buen consejo político, económico y militar para una nación en su infancia, fue Jefferson, que según Stillman y Pfaff (1974), estaba más cerca del temperamento real de los estadounidenses, quien articuló su verdadero origen cuando llamó a los Estados Unidos

“la esperanza del mundo” y añadió: “ya no podemos decir que no hay nada nuevo bajo el sol. Pues todo este capítulo de la historia del hombre es nuevo [...] Antes del establecimiento de los estados norteamericanos, la historia no conocía más que el hombre del viejo mundo, metido dentro de los límites pequeños o apretados, y lleno de vicios que engendran esta situación” (Jefferson, 1801 citado por Stillman y Pfaff, 1974: 20).

Aquí estaba el sentimiento del americano respecto a su país considerado como un nuevo designio providencial. Era como si, al fundar la república, los norteamericanos hubieran hecho un nuevo pacto con Dios. Ninguna política estuvo más cerca que el aislacionismo de las profundas fuentes de la comprensión de una nación de su papel en el mundo. Ese papel no era realmente político. Aunque era político en forma, se entendía como un papel moral (Stillman y Pfaff, 1974: 21). Se creía que los norteamericanos estaban llamados por Dios para crear una humanidad nueva, como afirma Niebuhr (1952) “Éramos la divina Israel Norteamericana”. De esa condición de excepcionalidad se derivaban dos conclusiones: no era bueno mezclarse en las cuestiones de la política mundial llevadas adelante por países con intereses diferentes y representantes de un viejo orden, pero tampoco era necesario ya que en Estados Unidos estaban dadas las condiciones para la supervivencia económica y la creación de un orden político y social nuevo y superior al europeo. Así la idea de autosuficiencia une el rol providencial con el aislacionismo.

Con el paso del tiempo la corriente aislacionista fundacional fue adquiriendo variantes de derecha e izquierda. La primera es claramente nacionalista y, por tal motivo, en ocasiones acepta el uso de la fuerza contra gobiernos extranjeros que implementan acciones hostiles contra Estados Unidos. De esta forma se explica por qué ciertos grupos aislacionistas apoyaron acciones de política exterior intervencionistas como la invasión a Panamá en 1989 o, en ocasiones, manifestaron que aceptarían acciones punitivas contra la Cuba castrista. Por otra parte, es bueno remarcar que desde una perspectiva histórica este aislacionismo adhería a la Doctrina Monroe (América para los americanos) en tanto planteaba el aislacionismo como central para la política con los países europeos, pero no le daba una connotación hemisférica. El continente era terreno para el nuevo orden político sobre el cual Estados Unidos cumpliría una función rectora.

Durante la década de los setenta, como consecuencia del llamado síndrome de Vietnam, se generó una ruptura al interior de los internacionalistas que dio lugar al nacimiento de una corriente aislacionista de izquierda. Esta se diferenció por su perfil anti-nacionalista y por su posición anti-intervención sin excepciones.

Como sostuvimos en el análisis entre el pensamiento liberal y conservador con los paradigmas teóricos tradicionales, la visión del destino manifiesto con sus

derivaciones internacionalistas era un punto de contacto entre liberalismo y conservadurismo. Sin embargo, el primer modelo internacionalista de la política exterior estadounidense fue liberal: el internacionalismo liberal wilsoniano. Este se basaba en la idea de que era posible crear una comunidad mundial, en la cual las naciones subordinarían los intereses nacionales a la soberanía del derecho internacional público y los organismos internacionales. Siguiendo una perspectiva kantiana argumentaba que a través de esta comunidad se caminaría hacia la paz mundial y hacia una comunidad de valores, donde se reconocerían los principios de autodeterminación de los pueblos y de gobiernos por consenso popular.

La labor de Estados Unidos era expandir su idealismo. “América es la única nación idealista del mundo” decía Woodrow Wilson en su peregrinación por Occidente en 1919. “el corazón de este pueblo es puro. El corazón de este pueblo es leal [...] Es la gran fuerza idealista de la historia [...] Yo al menos creo en el destino de los Estados Unidos más profundamente que en cualquier otra cosa humana. Creo que tiene una energía espiritual tal que ninguna otra nación puede contribuir como ella a la liberación de la humanidad [...] [En la gran guerra] América tuvo el infinito privilegio de realizar su destino y salvar al mundo”.⁴⁵

A partir de 1933, con la administración Roosevelt, el internacionalismo se fue consolidando aún más, para convertirse en una fuente de ideas, casi podríamos decir en la ideología, que regía en algunos momentos la política exterior y, después de la Segunda Guerra Mundial, permeaba los discursos destinados a presentar los componentes realistas predominantes en la era de la contención. Expresiones como “líder del mundo libre”, “líder de la contención del mesianismo comunista”, así como también argumentaciones para otorgar apoyo militar y económico a otros países invocando la necesidad de “liberar a los pueblos del mundo” utilizadas en la Doctrina Truman, o los argumentos para aplicar políticas de *roll back* como los utilizados para justificar la decisión de envolver a Estados Unidos en la Guerra de Vietnam, son buenos ejemplos.

Una de las principales influencias indirectas de las diferencias entre aislacionismo e internacionalismo sobre la sociedad americana y la política exterior se manifiestan en los períodos de introversión y extroversión de esta última. Como señala Klingberg la política exterior americana se balancea entre períodos de extroversión, cuando Estados Unidos orienta su atención y energía hacia el extranjero, y períodos de introversión, cuando se concentra en problemas internos. El péndulo se balancea hacia lo interno después de las guerras y, consecuentemente, presidentes como Wilson, Truman (y también vale para el caso de Bush padre) esperaron el tributo de su pueblo por el triunfo en la guerra. Sin embargo, encontraron el rechazo de los americanos quienes demandaban de sus líderes la atención de las cuestiones internas (Klingberg, 1983). Esta tendencia suele agudizarse cuando las guerras no tienen consenso suficiente a nivel de la opinión pública, como los casos de Vietnam e Irak. Volviendo a Scott y Crothers (1998), la existencia de una tradición internacionalista y otra aislacionista brinda la base para una ambivalencia fundamental hacia las cuestiones internacionales entre los americanos que les permite discrepar internamente sobre cuáles son los instrumentos adecuados para liderar el mundo (el ejemplo o la decisión de

⁴⁵ Frases de discursos pronunciados en Omaba, Sioux, Falls, San Francisco, San Diego, Cheyenne que se encuentran en Wilson, *Messages and Papers*, editados por Albert Shaw, Nueva York, 1924, 2: 815, 822, 969, 1025, 1086. Citadas por Schlesinger, 1990: 34.

involucrarse), pero ambas descansan en una fuerza profunda común: el sentimiento de misión y estado cruzado que caracteriza al excepcionalismo americano.

1-4 Política y Religión

En el proceso de construcción de la identidad colectiva estadounidense un elemento constitutivo “primigenio” como es la religión ha tenido un peso determinante en la cultura política de la ex colonia británica. Como ya hemos visto a lo largo de este trabajo las consideraciones de orden religioso son parte constitutiva de excepcionalismo americano a través de aquella influencia originaria de las creencias calvinistas de los colonos o a través de la concepción de América como destino en el sentido de contradicción en la que la describe Schlesinger (1990). Además, la influencia de la religión también ha sido un elemento importante en la disputa entre la tradición liberal y la conservadora y su peso ha servido asimismo para sub-clasificar corrientes dentro del pensamiento conservador, generando en ocasiones fuerte impacto no sólo sobre la política exterior, sino también sobre la agenda doméstica. Finalmente, en el marco de las diferencias entre aislacionistas e internacionalistas hemos señalado que tanto algunos de los primeros como ciertos sectores de los internacionalistas justifican su actitud en una idea de superioridad proveniente de la noción de la América providencial.

La mayor influencia que dejó la herencia colonial en términos identitarios fue, sin lugar a duda, la confesión protestante como la fe mayoritaria en la incipiente nación independiente, tendencia que persiste hasta el día de hoy. Dicha fuerza social ha estado presente en la formación, en la naturaleza, en el carácter y en el modo de las relaciones entre la población norteamericana. Samuel Huntington explicó que esta última es la principal diferencia en términos identitarios con Europa occidental y sostuvo que mientras la religión, como fuerza social y pública, ha desaparecido virtualmente en el viejo continente, en los Estados Unidos ha persistido haciendo de éste un país extremadamente religioso, rasgo destacado por muchos visitantes europeos, comenzando por Tocqueville.⁴⁶

Desde un punto de vista histórico, y en forma breve, podemos señalar que a comienzos del siglo XVII (1620) un grupo de ingleses cruzaron el Atlántico para establecerse en Plymouth, Massachusetts y luego en Connecticut con el fin de constituir allí una colonia cuyo gobierno debía apegarse estrictamente a los fundamentos de la moral cristiana, instituyéndose de manera informal una teocracia (Guerrero Yoacham y Guerrero Lira, 1998: 31). A criterio de estos pioneros, dichos principios habían sido dejados de lado en Inglaterra por la negligencia y la corrupción de las autoridades políticas y religiosas. Como señala Tocqueville (1987: 57) los “emigrantes o, como ellos se llamaban a sí mismos peregrinos (*pelgrins*), pertenecían a esa secta de puritana.” No eran considerados “...una porción de aventureros que van a buscar fortuna allende los mares...”, sino “la simiente de un gran pueblo que Dios va a depositar en sus manos en una tierra predestinada.”

Uno de los propósitos de los Puritanos al aventurarse al Nuevo Mundo habría sido, justamente, el de fundamentar un Mundo Nuevo a partir de los preceptos bíblicos en su versión calvinista. El calvinismo es un sistema teológico cristiano y una actitud

⁴⁶ Entrevista realizada por el “Ethics and Public Policy Center, y publicada en la revista “Center Conversations”, N° 14, 2002. Disponible en: <http://www.eppc.org>

hacia la vida cristiana que pone el énfasis en la autoridad de Dios sobre todas las cosas. Esta vertiente del Cristianismo Protestante desarrollada por Juan Calvino ha sido desde el Siglo XVII una fuerza potente en Estados Unidos. Así, en el puritanismo de raíz calvinista las buenas obras no serán las que conduzcan al hombre hacia la salvación. Y es justamente esa voluntad de exhibir los efectos de la gracia, el deseo de mostrarse y mostrar la aptitud para controlar las inclinaciones perversas, lo que hace a los integrantes de estas comunidades particularmente activos, emprendedores (característica estudiada por Max Weber en relación al capitalismo) y permanentemente interesados en diseñar la sociedad y su gobierno con arreglo a la voluntad de Dios expresada en La Biblia.

En la percepción de los colonos, sus espíritus fueron seleccionados por Dios para instituir un nuevo orden mundial. Consumada la independencia en 1776, dicha percepción sustentó en gran medida la “doctrina de las esferas” y una política neutralista y aislacionista con respecto a una Europa convulsionada (Boersner 2004:48). Paralelamente, la auto-percepción de la predeterminación del Nuevo Mundo como una nueva tierra elegida (lo que hemos mencionado como Destino Manifiesto, América Providencial o América como Destino) contribuyó a justificar la política expansionista, o primeros rasgos internacionalistas, hacia el oeste y hacia el sur en los primeros años del siglo XIX.

En función de los datos históricos desarrollados en este capítulo y tomando en cuenta los conceptos que guían la investigación es que consideramos a la religión protestante como una fuerza profunda al interior de los Estados Unidos con vigencia en la actualidad. Asimismo partimos del supuesto de que el protestantismo se destaca entre las demás confesiones cristianas no sólo porque es la religión mayoritaria, sino porque ejerce una influencia directa sobre las elites políticas estadounidenses y, consecuentemente, sobre la política exterior. Como sostiene Russell Mead teniendo en cuenta que el credo protestante influye en la percepción que los estadounidenses tienen del mundo y explica en parte el sentimiento norteamericano de concebirse como personas elegidas cuyas creencias y valores deben esparcirse por todo el mundo (Russell Mead 2006: 1), es que podemos afirmar que la religión se constituye en una fuerza profunda que repercute en el diseño de la política exterior de los Estados Unidos, siendo un condicionamiento más, entre tantos, e influenciando en ocasiones el proceso de toma de decisiones sobre asuntos externos.

La vinculación entre la religión y la política externa ha sido esgrimida tanto para justificar intereses como para sustentar ideas. En este marco Moix afirma que históricamente, desde la creación del Estado-nación, la retórica religiosa ha sido utilizada como sustento de la política exterior para justificar la violencia y alcanzar intereses políticos. Mientras la separación del Estado y la Iglesia es considerada como uno de los grandes avances de la modernidad y de la democracia en todo el mundo, en la práctica la religión ha jugado un persistente rol en la determinación de la política global de los Estados Unidos. (Moix 2007: 2). Como sostuvimos más arriba en Estados Unidos el peso del liberalismo ha logrado la separación institucional entre Estado e Iglesia, pero no entre religión y política.

En términos de ideas e ideología, tal como ya lo hemos desarrollado en otros puntos, a lo largo de la historia de este país se pueden destacar tres concepciones religiosas que han sido, en mayor y menor medida, aceptadas por las elites políticas. En primer lugar el convencimiento de que Estados Unidos es la “nación elegida por Dios”.

En segundo lugar, que tiene una “misión” o un “llamado” en la transformación del mundo. Y por último, la creencia de que los Estados Unidos representan las fuerzas del “bien” contra el “mal” (Judis 2005: 1).

Es interesante observar como estos tres elementos mencionados por Judis, se encuentran presentes a lo largo de la historia política norteamericana como ideas fuerza que permitieron justificar su accionar más allá de sus fronteras. La “Doctrina de las dos esferas”, parte del sustento teórico de la posterior “Doctrina Monroe”, proclamaba a comienzos del siglo XIX que se estaba construyendo en este lado del Atlántico una sociedad distinta basada en un “nuevo modelo”, una sociedad que con su optimismo, su exención de convencionalismo y costumbres anticuadas ofrecía una gran esperanza al mundo en general y se oponía vivamente a las monarquías del “viejo continente” (Perkins 1964: 304).

Por otra parte, presidentes y figuras políticas de distinto perfil han marcado esta tendencia en forma permanente. Así, a mediados del XIX, el propio Abraham Lincoln hacía referencia a los Estados Unidos como “la última y mejor esperanza sobre la tierra”⁴⁷. A fines de ese siglo, en el debate sobre la anexión de Filipinas, el senador Albert Beveridge declaró en un discurso ante el Congreso: “Dios preparó al pueblo de los Estados Unidos para ser dueño y organizador del mundo [...] Dios ha elegido al pueblo norteamericano como nación elegida para iniciar la regeneración del mundo”⁴⁸. En el marco de la campaña electoral de 1960 Richard Nixon, quien en los setenta será el Presidente que implemente la política exterior más realista del siglo XX, declaró “Estados Unidos vino al mundo hace 180 años no sólo para tener nosotros libertad, sino también para llevarla al resto del mundo” (citado por Judis 2005: 2). “Siempre he creído”, decía el presidente Reagan en 1982, “que esta tierra ungida fue señalada de un modo no común, que un plan divino puso este gran continente aquí, entre los océanos, para ser hallado, desde todos los rincones de la tierra, por gente que tenga un especial amor a la fe y a la libertad”⁴⁹. El presidente George W. Bush, también ha apelado con regularidad a la religión en sus discursos sobre política exterior. El 20 de septiembre de 2001 ante el Congreso pronunció “el devenir de este conflicto no se sabe, pero su desenlace es cierto. La libertad y el terror, la justicia y la crueldad siempre han estado en guerra, y sabemos que Dios no es neutral en esta batalla”.⁵⁰

Más allá de la presencia persistente de la religión en el discurso político de los líderes estadounidenses cabe destacar que la confesión protestante dista de tener concepciones homogéneas y que, por lo contrario, se caracteriza por presentar divisiones en su seno, teniendo dichas diferencias implicancias sustanciales en la visión del mundo y el rol de Estados Unidos dentro de este. En este marco Russell Mead (2006: 2-7) distingue tres tradiciones en el cristianismo protestante: la “fundamentalista”, la “evangélica” y la “liberal”, siendo las dos primeras de corte conservador (aunque con matices diferentes) y la última de carácter progresista.

⁴⁷ Abraham LINCOLN, Annual Messages to Congress, Washington, DC, December 1, 1862. Disponible en <http://showcase.netins.net/web/creative/lincoln/speeches/congress.htm>

⁴⁸ Albert J BEVERIDGE, In Support of an American Empire Source: *Record*, 56 Cong., I Sess., pp. 704-712.

Disponible en <http://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/ajb72.htm>

⁴⁹ Proclamation 4979, Thanksgiving Day, september 27, 1982. Disponible en

<http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=43059>.

⁵⁰ Bologna, Bruno “La tercera guerra mundial”, Artículo publicado en el diario “La Voz del Interior”. Córdoba, Argentina, domingo 20 de abril de 2003

Los fundamentalistas basan su ortodoxia en la importancia otorgada a la inspiración y autoridad bíblica y en una fuerte determinación para defender el protestantismo contra la fe no cristiana, el modernismo y el secularismo. En sus consideraciones internacionales se caracteriza por una tendencia pesimista y hostil a la idea de un orden mundial basado en la moral secular y en las instituciones globales como Naciones Unidas y, además, por evitar la cooperación y cualquier contacto con aquellos que profesan otro culto. Los liberales, contrariamente a los fundamentalistas, son optimistas acerca de un orden mundial pacífico y sobre el rol de las organizaciones internacionales. Creen que las distintas éticas alrededor del mundo, tanto las que provienen de otras religiones, como inclusive la de los no creyentes, son compatibles. La convicción de que los protestantes no gozan de una gracia especial les permite vincularse con los “otros”. Finalmente, los evangélicos tienen raíces comunes con el fundamentalismo, sin embargo sus ideas acerca del mundo han sido fuertemente influenciadas por el optimismo endémico de la sociedad norteamericana. Este optimismo se observa en el esfuerzo de aunar la moral doméstica y la internacional. Según Russell Mead (2006), el balance de poder entre las diferentes corrientes ha cambiado con el transcurso del tiempo. En las últimas generaciones, las corrientes conservadoras han ganado adherentes en detrimento de los protestantes liberales que prevalecieron durante la Segunda Guerra Mundial y la mayor parte de la Guerra Fría.

Otra perspectiva de estudio, como la de Oldfield (2004: 1), no identifica corrientes al interior del protestantismo, sino que se centra en el análisis de la “derecha cristiana”, como fuerza política –ya presente en las administraciones de Nixon y Reagan a través de la Mayoría Moral y la Nueva Derecha– que ha alcanzado un peso decisivo en la administración de George W. Bush.⁵¹ Entendemos que la “derecha cristiana” descrita por el autor contiene dentro de sí premisas e intereses compartidos por los fundamentalistas y evangélicos. La derecha cristiana forma parte de la coalición electoral republicana, se trata de grupos conservadores que han logrado vertebrar su particular interpretación de la Biblia con el discurso neoconservador desde finales de los setenta. La influencia de las creencias religiosas se puede observar en el unilateralismo de la administración Bush el cual proviene de la oposición a una tendencia cada vez más liberal de la agenda social de Naciones Unidas y de la profecía bíblica las cuales se combinaron para crear un movimiento opuesto al multilateralismo. Tanto Oldfield como Russell Mead coinciden en afirmar que estos sectores consideran a las Naciones Unidas como una especie de “anticristo”, motivo por el cual las acciones de Estados Unidos deben estar desvinculadas del orden mundial que dicha institución representa.

Otro aspecto de la política exterior estadounidense en el que puede vislumbrarse la influencia de la religión es en el denominado “lobby judío”. Según John Mearsheimer y Stephen Walt (2007: 13) este *lobby* está constituido por una coalición de individuos y organizaciones que trabajan activamente para influenciar la política exterior de Estados Unidos en pro del Estado de Israel. Este grupo de presión, nucleado en APIAC (*American Israel Public Affairs Committee*⁵²) intenta convencer a los estadounidenses que los intereses de Israel y de los Estados Unidos son esencialmente idénticos. Su acción se manifiesta en la presión que ejerce en y sobre el Poder Ejecutivo, pero principalmente su actuación se centra en el Congreso.

⁵¹ Estos grupos ya fueron descritos en el punto sobre los neoconservadores y, además, aparecen precisiones sobre los mismos en la nota número 25.

⁵² Para más información del Lobby, consultar <http://www.aipac.org>

En términos analíticos es interesante preguntarse a qué se debe la eficacia del lobby. Para muchos la respuesta no está en el lobby en sí mismo, sino en el apoyo de la derecha cristiana. Este sustento, que finalmente se plasmó en una alianza política, encuentra sus raíces en las convicciones religiosas de este último grupo. Según John Hagge (Oldfield 2004: 4) estos creen que Israel es la única nación creada por un acto soberano de Dios y por lo tanto si Dios creó y defiende a Israel aquellas naciones que luchan contra él luchan en contra de Dios. De allí las razones por las cuales la derecha cristiana reivindica el derecho de los judíos de volver a la Tierra Santa. Reconocidos evangélicos protestantes como Gary Bauer, Jerry Falwell, Ralph Reed y Pat Robertson, así como Dick Armey y Tom DeLay tuvieron –y aún tienen– un activismo a favor del Israel y de las reivindicaciones de dicho lobby.

Finalmente, otro ejemplo de la influencia de la religión en la política está ligado a la búsqueda del voto religioso. En ese marco se explica la aprobación por el Congreso del “Acta Internacional de Libertad Religiosa” en 1998, la cual estableció una comisión bipartidista para controlar las condiciones de la libertad religiosa en el mundo, siendo el Departamento de Estado quien determina que países han cometido violaciones a dicha libertad, a partir de los informes emitidos por la Comisión. Claramente Estados Unidos se erige en garante y supervisor del cumplimiento de dicho acuerdo en el resto de los países del mundo, pero sin someterse él mismo a los monitoreos de dicha Comisión. Por otra parte, la aplicación de los controles ha sido selectiva en tanto nuevos aliados como Vietnam fueron, por otros intereses, menos penalizados que China o Irán. Finalmente, durante la gestión del Presidente George W. Bush las ideas de terrorismo y religión así como las de religión y democracia han sido asociadas en forma creciente. Esta es una diferencia central entre la primera Estrategia de Seguridad Nacional anunciada en 2002 donde claramente la guerra era planteada contra el terrorismo y la anunciada en 2006 donde se le asigna a la ideas y creencias del fundamentalismo islámico una conexión directa con el terrorismo así como una incapacidad para generar formas democráticas de gobierno (Chang, 2007).

Como planteamos en las reflexiones conceptuales y metodológicas, las fuerzas profundas y la identidad no son estáticas, las mismas evolucionan y se modifican a lo largo del tiempo. La preeminencia del protestantismo como principal afiliación religiosa de los estadounidenses ha comenzado a sufrir una declinación en los últimos años. Según una encuesta realizada en 2007⁵³, en los ochenta, el 65% de la población se identificaba como protestante, actualmente esa cifra alcanza al 51%. De acuerdo a estos resultados, muchos predicen que los protestantes están al borde de convertirse en una minoría entre los grupos religiosos de Estados Unidos. Este hecho, sin lugar a dudas, no debe ser explicado en base a un solo factor, sino que es a partir de un análisis multicausal donde podremos encontrar las mejores respuestas. En este marco cabe destacar que los flujos migratorios juegan un rol importante, sobre todo la migración hispana con una fuerte tradición católica. Claramente la profundización de este cambio a lo largo del tiempo podría tener un impacto en las creencias y percepciones de las futuras elites políticas, repercutiendo inexorablemente en la política exterior. Por el momento, la campaña electoral de 2008 ha mostrado que la tradición del vínculo entre religión y política exterior canalizado en la idea de Estados Unidos como pueblo elegido está aún presente. La recurrencia de Barack Obama y Sarah Palin en sus discursos a la famosa frase sobre Estados Unidos como *a city upon a hill* así lo confirman.

⁵³ “Panorama religioso de Estados Unidos se caracteriza por la diversidad y el cambio”, Servicio noticioso internacional del Departamento de Estado de los EEUU, 18 de marzo del 2008. Disponible en <http://usinfo.state.gov/>,

2- Reflexiones finales

A lo largo de este capítulo hemos tratado de sustentar la hipótesis de trabajo sobre la existencia en Estados Unidos de fuerzas profundas que conforman su identidad nacional y que, además, influyen la política exterior. Para ello nos detuvimos en cuatro cuestiones que evaluamos, de acuerdo a nuestro marco conceptual, como elementos primigenios de esa identidad que han perdurado en el tiempo: el excepcionalismo, las tensiones entre la tradición liberal y la conservadora, las preferencias aislacionistas o internacionalistas y las relaciones entre religión y política.

La enunciación en forma de conceptos contrapuestos o relacionados de tres sobre cuatro de dichas fuerzas profundas e identitarias no es casual. Tal como lo hemos afirmado estas supuestas ambivalencias con impactos divergentes sobre la política interna y la internacional encuentran puntos de contacto de manera tal que pueden ser vistas como extremos de un continuo más que como una confrontación insuperable.

En la República estadounidense el conservadurismo y las reformas políticas liberales, el capitalismo competitivo y la democracia, el interés privado y los objetivos públicos, las creencias religiosas y la misión del Estado se unen para constituir una única tradición política nacional. Los elementos comunes entre todas estas visiones como el valor de las libertades individuales, el respeto al Estado constitucional y el imperio de la ley permiten esta convivencia y permiten que, en términos de proceso histórico, los enfoques contrapuestos sean parte de la dialéctica de la cosa pública. En ese marco han pesado tanto las ideas como los intereses, según sea la tendencia predominante en determinado momento o la dirección privilegiada por determinadas administraciones.

Los contenidos de la política exterior y la manera en que esta se gestiona son, en gran medida, una proyección de las peculiaridades nacionales. Si bien este supuesto se ha ido consolidando en el espacio disciplinar de las relaciones internacionales como aceptable para distintos tipos de Estados, es especialmente válido para el caso de Estados Unidos, donde la acción externa muestra componentes a veces liberales y otras conservadores; en ocasiones la política exterior es más internacionalista y en otras pone los ojos en casa recuperando rasgos de la vieja tradición aislacionista; en numerosas casos invoca las antiguas ideas de liderazgo mundial basado en las creencias de predestinación mientras que en reiteradas ocasiones ha actuado en función de intereses nacionales materiales.

Cada una de estas características es una parte esencial de la vida política, pero ninguna de ella por separado muestra el todo. Han prevalecido en diversos momentos lo que ha ocasionado los llamados ciclos de la política exterior americana: de extroversión o intromisión; de predominio de los intereses privados o de las metas de la cosa pública. Sin embargo, más allá de las diferencias, lograron articularse en torno a la idea estructurante del excepcionalismo, única fuerza profunda a la que hemos caracterizado como transversal ya que aparece, con distinta intensidad, en todas las otras manifestaciones identitarias. Que se privilegie el ideal nacional o el interés nacional, que se reclame una participación internacional basada en el ejemplo o en la decisión de involucrarse son debates que implican diferencias de tipo instrumental, pero todas esas

posturas comparten el sentimiento de misión americano de liderar el mundo hacia lo que ellos consideran las mejores formas de relaciones políticas, económicas y sociales surgidas de su propia experiencia histórica. Así, el excepcionalismo en su versión providencial o en la laica ha contribuido a generar una ambivalencia fundamental entre los americanos hacia los asuntos mundiales que les permite discrepar internamente sobre cuáles son los instrumentos adecuados para liderar el mundo, pero nunca dudar sobre si ese liderazgo debe existir o no.

En este sentido, las ideas sobre la superioridad del sistema político estadounidense, las condiciones ambientales-geográficas que permitieron el desarrollo del país y las concepciones religiosas de auto-percepción de pueblo elegido conformaron la base de ese excepcionalismo y con ello el nacimiento de la ideología central sobre la cual se diseña la política exterior de Estados Unidos.

La consolidación del excepcionalismo como la principal base de la identidad ideológica estadounidense se vio potenciada por la creciente acumulación de poder desde la independencia hasta la condición de superpotencia, lo que posibilitó llevar la idea a la práctica y trasladar los componentes nacionales de la identidad a la política exterior. Así el poder material y los intereses que el mismo involucra retroalimentaron esta idea.

Como hemos sostenido en el marco conceptual de esta investigación la identidad es un proceso social y, por lo tanto, dinámico. Los cambios históricos, culturales, políticos y económicos, entre otros, pueden modificar el contexto donde las sociedades se insertan y modificar sus expectativas y percepciones alterando total o parcialmente los patrones identitarios preexistentes. En este marco, nos atrevemos a afirmar que los componentes de la identidad estadounidense que analizamos en este capítulo encuentran sus raíces en la etapa fundacional de la nación –más allá de los pequeños ajustes que hayan sufrido por el paso del tiempo– motivo por el cual fueron clasificados como primigenios. Además, creemos que estos componentes identitarios no sólo influyeron sobre la política exterior, sino que permanecieron en el tiempo y lograron –desde la perspectiva estadounidense– alcanzar los objetivos planteados en el ámbito externo. Consecuentemente cabría preguntarse, más allá de los límites de este trabajo, si esta situación permanecerá o si existe un panorama de cambio.

La información relevada a lo largo de la investigación nos permite inferir tres cuestiones que podrían impulsar un cambio de contexto y, consecuentemente, alguna modificación en el proceso de construcción identitaria.

Una de ellas está ligada a los efectos negativos generados a nivel de política exterior por el modelo neoconservador y, fundamentalmente, por su combinación de poder militar y objetivos providenciales de cambio de régimen en terceros Estados. En este sentido es probable que se avecinen tiempos donde se recuperen las visiones pragmáticas del conservadurismo, más ligadas al modelo realista, en detrimento del avance de los *neocons* consolidado a partir de los ochentas. Esto significa disminuir parcialmente los componentes providenciales del excepcionalismo.

Otro posible factor de cambio está ligado a la experiencia histórica. Los cambios internos e internacionales producidos en la década de los setenta generaron uno de los escenarios de mayor debate sobre los distintos componentes identitarios. En este marco,

como consecuencia de los desacuerdos en torno a Vietnam se consolidó una segunda etapa de crecimiento del pensamiento neoconservador, aparecieron nuevos grupos aislacionistas dentro de los sectores liberales y se debatió fuertemente entre la conveniencia de ligar la política exterior a la defensa del ideal nacional o de los intereses nacionales. Además, esta década fue signada por la llamada “crisis relativa de hegemonía norteamericana” lo que condujo a interesantes debates sobre las formas adecuadas para mantener el liderazgo. Por otra parte, internamente se incrementó la discusión económica entre la defensa de los objetivos públicos que se había enarbolado en el New Deal y la defensa de los intereses económicos privados, iniciando una etapa de cambio en la economía estadounidense y su impacto mundial que en nuestros días se canaliza a través de una crisis financiera que afecta seriamente el modelo de consumo basado en el endeudamiento. Finalmente, en términos estrictamente sociales, la crisis generada por las consecuencias no deseadas del liberalismo (menos familia, más violencia ciudadana, más droga, predominio individualista sobre los proyectos grupales, etc.) afectaron el predominio casi histórico de las fuerzas liberales sobre las conservadoras.

Tomado como referencia los dos aspectos abordados anteriormente –crisis neoconservadora y el impacto que los contextos de cambio como los setentas generaron en los debates sobre diferentes componentes identitarios– podríamos argumentar sobre un posible tercer escenario de debate que se iniciaría en nuestros días. La situación actual tipificada por un deterioro de las capacidades de poder estadounidense y por posibles cambios estructurales en el orden económico internacional pueden habilitar dos situaciones: o un retorno a los aspectos más estables y menos controvertidos de la identidad como mecanismo para enfrentar la nueva etapa o el inicio de un proceso de ajustes que modifique en el mediano y largo plazo algunos aspectos fundacionales de la identidad estadounidense y su respectivo impacto sobre la política exterior.

Bibliografía

- ALVAREZ GARCIA, Alberto, “Revolución y Constitución en Estados Unidos. Recordando el 216 Aniversario de la Constitución”, Disponible en <http://iecubanos.org/pub/rycusa.htm>, consultado el 26 de octubre de 2008. Artículo publicado en la Revista Encuentro en la Red bajo el título “Washington: Revolución Democrática”.
- APPLEBY, Joyce (1992), “Recovering America’s Historic Diversity; Beyond Exceptionalism”, *The Journal of American History*, Vol. 79 Nro. 2, September.
- BELL, Daniel (1979), “The end of American Exceptionalism”, en GLAZER, Nathan y KRISTOL, Irving (comps.), *The American Commonwealth*, New York, Basic Books, Inc. Publishers, citado por INSULZA, José Miguel (1986), “La política exterior de Estados Unidos en los años ochenta y su impacto en el sistema internacional”, *Estados Unidos: perspectiva latinoamericana*, Cuadernos Semestrales N° 19, CIDE, México.
- BELLAH, Robert (1970), *Beyond Belief*, Harper & Row, Nueva York.
- BENNETT WOODS, Randall (2007), “Al final, Bush podría adoptar la política exterior de su padre”, *Diario Clarín*, Buenos Aires, 28 de enero.
- BERLIN, Ira, (1987), “Herbert Gutman and the American Working Class”, in Gutman, *Power & Culture: Essays on the American Working Class*, New York.
- BOERSNER, Demetrio (2004), “Relaciones Internacionales de América Latina”, Nueva Sociedad Editorial, Caracas.
- BUSSO, Anabella (1998), “El paralelismo Watergate – Sexgate: una simplificación excesiva”, *Relaciones Internacionales -Sección Estudios-* año 8 N° 15, revista editada por el Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata, junio-noviembre.

- BUSSO, Anabella (2008), "Estados Unidos y la Rusia de Putin: ni el regreso a la guerra fría ni la superación de las dudas históricas", en *¿Una nueva guerra fría? Conflicto y Cooperación en la relaciones entre Estados Unidos y Rusia*, (Segunda Sesión pública del Instituto de Política Internacional celebrada el 16 de octubre de 2007), Anales de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, Buenos Aires, pp. 23-38.
- BUSSO, Anabella (2008), "Las Relaciones cívico-militares en Estados Unidos. ¿Una fuerza profunda en proceso de cambio?", en Anabella BUSSO (Comp.), *Fuerzas profundas e identidad. Reflexiones en torno a su impacto en la política exterior. Un recorrido de casos*, e- book, UNR editora, Rosario, Argentina.
- BUSSO, Anabella y PIGNATTA, María Eva (2008), Fuerzas profundas, identidad y política exterior. Reflexiones teóricas y metodológicas, en Anabella BUSSO (comp), *Fuerzas profundas e identidad. Reflexiones en torno a su impacto en la política exterior. Un recorrido de casos*, e- book, UNR editora, Rosario, Argentina .
- CHANG, Patricia, (2007) "A foreign Policy for Foreign Religions", *Foreign Policy in Focus*, October.
- CHESTERTON, G. K (1992) "What I saw in America?"; Dodd, Mead & Co., Nueva York.
- EDWARDS, Lee (2004) *A Brief History of the Modern Conservative Movement*, The Heritage Foundation, Washington DC.
- FONER, Eric (1998), "The meaning of Freedom in the Age of Emancipation", *Journal of American History*, 81, pp. 435-60.
- FRACHON, Alain y VERNET, Daniel, (2006) *La América Mesianica*, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- FRUM, David, (2003) "Unpatriotic Conservatives. A War against America", *NRO Nacional Review on line*, april 7. Disponible en <http://www.nationalreview.com/frum/frum031903.asp>
- FUKUYAMA, Francis (2007), *América en la encrucijada*, Ediciones B, Buenos Aires.
- GARTON ASH, Timothy, "Hay una guerra cultural que debe ser superada", *Diario Clarín*, Buenos Aires, 22 de octubre de 2008, Sección Opinión, p 27.
- GERBER (1989), *The making of an American pluralism: Buffalo, New York, 1825-60*, University of Illinois Press, Urbana- Illinois.
- GUERRERO YOACHAM, Cristina y GUERRERO LIRA, Cristian (1998), *Breve historia de los Estados Unidos de América*, Editorial Universitaria, Bogotá.
- HARRIS, Owen (2005), "The failure of the Bush Doctrine", October 28, 2005, disponible en <http://www.theage.com.au/news/opinion/the-failure-of-the-bush-octrine/2005/10/27/1130400307818.html>
- HARTZ, L. (1991), *The Liberal Tradition in America*, Harcourt Brace, San Diego.
- HOFFMANN, Stanley (2005), "American Exceptionalism: The New Version", en Ignatieff, Michael (Ed.) *American Exceptionalism and Human Rights*, Princeton University Press, Estados Unidos.
- HORTON, Carol (2005), *Race and the Making of American Liberalism*, Oxford University Press, Oxford,
- HOWE, Irving (1985), *Socialism and America*, Harcourt, New York.
- HUNTINGTON, Samuel, (1981), *American Politics: The Promise of Disharmony*. Cambridge: Belknap Press, pp. 158-159.
- HUNTINTON, Samuel (2004), "El reto hispano", *Foreign Policy Edición Española*.
- IGNATIEFF, Michael (2005), "Introduction: American Exceptionalism and Human Rights", en Ignatieff, Michael (Ed.) *American Exceptionalism and Human Rights*, Princeton University Press, Estados Unidos.
- IKENBERRY, John (2001), *After Victory, Institutions, Strategic Restraint, and the Rebuilding of Order After Major Wars*, Princeton University Press, New Jersey.
- INSULZA, José Miguel (1986), "La política exterior de Estados Unidos en los años ochenta y su impacto en el sistema internacional", *Estados Unidos: perspectiva latinoamericana*, Cuadernos Semestrales N° 19, CIDE, México.
- JUDIS, John B., (2005), "The Chosen Nation: the influence of religion on U.S. foreign policy", in Policy Brief N° 37, Carnegie Endowment for Internacional Peace, March 2005.
- KAMMEN, Michael (1993), "The Problem of American Exceptionalism: A Reconsideration". *American Quarterly*, Vol. 45, No. 1, March 1993, pp. 1-43
- KIRKPATRICK, Jeane (1982), *Dictadura y contradicción*, editorial Sudamericana, Buenos Aires.

- KIRKPATRICK, Jeane, (1993) "Un país normal en un tiempo normal", en Owen Harries (compilador) (1993) *El propósito de Estados Unidos de América. Nuevos enfoques de la política exterior de Estados Unidos*, traducción de Marcela Bravo, Editorial Pleamar, Buenos Aires. Este artículo fue publicado originariamente en *The National Interest*, 1991, pp. 40 -44.
- KLINGBERG, Franck (1983) *Cyclical Trends in American Foreign Policy Moods: The Unfolding of America World Role*, Laham, MD, University of America.
- KRISTOL, Irving (1986), *Reflexiones de un Neoconservador*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.
- KRISTOL, Williams y KAGAN, Robert (1996), "Toward a Neo- Reaganite Foreign Policy", *Foreign Affairs*, vol. 75, n°4.
- LAFER, Celso (2002), *La identidad internacional de Brasil*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- LIPSET, Seymour Martin, (2000), *El excepcionalismo norteamericano. Una espada de dos filos*, Fondo de Cultura Económica, México.
- LUTZ, Donald S., (1984) "The Relative Influence of European Writers on Late Eighteenth-Century American Political Thought", *American Political Science Review*, 78, pp. 189-197.
- MEARSHEIMER, John y WALT, Stephen, (2007), *The Israel Lobby and U.S Foreign Policy*, Farrar, Straus & Giroux, New York.
- MOHONEY, Daniel, (2002), *Whittaker Chambers: Witness to Crisis of The Modern Soul*, The Home Of American Intellectual Conservatism – First Principles, ISI Web Journal, (IR 37:2 Spring 2002) – 07/25/05. Disponible en <http://www.firstprinciplesjournal.com/articles.aspx?article=494&theme=home&page=6&loc=b&type=ctbf>.
- MOIX, Bridget , (2007), "Faith and Conflict", *Foreign Policy in Focus*, October 2007.
- MONETA, Carlos, BITAR, Sergio (1984), *La Política Económica de los Estados Unidos para la América Latina. Principales Documentos de la Administración Reagan*, Grupo Editor latinoamericano, Buenos Aires.
- MORANDÉ, Pedro (1984), *Cultura y modernización en América Latina*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.
- MORGENTHAU, Hans (1987), *Política entre las naciones. La lucha por el poder y la paz*, GEL, Buenos Aires.
- NIEBUHR, Reinhold, (1952) *The Irony of American History*, Charles Scribner's Sons, Nueva York.
- O'SULLIVAN, John (1845), "Annexation", *United States Magazine and Democratic Review Democratic Review*, Vol.17 (1).
- OLFIELD, Duane, (2004), "The evangelical roots of American Unilateralism: the Cristian right's influence and how to counter it", *Foreign Policy in Focus* (FPIF), March.
- ORTIZ, Gustavo (2006-2007), "Sobre la identidad. Problemas y preguntas", *Studia Politicae*, Nro. 10, Universidad Católica de Córdoba, Córdoba.
- PARKER, John (2003), "A nation apart", *The Economist*, Vol. 369, Issue 8349, Special Section, p. 3.
- PERKINS, Dexter (1964), "Historia de la doctrina Monroe", Eudeba, Buenos Aires.
- RENOUVIN, Pierre y DUROSELLE (2000), Jean Batiste, *Introducción a la Historia de las Relaciones Internacionales*, Fondo de Cultura Económica, México.
- ROSSITER, Clinton (1986), *La Teoría Política del Conservadorismo Moderno*, traducido por Heber Cardoso, Franco, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.
- RUSSELL MEAD, Walter, (2006), "God's Country?", *Foreign Affairs*, September-October.
- RUSSELL, Roberto, "El orden político Internacional post Irak", en HIRST, Mónica, PEREZ LLANA, Carlos, RUSSELL, Roberto y TOKATLIAN, Juan (Comps.), *Imperio, Estados e Instituciones. La política Internacional en los comienzos del siglo XXI*, Ed. Altamira, Buenos Aires, 2004.
- SAMSON, Leon (1974), "Americanism As Surrogate Socialism", in John Lastett, and Seymour Lipset, eds., *Failure of a Dream? Essays in the History of American Socialism*, Anchor Press, New York.
- SCHLESINGER, Arthur M, Jr. (1955), "The politics of Nostalgia", *Reporter*, 16 de junio, reimpresso en Arthur Schlesinger Jr (1962), *The Politics of Hope*, Riverside Press, Boston.
- SCHLESINGER, Arthur M, Jr. (1990) *Los ciclos de la Historia Americana*, versión española de Néstor A. Míguez, Editorial R.E.I. Argentina, Buenos Aires.

- SCOTT, James and CROTHERS A. Lane (1998), "Out of the Cold: The Post- Cold War Context of U.S. Foreign Policy", en James SCOTT (editor) *After The End. Making U.S. Foreign Policy in the Post-Cold War World*, Duke University Press.
- SMITH, R.M. (1993), "Beyond Tocqueville, Myrdal and Hartz: the multiple traditions in America", *American Political Science Review*, Vol. 87, pp. 549-66.
- SMITH, R.M. (1997), *Civic Ideals: Conflicting Visions of Citizenship in U.S. History*, New Haven, Conn.: Yale University Press.
- STEARNS, Marc (2007), "The Liberal Tradition Revisited", Department of Politics and International Relations, University of Oxford, United Kingdom, ponencia presentada en el UW-Madison Political Theory Colloquium, January 24, disponible en <http://www.polisci.wisc.edu/users/polphil/liberaltraditionstearns.pdf>
- STILLAN, Edmund y PFAFF, William (1974), *Poder e Impotencia en la Política Exterior de Estados Unidos*, editorial Pleamar, Buenos Aires.
- TOCQUEVILLE, Alexis de (1987), *La democracia en América*, Fondo de Cultura Económica, México, Vol. I y II.
- TRILLING, Lionel (1950) *The Liberal Imagination*, Viking Press, New York.
- TYRRELL, Ian (1991), "American Exceptionalism in an Age of International History", *The American Historical Review*, Vol. 96 (4), pp. 1031-1055.
- WALD, Kenneth (1987), *Religion and Politics in the United States*. St. Martin's Press, Nueva York.
- WASHINGTON, George (1796), "Discurso de despedida del presidente", en *Documentos Básicos de la Historia de los Estados Unidos de América*, servicio informativo de los Estados Unidos.

[Volver al índice](#)

Las relaciones cívico-militares en Estados Unidos

¿Una fuerza profunda en proceso de cambio?

Anabella Busso



Resumen: En este capítulo se analizan las relaciones cívico-militares en Estados Unidos como una fuerza profunda y se aborda el interrogante sobre si este vínculo está sujeto a un proceso de cambio que podría alterar parcialmente la identidad estadounidense. Para ello se parte del supuesto que la sociedad americana y su clase dirigente eligieron la supremacía civil como una opción que fortalecía y acompañaba otras fuerzas profundas como el liberalismo político y la institucionalidad democrática. Sin embargo, la supremacía civil como fuerza profunda constitutiva de la identidad político-institucional comenzó a ser desafiada por un proceso de cambio progresivo en el que han influenciado variables internacionales como el rol hegemónico de Estados Unidos, variables ligadas a los procesos de toma de decisión y gestión desde la guerra de Vietnam y variables sociológicas que marcan una creciente alienación de los militares con respecto a la sociedad civil canalizada en la adopción de posiciones conservadoras que se distancian de la tradición liberal de la sociedad americana. Este desafío no se ha manifestado en la amenaza real de un golpe de Estado, como ha ocurrido por el deterioro de las relaciones cívico-militares en otros países, sino en un proceso de politización y posicionamiento partidario de los militares, que debilita el control civil desafiando 150 años de actividad no partidaria de los oficiales estadounidenses.

Palabras clave: Estados Unidos, relaciones cívico-militares, fuerzas profundas, política exterior, conservadurismo, fuerzas armadas

Abstract: This chapter discusses the United States civilian-military relations as a deep force. It addresses the question of whether this relationship is linked to a process of change that could alter partially American identity. It is assumed that American society and its ruling class chose civilian supremacy as an option that strengthens and supports other deep forces like political liberalism and democratic institutions. However, the civilian supremacy as a constitutive force of the political and institutional identity is being challenged by a process of progressive change. Such a process received influence of international variables as U.S. hegemonic role, variables related to decision-making process and management since Vietnam War. Moreover sociological variables let us perceive a growing dependence of the military respect to civil society following conservative positions distancing themselves from the liberal tradition of American society. This challenge does not mean a threat of a coup d'état, usually taking place in other countries facing similar situations. It could be seen as a process of politicization and political party alignment of the military, challenging 150 years of civilian control and non partisan political activity by U.S. officials.

Key words: United States, civilian-military relations, deep forces, foreign policy, conservatism, armed forces

En el análisis sobre la existencia de fuerzas profundas en Estados Unidos y su impacto en la política exterior que hemos realizado para este proyecto partimos, tal como lo expresamos en el capítulo anterior, de una hipótesis general y un conjunto de conceptos que la enmarcan teóricamente.

En este contexto afirmamos que en Estados Unidos existen fuerzas profundas que conforman su identidad nacional; que algunas de dichas fuerzas están compuestas por elementos primigenios que han perdurado en el tiempo, mientras que otras nacieron ligadas a elementos circunstanciales que a lo largo de los años han tendido a consolidarse generando, en ambos casos, influencias sobre la política exterior.

Si desgranamos conceptualmente nuestra hipótesis corresponde aclarar que para nosotros la construcción de la *identidad*¹ es un proceso dinámico en el que se observan la convergencia de diferentes elementos constitutivos; algunos que denominamos “primigenios” y otros “circunstanciales”. Los primeros son aquellos que nos constituyen, que nos preceden, que están fuera de elección, como por ejemplo la raza, la etnia, el lenguaje, la geografía, los símbolos, la historia, las creencias de la comunidad.

Varias de estas características son consideradas por Renouvin y Duroselle como “*fuerzas profundas* que han formado el marco de las relaciones entre grupos humanos y que, en gran medida han determinado su naturaleza” (Renouvin y Duroselle, 2000: 9-10). Desde nuestra perspectiva el concepto de fuerzas profundas abarca y contiene aquellos elementos que denominamos constituyentes de la identidad o, dicho en términos de Lafer (2002: 25), es la persistencia de estos factores lo que ayuda a explicar rasgos importantes de la identidad de un país.

El segundo grupo de elementos que denominamos *circunstanciales* son aquellos que proponen una pertenencia por elección como la ideología, las tareas determinadas por un objetivo y las actividades en general. A nivel de identidades estatales, los elementos circunstanciales pueden ser entendidos como aquellos que si bien no forman parte de la estructura identitaria de un Estado, en determinados períodos adquieren tal magnitud que se configuran en rasgos de la identidad (tendencias) e incluso pueden, a través del tiempo, adquirir el carácter de permanentes y cambiar elementos identitarios existentes. Estos elementos pueden ser producto –entre otros– de determinados procesos decisivos, del diseño y ejecución de determinada política o consecuencia de un cambio de régimen político (Colacrai y Lorenzini, 2005).

En el caso particular de Estados Unidos incluimos dentro del primer grupo cuestiones como el excepcionalismo americano, el peso del pensamiento liberal, las particularidades del conservadurismo estadounidense, la disputa aislacionismo-internacionalismo y la relación religión y política. En el segundo, encontramos temas como las relaciones cívico-militares y su impacto sobre la conformación de la agenda externa, los procesos de toma de decisión en política exterior y los vínculos opinión pública-política exterior.²

¹ Ver en esta obra el capítulo preparado por Anabella Busso y María Eva Pignatta, “Fuerzas profundas, identidad y política exterior. Reflexiones teóricas y metodológicas”.

² Resulta conveniente aclarar que en Estados Unidos la literatura de relaciones internacionales al referirse a lo que en este trabajo denominamos fuerzas profundas suele utilizar expresiones como: “raíces fundacionales” o “raíces históricas” de la política exterior. Por otra parte, destacamos que la enumeración realizada sobre los componentes

Según Scott y Crothers (1998), el contexto doméstico de la política exterior americana deriva de fuerzas sociales, de arreglos y acuerdos institucionales y de las estructuras establecidas por la constitución. Las fuerzas sociales –de especial interés para nuestro estudio– son definidas como un amplio contexto societal, o político-cultural, que incluye ideas, ideales, conceptos, historias y mitos que orientan a los ciudadanos dentro de su sistema político y, a su vez, afectan la forma en que estos y las elites políticas se ven en el mundo y el tipo de acciones a tomar en el ámbito de la política exterior.

A partir de estos conceptos entendemos a las *relaciones cívico-militares como una fuerza profunda*, cuyo nacimiento está ligado a elementos circunstanciales que se han consolidado a lo largo del tiempo. En este sentido, la sociedad americana y su clase dirigente eligieron en términos ideológicos a *la supremacía civil –esto es el control civil sobre los militares–*³ como una opción que fortalecía y acompañaba otras fuerzas profundas como el liberalismo político y la institucionalidad democrática que el mismo entraña.

Por otra parte, resulta importante destacar que a medida que el poder estadounidense se fue incrementando desde finales del siglo XIX hasta nuestros días, la relación entre política exterior y política de defensa se estrechó al punto tal de convertirse en insumo o parte de una única política pública. Dicho en otras palabras, en Estados Unidos hablar de política exterior incluye tanto los temas político-económicos como los estratégico-militares. Consecuentemente, la supremacía civil no sólo es significativa para la institucionalidad democrática, sino también para el diseño y ejecución de la política externa de ese país.

Sin embargo, la supremacía civil como fuerza profunda constitutiva de la identidad político-institucional comenzó, en opinión de numerosos especialistas, *a ser desafiada por un proceso de cambio progresivo* en el que, a nuestro entender, han influenciado en forma significativa variables internacionales como el rol hegemónico de Estados Unidos a nivel mundial, variables ligadas a los procesos de toma de decisión y gestión desde la guerra de Vietnam y variables sociológicas que marcan una creciente alienación de los militares con respecto a la sociedad civil canalizada por una adopción de posiciones conservadoras que se distancian de la tradición liberal de la sociedad americana. Este desafío no se ha manifestado en la amenaza real de un golpe de Estado, como ha ocurrido por el deterioro de las relaciones cívico-militares en otros países, sino en un proceso de politización y posicionamiento partidario de los militares, que debilita

primigenios y circunstanciales de la identidad estadounidense no es exhaustiva, simplemente pretende iluminar las diferencias entre unos y otros.

³ La supremacía civil puede definirse como “la capacidad de un gobierno civil democráticamente elegido para llevar a cabo una política general sin intromisiones por parte de los militares, definir las metas y organización general de la defensa nacional, formular y llevar a cabo una política de defensa, y supervisar la aplicación de la política militar. Ella se alcanza mediante un proceso que consiste en la eliminación de los militares de los puestos de poder fuera del área de la defensa, en la definición y reconocimiento de superiores políticos civiles en las áreas de defensa y militares. Dado que la definición de qué constituye las fronteras entre áreas estrictamente militares y no militares es polémica, la afirmación de la supremacía civil implica la aceptación de esferas de competencia que son definidas por las autoridades representativas civiles y que, en la práctica, entrañan una reducción, pero en modo alguno una eliminación, de la esfera de acción autónoma de los militares. En los casos más exitosos la ampliación de las prerrogativas civiles se equilibra con la creación de canales adecuados para la expresión de los intereses profesionales militares y se infunde a las fuerzas armadas la confianza de que sus intereses institucionales son razonablemente atendidos.” AGÜERO, Felipe (1999), “Las fuerzas armadas en una época de transición: perspectivas para el afianzamiento de la democracia en América Latina”, en DIAMINT, Rut (editora) (1999), *Control civil y fuerza armadas en las nuevas democracias latinoamericanas*, Nuevo Hacer, GEL, Buenos Aires, 1999, p. 91.

el control civil desafiando 150 años de actividad no partidaria de los oficiales estadounidenses.

Principales etapas del debate sobre las relaciones cívico-militares

A lo largo de la historia de las democracias el papel de los militares se ha visto enmarcado por un significativo control civil. En el caso de los Estados Unidos esta tendencia tuvo un carácter permanente desde la conformación del Estado-Nación hasta principios de la Guerra Fría donde podemos encontrar los primeros antecedentes sobre una alteración en las relaciones cívico-militares. Esta alteración se produjo en forma paralela a la aparición de las armas nucleares y al desarrollo de la más grande de las organizaciones militares en tiempos de paz coincidente con el rol de superpotencia que este país adquirió después de la Segunda Guerra Mundial. En este contexto el presidente Eisenhower, un ex general, advirtió en su discurso de despedida sobre el peligro que significaba el complejo industrial-militar para la democracia americana.

De ahí en adelante varios escenarios conflictivos a lo largo de la Guerra Fría fueron modificando el vínculo entre civiles y militares. El primero de ellos se dió a partir de la decisión, durante la administración Kennedy en los años sesenta, de recuperar el control civil a través de la gestión del secretario de Defensa McNamara. Sin embargo, la reacción contra la mano dura de la administración demócrata y las consecuencias derivadas de la guerra de Vietnam agudizaron la distancia entre los líderes civiles y militares. En este escenario se inició un proceso de politización y de adhesión partidaria: los militares no sólo participan más activamente en política, sino que comienzan a mostrar una clara preferencia por las ideas conservadoras y por el Partido Republicano. Sin embargo, este proceso no había tomado estado público como lo hará en décadas posteriores (Kohn, 1994).

Durante la guerra de Vietnam, y muy especialmente después del retiro norteamericano en 1973, asistimos a una etapa de conflictividad mayor. El fin del servicio militar obligatorio, las diferentes corrientes de opinión sobre la responsabilidad por los resultados de la guerra (excesiva intromisión de los civiles en las decisiones sobre las operaciones en el campo de batalla o, por otra parte, la existencia de una variedad de deficiencias por parte de los militares) concluyeron con demandas sistematizadas de los militares sobre las condiciones exigidas para sacar las tropas norteamericanas fuera de las fronteras.

Estas demandas fueron satisfechas en la era Reagan no sólo aprobando las condiciones exigidas por los militares para movilizar las tropas, sino aportando un presupuesto militar que garantizaba las solicitudes del sector y dejaba de lado los recortes propuestos por los demócratas durante la gestión Carter. Los militares entendieron esta etapa como una reivindicación después de las dificultades enfrentadas a partir de Vietnam. Consecuentemente, las tendencias hacia la politización y la preferencia por las ideas conservadoras se consolidaron en un fuerte, generalizado –y según varios especialistas– cada día más público compromiso con el Partido Republicano.

Las consecuencias derivadas de la finalización del servicio militar y la llegada de la posguerra fría simbolizada en la implosión de la URSS han dado origen, según

Holsti (1998/1999), a una *tercera ola* de preguntas sobre las relaciones cívico-militares. Estados Unidos ha vuelto a una vieja tradición de voluntariado militar, que prevalecerá más que en períodos de paz previos. Al mismo tiempo, temas como los extraordinarios esfuerzos para evitar el servicio militar durante la Guerra de Vietnam por políticos y líderes de opinión en Washington (el presidente Bill Clinton, el presidente de la Cámara de Representantes Newt Gingrich, el líder de la mayoría en el Senado Trent Lott y columnistas como George Hill y Patrick Buchanan), el trato a las mujeres uniformadas, escándalos sexuales entre los militares, incidentes de falta de respeto entre militares y miembros de la administración Clinton, y las políticas hacia gays y lesbianas uniformados enturbiaron más las relaciones cívico-militares.⁴

Por otra parte, los años noventa trajeron consigo un fuerte retorno de las ideas liberales y una redefinición de las amenazas a la seguridad. En este contexto, apareció la controversia respecto al posible uso de las fuerzas armadas para hacer frente a un conjunto de problemas domésticos como los disturbios producidos en Los Ángeles en 1992, el terrorismo interno, el narcotráfico, el control migratorio, entre otros. Además, surgieron planteos en los sectores militares que apuntaban a un marcado deterioro de la sociedad americana como consecuencia de un exceso de liberalismo y el abandono de los valores tradicionales que contribuían a una mayor disciplina social. En este marco podríamos afirmar que el debate supera ampliamente las diferencias entre los líderes civiles y militares en torno a cómo diseñar la política exterior y de defensa o cómo administrar una guerra, y adquiere una dimensión sociológica que los especialistas caracterizan como una brecha entre los militares (como organización) y la sociedad civil americana a la cual deben defender. Dicha brecha ha llevado a plantear a algunos integrantes de la institución militar que, en el escenario de la década de los noventa, Estados Unidos tendría que comenzar a pensar que no sólo tiene enemigos externos, sino también importantes enemigos internos.

Sin embargo, desde nuestra perspectiva, la complejidad de las relaciones cívico-militares es hoy aún mayor que en los años noventa cuando los especialistas llamaron la atención sobre el incremento de las diferencias entre ambos sectores. La llegada a la Casa Blanca de George W. Bush implicó el retorno de las ideas neoconservadoras que, junto al impacto generado por los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, reabrieron el debate sobre las relaciones cívico-militares. Una política exterior basada en el uso de la fuerza y la idea de lograr una condición de primacía traían consigo la revaloración de las fuerza armadas, implicaban una mayor participación de estas en el diseño de la política exterior y de defensa y el incremento del presupuesto militar.

Por otra parte, desde una perspectiva política los representantes del sector castrense adquirieron una importancia central en tanto eran parte, en términos de Wallerstein (2004), de uno de los grandes agrupamientos políticos que acompañaban la gestión de Bush: los militaristas. Este grupo no sólo abarcaba a los militares, sino a civiles identificados con un conservadurismo militante que –según Tokatlián (2006)–, desde el sur del país, englobaba a grupos evangelistas, sectores reaccionarios e intereses petroleros.

⁴ Según Holsti (1998/1999) las tensiones entre la primera administración Clinton y los militares se hicieron visibles muy rápidamente. Diez semanas después de la asunción del nuevo presidente la consultora Gallup, cuyas encuestas raramente incluían preguntas sobre las relaciones cívico – militares, le solicitó al público que evaluara las relaciones entre Clinton y los militares. Casi las dos terceras partes de las respuestas señalaron que “no eran buenas”, y dentro de este grupo, el 65 % subrayó que el Presidente era el culpable del estado de dicha relación. Véase George Gallup, Jr. (1994) citado en Holsti (1998/1999).

Pero esta concentración de poder en los militares no generó un ámbito de consenso total con el gobierno, sino por el contrario habilitó acciones impensadas por parte de la comunidad militar. A pesar de las coincidencias ideológicas neoconservadoras, la administración de la guerra en Irak abrió la lucha por más poder. En este marco los desacuerdos en cuanto al número de tropas necesarias para alcanzar los objetivos y otras cuestiones de la agenda militar llevaron a un grupo de generales retirados, que según los expertos representaban la opinión del 75% de los militares en actividad, a solicitar la renuncia del secretario de Defensa a través de un artículo publicado en la prensa donde el autor afirmaba que sus opiniones estaban basadas en entrevistas con dichos generales (Ignatius, 2006). Lo cierto es que, más allá de lo impactante de esta actitud militar en el marco de la democracia americana, Rumsfeld fue sustituido y se incrementó el número de soldados en Irak. El deterioro del control civil está a la vista.

Perspectivas teóricas tradicionales e hipótesis actuales.

Como surge del apartado anterior las posibles dificultades entre civiles y militares no constituyen un tema nuevo en el ámbito académico y político, aunque en las últimas décadas han adquirido una envergadura mayor.

Entre las visiones tradicionales, Samuel Huntington en su clásico *The Soldier and the State*, sostiene que el control civil es alcanzado gracias al profesionalismo militar. Él argumenta que los militares exhiben tres características que definen su profesión: pericia (en el manejo de la violencia), responsabilidad (por la defensa del Estado) y corporativismo (conciencia institucional y organización). Estas propiedades distinguen a los militares de otros profesionales y su énfasis sirve como la mejor base para el control civil. Las normas de autorregulación derivadas del profesionalismo de los militares aseguran que estos permanecerán obedientes a las autoridades civiles (Sarkesian, Williams y Cimbala, 2002: 146).

En la visión de Huntington la naturaleza de los militares se articula pobremente con la sociedad civil liberal. Efectivamente, el autor sugiere que “la tensión entre las demandas de la seguridad militar y los valores del liberalismo americano puede, a largo plazo, ser aliviada por el debilitamiento de la amenaza a la seguridad o por el debilitamiento del liberalismo” (Huntington, 1957, citado en Sarkesian, Williams y Cimbala, 2002).

Desde otro punto de vista Morris Janowitz, el fundador del campo de la sociología militar, sostiene que el control civil es alcanzado a través de procesos de socialización. Dicho de otra manera, los militares vienen de una sociedad y reflejan los valores de la misma de una manera importante. La simpatía militar hacia los valores de la sociedad hace que ellos estén voluntariamente dispuestos a servir. A pesar de que los militares no pueden disfrutar de todos los privilegios de la sociedad, su apoyo al sistema democrático hace que estos privilegios estén disponibles para la población civil. Aún así, una cultura militar diferente es importante: “en una empresa social privada la institución militar no podría sostener a sus más creativos talentos sin la fuerza de las tradiciones de servicio, la identificación profesional, y el honor” (Janowitz, 1971: 422, citado en Sarkesian, Williams y Cimbala, 2002: 147).

De este modo el grado en el cual la sociedad debería imponer sus valores (y cultura) a los militares es una pregunta sin respuesta. Por ejemplo, el grado en el cual los militares deberían enfocarse en la efectividad militar en vez de los asuntos de libertades civiles es altamente controversial. Los militares continúan discriminado –esto es realizar distinciones concernientes a sus propios miembros basados en el género, orientación sexual y habilidades físicas y mentales– todo en nombre de la efectividad militar. Muchas de estas distinciones serían ilegales en un contexto civil pero son permitidas por el Congreso o las Cortes para el ámbito castrense. Sin embargo, muchas opiniones razonables continúan discrepando sobre el grado en el cual estas distinciones realmente aumentan la efectividad militar (Janowitz, 1971: 422, citado en Sarkesian, Williams y Cimbala, 2002: 147).

Las normas de autorregulación provenientes del profesionalismo militar de las que nos habla Huntington y la simpatía de los militares hacia los valores de la sociedad a la que ellos sirven producto de un proceso de socialización a la que refiere Janowitz están, en las últimas décadas, considerablemente debilitadas. Consecuentemente, su capacidad como sustento del control civil se ha limitado considerablemente.

En este marco las hipótesis más actuales apuntan a describir el estado actual de los vínculos cívico-militares y explicar cuáles son las causas que condujeron a esa situación. Todo ello en un marco general caracterizado por el reconocimiento de un cambio significativo en esta fuerza profunda y por la preocupación sobre los riesgos que esto significa para la calidad de la democracia americana y su impacto sobre la política exterior.

En su trabajo Thomas Ricks (1997) presenta una serie de evidencias que permiten distinguir un alarmante y creciente abismo cultural entre los militares profesionales y la sociedad civil e identifica tres fuentes que explican la ampliación de esta brecha: una creciente ignorancia de los civiles sobre cuestiones militares derivada de la declinación del número de individuos con experiencia militar en la era de la pos-conscripción; la politización de los militares, acompañada por una creciente separación de los valores de la sociedad civil y el ambiente de seguridad de la Posguerra Fría.

Por su parte, Ole Holsti (1998/1999), sustenta –a través de un extenso trabajo empírico basado en encuestas desde 1976 hasta 1996– la segunda fuente señalada por Ricks, analizando la identificación ideológica así como las preferencias políticas de los líderes civiles y militares.

En este marco ambos autores, el primero con un énfasis más sociológico y el segundo desde la Ciencia Política, coinciden en que los militares estadounidenses han devenido cada vez más partidarios y que son también significativamente más conservadores y cercanos al Partido Republicano que los líderes civiles.

El trabajo de Richard Kohn (1994), desde una perspectiva histórica, también coincide con la conclusión de Ricks y Holsti sobre la politización e identificación partidaria de los militares con los republicanos y subraya, al igual que el primero, que el personal militar estadounidense de todos los niveles se siente crecientemente alienado de la sociedad civil.

Un repaso de los datos y análisis de estos y otros autores sobre las causas de la presente crisis cívico-militar en Estados Unidos nos permitirá contextualizar y entender el proceso de cambio de esta fuerza profunda.

Aspectos históricos, internacionales y sociológicos que influenciaron sobre las relaciones cívico-militares

Como señalamos arriba Kohn afirma que, a partir de los años noventa, es evidente que los militares americanos están más enajenados del liderazgo civil que en cualquier otro período de la historia americana y que devinieron altamente politizados en una forma más partidaria. Sin embargo, sostiene que las raíces del problema pueden buscarse en los orígenes de la Guerra Fría (Kohn, 1994).

De acuerdo a Rosati las fuerzas armadas americanas son una institución que ha experimentado un enorme crecimiento en el siglo XX. A lo largo de gran parte de su historia Estados Unidos tuvo una milicia de tamaño modesto. Sin embargo, con la Segunda Guerra Mundial y la llegada de la Guerra Fría, los militares han crecido hasta convertirse en la mayor institución burocrática en Estados Unidos y la mayor fuerza en la política exterior americana. En este marco distingue dos tendencias históricas en la conformación de la institución militar (Rosati, 1993: 134).

Una de ellas, tipificada como la de los viejos militares, permaneció a lo largo de la historia de los Estados Unidos desde la conformación del Estado nacional hasta la Segunda Guerra Mundial y tiene tres características principales. Primero, este país generalmente mantuvo una carrera militar pequeña. Durante tiempos de guerra –como la guerra de 1812, la guerra con México, la guerra civil y la Primera Guerra Mundial– el gobierno reclutaba soldados del conjunto de la ciudadanía para formar una gran fuerza que llevara adelante la contienda. Esta milicia civil temporaria era rápidamente desmovilizada cuando las hostilidades cesaban. La ubicación geográfica privilegiada que alejaba a Estados Unidos de las grandes amenazas de la época, la debilidad en términos de fuerzas de los dos principales vecinos y el sentimiento de disgusto de la mayoría de la población en referencia a los grandes ejércitos existentes en Europa, favorecieron la permanencia de esta tendencia que la mayoría de los autores menciona como la antigua tradición de voluntariado.

La segunda característica de los viejos militares es que estaban extremadamente fragmentados y descentralizados. El gobierno no mantenía estructuras militares unificadas con diferentes funciones, sino dos departamentos militares separados: *Department of Navy* (este incluía a los marines) y el *War Department* (que abarcaba al ejército y al cuerpo de aire del ejército, embrión de la actual Fuerza Aérea). Estos son dos de los cuatro departamentos originalmente incluidos en la rama ejecutiva que funcionaban en forma separada y autónoma. La dirección general y la coordinación no era responsabilidad de los militares, sino de un comandante en jefe civil: el presidente de los Estados Unidos.

La tercera característica de los viejos militares es que fueron una importante fuente de reclutamiento político a través de la historia estadounidense. En ese marco varios presidentes (George Washington, Andrew Jackson, Ulises Grant y Dwight Eisenhower, entre otros) fueron prominentes generales. Pero la experiencia militar y los

record y reconocimientos de guerra no sólo fueron un antecedente importante para la presidencia sino también para el reclutamiento de funcionarios que se desempeñarían en el sistema político americano en su conjunto (Rosati, 1993:134-135).

Rosati concluye que estas tres características no deben hacernos pensar que los viejos militares no tenían influencia sobre la política exterior. Datos provenientes de estudios realizados por el Congreso demuestran que entre 1798 y el principio de la Segunda Guerra Mundial existieron 162 ocasiones donde se recurrió al uso de las Fuerzas Armadas en el extranjero sin contar los casos de intervención de dichas fuerzas para la conquista del oeste.⁵ En este marco podemos afirmar que los militares fueron actores centrales en el proceso geopolítico de conformación de un país continental y su posterior conversión en potencia regional / hemisférica. Sin embargo, el salto cualitativo y cuantitativo producido después de la Segunda Guerra Mundial y el paso de Estados Unidos a la condición de superpotencia de orden global permitió el surgimiento de una nueva tendencia en la institución militar, con mayor influencia aún en los asuntos internacionales.

Esta segunda tendencia, identificada como el *establishment* militar moderno, surge durante la Segunda Guerra Mundial y se consolida en la Guerra Fría ante la necesidad de garantizar la seguridad frente a la amenaza soviética. Los cambios que tipifican esta etapa se vinculan a la mayor centralización de la estructura y gestión militar; el crecimiento de tamaño de las fuerzas militares permanentes y la tremenda expansión burocrática de los militares tanto en su dimensión como en sus competencias. Estas transformaciones generaron un mayor impacto de los militares sobre la sociedad americana y la política exterior (Rosati, 1993: 135).

Los esfuerzos de centralización apuntaban a superar las dificultades que habían existido durante la guerra tanto en el proceso de toma de decisiones que involucraba el nivel presidencial como, también, en la coordinación entre los militares en el desempeño de sus tareas. La nueva propuesta desató un debate al interior de los militares y con la comunidad política. El Ejército estaba a favor de una alta centralización mientras que la Marina se oponía fervientemente. La nueva ley de seguridad nacional de 1947 (*Nacional Security Act*) reflejó un compromiso. Los antiguos Departamentos de Marina y Guerra se unían en un nuevo y único Departamento de Defensa compuesto por cuatro servicios: el Ejército, la Marina, la Fuerza Aérea y los Marines, mientras que la coordinación quedaba a cargo del *Joint Chiefs of Staff* (JCS, el equivalente a nuestro Estado Mayor Conjunto). Por otra parte, la presencia de un nuevo secretario de Defensa civil pretendía lograr que los militares fuesen más sensibles, en el sentido de reaccionar rápidamente y en forma positiva, frente al presidente en su condición de comandante en jefe (Rosati, 1993:136).

Sin embargo, algunos autores consideran que esta reestructuración no tuvo efectos positivos para lograr una mejor coordinación y una menor autonomía de los militares. Las razones que presentan destacan la debilidad del JCS, en tanto cada uno de los servicios siguió reclamando por sus intereses y, además, el Congreso nunca apoyó propuestas basadas en el modelo prusiano que propone ejercer un control estricto sobre los militares en parte por el miedo a que una unión militar fuese más difícil de controlar por los civiles. Los Jefes de las distintas Fuerzas Armadas fueron dejados en libertad

⁵ U.S. Congress, House of Representative, Committee on International Relations (1975), Background Information on the Use of US Armd Forces in Foreign Countries, Committee Print (94 th Cong., 1st. sess.), pp. 58-66.

para promover los intereses de sus respectivos servicios; el *Chairman of the JCS* (equivalente a nuestro Jefe del Estado Mayor Conjunto) podía sólo intentar no hacer caso a las opiniones de sus colegas apelando al secretario de Defensa; más aún para inicios de la década de los sesenta los jefes de la Fuerzas se habían asentado en un patrón de connivencia para ayudar a preservar la autonomía de los servicios frente a la autoridad civil (Stockton, 1997: 110).

El segundo gran cambio vinculado a la creación de fuerzas armadas grandes y permanentes está en estrecha conexión con el escenario de guerra fría el cual generó que se restableciera el servicio militar obligatorio para mantener un nivel significativo de entrenamiento militar en tiempos de paz. Si bien este fue un tema que despertó un gran debate en el Congreso en la segunda mitad de los años cuarenta, la amenaza comunista junto con la debilidad de los aliados de Europa Occidental y el posterior estallido de la Guerra de Corea generaron mayor consenso en torno a la decisión que se había tomado.

Finalmente, el tercer cambio ligado a la expansión burocrática de los militares en su dimensión y competencias abarca diversos incrementos que se dan dentro del Departamento de Defensa en aquellos años: el notorio aumento de personal civil y militar; la mayor cantidad de empleados de dedicación exclusiva en la estructura federal; la administración de 900 bases militares en el exterior; la más importante asignación presupuestaria en comparación con otras dependencias; el establecimiento de una estructura educativa que incluye niveles universitarios dedicada exclusivamente a la formación militar y la creación de lo que Rosati (1993) llama “una sociedad dentro de la sociedad americana” refiriéndose a que los militares poseen sus propias leyes, sus propias cortes y su propia policía militar. Por otra parte, cada base militar es autosuficiente en cuanto a alojamiento, salud, educación, entretenimientos, etc.

Este nuevo *establishment* militar moderno fue central a lo largo de la Guerra Fría y, especialmente, en algunas etapas de la política de contención incrementando permanentemente su influencia en la burocracia americana en general y en la política exterior en particular.

Desde la perspectiva de Kohn (1994), en la década de los cuarenta se produjo un crecimiento significativo de la organización militar en forma paralela a la complejización de la amenaza y de la guerra. En este marco la estructura institucional que abordaba cuestiones ligadas a la seguridad, el Congreso y las Secretarías del Ejecutivo, no contaban ni con el presupuesto ni con los recursos humanos para decidir sobre el conjunto de los temas militares.

Con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, especialmente a partir de los años cincuenta, los militares comenzaron a penetrar diversos aspectos de la vida americana en función de múltiples factores, a saber: la continuidad del servicio militar obligatorio habilitó el llamado para que todo hombre sano fuese elegible para su formación militar en tiempos de paz; además las fuerzas armadas americanas fueron distribuidas a lo largo del planeta y tomaron contactos con sus colegas de los países aliados generando sus propias redes de vínculos; el incremento del número de integrantes produjo altos niveles de consumos tanto de armas, como de comidas, ropa, medicinas etc., favoreciendo la creación de redes de oferentes comerciales para cubrir las necesidades castrenses lo que fue forjando una creciente influencia en los asuntos internos; la consolidación de la Guerra Fría hizo que los asuntos militares fuesen cada

día más pertinentes en el diseño de la política exterior y del presupuesto nacional. Este último punto está en estrecha relación con el debate de posguerra sobre los roles y las misiones que deberían atender la fuerzas armadas en una etapa de paz, lo cual generó las primeras reacciones de los militares quienes, a través de sus líderes, se enfrentaron a sucesivas administraciones para evitar que el impacto de la reducción presupuestaria no fuese muy marcado. Finalmente, otro dato nuevo de la época como fue la presencia de las armas nucleares originó rispidez en torno a su administración. Un tema tan sensible exigía un efectivo control civil lo cual causó que los civiles invadan la autoridad operativa militar. En este marco los militares aprendieron sobre negocios y gerenciamiento y los civiles sobre estrategias militares. Esta tensión se incrementó con la llegada de la Guerra de Corea, donde los políticos decidían que se hacía en el campo de batalla en tanto querían mantener la tipificación del conflicto como localizado y limitado, evitando su expansión y el posible uso de armas atómicas (Kohn, 1994: 86-87). En ese marco, la historia recuerda como uno de los mayores desacuerdos cívico-militares el producido entre el general Douglas MacArthur y el presidente Truman durante la Guerra de Corea.

En la década de los sesenta la administración Kennedy - Johnson realizó uno de los mayores esfuerzos para restablecer la supremacía civil a través de la figura del secretario de Defensa Robert McNamara. Este funcionario estaba convencido de la necesidad de recuperar el control sobre la corporación militar, no sólo en las cuestiones ligadas a los conflictos y el campo de batalla, sino también en referencia al conjunto de los asuntos y políticas militares. Su gestión marcó, en opinión de Kohn, un punto de inflexión.

Los instrumentos utilizados para el restablecimiento del control civil fueron de orden burocrático y político. Entre los primeros se destaca el *McNamara's Programming-Planning-Budgeting System*. A través de este mecanismo de control todos los temas centrales como: qué áreas privilegiar en el ámbito de la investigación y el desarrollo, la determinación de qué armas debía comprar Estados Unidos, la política y procedimiento para su uso –especialmente las armas nucleares–⁶, el presupuesto, etc. pasaban por la oficina del secretario de Defensa. Desde una perspectiva política McNamara desoyó y/o menospreció los consejos de los militares y, además, limitó el espacio de decisión de generales y almirantes y, en el ámbito de una intensa disputa interna en el Pentágono, despidió a los militares que se oponían a su gestión.

Esta situación empeoró durante la Guerra de Vietnam. Si bien el abordaje de las consecuencias de este conflicto supera las posibilidades de este artículo, una de las cuestiones que más afectó las relaciones cívico-militares fue la decisión del presidente Johnson de elegir qué blancos bombardear en Vietnam del Norte y las reglas restrictivas impuestas por McNamara sobre el combate a todo nivel. La brecha entre civiles y militares se amplió considerablemente y las percepciones mutuas fueron sumamente negativas. La conducción política quería limitar los objetivos de la guerra para derrotar a la insurgencia y garantizar un Vietnam del Sur no comunista tratando de evitar una intervención china y soviética. “Los militares creían que políticos arrogantes, desinformados e irresponsables estaban no sólo impidiendo ganar la guerra, sino también derrochando recursos americanos y, peor aún, vidas” (Kohn, 1994: 88).

⁶ Una muestra sobre la resolución de mantener bajo control político la decisión de cuándo y cómo utilizar las armas nucleares es la llamada Doctrina McNamara.

En opinión de la mayoría de los expertos las heridas abiertas por esta guerra enmarcaron el nacimiento de una etapa de profundización de la brecha entre civiles y militares, generando consecuencias que continúan hasta nuestros días como las exigencias de los militares americanos para sacar las tropas fuera de su territorio y los cambios en los criterios de reclutamiento derivados del fin del servicio militar en 1973.

Por otra parte, también existe un consenso bastante generalizado entre los especialistas sobre el efectivo control civil ejercido durante la era McNamara, aunque también señalan que el mismo generó una contra-reacción militar destinada a limitar dicho control. En ese marco los militares buscaron en los gobiernos republicanos de las siguientes décadas el apoyo necesario para lograr sus objetivos. Estos no sólo lo consiguieron, sino que devinieron, como lo afirmamos más arriba, más conservadores, más politizados y mayoritariamente identificados con el Partido Republicano.

Además, los temas de seguridad nacional fueron creciendo constantemente en importancia y se convirtieron en un tema permanente de debate entre demócratas y republicanos quienes tenían posturas diferentes.

Los demócratas eran partidarios de disminuir los gastos militares pos-Vietnam y aumentar las partidas destinadas a políticas sociales, postura claramente rechazada por los militares. A esto se sumaba que ese partido tuvo que enfrentar una división que afectaba su tradicional postura internacionalista, en tanto quienes se sintieron muy defraudados, no sólo por los resultados de la guerra sino por la decisión del gobierno demócrata de involucrase masivamente en esa contienda, optaron por una postura aislacionista –conocida como aislacionismo de izquierda– que proponía la no intervención en otros países, rechazaba las posturas nacionalistas extremas y manifestaba un claro sentimiento anti-militarista.⁷ Los republicanos, con una predilección clara por los principios de la escuela Realista, valoraban la fuerza militar y planteaban la necesidad de mantener los gastos militares para enfrentar a los soviéticos o efectivizar intervenciones en el extranjero en función de la defensa de los intereses nacionales.

Uno de los espacios donde más claramente se pudo observar la disputa entre civiles y militares –que durante los años sesenta y los setenta fue más precisamente una disputa entre militares y políticos demócratas– fue en referencia a las cuestiones presupuestarias. Aquí los militares construyeron una red de alianzas con sectores del complejo industrial militar y con representantes republicanos en el Congreso para lograr mantener altas partidas presupuestarias desencadenando no sólo diferencias al interior de la rama ejecutiva, sino también entre el Ejecutivo y el Congreso.

A partir de la llegada de la administración Reagan el *establishment militar* encontró su mejor momento después de los años de desencanto con el poder civil que habían significado McNamara y la Guerra de Vietnam. Esta situación se mantuvo a lo largo de ambos gobiernos de Reagan e incluyó también a la administración republicana de George Bush en los inicios de la Posguerra Fría.

⁷ Para una descripción del aislacionismo de izquierda y derecha ver el trabajo de Irving Kristol, “La definición de nuestro interés nacional”, en HARRIES Owen (Comp.) (1993), *El propósito de los EE.UU. de América. Nuevos enfoques de la política exterior de EE.UU.*, Editorial Pleamar, Buenos Aires. Esta compilación fue publicada anteriormente por la revista *The National Interest* en 1991.

La explicación de esta cercanía entre el poder político y los militares no generó un nuevo espacio de consolidación de la supremacía civil, por el contrario consolidó la base para que en los años noventa los especialistas señalaran que la corporación militar estaba alienada de la sociedad civil y fuertemente enfrentada a la administración Clinton.

Las razones de este fenómeno son variadas. En primer lugar, Reagan restableció un escenario internacional conocido como Nueva Guerra Fría que no sólo reinstalaba la centralidad del conflicto Este-Oeste, sino que planteaba como ejes principales del rol de Estados Unidos en el mundo la necesidad de confrontar con el *evil empire*, la urgencia de un proceso de rearme para desarrollar esa tarea y la exigencia de recuperar el liderazgo político en occidente, todos aspectos de la política exterior que, a su entender, se habían debilitado durante la era Carter. En el marco conformado por la confrontación, el rearme y el liderazgo, las fuerzas armadas aparecían como un actor protagónico.

La decisión del rearme implicó un fuerte incremento del presupuesto militar tanto en armamento convencional como en el área nuclear a lo que se sumó la propuesta de nuevos desarrollos como la Iniciativa de Defensa Estratégica popularmente conocida como Guerra de las Galaxias. El presupuesto militar prácticamente se duplicó durante la primera gestión de Reagan⁸ y la administración prefirió generar un problema estructural para la economía americana (cuando Reagan salió del poder el déficit fiscal convirtió a Estados Unidos en el mayor deudor internacional) antes que debilitar la defensa. Además, como afirma Kohn, Gaspar Weinberger no fue un secretario Defensa débil, pero “concibió su rol como el del líder para la construcción del proyecto militar de Reagan y como el encargado de procurar los fondos desde un Congreso demócrata renuente. Él colmó de dinero a las fuerzas armadas y, en un esfuerzo para conseguir que lo gasten, les otorgó una considerable autoridad sobre su uso, ignorando frecuentemente –o burlando– su propia oficina de Análisis y Evaluación de Programas, una de las principales herramientas que McNamara había usado para vetar las recomendaciones de la Fuerzas Armadas” (Kohn, 1994: 89-90).⁹

Por otra parte, después de dos años de discusiones sobre el uso de las fuerzas armadas y las armas nucleares, Weinberger, que había contado con un incremento del personal militar en actividad y un considerable aumento del presupuesto de defensa con

⁸ La modernización y la percibida necesidad de corregir las deficiencias de presupuestos anteriores, requirió significativos aumentos en el mismo, por los cuales Weinberger luchó con éxito en la primera mitad de su mandato. Inicialmente propuso un aumento suplementario en Defensa de 7 billones para el año fiscal (FY) 1982 y un aumento de casi 26 billones sobre el propuesto por el presidente Carter para el presupuesto del FY 1982. El Congreso aprobó la propuesta otorgando 175.5 billones (TOA) para el FY 1982 y 210.6 billones para el FY 1982, representando esta última suma un 11.4% de crecimiento real. Para los siguientes tres FY continuó el crecimiento real, con incrementos de hasta 20 billones o más en cada año sucesivo. En los últimos tres FY del mandato de Weinberger, 1986 a 1988, los incrementos fueron bastante modestos y mostraron un crecimiento real negativo (- 1.8% para el año fiscal 1986 y 1988, - 1.5% para 1987). En moneda actual el presupuesto del Departamento de Defensa aumentó de \$175.5 billones para el FY 1982 a \$287.8 billones para 1988. US Department of Defense, disponible en http://www.defenselink.mil/specials/secdef_histories/bios/weinberger.htm, consultado el 10/08/2008.

⁹ Por otra parte datos provenientes de su propia biografía como funcionario del Pentágono demuestran esta tendencia. En la misma se afirma: “El nuevo Secretario rápidamente estableció una buena relación laboral con los jefes militares, haciendo manifiesto tanto en palabras como en acciones su respeto por ellos y su firme intención de conseguir los fondos para construir lo que la administración considerara necesario. Los militares respondieron recíprocamente a esta actitud, que fue sin duda promovida por el éxito de Weinberger en asegurar una gran suma de dinero para el Departamento de Defensa. Efectivamente, Weinberger brindó a los militares el sustento para una gran extensión, que estos disfrutaron por un largo período de tiempo.” US Department of Defense, disponible en http://www.defenselink.mil/specials/secdef_histories/bios/weinberger.htm, consultado el 10/09/2007.

la consiguiente compra de armas e inversión en investigación y desarrollo, adoptó la posición de los militares sobre la intervención y el uso de las tropas en el extranjero argumentando la necesidad de ser precavidos al momento de comprometer la participación de las tropas estadounidenses en el extranjero. Estas condiciones venían siendo propuestas –y hasta exigidas– por las fuerzas armadas desde el fin de la Guerra de Vietnam y su contenido fue pensado en contraposición a las prácticas que, de acuerdo a los militares, se habían utilizado en el conflicto del sudeste asiático.

En un discurso de noviembre de 1984 titulado “*The Uses of Military Power*”, el secretario de Defensa listó las seis condiciones que debían ser cumplidas cuando los Estados Unidos considerasen el uso de la fuerza para el combate en el extranjero:

“1- The United States should not commit forces to combat overseas unless the particular engagement or occasion is deemed vital to our national interest or that of our allies.

2- If we decide it is necessary to put combat troops into a given situation, we should do so wholeheartedly, and with the clear intention of winning. If we are unwilling to commit the forces or resources necessary to achieve our objectives, we should not commit them at all. . . .

3- If we do decide to commit forces to combat overseas, we should have clearly defined political and military objectives. . . .

4- The relationship between our objectives and the forces we have committed- their size, composition and disposition- must be continually reassessed and adjusted if necessary. . . .

5- Before the U.S. commits forces abroad, there must be some reasonable assurance we will have the support of the American people and their elected representatives in Congress .

6- The commitment of U.S. forces to combat should be a last resort.”¹⁰

Con todas sus decisiones, como afirma Kohn (1994: 90), “Weinberger reconstruyó a los militares: la fuerzas, la institución y –con la ayuda del presidente Reagan– el orgullo y la imagen en la sociedad americana.” Por otra parte, la mayoría de los autores reconocen el creciente peso del general Powell en estos años quien fue el encargado de supervisar este discurso que, posteriormente, sería recordado como Doctrina Weinberger.

Todo este proceso se da en un marco ideológico favorable a los intereses tanto de los civiles pro-militares como de los mismos militares: la revolución neoconservadora de los años ochenta. De acuerdo a Francis Fukuyama cuatro principios vertebran gran parte de este pensamiento entre 1940 y el final de la Guerra Fría: “la preocupación por la democracia, los derechos humanos y, en un plano más general, la política interna de los estados, la fe en que el poder de Estados Unidos podía usarse con fines morales, el escepticismo acerca de la capacidad del derecho y las instituciones internacionales para resolver los problemas de seguridad graves y, por último, la opinión de que la ingeniería social ambiciosa a menudo conduce a consecuencias inesperadas y con frecuencia resulta contraproducente” (Fukuyama, 2007: 18). En este marco resulta importante destacar que si bien la administración Reagan tuvo una fuerte presencia militar a nivel global, las intervenciones directas, esto es con la participación de las

¹⁰ US Department of Defense, disponible en http://www.defenselink.mil/specials/secdef_histories/bios/weinberger.htm, consultado el 23/08/2007.

fuerzas armadas estadounidenses, fueron menores en número y/o más acotadas en sus objetivos, respetando las exigencias militares acogidas en la Doctrina Weinberger. Esta situación permitió que la alianza entre los civiles que participaban del proceso de toma de decisiones en cuestiones de defensa y los militares se consolidara más sobre los valores conservadores tradicionales que sobre la creciente impronta que, años más tarde durante la etapa del presidente Bush hijo, el neoconservadurismo le otorgaría a las acciones militares como instrumento central de las intervenciones para el establecimiento de democracias en otros países que exigieron grandes operaciones de ingeniería civil habilitando nuevos desacuerdos entre civiles y militares.

Por otra parte, cambios en la legislación vigente tendientes a incrementar la coordinación entre las fuerzas armadas terminaron redefiniendo los mecanismos de toma de decisión en el área militar y le otorgaron al *Chairman* un poder que nunca había tenido. En 1986 se aprobó la ley de reorganización de la defensa, conocida como *Goldwater - Nichols Defense Reorganization Act*, la cual redistribuye el poder al interior del Pentágono, otorgándole al jefe de estado mayor conjunto (*the Chairman of the Joint Chiefs of Staff*) una autoridad sin precedentes para proponer cambios en la política de defensa (Stockton, 1997: 106). “Esta ley hace del *Chairman* el principal asesor militar del secretario de Defensa y el presidente, le da a él todo el poder sobre la planificación estratégica y el comando unificado que los Jefes de las Fuerzas ejercían anteriormente como grupo, le otorga la autoridad para revisar los propósitos y prioridades de gastos presentadas por el servicio de presupuesto. Junto con los otros cambios establecidos por la ley, esta legislación le permite al *Chairman* ejercer una influencia sin precedente sobre la política de defensa” (Stockton, 1997: 102).

En referencia a este punto corresponde aclarar que Weinberger subrayó la responsabilidad del *Joint Chiefs of Staff* para hacer una planificación estratégica militar comprensiva y establecer objetivos y políticas y animó a sus integrantes a asumir un rol más integral en la planificación del presupuesto, pero no apoyó la Ley *Goldwater - Nichols*, que fortalecía mucho más la figura del *Chairman* como medio para incrementar la organización y las operaciones del JCS que la coordinación entre sus integrantes. Lo cierto es que a pesar de las diferencias, los mecanismos cambiaron de manera tal que favorecieron la influencia de los militares sobre el proceso de toma de decisiones en política de defensa y política exterior.

Estas modificaciones en la capacidad del *Chairman* coincidieron con cambios en la formación de los militares y, especialmente, en aquellos que ocupaban los cargos más importantes. Como afirma el ex Almirante Crowe, *Chairman* entre 1985 y 1989, “Pocos oficiales en esos días ascendían hacia cargos más importantes sin un firme conocimiento en relaciones internacionales, políticas del Congreso y asuntos públicos” (Crowe, 1993, citado en Kohn, 1994: 90). En opinión de Rosati “comúnmente se argumenta que la institución militar ya no produce guerreros, sino *managers*. El principal propósito de los militares es prepararse y comprometerse para la guerra e, históricamente, llevar a cabo esta función requería del desarrollo de una camada de guerreros dentro de la sociedad. En los Estados Unidos, los militares han sido la institución donde esta camada de guerreros era formada. Sin embargo el *manager* ha superado al guerrero desde que la burocracia para llevar a cabo una guerra demanda la habilidad de los oficiales de transformarse en *managers* de la violencia” (Rosati, 1993: 147).

El almirante Crowe eligió hacer uso de las atribuciones otorgadas al *Chairman* por la legislación de 1986, situación que se vio favorecida por el contexto positivo para los militares dentro de este período, pero lo hizo de manera más reservada. Dicho en otras palabras, prefirió no estar en el debate público y actuar detrás de la escena. En sus memorias Crowe reconoce su esfuerzo por cultivar una relación con los medios y las manipulaciones de los militares con el Congreso (Kohn, 1994: 90-91). Por otra parte, en estos años se agudizaron las interferencias de los militares al interior de la rama ejecutiva y entre esta y el Congreso para lograr objetivos presupuestarios. Los privilegios obtenidos durante este período hacen pensar que los militares no operarían en contra de los intereses del secretario de Defensa Weinberger, sin embargo existieron casos que ponen de manifiesto que los intereses corporativos o, aquellos que el *Chairman* consideraba como tales, eran superiores a cualquier vínculo con el poder civil por más pro-militar que este fuese.¹¹

Sin embargo, como afirma Stockton, la ley *Goldwater - Nichols* no garantiza que todo lo que el *Chairman* quiera incluir en cualquier planificación o proceso de reforma sea aprobado, en tanto el secretario de Defensa y el presidente, en caso que lo deseen, pueden solicitarle conocer la opinión de los otros miembros del *Joint Chiefs of Staff* para analizar las necesidades de las distintas fuerzas armadas y, además, el Congreso puede modificar los diversos proyectos de ley sobre defensa y el de presupuesto anual. Pero las destrezas personales y las preferencias políticas del *Chairman* juegan un rol decisivo en la determinación sobre si él solicitará la reforma de las fuerzas armadas estadounidenses y cómo efectivamente lo hará (Stockton, 1997: 118).

En este marco el General Colin Powell sucedió a Crowe en 1989 y realizó un uso exhaustivo de sus poderes como *Chairman*. Gran parte de la literatura lo señala como el militar que más afectó la supremacía civil (Bacevich, 1993; Holzer y Lasueur, 1994; Lehman, 1994; Kohn, 1994). En términos de Kohn (1994: 91), Colin Powell “ha sido el más poderoso líder militar desde George C. Marshall, el más popular desde Dwight D. Eisenhower y el más político desde Douglas MacArthur”. Excepto por cuatro cortas tareas, sirvió en Washington desde 1969 hasta su retiro en 1993. Tuvo una sucesión de trabajos poderosos y políticos incluyendo el de asistente Militar Principal (*Senior Military Assistant*) del secretario de Defensa y asesor de Seguridad Nacional del presidente Reagan. Su poder tiene varias fuentes: su experiencia; su inteligencia y suspicacia, su encanto y carisma, la telaraña de contactos con personas que lo conocen y tratan con él, su historia personal que transita desde el anonimato a la fama, su raza (Kohn, 1994: 91).

Por otra parte, Powell contó con una carrera militar muy exitosa llena de triunfos y pocas pérdidas de vidas humanas que avalaban sus conocimientos sobre cuestiones militares. Esto fue acompañado por sus grandes condiciones para el gerenciamiento y su voluntad política de alcanzar los objetivos planteados. En el marco de la administración republicana de George Bush iniciada en 1989 el General Powell se encargó de analizar tempranamente los cambios internacionales que se avecinaban con el fin de la Guerra

¹¹ Entre los ejemplos que mencionan los autores puede señalarse que el Almirante Crowe fomentó el enfrentamiento entre el Secretario de Estado Schultz y el Secretario de Defensa Weinberger con el objetivo de desarrollar una relación con su contraparte soviética, Marshal Sergei Akhromeyev, pensando que el titular de Defensa se opondría. En su estrategia fue tan lejos que estableció una línea de comunicación privada y secreta como instrumento para evitar la guerra.

Fría y su impacto sobre las fuerzas armadas estadounidenses.¹² En ese contexto planteó una serie de cuestiones destinadas a dar forma a la nueva estrategia de seguridad de los Estados Unidos; esta reformulación de la estrategia de seguridad se potenció por las acusaciones provenientes del Congreso y otros actores políticos hacia la administración Bush sobre su falta de respuesta a la necesaria adecuación que tenían que enfrentar la política exterior y de defensa frente a los cambios internacionales.

Entre las propuestas de Powell se destaca la idea de conformar una “fuerza básica” para hacer frente a los desafíos venideros. Esta propuesta implicaba una reducción del 25% de las fuerzas y una reestructuración para el escenario de Posguerra Fría. El proyecto contaba con la oposición tanto de los otros integrantes del *Joint Chiefs of Staff* como también del entonces secretario de Defensa Dick Cheney, quien no estaba convencido de la debilidad de la amenaza soviética. Aquí existen varios puntos a destacar: en primer lugar Powell se dedicó a convencer a los civiles con responsabilidad de decisión en la rama ejecutiva; simultáneamente trabajó sobre el Congreso para evitar que el proceso de reformas quedara en manos del legislativo que pretendía un recorte aún mayor¹³ y, a su vez, redujo las posibilidades de las “*end runs*” de los servicios en *Capitol Hill* aprovechando que el espíritu de la época no era favorable a los incrementos de presupuesto militar. En opinión de Kohn, Powell consiguió imponer sus ideas sobre una fuerza básica y, más allá de la propuesta de reducción, evitó recortes mayores y logró limitar las tendencias aislacionistas¹⁴ que podrían surgir en el período posguerra fría frente al deterioro de la amenaza soviética. En este marco Estados Unidos podría mantener una fuerte defensa y su estatus de súper poder.

Otra de las grandes intervenciones de Powell a través de su condición de *Chairman* fue su activa participación en la decisión sobre cuándo y cómo debía involucrarse Estados Unidos en la primera Guerra del Golfo. Él fue, conjuntamente con el general Schwarzkopf, quien defendió la idea de demorar la guerra; organizar una fuerza aplastante; exigir que se cumplieran las reglas que habían sido aprobadas por Weinberger especialmente en lo referido a limitar los objetivos políticos, demandar una guía clara y considerar a la guerra como el último recurso (Woodward, 1991).¹⁵ A su

¹² Entre 1989 y 1991 el general Powell realizó su propia evaluación sobre como evolucionarían los hechos internacionales en el nuevo escenario mundial. Entre los principales cambios señalaba la caída del comunismo en Europa del este, la unificación alemana, la aceleración del proceso de desarme, la implosión de la Unión Soviética, y, fundamentalmente, la existencia de menores tensiones de características globales que llevarían a los Estados Unidos a focalizarse en los conflictos regionales.

¹³ Cuando Powell comenzó su campaña dentro del Pentágono para ganar apoyo para su propuesta los legisladores estaban reclamando enfáticamente recortes para el área de defensa. Durante 1990 el presidente del Comité de Servicios Armados del Senado, Sam Nunn, dio una serie de discursos en el Senado atacando el pedido presidencial para el año fiscal 1991 que no incluía los recortes para una fuerza básica y reclamaba un replanteo total de la estructura de las fuerzas armadas americanas. El representante Aspin comenzó a presentar su propia versión del presupuesto de defensa para ayudar a reestructurar las fuerzas armadas de Estados Unidos en la era de la post-guerra fría. Aún legisladores republicanos tales como John McCain y William Cohen castigaron al Pentágono por fallar en la respuesta a la reducción de la amenaza soviética y exigieron reducciones más profundas del gasto de defensa. DEWAR, Helen (1990), “GOP Senators Propose Doubling Bush’s Defense Cuts”, *Washington Post*, April 6.

¹⁴ Resulta oportuno destacar que cuando nos referimos a las tendencias aislacionistas a finales del siglo XX y principios del siglo XXI pretendemos destacar el llamado de la clase política y sociedad civil para privilegiar los temas de la agenda doméstica por sobre los temas de la agenda internacional, y no al aislacionismo tradicional entendido como no participación en distintas cuestiones de la política mundial. Estas tendencias aislacionistas contemporáneas tienden a coincidir con las ideas sobre la necesidad de reducir los gastos de defensa.

¹⁵ Para un análisis de las disputas al interior del gobierno de George Bush en torno al uso de fuerza ver MANN, James (2004), *Rise of the Vulcans. The History of Bush’s War Cabinet*, Penguin Group, Estados Unidos, especialmente capítulos doce y trece.

vez como *Chairman* trató de evitar cualquier propuesta y acción independientes de alguna de las fuerzas armadas tal como lo intentó la fuerza aérea.

La descripción de las acciones del general Powell en torno a la reestructuración de las fuerzas armadas en la etapa de Posguerra Fría y su influencia sobre la forma que tomaría la Guerra del Golfo son parte de los argumentos en los que se basan varios autores para señalar que la estrategia de seguridad nacional de los Estados Unidos en la etapa inicial de la Posguerra Fría fue diseñada por Colin Powell y no por el secretario de Defensa Cheney o el presidente Bush, marcando de esta manera un pico de la supremacía militar sobre la política. Sin embargo, durante el año 1993 (hasta septiembre) cuando se superpone la función de Powell como *Chairman* con la llegada al poder del presidente Clinton se producirán nuevos escenarios de conflicto que fueron identificados por los expertos como pruebas de una crisis en las relaciones cívico-militares. Dichas pruebas incluyen no sólo diferencias de intereses e impactos provenientes del contexto internacional, sino también divergencias en torno a ideas y valores que componen la identidad de ambos grupos (civiles y militares).

Cuando el nuevo secretario de Defensa Les Aspin asumió tenía buenas razones para temer que Powell se uniría con las fuerzas armadas para oponerse a recortes más profundos en la estructura de las mismas. Poco tiempo antes, desde su posición en el Congreso, Aspin había criticado a Powell por proponer cambios muy modestos mientras que éste había declarado que los estudios realizados por el equipo de Aspin en el Capitolio eran simplistas y se basaban en medidas estáticas que ignoraban actores como la tecnología, el liderazgo, las coaliciones, el terreno, la locación y la introducción de armas no convencionales. Esta posición había contado con el rápido apoyo de los miembros del Pentágono (Stockton, 1997: 119). Sin embargo la propuesta de reducción y reestructuración de Aspin como secretario de Defensa, conocida como BUR (*Bottom Up Review*) intentó buscar consenso tanto de Powell como de los jefes de las fuerzas cuyas opiniones se tomaron como *inputs* para la redacción final de la misma. En ese marco, Powell aceptó nuevos recortes y Aspin tuvo que incorporar una de las exigencias que había incluido Powell en su diseño de la Fuerza Base: aceptar que Estados Unidos tenía que estar preparado para la lucha y para ganar dos conflictos regionales en forma simultánea.

A pesar de este ámbito de cooperación, tal como los sostuvimos más arriba, los problemas en el marco de las relaciones cívico-militares fueron más significativos y profundos que las instancias de consenso. El primer gran escenario de conflicto surgió con la propuesta de campaña del presidente Clinton que planteaba que los homosexuales y las lesbianas deberían poder servir en las fuerzas armadas de manera abierta, esto es sin ocultar su sexualidad. Esta propuesta fue fuertemente rechazada por las fuerzas armadas en su conjunto porque la consideraban contraria a su tradición y sus valores. Además, si la propuesta del presidente tenía que pasar por el Congreso se enfrentaría a la oposición de buena parte de los legisladores, lo que habilitó nuevos contactos entre los militares y el Congreso en contra de las posiciones del Ejecutivo, tal como se dio en épocas anteriores.

Otro problema que apareció desde los inicios de la gestión se vinculó a la visión negativa que los militares tenían de su Comandante en Jefe, el presidente Clinton. Lo criticaban por no conocer sobre temas militares, por no haber participado nunca de actividades de las fuerzas armadas y, fundamentalmente, por haber evitado cumplir su

obligación de enrolarse durante la Guerra de Vietnam. Lo más llamativo de esta etapa es el desparpajo con que los oficiales divulgaban esta posición alterando la tradición de que los militares no hacían declaraciones políticas en forma pública.¹⁶

Un tercer espacio de debate se generó en torno a uno de los ejes centrales de la política exterior de Clinton: el compromiso con la defensa de la democracia. En la etapa inicial de la administración esta cuestión fue planteada como un objetivo global y suponía la participación de Estados Unidos en operaciones para el mantenimiento de la paz y en conflictos surgidos por problemas étnicos y tribales que habían generado la implosión de ciertos Estados. La posición de Powell, y de los militares en general, era contraria ya que un objetivo de esta naturaleza desafiaba las exigencias que se debían cumplir para sacar las tropas fuera de la frontera norteamericana, las cuales habían sido concedidas a los militares en la gestión del presidente Reagan y se habían consolidado a través de la Doctrina Powell, que recuperaba las ideas de Weinberger y enfatizaba la necesidad de tener el menor número de bajas posibles a través de la utilización de una fuerza militar aplastante¹⁷. En este marco la participación de las tropas americanas en Somalia y en Bosnia fueron ampliamente discutidas.

En el caso específico de Bosnia dos funcionarios jerarquizados de la administración Clinton aparecían como fervientes defensores de la participación de los Estados Unidos en Bosnia en 1993: el asesor de Seguridad del presidente, Anthony Lake y la embajadora ante Naciones Unidas, Madeleine Albright. Para Lake Bosnia representaba tres cuestiones centrales: un peligro potencial de expansión del conflicto a otros países en los Balcanes, la cuestión de la limpieza étnica y el vínculo entre el destino de los bosnios musulmanes y el apoyo a la política de Estados Unidos en Medio Oriente por parte de los países islámicos. Consecuentemente, se convirtió en un fuerte propulsor de la acción de los Estados Unidos en Bosnia. Por su parte la embajadora Albright entendía que las operaciones para el mantenimiento de la paz en la Posguerra Fría eran útiles para confrontar temas tales como los conflictos étnicos, los estados colapsados y la ayuda humanitaria. Ella creía que Bosnia proveía una buena oportunidad para implementar la política que llamaba “*assertive multilateralism*” (Foyle, 2002).

¹⁶ En los trabajos de Thomas Ricks (1997) y Richard Kohn (1994) aparecen una serie de ejemplos que sustentan lo dicho más arriba. A saber: un oficial de la fuerza aérea escribió una tesis en el *National War College* donde hipotetizaba sobre las razones que podían conducir a un golpe de estado ganando un premio por este trabajo que luego fue publicado en una revista especializada del ejército. Durante la visita del presidente Clinton al portaaviones Theodore Roosevelt el comandante de la flota atlántica tuvo que llegar con antelación al barco para garantizar una adecuada recepción. El comandante en jefe de la fuerza aérea tuvo que demandar a su servicio tanto respetar al presidente como tomar una conducta adecuada a la situación.

¹⁷ La Doctrina Powell es un término creado por el periodismo para denominar la estrategia utilizada en la Guerra del Golfo de 1990-91. Se basa fundamentalmente en la Doctrina Weinberger, pero fue completada por el General Powell enfatizando la necesidad de disminuir al máximo posible las bajas. En un artículo de su autoría titulado “US Forces: Challenges Ahead” publicado en *Foreign Affairs* (Winter 1992/93, pp. 32-44) el General se formula un conjunto de preguntas que deben ser contestadas afirmativamente antes de que las tropas de Estados Unidos entren en acción: ¿Es una amenaza a los intereses vitales de la seguridad nacional?; ¿tenemos un objetivo claro a alcanzar?; ¿tenemos los riesgos y costos analizados completa y francamente?; ¿han sido todos los medios políticos no violentos totalmente agotados?; ¿es plausible una estrategia de salida para evitar un sinnúmero de enredos?; ¿han sido las consecuencias de nuestras acciones consideradas en totalidad?; ¿está esta acción apoyada por el pueblo americano?; ¿tenemos un apoyo internacional amplio? Algunos autores sostienen que la quinta pregunta está destinada a evitar que los Estados Unidos se involucren en operaciones de mantenimiento de la paz (*peacekeeping*) o reconstrucción de la paz (*nationbuilding* o *peacebuilding*). Esta lectura es posible porque el momento en el cual este artículo fue publicado (campaña electoral del 2002) coincidió con la oposición de los militares para involucrarse en el conflicto de Bosnia. Powell difundió su doctrina asegurando que cuando una nación está comprometida en una guerra, todos los recursos y herramientas deben ser usados para alcanzar una fuerza decisiva sobre el enemigo, minimizando las bajas norteamericanas y terminando el conflicto rápidamente obligando a la fuerza más débil a capitular.

Sin embargo, Colin Powell, como *Joint Chief of Staff's Chairman*, junto a muchos militares, se opusieron a la intervención, porque veían a Bosnia como otro Vietnam –un lodazal, una larga e indeterminada intervención en un conflicto interno asociado con crecientes bajas y un aumento de la oposición interna–. En su análisis Powell argumentaba que la intervención en Bosnia conduciría a la clase de fracaso que Estados Unidos había experimentado en Vietnam. Él insistía en que la acción de Washington debía ser guiada por objetivos claros que, a su entender, no aparecían en ninguna de las potenciales intervenciones en Bosnia. Por otra parte, afirmaba que si la administración estaba tentada de mandar tropas terrestres, había que tener en claro que “ningún presidente de Estados Unidos podría defender a la población americana del pesado sacrificio en vidas que costaría resolver este confuso conflicto” (Foyle, 2002: 37).

El conflicto entre ambos sectores fue contundente. La embajadora Albright como una defensora incondicional del uso de la fuerza para apoyar los objetivos diplomáticos habitualmente estaba en desacuerdo con Powell sobre el uso de los militares. En un punto, cuando Powell presionó por la necesidad de tener objetivos políticos claros antes de comprometer las fuerzas Albright le reclamó “cuál es el punto de tener estos espléndidos militares de los cuales usted está siempre hablando si no los podemos usar”. El mismo Powell –cuando relata el incidente en sus memorias– reconoce que en el marco de esa discusión “pensó que tendría una aneurisma” (citado en Mann, 2004: 221). Si bien el dato es anecdótico muestra a las claras la intensidad del debate entre civiles y militares.

El papel del general Powell en Somalia fue diferente. Más allá que el fiasco de la participación estadounidense haya generado a la postre una de las principales críticas de los militares a la política exterior y de seguridad de la administración Clinton, su rol parece haber sido más acotado y, quizás, más ambivalente.

La explicación sobre la participación de Estados Unidos en Somalia siempre ha sido presentada como una reacción televisiva a las imágenes de niños hambrientos en África. En ese marco existe numerosa literatura que habla del efecto CNN tanto sobre la decisión de Estados Unidos de enviar tropas a Somalia como, posteriormente, de retirarlas.¹⁸

En opinión de Mann la explicación es más compleja. Resulta imposible entender la sorprendente voluntad de enviar tropas a Somalia excepto en el contexto de los dos temas que sobresalían en el debate de ese momento: Bosnia y los recortes al presupuesto de defensa. La administración de Bush padre (en sus últimos meses de gestión) y Powell no quisieron rechazar por segunda vez la solicitud para que las fuerzas armadas realizaran una misión humanitaria en Somalia después que se habían opuesto también al uso de la fuerza en Bosnia. Una nueva administración demócrata con diferentes prioridades y diferentes grupos de apoyo estaba a punto de asumir. Powell necesitaba demostrar a sus nuevos líderes civiles que los militares norteamericanos eran todavía una herramienta valiosa para la política exterior. Si el Pentágono decía que no a la intervención militar en ambos casos –Bosnia y Somalia– una administración demócrata y un Congreso demócrata seguramente se preguntarían qué estaba recibiendo América por todo el dinero gastado en defensa y, si los militares norteamericanos

¹⁸ Para este tema ver STROBEL, Warren (1996), “The CNN Effect”, *American Journalism Review*, Maryland, May, pp. 33-37 y STECH, Frank (1994), “Winning CNN Wars”, *Parameters*, US Army War College Quarterly, Autumn, pp. 37-56.

estaban simplemente sentados esperando otra guerra mayor contra un enemigo como la Unión Soviética, aunque ese enemigo podría nunca materializarse. De este modo mientras Powell resistió expresamente enviar fuerzas americanas a Bosnia estuvo de acuerdo en el caso de Somalia. En las últimas semanas de Bush en la Casa Blanca en 1992 él aprobó la decisión inicial de enviar tropas. Posteriormente, bajo la administración Clinton, Powell consintió, aunque de mala gana, cuando la misión de las tropas americanas fue ampliada en dos sentidos: para proteger los embarques de alimentos destinados a Somalia incluidos en el esfuerzo de reconstrucción de Naciones Unidas y para ayudar a localizar y aprehender al líder del clan somalí Mohammed Farah Aidid. En la semana final de sus cuatro años como *Chairman of the Joint Chiefs*, Powell aprobó el envío del batallón especial *US Rangers* y la Fuerza Delta para capturar a Aidid (Mann, 2004: 222).

Para el momento en que la escalada gradual del conflicto somalí devino en un desastre que finalizó en una batalla donde 18 americanos fueron asesinados, Powell ya se había retirado. Oficiales de la administración Clinton dijeron que mucho antes de esto, a inicios de 1993, Powell había comenzado a distanciarse de la operación en Somalia evitando las reuniones de alto nivel y dejando los detalles para su segundo (*vice-chairman*), el almirante David Jeremiah. “Powell estaba ausente en Somalia” recordó un oficial superior de la administración Clinton. Sin embargo, como *Chairman of the Joint Chiefs*, al momento en que las decisiones claves fueron tomadas, Powell compartió parte de la responsabilidad por el fiasco (Mann, 2004: 223).

En forma consecuente con este último razonamiento un reporte del Senado de 1995 sobre la fallida intervención en Somalia por parte de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) critica la decisión tomada por Colin Powell cuando era *Chairman*, como también la de su equipo, de rechazar el pedido de enviar los aviones AC 130 requeridos por los comandantes en el campo de batalla. El reporte argumenta que estos aviones podrían haber protegido a los 18 soldados americanos que murieron durante la intervención a Mogadiscio y sugiere que fue el general Powell quien tuvo un rol importante para la toma de la misma, mientras que el secretario de Defensa Aspin jugó uno muy pequeño o directamente insignificante. De acuerdo a la opinión de otros generales, en su momento Powell argumentó que había que reducir los costos y que no estaba comprobada la eficiencia de ese tipo de equipos en zonas urbanas. Por su parte, Powell sostiene que él no recuerda haber sido un actor importante en esa decisión y destaca que poco tiempo antes de la semana fatal le había sugerido a los asesores del presidente Clinton que fortalecieran las tropas en Somalia o cambiaran la política exterior (Gerts, 1995; Schmitt, 1995).

El reporte concluye que “es difícil de entender la decisión de no enviar los aviones AC 130”. “Estos eran una parte del paquete de opciones y estaban incluidos en todos los entrenamientos”. “Esta decisión es inconsistente con la idea de que uno pelea como lo entrenaron” (citado en Gerts, 1995).

Algunas consecuencias derivadas de la situación en Somalia en 1993 afectaron la agenda de las relaciones cívico-militares. En primer lugar quedó en evidencia que más allá de los niveles de acuerdo o desacuerdo los militares tienen un fuerte impacto sobre cuestiones de política exterior. En segundo lugar, el fracaso en Somalia ocurrido durante el primer año de gestión de la administración Clinton desencadenó fuertes críticas del sector militar sobre los civiles en cuanto a la manera en que se debían

manejar los conflictos en la posguerra fría. En tercer lugar, esta intervención ponía en discusión la llamada doctrina Powell que incluía todas las exigencias para sacar las tropas norteamericanas fuera de la frontera junto a la expectativa de tener el menor número de bajas posibles. Esta doctrina parecía de difícil aplicación en “el oscuro mundo de los años noventa, una era de misiles crucero y misiones humanitarias, donde Estados Unidos a veces enviaba tropas en misiones al exterior por diferentes razones con diferente armamento que el usado en el pasado y cuando en realidad, era bastante duro decir lo que constituía una guerra o cuando esta comenzaba o terminaba” (Mann, 2004: 223). Una década después, en un contexto político institucional distinto, el presidente George W. Bush declaró la guerra a Irak y reabrió estas diferencias ya no entre militares y civiles demócratas sino entre republicanos civiles promilitares y militares identificados con el Partido Republicano.

A partir de enero de 2001 George W. Bush planteó tanto un desplazamiento de los ejes de política exterior estadounidenses establecidos por Clinton como un cambio de los instrumentos para su ejecución. En este marco la nueva administración republicana se mostró homogénea, durante la campaña electoral y los primeros meses de gestión, en cuanto a su predilección por los criterios e instrumentos realistas.

Su diagnóstico partía de la incapacidad de la administración Clinton para identificar el interés nacional y de la consecuente necesidad de restablecerlo a través de la fijación de temas prioritarios. Desde la perspectiva de Rice en una democracia pluralista como la americana, la ausencia de un “interés nacional” articulado o produce un campo fértil para quienes desean retirarse del mundo –aislacionistas– o crea grandes vacíos para ser llenados por grupos parroquiales y presiones transitorias (Rice, 2000).

Desde su punto de vista, si bien reconoce que Estados Unidos ha encontrado dificultades para establecer su interés nacional en ausencia del poder soviético destaca la importancia de los períodos de transición en tanto estos ofrecen oportunidades estratégicas como la de poder afectar la forma del mundo que vendrá. En ese marco considera que durante la Posguerra Fría el colapso de la URSS y la revolución tecnológica con el consiguiente desarrollo de las industrias basadas en el conocimiento de las cuales Estados Unidos es el prototipo, le otorgaron a este país un incremento notable de su poder económico y su influencia diplomática. Por ello el proceso de diseñar la nueva política exterior de la administración Bush *debía partir del reconocimiento de esta remarcable situación de poder* y favorecer las tendencias seculares que están moviendo el mundo hacia economías abiertas y en menor medida hacia la democracia y la libertad, pero a través de *una política exterior disciplinada y consistente que separe lo importante de lo trivial* (Rice, 2000).

Haber triunfado en la Guerra Fría significaba que Estados Unidos tenía superioridad en todas las dimensiones de su acción externa (política, militar y económica), pero había que corregir el rumbo que habían impuesto los demócratas en el sentido de privilegiar el ideal nacional sobre el interés nacional como eje estructurante de la política exterior. Dicho en otras palabras, parecía que la cuota de internacionalismo liberal que había caracterizado el paradigma clintoniano de compromiso y expansión de la democracia, llevando las tropas americanas a distintas partes del mundo, debía finalizar o, al menos, ser acotado en forma significativa. Algunos de los anuncios de política exterior parecían confirmar esta visión realista: trabajar en función de una agenda prioritaria; disminuir las intervenciones por ayuda humanitaria y la participación en fuerzas multinacionales para el restablecimiento de

gobiernos democráticos; establecer una jerarquía entre los estados entendiendo que las relaciones más relevantes son las que se dan con los actores más poderosos; reconocer que la política exterior está influenciada por actores domésticos e internacionales, pero otorgar a los funcionarios ligados a la política exterior y de defensa un rol importante en la fijación del interés nacional; abandonar las políticas de salvataje económico.

A los efectos de nuestro tema de estudio estos anuncios nos permitían pensar en una dimensión militar de la política exterior importante pero acotada a intereses nacionales específicos y, por ende, coincidente con los seis criterios exigidos por el *establishment* militar para enviar las tropas al extranjero.

Sin embargo, la predilección de contenidos realistas para la política exterior, con una notoria tradición entre los conservadores estadounidenses en general y los gobiernos republicanos en particular, cedió rápidamente ante la impronta neoconservadora heredada de la época de Reagan y profundizada durante estos años especialmente después de los atentados terroristas de 2001. Esto significó que a instrumentos realistas, como el privilegio de los atributos militares de un Estado, se los unió a la idea de un Estado cruzado que debía garantizar la instalación de la democracia en el mundo usando la fuerza e intentando implementar, en términos de Fukuyama (2007), grandes proyectos de ingeniería social con resultado incierto. Además, el rechazo por los espacios multilaterales propio de los neoconservadores otorgó un lugar de privilegio para la unilateralidad.

En los análisis sobre las posiciones de los miembros de la primera administración de G. W. Bush aparecen datos llamativos para el examen de las relaciones cívico-militares durante esta etapa: el General Colin Powell en su condición de Secretario de Estado, a quien habíamos señalado como la principal referencia del avance militar sobre el control civil, aparecía calificado como el representante de las “palomas” o el “más jeffersoniano”, esto es el más comprometido con el mantenimiento del sistema democrático estadounidense en términos comparativos con sus compañeros de gestión todos “halcones” y “vulcanos”.¹⁹

El énfasis otorgado por distintos autores a este nuevo rol desempeñado por ciertos actores centrales dependió de si los analistas privilegiaban las diferencias o las semejanzas entre los principales funcionarios de la administración.

Desde la postura que privilegia las diferencias, Nye afirma que durante la primera administración (2001-2004) el gobierno estaba profundamente dividido entre quienes querían eludir las restricciones del marco institucional posterior a 1945 y quienes creían que los objetivos estadounidenses se alcanzarían mejor dentro de dicho marco. Para ese análisis entrelaza caracterizaciones tradicionales como wilsonianos, realistas, multilateralistas, neoconservadores, entre otros, con las categorías de Walter Russell Mead quien ve una constante interacción en la política exterior de Estados Unidos entre cuatro escuelas de pensamiento: la hamiltoniana (protección del comercio), la jeffersoniana (mantenimiento del sistema democrático), la jacksoniana (valores populistas y poderío militar) y la wilsoniana (predominio del principio moral).

Desde la perspectiva de Nye (2003), los “wilsonianos de derecha” neoconservadores y los “unilateralistas jacksonianos” se enfrentaron a los realistas

¹⁹ Esta palabra es usada en referencia al Dios Vulcano, versión latina de Hefesto o Hefáistos, Dios del fuego y de la forja. Más adelante se agregan detalles sobre este grupo.

tradicionales, más cautos y multilateralistas. En este marco el vicepresidente Cheney, el jefe del Pentágono Rumsfeld, la consejera de Seguridad Nacional Condoleezza Rice y el subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz representaban a los jacksonianos y neoconservadores, mientras que el secretario de Estado Colin Powell era el más jeffersoniano, e importantes funcionarios de la administración de Bush padre con capacidad de opinar como Brent Scowcroft y James Baker, eran realistas multilateralistas. El enfrentamiento pasó a un primer plano después de los atentados terroristas de 2001 adquiriendo perfiles notorios mientras se discutía el documento sobre la estrategia de seguridad nacional y en la etapa previa a la guerra contra Irak. De acuerdo a su opinión hasta el discurso pronunciado por el presidente Bush el 12 de septiembre de 2002 ante la ONU Powell mantuvo una ventaja temporal en coalición con el primer ministro británico Tony Blair. Sin embargo, la incapacidad de obtener una segunda resolución del Consejo de Seguridad y el éxito de la guerra, aseguraron el predominio de los jacksonianos y de los wilsonianos de derecha neoconservadores (Nye, 2003).

A la inversa de Nye, desde una perspectiva que privilegia los aspectos comunes entre los funcionarios de la administración Bush, James Mann examina las creencias y visiones del mundo de los Vulcanos²⁰ (Cheney, Rumsfeld, Powell, Armitage, Wolfowitz y Rice) para intentar entender cómo y por qué Estados Unidos llegó a relacionarse con el resto del mundo de la manera en que lo hizo durante la administración de George W. Bush.

Este autor señala que más allá de las diferencias de pensamiento existentes entre los Vulcanos²¹ no debemos dejar de lado el acuerdo básico entre ellos que se canaliza en una perspectiva común: todos creían en la importancia del poder militar de Estados Unidos; tendían a concentrarse sobre cuestiones tradicionales de seguridad nacional, dejando el rol de Estados Unidos en la economía internacional mayormente en manos del sector privado; creían que el poder e ideales americanos eran, en su conjunto, una fuerza del bien en el mundo; tenían una visión predominantemente optimista sobre las capacidades de Estados Unidos y su futuro (Mann, 2004).

Los Vulcanos en palabras de Mann:

“Están enfocados en el poder militar. En los años setenta y ochenta su meta fue ayudar a las fuerzas armadas a recobrar y reconstruirse después de Vietnam. En los años ochenta y principios de los noventa intentaron imaginar cuándo y cómo el poder militar revitalizado de EEUU debería ser

²⁰ Cabe señalar, como lo detalla Mann, que fue en la campaña de 2000 cuando los consejeros de política exterior de Bush se apodaron los Vulcanos, en honor al dios romano del fuego, de la herrería y metalurgia. Este sobrenombre captaba perfectamente la imagen que el equipo de política exterior de Bush buscaba transmitir, un sentido del poder, dureza, elasticidad y durabilidad. Véase Mann (2004).

²¹ Las diferencias en perspectivas que frecuentemente surgían entre Powell y Armitage en el Departamento de Estado y Rumsfeld y Wolfowitz en el Pentágono eran genuinas. Sin embargo, las caracterizaciones de la administración Bush como dividida descuidan las cuestiones en común. Mann sugiere que una manera de ilustrar este punto es mirar la historia de Powell y Armitage, dos funcionarios del Departamento de Estado comúnmente descriptos como palomas o liberales en la administración Bush. Bajo la administración Reagan, Powell y Armitage emergieron como dos asistentes claves del Secretario de Defensa, Caspar Weinberger, es decir, eran seguidores del miembro más halcón del gabinete y el más halcón en medio siglo. Powell y Armitage, en resumen, quizás han sido palomas en comparación con algunos de sus colegas en el Pentágono de la administración de G. W. Bush, pero dentro del amplio espectro de la política exterior de las pasadas tres décadas, ellos difícilmente podrían ser calificados como palomas y de hecho compartían mucho en común con los otros Vulcanos. Sus relaciones con halcones como Cheney, Rumsfeld y Wolfowitz eran parecidas a la de una familia fundadora. Discutían, pero parecían necesitarse unos a otros, y continuaban volviendo a la mesa (Mann, 2004).

empleado. Para 2001 estaban tratando de delinear un nuevo rol para América, que tomó en cuenta el arrollador abismo entre el poder militar de EEUU y el de cualquiera otra nación.

Los Vulcanos representan una generación que tendió puentes entre lo que comúnmente se presenta como dos períodos separados y distintivos de la historia moderna: la guerra fría y la post guerra fría. Para ellos la desintegración de la URSS representó un capítulo en el medio de la narrativa, no el fin o el principio. [...] Si podemos ir más allá de nuestras continuas preocupaciones sobre el fin de la guerra fría, podemos detectar, a través de la vida de estos Vulcanos, una narrativa coherente. Es la historia del gradual ascenso de la fuerza americana sin precedentes en la historia mundial. Verdaderamente, podemos mirar el tiempo cubierto por este libro como un período distintivo de la historia. Entre comienzos de los años setenta y 2003 el poder americano ascendió gradualmente desde su punto más bajo, al final de la guerra en Vietnam, a una posición de poder militar incontestable.” (Mann, 2004, XVI)

Desde nuestra perspectiva la lectura de Mann permite enmarcar más certeramente la posición de Powell. Con esto queremos señalar que su participación en la primera administración de G. W. Bush si bien estuvo marcada por la preferencia de los instrumentos diplomáticos como recurso anterior al uso de la fuerza, esto no significa un florecimiento o una consolidación del pensamiento jeffersoniano entre las ideas de Powell y su trasmisión al *establishment militar*, sino que responde a otros motivos. En primer lugar él se desempeñaba como secretario de Estado situación que lo posicionaba en la tradicional disputa inter-agencias por definir la política exterior y de seguridad que involucra, como mínimo, al Departamento de Defensa, al Departamento de Estado y al Consejo de Seguridad Nacional. Su mirada ahora debía privilegiar los instrumentos de los que disponía para su gestión y estos se inscribían en el espectro político-diplomático con especial énfasis en la negociación internacional. Por otra parte, la idea del uso de la fuerza como último recurso no sólo era parte de la Doctrina Weinberger que él había apoyado, sino una parte constitutiva de su propia doctrina sobre la salida de las tropas norteamericanas al exterior. Dicho en otras palabras, Powell genuinamente tenía diferencias con sus pares, pero estas estaban en función de su propio ideario sobre el rol de las fuerzas armadas más que en las diferencias más tradicionales entre halcones y palomas.

Por otra parte, la concepción militarista sumada al ambiente propicio que generó para su aplicación la guerra contra el terrorismo le otorgaron un lugar de privilegio a los militares e, inclusive, como planteamos en el comienzo de este trabajo les permitió ocupar un espacio político entre los sectores que apoyaban al gobierno. No debemos olvidar que la lucha contra la amenaza del terrorismo internacional se enmarcó, siguiendo la lógica de los Vulcanos, en una concepción geopolítica global para el siglo XXI, tipificada por la búsqueda de la supremacía a través del uso de la fuerza inclusive en espacios que Estados Unidos no había disputado durante la Guerra Fría.

Partiendo del liberalismo internacional Ikenberry (2002) afirma que desde el punto de vista de la doctrina estratégica, la propuesta de la administración Bush implica el abandono de los principios de contención, distensión y mantenimiento del equilibrio de poder así como del internacionalismo basado en la construcción de instituciones y

alianzas multilaterales utilizado, con diferente énfasis, por sucesivos gobiernos estadounidenses posteriores a la segunda Guerra Mundial, e inaugura –a nuestro entender– una resultante en términos de política exterior y de defensa distinta a la vivida en etapas anteriores. Entre los aspectos militares más significativos de esta propuesta de política exterior aparece la idea de que la guerra contra el terrorismo es impredecible en tanto se sabe cuando comienza, pero no cuando termina; que necesita el reemplazo de las alianzas tradicionales por las coaliciones *ad hoc* porque no admite ningún tipo de diferencias con líderes amigos; que es necesario plantear el incremento –casi permanente– del presupuesto militar aumentando aún más la distancia entre las capacidades militares de Estados Unidos y los países más armados del planeta, aunque esto no sólo afecte las políticas sociales sino también el equilibrio macroeconómico y, finalmente, la idea de que al enemigo hay que atacarlo antes de que ocasione daños sobre blancos estadounidenses planteando como centro de la Estrategia de Seguridad Nacional la guerra preventiva.

La puesta en práctica de estos principios no generó dificultades significativas entre civiles y militares cuando el gobierno republicano le declaró la guerra a Afganistán porque la alianza entre el gobierno Talibán y Al Qaeda era mayoritariamente reconocida lo cual no generaba problemas con los aliados; existía apoyo de la opinión pública y del Congreso, ambos fuertemente afectados como consecuencia de los atentados y, además, estaban a disposición los recursos económicos necesarios.

Sin embargo la declaración de guerra a Irak en 2003 trajo consecuencias muy significativas sobre las relaciones cívico-militares.

En primer lugar la inclusión de esta guerra dentro del marco de la guerra global contra el terrorismo fue forzada no sólo por la volatilidad de los argumentos a los que recurrió sucesivamente la administración, sino porque puede presumirse que existen otros motivos más allá de los declarados oficialmente.²² Después de fracasar en el intento de argumentar sobre la presencia de armas de destrucción masiva en Irak y de la existencia de una política de apoyo a los grupos terroristas por parte de Saddam Hussein, la administración fundamentó el conflicto diciendo que la misma estaba destinada a instaurar la democracia en Irak. Así, los postulados neoconservadores sobre la defensa de la democracia comenzaban a constituirse en el eje central del discurso gubernamental.

En segundo lugar, esta decisión significaba ir más allá de un ataque aéreo y la toma de ciertas partes del territorio iraquí. Implicaba permanecer en el terreno y garantizar la reconstrucción del Estado bajo un modelo de democracia a imagen y semejanza del americano. Todo esto debía realizarse en un contexto donde había importantes grupos de resistencia interna, con la posibilidad de que ahora sí participasen grupos terroristas que, en el marco de esta situación de descontrol, lograron ingresar en

²² Algunos de esos objetivos son, desde nuestro punto de vista, parte de la planificación de una nueva estrategia geopolítica para el siglo XXI que abarca la idea de expandirse sobre zonas que no habían sido disputadas por Estados Unidos durante la Guerra Fría como el caso de Asia Central. De esta manera además de supervisar sobre el terreno las zonas productoras de petróleo en Oriente Medio y gas en el Asia Central, también se podría observar y limitar la expansión de otros actores con influencia histórica en la región como China, Rusia e India. Además, esta ocupación permitiría estar cerca de los países con importante población islámica, y observar de cerca lo que acontece en países que son aliados pero que se presupone que pueden ser fuente de financiamiento para terroristas como el caso de Arabia Saudita. Para más detalles ver BUSSO, Anabella (2003), “La política exterior americana a partir de la administración de George W. Bush: su impacto mundial y regional”, CEI-Newsletter, Universidad Torcuato Di Tella, mayo- junio, disponible en: <http://www.utd.edu/cei/actividades.htm>

Irak. Algunas características de esta guerra y el objetivo de una amplia ingeniería social alentaron, desde un principio, los fantasmas de Vietnam.

En tercer lugar, los dos primeros años de la guerra contaron con el apoyo de la opinión pública y la prensa estadounidense, mientras que la oposición se concentró fuera de las fronteras generando un fuerte sentimiento antiamericano a nivel global. Sin embargo, a medida que la evolución del conflicto fue dando resultados negativos – incremento de número de bajas y estancamiento en el logro de los objetivos– los medios de comunicación comenzaron a tener una postura más independiente a la que habían demostrado durante los primeros años de la guerra contra el terrorismo, apareciendo numerosos artículos críticos sobre el desempeño de la política exterior y, especialmente, en relación al manejo de la guerra en Irak. Esto afectó seriamente los niveles de aprobación de la opinión pública tanto sobre la guerra como sobre la gestión presidencial en su conjunto.

En cuarto lugar, la evolución de la guerra en Irak también alteró el equilibrio al interior de la alianza gobernante compuesta por la derecha cristiana, los empresarios y los militaristas. En el 2004, los tres grupos se atribuyeron como suya la victoria para el segundo mandato, ejerciendo presión sobre Bush en pos de sus intereses particulares, pero con el inconveniente de que esos intereses son muy dispares entre sí y ninguno de ellos estuvo dispuesto a hacerle demasiadas concesiones al otro grupo. La derecha cristiana se preocupó básicamente por los asuntos internos de los Estados Unidos, fundamentalmente el matrimonio gay y el aborto. Por su parte los empresarios – identificados como conservadores económicos– pretendieron volver al pasado en términos de sistema impositivo, regulaciones ambientales, procesos judiciales y costos de salud. Sin embargo, compartieron una preocupación con los capitalistas demócratas sobre los posibles efectos de la caída del dólar y la enorme deuda gubernamental sobre el mercado de acciones. Ante este escenario reclamaron una reducción del déficit fiscal y señalaron que la forma más rápida de hacerlo era a través de una disminución del presupuesto militar. El grupo de los militaristas que incluye a militares y a civiles pro-militares entre los que podríamos incluir sin dudas a los “vulcanos”, consiguieron imponer su objetivo durante la primera administración: lograr que Estados Unidos vuelva a ser una potencia hegemónica indiscutida a nivel global. Para ello el uso de la fuerza y la militarización de la política exterior aparecieron como datos centrales para su consolidación dentro del gobierno y, obviamente, necesitan continuar con un alto presupuesto de defensa contrariamente a los intereses de los empresarios (Wallerstein, 2004).

Sin embargo para el análisis del impacto de la evolución de la guerra en Irak sobre las relaciones cívico-militares los desacuerdos más significativos son los que se dan al interior del grupo de los militaristas. En este contexto los militares entienden que los logros obtenidos en otros tiempos de trabajo conjunto con los republicanos tales como la Doctrina Weinberger, durante la administración Reagan y la Doctrina Powell, durante la gestión de Bush padre, están siendo fuertemente desafiados ya no por una administración demócrata influida por los cambios de la posguerra fría y su tradicional internacionalismo liberal, sino por un gobierno republicano, neoconservador que está desviando sus objetivos y no está escuchando a los militares como proveedores de los consejos adecuados para articular objetivos políticos con capacidades militares adecuadas.

Estas diferencias se han ido incrementando con el transcurrir de los hechos. Quizás uno de los datos más evidentes de estos desacuerdos fue la no incorporación del General Powell en el gabinete de la segunda administración Bush. La decisión reflejó tanto la oposición de Powell a la forma como se estaba manejando la guerra y violando los principios de su doctrina, como la decisión de Bush de darle apoyo a los civiles militaristas por sobre los militares. Sin embargo, los militares no permanecerían políticamente inactivos, por el contrario hicieron públicas sus posiciones tratando de limitar la capacidad decisoria de los civiles militaristas en su conjunto y del secretario de Defensa Donald Rumsfeld en particular.

Esta línea de desacuerdos incluye temas de diferente envergadura, pero que en su conjunto tienden a desafiar las exigencias impuestas por los militares desde los años ochenta.

Algunos de esos temas fueron mencionados en puntos anteriores: desde 2005 en adelante asistimos a un deterioro del apoyo de la opinión pública, la prensa y el Congreso a las acciones del gobierno en Irak.

Por otra parte se detecta un fuerte reclamo social por una mayor atención de los temas de agenda doméstica por sobre los internacionales, cuestión que el gobierno no parece atender a pesar de ser esta una situación previsible en función de los antecedentes históricos. Como señala Klingberg (1983) la política exterior americana se balancea entre períodos de extroversión, cuando los Estados Unidos orientan su atención y energía hacia el extranjero, y períodos de introversión, cuando se concentra en los problemas internos. El péndulo se balancea hacia lo interno después de las guerras y, consecuentemente, presidentes como Wilson, Truman y Bush padre que esperaron el tributo de su pueblo por el triunfo en la guerra, se encontraron con el rechazo de los americanos quienes demandaban de sus líderes la atención de las cuestiones internas. Si bien la guerra en Irak no está definitivamente perdida, la tendencia a la introversión puede ir consolidándose en tanto la población vaya incluyendo en sus evaluaciones si dicha guerra garantiza la defensa de sus cuestiones domésticas –incluida la seguridad nacional– o la perjudica. Por otra parte, la introversión tiene fuertes lazos con la tradición aislacionista que en Estados Unidos posee –como ya adelantamos en otro capítulo de este libro– adictos de derecha e izquierda, quienes también demandan un regreso a casa y un privilegio de lo interno sobre lo internacional.

Además, las comparaciones iniciales entre Irak y Vietnam se hicieron cada vez más frecuentes. En ese marco durante la segunda administración de G.W. Bush los americanos sienten que se enfrentan a situaciones similares a las de aquella época: una guerra que no pueden ganar, un considerable número de soldados que no están convencidos de la necesidad de participar en la misma, la pregunta sobre si el ataque a Irak fue una decisión acertada para defensa del interés nacional americano o si realmente Irak era un interés vital y, finalmente, el debate en torno a la necesidad de adecuar permanentemente la relación entre los objetivos políticos y las fuerzas comprometidas en lo que refiere a *su tamaño, composición y disposición*, desató los desacuerdos centrales entre el secretario de Defensa Donald Rumsfeld y los militares.

Dicho debate tomó estado público a través de las declaraciones de generales retirados. Según el artículo de David Ignatius, publicado en el Washington Post,

generales retirados que fueron entrevistados por él manifestaron que el secretario de Defensa Rumsfeld debía renunciar y que esta postura era compartida por el 75% de los oficiales en actividad, lo que significa que había perdido la confianza de los militares que trabajan para él. La tirantez entre los militares y Rumsfeld se basaba fundamentalmente en las diferencias sobre cómo manejar la guerra en Irak y sobre el número de soldados necesarios para resolver exitosamente el conflicto. Mientras los uniformados exigían que las tropas americanas estén integradas por 500.000 soldados, el poder civil se negaba, a la vez que no podía exhibir resultados exitosos en el campo de batalla. Si bien el autor del artículo es un defensor del control civil, reconoce que Rumsfeld debía renunciar porque la administración estaba perdiendo la guerra en el frente interno ya que la gente no creía más en sus argumentos sobre Irak y Rumsfeld aparecía como un símbolo de la brecha de credibilidad. Su fuerza estaba deteriorada y reducida a discutir con el secretario de Estado por los errores tácticos que se produjeron en la conducción de la guerra. Además, el artículo destaca que quien reemplace al secretario de Defensa debía ser una persona que contribuyese a restaurar el consenso bipartidista a través de una política sensata para Irak y para ello sugiere al Senador demócrata John Lieberman, o a los republicanos Check Hagel o John McCain y propone que “la administración debería tragarse su propio orgullo” y convocarlos porque sin ningún movimiento valiente por parte de la Casa Blanca el apoyo a la guerra continuaría repartido.²³

La respuesta a este desafío militar fue mixta. Si bien el presidente resistió entre abril y diciembre de 2006 rechazando la renuncia del secretario de Defensa, a lo largo del año continuaron saliendo artículos que relevaban los reclamos militares con propuestas de cambios.²⁴ En diciembre de 2006, después de haber perdido las elecciones parlamentarias de mitad de mandato, el presidente terminó aceptando la renuncia de Rumsfeld y su reemplazo por Robert Gates. Esta decisión si bien significó un reconocimiento de la falta de apoyo popular a su gestión, también fue un reconocimiento de la demanda militar. Por otra parte, Estados Unidos incrementó el número de soldados en Irak aunque no al nivel exigido por los militares.

Durante ese mismo año 2006 se produjo otro hecho llamativo en el ámbito académico. La revista Harper convocó a cuatro especialistas para analizar si en el marco de la creciente militarización de la política exterior y las continuas diferencias entre militares y civiles era posible que en Estados Unidos se produjera un golpe de estado.²⁵ Los especialistas concluyen que eso no sería posible por múltiples razones: porque no tendría aceptación por parte de la población; porque por más que algún estado pudiera ser sometido por los militares la estructura federal permitiría la oposición de los otros; porque los militares tienen arraigada la idea del control civil y especialmente porque los militares estadounidenses aprendieron a hacer política para lograr sus objetivos, sin necesidad de golpes de estado, explotando las posibilidades que brindan los medios comunicación y manipulando al Congreso por temas de presupuesto. Esta última apreciación fue valorada en forma diferente por los miembros del panel. Para el representante militar que los oficiales trabajen dentro del sistema para lograr sus

²³ Véase: Ignatius, David (2006), “Replace Rumsfeld”, *The Washington Post*, Washington DC, April, 14.

²⁴ Ver Papers Sold to Military: “Rumsfeld must go”, NSNBC staff and news service reports.

<http://www.msnbc.msn.com/id/15552211/from/ET/> y Anatol Lieven (2006), “Los militares y la CIA contra la Casa Blanca”, *Le Monde Diplomatique edición Cono Sur*, junio.

²⁵ Para este tema puede consultarse el artículo “American Coup D’etat”, *Harper’s Magazine*, April 2006, vol 312, Fascículo 1871. Los entrevistados fueron Andrew Bacevich, Edward Luttwak, Richard Kohn y el Brigadier Charles Dunlap

objetivos, no es una característica negativa. Sin embargo, los especialistas civiles llamaron la atención sobre el hecho que el poder del *establishment* militar sobre el sistema político en Estados Unidos es mayor que en otros países.

Partiendo, entonces, de la base de que no existe una posibilidad de golpe de estado tradicional analizaron dos cuestiones importantes: qué pasaría si los militares se encuentran en situaciones que no desean obedecer (por ejemplo ir a una guerra que no pueden ganar) y, en segundo lugar, se interrogaron sobre si la administración de George W. Bush era el escenario de un golpe de estado que avanzaba lenta y gradualmente.

En el primer caso evaluaron que los militares se opondrían a la guerra que no pueden ganar a través de la prensa y el Congreso tal como aconteció en el caso de Bosnia: el presidente Clinton quería intervenir en Bosnia, entonces el General Barry McCaffrey testificó frente al Congreso y presentó una proyección muy exagerada del número de tropas que serían requeridas y logró cambiar la dinámica política y, consecuentemente, Clinton se encontró con las manos atadas al menos por un tiempo. A esto podríamos sumar la clara oposición que ya analizamos del general Powell y los artículos que el había publicado en *Foreign Affairs* durante la campaña electoral de 2002 manifestando su oposición frente la participación de las tropas estadounidenses en Bosnia, lo que fue tomado por muchos medios de prensa.

En cuanto a si la era Bush enfrenta un golpe de estado gradual consideraron que podría ser posible, pero que no son los militares los que están tomando el poder, sino los civiles militaristas que conciben un mundo peligroso en el cual el poder militar debe predominar y donde, por lo tanto, pueden perderse ciertas restricciones militares que figuran en la constitución. Lo cierto es que si el presidente aprueba prácticas inconstitucionales como las escuchas ilegales y de esta manera extiende las capacidades del Ejecutivo más allá de sus atributos legales, resulta difícil acotar las de los militares cuando se presentan situaciones de desacuerdo.

Si bien la posibilidad de un golpe de estado tradicional es muy poco probable hay algunas cuestiones que son preocupantes para un país que ha tomado el control civil sobre las fuerza armadas como uno de los ejes históricos de su condición democrática y que, además, plantea la difusión de ese sistema político a nivel global como pivote de su política exterior. Una de dichas cuestiones está constituida por el solo hecho de que existan referencias o debates al respecto, una segunda por el tema de que si bien la posibilidad del golpe es casi inexistente, lo que sí se da es un fuerte incremento de la influencia del sector militar sobre el proceso de toma de decisiones en política exterior y política de defensa y, finalmente, la tercera cuestión está ligada a la vocación hegemónica o imperial de los civiles militaristas que integran el grupo de los “vulcanos” que genera, desde lo civil, un ambiente propicio para este tipo de debates en tanto históricamente los militares han jugado un rol importante en la constitución de los imperios y resulta difícil limitarlos después de haberles otorgado un rol tan destacado y exigido la presencia permanente en el campo de batalla.

Los desacuerdos en torno a la guerra en Irak muestran la ruptura de ciertos acuerdos básicos entre civiles pro-militares y militares. El impacto final sobre las relaciones cívico-militares aún es incierto, pero sin dudas la administración Bush reavivó el debate y parece tener dificultades para controlarlo.

Otra perspectiva de análisis sobre la situación actual de las relaciones cívico-militares es la que proviene de la *sociología militar*, o de autores que privilegian una lectura sociológica general del problema marcando la creciente distancia entre los militares y la sociedad estadounidense. Ya habíamos adelantado que Huntington subrayaba que la naturaleza de los militares se articula pobremente con la sociedad civil liberal y que en caso que se incrementen las tensiones entre las demandas de la seguridad militar y los valores del liberalismo americano la solución de largo plazo abarca sólo dos alternativas: el debilitamiento de la amenaza a la seguridad o el debilitamiento del liberalismo (Huntington, 1957: 146).

Por su parte, Janowitz (1971, en Sarkesian, 2002) destaca que la socialización juega un papel muy importante en la consolidación del control civil. Consecuentemente, este proceso necesita que los militares reflejen valores de la sociedad de la cual provienen y estén dispuestos a servirla. Sin embargo, también es necesario que exista una cultura militar diferente ya que la tarea militar no podría sostenerse sin la fuerza de las tradiciones de servicio, la identificación profesional y el honor. Así el grado en el cual la sociedad debería imponer sus valores (y cultura) a los militares es una pregunta aún sin respuesta. En ese sentido sigue siendo controversial si los uniformados deben concentrarse más en la efectividad militar o en las libertades civiles. En nombre de la primera las fuerzas armadas continúan seleccionando a sus miembros en función de variables como el género, la orientación sexual y las habilidades físicas y mentales, mientras que dichas distinciones serían ilegales en un contexto civil. Por otra parte, numerosos especialistas continúan discrepando sobre el grado en el cual estas distinciones realmente incrementan la efectividad militar dejando abierta, entonces, la duda sobre la conveniencia de una cultura militar independiente de la cultura civil.

A lo largo de este trabajo hemos relevado numerosas opiniones calificadas y evidencia empírica sobre el deterioro del control civil. Esta situación en opinión de Rosati (1993) incluye la necesidad de tener en cuenta la existencia de una subcultura militar mientras que para Thomas Ricks (1997) este deterioro se ha agudizado en la pasada década por el alarmante y creciente abismo cultural entre los militares profesionales y la sociedad civil. Para este autor dicha brecha puede ser explicada por tres factores: una creciente ignorancia de los civiles sobre cuestiones militares derivada de la declinación del número de individuos con experiencia militar en la era de la pos-conscripción; la politización de los militares, acompañada por una creciente separación de los valores de la sociedad civil y el ambiente de seguridad de la pos guerra fría.

Según Foure (1997) las *culturas* étnicas nacionales contribuyen enormemente a formar lo que generalmente se conoce como “estilo negociador nacional”, al combinar su propia influencia con la de la historia, del sistema político y de la posición geográfica y económica del país. Por otra parte, señala que las *subculturas* como la de las corporaciones o las agrupaciones profesionales también pueden tener influencia sobre el comportamiento de la negociación aportando sus propias normas de conducta, sus símbolos y sus significados. Las mencionadas subculturas pueden complementar o contradecir la cultura étnica nacional ya que pueden favorecer valores que sean muy diferentes. En este marco se pueden dar *juegos complejos y cruzados entre cultura y subculturas*.

Si bien este análisis está enfocado a las negociaciones internacionales es conceptualmente aplicable a las negociaciones nacionales entre la cultura nacional –en

este caso la cultura liberal civil estadounidense– y las subculturas nacionales –como ser la subcultura militar– con su respectivo impacto sobre la política exterior.

Consecuentemente para comprender de forma integral las relaciones cívico-militares dentro del Departamento de Defensa debemos examinar su subcultura organizativa sumada a su estructura burocrática. Sería un error hablar de una única subcultura para todo el Departamento. El Pentágono no es sólo una “gran burocracia”, sino que está compuesto de diversas burocracias, formadas por grupos distintos: personal civil y personal militar que, a su vez, está dividido en cuatro servicios diferentes. Numerosos analistas de la cuestión militar en Estados Unidos señalan que las características de la mayoría de los oficiales (subcultura militar) incluyen: la preeminencia de un estilo “gerencial”; el intento de obtener armas y alta tecnología; la preocupación por los asensos en su carrera; la promoción de estrategias de guerra debilitantes y la creencia en la separación de la política y el combate militar (Rosati, 1993: 147).

Si analizamos estas características más detalladamente podemos afirmar que, tal como lo explicamos más arriba, la lucha inter-burocrática ha fortalecido los argumentos sobre que la institución militar ya no produce guerreros, sino *managers*. Los oficiales con habilidades administrativas son los más exitosos en la institución hoy en día. Un síntoma de este cambio se evidencia en las modificaciones de los títulos de post-grado y curriculums que presentan estos oficiales donde se destacan los de administración pública, negocios e ingeniería (Rosati, 1993:148). Así, tal como lo describimos en la evolución histórica del rol de las fuerzas armadas podemos apreciar que la modificación del perfil de los oficiales ha alterado la lógica de las instituciones militares, ha variado sus criterios de formación y ha incrementado su capacidad política en los procesos de toma de decisiones que afectan la acción externa del Estado americano.

Este giro hacia la función de *manager* fue reforzado por una segunda característica de la subcultura militar: la búsqueda de mayor tecnología, armas o materiales de alta calidad. Se ha desarrollado el supuesto de que los militares requieren expandir su *hardware* (armas y estructuras de soporte). Esto no sólo demanda una gran cantidad de *hardware* sino también la mejor calidad y sofisticación en tecnología posible. Por otra parte la incorporación de más y sofisticadas armas trae aparejado la suma de personal para administrar el “hardware” a la vez que disminuye la importancia de elementos intangibles como la capacidad de liderazgo en períodos de conflicto. Además, este objetivo ha llevado a los oficiales a ejercer un rol casi político sobre las relaciones cívico-militares influenciando al presidente, al congreso, utilizando a los medios, realizando campañas y obviamente oponiéndose a aquellos que apuestan a una disminución en el presupuesto militar. Por esto los militares se han vuelto una potencia política en cuestiones de defensa (Rosati, 1993: 148-149).

Una tercera característica de esta subcultura es el aumento de la preocupación por el ascenso en la carrera. Muchos oficiales jóvenes si bien no están de acuerdo con la burocracia establecida (ya sea con acarrear papeles, trabajar bajo el síndrome de la alta tecnología o quedar sujetos a la politiquería) porque no contribuye a su formación, no tienen mucho interés en oponerse a ésta. Ello se debe a que su ascenso implica respetar las normas de la institución con un muy bajo o inexistente criticismo. La expectativa se guía por una lógica de “*up or out*” y para ascender necesitan informes positivos de sus superiores y autorizaciones para transitar por diferentes funciones y participar en

situaciones de guerra para obtener records de combate esenciales para acceder a los puestos más altos de la carrera (Rosati, 1993:149).

Otra de las creencias que ha condicionado al personal militar es la gran importancia impuesta a la guerra de agotamiento –la cuarta característica de la subcultura militar– como el abordaje militar básico de la guerra. Los militares de Estados Unidos están preparados, organizados, equipados y entrenados para la guerra de agotamiento. Esta estrategia consta en deteriorar, debilitar, dejar exhausto y derrotar al enemigo mediante el uso masivo del poder de fuego. Sin embargo, debido a las diferentes misiones y responsabilidades de las distintas fuerzas esto ha resultado en tres diferentes estrategia de guerras de agotamiento generando: la del ejército, la de la marina y la de la fuerza aérea (Rosati, 1993:149), lo que desde nuestra perspectiva ha forjado disputas internas pero, fundamentalmente, permanentes negociaciones y presiones sobre el poder político (Ejecutivo o Congreso) para que privilegie una sobre la otra.

La última característica de la subcultura militar es la creencia en la separación entre la política y el combate militar. Dada la naturaleza de la constitución estadounidense, la perspectiva militar es que los civiles, representados por el presidente y el Congreso, tienen el poder de decidir cuándo y con quién comenzar la guerra, pero una vez que esta decisión ha sido tomada, el control de la guerra debe pasar a manos militares que son quienes están correctamente entrenados para la misma. Sin embargo, algunos miembros de la corporación militar han concluido que ellos también deberían controlar los procesos administrativos y operacionales durante tiempos de paz así como durante la guerra, siendo que la paz es el período en el cual se preparan para la guerra. Obviamente, los presidentes y otros civiles ven la naturaleza de las relaciones cívico-militares de una forma diferente. Creen que el presidente es el comandante en jefe antes, durante y después de la guerra, como está estipulado en la constitución y por lo tanto los militares deberían ser receptivos al liderazgo civil y a las órdenes presidenciales (Rosati, 1993:150). Dadas estas diferencias de opinión, los líderes civiles y militares se han encontrado varias veces en batallas políticas tanto en tiempos de guerra como de paz.

Desde la perspectiva de Ricks (1997) *el cambio* más importante que ha tenido lugar *entre los militares* es la finalización de la conscripción en 1973 cuyas consecuencias siguieron apareciendo en la Posguerra Fría con una gran cantidad de personas en servicio activo que son voluntarios. Este hecho generó varias implicancias sobre cómo operan los militares y cómo se relacionan con la sociedad. En contraste con la desmovilización posterior a la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, la disminución de tropas a inicios de la Posguerra Fría tropezó con la resistencia de muchos soldados, porque todos voluntariamente quisieron ser militares y la mayoría de ellos continuaron demandando por permanecer ahí.

En parte como resultado del fin de la conscripción, los últimos años han visto el aumento del militar profesional. A pesar de estar mejor entrenados y ser más estables en términos de grupo social estos profesionales son caros de mantener, ya que traen con ellos a sus familias y su infraestructura social, que abarca desde cuidados en salud hasta altos niveles en educación dentro de las bases militares. Estos costos sólo pueden ser reducidos cortando la red de seguridad social o disminuyendo el personal, pero ambas soluciones generarían resentimiento entre los militares (Ricks, 1997:69) y traerían más conflictividad a las relaciones cívico-militares.

Por otra parte, en conexión con el tema de la subcultura, Ricks (1997) sostiene que la profesionalización de los militares pos-conscripción ha traído también cambios culturales. Coincidiendo con Khon (1994) podemos afirmar que los oficiales han cambiado desde la Guerra Fría su forma de actuar y sentir, hablan de ellos mismos como personas diferentes –moral y culturalmente– en referencia al resto de la sociedad. Ya no son los militares de los cincuenta y sesenta, los cuales eran un gran *establishment* de ciudadanos militares semi-movilizados, con un alto número de oficiales jóvenes que estaban allí temporalmente y una base de conscriptos.

Además, los oficiales consideran que el proceso de reconstrucción interno conseguido por los militares después de Vietnam constituye otro gran cambio. Dentro de este proceso positivo el cuerpo de marines aparece como un ejemplo en tanto durante los años setenta esta organización era desastrosa debido a su alto uso de drogas y racismo. En nuestros días el cuerpo de marines ha reducido drásticamente sus problemas disciplinarios, tanto en las cuestiones raciales como en el abuso de sustancias adictivas ilegales y, en ese marco, creen que se diferencian del resto de la sociedad americana que ha hecho pocos esfuerzos en esa dirección y se sienten aislados, alienados –o no identificados– del resto de los jóvenes (Ricks, 1997: 70-74).

Estas tendencias alienantes están ocurriendo en el marco de amplios cambios culturales entre los militares como la *notable politización* del cuerpo de oficiales (Khon, 1994 y Holsti, 1998-99). La cultura militar siempre ha presentado una línea conservadora, sin embargo los oficiales de hoy son más conservadores aún y están más involucrados en la política que sus predecesores. La evidencia disponible indica que los miembros de las fuerzas armadas aparecen políticamente menos representativos de la sociedad, con un creciente número de oficiales jóvenes que no quieren llamarse liberales mientras que se identifican abiertamente como republicanos, como si dicha posición se estuviese volviendo una norma.²⁶ Esta tendencia hacia la derecha no está solo limitada a los estudiantes. Si bien el caso de los marines es el más extremo, en opinión de Ricks, ellos no deberían ser vistos como el lugar donde se encuentran hoy los militares, sino como un indicador de hacia donde se dirigen. Un miembro del ejército, el Mayor Robert Newton opina que “estos cambios indican la posibilidad de serios problemas en las relaciones cívico-militares para los Estados Unidos, ya que en vez de verse a sí mismos como representativos de la sociedad, creen que son un elemento único dentro de la misma” (Ricks, 1997: 70-73).

Además de su creciente conservadurismo los militares actuales son políticamente más activos a través del voto. El personal militar ha estado votando en grandes cantidades durante las últimas décadas, alterando la tradición por la cual la mayoría de los oficiales pensaban que no era una conducta apropiada jugar un rol activo en las decisiones políticas.

Por otra parte, existe una desconfianza por parte de los militares hacia la sociedad y hacia los políticos que deviene de la experiencia de Vietnam. El coronel retirado Andrew Bacevich comenta que “hay una alta posibilidad de que los militares americanos tengan sospechas sobre la sociedad, es como una resaca después de Vietnam [el razonamiento se basa en la idea] ustedes nos traicionaron antes, nos pueden volver a

²⁶ La mayor Dana Isaacoff comenta que la gran mayoría de los cadetes a los cuales enseña en el Massachusetts Institute of Technology aseguran ser republicanos y consideran que esto se está transformando en parte de la definición de ser un militar (Ricks, 1997: 72).

traicionar...” y considera que esta sospecha no está disminuyendo con el tiempo sino que se está transmitiendo. Desde el otro lado, en el largo plazo el fin de la conscripción también está teniendo consecuencias en tanto se ha vuelto más fácil para la clase media en general y los liberales en particular seguir su impulso tradicional de darles la espalda a los militares (Ricks, 1997: 74).

Los perfiles descriptos hasta aquí no son nuevos y aparecían entre los soldados pre-Segunda Guerra Mundial. En su trabajo *El soldado profesional*, Janowitz escribe que “la ideología militar ha mantenido su desaprobación por la falta de orden y respeto a la autoridad que siente que caracteriza a la sociedad civil [...] en el pasado la mayoría de los soldados profesionales incluso sentían que la fibra moral del hombre americano era degradante e incluso podría no resistir los rigores de la batalla...” (Janowitz, 1971 citado por Ricks, 1997: 74). Sin embargo existen dos diferencias importantes entre los militares de hoy y aquellos previos a la Segunda Guerra Mundial. Primero, son muchos más, el número aumentó casi seis veces. Segundo, son frecuentemente utilizados como instrumentos en la política nacional. Una posible tercer diferencia es la calidad, por primera vez en la historia de la nación el ejército norteamericano aparece como el número uno a nivel mundial (Ricks, 1997:74). Consecuentemente, hemos podido mostrar a lo largo de este trabajo que dadas estas condiciones los militares tienen una importante capacidad para reaccionar contra el poder civil en cualquier situación que les desagrade. Estas pueden variar desde las posibles disminuciones presupuestarias que el Ejecutivo y el Congreso buscaron a inicios de la Posguerra Fría hasta la participación masiva en conflictos con altos presupuestos, pero con los que no acuerdan totalmente como es el caso de la guerra en Irak.

Los *cambios en la sociedad americana* también inciden en las relaciones cívico-militares. Hay un amplio acuerdo sobre que en las décadas pasadas la sociedad americana se ha fragmentado, se ha vuelto más individualista, menos disciplinada con instituciones como la familia, la iglesia y la escuela lo que ha generado una disminución de la influencia de dichas instituciones sobre su comportamiento. Estos cambios ponen a la sociedad “reñida” con los valores militares clásicos de sacrificio, unidad, autodisciplina, y consideración de los intereses grupales antes de los personales (Ricks, 1997: 74).

En ese contexto los vínculos militares con los sectores más liberales identificados con el Partido Demócrata se deterioraron más que con los sectores conservadores identificados con los republicanos. Además, los momentos neoconservadores bajo las administraciones Reagan y Bush hijo brindaron la oportunidad de una alianza entre civiles pro-militares y militares en torno a las ideas de mayor presupuesto para la defensa, la militarización de la política exterior y la recuperación de los valores sociales conservadores. Si bien dicha alianza ha sufrido vaivenes y enfrentó disputas internas sigue fomentando una relación mucho más fluida que la que podría generarse entre liberales-progresistas-demócratas y militares.

Por otra parte, los militares –como sostuvimos más arriba– sienten que han realizado avances en la lucha contra el consumo de drogas y en la integración racial; que sus miembros más jóvenes están mejor educados que los civiles y frecuentemente argumentan que poseen más capacidad y motivación que los jóvenes civiles de 18 o 19 años.

Para algunos especialistas el fin de la conscripción ha alterado la forma en que la sociedad ve a los militares: como las elites ya no ponen a sus hijos al servicio de las fuerzas militares, el pueblo americano desconfía y no desea enviar a sus propios hijos al campo de batalla. Dos hechos de los últimos años ilustran esta tendencia: la gran mayoría de senadores y representantes que votaron a favor de la guerra en Irak, no enviaron sus hijos a combate. Por otra parte, tratando de subrayar la mejor articulación entre los republicanos y los militares durante la campaña electoral de 2008 John McCain y Sarah Palin destacaron la partida de sus hijos hacia el campo de batalla en Irak, como una nota distintiva.

Otros afirman que en realidad lo que ocurre es que el pueblo americano no tolera pérdidas humanas cuando está en desacuerdo con la política implementada o no la comprende. Los casos de Somalia y la segunda Guerra del Golfo son un ejemplo de esta última tendencia. A esto podríamos agregar que en la primera década de la Posguerra Fría la puesta en práctica de la estrategia militar establecida por los militares en los años ochenta para sacar las tropas fuera de la fronteras, más la idea de *cero casualties* de Colin Powell sumada a las capacidades tecnológicas fomentaron un imaginario social – con un considerable sustento– de la posibilidad de una guerra sin pérdidas de vida americanas. La idea de una guerra pos-heroica –en palabras de Luttwak (1995)– como modelo para los Estados Unidos sintetiza claramente el efecto generado. En este marco, el respeto y admiración por los héroes de guerra sigue vigente, aunque pocos en estos días quieren convertirse en uno de ellos.

Quizás uno de los efectos más notorios de esta situación se refleja en nuestros días a través de las dificultades para el reclutamiento de soldados. En Estados Unidos está establecido que los ciudadanos hombres entre 18 y 25 años deben registrarse para que en caso que sea necesario instituir el servicio militar obligatorio si una cuestión de seguridad nacional lo requiere puedan ser ubicados.²⁷ Estos nuevos soldados se sumarían a la tarea de los militares profesionales. Si embargo, Estados Unidos no ha puesto en práctica con posterioridad a 1973 nuevamente el servicio militar obligatorio, sino que mantiene un servicio militar voluntario, pero a partir de 2003 con dos importantes frentes de guerra abiertos (Afganistán e Irak) y ante la disminución abrupta del reclutamiento voluntario²⁸, las autoridades del Pentágono iniciaron campañas activas de reclutamiento, donde aparecían ofrecimientos de distinta índole: incremento en el pago, concesión de ciudadanía para los extranjeros que residían en el país y aún no poseían esa condición, la instalación de oficinas de reclutamiento en el exterior²⁹ y flexibilización con respecto a los antecedentes en el consumo de droga.

Esta decisión no sólo muestra la permanencia de la brecha entre civiles y militares, sino que trajo varias consecuencias. Una de ellas fue la oposición de padres a que las escuelas brinden los datos de sus hijos para que reciban el ofrecimiento de

²⁷ Disponible en el portal oficial del gobierno de Estados Unidos en español llamado “Gobiernousa.gov Información oficial en español”, http://www.usa.gov/gobiernousa/Agencias/Servicio_Militar.shtml, consultado el 20 de octubre de 2008.

²⁸ El número de jóvenes negros que se plantean una carrera completa en las fuerzas armadas ha descendido un 59 por ciento desde 1989. En número de jóvenes blancos que se plantean la misma carrera también ha bajado, pero sólo un 19 por ciento. McHugh, Jane, “Young, gifted, black- but not in the army”, Army Times, 20 de mayo de 2006, citado en “Servicio militar en los Estados Unidos de América: cuestiones sobre conciencia y DD.HH”, en *War Resisters’ Internacional*, 1 de marzo de 2006, disponible en: <http://www.wri-irg.org/news/2006/usa0603-es.htm#fn2>, consultada el 20 de octubre de 2008.

²⁹ Ver “Los Estados Unidos instalan el reclutamiento de voluntarios en Georgia, ex República Soviética”, 3 de febrero de 2005. Disponible en [Voltairenet.org](http://www.voltairenet.org). Red de Prensa No Alineados <http://www.voltairenet.org/article123732.html>, consultado el 23 de octubre de 2008.

incorporarse a la fuerzas armadas³⁰, la conformación de un ejército surgido del “reclutamiento de la pobreza” en tanto se suman a él las clases más desprotegidas,³¹ las dificultades –a diferencia de lo que acontecía a inicios de la década de los noventa– para que los reclutas puedan retirarse de las fuerzas armadas antes del vencimiento de su contrato y un deterioro de los logros obtenidos por los propios militares en su lucha contra el consumo de drogas dentro de las fuerzas.³² Asimismo se argumentó que la incapacidad de la administración Bush y de las fuerzas armadas estadounidenses para reclutar a su población originaria estaría generando el inicio de un perfil mercenario en esa institución, lo que debilitaría el compromiso nacional con la defensa en el mediano y largo plazo.

Por otra parte, Ricks (1997: 76) sostiene que las elites políticas y económicas americanas no entienden a los militares y avala la probabilidad de que cierta incompreensión de los asuntos militares caracterice el proceso de toma de decisiones en el futuro. Durante la guerra de Vietnam dos tercios de los integrantes del Congreso eran veteranos mientras que hoy la relación es inversa y dos tercios no lo son. Por su parte Holsti (1997/98), como lo señalamos al inicio de este trabajo, subraya la renuencia de los líderes políticos de la generación de los *baby boomers* a participar en la Guerra de Vietnam, siendo esta actitud más generacional que ideológica.³³

En los años noventa uno de los puntos más importantes fue la declinación del interés del Congreso en cuestiones de defensa. Para Ricks esta situación no es ideológica, sino que devino de la disminución presupuestaria en seguridad que se dio en esos años y de una sensación de que los temas de defensa ya no eran placenteros para los congresistas con la consiguiente declinación del prestigio del *Armed Services Committes*. Entre los congresistas elegidos en 1992, 19 solicitaron asientos en el Comité de Ciencia y Tecnología que históricamente había sido un remanso, mientras que sólo 7 lo hicieron en el de Servicios Armados (Ricks, 1997:76). En la misma dirección se afirmaba que esta ausencia de interés y la consiguiente falta de conocimiento no afectaban demasiado el diseño y ejecución de la política de seguridad nacional.

Esta situación se ha revertido a partir de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 en tanto la administración de George W Bush ha incrementado enormemente el presupuesto de defensa, ha reinstalado la seguridad como un tema central y le ha otorgado a los “vulcanos”, y sus creencias sobre el dominio global de los Estados Unidos basado en una superioridad militar, un rol ideológico central. En este marco el Congreso ha vuelto a tratar los temas de seguridad como una parte central de su agenda. Sin embargo, resulta útil aclarar que hasta el año 2006 aproximadamente la acción del legislativo consistió simplemente en aceptar todos los pedidos del Ejecutivo

³⁰ La ley federal Ningún Niño Rezagado (NCLB), firmada por el presidente Bush en 2001, obligó a los distritos escolares de todo el país a entregar este tipo de información sobre los estudiantes de los grados 11 y 12 a las fuerzas armadas. Para ver como reaccionaron los padres de Los Angeles consultar “Rechazan Reclutamiento en Estados Unidos”, Prensa Latina, 6/11/2004, disponible en Aporrea.org. Comunicación popular para la construcción del socialismo del siglo XXI <http://www.aporrea.org/actualidad/n52393.html>, consultado el 25 de octubre de 2008.

³¹ Aunque el alistamiento en las fuerzas armadas es voluntario, el número de personas de clase socioeconómica baja en las fuerzas armadas es desproporcionadamente alto. El movimiento pacifista de EE. UU. lo denomina "el reclutamiento de la pobreza".

³² Durante 2007 la flexibilidad con respecto al consumo de drogas fue incorporada también a los criterios de reclutamiento del FBI.

³³ Con esto queremos señalar que dentro de esos líderes se encontraban demócratas y republicanos.

y no en generar propuestas que nacieran en su ámbito.³⁴ Sin embargo, a los efectos de analizar si esta tendencia de desinterés del Congreso se ha revertido habrá que realizar un seguimiento de mediano plazo que supere los análisis coyunturales.³⁵

El tercer rubro de *cambios se da en el medioambiente de la seguridad*. Con la implosión de la Unión Soviética, muchos americanos no entendían porqué la nación necesitaba fuerzas armadas tan grandes. Para algunos autores esta fue la primera vez en la historia que el ejército debió justificar su existencia ante el pueblo americano y defender su presupuesto.

En ese marco comenzaron a discutirse las características de la amenaza en la Posguerra Fría. Uno de los cambios más significativos apareció ligado a la jerarquización del conflicto doméstico, tanto en los Estados Unidos como al interior de otros países. Así, con la amenaza militar disminuida muchos coincidían en que el caos interno surgido de “la declinación de la familia y los valores morales” constituía la verdadera amenaza, en forma similar a lo acontecido en otras naciones que, por otros motivos, enfrentaban serios problemas domésticos. Borrar la línea entre la amenaza externa y la interna se hizo natural entre algunos grupos militares. En ese contexto, los marines sintieron que las operaciones frente a los motines de Los Ángeles en 1992 fueron un preámbulo de Somalia (Ricks, 1997: 76-77).

El diagnóstico sobre el aumento potencial de la desobediencia civil en las ciudades como un hecho inevitable y la necesidad de que las fuerzas militares deban emplearse más seguido dentro de las fronteras americanas, no sólo resulta llamativo, sino contrario a la legislación vigente. Sin embargo, ciertos sectores militares se han atrevido a manifestar la necesidad de modificar esta legislación, lo que sin dudas tendrá consecuencias a largo plazo en las relaciones cívico-militares estadounidenses.

En diciembre de 1994 un análisis militar, publicado en *Marines Corps Gazette* por William Lind, destacaba que la cultura americana estaba colapsando: “Comenzando a mediados de la década de los sesenta, hemos tirado los valores morales y estándares que definían nuestra cultura. En parte fue a causa de radicales culturales, personas que odian nuestra cultura Judeo-Cristiana. Dominantes en la elite, especialmente en las universidades, los medios y la industria del entretenimiento; estos radicales han llevado a cabo eficazmente una agenda de relativismo moral, secularismo militar y liberación social y sexual. Esta agenda se ha codificado lentamente como una nueva ideología, conocida usualmente como multicultural, esta es la esencia del marxismo trasladada de lo económico a lo socio-cultural” (Lind, 1994 en Rick, 1997: 77).

³⁴ Para consultar los Comités de la Cámara de Representantes y del Senado de Estados Unidos con sus respectivos miembros ver http://clerk.house.gov/committee_info/oal.pdf y http://www.senate.gov/pagelayout/committees/d_three_sections_with_teasers/committees_home.htm

³⁵ Los datos del año 2008 muestran tendencias contradictorias. Por una parte en las elecciones primarias Hillary Clinton enfatizó su condición de miembro del Comité de *Armed Services* como una condición básica para ser una buena Comandante en Jefe en detrimento de Obama que no había expresado interés en este tema y no podía mostrar experiencia al respecto. Por otra parte, ya durante la campaña electoral nacional McCain hace de su condición de héroe de guerra y de Vicepresidente del mencionado Comité dos atributos básicos para manejar la seguridad nacional y ser un buen Comandante en Jefe. Por su parte, Obama destaca que su capacidad está en haber votado correctamente en los momentos claves: por ejemplo su voto opuesto a la guerra en Irak. Sin embargo, los acontecimientos ligados a la crisis financiera internacional llevaron a ambos candidatos a preocuparse por otros temas y a manifestar que el Estado americano debía preocuparse por la situación de la sociedad estadounidense y, en un futuro cercano, disminuir el déficit fiscal lo que implica, de hecho, controlar el gasto militar y privilegiar otras cuestiones.

El coronel retirado Michael Wyly escribió en un artículo para *Gazette*: “debemos estar dispuestos a comprender que es tan probable que nuestro enemigo real aparezca dentro como fuera de las fronteras”. Golpea fuertemente a dos principios fundamentales del profesionalismo militar de Estados Unidos: la inquebrantable subordinación al control civil y la no participación en cuestiones políticas diciendo: “si nuestras leyes y la propia imagen sobre el rol que tenemos como militares no nos permiten comprender al enemigo real, debemos cambiarlas”. En ese marco Wyly consideró la posibilidad de que los marines se nieguen a cumplir ciertas leyes; específicamente, si el Congreso fuese demasiado estricto respecto al derecho de poseer armas. En este caso los marines deberían entender que hacer cumplir tal restricción podría rápidamente convertirlos en enemigos de la libertad constitucional (Rick, 1997: 78).

Esta idea de la necesidad de recuperar los valores conservadores tradicionales y protegerlos fue parte central del modelo neoconservador impulsado por George W. Bush y, además, se relacionó directamente con la seguridad a partir de los atentados terroristas de 2001. En este marco, las fuerzas de seguridad y de inteligencia violaron las normas vigentes en función de llevar adelante escuchas ilegales sin tomar en cuenta disposiciones contrarias por parte de la justicia; se consideró a las diferentes culturas y valores como una fuente directa de amenaza y, en algunos casos, se les otorgó la condición de generadora de terrorismo y se decidió modificar vía la guerra los sistemas políticos de algunos países considerados santuarios del terrorismo o enemigos de Estados Unidos. Si bien el presidente Bush ha destacado en numerosas ocasiones que lleva la lucha anti-terrorista a otros países para vencer a esos grupos allí y no tener que atacarlos en el propio territorio americano, también es cierto que las nuevas tipologías de la amenaza en la posguerra fría (difusa y transnacional) han contribuido a que se alteren leyes nacionales, ha conducido a los militares a enfrentar un enemigo que aún no han podido vencer y, finalmente, en el mediano plazo –después de pasada la crisis de temor ocasionado por los atentados– han generado una disminución de la voluntad de la sociedad civil de servir voluntariamente al país a través de las fuerzas armadas.

A modo de cierre

La sistematización de información sobre el control civil que tipificó las relaciones cívico-militares en los Estados Unidos, así como los diversos análisis disciplinares –políticos, históricos y sociológicos– que de él se han hecho, ponen de manifiesto que ha sufrido una serie de cambios en su condición de fuerza profunda que sustentó el sistema político doméstico y llegó a ser parte de su identidad. Esta situación, consecuentemente, afectó la incidencia de las fuerzas armadas en la política exterior tanto en intensidad como en contenidos.

Dichos cambios no se han canalizado, como ocurrió en otras naciones, en una acumulación de poder destinada a sustentar un golpe de Estado. Sin embargo, muchos de ellos han incrementado el poder de los militares afectando la capacidad de decisión del poder civil sobre cuestiones de seguridad nacional e internacional y su articulación con los asuntos externos.

Dentro de los factores históricos que explican este fenómeno se destaca el crecimiento en el tamaño de las fuerzas y en la capacidad de gestión pública de los militares a partir de la Guerra Fría. Si bien la consolidación de Estados Unidos como

superpotencia se basó en un trípode de atributos de poder con componentes políticos, económicos y estratégicos-militares, estos últimos adquirieron una importancia central en el esquema de la bipolaridad llevándose consigo gran parte del presupuesto nacional y de las innovaciones tecnológicas surgidas en el campo de la tecnología dual o sensible.

Más allá de la incompatibilidad intrínseca entre un sistema político fuertemente liberal y la lógica militar de la cual nos habla Huntington, lo cierto es que hasta la Guerra Fría las pautas centrales del control civil no habían sido desafiadas y, en el imaginario colectivo, los héroes de guerra eran profundamente admirados por la sociedad estadounidense y, a su vez, esta condición era un criterio central en el reclutamiento político. Así, después de una gran tarea militar –ya sea como profesional o voluntario– el acceso a la actividad política se veía facilitado aunque recién en ese momento el público se enteraba de las preferencias políticas de quien ahora era funcionario y antes había sido militar. Dicho en otras palabras el *bridge* entre militares y sociedad civil y entre militares y política existía y su tránsito estaba pautado.

La acumulación de poder de los militares en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial chocó con los intereses civiles en forma contundente durante el conflicto en el sudeste asiático generando múltiples efectos negativos enmarcados en el llamado *síndrome de Vietnam*. Con posterioridad a esta guerra los oficiales no ocultarían más sus desacuerdos con la conducción civil, mantendrían una activa militancia en función de sus objetivos sectoriales y buscarían las alianzas políticas que resultasen beneficiosas para lograrlos. Esta tendencia alteró y debilitó el control civil manteniendo el desbalance hasta nuestros días. Así, los militares comenzaron a generar una actividad política permanente que finalmente desembocó en una clara posición partidaria a favor de los republicanos. Refugiados en los valores conservadores de este sector, pero fundamentalmente en su visión realista de las relaciones internacionales con la consiguiente importancia teórica y empírica de los atributos de poder ligados a la fuerza militar encontraron aliados civiles que terminaron consolidando el poder militar.

En el ámbito de la seguridad nacional y la política exterior los militares terminaron estableciendo los criterios para sacar las tropas norteamericanas fuera de sus fronteras, condicionando de esta manera el tipo de conflicto en el cual estaban dispuestos –o no– a participar y las exigencias para hacerlo. Además, tendieron redes cada vez más sólidas con el complejo industrial y algunos sectores del Congreso a los efectos de lograr la aprobación de los proyectos armamentísticos y sus respectivos presupuestos. Para ello modificaron el perfil de formación de los soldados acentuando los contenidos sobre gerenciamiento y administración pública y, por otra parte, aprovecharon al extremo las capacidades brindadas al *Chairman of the Joint Chief of Staff* por la modificaciones legislativas de 1986. Así, consiguieron que él fuese –tal como afirma Khon– el *Chairman* y no el poder civil quien diagnosticara las características del escenario internacional de Posguerra Fría y estableciese las acciones que, dentro de éste, debía desempeñar Estados Unidos. En este sentido, en el llamado nuevo orden internacional anunciado por el presidente Bush padre subyacían más opiniones militares que civiles.

Este proceso de cambio político del sector militar se insertó en un marco sociológico que muestra una creciente distancia entre los militares y la sociedad civil. La idea de que la sociedad americana invadida de desviaciones provenientes del

liberalismo estaba –y aún estaría– abandonado los valores tradicionales agudizó la percepción militar de que ellos eran distintos y mejores. El fenómeno de la alienación de los jóvenes militares comenzó a consolidarse y fue altamente funcional a la generación de dos anomalías dentro del control civil: la identificación partidaria con los republicanos y los principios conservadores no ya como una opción, sino como una norma propia de la esencia para ser militar y el incremento de las diferencias y las disputas entre la cultura nacional y la subcultura militar.

A diferencia de épocas pasadas la situación en nuestros días muestra que el *bridge* entre los militares y la sociedad civil ha sido remplazado por un *gap* difícil de achicar. Por otra parte, las reglas que regulaban el tránsito por el puente que unía la actividad militar con la política se han alterado y hoy el camino es a través de un *bridge on the turbulence*.

El destino final de la alteración de los patrones de control civil y su impacto sobre las relaciones cívico-militares es incierto, puede profundizarse o achicarse. Sin embargo, podemos afirmar que dicha evolución irá de la mano de los cambios en el orden internacional y de las decisiones que se tomen a nivel de la política exterior y de defensa de los Estados Unidos en la era pos George W. Bush. En ese marco, los militares continuarán insistiendo y actuando en función de que sus opiniones sean tenidas en cuenta como principios rectores sobre el futuro de la acción externa que se diseñe desde Washington ocupando, de esta forma, un rol diferente al que originariamente le asignaron *los Padres Fundadores*.

Bibliografía

- AGÜERO, Felipe (1999), “Las fuerzas armadas en una época de transición: perspectivas para el afianzamiento de la democracia en América Latina”, en DIAMINT, Rut (editora) (1999), *Control civil y fuerza armadas en las nuevas democracias latinoamericanas*, Nuevo Hacer, GEL, Buenos Aires.
- “American Coup D’etat”, *Harper’s Magazine*, April 2006, Vol 312, Fascículo 1871.
- BACEVICH, A.J (1993), “Clinton’s Military Problem- and Ours” *Nacional Review* December 13.
- BUSSO, Anabella (2003), “La política exterior americana a partir de la administración de George W. Bush: su impacto mundial y regional”, *CEI-Newsletter*, Universidad Torcuato Di Tella, mayo- junio, disponible en: <http://www.utd.edu/cei/actividades.htm>
- BUSSO, Anabella y PIGNATTA, María Eva (2008), “Fuerzas profundas, identidad y política exterior. Reflexiones teóricas y metodológicas”, en BUSSO, Anabella (Comp.) (2008), *Fuerzas profundas e identidad. Reflexiones en torno a su impacto en la política exterior. Un recorrido de casos*, Tomo I, e-book, UNR editora, Rosario, Argentina.
- COLACRAI, Miryam y LORENZINI, María Elena (2002), “Política exterior de Chile: ¿excepcionalismo o continuidad? Una lectura combinada de fuerzas profundas y tendencias”, *Confines*, agosto-diciembre, año/vol.1, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM) Monterrey, México, pp.45-63.
- CROWE (1993), William J. Jr., *The Line of Fire: From Washington to the Gulf, the Politics and Battles of the New Military*, Simon & Schuster, New York, citado por Kohn, Richard (1994), “Out of Control”, *National Interest*, Spring.
- FAURE, Guy Olivier (1997), “Cultura y Negociación Internacional”, en BELTRAMINO, Juan Carlos (Comp.), *Jornadas sobre requerimientos y tendencias actuales de la negociación internacional*, Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), Buenos Aires.
- FOYLE, Douglas C (2002), “Public Opinión and Bosnia: Anticipating Disaster”, en CARTER, Ralph G. (Ed.) (2002), *Contemporary Cases in U.S. Foreign Policy*, CQ Press A Division of Congressional Quarterly Inc., Washington.
- FUKUYAMA, Francis (2007), *América en la encrucijada: democracia, poder y herencia neoconservadora*, traducción de Gabriel Dolgallardo, Ediciones B, Buenos Aires, 2007.

- GERTS, Bill (1995), "Senate Report on Somalia Intervention", *The Washington Post*, October 1.
- HOLSTI, Ole (Winter 1998/99), "A Widening Gap between the U.S. Military and Civilian Society? Some Evidence, 1976-96", *Internacional Security*, Vol. 23 N° 3.
- HOLZER Robert and LESUEUR Stephen C. (1994), "JCS Chairman's Rising Clout Threatens Civilian Leaders", *Defense News*, June 13-19.
- IGNATIUS, David (2006), "Replace Rumsfeld", *The Washington Post*, Washington DC, April, 14.
- IKENBERRY, John G. (2002), "America's Imperial Ambition", *Foreign Affairs*, Vol. 85, N° 5, September / October.
- KLINGBERG, Franck (1983), *Cyclical Trends in American Foreign Policy Moods: The Unfolding of America's World Role*, Laham, MD, University of America, Estados Unidos.
- KOHN, Richard (1997), "Out of Control", *Nacional Interest*, Spring.
- KRISTOL, Irving (1993), "La definición de nuestro interés nacional", en HARRIES Owen (Comp.) (1993), *El propósito de los EE.UU. de América. Nuevos enfoques de la política exterior de EE.UU.*, Editorial Pleamar, Buenos Aires.
- LAFER, Celso (2002), *La identidad internacional de Brasil*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- LEHMAN, John (1994), "An Exchange on Civil-military Relations", *Nacional Interest*, Nro. 36.
- LIEVEN, Anatol (2006), "Los militares y la CIA contra la Casa Blanca", *Le Monde Diplomatique edición Cono Sur*, junio.
- LUTTWAK, Edgar (1995), "Toward Post Heroic Warfare", *Foreign Affairs*. May/Jun.
- MANN James (2004), *Rise of the Vulcans. The History of Bush's War Cabinet*, Penguin Group, Estados Unidos.
- NYE, Joseph (2003), "Poder y estrategia: Estados Unidos después de Irak", *Foreign Affairs en Español*, Julio - Septiembre.
- POWELL, Colin (1992/93), "US Forces: Challenges Ahead", *Foreign Affairs*, (Winter), pp. 32-44.
- RENOUVIN, Pierre y DUROSELLE, Jean Batiste (2000), *Introducción a la Historia de las Relaciones Internacionales*, Fondo de Cultura Económica, México.
- RICE, Condoleezza (2000), "Promoting The Nacional Interest", *Foreign Affairs*, Vol. 79, N° 1, January / February.
- RICKS, Thomas E. (1997), "The Widening Gap Between The Military and Society", *The Atlantic Monthly*, July.
- ROSATI, Jerel (1993), *The Politics of United States Foreign Policy*, Harcourt Brace Jovanovich, United States.
- SARKESIAN, Sam; WILLIAMS, John Allen; CIMBALA, Stephen (2002), *U.S. Nacional Security. Policymakers, Processes, and Politics*, (Third Edition) Lynne Rienner Publishers, Colorado, United States.
- SCOTT James and CROTHERS A. Lane (1998), "Out of the Cold: The Post-Cold War Context of U.S. Foreign Policy", en James SCOTT (editor) (1998), *After The End. Making U.S. Foreign Policy in the Post-Cold War World*, Duke University Press.
- SCHMITT, Eric (1995), "Study Faults Powell Aides on Somalia", *The New York Times*, October 1.
- STECH, Frank (Autumn 1994) "Winning CNN Wars", *Parameters*, US Army War Collage Quarterly, Autumn, pp. 37-56.
- STOCKTON, Paul, "When the Bear Leaves the Woods. Department of Defense Reorganization in the Post-Cold War Era", en RIPLEY Randall and LINDSAY, James (1997), *U.S. Foreign Policy After the Cold War*, University of Pittsburg Press, Pittsburg.
- STROBEL, Warren (1996), "The CNN Effect", *American Journalism Review*, Maryland, May, pp. 33-37.
- TOKATLIAN, Juan Gabriel (2006), "Washington cambia de estrategia", *La Nación*, Sección Opinión, Buenos Aires, 27 de abril.
- U.S. Congress, House of Representative, Committee on International Relations (1975), *Background Information on the Use of US Armd Forces in Foreign Countries*, Committee Print (94 th Cong., 1st. sess.).
- WALLERSTEIN, Emmanuel, (2004) "La reelección de Bush y sus implicancias para EE.UU y el mundo", *Revista del Observatorio Social de América Latina*, año V, N° 15, septiembre -diciembre.

Entender a Rusia a través de sus fuerzas profundas: dificultades y desafíos de una reflexión recurrente¹

Graciela Zubelzú



¹ Este artículo es una reproducción autorizada del publicado en la *Revista.Brasileira de Política Internacional*, Brasilia, 2007, Nº 50 (1): pp. 102-120.

Resumen: Este artículo analiza rasgos que por su persistencia en prolongados períodos históricos pueden ser considerados como elementos que contribuyen a moldear la identidad de la nación rusa. Estas “fuerzas profundas” son: el excepcionalismo, el mesianismo, el externalismo, el territorialismo y el peso del Estado. También se aborda a las “fuerzas organizadas” como actores estatales y burocracias. Se reflexiona sobre el peso y la vigencia de algunas de estas fuerzas en los debates sobre la política exterior contemporánea.

Palabras clave: Rusia, fuerzas profundas rusas, mesianismo, excepcionalismo, estatismo

Abstract: This article analyzes features than, due to their persistence in long historical periods, can be considered key elements shaping the identity of the Russian Nation. These “deep forces” are: exceptionalism, messianism, externalism, territorialism and the key role of the State. The article deals with the “organized forces” such as bureaucracy and state agencies. It also considers the weight and the standing of some of these streams in the debates about contemporary foreign policy.

Key words: Russia, Russian deep forces, messianism, exceptionalism, statism

El concepto de *Fuerzas Profundas* ha sido acuñado por Pierre Renouvin y Jean Baptiste Duroselle en el estudio de la Historia de las Relaciones Internacionales con el objeto de aprehender el fenómeno internacional en todos sus aspectos. Este concepto, aunque central, no supone una relegación del rol del Estado, en cuanto único actor que conduce a la política exterior, política pública que manifiesta el comportamiento y refleja el posicionamiento internacional de esos actores. En consecuencia, los conceptos de *Fuerzas Profundas* y *Estado* resultan claves para analizar el peso de las primeras en los criterios centrales que guían a la política exterior del segundo. Renouvin y Duroselle afirman que “las condiciones geográficas, los movimientos demográficos, los intereses económicos y financieros, las características mentales colectivas, las grandes corrientes sentimentales, nos muestran las fuerzas profundas que han formado el marco de las relaciones entre grupos humanos y que, en gran medida han determinado su naturaleza” (Renouvin y Duroselle, 2000: 9-10). Desde nuestra perspectiva el concepto de *fuerzas profundas* abarca y contiene aquellos elementos que denominamos constitutivos de la identidad, asignando a los mismos un valor primario.

Un estudio anterior se centró en la cuestión del nacionalismo como una de las fuerzas profundas en la Rusia contemporánea (Zubelzú, 2005). Esta fuerza resultó un elemento aglutinador a la hora de la reconstrucción identitaria de una Rusia que experimenta, a partir de 1991, por primera vez en su historia, una novedosa condición de Estado-nación. De ahí el análisis privilegiado que se le otorgó.

En este artículo se pretende identificar un conjunto más amplio de rasgos que por su persistencia en prolongados períodos históricos pueden ser considerados como elementos que también contribuyen a moldear la identidad de la nación rusa. En consonancia con el enfoque de Lafer quien sostiene –al analizar el caso de Brasil– que estos *factores de persistencia* son los que ayudan a explicar rasgos importantes de la identidad de un país (Lafer, 2001: 25). La condición de la persistencia, aunque esta sea cíclica en su intensidad, es un punto a destacar en particular al abordar el caso ruso.

Otro concepto necesario que complementa al de *fuerzas profundas* es el de *fuerzas organizadas* entendiendo por tales a agencias, actores estatales y burocracias. Las relaciones recíprocas entre ambas fuerzas constituyen el punto esencial de cualquier estudio político interno, pero también, de cualquier estudio sobre relaciones internacionales. En muchos casos, las *fuerzas organizadas* pueden operar modelando o suavizando las *fuerzas profundas*, pero también en otros casos, las *fuerzas organizadas* rescatan o realzan esas fuerzas profundas, tales son los casos del nacionalismo y la relevancia del espacio, entre otros (Colacrai y Lorenzini, 2005).

La impronta de las fuerzas profundas, aunque con variada intensidad según el factor temporal, permearía el elemento organizativo y tendería a impregnarlo. En el caso ruso, por ejemplo, numerosos autores señalan que sin la natural o ancestral adhesión del campesinado ruso a la vida comunitaria, el socialismo –cuyo punto de partida teórico era el individuo alienado y proletarizado– no podría haberse desarrollado en el país.

El punto de partida de este artículo, como en el estudio anterior donde se abordó el nacionalismo, también está dado por la contemporaneidad del debate acerca de la construcción identitaria de Rusia como una nación –además de un Estado-nación– despegada por primera vez, al menos territorialmente, de su componente imperial.

Ese despegue o desacople formalizado con las independencias de los estados pos-soviéticos en 1991, constituye un proceso aún inconcluso². Puede afirmarse que en gran medida el actual debate acerca de la identidad rusa se hace más complejo al enmarcarse en el contexto más amplio de la posguerra fría. Esta se caracteriza por tendencias *centrífugas* (Gaddis, 1991) como la fragmentación de estados, las migraciones, las luchas étnicas y religiosas intraestatales. El debate identitario también adquiere otra dimensión novedosa para el caso de la Rusia pos-soviética que lo proyecta fuera de sus fronteras al estar inmersa Rusia y todo lo que en ella acontece, en un mundo de comunicaciones de alcance global que la ha integrado a él. Es en este marco en el que la nación rusa define no sólo *qué nos une* sino también *qué nos separa* en sus relaciones con *el otro* en un contexto internacional de comunicaciones simultáneas y extendidas.

Una primera aproximación a la cuestión indicaba que algunas fuerzas profundas están presentes, sea de modo abierto y visible, o más bien soterradas. La gran mayoría de ellas persisten o se desarrollan como fuerzas contrapuestas que conviven en tensión, más que fuerzas que logran un claro predominio.

Ello conduce a que el análisis retome los debates que esa contraposición genera en algunos casos. La caracterización de estas fuerzas que a continuación se desarrollan, tiene por objeto mostrar cómo su presencia y vigencia subyace e influye en la política exterior. Dado que es precisamente la política externa rusa el foco último de atención de este artículo, la relación con *el otro* se torna central. En consecuencia, se procurará mostrar la percepción del otro (no cualquier *otro* sino el que sirve de referencia respecto a Rusia).

El excepcionalismo y el mesianismo

Entre el conjunto de fuerzas persistentes, la idea de *excepcionalismo* ha estado y permanece presente en la identidad nacional y en el discurso político de los estados que han desempeñado el rol de actores centrales (Imperios, Grandes Potencias) en el sistema internacional. Aunque las razones del excepcionalismo que los estados se autoadjudican varíen, así como también su uso político, el concepto se relaciona con otros como el *mesianismo*, el *externalismo*³. Ambos conceptos comparten la idea de contar con un acervo o patrimonio cualitativamente distinto y superior al de otros pueblos y países. Sin embargo, el segundo concepto incluye o supone una actitud más proactiva y una firme convicción en la necesidad de actuar en pos de la conversión del *otro*. Aquí se diferencia a estos términos entendiendo que el mesianismo tiene un componente religioso, en tanto el excepcionalismo se apoya en rasgos seculares y culturales. El excepcionalismo ha ido variando de contenido según distintos períodos de la historia rusa. En algunos de ellos se basó en una superioridad moral, en otros en una misión espiritual respecto a otros pueblos menos afortunados. Hay quienes han señalado que a partir de la constitución de la URSS el internacionalismo destinado a proclamar la

² Para un análisis de los años noventa acerca de la política exterior rusa y el abandono de su rol de potencia imperial puede verse ARON, Leon (1998), "The Foreign Policy Doctrine of Postcommunist Russia and its Domestic Context", en Mandelbaum, Michael (Ed.) (1998), *The New Russian Foreign Policy*, USA, Council on Foreign Relations, pp. 23-63.

³ Externalismo entendido como lo señalaba José Luis de Imaz en el sentido de colocar las responsabilidades políticas de situaciones negativas en el contexto externo en detrimento de profundizar el análisis acerca de responsabilidades y márgenes de acciones políticas destinadas a remover obstáculos internos.

superioridad del modelo socialista, repitió pautas de conductas *misionales* bajo formas seculares que paradójicamente consideraban a la religión *el opio de los pueblos*.

Richmond (2003: 61) sostiene que el mesianismo está todavía vivo en la Rusia actual, especialmente entre los intelectuales, tanto de derecha como de izquierda, quienes comparten la creencia y el orgullo de Rusia como un gran poder con una especial misión en el mundo.

La idea de superioridad y *excepcionalismo* que se evidencia en el reclamo de ser un pueblo elegido tiene profundas raíces en la cultura religiosa rusa. Desde la Edad Media la Iglesia Ortodoxa fue la única comunidad religiosa independiente, funcionando bajo una soberanía Ortodoxa más que bajo el gobierno extranjero Otomano como fue el caso con las otras iglesias ortodoxas. Esto fortaleció a la Iglesia Ortodoxa en Rusia y a su reclamo de ser la única portadora de la verdad revelada. Con la incorporación de la Iglesia en las instituciones estatales –las *fuerzas organizadas*– desde principios del siglo XVIII una autocomprensión teológica y un mesianismo político crecieron aún más estrechamente conectados (Simon, 1998: 76).

Ello condujo a la nacionalización de la iglesia rusa y a la consolidación de la visión de Moscú como la Tercera Roma. Esta, a diferencia de la primera Roma y de la segunda Constantinopla, no había caído en manos de herejes como los bárbaros y los turcos. En consecuencia, desde la caída de Constantinopla, Moscú asumió el peso y la gloria de llevar consigo la verdad cristiana autopercibiéndose como un faro de la fe.

Así durante un prolongado período de la historia rusa, el componente mesiánico ha tenido contenido religioso. Sin embargo, Simon (1998: 76) señala que hacia el siglo XIX los eslavófilos comenzaron a desarrollar formas seculares del mesianismo. Así, la aún joven, enérgica y omnicomprendiva cultura rusa fue contrastada con la cultura materialista, corrupta y racionalista de Europa, la cual tendría que volver hacia oriente para regenerarse.

En el caso ruso la condición de la excepcionalidad se entronca con una barrera que los rusos imponen frente al *no ruso* y que consiste en su pétrea convicción, experimentada por cualquiera que tenga trato con ellos, acerca de la imposibilidad de ser comprendidos por un *no ruso*. En palabras de Lourie “Que los rusos eluden el poder ser entendidos o comprendidos –porque son demasiado diferentes, demasiados profundos o también irracionales– es una imagen promovida tanto por los rusos como por los extranjeros”. Así el autor ofrece ejemplos: Winston Churchill definió a Rusia “como un acertijo envuelto en un misterio, adentro de un enigma”; Fyodor Tyutchev, el poeta y diplomático eslavófilo del siglo XIX, escribió que “la esencia rusa era invisible a los ojos arrogantes de los extranjeros” y el filósofo del siglo XX Nikolai Berdayev fue tan lejos que dijo que “la psiquis rusa está estructurada de forma diferente de la Europea, los rusos tienen el inconsciente donde los europeos tienen el consiente y *vice-versa*”⁴.

La apertura realizada en la URSS a partir de la *glasnot* desde mediados de los años ochenta, posibilitó la reflexión pública sobre el pensamiento de filósofos como el ya citado Beryaev quien sostenía que “el destino de Rusia era el de ser una nueva Jerusalem y que los rusos eran un pueblo orgánico especialmente espiritual con una misión de transformar la sociedad”. También se discutieron las ideas de Vladimir

⁴ LOURIE, Richard, “Reading the Russians”, *The Moscow Times*, July 10, 2006. Lourie es el autor de “The Autobiography of Joseph Stalin” y “Sakharov: A Biography”.

Solovyov, un filósofo del siglo XIX cuyas obras completas fueron publicadas por primera vez hacia fines de la década de los noventa. Solovyov acuñó el término *la idea rusa*, que contenía una mística muy determinada y veía a la cristiandad como el repositorio de la suprema sabiduría. Estas ideas que replanteaban otras similares de mayor antigüedad fueron silenciadas para ocultar su vigencia o supervivencia contemporánea a la atea *ideología oficial*. La fragmentación de la URSS y el abandono de esta ideología dejaron el terreno libre al debate y adopción de nuevas cosmovisiones. El retorno o la adopción de *la idea rusa* ha preocupado a quienes temen que la creencia en el excepcionalismo ruso pueda transformarse en un mesianismo peligroso.⁵

En su obra sobre los rasgos culturales de los rusos y de Rusia, que contiene reflexiones comparativas con la cultura americana, Yale Richmond al analizar el mesianismo ruso lo considera un rasgo de contacto entre ambas: “Tales misiones mesiánicas no son desconocidas por los americanos, quienes en diversos momentos históricos han creído que cuentan con algo especial para llevarles a los menos afortunados: Cristiandad a los bárbaros, democracias a los gobernados por dictadores y el libre mercado a las economías dirigidas por el Estado” (2003: 62). Como puede observarse Yale incluye componentes seculares en su empleo del término mesianismo a diferencia de las precisiones conceptuales que consideramos convenientes señalar en párrafos anteriores.

El externalismo

Existe también una tendencia a ubicar la causa de los problemas del país en actores foráneos, en *el otro*. Así, el *externalismo* se complementa de modo lógico con el excepcionalismo. En el caso que aquí se aborda si los rusos son el pueblo elegido y tienen el monopolio de la verdad, de la fe religiosa o de la superioridad moral, en momentos de dificultades, guerras, decadencia, *otros* deben ser la causa de sus desgracias. Los masones y los judíos en el pasado han sido culpados con frecuencia por los problemas rusos. En tiempos recientes se los ha acusado por las dificultades económicas del país. Aunque manifestaciones de este tipo encienden rápidamente alarmas, y es bueno que así sea, puede afirmarse que el antisemitismo resulta un fenómeno marginal no alentado por el poder político (Richmond, 2003: 63).

La visión de Rusia como víctima, y en consecuencia el *externalismo*, se acentuó enfáticamente desde la iniciación del proceso de reformas de Yeltsin, que dejó como saldo un profundo deterioro en las condiciones de vida de la mayor parte de la población. Esta vez Rusia sufría a manos de las fuerzas malignas de Occidente, enemigo (siempre referente) ancestral de la cultura ortodoxa. El cambio de victimario –el sistema soviético por los países desarrollados de Occidente– se hace en paralelo al debilitamiento del Estado soviético y su desaparición. Así la fuerza del *externalismo* explica la alianza que entonces se produjo entre los nacionalistas mesiánicos y los comunistas, evidenciada de modo claro en el Congreso de los Diputados del Pueblo Ruso y en el Soviet Supremo de la todavía Unión Soviética.

El *externalismo* constituye un elemento palpable en el análisis y la retórica contemporánea del que se citan algunos ejemplos. Así Alexei Pushkov, quien supo

⁵ COHEN, Patricia (1999), “Freed From Ideology, Russian Philosophers Explore Limitless Possibilities”, *New York Times*, March 13.

escribir discursos para Gorbachov, sostiene que “Rusia puede fragmentarse si falla en reestablecer su papel de gran potencia económica y militar”. En la actualidad en un programa televisivo suele responsabilizar regularmente a los enemigos de Rusia –los americanos, los ciudadanos de los estados Bálticos, los polacos y los georgianos– de las desgracias del país en los últimos 15 años⁶. Para entender esta percepción de *fortaleza asediada* común a las élites y a la nación rusa, nada mejor que el aporte del periodista americano William Pfaff que trabajó desde los medios atacando a la entonces URSS. Su análisis en un artículo cuyo título –*Why make an enemy of Russia?*– representa una toma de posición e ilumina sobre la visión de los propios rusos. Para responder a su autopregunta primero señala las diferencias fundamentales entre la entonces URSS y la Rusia actual. A la primera la consideraba un país poderoso, hostil y déspota que dominaba a Europa Central y Oriental contra la voluntad de sus poblaciones, mientras que Rusia es un socio estratégico de Occidente. En el plano interno “Putin puede controlar la televisión nacional, pero la prensa y la discusión pública son libres. Los rusos incuestionablemente lo respaldan y hay controversias y un vigoroso debate político y elecciones periódicas”. Y respecto a la política exterior, Pfaff afirma que Moscú coopera con Occidente en prácticamente todos los niveles de las relaciones internacionales: lo abastece con petróleo, coopera en la guerra antiterrorista de Bush y no cuestionó el establecimiento de bases norteamericanas en Asia Central. Después de esta evaluación reformula la pregunta en términos de la política norteamericana (*So why do we want to make an enemy of Putin?*) y plantea una respuesta cuyos argumentos pueden ser transferidos para representar la lógica rusa. Así Pfaff entiende que “los rusos están siendo sujetos de un muy alto nivel de provocación. Rusia está ahora rodeada por el poder americano. Hay fuerzas estadounidenses en Asia Central y en el Cáucaso. Con los estados Bálticos como miembros de la OTAN, la aviación de la alianza está desplegada en la frontera rusa. Los polacos y otros están ansiosos de que Ucrania se una a la OTAN y a la Unión Europea. El gobierno ruso se ha mantenido sorprendentemente calmo ante todo esto, pero uno de estos días puede perder la calma. Rusia hoy no es la Unión Soviética, pero puede encontrar aún modos de ser muy desagradable para quienes eligen hacer de ella un enemigo”⁷.

A modo de complemento de las visiones anteriores se considera imprescindible incluir la percepción sobre el externalismo y su relación con los medios de comunicación. Para tratar de testear cuán acentuada es esta tendencia actualmente en los medios de comunicación rusos, la periodista Olga Romanova, hizo la prueba de pasar tres días sin navegar por Internet y sin mirar por TV satelital canales occidentales. Para mostrar el nivel de impacto alcanzado por los medios, Romanova sostuvo que “después de ese lapso entendí que Rusia está rodeada de enemigos y que Putin es nuestra gran esperanza”⁸. Aunque no es el propósito aquí analizar el rol e impacto de los medios en la construcción identitaria y en la influencia sobre la opinión pública y el electorado, interesa al menos señalar que la visión de Rusia como víctima no es un dato irrelevante⁹.

⁶ PFAFF, William (2005), “Why make an enemy of Russia?”, *International Herald Tribune*, April 13.

⁷ Ibidem, Pfaff analista del *International Herald Tribune* trabajó en la organización Europa Libre pionera en transmisiones y, como el mismo dice en el artículo, otras formas de combate dirigidas directamente contra los regímenes comunistas de Europa Central y Oriental.

⁸ MAYR, Walter & NEEF, Christian (2006), “Russia’s Return. A Former Superpower Rises Again”, *Der Spiegel* (Germany), July 10.

⁹ Según cifras oficiales Rusia contaba en el 2006 con 25 millones de usuarios de Internet. MOSCOW, December 18 (Itar-Tass) – Russian Information Technologies and Communication Minister Leonid Reiman.

Más allá de si se estimula o no esta visión desde el Estado, lo cierto es que existe una propensión en la sociedad a responsabilizar a terceros de los problemas del país y que tal *externalismo* puede palpase en los medios de comunicación.

La extensión territorial: un país, dos continentes

La dimensión continental de Rusia, el país más extenso del planeta¹⁰, y la vulnerabilidad o desafío que el control efectivo de ese gigantesco territorio supone, han constituido condicionantes permanentes que contribuyeron a moldear una de las fuerzas profundas de la identidad rusa: el respaldo a *una autoridad concentrada y fuerte*. Aún en la actualidad, y bajo las nuevas realidades del mundo de posguerra fría, el *condicionante territorial*, en combinación con otros factores revelan su enorme peso. Algunos datos bastarán para resaltar la dimensión de la cuestión: Rusia tiene 11 husos horarios (Estados Unidos tiene seis); un viaje desde Moscú hasta Vladivostok, sobre el Pacífico, en el tren transiberiano que se extiende por más de un tercio de la circunferencia terrestre, insumirá 7 días; Rusia tiene actualmente fronteras con 14 países (15 si se incluye a Mongolia).

El respaldo a una autoridad con escasos límites se ha consolidado por otros factores (memoria histórica de invasiones del sur, no existencia de barreras geográficas, aislamiento que fortaleció la cristalización de modos de organizar la autoridad política y la organización social y que a su vez neutralizó la innovación).

Es importante destacar que autores como Foglesong y Han (2002) refutan mitos tanto destinados a alimentar el excepcionalismo ruso como aquellos otros destinados a considerar a Rusia como un país común o “sujeto a las leyes universales del desarrollo” (mito 3). Sin embargo, respecto a este último destacan que el factor geopolítico es un dato relevante a la hora de considerar la conducta actual del Estado ruso. Así señalan, por un lado, el enorme costo que el condicionante territorial supone en infraestructura y en defensa, así como los efectos políticos de ser el único país en calidad de vecino de mundos en turbulencia (los países musulmanes), cambio (la Europa ampliada) y ebullición (asiáticos). Las características particulares de esta extensión territorial continental han actuado en la historia ruso/soviética como un factor determinante a la hora de moldear sus instituciones políticas. Aunque los cambios tecnológicos –en transporte, comunicaciones y seguridad– han ido reduciendo las dificultades que esto supone, la persistencia o la profundización de problemas como el crecimiento demográfico negativo ruso acentuado en algunas regiones del Lejano Oriente siguen demostrando la importancia de este condicionante.

La concentración de la autoridad política: el peso del Estado

El Estado ha jugado un rol de enorme peso en la vida rusa. Esta tradición ha atravesado diversos sistemas políticos como el imperial-autocrático y el soviético. Numerosos son los análisis que se focalizan en la magnitud y alcance de su influencia actual en relación a otras categorías claves del pensamiento político occidental: la sociedad y el mercado. En el primer caso sabemos que transformaciones en la relación Estado-sociedad civil requieren períodos prolongados de tiempo para sedimentar, más allá de los cambios o de la acción de las *fuerzas organizadas*.

¹⁰ Un octavo de la superficie terrestre total.

También conocemos que esas transformaciones ocurren de modo no lineal y adoptan formas propias más que una conversión a moldes o modelos ajenos. En el segundo caso que refiere al vínculo Estado-mercado debemos precisar que aunque se considere en términos muy generales al mercado como el ámbito del libre juego de la oferta y la demanda, acá nos focalizaremos en un aspecto particular de esta idea abarcativa: el sector privado como propietario de bienes frente al sector público.

Son dos, entonces, los aspectos a considerar respecto al peso de Estado en la vida rusa. Surgen así dos preguntas centrales: ¿cuál es o será la combinación óptima de Estado y sector privado en el capitalismo ruso? Y ¿cuál será el grado de poder que debe tener el Estado en relación a los otros poderes republicanos constituidos, el legislativo, el judicial, los poderes de los miembros de la federación, y también la sociedad civil?

En torno a estas preguntas, más que brindar respuestas claras, se busca profundizar la reflexión. Como punto de partida puede tomarse una visión ampliamente aceptada de la sociedad rusa que puede ser interpretada con las siguientes palabras “el mercado es un lugar donde todo está a la venta y donde todo puede ser comprado. Una economía de mercado inevitablemente conduce a una gran estatificación social y a una floreciente corrupción. Desde que los ciudadanos rusos fueron hipnotizados en *zombies* con la idea del mercado, que es absolutamente extraña/extranjera para el espíritu ruso, nuestra sociedad se ha transformado en venal desde arriba hacia abajo”¹¹.

Para complementar esto, y nuevamente tomando como referencia a Europa y las variantes europeas de capitalismo, cabe enmarcar este rechazo a la idea del Estado mínimo y del mercado omnipotente en el análisis que realiza el profesor Gorshkov cuándo se le pregunta cuál de los tres modelos –el liberal británico, el continental alemán o el sociodemócrata sueco– está más cerca de las expectativas de los ciudadanos rusos¹².

Gorshkov afirma que “en Rusia, donde el Estado juega un rol exagerado como sujeto principal de la política social, las características del modelo liberal son consideradas absolutamente inaceptables: [esto es] minimizar la intervención del Estado en la esfera social, una división estricta de responsabilidad para varios problemas sociales entre los diversos niveles de gobierno, y los ciudadanos ellos mismos tomando máximas responsabilidades por su propio bienestar”. Apoyándose en una encuesta señala que sólo un 5% de los entrevistados consideró que la gente debe resolver sus problemas por sí mismos, y no confiar en el Estado. El grupo mayoritario (50%) sostiene que el Estado debería proteger a todos los pobres. Ante la pregunta acerca de si esto demuestra la continuidad de un principio de la era socialista, Gorshkov plantea un dato muy interesante, al afirmar que el porcentaje de encuestados que cree que el Estado debe proteger a todos los pobres ha crecido drásticamente, se ha duplicado, en relación a la década pasada. A su vez, ha habido una caída abrupta, más del 60%, en la proporción de los encuestados que creen que el Estado debe pagar únicamente beneficios a la gente que no es capaz de trabajar. También el porcentaje que vincula la solución de los

¹¹ ANTONOV, Mikhail, “Does Putin need a third term? Vladimir Putin: a strong ruler for a great power”, *Literaturnaya Gazeta*, N° 47, 2006, November 24. Translated by Elena Leonova.

¹² *Novaya Gazeta*, “The State is for Me”, N° 53, July 17-19, 2006. Entrevista con el sociólogo Mikhail Gorshkov realizada por Irina Timofeeva. Esta entrevista se enmarca en un estudio hecho por el Instituto de Sociología de la Academia de Ciencias de Rusia y la Fundación Friedrich Ebert de Alemania. El informe de Timofeeva titulado “Social Policy and Social Reforms as Perceived by Russian Citizens,” que se focaliza en qué clase de modelo socio-político los rusos consideran óptimo fue publicado en junio de 2006.

problemas sociales con las empresas se ha reducido a un tercio de su nivel previo. Estas y otras señales indican que dado el peso de las *fuerzas profundas*, en este caso el aval al rol del Estado en relación al Mercado, puede plantearse un proceso de transformación que asemeje el vínculo de esa dupla con el del capitalismo escandinavo. Se entiende que solo un proceso gradual que opere más adoptando cambios cuyos referentes se ubiquen en el extremo del *continuum* más cercano a las realidades presentes e históricas de las sociedades puede lograr afirmarse.

La variante liberal del capitalismo ensayada en Rusia a principios de los años noventa no ha sido exitosa y ha llevado a su revisión y desprestigio. Numerosos analistas e historiadores han remarcado que subsiste en la población rusa una especie de ética del igualitarismo. Como señala Richmond (2003: 36) el igualitarismo debe ser entendido como la creencia en que las condiciones materiales de vida en la sociedad no deben tener variaciones muy marcadas entre los individuos y las clases. El igualitarismo constituye una filosofía social que defiende la equidad entre las personas y una más equilibrada distribución de los beneficios. Así, la ideología comunista se apoyó en una convicción arraigada en las tradiciones de la comunidad rural (*mir*). De ahí puede entenderse el profundo desprecio que la mayor parte de los rusos tienen por los llamados *nuevos rusos* (*novii ruskii*) el grupo de hombres de negocios que hizo su fortuna a principios de la década de los noventa. Ese mismo rechazo constituye una de las razones de apoyo al presidente Putin en relación a su campaña contra los *novii ruskii* “quienes saquearon al Estado y a Rusia”. Otro aspecto de la reflexión en relación al estatismo, es entendido como preeminencia de uno de los otros poderes republicanos constituidos –el ejecutivo– por sobre el legislativo, el judicial, los poderes de los miembros de la federación, y también por sobre la sociedad. La concentración del poder político en Rusia constituye un hecho histórico pero también una *fuerza profunda*. Numerosos pensadores y analistas coinciden en señalar que las características del país requieren un gobierno fuerte. En palabras de Antonov por ejemplo: “régimen estricto, no necesariamente brutal”, “fuerte pero justo”. Los períodos históricos en los que la autoridad estatal prácticamente se desplomó –el más reciente, principios de los noventa– son percibidos por los rusos con una enorme aprehensión y rechazo. La reconstitución o establecimiento de la autoridad que evite el caos y el desorden resulta una prioridad a la cual se relegan claramente otras metas.

Como sostenía Bull el orden es el prerequisite indispensable para la obtención de otros bienes sociales.

A partir de esta consolidada visión para Simon “una especie de omniresponsabilidad es asignada al Estado: no solo por el bienestar de todos, por la seguridad social, por la garantía del empleo su salud y educación sino también por darle significado a todo. Existe un difundido deseo de una nueva ideología nacional para ser implementada por los órganos del Estado”. Podemos afirmar que en esta visión las *fuerzas organizadas* interpretarían las demandas surgidas de las *fuerzas profundas*.

Por otro lado, y fortaleciendo la idea de la nación rusa como tierra de tensiones irresueltas o de contradicciones, cabe señalar el complejo vínculo del hombre común ruso con las *fuerzas organizadas*. Simon (1998: 72) señala que el ruso desconfía profundamente de las *instituciones* –gobierno, parlamento, autoridades, policía. Así, estudios sociológicos de opinión muestran que las instituciones han estado en los niveles más bajo de valoración por muchos años. La evasión impositiva, las coimas, la

ignorancia o desobediencia de las instrucciones de la policía son aún consideradas como parte de las reglas del juego. Sus categóricas palabras definen que “El Estado Leviathan es considerado tan peligroso como poderoso, un Estado del cual es habitual tomar todo lo que se puede y al cual es dado lo menos que sea posible”.

Unos años después de que ese artículo fuera escrito el vice-primer ministro y ministro de Defensa –además de potencial sucesor de Putin– Sergei Ivanov, admitió que “en efecto, el índice de popularidad del Ejército de Rusia, igual que el de otras *instituciones públicas*, antaño era bastante bajo, pero ahora la situación va cambiando. A juzgar por los sondeos de opinión, el primer lugar según el índice de confianza lo ocupa la institución presidencial, a la que sigue la Iglesia y en el tercer lugar se encuentran las Fuerzas Armadas”¹³.

La eterna pregunta: ¿son los rusos europeos? O ¿cuán europeos son los rusos?

La tensión entre el fortalecimiento de la identidad nacional y la pertenencia a la cultura europea ha sido otra tradición presentada predominantemente con carácter antagónico y planteando opciones excluyentes.

Sin embargo, resulta aquí de mayor interés señalar que esta visión (Figes, 2006: 109) adquiere más bien un carácter de tensión irresuelta presente en individuos y grupos y se manifiesta en diferentes ámbitos. Esta tensión devela una condición permanente: los rusos estaban y están inseguros de su lugar respecto a Europa y esa incertidumbre es una fuerza profunda de su historia y construcción identitaria.

Esta tensión ha devenido de modo cíclico y dialéctico. La adhesión e imitación de lo europeo se inicia con la política de Pedro el Grande simbolizada en la construcción de la nueva capital imperial, San Petersburgo, como la *ventana a Europa* (1703). La influencia del pensamiento y los escritos de Fonvizin de fines del siglo XVIII muy críticos de *Occidente* (entonces equivalente a Europa) por su decadencia moral, codicia material e importancia de lo superficial dejaron una marca profunda en prácticamente todos los escritores rusos desde Pushkin.

A partir de entonces el cuestionamiento y el rechazo surgieron de corrientes denominadas eslavófilas¹⁴.

Así la intelectualidad y las élites rusas recorren desde *la idealización de Europa* hasta *el rechazo*, transformación que en gran medida se produce por el reino del terror que sucedió a la Revolución Francesa, donde el ideal de progreso e ilustración da paso a la violencia y a la destrucción. Mientras desde los tiempos petrinos la presión a la adopción de pautas culturales europeas era además limitada a la nobleza de la Corte y a ciertos grupos sociales, el resto de la población, el campesinado y los sectores de la iglesia se mostraban reacios a modificar costumbres, hábitos y valores propios. A partir de variadas raíces un grupo de intelectuales contrapuso una ideología que adquiere formas paneslávicas a mediados del siglo XIX y euroasiáticas a principios del XX.

¹³ Boletín Informativo de la Embajada de la República Argentina en la Federación de Rusia, 30 de noviembre de 2006, nº 139.

¹⁴ La eslavofilia rusa fue una ideología conservadora que desarrollada en los años cuarenta del siglo XIX, que cultivó las fuentes nativas y eslavas de Rusia, y criticando la europeización del país, quiso regresar a los elementos auténticamente cristianos de la tradición social pre-petrina rusa.

El eurasionismo puede ser definido como un movimiento político e ideológico, que tiene sus raíces en la eslavofilia, sobre todo en la obra de Danilievski y Leontiev, quienes habían formulado la oposición religiosa y cultural, entre Rusia, Europa y Occidente. No obstante, constituye una ideología original dentro de la historia intelectual rusa e insiste en que Rusia –un país semi asiático y semi europeo, o más bien un continente aparte– debe inspirarse ante todo en el Oriente (Bizancio, Mongolia, China y Corea)¹⁵. Esta ideología (Shlapentokh, 2005) asume que Rusia tiene un rol único en su historia, determinada por su tamaño, su identidad geográfica repartida en Europa y Asia, sus vínculos con el mundo musulmán y hasta su clima. Ellos creen que Rusia no es capaz ni desea adoptar el modo de vida occidental. En el plano político el ex primer ministro Yevgueny Primakov sería el representante más destacado de esta posición. Para Shlapentokh en la actualidad la mirada de un sector de la prensa escrita puede ser descripta como una versión de la ideología Eurasiática. Sin embargo, la corriente euroasiática no constituiría la corriente principal en términos identitarios y de opciones políticas. Aunque refleja el pensamiento de un sector importante no resulta la tendencia predominante.

En consecuencia, se destaca la reflexión de Figes (2006), quien citando a Herzen ejemplifica “Necesitamos a Europa como un ideal, un reproche, un ejemplo si no fuera todas esas cosas habríamos tenido que inventarla”. “La persistencia de estereotipos culturales (negativos) ilustra las proporciones míticas de ‘Europa’ en la conciencia rusa. Aquella ‘Europa’ imaginaria tenía más que ver con la necesidad de definir ‘Rusia’ que con Occidente en sí mismo”. La idea de ‘Rusia’ no podía existir sin ‘Occidente’ (así como ‘Occidente’ no podía existir sin ‘Oriente’) como remarca Shlapentokh (2005: 110).

Si bien la búsqueda de una identidad propia sufre el impacto de la revolución bolchevique y su complejo manejo y convivencia con el nacionalismo ruso, el debate identitario parece haber sobrevivido a esa etapa.

Así a partir de la apertura de una etapa de cambios en la década de los ochenta, Europa vuelve a instalarse en el discurso oficial soviético. Gorbachov impulsó la idea de la *Casa Común Europea*, destinada a mostrar las transformaciones internas y externas que buscaba producir en la URSS.

En el análisis realizado sobre el nacionalismo ruso (Zubelzú: 2005) se planteó en términos de las políticas a seguir a partir de 1991 la necesidad de establecer simultáneamente: 1) las fronteras del *nosotros* más general (*russkoye* o eslavos orientales) vínculo complejo pero existente entre rusos, bielorusos y ucranianos; 2) la necesidad política de un Estado que internamente estimule y fortalezca la inclusión de toda su población actual (*rossianie*); 3) y en relación a la diáspora rusa (*russkii*) aplique una política cauta y de cooperación en especial en las repúblicas pos-soviéticas.

Este complejo proceso de construcción del *nosotros* (*russkoye-rossianie-russkii*) se desarrolla a la par que la relación con *el otro*¹⁶. Allí la referencia es Occidente, entendido como una entidad cultural que comprende a la civilización europeo-

¹⁵ Puede ver RIZSANOVSKY, Nicholas V. (1967), “The Emergence of Eurasianism”, *California Slavic Studies*, n° 4, pp. 39-72.

¹⁶ Resulta claro que aunque el *russkii* y el *rossianie* sea crecientemente el ‘nosotros’, el resto de los eslavos orientales -ucranios y bielorrusos- no pasan a ser el grupo de referencia autoidentitaria: ‘el otro’, sino que ellos mismos están involucrados en sus propios procesos de construcción identitaria.

norteamericana, respecto a la cual Rusia mantiene un complejo y contradictorio vínculo. Occidente ha resultado tradicionalmente *el otro* para Rusia y ha constituido un elemento relevante en la conformación de su identidad.

Este proceso puede adoptar dos tipos de estrategias y prácticas: las afirmativas, que remarcan las características positivas y celebran lo comunitario, y las negativas, que enfatizan las diferencias y la exclusión. El empleo de estos mecanismos en la construcción identitaria cobran central relevancia a la hora de analizar las variantes del nacionalismo ruso. A su vez esta construcción puede poner el énfasis en elementos orgánicos o culturales o en elementos inorgánicos o ideológicos, entre los cuales sobresale la importancia de la dimensión externa. En su análisis del proceso identitario ruso, Kasianova (2001) subraya que en los años inmediatos a la fragmentación de la URSS, la élite rusa impulsó una autoidentificación con Occidente como comunidad de referencia, pero que ello requería un consenso de aquella que nunca se dio. Este rechazo, más intuitivo que consciente, llevó a las élites rusas a valorar el elemento orgánico de la identidad y a reforzar su peso en el modelo identitario. Este proceso no es novedoso, la historia rusa revela que estas *fuerzas profundas* contrapuestas se acentuaron a fines del siglo XVIII y durante el siglo XIX se fortalece la identidad nacional tanto empleando prácticas afirmativas como negativas.

Esta tensión irresuelta refluye una y otra vez, condicionados por su ubicación y extensión geográfica, los rusos al vivir en las márgenes del continente europeo, jamás han estado completamente seguros de si su destino se encuentra realmente allí (Figes, 2006: 209). Y así resurge en términos antitéticos la eterna pregunta: ¿son de Occidente o de Oriente? En esta pregunta subyace veladamente otra idea profunda, si no se es europeo en términos identitarios, Rusia mantendrá una posición de aislacionismo en el escenario internacional. Cabe aquí algunas aclaraciones, en primer lugar si se niega o rechaza la pertenencia europea, la alternativa de ser orientales define en ese caso la propia distancia con la identidad europea, pero no una identidad que los acerque y reúna con Oriente. Es decir, se es oriental en relación a Europa pero esto no conlleva la inclusión (o la reivindicación de la inclusión) en Oriente, ni la construcción de una identidad que pivote sobre ese eje, no al menos desde el poder político. En segundo lugar, en términos de política internacional la no pertenencia europea implicaba un distanciamiento de las potencias europeas con las que Rusia-URSS siempre demarcó alianzas (Santa Alianza, la Alemania nazi) y enemigos (la Francia Napoleónica, Gran Bretaña a mediados del siglo XIX, la Alemania nazi), y en consecuencia períodos de repliegue y aislamiento de la política exterior rusa. En tercer lugar, el aislacionismo no se corresponde con la política exterior del país desde que la URSS ejercita su condición de miembro permanente en el Consejo de Seguridad y extiende su influencia por varias regiones del planeta.

Rusia, Estado continuador de aquella, ha redoblado la apuesta para ampliar su rol tanto en ámbitos internacionales excluyentes (G-8) como en instituciones internacionales como la Organización Mundial del Comercio. En consecuencia, aunque el aislacionismo como tendencia no se corresponda con las líneas que han guiado la conducta soviético/rusa desde la década de los cincuenta, debe entenderse que por un lado existen posiciones o discursos minoritarios que aún hoy sostienen esta propuesta y que cuando se habla de aislacionismo, el contenido parece otro. Así debe entenderse que se alude al plantear la imposibilidad o conveniencia de contar con aliados o socios estables o permanentes, más que proponer la disminución de los contactos y relaciones

externas. Dada la densidad de los vínculos ruso-europeos en muchos casos también la referencia a Europa aparece cuando se habla de *un mayor aislamiento* ruso. Allí los obstáculos o circunstancias que perturban o dificultan estas relaciones bilaterales, suelen ser caracterizadas o entendidas como perspectivas de aislamiento ruso.

En contraposición con lo sostenido en los párrafos anteriores, el aislacionismo en algunas miradas resultaría una fuerza que persiste con intensidad. En esa línea el filósofo Isaiah Berlin diferenció el concepto de *isolate* del de *insulate*. Entendía al primero como la descripción de la sección de la opinión pública americana que desea desasociarse del mundo externo, mientras sostenía que ese no era el caso de la actitud rusa. Rusia estaba preparada para participar de las relaciones internacionales, pero prefería que otros países se abstengan de interesarse en sus asuntos, es decir *insulate* a sí misma del resto del mundo sin permanecer aislada de él¹⁷. El término *insulate* que no encuentra una traducción del inglés diferente de *isolate*, ya que en ambos casos empleamos aislar, connota en nuestro criterio una arraigada voluntad rusa por evitar la injerencia en sus asuntos internos, actitud que se ha plasmado de modo consecuente en la defensa de ese principio.

Un estudio actual del prestigioso Centro Levada de Moscú avalaría la vigencia de tendencias como el aislamiento y la xenofobia. Así el número de aquellos que acuerdan con el *slogan* “Rusia para los rusos” ha aumentado de un 43% en 1998 a un 58% recientemente en un país que es el hogar de 160 pueblos y etnias¹⁸.

La fuerza profunda en el plano político actual: la mirada europea

Al explorar la relación entre Rusia y la Unión Europea el ex embajador británico en Moscú, Roderic Lyne (2006: 38) vuelve a la eterna pregunta: ¿son los rusos europeos? Y a su respuesta afirmativa le siguen otros interrogantes: ¿No son los rusos famosamente nacionalistas? ¿Orgullosos de su identidad e historia separada? ¿Puede decirse que tienen una aspiración europea? La existencia de una tendencia nacionalista no es patrimonio exclusivo ruso y el autor cita la dolorosa conversión de otros imperios como Gran Bretaña y Francia que han tenido que adaptarse a un cambio de status. Es claro que para el caso ruso los vínculos con la Unión Europea deben ser prioritarios: son los preferidos por la población según las encuestas, las otras opciones no son realistas, dado que por ejemplo China es más un motivo de preocupación estratégica de largo plazo.

En el balance respecto a la vinculación de tipo institucional Lyne (2006: 38) sostiene que “Actualmente es extremadamente difícil concebir a Rusia como miembro de la UE. Ni siquiera debe perderse tiempo en debatirlo. Rusia no solo es inconvenientemente extensa, sino que está muy pero muy lejos de alcanzar los requisitos que surgen de los principios de Copenhage. Los rusos no podrían completar el *acquis communautaire* de la UE. Ni desearían aceptar los aspectos supranacionales de la UE”. Más aún, el diplomático afirma que el gobierno ruso no está ni siquiera cerca de preguntar acerca de la posibilidad de dar el primer paso en el largo camino hacia la membresía. Sin embargo, su estimulante reflexión sostiene que aunque esta posibilidad hoy este lejos no tiene que hacerles decir a algunos líderes europeos que jamás podrá

¹⁷ Disponible en: <http://berlin.wolf.ox.ac.uk/lists/nachlass/whysovunfull.pdf> Consultado el 10 de diciembre de 2006.

¹⁸ MAYR, Walter & NEEF, Christian (2006), “Russia’s Return. A Former Superpower Rises Again”, *Der Spiegel* (Germany), July 10.

darse. En definitiva plantea que respecto a los vínculos ruso-europeos, “Debemos cambiar modos de pensar por conceptos escleróticos dictados por circunstancias pasadas. E insistir en que Rusia debe aceptar las reglas de un club al que nunca le estará permitido ingresar no suena como una política con altas chances de ser exitosa”.

Además el autor reconoce como elementos positivos:

* En su último mensaje a la Asamblea Federal Putin habló de la adhesión de su país a los valores europeos. “Alcanzadas por la cultura europea a través de mucho sufrimiento, los ideales de libertad, derechos humanos, justicia y democracia han sido por muchas centurias los valores determinantes de nuestra sociedad”.

* Aunque algunos críticos duden de la promoción de éstos es importante marcar que los valores sostenidos por el presidente no son distintos de los nuestros, como en el pasado (Lyne, 2006: 38).

* Los contactos con Europa que privilegian los rusos a la hora de los negocios, los estudios, el turismo e incluso a la hora de contar con viviendas o propiedades en el extranjero.

* La legislación rusa ha tomado normas de la UE. Es probable que esta tendencia se fortalezca en los próximos 15-20 años, cuando la primer generación de líderes y gerentes pos soviéticos (muchos de los cuales han estudiado en Occidente o trabajado en o con empresas occidentales) pasen a estar en las primeras líneas de decisión (Lyne, 2006: 38).

La fuerza profunda en el plano político actual: la mirada rusa

El presidente Putin definió al país como un país europeo y la ha hecho tanto en Rusia como en la propia Europa. En su mensaje de 2005 a la Asamblea Federal Putin habló de la adhesión de su país a los valores europeos. “Por sobre todo Rusia fue, es y por supuesto será una gran nación europea. Alcanzadas por la cultura europea a través de mucho sufrimiento, los ideales de libertad, derechos humanos, justicia y democracia han sido por muchas centurias los valores determinantes de nuestra sociedad”¹⁹.

En el exterior, en un muy citado discurso pronunciado en idioma alemán ante el Bundestag Putin remarca que Rusia es un país europeo y retoma la idea de un hogar común, señalando que “la cultura europea –a cuyo desarrollo Rusia ha contribuido– no conoce fronteras y cuya pertenencia siempre nos fue común y unió a nuestros pueblos”²⁰. Resulta claro que dada la familiaridad con Alemania que el presidente ruso tiene, Berlín es el nexo europeo que facilita la conexión rusa.

En esta misma línea de recurrente indagación acerca de la pertenencia cultural europea de Rusia, las reflexiones del vice-jefe de la Administración Presidencial Vladimir Surkov resultan sumamente interesantes. “La versión rusa de la cultura europea es por supuesto una versión específica, pero no más específica que la alemana,

¹⁹ Annual Adress to the Federal Assembly of the Russian Federation, April 25, 2005, The Kremlin. Moscow. www.kremlin.ru Consultado el 27 de abril de 2005.

²⁰ “President Putin’s address to the Bundestag”, Berlin, September 25, 2001.

francesa o británica”²¹. Para intentar entender esa especificidad el funcionario aconseja leer a Dostoievsky quien rescata el rasgo contradictorio de la cultura rusa²².

A modo de balance entre la mirada europea y la rusa sobre la pertenencia identitaria rusa y su impacto sobre los vínculos futuros resulta interesante tomar una evaluación que resume con amplitud de miras el presente: “En los próximos años Rusia será vista por muchos observadores como una sociedad peculiar que combina totalitarismo con algunas libertades individuales y feudalismo con una falta de habilidad para hacer cumplir sus propias leyes. Rusia sigue siendo una nación extremadamente heterogénea, no sólo social sino también territorialmente. Rusia posee una zona globalizada que incluye a Moscú y a San Petersburgo, a las provincias rusas y al Cáucaso no ruso. Cada uno de estos tres territorios pertenece a una época histórica diferente: el primero al siglo XXI (a la Rusia pos industrial), el segundo a los siglos XIX y XX (a la Rusia industrial) y el tercero a los tiempos de la Rusia patriarcal y pre industrial”²³.

Entonces podría conjeturarse que la identidad europea de Rusia tiene, además de particularidades como tantas otras naciones según señalara Surkov, una concentración territorial que abarca con mayor intensidad al primer territorio, una menos palpable que comprende también al segundo y que no incorpora al tercero donde Oriente es más notorio. Esto no significa una segmentación identitaria de Rusia, sino todo lo contrario en esta coexistencia y heterogeneidad histórica parecería estar su originalidad.

Reflexiones finales

El interés que despierta el debate acerca de las posibilidades (e imposibilidades) de cambio en la Rusia actual en los ámbitos académicos y políticos no encuentra fácilmente parangón. Esta discusión involucra posiciones con alto contenido político, cuyas cosmovisiones están fuertemente arraigadas en la etapa de la Guerra Fría y en consecuencia hay poco de diálogo real o de apertura: o Rusia podrá ser democrática, moderna (pos-industrial) y una economía capitalista o Rusia seguirá siendo autoritaria, estatista y atrasada.

Este artículo ha buscado detectar con carácter preliminar y no excluyente las *fuerzas profundas* que permean la dinámica de la sociedad rusa. Algunas de estas fuerzas, como el *excepcionalismo*, *el mesianismo*, *el nacionalismo*, son comunes a estados que, como Rusia, han tenido un rol protagónico en el escenario internacional. En el proceso abierto a partir de la existencia de una Rusia no comunista resulta aún un interrogante el rol de la *Iglesia Ortodoxa y de la religiosidad en el país*. Si resulta claro que el actual gobierno apela a los valores representados por la fe ortodoxa y a un nacionalismo moderado con el propósito de ligar identitariamente a la nación rusa.

El condicionamiento y la preocupación *territorial* –positivo o negativo– resultan factores de peso político permanente si se analizan períodos temporales extensos. El logro de la estabilidad de las fronteras alcanzado en distintos momentos históricos por diversos estados, constituye en el caso ruso un problema que ha comenzado a resolverse

²¹ Lourie, *Ibidem*.

²² Lourie realiza una lectura política de las palabras del funcionario, la que puede resumirse en “somos europeos pero tenemos nuestros rasgos propios, por ejemplo ser contradictorios y difíciles de entender para el no ruso, por eso no pueden criticar tan livianamente la concentración creciente del poder político”.

²³ Estas fueron las conclusiones de un debate sobre el futuro de Rusia en *Literaturnaia Gazeta*, December 14, 2004 citada por Shlapentokh, *op. cit.*

hacia fines de los años noventa. Sin embargo, la extensión de sus fronteras y su tamaño sigue siendo un condicionante económico y político de perenne impacto en la política exterior y de seguridad. El respaldo a la concentración de la autoridad política constituiría el caso más claro de convergencia entre la *fuerza profunda* con la *fuerza organizada* representada en un Estado de amplias competencias y capacidad de decisión. La tensión entre el fortalecimiento de la *identidad nacional rusa* y la *pertenencia a la cultura europea* ha sido otro debate recurrente presentada predominantemente con carácter antagónico y planteando opciones excluyentes. Aquí resulta de mayor interés señalar que esta adquiere más bien un carácter de tensión irresuelta presente en individuos y grupos y se manifiesta en diferentes ámbitos y que muchas veces reacciona a la percepción del rechazo europeo. En el plano político, esa pertenencia constituye uno de los pilares en los que el gobierno apoya la prioridad de los vínculos bilaterales con Europa.

El rescate académico de estas *fuerzas* no apunta a considerarlas bajo un prisma determinista. Muy por el contrario el objetivo último consiste en destacar que las transformaciones perdurables ocurren –dialécticamente, cíclicamente– involucrando a las *fuerzas profundas*. El analista no puede ignorarlas pero tampoco entenderlas como condicionantes absolutos.

Bibliografía

- ARON, Leon (1998), “The Foreign Policy Doctrine of Postcommunist Russia and its Domestic Context”, en Mandelbaum, Michael (Ed.) (1998), *The New Russian Foreign Policy*, USA, Council on Foreign Relations, pp. 23-63.
- COLACRAI, Miryam y LORENZINI, María Elena (2005), “Identidad y Fuerzas Profundas en la Política Exterior de Chile”, *Título del Proyecto de Investigación: “Políticas Exteriores Comparadas: Primera Aproximación” (código 19/C137)*, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario.
- FIGES, Orlando (2006), *El baile de Natacha. Una historia cultural rusa*, Madrid, Ediciones Edhasa.
- FOGLESONG, David & HAHN, Gordon (2002), “Ten Myths About Russia. Understanding and Dealing with Russia’s Complexity and Ambiguity”, *Problems of Post-Communism*, N° 49, November/December, pp. 3-15.
- GADDIS, John Lewis (1991), “Toward the post Cold War World”, *Foreign Affairs*, New York, Spring, Vol. 70, N° 2.
- KASIANOVA, Alla (2001), *Russia in Search for the State Identity: the rol of the West*, Tomsk State University, Russia Federation. (Unpublished Lecture).
- LAFER, Celso (2002), *La identidad Internacional de Brasil*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- LYNE, Roderic (2006), “Russia in the EU? We should never say never”, *Europe’s World*, Spring.
- RENOUVIN, Pierre y DUROSSELLE, Jean-Baptiste (2000), *Introducción a la Historia de las Relaciones Internacionales*, Fondo de Cultura Económica.
- RICHMOND, Yale (2003), “Culture and Character”, *From Nyet to Da: Understanding the Russians*, (Interact Series).
- RICHMOND, Yale (2003), “Negotiating with Russians”, *From Nyet to Da: Understanding the Russians*, (Interact Series).
- SIMON, Gerhard (1998), “The Historical Prerequisites for Russia’s Modernisation”, *Aussenpolitik*, 1/98.
- SHLAPENTOKH, Vladimir (2005), “Two Simplified Pictures of Putin’s Russia, Both Wrong”, *World Policy Journal*, Vol. XXII, N° 1, Spring.
- ZUBELZU, Graciela(2009), “Rusia y la definición de sus intereses nacionales: la búsqueda de una guía en clave identitaria”, en BUSSO, Anabella (Comp) (2009), *Fuerzas profundas e identidad. Reflexiones en torno a su impacto en la política exterior. Un recorrido de casos*, e- book, UNR editora, Rosario, Argentina.

Rusia y la definición de sus intereses nacionales: la búsqueda de una guía en clave identitaria

*Graciela Zubelzi**



* La autora agradece la colaboración de la Lic. Sabrina Benedetto en la búsqueda y selección de la bibliografía consultada.

Resumen: El artículo aborda los ajustes graduales en las percepciones de la élite gobernante rusa a partir de mediados de los años noventa. Esta comienza a articularse en torno a la identificación de algunos intereses nacionales que van adquiriendo consenso a partir de un sustrato o base político-ideológica, entendida como nacionalismo moderado. Ese consenso es estimulado desde el plano internacional e impacta en la política externa que exhibe sucesivos ajustes ante hechos como la ampliación de la OTAN y los ataques a Yugoslavia. A su vez la adopción de la élite gobernante de un nacionalismo moderado involucra un hecho novedoso: reflexionar en torno a la identidad rusa acotada a un Estado-Nación dado que ésta siempre estuvo indisolublemente unida a la idea de imperio y en consecuencia a la idea de una nación imperial.

Palabras clave: identidad rusa, interés nacional ruso, nacionalismo ruso, política exterior

Abstract: The article deals with gradual adjustments on the perceptions of the ruling Russian elite since the middle of the '90. Those perceptions start with the identification of some national interests that are acquiring consensus from a substratum or political - ideological base which can be labeled as a moderate nationalism. This consensus is stimulated from the international level and it influences the foreign policy which exhibits successive adjustments due to the enlargement of NATO and Yugoslavia conflict. In this way the construction and support of a moderate nationalism from the ruling elite lead to a new vision . In other words, it implies the reflection on the russian identity concerning a single state-nation, not an empire or an imperial nation.

Key words: Russian identity, Russian national interest, Russian nationalism, foreign policy

El análisis de la política exterior rusa pos-soviética recorre un período relativamente breve en tiempos históricos, pero sumamente intenso y rico tanto en debates como en acontecimientos. Varios estudios coinciden en caracterizar a la etapa abierta en 1991 –cuando Rusia se constituye como estado continuador de la URSS– en torno a las ideas predominantes que han servido de base a la política externa. En términos generales, Prizel (1998) y Aron (1998) señalan que a principios de los años noventa predominaba una orientación occidentalista, continuando con la política exterior de Gorbachov que tendía a asemejar la conducta externa rusa a la de los países desarrollados y a relegar los vínculos con algunos regímenes políticos autoritarios. En correspondencia con la esfera externa, en el plano interno el gobierno ruso confiaba en transformar con relativa rapidez al país en una democracia capitalista.

Esta política generó en el ámbito doméstico cuestionamientos explícitos desde distintos sectores tanto de la oposición como del propio gobierno. De modo gradual a partir de mediados de los años noventa y con mayor consistencia hacia el final de la década, la política externa va modificándose a través de sucesivos ajustes, muchos de ellos producidos de modo reactivo ante acciones de otros estados. Entre otros hechos, la primera ampliación de la OTAN y los ataques en la ex Yugoslavia resultaron los de mayor impacto.

Los ajustes graduales que se fueron realizando reflejaron cambios en las percepciones de la élite gobernante. Esta comienza a articular un consenso sólido tanto en la identificación de algunos intereses comunes como en el sustrato o base político-ideológica, entendida como nacionalismo moderado. Comparten esta visión autores como Leon Aron (1998), y Malcolm, Pravda, Allison & Light (1996). Esta base común se definirá en torno a ejes como: un Estado activo, intereses que incluyen la defensa de mercados (el propio y los externos), la protección de la diáspora e incluso identificarán las amenazas internas y externas. Resulta claro que cada uno de estos ejes puede estar sujeto a variantes tanto en las estrategias empleadas para consolidarlos, cómo en la intensidad con la que se los promueva. En el plano político la adhesión al nacionalismo involucra un tema más profundo, de hondas raíces históricas, y probablemente de incierta respuesta y eterno debate, acerca de la identidad rusa. Aún así, debe aquí señalarse el carácter novedoso de plantear a la identidad rusa acotada a un Estado-nación dado que siempre estuvo indisolublemente unida a la idea de imperio y fue una nación imperial. Más aún, puede coincidir que la tragedia de Rusia es que se convirtió en un imperio mucho antes de consolidarse como una nación (Goble 1994). Así, Rusia fue un estado con un centro y una periferia, pero no una metrópoli con colonias.

Este capítulo busca en primer lugar rescatar los elementos centrales de esta problemática, con el propósito principal de remarcar la vigencia de la cuestión en su doble dimensión: la identitaria-societal y como preocupación política. En segundo lugar pretende rescatar los contenidos de los “nacionalismos rusos” en cuanto a idea política, para por último, en la tercera sección, analizar su incidencia como sustrato aglutinador en la definición de la política exterior contemporánea. Sin embargo, aunque se recurra al auxilio de referencias empíricas, no se pretende desarrollar aquí un seguimiento y análisis de la política exterior rusa, dado que el enfoque que predomina es el teórico-conceptual.

I. El problema de la identidad: redefiniendo la nación rusa:

Para la mayoría de las repúblicas pos-soviéticas la fragmentación de la URSS, significó tener que lidiar de manera súbita con complejos panoramas en cuanto a la homogeneidad/heterogeneidad étnica de la población heredada en sus límites territoriales. Además, implicó el afrontar la existencia de minorías nacionales propias que habitaban en otras repúblicas, y que se convertían en *extranjeras*. En el caso ruso, esto se presentó como un problema novedoso dado que al desacoplarse territorialmente Rusia de las fronteras imperiales (soviéticas y zaristas) unos 25 millones de rusos pasaron a habitar en los nóveles estados pos-soviéticos. Sin duda este resultó un problema relevante que involucró definiciones concretas sobre su status jurídico: adopción de la nacionalidad del país, doble nacionalidad, uso del lenguaje nativo, derechos políticos activos y pasivos.

A la vez también volvió a incentivar los debates acerca de las líneas demarcatorias de la nacionalidad rusa. Este problema puede parecer sencillo en una primera mirada, pero resulta más complejo si se lo vincula al mundo eslavo y en particular en las identidades rusa, ucraniana y bielorrusa.

Para abordar la pregunta respecto a qué se entiende por nación rusa, resulta conveniente partir de algunas definiciones conceptuales del término nación para posteriormente, en base a los elementos constitutivos de ese concepto, señalar en relación al caso ruso cuáles son los puntos cuestionados o imprecisos.

Smith (1976) entiende por nación, a un grupo considerable de seres humanos, que posee una integración vertical de la población en torno a un sistema común de trabajo, un territorio más que local con una movilidad horizontal dentro del mismo, pertenencia directa al grupo con iguales derechos de ciudadanía, al menos un signo de relativa *disimilitud* reconocida por el cual sus miembros puedan distinguirse de otros grupos semejantes y tener una relación de alianza, competencia o conflicto con otros grupos, así como un elevado nivel de sentimiento de grupo. Las siete características ideales de *nación* son entonces según este concepto: el tamaño, la integración económica, la movilidad territorial, una cultura distintiva, relaciones externas –basadas en la alianza, competencias o conflictos con otros grupos semejantes–, iguales derechos de ciudadanía y lealtad al grupo. Esta definición es de tipo etnicista, entendiendo el término étnico como equivalente del cultural¹.

Cabe señalar aquí que la mayoría de los intelectuales rusos parten de un concepto de nación vinculado con el étnico en el ya mencionado sentido. En relación con ello, criticaron otros criterios a través de los cuales se procuró definir la nación, tales como *nacionalidad mayoritaria*, e incluso nacionalidad impuesta a los pueblos vecinos por la Rusia Imperial (Mendras, 1992: 7).

Se puede contraponer al concepto de Smith, a la visión de Gellner (1991), que si bien reconoce la importancia de elementos como voluntad y cultura en la relación a la definición de nación, no los considera suficientemente explicativos. Gellner afirma la necesidad de partir del nacionalismo para arribar al concepto de nación, dado que el primero engendra a la segunda. “Las naciones, al igual que los estados, son una

¹ Se entiende por cultura un sistema de ideas y signos, de asociaciones y de pautas de conducta y comunicación.

contingencia, no una necesidad universal. Ni las naciones ni los estados existen en toda época y circunstancia” (Gellner, 1991: 19). Su pensamiento invierte el orden secuencial de los argumentos nacionalistas: naciones dadas –y aletargadas– y posteriormente el nacionalismo como reafirmación política de las mismas.

Para Gellner, sólo se puede vincular la idea de nación a la de cultura, si se considera que ésta ha sido estimulada por condiciones sociales generales –concretamente la industrialización que conduce al nacionalismo– por medio de la educación hasta convertirse en el único elemento –ahora estandarizado, homogéneo y centralizado– con el que los hombres se identifican voluntariamente. Sólo cuando –como actualmente– la cultura parece ser la depositaria natural de la legitimidad política, esta puede asimilarse a la nación. En relación al Estado, concepto sobre el que se volverá más adelante, Gellner (1991: 182) lo considera el *caparazón propio* sin el que normalmente la nación-cultura no puede sobrevivir.

La concepción de Suny (1992: 96) aunque no vincula tan estrechamente industrialización-nacionalismo-naciones como Gellner, coincide con él en señalar la existencia de un *proceso de formación de naciones*. Dicho proceso está determinado por desarrollos socio-económicos y políticos, concebidos y articulados dentro de un discurso nacional emergente. Dicha concepción sostiene que “cualesquiera que sean los lazos territoriales, culturales, lingüísticos, religiosos o sociales que unen a la gente, la nacionalidad², se forma cuando se asume mediante la experiencia que esos lazos son los más significativos a la hora de desarrollar y proteger a un pueblo”. Nación equivaldría a *comunidad imaginada* que encuentra su expresión en símbolos, rituales, banderas, canciones y acciones colectivas que se constituyen en la articulación y representación de sus aspiraciones que tradicionalmente se centraron en el reconocimiento político, la soberanía y la independencia.

Conviene destacar aquí que, a menos que se relativice el significado de estos últimos términos en relación a su alcance original –y aún al que se les daba hace algunas décadas–, éstos entran en contradicción con una realidad que muestra una creciente tendencia a la permeabilidad de las fronteras nacionales. Fenómenos de distinto tipo, y también sujetos a diferentes valoraciones, tales como la transnacionalización económica, las comunicaciones, las organizaciones delictivas, los flujos migratorios –que se han transformado en un punto novedoso en la cuestión seguridad–, y los procesos de integración y cooperación económica apuntan tenazmente en aquel sentido.

Sin embargo, la identidad nacional no es constante ni inmutable, sino más bien constantemente definida, y en parte la política exterior contribuye a ello (Prizel, 1998: 33). La relación entre la identidad nacional y las experiencias de política exterior es altamente dialéctica. Por lo tanto dadas las transformaciones del sistema internacional, a la política exterior le cabe actuar en respuesta al enorme desafío de atenuar los impactos negativos –reales o percibidos– en términos de la *identidad nacional*, mientras que conjuga acciones que en gran medida estrechan vínculos con el medio externo.

² En la traducción de la revista Debats aparece el término nacionalidad como sinónimo de nación lo que no es infrecuente. También la obra de Helene Carrer D’Encausse, más adelante citada, cuyo título original es *La gloire des nations ou la fin de l’Empire soviétique* fue traducido al español como *El triunfo de las nacionalidades*. Sin embargo, el término nacionalidad alude a un vínculo de carácter jurídico internacional que se refiere a la pertenencia permanente de una persona a un Estado y que se adquiere originariamente según el *ius sanguini* o *ius soli*.

Si en el caso ruso se procura delimitar analíticamente a *la nación*, surgen algunas cuestiones –esenciales en esta búsqueda o reconstrucción de su identidad– sobre las cuales se polemiza y se debate³. La delimitación de los miembros del grupo, plantea uno de los problemas más críticos de la situación actual: la relación de los rusos que habitan Rusia tanto con los no rusos en términos étnicos que habitan en ella⁴, como con los rusos radicados en otras repúblicas de la ex URSS⁵.

A ello se suma la problemática planteada por la corriente eslavófila que en términos identitarios considera de modo inclusivo a ucranianos y bielorrusos. Esta corriente, uno de cuyos representantes más destacados es el escritor Alexander Solzhenitzyn, sostiene que no existirían prácticamente disimilitudes o elementos diferenciadores relevantes entre los tres grupos eslavos orientales: rusos, ucranianos y bielorrusos (o rusos blancos) que justificarían la secesión en distintos estados-nación. A una década y media de la fragmentación de la URSS, la consolidación de la estatalidad de Ucrania parece irreversible. En el caso de Belarus este proceso resulta más débil, dado que la existencia de un proyecto de Unión de Estados con Rusia, incentiva interrogantes acerca de las perspectivas de construcción plena de un Estado-nación en Belarus⁶.

Más allá de la evolución de los procesos políticos vinculados a esta cuestión, resulta relevante destacar la persistencia de una corriente de pensamiento que justifica la identidad eslava oriental enfatizando lazos históricos compartidos, tales como: un gobierno común, la administración unificada de la Iglesia Ortodoxa y el territorio de origen del imperio ruso en Kiev –actual capital de Ucrania– y también en los vínculos actuales entre millones de personas⁷.

Solzhenitzyn sostenía que estas tres etnias son “indivisibles aunque inmezclables”, y proponía la libre manifestación de cada cultura dentro de la unión, bajo el lema “No forzar la rusificación, pero tampoco forzar la ucranización” (Solzhenitzyn, 1992: 20). La idea subyacente apuntaba a preservar identidades colectivas *emparentadas*, alejadas de la lucha política y de una eventual manipulación o utilización por parte de los sectores intervinientes en la misma. El desarrollo de esta visión constituye un enriquecedor ejemplo de la variedad de percepciones respecto a los elementos conceptuales ya mencionados tales como *rasgo de disimilitud y las relaciones de alianza, competencia o conflicto con otros grupos*⁸.

³ Se sigue el concepto de identidad de Touraine en cuanto ésta se define en términos de elección y no en función de sustancia, esencia o tradición, en cuanto implica capacidad para la acción y el cambio y no un llamamiento a una forma de ser. Citado por Szporluk, Roman, “Dilemas del Nacionalismo Ruso”, *Problemas Internacionales*, julio – agosto 1989, p. 36.

⁴ Se debe destacar que Rusia cuenta con numerosas poblaciones no rusas en su seno de las cuales numéricamente las más importantes son: tártaros, chechenos, inguses, maris, chuvaches, osetios, bachkires, buriatos, tuvas, komis, udmortes y kalmuks.

⁵ En varias repúblicas constituyen entre el 20 y 30 por ciento de su población, los porcentajes menores se dan en la zona del Cáucaso.

⁶ Si bien pareciera existir consenso en las principales corrientes nacionalistas en cuanto a quienes considerar *ruski*, existen diferencias a la hora de considerar “las disimilitudes entre los miembros de un grupo de otros semejantes”, relevantes entre los tres grupos eslavos orientales (Rusos, Ucranianos y Bielorrusos o Rusos Blancos) que justificarían la secesión en distintos estados-nación.

⁷ En Ucrania viven aproximadamente entre 8 y 10 millones de rusos, en especial en la parte oriental. También existe una población caracterizada como *identidad múltiple* en el sentido que pueden identificarse con las dos identidades por ser descendientes de matrimonios mixtos ruso-ucranios e incluso algunos se sienten también *soviéticos*.

⁸ Por otra parte, existe otra corriente minoritaria que amplía los grupos aliados en base al grupo eslavo y a la fe ortodoxa, que refuerza los lazos culturales y a través de este elemento diferenciador define a los grupos rivales –el Occidente cristiano corrompido– con claras connotaciones schmittianas.

En el *establishment* político, la idea de lazos especiales entre los eslavos orientales cuenta con gran popularidad. En mayo de 1997 Yeltsin apeló a la unidad eslava para justificar la firma de la carta de unión suscripta con Belarus. Más aún, en su libro *Derzhava* el líder del partido Comunista Guennai Ziuganov, incluyó sin equívocos a ucranianos, y a bielorrusos en la nación rusa (Tolz, 1998).

Por cierto las relaciones entre ucranianos y rusos resultan complejas. En el plano de los vínculos político-diplomáticos entre ambos estados, éstas han oscilado entre la competencia, el conflicto y la cooperación. En la relación entre las sociedades de cada uno, no ha habido tal variación dado que la población ucraniana se diferencia tradicionalmente por la existencia en la zona oeste de una población nacionalista, católica y pro-occidental, mientras que en la zona centro-sur y oriental predomina una población más rusificada y con *identidades múltiples*. Por lo tanto, el contraste entre la construcción imaginaria y el escenario real aparece claramente⁹.

Estas relaciones dependerán de si los sectores nacionalistas se consolidan en el *aparato estatal* de los distintos países –y en ese caso cuál de las variantes del nacionalismo ruso predominaría– para poder establecer qué tipo de lógica podría constituirse en dominante o permanente. La importancia del Estado para el nacionalismo, que será retomada más adelante, aparece clara en su *caparazón protectora* (Gellner, 1991: 15-17; Smith, 1976: 251).

Tan importante como definir si otras naciones eslavas constituyen *el otro*, resulta determinar la relación con las minorías étnicas establecidas en Rusia como parte del *nosotros*. En esa dirección Tolz remarca lo novedosa de la idea de una nación rusa cívica (*rossiiskaya*) cuyos miembros sean todos los ciudadanos de la Federación de Rusia (*rossiianie*), sin considerar sus orígenes étnicos o culturales (*ruskii*), unidos por la lealtad a las nuevas instituciones políticas emergentes y a la Constitución. En los años 1991 y 1992 el gobierno de Yeltsin impulsó esta identidad cívica y esto se reflejó en la ley de ciudadanía de 1991. Como señala Miller numerosas políticas del Estado pueden influenciar la formación de identidad –nos detendremos particularmente después en la política exterior– pero sin duda la legislación sobre la ciudadanía es crucial. La categoría ciudadanía es la que marca los límites de la comunidad política, ya que define quien disfruta de los derechos y se somete a las obligaciones de ser miembro de un Estado. También es vista como un indicador de la comunidad nacional (Miller, 2002). La ley de 1991 otorgó la ciudadanía rusa a todos los que en aquel momento habitaban en la Federación sin exigencia de conocimiento del idioma ruso, o de residencia, ni ningún tipo de examen sobre la historia, la cultura o las leyes rusas. Además en su artículo 18 ofreció la ciudadanía rusa a cualquier ciudadano de la ex URSS residente en los estados que la integraron, con la única condición que no hayan tomado otra nacionalidad y exigiendo como único requisito el deber de registrarse. Sucesivos decretos presidenciales extendieron los plazos para cumplimentar el registro desde el 6 de febrero de 1995 hasta el 6 de febrero de 2000 y se eliminó el requisito del registro para aquellos ciudadanos de Rusia que hubieran regresado al país. La Constitución de

⁹ El mismo Solzhenitzyn reconoció más tarde la inviabilidad de este agrupamiento, al admitir el continuo rechazo del gobierno ucraniano de apoyar cualquier tipo de organización supranacional con Rusia, en el marco de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), que “Ucrania nos rechaza con odio miope” y “que la única formación real que puede durar es la unión entre Rusia, Belarús y Kazajstán” (en “Falta un poder fuerte”, Diario Clarín, Buenos Aires, 4 de abril de 1993, p. 20).

1994 menciona a la nación cívica rusa como una comunidad de todos los ciudadanos de Rusia.

La ley de ciudadanía aprobada por la Duma en abril de 2002, en base a un proyecto presidencial, exige requisitos para adquirirla tales como la fluidez en el idioma ruso o tres años de matrimonio con un ciudadano o ciudadana rusa. La ley prohíbe la doble ciudadanía excepto en casos estipulados en acuerdos firmados con algunos países, principalmente las repúblicas ex soviéticas. En ellas Rusia ha promovido este status, con variada suerte¹⁰. En el caso de Ucrania, y en los tensos momentos previos a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de noviembre de 2004, Putin pidió al parlamento ruso que acelere el tratamiento de la legislación que permita la doble ciudadanía ruso-ucraniana. Se estima que ésta podría ser otorgada a entre 4 y 6 millones de ucranios que viven temporal o permanentemente en Rusia¹¹. También ha habido declaraciones presidenciales en el sentido de reconocer la doble ciudadanía ruso-israelí y la sugerencia de considerar a los descendientes de la primera ola de inmigrantes a Francia con una doble ciudadanía¹².

La nueva demarcación jurídica de la nación rusa debe además convivir con lo ya existente. La desintegración de la URSS no significó que Rusia heredara un Estado-nación, sino una amorfa y débil identidad nacional (Kuzio, 2001). Ello obedeció a que ni el régimen zarista ni el soviético promovieron la construcción de una nacionalidad o nación rusa. Entonces el territorio actual de la Federación de Rusia no es aceptado como su tierra natal por la mayoría de los rusos étnicos, solo lo hace el 41%. Kuzio recuerda que a la manera de los turcos en el imperio otomano, los rusos étnicos fueron subsumidos en las identidades zaristas y soviéticas. En su análisis para la mayoría de los rusos su *tierra* fue el imperio o la URSS, dado que fueron privilegiados como una nación supranacional cuya migración fue promovida como un medio del poder ruso y soviéticos hacia la periferia no rusa. La tarea de construir una nación después de la fragmentación de un imperio no es frecuente, pero antes que Rusia, Turquía y Austria han atravesado procesos similares. De todos modos cabe resaltar que la complejidad de estos procesos resulta indudable. *El Estado ruso tiene la doble tarea de construir la nación, y acotarla institucional y territorialmente.*

Además la decisión política de impulsar este proceso no siempre es sostenida y muchas veces resulta selectiva en función de intereses económicos y estratégicos o de variaciones ideológicas. Estos aspectos son abordados en la segunda parte del trabajo al analizar las políticas imperialistas.

En el plano social la convivencia ha sido relativamente armónica y las diferencias aceptadas. No obstante, fenómenos como la xenofobia y el chauvinismo han resurgido en tiempos recientes aunque no pueda distinguirse si están destinados en mayor medida a grupos extranjeros o a minorías étnicas de la propia Rusia. Desde el nivel político, se ha puesto especial cuidado en resaltar el carácter multiétnico y multiconfesional de la Federación Rusa.

¹⁰ En 1993 Yeltsin propició la doble ciudadanía para los rusos étnicos en el *extranjero cercano*, pero al encontrar resistencia, en particular en Ucrania, fue atenuando sus demandas hasta abandonarlas.

¹¹ RFE/RL Newslines, 1 de nov 2004, part I.

¹² “The Citizenship Law: Russia is on the Edge of the Political Collapse”, *Pravda*, 07/03/2003. www.pravda.ru Consultado en noviembre de 2004.

Por otra parte, a medida que la identificación de los responsables de los ataques terroristas en el país se limitaba a los chechenos, el gobierno mientras apostaba a esta vinculación, también intentaba desacoplar el vínculo entre terrorismo e islamismo. Dado que entre el 10 y el 15 % de la población rusa profesa la fe islámica, el gobierno procuró mantener las buenas relaciones con los líderes religiosos e hizo gestos políticos para resaltar la tolerancia y libertad religiosa de una Rusia multiconfesional¹³.

Mientras en el análisis precedente se plantearon la dificultad para establecer las fronteras del *nosotros* (*russkoye* o eslavos orientales), la necesidad política de un Estado que internamente estimule y fortalezca la inclusión de toda su población actual (*rossianie*), y en relación a la diáspora rusa (*russkii*) aplique una política cauta y de cooperación en especial en las repúblicas pos-soviéticas, seguidamente se pondrá la atención en la relación con *el otro*. Allí la referencia es Occidente, entendido como una entidad cultural que comprende a la civilización europeo-norteamericana, respecto a la cual Rusia mantiene un complejo vínculo. Este se aborda en su faz política en la tercera sección al analizar la política exterior, pero cabe previamente introducir algunas reflexiones. Occidente ha resultado tradicionalmente *el otro* para Rusia y ha constituido un elemento relevante en la conformación de su identidad. Este proceso puede adoptar dos tipos de estrategias y prácticas: las afirmativas, que remarcan las características positivas y celebran lo comunitario, y las negativas, que enfatizan las diferencias y la exclusión. El empleo de estos mecanismos en la construcción identitaria cobran central relevancia a la hora de analizar las variantes del nacionalismo ruso en la segunda sección. A su vez esta construcción puede poner el énfasis en elementos orgánicos o culturales o en elementos inorgánicos o ideológicos, entre los cuales sobresale la importancia de la dimensión externa. En su análisis del proceso identitario ruso, Kasianova (2001) subraya que en los años inmediatos a la fragmentación de la URSS, la élite rusa impulsó una autoidentificación con Occidente como comunidad de referencia, pero que ello requería un consenso de aquella que nunca se dio. Este rechazo, más intuitivo que consciente, llevó a las élites rusas a valorar el elemento orgánico de la identidad y a reforzar su peso en el modelo identitario. Así se entiende que el ascenso de Putin consolida el posicionamiento de la idea de un Estado fuerte como polo del proyecto de identidad rusa, considerando como tal un Estado que cuente con poder militar, con efectividad legal y administrativa, con símbolos visuales de la grandeza rusa y con conciencia de una destacada tradición cultural (Kasianova, 2001).

Sólo a título de ejemplo pueden señalarse algunas muestras de esto. En el terreno político-diplomático, las autoridades rusas han iniciado en los últimos años el reconocimiento de figuras destacadas, en un *continuum* que se remonta a los tiempos zaristas: tales los casos de Aleksandr Gorchakov y Fyodor Tyutchev¹⁴. El ejercicio de la diplomacia como arte o actividad de profundas tradiciones en Rusia, se inicia en 1451 al

¹³ La Federación Rusa reconoce cuatro religiones oficiales: la cristiana ortodoxa, el islam (predominantemente sunni), el judaísmo y el budismo. El país ha manifestado su voluntad de integrar como miembro observador a la Organización Conferencia Islámica, a cuyas cumbres anuales asiste habitualmente el canciller, aunque en el 2003 estuvo presente el presidente Putin.

¹⁴ En años recientes se celebró el bicentenario de la creación del Ministerio de Asuntos Exteriores (2003) se conmemoró el bicentenario de los nacimientos de Gorchakov (1998) y Tyutchev (2003) se realizaron ciclos de conferencias en la Universidad Estatal de Relaciones Internacionales de Moscú (MGIMO) y en la Academia Diplomática. En el caso del ex canciller Gorchakov la medalla que lleva su nombre instituida al conmemorarse los 200 años de su nacimiento, ha sido entregada al ex presidente Yeltsin, al presidente Putin, al ex canciller y PM Primakov, al patriarca de la Iglesia Ortodoxa Rusa Alexei II y al Secretario General de Naciones Unidas, Kofi Annan.

crearse en tiempos del príncipe Vasili I, el Departamento de Embajadores, el más antiguo antecesor del actual Ministerio de Asuntos Extranjeros. Dicha actividad mantuvo tradicionalmente estrechos vínculos con el mundo intelectual y la historia rusa ofrece ejemplos de brillantes figuras de reconocimiento universal, que trabajaron en la cancillería o en sus archivos, tales como Pushkin y Tolstoi. Las referencias a la historia también constituyen una constante. En las siguientes líneas puede notarse como el presidente Putin alude a ellas, mientras que simultáneamente exhibe una mirada práctica a los problemas actuales.

“Nosotros somos los antepasados de una Rusia milenaria, la Madre Patria que ha dado nacimiento a destacados hijos e hijas: trabajadores, guerreros/soldados y personalidades creativas. Ellos nos han dejado un país grande y glorioso.

Nuestro pasado indudablemente nos da fuerza. Pero aún la más gloriosa historia no puede por sí misma asegurarnos una vida mejor. Esta grandeza debe ser respaldada, respaldada por nuevas acciones de las generaciones presentes de los ciudadanos de nuestro país.

Sólo entonces nuestros descendientes se sentirán orgullosos de las páginas que nosotros agreguemos a la biografía de la Gran Rusia”¹⁵.

Por último cabe destacar que a la complejidad que conlleva este proceso de redefinición de la identidad nacional, se suma y superponen otras transformaciones. Rusia lleva adelante la transformación de su sistema político (mayor democratización) y de su sistema económico (adhesión al capitalismo). Esto supone *múltiples adaptaciones probablemente asincrónicas* –explicado por Dahrendorf (1991, citado en VICERNIK & MATEJU, 1993) en “el paradigma de los tres relojes”– más aún como en este caso, cuando no existe una tradición democrática. Los tres relojes miden el tiempo para los cambios constitucionales (la hora del legislador), el tiempo para establecer el buen funcionamiento de una democracia de mercado estable (la hora de los políticos), y el tiempo para los cambios en las creencias de las personas y los patrones de conducta (la hora de los ciudadanos). Cada uno de ellos corre a una diferente velocidad, siendo el último de los mencionados el más lento de los tres.

En relación al segundo reloj, el gobierno ruso intenta conducir la transformación de un sistema de economía centralizada y planificada –que incluía la propiedad estatal de los medios de producción– a otro sistema, en términos generales, el capitalista. La definición en torno a cual de las variantes del capitalismo –es decir, que tipo de combinación entre estado y mercado– adopta Rusia parece cerrarse durante los mandatos presidenciales de Putin¹⁶. Hay quienes entienden que Rusia avanza hacia un capitalismo (que algunos definen como burocrático) dado el fortalecimiento del rol del Estado en la economía (caso Yukos). Pero más allá de algunos sectores claves energéticos y minerales estratégicos, pareciera que no hay una reversión en cuanto a la propiedad privada de los medios de producción. Debe tenerse en cuenta que en un corto período de tiempo Putin logra hacer aprobar la propiedad privada de la tierra (medida que Yeltsin no logró obtener del parlamento) y se produce la apertura de la inversión externa en diciembre de 2003 en el área energética. Además se siguen políticas fiscales ortodoxas, se avanza en la reducción de la inflación, mientras que funcionarios liberales

¹⁵ Remarks by Russian President Vladimir Putin at Presidential Inauguration Ceremony, The Kremlin, Moscow, May 7, 2004.

¹⁶ Tanto en Rusia como en los demás países del Este se analizan distintos modelos de capitalismo desde el *tatcheriano* hasta el nórdico o escandinavo, y se debate sobre el cuál es el más adecuado para ellos.

permanecen en carteras como el Ministerio de Finanzas y el Ministerio de Desarrollo Económico y Comercio. Otro de las políticas centrales de la administración se centra en una cauta política en el frente financiero internacional. Rusia paga puntualmente los servicios de la deuda, no ha tomado nuevos préstamos desde el *default* de 1998 y está trabajando en un programa de reducción de su deuda. Un crecimiento sostenido se da en los años posteriores a la crisis de 1998 en parte gracias a los precios del petróleo. Por último en el ámbito comercial, el país apuesta a una mayor integración con el mundo, dado que viene negociando su ingreso a la Organización Mundial del Comercio.

II. El nacionalismo y los *nacionalismos rusos*

Si tomamos el concepto genérico, se entiende por nacionalismo a “un movimiento ideológico cuyo objetivo manifiesto es lograr y mantener el autogobierno y la independencia, en favor de un grupo en su conjunto, como constituyendo real o potencialmente, una nación como las demás” (Smith, 1976: 13). En este concepto cabe destacar dos elementos centrales, el primero es la indispensable ligazón que lo vincula – como todo movimiento político– al *Estado* en tanto éste es visto como el medio óptimo e imprescindible para viabilizar esos ideales. “La única forma práctica de salvaguardar la individualidad de la nación es mediante el uso del poder y de la política planificada, cuyo único instrumento, bajo las condiciones modernas, es el Estado” (Smith, 1976: 251). Ya sea a fines de concretar, fortalecer o conservar la autorrealización de la nación política el Estado se convierte en condición *sine qua non*.

El segundo elemento se refiere al rol de los intelectuales en tanto constructores de la *comunidad imaginada*. Ellos pueden ejercer tanto la función de ideólogos, en el sentido de vincular, definir o precisar aspiraciones inorgánicas o no explicitadas abiertamente, como también aportar el fortalecimiento o definición de la *comunidad imaginada* a través de estudios históricos, literarios, lingüísticos, etc.

Por otra parte es conveniente precisar que si bien se parte de la diferenciación entre dirigentes y dirigidos, este último grupo tiene a mi criterio un rol bastante más activo que el que parece asignarle Smith. El primero sustenta su ideología y política nacionalista de forma plena, lo que se manifiesta en el diseño de una estrategia tanto para el logro de sus objetivos políticos como para la obtención de apoyo del segundo grupo. En esta conceptualización de *nacionalismo* se haya implícita la dominación política, económica, cultural o global, abierta o sutil de un *otro* diferente, que puede ser tanto otra nación, como un sistema político¹⁷.

La difícil cuestión que se plantea al nacionalismo ruso es que, a diferencia de nacionalismos de las otras repúblicas pos-soviéticas, no puede claramente mostrar a Rusia como la *víctima*. El caso ruso requiere un análisis particular debido a la posición central que esta nación ocupó en la estructura del estado soviético. Por su relevancia – poder potencial, que se mide en términos de extensión territorial, recursos naturales, importancia demográfica y también por el protagonismo de parte de su población en la revolución de 1917– fue la nación sobre la cual el gobierno bolchevique, especialmente

¹⁷ El sistema soviético intentó crear una *nacionalidad soviética* la que aparece como un logro en la Constitución de 1997 a través de la mención al *pueblo soviético*. Es un tema de interesante reflexión en que medida la población de la URSS se identificaba como soviética y si esta identificación no era más natural entre los rusos que en las demás nacionalidades.

a partir de Stalin, construyó la estructura estatal de la URSS. Uno de los elementos que corrobora esta situación, es la sobre representación de la nación rusa en relación a las no rusas en los aparatos estatales durante la era soviética. Según Carrère D'Encausse (1992) partido único, burocracia, fuerzas armadas, estaban –especialmente en sus puestos jerárquicos– mayoritariamente ocupados por rusos en un porcentaje superior al peso poblacional de esta nación dentro de la población soviética total. Por otra parte, si bien una proporción significativa de rusos controló el aparato estatal, otro grupo sufrió la coerción que éste ejerció. Disidentes y campesinos rusos murieron durante la colectivización de la tierra o las sucesivas purgas stalinistas. En palabras de Sajarov “entre las víctimas del sistema imperial –el estado soviético– no sólo debe incluirse a las naciones no-rusas sino también a la rusa que tuvo que soportar la mayor parte de la carga de las ambiciones imperiales y también las consecuencias del afán aventurero y el dogmatismo en materia de política exterior y nacional” (Szporluk, 1989: 17). Por lo tanto, es necesario ser cauto ante las visiones que consideran a la nacionalidad rusa en términos de víctima o de victimario.

Previo al análisis del nacionalismo ruso en sus distintas variantes, resulta conveniente cotejar las diversas visiones acerca del nacionalismo y de otras ideologías con las que se lo suele confundir. Esta disgresión constituye un paso necesario para posteriormente abordar a través de la categorización conceptual el caso empírico analizado y poder entonces determinar de qué se trata.

El punto clave del nacionalismo –lograr y mantener el autogobierno y la independencia a favor de un grupo– no supone necesariamente:

- una relación de conflicto abierto con minorías nacionales con la que esta nación conviva.
- que esa nación sostenga una vocación explícitamente imperialista.

Estos elementos no están incluidos en la conceptualización mencionada. El nacionalismo podría operar con una lógica que incluya la posibilidad del diálogo, el acuerdo y la conciliación. También puede operar con una lógica contraria, aplicada a la relación entre *nosotros* –los miembros de la nación– y *los otros*. Pero la utilización de esta última lógica no es patrimonio exclusivo –ni inmanente– al nacionalismo, sino que es utilizada por las ideologías no democráticas o no pluralistas. Una serie de factores pueden influir en el surgimiento –o en la mutación– de un tipo de nacionalismo que adopte una lógica *schmittiana*, tales como, la propia cultura política de una nación o una eventual amenaza de desintegración territorial, o un contexto externo sumamente adverso debido por ejemplo a la derrota en un conflicto o la amenaza de un vecino expansionista.

Una percepción del nacionalismo en términos de irremediable exclusión, es la que sustenta Michnik cuando sostiene que “el nacionalismo no es la lucha por los propios derechos nacionales, sino el desprecio del derecho de otro a una dignidad nacional y humana. El nacionalismo es, después de todo, una forma degenerada de una necesidad natural de vivir con dignidad nacional y en un estado nacional independiente, dado que el nacionalismo desemboca en la intolerancia: permite el rechazo de otra persona por causa de su *alteridad*. El nacionalismo se da sólo con la convicción de que mi nación –suprimida– es superior a otra” (Michnik, 1992: 88).

Merece reiterarse que la idea del rechazo, el desprecio, la exclusión, e incluso la eliminación del otro puede justificarse también en base a la ideología, religión, costumbres o color. La nación es un elemento más sobre el cual puede apoyarse la intolerancia del distinto. Ahora bien si en lugar de impulsar a una cultura, se sostiene la superioridad física e intelectual de una raza por sobre las demás estamos hablando de *racismo*.

Pero si se habla de una nación o una etnia que cree que tiene la *misión* –o el derecho– de hacer gozar a otras etnias o naciones de los dones de su civilización, se está caracterizando al *imperialismo expansionista* (Smith, 1976: 359). Como se tratará en la tercera sección de este artículo esta categoría es relevante en términos del rol de Rusia, en particular en las repúblicas pos soviéticas, dado que el desafío consiste en el abandono de un rol imperial y en la adopción de un nacionalismo moderado. En torno a esas reflexiones, puede anticiparse que algunos análisis definen a la política rusa pos-soviética como imperial.

Como ya se han señalado, este trabajo parte de la diferenciación conceptual especificada entre nacionalismo, racismo e imperialismo para caracterizar en la forma más precisa posible a las distintas variantes del *nacionalismo ruso*. Por último, resta dejar en claro que esta diferenciación conceptual –y posteriormente empírica– se refiere a un momento histórico y ella no debe tomarse como una clasificación cristalizada. Como anteriormente se sugirió, movimientos nacionalistas pueden devenir hacia posturas imperialistas y fascistas ante determinados acontecimientos, así como partidos democráticos pueden dejar de serlo.

Por ello conviene seguir la evolución de la situación política rusa, y en particular la política exterior hacia las repúblicas pos-soviéticas, con la ayuda instrumental de este criterio de diferenciación, que permite justamente, al percibir diferencias, también advertir eventuales identificaciones o transformaciones.

Esta posición respecto al nacionalismo en general explícita en un trabajo previo (Zubelzú 1994) es coincidente con lo sostenido por Tuminez (2000) quien entiende que contrariamente a las afirmaciones comunes, el nacionalismo no es de modo uniforme una ideología maligna. Su poder para crear y consolidar una identidad nacional y posibilitar objetivos comunes es tal que puede ser canalizado hacia fines ventajosos. El nacionalismo puede ayudar a crear fundamentos emocionales para una comunidad política y puede inspirar impulsos hacia el desarrollo económico, el bienestar colectivo y la estabilidad política.

Las posibles contradictorias que como ideología política puede ofrecer también fueron remarcadas por Gaddis (1991), quien en su análisis de las fuerzas integradoras y desintegradoras del sistema internacional de pos guerra fría, entiende que el nacionalismo es la única que puede estimular ambas tendencias.

- Percepciones y propuestas: los nacionalismos rusos:

El *nacionalismo ruso* en tiempos de la *Perestroika*, entre 1986 y 1990, se desarrolló y abroqueló en torno a una serie de demandas al gobierno central de la URSS, que eran consensuadas por sus diferentes variantes. Estas demandas comunes consistían en:

- vuelta a los nombres rusos tradicionales de ciudades y calles.
- reivindicación del vínculo campo o campesinado-nación.
- reconocimiento de la importancia de lo religioso o reivindicación de la libertad de cultos.

En ellas pueden encontrarse los elementos centrales de su concepción de nación: valorización de su cultura –literatura, música, poesía, arquitectura, historia– y su modo de vida, predominantemente rural, estrechamente vinculados con los valores cristiano-ortodoxos. Estos marcan precisamente un fuerte contraste con los puntos clave del régimen del cual querían diferenciarse: ateísmo, cultura dominada por la ideología del régimen comunista, industrialización y urbanización acelerada y creación de la *nación soviética*.

A partir de las mencionadas demandas comunes, las concepciones políticas de los distintos grupos comenzaron a ramificarse en una serie de movimientos políticos. Cada uno pujó por definir lo más ajustadamente a la *comunidad imaginada*, según la expresión de Suny, para convertirse en los representantes de las aspiraciones políticas esa comunidad. A medida que la lucha por alcanzar mayores espacios de poder se acentúa se hace más difícil realizar una delimitación de los movimientos nacionalistas. Ello se debe a que los dirigentes de cierta relevancia, o grupos, varían rápidamente su pertenencia a un movimiento o impulsan escisiones de un partido y conforman con rapidez una nueva alianza –generalmente fugaz– con otro sector o movimiento.

Las cuestiones centrales sobre las que pueden detectarse diversas percepciones dentro del nacionalismo ruso, giran en torno a:

- El modelo de desarrollo socio-político.
- El lugar de la religión, especialmente el rol de la Iglesia Ortodoxa en el sistema político.
- La caracterización del entorno internacional y por lo tanto su relación con los demás países.

Cabe señalar que estos ejes han sido seleccionados siguiendo a Carrère D'Encausse (1991: 225) por considerárselos los más relevantes. Esto no implica que no puedan desarrollarse en el futuro otros elementos que puedan hacer necesaria la inclusión de otra línea o variable de diferenciación.

En base a estas tres cuestiones mencionadas, las que también cumplen funciones metodológicas, al contribuir a ordenar el confuso espectro político, pueden distinguirse cuatro variantes de nacionalismo¹⁸. Ellas son: el patriótico, el conservador, el liberal y el de izquierda.

La primera de ellas es generalmente mencionada como *los patriotas*. Esta corriente surge a partir de su temprana toma de posición opuesta a las reformas de Gorbachov, no porque vislumbre en la misma un ataque al sistema socialista, sino porque ve en ellas un peligro para el Estado Ruso-Soviético. Ello se debe a la relación –

¹⁸ También puede verse la interesante distinción que hace Szporluk en Op. Cit., p.22 a 28. A su vez Tuminez distingue entre Nacionalismo occidentalista, nativismo, estatismo moderado –el predominante en la Rusia de fines de los años noventa– estatismo agresivo y patriotismo nacional. Este último se acerca al imperialismo según lo definido en este artículo. Puede consultarse un esquema sobre estas variantes en www.cfr.org/pub6196/elliott_scharge/bio.php?id=3603. Consultado el 6 de diciembre de 2004.

particularmente contradictoria— que ha mantenido Rusia con el Estado Soviético. Como ya se ha señalado en la primera sección, el gobierno de los *soviets* le asignó a Rusia un rol destacado en el Estado multinacional y utilizó para la implementación de sus políticas cuadros rusos o rusificados. En este sentido Rusia, fue el *primus inter pares* en la Unión Federal. Por otra parte la identificación entre ambos a que condujo esta relación, hizo que muchas características identitarias rusas se fuesen diluyendo e internacionalizando, mientras que otras naciones podían obtener circunstancialmente del régimen algunas concesiones referidas a sus peculiaridades nacionales. Esa especie de simbiosis entre el Estado soviético y Rusia, explica las aparentes contradictorias demandas de los nacionalistas patriotas, quienes inicialmente se opusieron al desmantelamiento del Estado federal soviético impulsado —según su percepción— por la *Perestroika*, mientras también reclamaban un status independiente para Rusia y el retorno a sus tradiciones culturales. Es sobre esta base que se construyó y mantuvo su alianza electoral con los comunistas durante el período Gorbachov. Su idea central gira en torno al concepto Estado, al que consideran como institución insustituible en la protección de la *Patria*. En función de esta necesidad defendían al Estado soviético —aunque se percibían como sus antiguas víctimas— dado que era mejor éste que no tener Estado. En ese contexto advertían sobre el peligro y las consecuencias de la fragmentación de la URSS.

La visión de Rusia como víctima, se acentuó enfáticamente desde la iniciación del proceso de reformas de Yeltsin, esta vez a manos de las fuerzas malignas de Occidente, enemigo ancestral de la cultura ortodoxa. El cambio de victimario —el sistema soviético por los países desarrollados de Occidente— mientras casi paralelamente el Estado soviético desaparece, refuerza su alianza con los comunistas, evidenciada de modo claro en el Congreso de los Diputados del Pueblo Ruso y en el *Soviet* Supremo. Más crudamente fue visible en el conflicto de poderes entre estos órganos y el Presidente Yeltsin, que culminó con la disolución de los primeros por parte del segundo apoyado por el ejército.

La relevancia que va cobrando *lo ortodoxo*, tanto en su sentido religioso y también como estilo de vida, no ocasiona fricciones con los aliados comunistas, dado que aunque los criterios para definirlos sean distintos —su ideología política o sus valores culturales-religiosos— el enemigo es el mismo: los países occidentales desarrollados. Después de todo tanto *lo ortodoxo* (de la Religión Ortodoxa) y *lo ortodoxo* (del Comunismo Ortodoxo) se basan en rasgos similares: autoritarismo, conservadurismo, dogmatismo. Los rasgos centrales de las sociedades occidentales *anti-modelo* —individualismo, amor al dinero, el catolicismo y protestantismo como religiones que no pueden o no quieren modificar esos rasgos— son los que *lo ortodoxo* destaca como contrapuesto a sí mismo como fuente identitaria. Un representante de la corriente patriota, el escritor V. Rasputin, afirma “el socialismo se cayó, pero también con él, el bastión principal contra la dominación total de la democracia occidental” (Berelowich, 1992). También justifica la alianza con el Partido Comunista Ruso, sosteniendo que el partido antinacionalista —por su adhesión al principio del internacionalismo— ha desaparecido, deviniendo en defensor —no ya del Estado soviético— sino del Estado ruso.

Con estos componentes se va delineando una percepción del mundo condicionada por la identidad cultural-religiosa —*ortodoxa* o *no ortodoxa*— del *partner* con el cual se relacionan. Es precisamente el énfasis en una identidad ajena, el pro

occidentalismo como principal rasgo de la política exterior tanto de Gorbachov y de Yeltsin, el que recibe una valoración negativa de estos sectores. Esta crítica es doble, por un lado apunta a lo que se considera un acercamiento excesivo a Occidente y por otro se remarca que este último se realizó a expensas de excesivas concesiones rusas¹⁹. La actitud de *laisse faire* frente a las potencias occidentales, que sostuvo Rusia en relación a un aliado tradicional y ortodoxo como Serbia en el conflicto Yugoslavo, se constituyó en el hecho clave sobre el que se centró la crítica más dura y la mayor capacidad de presión de este sector²⁰.

Varios grupos que inicialmente apoyaron las reformas de Gorbachov, por lo que fueron caracterizados como *reformistas*, posteriormente comenzaron a diferenciarse en centristas y radicales. En primer lugar se focalizará el análisis en la evolución del sector centrista, el que suele conocerse como *nacionalista conservador*, notoriamente influenciado por las ideas de Solzhenitzyn. Esta variante centra su atención en la revalorización de las tradiciones culturales –campesinas y cristianas– rusas. Si bien esto es un elemento común a las distintas vertientes, ésta le otorga un rol privilegiado como fuente identitaria y como modelo de vida, alternativo al occidental. El *nacionalismo-conservador*, tanto como la corriente *patriota*, coinciden en su valoración negativa de la cultura occidental. Sin embargo, el primero pareciera no percibirla en términos de *enemigo al asecho*, sino que más bien intenta mostrar otro modelo más perfecto. Carrère D'Encausse destaca que ellos autoperceben que “los valores morales del cristianismo, tan enraizados en Rusia, son el refugio contra una pseudocultura –la occidental– que no tiene otro objetivo que el de mantener ocupado el espíritu humano y desviarlo de sus auténticos fines, la salvación personal y la conservación de una comunidad cultural estable” (1991: 258). El nacionalismo-conservador enmarca su oposición radical tanto al marxismo –una ideología originada en Occidente– como al sistema stalinista por su ateísmo. Por estas razones en el terreno político han rechazado una alianza con los comunistas.

El segundo grupo, inicialmente incluido en la denominación *reformistas*, puede ser identificado como *nacionalistas liberales*.

Sus principales dirigentes son intelectuales democristianos que tienen como guía a la obra de Dimitri Lijatchov, y tratan de impulsar un movimiento nacional alejado de las posiciones patriotas. Este grupo vinculado a la prestigiosa revista *Novii Mir* (Nuevo mundo), reafirma su adhesión a la democracia y al estado de derecho como elementos centrales de su pensamiento. En conexión con ello, Rusia debe volver su mirada sobre sí misma y rescatar los valores cristianos, los que conducirían a la tolerancia y el respeto a los demás. Señalan que su concepción de *patria*, se basa en la identificación de una herencia cultural común, –donde patria y nación parecen ser utilizadas indistintamente– y no sobre el descrédito de otra cultura. Con ello quieren diferenciarse de los *patriotas* –

¹⁹ Las críticas se centraron en la desarticulación del Pacto de Varsovia y en los acuerdos de desarme alcanzados con los EEUU, particularmente el Start II, suscritos por los presidentes Bush y Yeltsin en enero de 1993, por ser considerados desventajosos para Rusia.

²⁰ En tal sentido por ejemplo el *Soviet Supremo* de Rusia no aprobó en junio de 1992 las sanciones contra Serbia argumentando que no sólo los serbios, sino también los croatas violaban acuerdos y normas. No puede afirmarse si por influencia de este sector, pero lo cierto es que Moscú modificó su postura en relación al conflicto ex Yugoslavia a partir de comienzos de 1993. Ello puede apreciarse en la amenaza a vetar cualquier resolución del Consejo de Seguridad a favor de bombardear territorio serbio y en el pedido de sanciones contra Croacia por su ofensiva contra Krajina.

a los que ellos denominan *patrioter*os–, al que consideran capaz de desembocar en el antisemitismo.

El temor al avance de este último sector, los lleva a criticar a los partidos o sectores radicales-liberales –corriente excluida del espectro nacionalista– que niegan o desvalorizan una identidad nacional, mientras sostienen un modelo político y económico occidental lo menos vinculado al pasado ruso. Advierten que el afianzamiento de esta posición puede favorecer el ascenso del *patrioterismo*, el que ha promocionado una imagen errónea: Rusia rodeada de vecinos próximos y lejanos quienes constituyen un peligro permanente. Fundamentalmente les preocupa la internalización de esta *imagen de fortaleza asediada* en la gente, que podría convertir o transformar al sector patriota de una fuerza insignificante en una fuerza poderosa en términos de apoyo popular electoral. De esta concepción política se deriva, que en relación a sus vínculos externos, esta corriente es contraria a promover el aislacionismo en su política exterior.

En relación al rol de la Iglesia Ortodoxa, este sector sostiene la separación entre Iglesia y Estado como principio jurídico absoluto de la democracia moderna. Y aunque rescatan y valoran la participación de la Iglesia en la vida pública por considerarla una tradición milenaria y de fuerte arraigo en la sociedad, no son partidarios de una vinculación estrecha entre Iglesia y Estado.

Por último, se puede delimitar otro sector al que podríamos denominar *nacionalistas de izquierda*, que impulsan una reforma del tipo socialdemócrata occidental. Este sector ha intentado permanentemente diferenciar los logros revolucionarios comunistas, de lo que ellos consideran su principal error: el culto a la personalidad. También han intentado rescatar figuras políticas relevantes en el pasado soviético, como Bujarin, o programas exitosos como la Nueva Política Económica impulsada por Lenin, para revindicar, aunque sea muy parcialmente elementos del socialismo como modelo político y económico viable para Rusia. Su principal punto de diferenciación con los nacionalistas democristianos, es el carácter estrictamente privado e individual que para ellos tienen la religión. Por ello, la ortodoxia es rechazada como elemento constitutivo o aglutinador de la identidad nacional. Carrère D’Encausse sostiene “que el nacionalismo tiene menos importancia en su concepción que su vinculación con una parte del pasado soviético, que pretendía configurar un proyecto de modernización” (1991: 257). La identidad pareciera estar construida más sobre valores universales –democracia, reformismo, progreso– combinada con la reivindicación de parte de la experiencia rusa –la época prestalinista– como elemento particular.

Hasta aquí se han tratado de definir las *cuatro variantes más significativas del nacionalismo ruso*, diferenciación realizada a partir de algunos puntos considerados centrales. Las variantes mencionadas pueden ser encuadradas dentro del término nacionalismo según se explicó en páginas anteriores, reiterándose el carácter sumamente volátil e impreciso de algunos de los grupos o partidos incluidos en cada corriente, lo que no descarta, sino más bien exige un continuo seguimiento de la vida política rusa.

En razón de lo dicho previamente, así como también por la clara existencia de corrientes políticas que adhieren a otras ideologías pero que suelen ser percibidas como versiones extremas del nacionalismo, resulta conveniente, en este punto, focalizar el

análisis sobre ellas a fin de procurar identificar cuál es el núcleo ideológico de estas doctrinas políticas.

De entre ellas, la más conocida –tanto como minoritaria– es la que sustenta la agrupación *Pamiat* (La Memoria), que fue creada en 1987 con el objetivo inicial de defender los muy deteriorados y antiguos monumentos arquitectónicos rusos. Pronto esta actividad se manifestó como un medio al servicio de la lucha por *el renacimiento del ser nacional*, desde una óptima totalitaria, profundamente anti occidental, xenófoba, racista y antisemita. Ella queda evidenciada en argumentos tales como que los extranjeros, y especialmente los judíos, son los responsables de todas las desgracias de Rusia, incluida la revolución de 1917, las purgas stalinistas y el deterioro económico de los años setenta. Abogan por el retorno de la monarquía zarista, ven a Nicolás II como un gran mártir y exhiben orgullosamente simbología fascista (Kagarlitski, 1989: 111). La religión ortodoxa no constituye un referente identitario e incluso algunos de los movimientos que adhieren a *Pamiat* reniegan de la tradición judeo-cristiana y revalorizan el paganismo eslavo previo al siglo IX como sus verdaderas raíces. Sus intelectuales han desarrollado una intensa actividad para ampliar sus bases de apoyo, pero su atomización en varias organizaciones –tales como *Rodina, Patriot, Otetchestvo*– la ha debilitado sustancialmente.

Su principal impacto ha sido hacia fuera. Los países desarrollados de Occidente han percibido en forma amplificada su peso en la política rusa a partir de su aparatosidad y tenebrosa simbología, más que de su capacidad real de convocatoria. *Pamiat* constituye un ejemplo de nazismo, de acuerdo a la conceptualización previamente desarrollada. Su ideología no puede ser definida como nacionalismo en los términos que se ha definido al mismo en este trabajo. Los nacionalismos emergentes en numerosas repúblicas en la etapa final de la URSS, surgen para pujar por mayores niveles de autonomía frente al poder central. Este también es el caso del nacionalismo ruso, aún el de sectores que buscaban obtener mayores niveles de poder para Rusia dentro de la URSS. La definición empleada de nacionalismo está subyacente la idea de una dominación –sea política o económica, formal e informal– o hegemonía por parte de un extranacional. Pero el hecho de buscar a través de la competencia política estos objetivos, podría implicar en la práctica la discriminación o el rechazo de minorías nacionales, que no son precisamente los actores que por ejercer la dominación o hegemonía se pretende combatir o contrarrestar. En relación al tipo de argumentos que defiende *Pamiat*, ¿quién podría sostener seriamente que los judíos o los tártaros dominan Rusia? Cuando la lógica de una ideología percibe al otro, en términos de exclusión y sometimiento, si la exclusión se hace en nombre de lo racial o lo étnico hablamos de racismo, si se hace en nombre de la religión se llama fundamentalismo, si se ejerce sobre sectores políticos y desde el Estado, se llama fascismo. El nacionalismo puede reivindicarse adhiriendo tanto a la lógica de la exclusión, como a la de negociación y el pluralismo. El *otro* puede ser un enemigo o un competidor.

Si se hace referencia a *Pamiat* y a otros movimientos de características similares, es precisamente porque se intenta marcar que aunque su lógica puede coincidir con alguna corriente del nacionalismo, por ejemplo los patriotas, también aquella está alejada de la de nacionalistas liberales y de los nacionalistas de izquierda.

Dado que frecuentemente aparecen, en el mejor de los casos, diferenciados en *nacionalismo extremo o ultranacionalismo* y *movimientos nacionalistas moderados*, y

en el peor, identificando nacionalismo con *Pamiat*, resulta necesario realizar estas precisiones.

Identificar la vinculación entre las variantes del nacionalismo con la ideología sustentada por los partidos políticos rusos excede los alcances de este artículo. Más aún cuando el concepto de partidos políticos es de cuestionable aplicación a las formaciones políticas rusas, dada su volatilidad y sucesión de fusiones y fragmentaciones. Esto último ha alcanzado al partido Comunista único que operaba como un partido estructurado. Aún así, puede afirmarse que las variantes del nacionalismo se hallan presentes en un gran número de las agrupaciones que en la última década y media han actuado en el escenario político.

III. El nacionalismo y la política exterior

La relación entre el nacionalismo y la política exterior amerita diversas interpretaciones en cuanto a su mutua necesidad. En una línea argumental, Prizel (1998: 19) concibe que la identidad nacional sirve no sólo como vínculo primario entre el individuo y la sociedad, sino entre la sociedad y el mundo. De ahí que la política exterior con su rol como el protector o el ancla de la identidad nacional, provee a la elite gubernamental con una herramienta apta para la movilización de masas y la cohesión política. Cohesión que resulta esencial para que todas las sociedades funcionen. Por lo tanto Prizel considera equivocada la afirmación que sostiene que el uso rutinario de la política exterior para asegurar la legitimidad es único de los países donde las élites se sienten particularmente vulnerables y la identidad nacional está enraizada no en instituciones sino en movimientos románticos nacionales. Prizel entiende que todos los países usan frecuentemente a la identidad nacional para articular sus políticas exteriores y a su vez confían en la política exterior como fuente fundamental de su legitimidad.

Por su parte Kasianova al referirse específicamente al caso ruso le asigna un rol menos relevante a la política exterior en cuanto a componente empleado de modo permanente para reafirmar la identidad nacional. En su análisis sostiene que a partir de la no aceptación de la Rusia poscomunista (1992-1994) por Occidente, y en una etapa de gran confusión, las élites gobernantes comienzan a abandonar la estrategia de fortalecer la identidad rusa en base a la dimensión externa. La política exterior pierde gradualmente parte de su importancia frente a una valorización progresiva de la base orgánica cultural como fuente identitaria. Kasianova también sostiene que el componente cultural cuenta con potencialidad para ser usado con fines políticos.

Los autores mencionados difieren en cuanto a la relación entre política exterior-nacionalismo, mientras para Prizel el vínculo es permanente, para Kasianova es aleatorio. Más que adherir a alguna de estas posiciones, interesa aquí indicar estas variantes y abordar a continuación el proceso de adopción y consolidación de un nacionalismo moderado como guía de la política rusa en un período temporal acotado.

- El giro en política exterior: consenso y adopción del *nacionalismo moderado*:

El breve período que combinó confusión y esperanza en torno a la identificación de Rusia con las democracias avanzadas y prósperas, comenzó a modificarse ante la confluencia de una serie de hechos externos, en particular los que tenían lugar en las repúblicas pos-soviéticas. También influyeron sucesos que se generaban al interior de

Rusia y que fueron ponderados como muy negativos tanto por la población como por las élites. En particular las declaraciones de soberanía e incluso de independencia de repúblicas y regiones que eran parte de la federación, amenazaban con extender el escenario de fragmentación territorial que había puesto fin a la URSS, a la propia Rusia, el Estado más extenso del planeta que en su estructura federal reunía a 89 partes constitutivas²¹. Desde Chechenia con un planteo secesionista a otras regiones que procuraban obtener autonomía económica lo cierto es que la eventual implosión de Rusia fue considerada una posibilidad preocupante por algunos sectores políticos y académicos, mientras que por el contrario el presidente Yeltsin afirmaba que otorgaría a las repúblicas y regiones rusas tanta soberanía como fueran capaces de absorber.

El debate en torno a qué política debía seguir Rusia y cuál convenía a su *interés nacional*, reunía tanto a la política doméstica como a la política exterior. Hacia mediados de los noventa el consenso intraélite basado en un nacionalismo moderado, comenzaba a mostrarse evidente en ambos planos, el externo y el interno.

- El abandono del espíritu de misión:

Como se ha señalado la definición de nación, punto de partida imprescindible para articular la política pos-soviética de Rusia, aún está abierta. Aunque su núcleo central (los ciudadanos que habitan Rusia) parece consolidarse como reconocimiento de la calidad jurídica de ciudadano ruso, en buena medida la demarcación real de la nación en relación a la diáspora (en particular en lo referente al grupo eslavo, a los rusos étnicos y ruso parlantes) no es aún sólida. Una confirmación más se ofrece en los resultados de una encuesta reciente que se adjunta en anexo.

La vinculación de la Madre Patria con sus nacionales en el extranjero, requiere una política estatal para atender ese lazo que en general involucra aspectos de la vida cotidiana y los derechos básicos de esos ciudadanos. En esa dirección Rusia, como lo haría cualquier Estado, ha utilizado por ejemplo las normas europeas para proteger a las minorías rusas en Estonia.

Sin embargo, tal vínculo puede también constituir un componente más, a la hora de sopesar y definir una alternativa histórica. Esto es, ¿Rusia, acotada territorial y materialmente por primera vez en su historia como un Estado-Nación, definirá predominantemente su política exterior en función de su interés o prevalecerá, tal vez bajo nuevas modalidades el espíritu de misión o las consideraciones ideológicas? Cualquiera sea la alternativa elegida, cabe una segunda reflexión ¿el proceso será lineal u operará con marchas y contramarchas que reflejen tensiones internas y respondan a estímulos externos? ¿El actual escenario internacional estimula el fortalecimiento de la identidad rusa en base a la dimensión externa (mi identidad en relación al *otro*) o en base a la dimensión orgánica cultural (la identidad común)?

Como ya se señaló desde mediados de los años noventa la élite política logra consensos sobre el curso a seguir tanto en el plano interno como en el externo. En el

²¹ Al tiempo que se escribe este artículo la Duma aprobó un proyecto impulsado por el presidente que modifica el mecanismo de elección de los presidentes y gobernadores de las repúblicas y regiones que componen la Federación, estableciendo su elección indirecta por los legislativos de cada una de ellas de entre los candidatos propuestos por el presidente ruso. Además de estos cambios impulsados desde *arriba* se han producido cambios impulsados desde *abajo* que inician un proceso de reducción del número de miembros de la Federación, dado que la región de Perm organiza su fusión con el distrito autónomo de Komi-Permyatsky a partir de 2005.

primer caso dichos consensos pueden resumirse en la continuidad de la reforma económica –aunque con salvaguardas–, el mantenimiento del federalismo pero con un centro fuerte y confianza en el poder ejecutivo. En el plano exterior se avaló la continuidad de la cooperación con las instituciones financieras internacionales, el endurecimiento en la posición negociadora, la exportación de armamentos, así como una cooperación condicionada con Occidente y una firme defensa de derechos especiales y responsabilidades de Rusia en el área pos-soviética (Malcolm, Pravda, Allison & Light, 1996: 24).

Además la política exterior rusa se va consolidando en torno a prioridades y trascendiendo figuras. Así el proceso de definirla se inicia con las modificaciones que debe hacer el canciller Kosyrev a partir de 1994, se reafirma con su sucesor Yevgueny Primakov (1996) y se consolida con el ascensión de Putin, quien mantiene al último canciller de Yeltsin, Igor Ivanov, en su cargo. Es precisamente Ivanov quien al realizar un balance histórico de la diplomacia rusa, plantea claramente la disyuntiva entre las misiones mesiánicas y el interés nacional como guía de la política exterior. Remarca que ésta ha sido exitosa cuando estuvo guiada por consideraciones realistas y pragmáticas y destaca su fracaso cuando fue dominada por la ideología imperial y las ambiciones mesiánicas. Entre los primeros momentos señala al período del zar Alejandro III, más concentrado en reformas internas y en una cauta política exterior que no le impidió aliarse con una república, la Francia revolucionaria. Como ejemplo de la segunda alternativa selecciona el gobierno del zar Nicolás I, el ultraconservador líder de la Santa Alianza y del absolutismo europeo que con su política condujo a un rol secundario a Rusia después de la derrota en la guerra de Crimea, así como a la decisión del zar Nicolás II de embarcarse en la guerra con Japón en 1904.

Al hacer referencia al documento que guía actualmente a la política exterior, Ivanov remarca varios puntos clave: tomó bastante tiempo definir a la doctrina que la guía y ésta contiene elementos de continuidad (determinados por la geopolítica, la historia y la cultura) y otros de cambio (su sistema político, sus fronteras, el sistema internacional en el cual se inserta). En su visión la doctrina refleja las lecciones de la extensa historia rusa al rechazar la ideología a favor del interés nacional, entendiendo por tal la creación de condiciones favorables para el desarrollo económico sustentable, el fortalecimiento de un buen gobierno y la mejora de las condiciones de vida de los ciudadanos.

Ahora bien, el propio Ivanov señala que en los tiempos soviéticos no debe entenderse que la política exterior se reducía a la prosecución de metas ideológicas, dado que los intereses del Estado muchas veces prevalecieron. Al resaltar que la práctica política encierra a ambos ingredientes –ideología e interés– en distintas proporciones, planteando la evaluación general de lo efectivamente realizado en términos de preeminencia –más que de exclusión– de un criterio sobre otro. En consecuencia, el canciller Ivanov nos estimula a analizar a la política de la Rusia pos-soviética con esos mismos parámetros.

En el transcurso de los años noventa la política exterior va realizando ajustes progresivos aunque no cambios abruptos ni radicales. Hacia 1997 Primakov definía su postura como un curso medio entre los extremos del anti occidentalismo soviético y el enfoque romántico pro-occidental que sostuvo Kosyrev al principio de su gestión como canciller. Aron (1998) ve “un antecedente de esta posición equidistante en la política

exterior de De Gaulle, que no debe considerarse como antiamericana a la manera de la URSS o del Irán actual”. En esa línea entiende que más que un contenido dogmático el modelo gaullista representaba una actitud que contenía poco más que “dar a Francia el mayor rol posible en un mundo hostil”. Así la política exterior de Yeltsin en particular durante su segundo mandato se opuso a Occidente de modo pragmático y autolimitado, profundizando su selectividad y cálculo, pero sin ir más allá de esto, incluso concediendo y cooperando.

En coincidencia con este análisis, el propio Putin mostró su interés en la figura de De Gaulle. Cuando estaba preparando su elección como presidente de Rusia en marzo de 2000 los periodistas le preguntaron cuáles eran los líderes políticos que encontraba más interesante. Ellos tomaron su primer respuesta –Napoleón Bonaparte– como una broma. Entonces Putin ofreció a Charles De Gaulle como su segunda elección. Matthew (2002) explica que puede verse fácilmente la admiración por el general francés quien llegó al poder al fracasar la cuarta república, determinado a revivir la grandeza de Francia, a restaurar *la autoridad del Estado* como el mismo señaló, y a crear una república presidencial fuerte y centralizada. Desde el principio, Putin manifestó aspiraciones similares para Rusia.

Aron evaluaba avanzados los años noventa que Rusia empleaba predominantemente herramientas y técnicas pos coloniales y económicas en función de sus objetivos tácticos y acorde con sus capacidades limitadas. La *secularización* entendida como la tendencia a abandonar la concepción *imperial e ideológica* parecía consolidarse como lo demostraba la prudencia en aceptar compromisos y costos a largo plazo, aún en el *extranjero cercano*. Para Aron (1998: 43) esto marca una diferencia con la política imperial tradicional, incluso en su variante soviética. De todos modos su evaluación es cautelosa como puede advertirse al reflexionar sobre la longevidad de la doctrina de la política exterior, su estabilidad y desafíos.

En este artículo se ha planteado al nacionalismo moderado como la ideología que guía a la política rusa –interna y externa– desde mediados de la década de los noventa. Ella ha constituido la base para definir tanto cuanto se puede el elusivo concepto de *interés nacional*. No es contradictorio plantear a esta ideología como sustentadora de este concepto que se diferencia de otras ideologías *misionales* a algunas de las cuales se han hecho referencias. Morgenthau nos enseñaba a considerar a este término como un antídoto siempre a prueba contra *los espíritus de cruzado*. Precisamente para esto desde lo teórico-normativo el interés nacional debía acompañarse de la prudencia como virtud fundamental. En el plano operativo la política exterior rusa ha reunido al nacionalismo moderado como guía ideológica y al pragmatismo que da forma a la moderación y evoca a la prudencia.

En términos similares a la posición definida en este artículo como *nacionalismo moderado*, Tuminez (2000: 3) afirma que el nacionalismo de Putin entra en la categoría de estatismo moderado. Este define a la nación rusa en términos cívicos, incluyendo a los rusos étnicos, a los ruso-parlantes y a todos los otros que viven en el territorio actual de la Federación Rusa. El estatismo moderado favorece la creación de un Estado fuerte y enfatiza a Rusia como una gran potencia e identifica como meta nacional a la restauración del status de gran potencia, la unificación del Estado y la sociedad, y el estímulo del patriotismo para revivir la disciplina nacional. En términos de comportamiento hacia el mundo externo, el estatismo moderado favorece una política

firme en el espacio pos-soviético, así como también una fuerte defensa de los intereses nacionales rusos, aún si esto significa seguir una huella que difiere de las políticas favorecidas por las potencias occidentales.

El nacionalismo de Putin está condimentado con lo que Tuminez denomina “lo bueno, lo malo y lo repugnante”. Entre lo positivo se cuenta su retórica para reforzar el amor a la Patria, una mejor vida para todos los rusos y el orgullo por la historia y los logros rusos. El presidente ha condenado el imperialismo del pasado y ha calificado a la invasión soviética de Hungría y Checoslovaquia como los mayores errores cuyos frutos son la actual rusofobia entre los europeos orientales.

El lado negativo de la retórica nacionalista involucra pronunciamientos que muestran una desconfianza en la democracia como principio organizador de las relaciones entre el Estado y la sociedad. Al hacer referencia a los valores liberales señala que no tienen raíces históricas profundas en Rusia y enfatiza que el Estado es la fuente y garantía del orden, el iniciador y la principal fuerza conductora de todo cambio. Además, Putin favorece un Estado *supercentralizado* como un rasgo deseable “que descansa en un código genético ruso, sus tradiciones y la mentalidad de su pueblo”. Este énfasis amenaza la repetición del viejo molde de desarrollo basado en un Estado sobreabarcador y una sociedad civil débil. Con esta caracterización Tuminez (2000) no hace más que describir lo que ha sido rasgos estructurales del devenir ruso. De ahí puede desprenderse que las posibilidades de cambio hacia una sociedad más abierta y que contrabalancee al Estado, serán sólo el resultado de procesos largos y evoluciones graduales, que pueden ser estimuladas por un Estado que garantice períodos de crecimiento y distribución económica y elecciones periódicas.

Aunque esto sea visto desde las democracias occidentales como mera *democracia electoral* o una *monarquía electiva*, debe considerarse que el principal parámetro de la transformación debe ser su propio pasado, más que evoluciones o modelos ajenos. Sin dudas, la elección presidencial del 2008, en la que Putin debería retirarse de la escena política resultará un hito en este devenir. Así parece entenderlo el propio presidente en las siguientes palabras:

*“A menudo repetimos que en Rusia el Jefe de Estado responde y responderá por cada cosa. Este es todavía el caso. Pero hoy, mientras soy consciente de mi propia responsabilidad personal, me gustaría enfatizar que el éxito y la prosperidad de Rusia no pueden ni deben depender de una persona, ni de un partido político, ni de una fuerza política. Nosotros debemos tener una base amplia de apoyo para continuar la transformación del país. Estoy convencido que la mejor garantía de esa continuidad es una sociedad civil madura”*²².

Finalmente, Tuminez considera que el aspecto más negativo del nacionalismo de Putin está representado en su conducta en la guerra de Chechenia y su caracterización de los chechenos como bandidos, terroristas y fuerzas oscuras. Aunque sostiene que esto denota un chauvinismo que no augura nada bueno para al menos un quinto de la población rusa no étnicamente rusa, también reconoce que aunque hoy esta retórica se limita solo a los chechenos, podría reforzar la discriminación contra otros grupos.

²² Discurso del presidente Vladimir Putin en la inauguración de su segundo mandato. 7 de mayo de 2004.

En base a esta triple caracterización y evaluación y ante su propio interrogante de si Putin debería ser temido, Tuminez, quien escribe en momentos del inmediato ascenso del presidente, se responde de manera desagregada. En primer lugar afirma que su nacionalismo sirvió para legitimizar su posición política y el ejercicio del poder. En segundo lugar en un imperio destruido sirvió para contrapesar sentimientos de humillación, resentimiento y abandono y crear un espacio para el optimismo y la autoestima. El nacionalismo creó una nueva base para el consenso y las creencias colectivas, sin las cuales sería extremadamente difícil impulsar sus medidas políticas y económicas.

La autora entiende que el nacionalismo de Putin entraña algunos peligros. Su énfasis en el estado supercentralizado y la identidad de Gran Potencia pueden poner en riesgo como en el pasado los objetivos internos de bienestar y pueden sacrificarse en nombre de la gloria militar, la hegemonía regional y un gobierno autoritario centralizado. Además, la retórica chauvinista aunque limitada solo a los chechenos, puede reforzar el nacionalismo contra otros grupos.

El concepto de identidad nacional es derivado de la real o imaginada memoria colectiva de una población. Dado que la memoria es altamente selectiva, es vital considerar quien tiene la custodia de esa memoria. Cuando el custodio de la identidad nacional cambia, también lo hacen las percepciones del pasado y consecuentemente los parámetros del interés nacional (Prizel, 269) En tanto la figura del presidente ejerce una gran influencia en la sociedad, en la que tiene un alto grado de adhesión resulta necesario mantener el foco del análisis en la visión, dichos y propuestas del principal custodio de la identidad.

Sin duda, la política rusa hacia las repúblicas pos soviéticas constituye el campo de prueba más sólido para testear lo sostenido por el ex canciller Ivanov respecto del rechazo por parte del gobierno de una política mesiánica, por otra que se guíe por el interés nacional. También constituye un terreno propicio para disputar poder dado que esta es la esfera externa en la que el ciudadano ruso se muestra interesado e involucrado. Allí existen sin dudas intereses rusos y la modalidad que tal política va adoptando resulta reveladora de cambio profundos y de variaciones coyunturales. Hasta el momento la realidad indica que Rusia busca ejercer su influencia a nivel de las relaciones políticas interestatales y no a través de mecanismos como la movilización de las minorías rusas.

Más allá de esta región la política exterior rusa apuesta a fortalecer las relaciones con sus socios privilegiados según intereses diferenciados: comerciales-económicos (Unión Europea), estratégicos y de seguridad (EEUU) y político-diplomáticos (China e India). En consonancia, su apuesta principal sigue estando centrada en el crecimiento económico y su integración a la economía internacional.

Por otra parte, en el plano doméstico y demográfico la propia Rusia se va haciendo cada vez más multinacional (Gorenburg 2003), realidad que sólo podría coexistir de modo pacífico con un una variante moderada del nacionalismo.

Reflexiones finales

La política rusa está impregnada de un nacionalismo moderado. Esta ideología ha buscado fortalecer el elemento identitario en el plano doméstico e internacional. En el plano doméstico para contrapesar o neutralizar tendencias fragmentadoras en la propia Rusia y un sentimiento de desencanto ante el empobrecimiento y la disolución de la superpotencia, de la cual se era parte constitutiva central. Las ideas guía para la acción política que se desprenden de ese nacionalismo moderado giran en torno a un Estado activo y protector de los ciudadanos rusos, una cultura destacada en *standares* artísticos, deportivos y científicos y un estímulo a la memoria histórica que enfatiza su perenne rol de actor internacional relevante. Las dos últimas ideas son a menudo vinculadas con la identificación de Rusia como país europeo y constituyen la bisagra clave entre lo interno y lo externo.

En este último, el nacionalismo moderado ha sido el aglutinante para fijar algunas posiciones en un contexto externo que a nivel del sistema internacional ha estado caracterizado por un avance del unilateralismo norteamericano. De ahí la necesidad de apostar a la defensa de principios como la defensa de las instituciones internacionales –principalmente el Consejo de Seguridad– y el multipolarismo como elementos que buscan preservar un rol relevante para Rusia.

A nivel regional también se han producido modificaciones sustantivas: la ampliación de la Unión Europea y de la OTAN hasta las fronteras rusas. La respuesta rusa ha sido pragmática y en general moderada. Durante los últimos años los vínculos económicos con Europa se han fortalecido, aunque subsistan divergencias en cuestiones como los derechos humanos.

Aron reflexiona sobre la longevidad de lo que el denomina “la secularización de la política exterior” concluyendo que nada la garantiza. Sin embargo, los recursos de poder actualmente disponibles limitan las posibilidades de optar por una política imperial activa. En tal caso ese activismo sólo puede darse de modo selectivo y acotado. Más aún la recuperación económica del país pueden contribuir a atenuar la percepción de *fortaleza sitiada* que las variantes más extremas del nacionalismo sostienen y otros estimulan y manipulan, y a reforzar las perspectivas de una Rusia más integrada y en los procesos políticos y económicos regionales e internacionales. Cabe señalar que esta tarea en el plano externo debe ir acompañada de un proceso interno de construcción y consolidación de la identidad nacional. Por su propia naturaleza este proceso requiere plazos temporales amplios. Para ello resulta imprescindible incorporar la visión de la propia sociedad a la de las élites dirigentes. Sólo como indicio deben señalarse los resultados de una encuesta reciente –que se adjunta como anexo– acerca de cómo los rusos perciben el rol de Rusia. Ella permite remarcar la particular relación de Rusia con las otras repúblicas pos-soviéticas, ámbito de compleja distinción entre *el otro* y *nosotros* en función de una historia (imperial o no) común, e incluso una cultura compartida que se evidencia más marcadamente en el caso de Ucrania donde el 70 % de los encuestados no la considera *abroad* o extranjera. La visión predominante sostiene que Rusia no ejerce la injerencia en asuntos internos y es un elemento que aporta orden y estabilidad.

El 71 % de los rusos lamenta la fragmentación de la URSS, mientras el 65% cree que esto no fue consecuencia del desarrollo objetivo de las circunstancias y que el

colapso del país podría haberse evitado si hubiera habido diferentes líderes en el gobierno. Y por eso cualquier acción política pacífica de Moscú dirigida a estrechar la cooperación entre las antiguas repúblicas es vista por muchos de los encuestados como un paso hacia el reestablecimiento de la URSS y por esta razón es aprobada. Aunque la encuesta no nos dice específicamente sobre el cómo o los mecanismos uno podría conjeturar que la consolidación de la Comunidad de Estados Independientes hubiera sido el camino deseable para la gran mayoría de la sociedad rusa.

El gobierno de Putin apoyado en este nacionalismo moderado busca en función de los límites materiales y de modo pragmático fortalecer los vínculos con las repúblicas pos-soviéticas de modo bilateral y regional.

Las dudas que plantea Tuminez respecto al nacionalismo de Putin, y a las que se ha hecho referencia, tienen que ver con el plano doméstico y sólo de modo indirecto pueden incidir en la política exterior rusa. También aquí podría afirmarse que un empeoramiento de la situación de la población chechena impactaría negativamente en los lazos con algunos países europeos y en consecuencia el componente identitario *europeo* de Rusia podría debilitarse.

ANEXO I: RESULTADOS DE ENCUESTAS 2004 ²³

La mayoría de los rusos no acuerdan con las numerosas acusaciones acerca de que Rusia está persiguiendo una política imperial en el área pos-soviética, según lo revela una encuesta de sociólogos rusos. En octubre de 2004 solo un 7 % de los encuestados en la encuesta realizada por los investigadores del Centro Levada, acordó que nuestro país «está conduciendo una política imperial y es una amenaza a la soberanía de otros Estados en la región». «Respecto al rol de Rusia en el área pos soviética, la mayoría de los rusos están firmemente convencidos sobre lo positivo de este rol». Leonid Sedov, director del equipo de investigación del Centro Levada, subrayó esta idea. Un 41 % de los ciudadanos cree que su Estado «está preocupado por mantener el orden en la antigua URSS y que es un garante de la paz y la estabilidad», mientras que el 42 % considera que Moscú «está persiguiendo su propia política, sin interferir en los asuntos de otros estados en la región».

Cabe destacar que la encuesta fue realizada con el peso de una intensa propaganda estatal con el lema «Yanukovich es bueno, Iushenko es abominable» y aunque esto puede haber interferido, existe otro dato que es clave: casi el 70 % de los rusos no cree que Ucrania es el extranjero, en otras palabras, ellos de hecho rechazan sus reclamos a su propia estatalidad. No más del 18 % de aquellos consultados creen que rusos, ucranios y bielorrusos son pueblos diferentes, para la abrumadora mayoría (79 %), ellos son «tres ramas de un solo pueblo». Desde este punto de vista, no hay entonces interferencia. El siguiente diálogo que tuvo lugar en uno de los grupos entrevistados es muy revelador. La cuestión del futuro de la CEI fue discutido.

Participante 1: Todos necesitan unirse y vivir normalmente.

Mediador: Todos con quienes?

Participante 1: Todas las antiguas repúblicas de la URSS.

Participante 2: Al menos en la forma en que esto es en los EEUU.

Participante 1: Si, y crear estados, está bien.

Participante 2: Los Estados Unidos de Rusia, bastante simple. Muchos de esos estados tienen sus propias leyes, entonces dejen a las ex repúblicas tener sus propias leyes también.

Los especialistas sostienen que 13 años después del colapso de la URSS esta clase de actitud hacia la independencia de los vecinos es simplemente inevitable.

De acuerdo a la información proporcionada por el Centro Levada en noviembre de 2004, el 71 % de los rusos lamenta la disolución de la URSS, mientras el 65 % cree que ese hecho no fue consecuencia del desarrollo objetivo de circunstancias, y que el colapso del país podría fácilmente haber sido evitado si entonces el país hubiera estado conducido por diferentes líderes. Entonces cualquier acción política de Moscú destinada a estrechar la cooperación entre las antiguas repúblicas es vista por muchos encuestados como un paso hacia el re establecimiento de la URSS y por esta razón es aprobada.

Por ejemplo en el 2003 cerca de la mitad de los rusos según la Fundación de la Opinión Pública los entrevistados explicaban las razones de su visión favorable a la

²³ CDI Johnson List , publicados en Ilichev, Georgii, “The United States of Russia”, *Izvestiya*, 10 de diciembre de 2004.

firma del tratado de creación de un área económica única entre Belarus, Kazajstan, Rusia y Ucrania, hablando de su nostalgia por la *gran familia*: “Nosotros, los eslavos, hemos siempre vivido como una gran familia, y deberíamos continuar haciéndolo.” Sólo el 10 % de los encuestados mencionó razones económicas entre los argumentos. Sin embargo, el público sostiene otro punto de vista también: casi un quinto de los rusos (18 %) se oponen a la unificación con cualquier Estado de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), mientras la proporción de los encuestados que cuenta con un alto nivel de educación quienes toman esta posición al 26 %. Este grupo cree que Rusia primero necesita solucionar sus propios problemas y sólo entonces puede iniciar conversaciones sobre unificaciones.

El cuadro siguiente muestra tres tipos de respuestas a la pregunta “¿*Qué rol juega hoy Rusia en el área ex soviética?*” en dos momentos diferentes: mayo de 2001 y octubre de 2004.

1) *“Rusia está preocupada por mantener el orden en las ex URSS y en garantizar la paz y la estabilidad.”*

| | | | |
|-----------|-----|--------------|-----|
| Mayo 2001 | 43% | Octubre 2004 | 41% |
|-----------|-----|--------------|-----|

2) *Rusia está siguiendo su propia política, sin interferir en los asuntos de otros estados de la región.*

| | | | |
|-----------|-----|--------------|-----|
| Mayo 2001 | 37% | Octubre 2004 | 42% |
|-----------|-----|--------------|-----|

3) *Rusia está siguiendo una política imperial y es una amenaza para la soberanía de otros estados de la región.*

| | | | |
|-----------|----|--------------|----|
| Mayo 2001 | 5% | Octubre 2004 | 7% |
|-----------|----|--------------|----|

Bibliografía

- ARON, Leon (1998), “The Foreign Policy Doctrine of Postcommunist Russia and its Domestic Context”, en MANDELBAUM Michael (Ed.) (1998), *The New Russian Foreign Policy*, USA, Council on Foreign Relationsm Book, pp. 23-63.
- BERELOWICH, Alexis (1992), “Le nationalisme russe”, *Politique Étrangere*, París, Institut Francaise des Relations Internationales, nº1.
- CARRERE D’ENCAUSSE, Hélène (1991), *El triunfo de las nacionalidades*, Madrid, Ed. Rialp.
- CARRERE D’ENCAUSSE, Hélène (1992), *El Expansionismo Soviético*, Buenos Aires, El Cid Editor.
- EVANGELISTA, Matthew (2002), “Putin: A New de Gaulle?”, Ponars Policy Memo N° 253, Cornell University, October.
- GADDIS, John Lewis (1991), “Toward the post Cold War World”, *Foreign Affairs*, New York, Spring, Vol.70, Number 2.
- GELLNER, Ernest (1991), *Naciones y Nacionalismos*, México, Ed. Alianza.
- GOBLE, Paul (1994), “Russia as a Euroasian Power: Moscow and the Post-Soviet Successor States”, *Rethinking Russia’s National Interests*, Washington DC, Ed. By Stephen Sestanovich, Center for Strategic and International Studies, pp. 42-51.
- GORENBURG, Dimitry (2003), “The 2002 Russian Census and the Future of the Russian Population”, Ponars Policy Memo 319, november.

- KAGARLITSKI, Boris (1989), "Los clubes y la política", en AAVV, *Perestroika y socialismo*, Fichas temáticas de Cuadernos del Sur, Buenos Aires, Ed. Tierra del Fuego.
- KASIANOVA, Alla (2001), "Russia in Search for the State Identity: the rol of the West", Tomsk State University, Russia Federation. (Unpublished Lecture).
- KUZIO, Taras (2001), "Transition in Post Communist States: Triple or Quadruple?", *Politics*, Vol. 21, 3, pp. 168-177.
- MALCOLM, Neil, PRAVDA, Alex, ALLISON, Roy & LIGHT (1996), Margot, *Internal Factors in Russian Foreign Policy*, Royal Institute of International Affairs, Clarendon Press Oxford.
- MENDRAS, Marie (1992), "Identite Nationale e Puissance di d'Etat", *Problemes politiques et sociaux*, Serie Russie N° 694, La documentation française, Paris, 25 de décembre.
- MICHNIK, Adam (1992), "El nacionalismo", *Debats*, N° 40, Valencia, junio.
- MILLER, Jacqueline (2000), "Imperial Designs? Citizenship and Russia's Policies in the Former Soviet Union", PONAR Policy Memo N° 240, Prepared for the PONARS Policy Conference, Washington, DC, January 25.
- PRIZEL, Ilya (1998), *National identity and foreign policy. Nationalism and Leadership in Poland, Russia and Ukraine*, Cambridge, Russian, Soviet and Post-Soviet Studies, Cambridge University Press.
- SMITH, Anthony (1976), *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Ed. Península.
- SOLZHENITZYN, Alexander (1991), "What is Russia?", *New Perspective Quaterly*, Fall. Dicho artículo es un extracto del libro *Rebuilding Russia*, Farrar, Straus, Goroux, 1991.
- SUNY, Ronald (1992), "La revancha del pasado: socialismo y conflicto étnico en Transcaucasia", *Debats*, N° 40, Valencia, junio 1992.
- SZPORLUK, Román (1989), "Dilemas del nacionalismo ruso", *Problemas Internacionales*, Washington, julio-agosto.
- TOLZ, Vera (1998), "Creating a Russian Nation", *Perspective*, Volume IX, Number 2, November-December. Institute for the Study of Conflict, Ideology and Policy disponible en www.bu.edu/iscip/vol9/Tolz.html
- TUMINEZ, Astrid (2000), "Russian Nationalism and Vladimir Putin's Russia", PONARS Policy Memo 151, April, American International Group, Inc. and Council on Foreign Relations.
- VICERNIK, Jiri & MATEJU, Petr (1993), *¿Transición o transformación? El debate teórico de la naturaleza de los cambios sociales en los países del Este de Europa*, Praga, Instituto de Sociología, Academia de Ciencias de la República Checa, septiembre.
- ZUBELZU, Graciela (1994), "Percepcoes e Proppostas: Quantos Nacionalismos Existem na Russia?", *Contexto Internacional*, Instituto de Relações Internacionais - Pontificia Universidade Catolica do Rio de Janeiro, janeiro-junho.

La religión como fuerza profunda en la Rusia contemporánea y en sus vínculos externos

Marta Cabeza



Resumen: En este artículo se analiza el rol de la Iglesia Ortodoxa en Rusia, comenzando con el abordaje de su importancia en la sociedad y su influencia en la política exterior de ese país. El análisis muestra a la religión ortodoxa como fuerza profunda que conforma la identidad nacional desde la época zarista hasta la actualidad, superando los avatares sufridos en la etapa comunista atea.

En la actualidad la Iglesia Ortodoxa Rusa se presenta muy cercana al Estado, aun cuando la Constitución afirma que Iglesia y Estado deben estar completamente separados. Esta influencia llega hasta la concepción rusa de seguridad nacional que incorpora la espiritualidad rusa como un elemento que guía su accionar internacional.

Palabras clave: Iglesia Ortodoxa, religión ortodoxa, Rusia, fuerzas profundas, política exterior

Abstract: This article analyzes the role of the Orthodox Church in Russia, taking into account its importance in Russian society and its influence on Russian foreign policy. This article considers the Orthodox religion as a deep force, with strong influence on the building of its national identity since the Czarist time to present, surpassing the ups and downs undergone during the period of the atheistic communism. Nowadays the Russian Orthodox Church is close to State, even though in Russian Constitution, Church and State must be completely separated. This relationship impacts the Russian conception of national security and even the Russian international behavior based on its spirituality.

Key Words: Orthodox Church, Orthodox religion, Russia, deep forces, foreign policy

Este artículo abordará la religión como una de las fuerzas profundas que dan cuerpo a la identidad de una nación. En este caso se analizará el rol de la religión ortodoxa en la que se identifican la mayoría de los habitantes de la Federación Rusa y su influencia en la conformación de la identidad nacional.

Con diferencias de énfasis, muchos de los especialistas en política internacional rusa hacen mención de la religión como un factor determinante en la conformación de la identidad nacional de ese pueblo. Pero ¿son los rusos profundamente religiosos? ¿Cuáles son las pruebas actuales de esta religiosidad? ¿Cómo se articulan los sentimientos religiosos con la vida pública luego de décadas donde el Estado promovió lo secular y consideró a lo religioso como enemigo de la libertad de los pueblos? Y ¿cómo afecta esto en su identidad rusa?

Al tomar como punto de partida la observación de Renouvin y Duroselle cuando sostienen que “las condiciones geográficas, los movimientos demográficos, los intereses económicos y financieros, las características mentales colectivas, las grandes corrientes sentimentales, nos muestran las fuerzas profundas que han formado el marco de las relaciones entre grupos humanos y que, en gran medida han determinado su naturaleza” (Renouvin y Duroselle, 2000: 9-10) nos preguntaremos entonces cómo afectó a la identidad rusa el paso de una religión pilar durante el imperio zarista a un ateísmo impuesto en la etapa comunista.

Otros enfoques completan la visión de estos autores y desde la perspectiva analítica constructivista de las relaciones internacionales se valoriza la influencia de las ideas en los procesos políticos. Con este marco analítico es que indagaremos si la religión ortodoxa es una cuestión identitaria que influye sobre la política exterior¹, orientándonos con el análisis de Keohane (2002) que evalúa la hipótesis que las ideas, en ocasiones, son importantes determinantes de las políticas gubernamentales.

Así, la fe ortodoxa podría convertirse en un elemento identitario que aporte más elementos al eterno debate acerca de la pertenencia europea de Rusia, a través de un proceso de diferenciación que se aleje cada vez más de la autoidentificación con Occidente en la cual se apoyó históricamente la élite rusa.

1. La Iglesia Ortodoxa Rusa: fuente de fe e identidades

Los rusos se convirtieron al catolicismo en el 988 durante el reinado de Vladimir I (aunque algunos sostienen que ya desde el primer siglo con la predicación del Apóstol San Andrés se había propagado la Religión Cristiana) para superar el aislacionismo que el paganismo imponía frente a una Europa monoteísta². Permanecieron bajo la autoridad

¹ Estudios previos dentro en este mismo proyecto de investigación han abordado otras fuerzas profundas que afectan la política exterior rusa como el nacionalismo (Zubelzú, 2005), el excepcionalismo y el mesianismo, el externalismo, la extensión territorial y la concentración de la autoridad política (Zubelzú, 2007).

² La separación entre la Iglesia de Constantinopla y la de Roma tuvo lugar en el 1054, con la recíproca excomunión motivada por cuestiones no sólo teológicas, sino también políticas. Las Iglesias Ortodoxas, originariamente ligadas a Constantinopla, aún cuando cada Patriarcado mantiene su autonomía, sostienen que son la verdadera Iglesia, una, santa, católica y apostólica proclamada en el Credo del primer Concilio de Nicea y del Concilio Constantinopolitano. De esta Iglesia verdadera la Iglesia de Roma, según ellos, se ha separado. Esta controversia parece actualmente haber sido fundamentalmente superada. Y si bien permanecen algunos otros puntos teológicos en discusión, la cuestión que divide católicos y ortodoxos es la del papado. Los ortodoxos respetan al Obispo de Roma como el primer Obispo de

eclesiástica del patriarcado de Constantinopla hasta 1448, cuando la Iglesia Ortodoxa Rusa –amparada por las autoridades– declaró su independencia a partir de la caída de aquella ciudad en manos de los otomanos.

En 1589 se estableció el patriarcado de Moscú, siendo reconocido de forma oficial por el patriarca Jeremías II de Constantinopla. El término *Patriarca* es utilizado para nombrar un título eclesiástico, que data del siglo VI, concedido a los obispos de las cinco mayores sedes episcopales de la Iglesia cristiana: Roma, Alejandría, Antioquia, Constantinopla y Jerusalén.

Luego de la caída de Constantinopla, tanto para la Iglesia rusa como para los zares, Moscú se había transformado en la *tercera Roma*, heredera de la supremacía imperial de las antiguas Roma y Bizancio. De los Bizantinos también provino el convencimiento que el Cristianismo Ortodoxo había resuelto todos los problemas de creencia y adoración (justamente la palabra griega para decir *creencia y adoración correcta* es *ortodoxa*). El consenso en la congregación ortodoxa fue mirado como la fuente de la verdad, una verdad singular en la cual no había lugar para la pluralidad de opiniones.

Pero el patriarcado de Moscú casi nunca tuvo la autonomía que alcanzó el patriarcado de Constantinopla durante el Imperio bizantino. Salvo el breve periodo, a mediados del siglo XVII, en el que el patriarca Nikón³ estuvo al frente de la Iglesia ortodoxa rusa, los patriarcas de Moscú y la Iglesia rusa estuvieron bajo el control absoluto de los zares.

En esta evolución en la que se refuerza el vínculo de sumisión al Estado, un hecho trascendente se da en 1721, cuando Pedro I el Grande abolió el patriarcado y, a partir de esa fecha, la Iglesia fue gobernada por la administración imperial.

El patriarcado fue restablecido en 1917, poco antes de la Revolución Rusa, pero luego fue perseguido por el régimen comunista. Durante la guerra civil rusa la Iglesia Ortodoxa fue considerada parte de los sectores anti bolcheviques y muchos de sus miembros fueron encarcelados y asesinados. El entonces Patriarca Tikhon condenó abiertamente el asesinato de la familia del zar en 1918 y protestó por la persecución de la iglesia.

2. La Rusia actual y la Iglesia Ortodoxa

Las tendencias referidas a la religiosidad rusa no son lineales ni completamente consistentes ya que vemos que a pesar del resurgimiento religioso pos comunista, la sociedad rusa es descrita por los analistas como ampliamente agnóstica. Si bien la proporción de rusos que se declararon *religiosos* creció del 25 % al 62 % desde 1985 al 2004, el porcentaje de creyentes practicantes que asiste a las iglesias permanece tan bajo como en los años noventa. Esto se explicaría porque en realidad frecuentemente la

la Iglesia, pero rechazan de plano el poder papal como se ha desarrollado históricamente, y de modo particular, los dogmas del primado y de la infalibilidad definidos en el Concilio Vaticano I en 1870.

³ En este periodo el patriarca Nikon realizó la reforma de la iglesia, cotejando los libros santos en cirílico con los originales griegos. Parte del clero tradicionalista discrepó y el arcipreste Habacuc –principal exponente de esta fracción– fue quemado en la hoguera, dando origen a la profunda escisión de la iglesia rusa.

religión se percibe como parte del ambiente cultural tradicional y como un componente de la identidad étnica, más allá de su práctica activa.

Aún así, lo que parece innegable es que la identidad religiosa y las organizaciones religiosas tienen un rol en crecimiento en los asuntos sociales y políticos del país (Krindatch, 2006). Esto confirmaría la función de la religión como fuerza profunda que delinearía las características del pueblo ruso. Con esta afirmación colabora también el hecho que por la disminución de la confianza pública en las instituciones del Estado, los medios de comunicación y en las asociaciones políticas, la iglesia ortodoxa rusa goza del crédito y de la confianza tanto de la población religiosa como agnóstica.

Resulta interesante que, a menos de dos décadas de la caída de la URSS, el proceso de asumir un compromiso o identidad religiosa se manifiesta fuertemente en la población rusa actual donde un poco más de la mitad de la población se identifica como creyente. Algunas fuentes muestran que en los noventa el 51 % de la población eran seguidores de la Iglesia Ortodoxa, un 2 % cristianos, 3 % islámicos, 0,5 % judíos, 0,5 % de otras religiones, 34 % ateos y 10 % agnósticos (Yale, 2003).

Más aún, entre las críticas que un sector de la intelectualidad rusa realiza a Occidente, además del abrazo a la cultura de masas, el materialismo y el individualismo extremo se encuentra también la indiferencia religiosa. ¿Cuál es la contrapartida de esta última característica en Rusia? ¿Cuál es el contrapeso ruso a la indiferencia religiosa de Occidente? ¿La religión ortodoxa? Todo parece indicar que sí. El componente religioso ortodoxo se expresa como una combinación del nacionalismo, cooperación con el Estado y preferencia por el colectivismo, características todas que se oponen al individualismo occidental (Radu, 1998).

Durante el comunismo las actividades religiosas y las organizaciones religiosas fueron desalentadas en el mejor de los casos y, en otros, reprimidas seriamente.

Pero desde que el gobierno soviético de Gorbachov comenzó con las reformas y hasta su colapso en 1991, la Iglesia fue dando señales de una vitalidad renovada. Después de la cesación de una política atea del estado al final de los años ochenta, todos los estados ex soviéticos han experimentado un fuerte renacimiento religioso (Naletova, 2002) que incluye no sólo el crecimiento de la fe ortodoxa sino también un aumento importante de los creyentes musulmanes.

En el caso particular de Rusia, los observadores marcan dos acontecimientos que muestran el renacimiento religioso y que se pueden considerar como simbolizando el principio y el final de este proceso de transición. El primero ocurrió en 1988, cuando un festival religioso –el milenio del *Bautismo de Rusia*⁴– fue declarado festival nacional y estuvo oficialmente sostenido por el Estado. Esto hubiese sido difícil de creer en el Estado comunista ateo.

El segundo acontecimiento tuvo lugar en diciembre de 1999. Después de la dimisión inesperada de presidente Yeltsin, Vladimir Putin –como presidente interino–

⁴ “Al final del verano del año 988, el príncipe Vladimir reunió a todos los habitantes de Kiev en la ribera del río Dnieper, en cuyas aguas los sacerdotes bizantinos bautizaron a todos. Este acontecimiento ha pasado a la historia como el *bautismo de la Rus*, y ha señalado el principio de un largo proceso de fundación del cristianismo en las tierras rusas”. De “El mundo ortodoxo” disponible en <http://www.elarcadenoe.org/ortodoxia/ortodoxo22.htm>

fue al jefe de la iglesia ortodoxa rusa, patriarca Alexy II, a pedir su bendición para servir como el líder temporal del país hasta que ocurrieron las elecciones presidenciales correspondientes. Para entonces esto fue visto por la mayoría de la población como movimiento perfectamente natural de parte de un líder político.

Contradiendo estas opiniones, Krindach afirma que uno de los resultados de setenta años de prohibición religiosa es la disminución de los creyentes ortodoxos que se da en la actualidad en Rusia, acompañada del crecimiento de los creyentes musulmanes. El análisis se realiza comparando porcentajes de población y por lo tanto neutralizando el efecto de la disminución de los creyentes vinculada a la disminución del total de la población. El autor explica este descenso por dos hechos: primero, porque en el ateísmo comunista la iglesia ortodoxa era la más perseguida por ser considerada un símbolo del zarismo y segundo, porque en el imperio ruso el Islam era la religión tradicional de ciertos grupos étnicos que tuvieron siempre índices más altos de crecimiento demográfico que el resto de la población (Krindach, 2006).

Según el censo de población de 2002, los ciudadanos rusos musulmanes son como mínimo 14,5 millones, representan un 10 % de la población⁵ y han comenzado a tener una creciente participación en el gobierno de Moscú. A pocos años de ese censo ya se hablaba de 23 millones de musulmanes⁶. Este grupo de población es mayoritariamente originario de Rusia ya que no se trata de inmigrantes.

Estimativamente un millón de musulmanes viven en Moscú. En Chechenia, los rebeldes que comenzaron su oposición como un reclamo de soberanía o de independencia, ahora se identifican con el fundamentalismo islámico. Y en el lado sur de Rusia, en el Cáucaso y Asia Central, los extremistas islámicos resurgentes preocupan a los gobiernos como sucede también en Moscú. Actualmente, más musulmanes viven en Rusia que en Arabia Saudita, país de origen del Islam.

Es por ello que Rusia participa como observador en la cumbre de la OCI, la Organización de la Conferencia Islámica, desde el encuentro que tuvo lugar en octubre del 2003 en Malasia.

En la actualidad Rusia sigue siendo un país multiétnico y multicultural extenso, y es casi tan multi religioso como lo era en el pasado.

De todas formas, ambas religiones se pueden mirar como religiones originarias, puesto que tanto la iglesia ortodoxa como el islamismo tienen raíces en un período anterior al de la aparición de la nación rusa como unidad política integrada.

Lo que es cierto es que la población actual, mientras se recuperan de un sistema político fundado en el ateísmo, ha vuelto a descubrir sus iglesias. Dos viejas iglesias, la San Basilio en Moscú y el *Kizhi* exótico en el norte ruso –representando a todas las que sobrevivieron la era soviética– se utilizan muy frecuentemente en folletos y libros para sugerir la distinción de la cultura rusa. También es importante la creación de nuevas iglesias o restauración de las más deterioradas ya que 1990 hasta la actualidad el número de parroquias de la Iglesia Ortodoxa en Rusia se quintuplicó.

⁵ Prensa Rusia al Día, 16 de junio de 2004.

⁶ The Times (UK), 5 de agosto de 2005, “The rise of Russian Muslims worries Orthodox Church”, nota de Jeremy Page.

Además, el hecho de que el patriarca ruso figure entre los primeros diez puestos en el listado de los 100 personajes políticos más influyentes en la sociedad rusa⁷ demuestra un fuerte sentido de identidad que los rusos tienen con su propia iglesia ortodoxa.

La etnia rusa, la cultura y el nacionalismo han sido identificados con la Iglesia Ortodoxa Rusa, la religión del Estado de Rusia, por cientos de años. En cada ruso hay una herencia ortodoxa y esta puede emerger cuando menos se lo espera, aun entre los comunistas más convencidos (Richmond, 2003: 27).

También los no creyentes ven con respeto una Iglesia que, como queda dicho, es considerada símbolo de la herencia y cultura rusas. Los días de fiesta ortodoxos están regulados por el gobierno y los mismos dirigentes políticos participan en las fiestas eclesiásticas.

3. La separación de la iglesia y el Estado

Durante sus dos mandatos el presidente ruso Yeltsin se reunió repetidas veces con Alexy II, cabeza de la Iglesia ortodoxa rusa. En una señal más reciente de este acercamiento entre Estado e Iglesia, en noviembre del 2007 el presidente Putin recibió a los sacerdotes ortodoxos rusos para conmemorar el 90.º aniversario de la restauración del Patriarcado en Moscú⁸. Es de singular importancia que este encuentro haya tenido lugar apenas dos semanas antes de las elecciones en la Duma del 2 de diciembre. El Kremlin y los miembros de la Iglesia negaron cualquier intencionalidad política, pero los analistas sostienen que la reunión es un esfuerzo para asegurarse los votos de los creyentes religiosos.

Independientemente de la cantidad de creyentes practicantes (sólo el 4 % del total de 125 millones de adherentes), lo que es innegable es que la iglesia ortodoxa actúa como una guía moral para la totalidad del país según Nikolai Petrov, analista del centro Carnegie Moscú.

Durante todo su mandato Putin ha hecho público sus contactos regulares con la Iglesia la que considera “con un papel supremo para preservar los pilares morales de la sociedad” y esos encuentros también son una práctica común para los líderes de la diplomacia de la Federación.

La constitución rusa, vigente desde 1994, afirma que la iglesia y el Estado deben estar completamente separados⁹. Una ley promulgada en septiembre de 1990, aún URSS, proclamaba la libertad total en materia religiosa y la Constitución promulgada en 1994 consagró esa libertad al sostener en su artículo 28 que “Se garantiza a todos la libertad de conciencia, la libertad de confesión religiosa, incluyendo el derecho a profesar individual o de forma colectiva con otras personas cualquier religión o no

⁷ Diario “Nezavisimaya Gazeta”, enero 2006.

⁸ Se conmemora el Consejo de 1917 que nombró al Patriarca Tikhon como Patriarca de la Iglesia Rusa. Tikhon fue canonizado santo por la Iglesia Ortodoxa en 1989 y este proceso de canonización es considerado la primera apertura del Régimen soviético en la era *Glasnot*.

⁹ En su artículo 14 coma 1 afirma “La Federación de Rusia es un Estado laico. Ninguna religión podrá ser instaurada en calidad de oficial u obligatoria” y en coma 2: “Las asociaciones religiosas están separadas del Estado y son iguales ante la ley”.

profesar religión alguna, a elegir libremente, tener y propagar convicciones religiosas y de otro tipo y a actuar en correspondencia con las mismas”.

Algunos sostienen que si esta ley hubiera permanecido en vigor por un periodo razonable, habría constituido un paso importante hacia la libertad del pueblo ruso, pero fue sustituida por otra, en septiembre de 1997 para retomar el control estatal sobre la religión. La ley de Yeltsin de 1997 suprimió la igualdad de todas las religiones, creando una jerarquía de organizaciones religiosas, y poniendo a la Iglesia Ortodoxa en la cumbre de esta jerarquía. Se afirma así a la Iglesia como fe tradicional de Rusia con todos sus derechos y privilegios preservados, mientras que los derechos y los privilegios de las iglesias más pequeñas, introducidas más recientemente, y de las religiones *extranjeras* han sido limitados.

La nueva ley estableció un difícil proceso de registro de los cultos existentes en el país y abrió un camino para la interferencia del estado en las actividades de los grupos religiosos. Mientras que la ley de la religión de 1990 fue vista como muy útil para establecer la protección legal firme de la libertad religiosa en Rusia, la ley de 1997 apareció como un paso hacia atrás y muchos han señalado la necesidad de revisar la actual legislación sobre religión.

Tradicionalmente, Rusia ha tenido cuatro religiones oficiales: la Ortodoxia, el Islam, el Judaísmo, y el Budismo ruso. Pero en la actualidad se perciben ciertos temores de que la evidente fe ortodoxa de Putin pueda volcar sus preferencias en una religión sobre las otras.

Según una encuesta reciente más de la mitad de la población rusa, el 55 %, cree que el futuro presidente ruso favorecerá la Iglesia Rusia Ortodoxa sobre cualquier otra organización religiosa¹⁰. De hecho, el New York Times publicó recientemente una serie de notas especiales sobre la persecución de la iglesia metodista en Rusia¹¹ donde se afirma que la Iglesia Ortodoxa Rusa y Putin trabajan *en sintonía*.

Durante el gobierno de Putin el gobierno ruso anunció que devolvería las tierras que fueron expropiadas a la iglesia ortodoxa rusa después de la revolución bolchevique en 1917, que llegaron a constituir un patrimonio de tres millones de hectáreas¹².

No se cree probable que la iglesia ortodoxa se convierta en la única religión oficial de Rusia pero hay que reconocer que la iglesia ortodoxa rusa ocupa una posición especial, y tiene relaciones especiales con el Estado.

Otro ejemplo polémico de esto es la decisión tomada por las escuelas en varias regiones del país de introducir cursos obligatorios de cultura cristiana ortodoxa. En respuesta a esta iniciativa, un grupo de destacados líderes islámicos de Rusia expresó sus preocupaciones por la influencia cada vez mayor de la iglesia ortodoxa rusa, y anunció que ejercería presión sobre el gobierno para ampliar la instrucción de la cultura

¹⁰ Poll shows most Russians want next president to favour Orthodox Church, Johnson's Russia List, 2008-#13, 18 de enero de 2008.

¹¹ “At Expense of All Others, Putin Picks a Church”, 24 de abril de 2008. Disponible en: http://www.nytimes.com/2008/04/24/world/europe/24church.html?_r=1&oref=slogin

¹² Diario El País, “La tierra para los “Popes””, Pilar Bonet, 1 de octubre de 2002.

musulmana más allá de las repúblicas musulmanas en el Cáucaso del norte a otras regiones con comunidades musulmanas grandes.

Verkhovsky, el Director del Centro de Análisis e Información Sova, afirma que hay dos razones por las cuales la iglesia ortodoxa rusa parece tener prioridad sobre otras fe en Rusia. “En primer lugar, está conectada con las tradiciones del Estado ruso, que se percibe a sí mismo, en líneas generales, como el heredero del principado de Moscú y del imperio ruso, y no como una amalgama de ciudadanos multiculturales que componen la Rusia actual”¹³. La segunda razón es que la fe ortodoxa es la religión de la mayoría de los ciudadanos rusos, aunque ellos no sean practicantes.

En definitiva, muchos creen que las actitudes políticas y el comportamiento electoral de los adherentes a la iglesia ortodoxa en Rusia ejemplifican las buenas relaciones que tradicionalmente han tenido el Estado y la iglesia (Hesli, Erdem, Reisingery y Miller, 1999).

4. La influencia de la Iglesia Ortodoxa Rusa en las relaciones externas

El 14 de diciembre de 2001 el Consejo Mundial del Pueblo de Rusia¹⁴ se reunió para discutir el papel de la religión en un mundo desafiado por el terrorismo. Se analizó el papel de la religión ortodoxa en el mundo actual y el patriarca Alexy II fue el presidente del consejo, al que también asistió el presidente ruso.

El entonces presidente Putin acentuó la necesidad de utilizar la *espiritualidad* para resistir los golpes que intentan encender un conflicto de civilizaciones y de religiones. “La civilización ortodoxa”, dijo el patriarca Alexy II, “debe ser el centro para adoptar decisiones en el mundo”, y agregó, “Nosotros podemos enseñar muchas cosas al mundo agitado de hoy, porque no es ninguna coincidencia que la cultura rusa haya inspirado siempre al este y al oeste [...] Podemos ofrecer al mundo un nuevo sistema de interacción entre las naciones y las civilizaciones –un sistema basado en la suficiente representación de todas las naciones en estructuras globales del poder, en la coexistencia armoniosa de creencias y de configuraciones mundiales, en un relación económica más equitativa” (Naletova, 2002).

El metropolitano Kiril, responsable de asuntos exteriores de la Iglesia ortodoxa rusa, evocando el tema de la misión de la nación rusa sostuvo que “*Russian* [...] no es sólo un concepto étnico [...] es un concepto espiritual y cultural [...] No poseemos un décimo de los recursos financieros del oeste [...] nuestra industria está experimentando una crisis como nunca antes. Pero nuestras potencialidades espirituales e intelectuales nos garantizan un lugar digno en el nuevo orden mundial”.

Este énfasis en la espiritualidad rusa aparece también en el nuevo concepto de seguridad nacional. Putin relacionó el interés nacional del país en mantener el estado

¹³ “Russia: Putin's Faith Raises Questions” , By Chloe Arnold, Radio Free Europea and Radio Liberty, Moscú, 5 de Abril, 2007

¹⁴ El Consejo Mundial del Pueblo de Rusia, presidida por el Patriarca Alexy II, es un foro público internacional que actúa como lugar de reunión para las personas que están preocupadas por el presente y futuro de Rusia. Tiene carácter consultivo especial en las Naciones Unidas.

espiritual y moral de la población con la necesidad de contrarrestar los impactos negativos de las organizaciones religiosas extranjeras.

El énfasis que Putin puso en el supuesto peligro de la *expansión religiosa-cultural* es significativo porque muestra una estrecha conexión entre la religión, la cultura y la nacionalidad y acentúa el rol central de la religión tradicional en la cultura rusa y el orden social. Este acercamiento encuentra tierra fértil en Rusia, que está buscando un nuevo concepto nacional y donde se han renovado las demandas desde el conservadurismo. Un teórico conservador, Aleksander Panarin, en su libro “La Religión rusa en un mundo global” (*Orthodox Civilization in a Global Word*) afirma que el liberalismo occidental que los rusos han adoptado está causando la muerte lenta de la civilización, “la emancipación significa la libertad de los apremios de tradiciones religiosas y culturales, que han dado siempre el significado y el propósito la vida, y han suministrado a sociedades las normas y las prohibiciones sin las cuales la vida civilizada no sería posible”¹⁵. Este autor relaciona las creencias religiosas con la economía al mencionar la contribución a la economía nacional por parte de aquellos ciudadanos que actúan sin esperar remuneración económica.

Recordemos además que desde la fragmentación de la URSS se ha renovado el debate sobre la identidad rusa y las líneas que marcan el límite de la nacionalidad rusa y esto converge con la necesidad de re-definir el *otro* y el *nosotros* (Kasianova, 2001).¹⁶ En la difícil tarea de construir la nación el Estado ruso pretende apoyarse en la Iglesia Ortodoxa. Según Naletova (2002) el uso político de la religión ortodoxa ilustra la tensión entre la visión del Estado como institución cívica y la visión del Estado como la expresión del nacionalismo.

En Rusia se utilizan dos palabras para *el ruso*: *Russky* se refiere a la pertenencia étnica rusa, mientras que *Rossiisky* indica la estatalidad rusa que incorpora a todos los nacidos en Rusia.

La iglesia rusa se mira como iglesia étnica ya que el Patriarcado de Moscú sostiene la visión que los *Russkie* (rusos étnicos) –sin importar si practican la fe o no, pertenece a la iglesia rusa– que tienen sus *raíces* en la ortodoxia. Esta creencia en la iglesia étnica es diferente de la comprensión cristiana occidental de la religión como la fe de los individuos unidos voluntariamente en comunidades religiosas y está más cercana a la comprensión judaica de la fe. Esta creencia puede explicar en parte la oposición rusa de la Iglesia Ortodoxa a los misionarios extranjeros.

Pero al mismo tiempo, la iglesia se mira como portavoz para la *narod* (gente corriente), un término que incluye no solamente los rusos étnicos sino una unión social más amplia que incorpora también a ciudadanos rusos de otros grupos étnicos. Es muy significativo que Putin habitualmente utilice el vocablo *Russky*, étnico-orientado, mientras que presidente anterior Boris Yeltsin prefirió *Rossiisky* (Naletova, 2002).

El renacimiento de la Iglesia Ortodoxa sigue ganando ímpetu y después de varios siglos de secularización gradual una onda de de-secularización ha comenzado a imbuir la vida pública rusa, convirtiéndose a su vez en un sujeto de la política exterior.

¹⁵ Ethan Alexander-Davey, *The Rebirth of Russian Conservatism*, en *The University Bookman* Volume 44, Number 4 (Fall 2006).

¹⁶ Ver el análisis sobre este debate en Zubelzú (2005).

La situación actual presenta a la iglesia con una oportunidad enorme de incorporarse a la política como agente autónomo y de facilitar la formación de la sociedad civil en Rusia. Nunca antes pudo gozar de tal grado de autonomía de autoridades seculares. En contraste con la época del emperador Constantino, cuando la iglesia “necesitaba la espada de príncipe”, hoy –dice Andrei Zubov, profesor de la universidad ortodoxa rusa– “es el Estado que necesita de la iglesia para el apoyo moral” (Naletova, 2002).

Pero el patriarcado no permite que los sacerdotes asuman actitudes políticas o que apoyen partidos políticos. Esto protegería a la iglesia como institución del riesgo de ser utilizada por las fuerzas políticas y se asegura que el patriarcado, como organismo central, conserve el control sobre las actividades políticas de los sacerdotes individuales.

Más allá de estas limitaciones, parecería que hay compatibilidad entre el poder político y el poder eclesiástico: primero Putin y luego Medvedev han encontrado en la Iglesia Ortodoxa Rusa la legitimación de una política conservadora de la que podrían inferirse consecuencias en la política exterior. Es el mismo metropolitano Kiril quien afirma que “el factor ortodoxo y musulmán ha sido activamente utilizado por Rusia en su política exterior”¹⁷, manteniéndose esta característica en la actualidad.

Reflexiones finales

En el proceso identitario de la sociedad rusa la iglesia ortodoxa tiene una fuerte impronta. Todo indica que junto con su historia, su alfabeto y su idioma, la religión ortodoxa forma parte de la identidad rusa y de la personalidad del pueblo ruso (Bravo Vergara, 2003).

Cuando nos preguntábamos inicialmente si esta fuerza profunda podría tener impacto en la política exterior rusa, resulta evidente que sí la tiene si se demuestra, como se ha hecho, la fuerte influencia de la Iglesia Ortodoxa en las cuestiones públicas. Este impacto es mayor cuando las cuestiones de política exterior se nutren de decisiones vinculadas a la Iglesia Ortodoxa. Por ejemplo, en las repúblicas pos soviéticas de Ucrania o Estonia, los conflictos entre las ramas del ROC, *Russian Orthodox Church*, y las iglesias ortodoxas nacionales fundadas más tarde, que son independientes de Moscú, han tenido implicaciones significativas para la política interna en estos estados y para sus relaciones con Rusia (se les han concedido personalidad jurídica de diferente niveles, que reflejan los distintos grados de auto administración y de independencia de Moscú). Por último, debería evaluarse este componente religioso a la luz de la vinculación con Europa para determinar si se abandona definitivamente la pretensión de la elite rusa de asemejarse a los europeos, delineándose una identidad propia caracterizada por esta religiosidad y marcada por estrategias negativas que enfatizan la diferencia y la exclusión.

Si analizamos la religión como fuerza profunda estamos analizando las relaciones entre el Estado y la Iglesia, en tanto y en cuanto la Iglesia tiene algún grado de influencia sobre las personas, y en el caso ruso, el poder político se apoya en la

¹⁷ Matteo Tacconi, “Putin e la geopolitica della Chiesa ortodossa” en Resert Doc, 18/02/2008. Disponible en : <http://www.resetdoc.org/IT/Russia-ortodossa.php>

iglesia para reforzar la identidad nacional después de un período traumático de cambios en el sistema de gobierno y transformaciones de su rol en la escena internacional.

Evidentemente en Rusia la Iglesia tiene influencia en las acciones estatales y también en las repúblicas ex soviéticas, y esencialmente en la relación entre ambas. Nada parece indicar en la Rusia actual que la religión ortodoxa disminuirá su presencia en la vida pública. Es más, las tendencias parecen mostrar que la Iglesia Ortodoxa aumentará su rol en la arena internacional y en la esfera de las relaciones con el Estado aun con el nuevo gobierno de Dimitri Medvedev.

En el número de explicaciones sobre el que se basa el discurso de identidad de la sociedad rusa debería incluirse, por lo antedicho, a la Iglesia ortodoxa, afirmando que es una de las fuerzas profundas que configuran la identidad estatal. Si consideramos además, que en el proceso de construcción de la identidad es posible diferenciar elementos *primigenios* y *circunstanciales* (Busso y Pignatta, 2005) podemos afirmar que la adhesión a la religión ortodoxa en los habitantes rusos constituye un elemento primigenio que permite determinar comportamientos. Es también, aplicando el concepto de Lafer (2002) de fuerza profunda, un factor cuya persistencia ha determinado rasgos importantes de la identidad del país.

Bibliografía

- BUSO, Anabella y PIGNATTA, María Eva (2005), "Política exterior, fuerzas profundas e identidad. Reflexiones conceptuales y metodológicas", Título del Proyecto de Investigación: "Políticas Exteriores Comparadas: Primera Aproximación" (código 19/C137), Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario.
- BRAVO VERGARA, José Jesús (2003), "La Iglesia ortodoxa: su papel en la identidad de Rusia", *México y la Cuenca del Pacífico*, vol. 6, n° 20, septiembre – diciembre.
- FERNÁNDEZ GONZÁLES, Oscar (2000), "Cultura política" en *Diccionario Electoral*, San José, Instituto Interamericano de Derechos Humanos, Tomo 1, pp. 291-298.
- HESLI, Vicky, ERDEM, Ebru, REISINGER, William & MILLER, Arthur (1999), "The Patriarch and the President: Religion and Political Choice in Russia", en *Demokratizatsiya*, vol. 7, n° 1.
- KASIANOVA, Alla (2001), *Russia in Search for the State Identity: the rol of the West*, Russia Federation, Tomsk State University.
- KEOHANE, Robert (2002), "Las ideas, tan sólo una parte de la explicación", *Revista Desafíos*, Bogotá, N° 6, Semestre I.
- KRINDATCH, Alexey D. (2006), "Religion, Public Life and the State in Putin's Russia", *Religion in Eastern Europe*, Vol. XXVI, n° 2, mayo.
- LAFER, Celso (2002), *La identidad internacional de Brasil*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- NALETOVA, Inna (2002), "Religion, the State and Civil Society" en *Perspective*, Boston, Boston University, Vol. XII, N° 3 (January - February).
- RICHMOND, Yale (2003), "Culture and Character", "Negotiating with Russians", *From Nyet to Da: Understanding the Russians*, Interact Series.
- RENOUVIN, Pierre & DUROSSELLE, Jean-Baptiste (2000), *Introducción a la Historia de las Relaciones Internacionales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- RADU, James (1998), "The Protestant Deformation and American Foreign Policy", *ORBIS*, Vol. 42, N° 2, Spring.
- SALOMON GONZALEZ, Mónica (2001-2), "La Teoría de las Relaciones Internacionales en los albores del siglo XXI: diálogo, disidencia, aproximaciones", *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, N° 56, pp.7-52.
- ZUBELZÚ, Graciela (2005), "Rusia y la definición de sus intereses nacionales: la búsqueda de una guía en clave identitaria", Título del Proyecto de Investigación: "Políticas Exteriores Comparadas: Primera Aproximación" (código 19/C137), Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario.
- ZUBELZÚ, Graciela (2007), "Entender a Rusia a través de sus fuerzas profundas: dificultades y desafíos de una reflexión recurrente", *Revista Brasileira de Política Internacional*, año 50, n° 1.

La incidencia de las fuerzas profundas en el proceso de construcción identitaria de Irán, Irak y Afganistán

Rubén Paredes Rodríguez



Resumen: En este trabajo se analiza la relevancia de las fuerzas profundas sobre el proceso de construcción identitario y su influencia en la formulación de la política exterior en los países de Medio Oriente. Por tal motivo, el mismo se ha centrado en tres fuerzas profundas que se detectaron, a saber: la religión, la etnia, y los regímenes políticos en países como Irán, Irak y Afganistán.

En la primera parte, se han considerado las relaciones entre religión y política en las relaciones internacionales y las diferencias entre fundamentalismo –movimientos islamistas– y neofundamentalismo.

En la segunda parte, se abordan la influencia de las fuerzas profundas en el período de construcción del Estado hasta el presente en los países mencionados.

Palabras clave: religión. Medio Oriente, fuerzas profundas, etnia, régimen político, Irán, Irak, Afganistán

Abstract: This work analyzes the relevance of deep forces, underpinning the identity process and its influence on the foreign policy in the Middle East countries. Therefore, it focuses on: religion, ethnicity and political regimes.

It is a comparative study of the main trends among Iran, Iraq and Afghanistan.

In the first part, it discusses, on the one hand the relations between religion and politics in international relations and on the other, the differences between fundamentalism –or Islamic movements– and neofundamentalism.

The second part highlights the way the deep forces impact both the state building process and the contemporary time.

Key words: religion, Middle East, deep forces, ethnicity, political regimes, Iran, Iraq, Afghanistan

A lo largo de los años, ha existido una constante de tratar de estudiar la región de Medio Oriente como un todo homogéneo, sobretodo desde una perspectiva imbuida en un claro etnocentrismo, en donde se intentó hacer confluír –por ejemplo– el mundo islámico y el mundo árabe, o para ser más específicos el aspecto religioso y étnico, en un todo único inmutable. Sin embargo, ello ha conducido a equívocos, en virtud de que no se han tenido en cuenta una multiplicidad de factores que se presentan en la región y al interior de los Estados que la integran, como asimismo a los condicionamientos internacionales que han generado una sinergia particular en la configuración de las *identidades* y su proyección en la política exterior, entre lo que se puede denominar la dimensión interna (estatal) y la externa (regional e internacional).

En tal sentido, reflexionar sobre la cuestión de las *identidades*, entendidas como construcciones socio-culturales que adquieren forma y determinadas características en un contexto y en condiciones socio históricas concretas, requieren de un análisis detenido a la hora de comprender las tendencias y percepciones que se ciernen sobre la región de Medio Oriente en general y sobre los actores regionales y su comportamiento o accionar en particular, en donde se pueden detectar una conjunción de *fuerzas profundas*.¹ En el caso particular de la región de Medio Oriente, se puede establecer una correlación de varias fuerzas profundas que inciden en la construcción del proceso identitario, en donde los aspectos *religiosos* y *étnicos* desempeñan un rol destacado.

A estas, las hemos denominado *permanentes* –junto a la posesión de un recurso natural como el petróleo que le confiere un status geopolítico a la región dada la importancia que este insumo posee para el funcionamiento de la economía mundial– porque determinan la estructura social de los países, el principio de legitimidad y de dominación, la estratificación en clases, tribus y clanes, la adscripción desde el punto de vista religioso a la confesionalidad shiíta o sunnita, las alianzas estratégicas regionales siguiendo factores étnicos o religiosos, etc.

Asimismo, se ha identificado el *tipo de régimen político*, como una fuerza profunda en formación, a la que hemos denominado como *variable*, dada la especificidad histórico-política y la mutabilidad del mismo, ya sea de forma endógena o exógena, que permite entender la proyección de la identidad. Con relación a este último punto, se puede constatar que el *cambio* de un régimen político por otro ha ocurrido por cuestiones intrínsecas al funcionamiento político-institucional como así también a factores externos que coadyuvaron a una nueva situación política.

Si bien son muchos los factores que se encuentran contenidos en las denominadas *fuerzas profundas*, creemos que la división entre *permanentes* y *variables* permitirá comprender la cosmogonía identitaria, es decir, identificar la construcción del

¹ El concepto de *Fuerzas Profundas* ha sido acuñado por Pierre Renouvin y Jean Baptiste Duroselle en el estudio de la Historia de las Relaciones Internacionales con el objeto de aprehender el fenómeno internacional en todos sus aspectos, sin descuidar la función de los Estados como los actores oficiales que son los únicos que poseen una política exterior, en donde se manifiesta el comportamiento y posicionamiento de los mismos. De acuerdo con la definición de Marcel Merle, *las fuerzas profundas que ejercen influencia sobre la decisión de los dirigentes son: factores geográficos, demográficos, fuerzas económicas y financieras, ideologías, [y] también interviene en el análisis la personalidad de los hombres de Estado, contemplados desde el ángulo caracteriológico y en relación con el medio circundante*. Véase: MERLE, Marcel (1978); *Sociología de las Relaciones Internacionales*, Alianza, Madrid, , Pág. 62.

“nos” por oposición a la alteridad de aquellos que serían los “otros” y su proyección en la política exterior en tres países como Irán, Irak y Afganistán que han sido elegidos como estudios de casos. Para ello, se han planteado los siguientes interrogantes con el objeto de desentrañar el significado que adquieren las mismas en la construcción de las identidades:

- ¿En qué medida la adscripción al Islam en la versión sunnita o shiíta conlleva a la construcción del Estado y a la identificación con la nación y cómo se refleja en la dimensión externa de los mismos?
- ¿qué rol ha desempeñado el factor étnico –ya sea árabe, persa o pashtún– en la construcción identitaria y cómo ha trasuntado en la proyección de la política exterior?
- ¿Cómo ha influido la presencia de los actores extra-regionales en determinadas condiciones internacionales en la política doméstica y exterior de los Estados de la región de Medio Oriente?

En este trabajo se estudiará la construcción de la identidad de tres países de la región de Medio Oriente, como lo son Irán, Irak y Afganistán, en donde se intentará detectar la incidencia de las denominadas *fuerzas profundas* en la política exterior de los mismos.² Para ello, previamente se considera aclarar desde un punto de vista conceptual qué se entiende por Medio Oriente, como así también hacer mención a la relación política y religión en el ámbito de las relaciones internacionales, tomando como punto de partida el año 1979. La elección de ese año como una suerte de parteaguas, responde a un hecho de gran envergadura acaecido en la región y de gran impacto en la política internacional, como lo constituyó la Revolución Islámica de Irán.

Luego, y a los fines metodológicos, se analizarán los tres países por separado, con el objeto de identificar la incidencia de las fuerzas profundas ya mencionadas en cada uno ellos, teniendo en cuenta los condicionamientos domésticos, regionales e internacionales. En virtud de la complejidad que representan los tres países elegidos, se ha seguido un criterio de seguimiento de la vida política-social e institucional –para ver los cambios y continuidades de las fuerzas profundas permanentes y variables en la construcción identitaria– el cual no pretende ser un estudio cronológico.

Por último, realizaremos algunas consideraciones finales en esta primera aproximación al estudio de la política exterior de Irán, Irak y Afganistán.

Primera Parte

Una cuestión conceptual. Un hito en las relaciones internacionales que se ha transformado: política y religión

² Por política exterior se entiende –siguiendo a Roberto Russell– el área particular de la acción política gubernamental que abarca tres dimensiones analíticamente separables, político-diplomática, estratégico-militar y económico y que se proyecta al ámbito externo frente a una amplia gama de actores e instituciones gubernamentales y no gubernamentales, tanto en el plano bilateral como multilateral. Véase RUSSELL, Roberto (1992), *Enfoques teóricos y metodológicos para el estudio de la política exterior*, GEL, Buenos Aires.

Como punto de partida, creemos conveniente aclarar qué se entiende o qué se intenta denotar cuando se hace alusión a la noción de Medio Oriente. En términos generales, y en muchos trabajos, es común referirse a Medio Oriente como un concepto desde el punto de vista geográfico *flexible*, porque no solo abarcaría a los países cuyas fronteras están marcadas por la proximidad al Golfo Pérsico-Arábigo sino también al Norte de África en virtud de que existen aspectos étnicos (árabes) y religiosos (islámicos) similares.

Sin embargo, siguiendo esa conceptualización —a la que hemos llamado flexible— se puede incurrir en equívocos, porque personas étnicamente árabes se encuentran diseminadas por varias partes o regiones del mundo y ello no implica directamente que los países que alberguen árabes o descendientes de árabes formen parte de Medio Oriente. A caso Francia, Alemania o Gran Bretaña pueden ser considerados como parte de Medio Oriente dado el gran porcentaje de inmigración árabe que en los últimos años se han establecido en esos países, obviamente, la respuesta es no. Con ese mismo criterio, Indonesia sería parte de Medio Oriente porque es el país más grande del mundo con población que profesa el Islam, seguramente, la respuesta vuelve a ser negativa. Suponer esto conduce a un error de querer intentar hacer coincidir las fronteras del mundo árabe con las del mundo islámico como veremos a continuación.

En este sentido, una pregunta simple puede ayudarnos a desentrañar la cuestión, por eso, desde un punto de vista estrictamente geográfico, ¿en dónde se encuentra Medio Oriente? La respuesta también es simple, es Asia Occidental o para ser más preciso es una porción del continente asiático. Desde un punto de vista conceptual se considera pertinente explicar qué se entiende por *Región de Medio Oriente* y establecer los distinguos entre lo étnico y lo religioso. Por *región de Medio Oriente* se entiende desde un punto de vista geográfico a Asia Occidental, en donde se encuentran un número de Estados relativamente heterogéneos, de acuerdo con los denominados atributos de poder y en el que cabe diferenciar según sea la adscripción al mundo islámico —el cual es más abarcador y en el que impera como criterio demarcador la variable religiosa— o el mundo árabe —en el cual el criterio étnico posibilita delimitar el número de Estados que lo integran—. Dentro la región se encuentran Arabia Saudita, Irak, la República Islámica de Irán, Jordania, Siria, El Líbano, Turquía, Bahrein, Emiratos Árabes Unidos, Omán, Afganistán, Kuwait e Israel.

Ahora bien, el interrogante que surge es porqué si Medio Oriente es Asia o parte del continente asiático —como hemos dicho— se emplea ese concepto en particular para identificar esa región. Tal vez, una respuesta la encontramos en lo que Sheldon Wolin menciona como “tradicción del discurso”.³ De esta manera, podemos ver como el concepto es una “construcción” histórica europea que ha perdurado en el tiempo, a través de la cual se ha intentado cargar de contenido, delinear y describir a una región que se encontraba en una situación “intermedia” entre un cercano y lejano Oriente. Es decir, entre lo que se identificaba como la “Gran Puerta” o la sede administrativa del entonces Imperio Otomano en donde hoy hallamos a Turquía, y los mercados atractivos y lejanos de China y Japón respectivamente. Desde la época de las primeras Cruzadas llevadas a cabo por los casas reinantes de Europa a los viajes y expediciones realizados durante el siglo XV, se ha empleado el concepto de Medio Oriente con el objeto de

³ Para profundizar sobre la noción de tradición del discurso, véase: WOLIN, Sheldon (1993), *Política y Perspectiva*, Amorrortu editores, Buenos Aires, Cap. 1.

identificar una región en particular en donde había dos rasgos sobresalientes que la identificaban.

Por un lado, el Islam como religión común a los pueblos de la región y por otro, el aspecto étnico-árabe como un supuesto elemento aglutinante a través del idioma en el que fue revelado el Corán (libro sagrado para la religión islámica). Sin embargo, –como mencionamos al principio de este trabajo– ello ha dado lugar a equívocos porque si bien el Islam es la religión predominante, ésta en su interior se encuentra dividida en varias vertientes y sectas –en las que sobresalen la sunnita y la shiíta a pesar de que esta última es minoritaria dentro del mundo islámico– que han dado lugar a generar una identidad específica en cada uno de los Estados. Asimismo, el hecho de que en Arabia haya nacido la religión islámica no significa que todos los países musulmanes sean árabes y compartan el mismo patrón cultural, el ejemplo más notorio en Medio Oriente lo constituye la actual República Islámica de Irán, en donde se profesa la religión islámica en su vertiente shiíta y en el que la composición étnica del país se aleja de la del resto de los países de la región por ser persa.

En otras palabras, no todos los musulmanes son árabes ni todos los árabes son musulmanes en la cosmogonía que representa la noción de Medio Oriente en donde conviven otras religiones (judía y cristiana) y etnias (persas, kurdos y pashtunes). De allí, que resulte un reduccionismo equiparar el mundo árabe con el mundo islámico –y viceversa– en una misma noción geográfica como la de Medio Oriente. Aunque en algunos países la clave religiosa (lo islámico) y la clave étnica (lo árabe) confluyen en las fronteras de algunos Estados-nación (como ser en Arabia Saudita, Siria, Irak, Jordania para citar algunos ejemplos) en Medio Oriente, ambos mundos trascienden los límites conceptuales contenidos en éste concepto.

Así, podemos ver que el “*mundo árabe* lo constituyen un conjunto de países que van del Golfo Árabe (Pérsico) al Océano Atlántico, que cuentan con una lengua común –fijada por el Corán, aunque con variaciones dialécticas– con una misma religión el Islam, que marca su vida social pública y privada, y a los que une el sentimiento de compartir un mismo patrimonio cultural y el recuerdo de un pasado de nación unificada en los primeros tiempos tras las conquistas musulmanas” (Martín Muñoz, Valle Simon, Lopez Plaza, 1996: 162). El *mundo islámico* termina siendo una noción más amplia cultural y geográficamente, extendiéndose “sobre más de 11.000 kilómetros recorridos entre el Atlántico y el Pacífico, del Sahara Occidental a Indonesia, Islas Filipinas y China, sumando una población total del casi mil millones de almas” (Martín Muñoz, Valle Simon, Lopez Plaza, 1996: 164).

Ahora bien, una vez realizadas las aclaraciones anteriores, que permitirán avanzar de manera específica en el estudio de los tres países elegidos, se intentará ver cómo inciden las fuerzas profundas en la construcción de las respectivas identidades y su expresión –en una primera aproximación– en el ámbito de la política exterior, creemos conveniente explicar porqué 1979 en una fecha clave o hito en las relaciones internacionales y cómo esta situación ha adquirido determinados matices en nuestros días.

Para comenzar, podemos decir que la década de los setenta estuvo caracterizada por un proceso de distensión en las relaciones internacionales entre las superpotencias, más precisamente entre la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y los Estados Unidos. En esos años, era frecuente hablar de cambios en la naturaleza del sistema internacional, en lo que respecta a su funcionamiento y al número de actores que participaban en el desenvolvimiento de la política internacional, como a la

incorporación de nuevos temas en la agenda internacional. El mundo daba cuenta de que la política internacional se había tornado compleja, pero lo que nadie podía suponer era que esa distensión llegaría a su fin en 1979 a través de una conjunción de acontecimientos que se sucederían en el curso del mencionado año.

En los primeros días del mes de febrero, una sucesión de huelgas generales devenían en una *Revolución Islámica* que deponía a la monarquía de Mohamad Sha Reza Pahlevi en Irán, lo cual para muchos politólogos e internacionalistas se constituyó en una suerte de *bicho raro* –en virtud de la falta de precedentes con el cual poder compararlo– dado que no era el resultado de reivindicaciones políticas a través de un partido (nacionalista o comunista) sino que tuvo como *líder político y religioso* al Imán Ayatollah al-Uzma Ruhollah al-Mussaui al-Jomeini.

En ese momento los medios de comunicación informaban con asombro lo que estaba aconteciendo en Irán, el país más occidentalizado de Medio Oriente, en donde un hombre con túnica negra y turbante conducía desde un cómodo barrio parisino una revolución, apelando a la guía del todo misericordioso *Alá*. Así, la Revolución Islámica se convertiría en un hecho sin precedentes, en la cual el binomio política y religión, dos palabras antitéticas de acuerdo a la evolución del pensamiento político occidental, se encontrarían formando un todo sincrético, a la hora de brindar un basamento de características sacro al nuevo orden político iraní que se estaba configurando.

Política y Religión en un mundo en cambio

En el último cuarto del siglo XX la Revolución Islámica de Irán se constituyó junto a otros hechos significativos –de acuerdo a los analistas– en un punto de inflexión en la relación entre política y religión.⁴ Sobre todo desde la perspectiva occidental se contemplaba con asombro cómo la religión, la cual se encontraba restringida al ámbito privado o a prácticas reservadas a la conciencia individual de cada uno, aparecía en la escena de lo público brindando un nuevo fundamento capaz de organizar las relaciones sociales, en el que los valores propios de la Modernidad –como secularismo y separación del Estado de la religión entre otros– se diluían quedando obsoletas al momento de dar respuestas a las demandas de una determinada sociedad. De esa manera, la religión se convertía en el camino hacia la búsqueda de la *seguridad y las certezas absolutas* a la que la razón no podía aducir ningún fundamento, ante el modelo de sociedad occidental foráneo que privilegiaba a unos pocos y excluía a gran parte de la población.

Empero, cabe mencionar que esta situación no sólo ha sido privativa de las sociedades cuya religión se enraizaba en la práctica del Islam, debido a que también en el mundo occidental aparecieron movimientos de cerrazón en las otras dos religiones abrahámicas, como son la cristiana y la judaica. En este sentido, ante lo que se percibe como la *crisis de la modernidad*, la reconstrucción del mundo encuentra en los textos

⁴ Ese mismo año ocurrieron dos hechos de gran impacto en la política internacional de Medio Oriente, por un lado, se puede citar el ataque terrorista perpetrado en la Meca, territorio de Arabia Saudita, el cual ha sido realizado por grupos shiítas (minoría perseguida al interior del régimen Saudí) que buscó impugnar el control waabita-sunnita del primer lugar santo dentro del Islam. Por el otro, en el mes de noviembre, la URSS invadió Afganistán con el fin de restablecer el gobierno de orientación de izquierda derrocado por militares afganos. La polarización entre varios grupos de poder al interior de Afganistán, y la creación de la resistencia islámica apoyada por la CIA, conferiría un

sagrados sus fundamentos para la sociedad futura. Al respecto Gilles Kepel dice que *la Revancha de Dios* por parte de las tres grandes religiones monoteístas ha ido ganando espacio en la política, extendiéndose cada vez más, aunque los alcances no tuvieron en todos lados la misma profundidad. Pero existiría un vínculo que en cierto sentido los aglutina y que se manifiesta *en la manera en que cada uno de ellos articulan inserción social con objetivos políticos* (Kepel, 1991: 267).

A modo de ejemplo, se pueden traer a colación los movimientos de reafirmación religiosa en el universo católico con los grupos carismáticos que han sabido ganar adeptos entre los jóvenes y las capas educadas de la sociedad, y que si bien no cuentan con la aquiescencia de la jerarquía eclesiástica, sobretudo con el ala integrista seguidora de Monseñor Lèfevre, los mismos se han convertido en la defensa de primer orden de las reformas realizadas en la Iglesia por el Papa Juan Pablo II en un mundo que reclama una vuelta a Dios. Asimismo, en el universo protestante ha nacido en la década de los ochenta una corriente que reclama la irrefutabilidad de la Biblia, con un mensaje ético moral basado en los evangelios que ulteriormente incorporaría presupuestos políticos. Tanto en una como en otra las implicancias políticas han sido relevantes, a modo de ejemplo se pueden citar el accionar de los polacos católicos enrolados en las filas del *Movimiento Solidaridad* opositores al socialismo soviético como la influencia de la denominada *Mayoría Moral* en la administración Reagan, que preconizaba un cúmulo de valores conservadores cristianos que debían impregnar el descarriado *american ways of life*. En la actualidad, la administración norteamericana de George W. Bush, cuenta con el apoyo de los grupos *Christian Right*, *Christian Coalition* y *Christian Zionist* que ejercen una gran influencia en la política nacional y la política exterior de los Estados Unidos, sobretudo hacia Medio Oriente.

Ahora bien, lo notorio en el ámbito académico y político ha sido la falta de univiosidad conceptual para poder describir esa apelación a lo sagrado en los países islámicos, en los cuales se ha venido realizando un proceso de *reislamización* de la sociedad civil y política. En consecuencia, la recurrencia a conceptos tales como fundamentalismo o integrismo a la hora de explicar el fenómeno ha estado lejos de echar luz, teniendo en cuenta de que ambos conceptos tienen sus orígenes en los universos protestantes y católicos respectivamente.⁵ De esa manera, la dificultad para entender los movimientos islámicos se agrava con el empleo de categorías reductoras y arbitrarias que, según Kepel, responden a *viejas lentes teóricas que usamos en caso de urgencia, a falta de otras mejores, y que sólo consiguen entorpecernos la percepción del fenómeno en su conjunto* (Kepel, 1991: 16). A veces con el mal denominado fundamentalismo islámico se intenta englobar en un solo concepto y con una carga peyorativa, determinadas particularidades propias de cada sociedad en Medio Oriente, sin tener en cuenta las diferencias que se suscitan al interior del Islam⁶.

Por tal motivo, resulta conveniente el empleo del término *movimientos islamistas*, aunque se haya generalizado en el lenguaje estrictamente político el de fundamentalismo islámico. Pese a ello, consideramos interesante la definición dada por

⁵ El concepto *fundamentalismo* fue empleado por primera vez a principios del siglo XX en los Estados Unidos para denotar los valores absolutos de la Biblia que planteaba *The World Christian Association*. Asimismo el concepto *integrismo* surge en ámbito católico con los presupuestos planteados por Monseñor Lefèvre para frenar el impulso de los movimientos carismáticos de renovación que desafiaban los principios dogmáticos e institucionales de la Iglesia Católica.

⁶ Véase para entender el nacimiento, desarrollo y diferencias al interior de la religión islámica: ARMSTRONG, Karen (2001); *El Islam*, Mondadori, Barcelona.

Arnold Künzli cuando sostiene que todo fundamentalismo –en este caso estableciendo la salvedad de movimiento islamista– *es en su intención, una respuesta radical a una inseguridad existencial sentida como amenazadora. Esta inseguridad procede de un determinado sistema sociopolítico para proporcionar sentido, identidad, motivaciones, orientación, seguridad protectora, calor vital, suelo firme. Por eso [...] es una cuestión de sistema [...] y es radical, en la medida en que supuestamente se retrotrae a las raíces, a un inicio teórico, lo absolutiza y lo ofrece como único fundamento sólido para la existencia humana* (Künzli, 1991: 75) -el subrayado es nuestro.

En este sentido, la aparición de los movimientos islamistas –en general– se condice con el fracaso y contradicciones generadas por la modernización a las que han sido sometidas las sociedades desde el exterior con el apoyo de las élites dominantes, en donde la huida hacia el pasado imbuido en la sacralidad, se constituye en el único camino viable para hallar el bien máspreciado que es la seguridad redentora. Precisamente en el caso de Irán, la vuelta a los designios contenidos en el Corán, junto con la Sharia y los dogmas shiítas fueron el fundamento irrefutable para enfrentar un sistema al que se consideraba injusto e impío alejado de Dios, y en el cual sólo cabría realizar una *reislamización* de la sociedad en su conjunto.⁷

Cabe mencionar, que la confusión reinante para describir los acontecimientos en Irán condujo al empleo del término *fundamentalismo*, no quedando en claro si por fundamentalistas se entendían a los grupos radicalizados que buscaban aunar el Islam bajo una perspectiva política e ideológica particular –independientemente de que sus acciones sean terroristas– o la creación de un Estado confesional –o una teocracia– islámica. Esta observación es plausible de establecerse en virtud de que por los acontecimientos ocurridos, Irán devino en una República Islámica con la particularidad que dejó de ser aliado de los Estados Unidos, cuando Arabia Saudita desde su constitución en Estado Moderno, es un Reino al que le cabría el mote de “fundamentalista” aunque desde la perspectiva sunnita-waabita, el cual se ha mantenido como un aliado importante en la región de Medio Oriente.

Por lo pronto, podemos decir que la Revolución Islámica puso fin a 2500 años de monarquía, cuando se encontraba reinando la dinastía del último Sha, la familia Pahlevi. A través de la revolución –según el Ayatollah Jomeini– se procuró desenterrar las verdades coránicas de los cementerios y utilizarlas como las supremas prescripciones, para que sirvan de guía para la liberación del hombre de todas las ataduras mentales, físicas y espirituales que lo empujan hacia la destrucción, esclavitud, y la servidumbre a los opresores (Jomeini, 1992: 8).

Retomando los conceptos antes mencionados, podemos decir que la revolución islámica se insertó en un proceso de cambio profundo y radical que afectó el *sistema político* imperante hasta ese entonces. El islamismo en su concepción revolucionaria persigue tener el poder o de lo contrario condenarlo, pero nunca por su lógica podría compartirlo debido a que en su discurso no se permite espacios para las contradicciones y el disenso. Por eso cuando no lo posee, lo denuncia como el baluarte del mal y cuando lo conquista, se vale de él sin entrar en compromisos.

⁷ La Sharia es el derecho islámico contenido en el Corán y que sólo puede ser interpretado por los Ulemas o Doctores de la Ley. En Irán estos se encuentran integrando la institución *Velayat-il faqih*, la cual es la única encargada de aplicar coránica. La Sunna, por su parte, son los dichos y hechos del Profeta Mahoma que sirven como fundamento para adecuar las costumbres de la sociedad actual a la época en la cual éste vivió en la Meca y Medina.

En este sentido, la única alternativa viable para su consolidación es la impugnación del sistema político. De acuerdo a una perspectiva política sistémica y como sostiene David Easton, un sistema político es un conjunto de interacciones políticas en las que manifiesta una *distribución autoritativa de valores*, entendiendo por esto la adopción y ejecución de decisiones públicas obligatorias de firme implementación, las cuales se manifiestan como productos del sistema a través de leyes, decretos, etcétera. En consecuencia todo sistema político debe ser *abierto* a las influencias y perturbaciones provenientes del ambiente intra y extra societal, lo cual implica que sea un sistema *responsivo y reactivo* a las tensiones provenientes de los mencionados ambientes. Precisamente en el carácter responsivo y reactivo, es decir en la capacidad de dar respuestas, se haya la *persistencia* de un determinado sistema político.

Ahora bien, desde el momento en que todo sistema político deja de brindar respuestas a las perturbaciones, se produciría un desplazamiento de las pautas de funcionamiento, lo cual en términos de Easton amenazaría las *variables esenciales*, que son la adopción y ejecución de decisiones y el acatamiento obligatorio de las mismas. *Cuando un sistema político deja de dar respuesta, corre el peligro de desaparecer, y entre una de las causas políticas que contribuirían a su desaparición se haya una revolución.*⁸

En Irán, se produjo una verdadera revolución que cambió el sistema político porque hubo un relevamiento de la antigua élite Pahlevi por una nueva de corte clerical, y se formó un aparato coercitivo independiente (Pasdaranes o Guardianes de la Revolución) distinto al que en ese entonces ejercía el monopolio de la violencia y control como era la Savak. Pero por encima de todo, hubo una sustitución del antiguo principio de legitimidad –basado en la tradición de la sucesión dinástica– por uno nuevo basado en los preceptos islámicos y en la sucesión jerárquica al interior de la estructura clerical shiíta, en cuya cima se encontraba el líder de la Revolución y fundador de la República Islámica Ayatollah Jomeini.

Las repercusiones de la Revolución Islámica de Irán prontamente se hicieron sentir en la región como asimismo generó impacto en los intereses de una de las superpotencias que para ese entonces mantenía buenas relaciones diplomáticas, económicas y militares, con lo eran Estados Unidos. Hasta esa fecha, Irán había sido considerado el “*Gendarme de la Región*” y aliado norteamericano junto al Estado de Israel creado en 1948 y a Arabia Saudita, país con el que mantiene una relación especial –sobretudo en la estrategia de suministro internacional de petróleo– desde 1945 en la región de Medio Oriente. Hasta ese entonces, Irán y Arabia Saudita formaban parte del esquema de política exterior norteamericana en Oriente Medio conocido como *Twin Pillar Policy*. Sin embargo, la situación cambiaría con la instauración de la República Islámica de Irán, sobre todo ante la percepción de lo que se temía como un *efecto dominó* sobre el resto de los países de la región y aliados de los Estados Unidos, desde el momento que Irán planteó como un objetivo de política exterior *exportar la*

⁸ Según Easton existirían dos tipos de causas que conducirían a la eliminación de un sistema político. La primera son las causas naturales que estarían asociadas a catástrofes climáticas o geográficas que pueden terminar con una determinada sociedad. La segunda son las políticas que conducen a la eliminación de un determinado sistema reemplazándolo por uno nuevo ya sea luego de finalizada una guerra con la anexión del territorio, o –como se mencionó– a través de una revolución. Véase: EASTON, David (1976); *Esquema para el análisis político*; Amorrortu editores, Buenos Aires., Tercera edición.

revolución. Pese a ello, podemos decir que el temido efecto contagio o dominó al resto de los países ha sido producto de especulaciones simplistas –y tal vez de desconocimiento– que se han alejado de la realidad, y de la influencia que ejercen las fuerzas profundas en la identidad de los países de la región.

Pero, a poco más de veinte años de la revolución islámica, el único país que atravesó por un proceso de *reislamización de arriba hacia abajo*, es decir con la toma del poder realizar la transformación de las estructuras del Estado después de Irán, ha sido Afganistán con la llegada del régimen del Talibán en 1996. Por tal motivo, con el objeto de no cometer errores, creemos convenientes hacer las siguientes apreciaciones:

- Podemos decir que se ha sobredimensionado el caso iraní por varios motivos: el primero es que el objetivo de política exterior de exportar la revolución sólo estuvo vigente durante los años en los que gobernó el Ayatollah Jomeini (entre 1979 y 1989). A ello se suma que las condiciones que hicieron posible la revolución provinieron de determinados factores únicos e intrínsecos a la política y a la estructura social iraní que no se encuentra en otros países de la región de Medio Oriente. Por tal motivo, sólo se circunscribe a un solo país y no puede ser interpretado como un faro para el resto de los países limítrofes.
- Segundo, dadas las condiciones imperantes dentro del mundo islámico, en donde la mayoría de los pueblos musulmanes profesan el Islam en su versión sunnita, la factibilidad de que se produzca un efecto derrame o dominó sobre el resto de los Estados de la región han sido mínimas, teniendo en cuenta que la versión del Islam que se profesa en Irán es shiíta, lo cual genera en ciertos aspectos, puntos irreconciliables entre ambas posiciones.⁹ A ello, habría que agregar que era la primera vez que el shiísmo duodecimano llegaba al poder en 1979 –a excepción del único interregno que se produjo bajo el Imperio Safawí en el 1510 que convirtió de manera compulsiva a los persas al credo shiíta–, dejando su accionar tradicional de no participar en política en tanto no apareciera el *Imán oculto* y reservando al ámbito privado las prácticas religiosas, lo cual era una diferencia sustancial con los sunnitas que han tenido una relación especial con el poder desde los inmemorables tiempos del primer Califato.¹⁰

⁹ Se estima que el número de shiítas en el mundo alcanza a 130 millones, constituyendo el 10% del total de musulmanes en el resto mundo. Los shiítas se encuentran en Medio Oriente principalmente en un arco que iría de El Líbano hasta Pakistán, siendo que la mayor concentración se da en Irán, Irak, Bahrein y Azerbaiyán.

¹⁰ La separación al interior de la religión islámica entre diferentes confecciones o sectas se produjeron con motivo de la muerte del Profeta Mahoma en el 632 d.c. y la discusión generada en torno a quién lo sucedería como líder en la *Umma Islami* (comunidad islámica) que había logrado conformar. En este sentido, fueron dos los criterios prácticamente irreconciliables que se presentaron, por un lado estaban aquellos que sostenían que el sucesor debía ser una persona ligada a Mahoma, que hubiese participado en la generación de la *Umm Islami* en los años en que la presidió y que por conocer la *sunna* –es decir la costumbres, dichos y hechos del profeta mientras vivió y supo impartir– debía ser por consiguiente la autoridad legítima en convertirse en el primer Califa. Por el otro, estaban los que decían que sólo se debía tener en cuenta los lazos sanguíneos a la hora de nombrar el sucesor y para ello proponían a Alí, quien era primo y a la vez yerno de Mahoma, casado con su hija Fátima.

Finalmente, la primera posición fue la que ganó, y nombró a un amigo de Mahoma –Abu Bark de la familia de los Omeyas– como primer *Rashidun* o Califa. Los celos y conspiraciones de aquellos que sostenían que respetando los lazos sanguíneos se podía seguir con la labor emprendida por Mahoma, dio lugar que aparecieran los Shia-a-Alí, es decir, los partidarios de Alí. Este último, fue nombrado como el cuarto Califa y heredero legítimo según los shiítas,

- Tercero, a pesar de la hostilidad del régimen de Teherán hacia los Estados Unidos y los gobiernos aliados, como así también al apoyo brindado a grupos como el Hezbollah en el Líbano, podemos decir que en el accionar externo, la República Islámica ha tenido un relativo impacto en conseguir adeptos a la causa revolucionaria, inclusive en los países del Asia central que se independizaron con motivo de la desintegración de la URSS en 1991.¹¹
- Cuarto, el régimen del Talibán de inspiración sunnita arraigado en la orientación waabita que se practica en Arabia Saudita, ha sido enemigo del régimen de los Ayatollahs de Irán, por considerar herejes a los shiítas. Paradójicamente, el primero contó con el apoyo de los Estados Unidos a los grupos islámicos “fundamentalistas sunnitas” durante los años de la invasión soviética a Afganistán, y el segundo, pese a las diferencias que se han presentado con motivo de los atentados del 11 de septiembre de 2001, en virtud de que 15 de los 19 terroristas que lo perpetraron eran de nacionalidad saudita, continúa siendo un aliado indispensable en lo que al suministro de crudo se refiere y en contener la influencia shiíta iraní en la región de Medio Oriente.
- Quinto, a pesar de que se ha tildado al régimen de Teherán –desde los Estados Unidos– como santuario terrorista o de financiar el terrorismo internacional –ya sea por el apoyo que brindó al Hezbollah o a los grupos palestinos como la Jihad Islámica y el Hamas en contra de Israel, como así también de ser el principal sospechoso de la autoría de los atentados de la Embajada de Israel y de la AMIA en Argentina en 1992 y 1994 respectivamente– y que le ha merecido los calificativos de *Rogue State* o Estado integrante del *Eje del Mal*, cabría decir que el 80% de los atentados cometidos durante la década de los noventa y los primeros años del siglo XXI, han provenido del ámbito sunnita.¹² Esto estaría

además de ser considerado el hombre más piadoso y el primer convertido al Islam, el cual murió asesinado en el 661, producto de las ambiciones de poder de los que deseaban retornar a la línea de sucesión dinástica de la familia Omeya.

Las rivalidades continuarían entre ambas posiciones, la sunnita y la shiíta, lográndose un distanciamiento después de dos hechos: el primero, se produjo en el 683 bajo el gobierno del sexto Califa sunnita) cuando Hussayn, hijo de Alí, peleó sin éxito en Karbala (territorio actual de Irak y cuarto lugar santo para los shiítas después de la Meca, Medina y Jerusalén) para acceder al Califato. La muerte de Hussayn –nieto de Mahoma e hijo de Alí– ahondaría las diferencias entre ambas, debido a que en esa guerra moría en brazos del padre el pequeño hijo y heredero según los lazos sanguíneos shiítas. El segundo hecho se produjo en el año 874 de nuestra era, cuando muere el undécimo imán, el cual tenía un hijo que se tuvo que esconder –según los shiítas– con el objeto de salvar su vida de la lógica despiadada del poder. Para los shiítas, Abu al Qasim Muhammad o el *Imán Oculto* fue eclipsado por Alá, con el propósito de que retorne a la tierra, con el fin de terminar con los gobiernos impíos y traidores desde los tiempos de los tres primeros Califas.

De esta manera, los shiítas, se alejan de los sunnitas al conferirle a la religión una suerte de esoterismo, de no estar ligado a la lógica del poder y de los gobiernos impíos, de abocarse a la vida piadosa y el descrédito de la política y a la de esperar el regreso del Imán Oculto (duodécimo). Cabe mencionar, que los sunnitas rechazan estos presupuestos dogmáticos por considerarlos una herejía que no tiene relación con lo expresado en el Corán y las enseñanzas impartidas por Mahoma mientras estuvo en la tierra. Esto explica porqué hasta la Revolución Islámica de Irán, era el Islam shiíta practicado en la esfera de la vida privada, rompiéndose ésta interpretación con el Ayatollah Jomeini, quien sostuvo que hasta tanto el Imán oculto regrese, no se deben acatar los designios de los gobiernos impíos –como los del Sha Reza Pahlevi– y llamó a los iraníes a abandonar la abstención política.

¹¹ Para el estudio de los límites de la influencia iraní en el Asia Central se recomienda ver: KOZINOWSKI, Thomas (1994), “Las relaciones entre el Asia Central y el Cercano Oriente con especial consideración del Islam”, en *Contribuciones*, Buenos Aires, N° 3.

¹² A modo de ejemplo, el atentado en el *World Trade Center* de 1993 y los atentados sobre las *Twin Tower* y el Pentágono de 2001 han sido perpetrados por grupos islámicos terroristas de confesión sunnita. Para una recopilación

demostrando los límites de la influencia shiíta iraní sobre el resto de la región de Medio Oriente, en donde el modelo de Revolución Islámica no puede emularse fácilmente en condiciones políticas, sociales, étnicas y religiosas diferentes. Sin embargo, en los últimos años, ha sido la Jihad “Sunnita” la que ha ido ganando mayores adeptos y espacio geográfico, en lo que se podría denominar el “neofundamentalismo”, encarnado entre otros actores, en la agrupación Al-qaeda, dirigida por Osama Bin Laden y apoyado por Arabia Saudita con el fin de frenar el activismo shiíta.

En otras palabras, mientras que la reislamización revolucionaria iraní se circunscribió al ámbito de confesionalidad shiíta, teniendo muy poco impacto en el resto del mundo islámico, el neofundamentalismo, de raigambre sunnita se ha valido del mencionado mundo a instancia de un proceso sistémico en las postrimerías del siglo XX como lo ha sido la globalización. Al respecto, Olivier Roy sostiene que *los movimientos islámicos dominantes [como el iraní] pasaron de la lucha por una comunidad musulmana supranacional a una especie de nacionalismo islamista: [por ende buscaron] el reconocimiento pleno como actores legítimos de la escena política nacional, y han dejado totalmente de lado la agenda supranacional que fue parte de su ideología.*¹³

Empero, ha sido el *neofundamentalismo* el que ha hecho suyo el presupuesto dejado de lado por los movimientos islamistas, es decir la agenda supranacional como forma de identificación, adoptando diferentes posiciones. La primera, combinando el *Islam político* militante con la *Jihad islámica* en contra de Occidente, y todo vestigio occidentalista, desde una perspectiva imbuida en la búsqueda de la pureza del Islam sunnita influenciado en los dogmas waabitas.¹⁴ Esto no se ha traducido –según Roy– en una agenda económica y social específica –de la que en definitiva carecen– por ignorar la instancia estatal, a excepción de la observancia estricta de algunas cuestiones –como la oposición a la participación pública de las mujeres, la música y demás entretenimientos– sino en la oposición a otras religiones, en donde se encuentra el

de los atentados producidos a lo largo de la década de los noventa, y principios del siglo XXI se recomienda visitar los sitios de Internet *on-line* disponibles en las direcciones: <http://www.terrorism.com>

¹³ El caso más notorio es el de Irán, que se ha abocado a fortalecer y perpetuar la República Islámica dentro de sus fronteras nacionales, frente a aquellos que se consideran los enemigos, lo cual se traduce en una relativa disminución en la participación en asuntos internacionales como internos de otros estados. Véase el artículo Neofundamentalismo, en la dirección web *on-line*: <http://www.cholonautas.edu.pe/pdf/neofund.pdf>

¹⁴ El Waabismo es una escuela puritana dentro del sunnismo que sostiene una ortodoxa interpretación del Islam, planteando que todos aquellos que no respetan sus interpretaciones, especialmente los shiítas, son considerados infieles, inclusive no islámicos. Esta forma rigorista de interpretación del Islam fue creada por Mohamed Ibn Abd al-Wabb (1703-1792) de quien adquiere su nombre, y que devino en la forma oficial religiosidad en Arabia Saudita. La búsqueda de la pureza del Islam es su principal objetivo en donde no caben innovaciones, entre ellas la visión esotérica que plantea el shiísmo de esperar el retorno del Imán Oculto. De allí que sólo plantee que la única legislación que puede regir sobre los hombres es el Corán leído de manera literal y la Sharia (o ley Islámica) que se contiene en el libro sagrado –esto explica porque en Arabia Saudita se carece de Ley Fundamental–. En lo que a las prácticas sociales y religiosas se refiere, se prohíbe la participación de la mujer en la vida pública, el culto a los muertos y visita a los cementerios por considerar que sólo se adora y se conmemora a Allá, se prohíbe beber alcohol, fumar, escuchar y hacer música, entendiendo que son vicios que apartan a los hombres de la entrega y devoción a Dios.

El waabismo desde la formación del Estado moderno en Arabia Saudita se ha propuesto defender la pureza del Islam, protegiendo los lugares santos de la Meca y Medina y de impedir que el shiísmo se convierta en una versión islámica dominante. Cabe mencionar, que su influencia en el mundo islámico devino prominente en el Sur de Asia, apoyando a la resistencia afgana en contra de la ocupación soviética, la cual produjo la infraestructura para la red de sunnitas militantes que ha estado activa en el régimen del Talibán, Al Qaeda y los grupos jihaidistas pakistaníes. Para el estudio de la influencia waabita se recomienda ver: NASR, Vali (2004), “Regional implications of shi’a revival in Irak”, en *The Washington Quaterly*, N° 27, summer.

cristianismo y judaísmo, inclusive el shiísmo que es considerado una herejía dentro del Islam. La segunda, se relaciona con el carácter *supranacional* que sus seguidores poseen, por vivir diseminados en lo que consideran el *mundo global*, en donde se prescinde de la nacionalidad de origen con el cual *identificarlos* dado que el aspecto religioso es lo único que los aglutina. Si bien utilizan la dimensión estatal como anclaje desde un punto de vista táctico –sobre todo los denominados *Failure States* (Estados Fallidos) – su accionar es el medio internacional globalizado en el que las fronteras se diluyen y en el que sólo cuenta la *solidaridad islámica supranacional sunnita* a la hora de realizar sus acciones.

De hecho, como sostiene Roy, *esta nueva marca de neofundamentalismo supranacional es más un producto de la globalización contemporánea que del pasado islámico. Emplean dos lenguas internacionales (Inglés y árabe), viajan fácilmente por aire, estudian, se educan y trabajan en varios países, se comunican a través de la Internet y teléfonos celulares; se ven a sí mismos como “musulmanes” y no como ciudadanos de un determinado país.*¹⁵ Lo paradójico ha sido la tolerancia que Occidente ha dispensado al crecimiento de los movimientos islamistas de corte sunnita, a sabiendas del apoyo brindado por Arabia Saudita frente a los shiítas, los cuales tenían estos últimos la imagen de ser revolucionarios, anti-norteamericanos, terroristas, secuestradores etc. Sin embargo, del balance del *conflicto de baja intensidad entre sunnitas y shiítas*, los que se han impuesto han sido los primeros, inclusive con un accionar de tipo terrorista que conmocionaría el mundo a partir de 2001.

Al respecto, Stanley Hoffman, en el *Choque de Globalizaciones* –parafraseando al Choque de Civilizaciones planteado por Samuel Huntington– da cuenta de cómo la globalización es un proceso dual, dado que no sólo enriquece algunos sino que también excluye, *y en la medida que lo hace, los excluidos podrán buscar una revancha y autoestima en un fenómeno que se ha globalizado y que es el terrorismo internacional, sobre todo en su vertiente islámica* (Hoffman, 2002b). Pero, sin embargo, no puede conducir a estigmatizar una religión como la islámica, en cuyos preceptos no se encuentra la legitimidad para este tipo de accionar.

En este sentido, resulta interesante lo que Hoffman plantea en el *Choque de Globalizaciones*, cuando sostiene lo negativo que resulta por parte de los Estados Unidos la combinación de una retórica de superioridad con diseños mal definidos, aunado al peligro de caer en una tentación unilateral, prescindiendo de los acuerdos y organizaciones internacionales e imponiendo los valores y el poder norteamericano *como todo lo que se necesita para el orden mundial*. De forma inexorable, esto ha quedado plasmado primeramente en la condena del régimen de Teherán, en la lucha contra el terrorismo internacional que se evidenció en la intervención en Afganistán en contra del régimen Talibán y de la organización terrorista Al-Qaeda en el 2001 y luego en la guerra contra Irak hace poco más de un año.

No caben dudas que los atentados del 11 de septiembre fueron el ejemplo más nítido de cómo la globalización del terror golpeó en el corazón de la única superpotencia en el mundo, generando la sensación *de que ya no se está seguro en*

¹⁵ De allí que el ejemplo más paradigmático lo hayan constituido los atentados del 11-S, en donde la tecnología moderna estuvo al servicio de los objetivos perseguidos de dañar a los Estados Unidos en su propio territorio. Véase: Roy, Olivier en la dirección Op Cit.

ninguna parte y de que nadie es invulnerable. Pero se ha generado una cuestión que conduce a grandes interrogantes y es cómo frenar la amenaza terrorista cuando está en todas partes y a la vez en ninguna. Asimismo, pueden ser catalogados de “fundamentalistas” –según la terminología norteamericana– algunos Estados de Medio Oriente de acuerdo a la empatía y al tipo de relaciones que posean con los Estados Unidos. Acaso, indagar en las *fuerzas profundas* que inciden en la construcción de la identidad de los Estados y que se manifiesta en la política exterior de los mismos, no nos puede conducir a comprender la naturaleza verdadera de los hechos.

Sin la intención de agotar cada uno de estos interrogantes, intentaremos dar cuenta de ellos en los tres países elegidos como estudio de caso que se desarrollarán a continuación.

Segunda Parte

Irán, una potencia regional que busca reconocimiento

En la actualidad, la ubicación geopolítica de Irán lo convierte en un país con un peso específico significativo en la Región de Medio, no sólo porque tiene el mayor control de las costas del Golfo Pérsico,¹⁶ lo cual le otorga un status marítimo considerable y una salida natural en la explotación de los yacimientos de hidrocarburos en los territorios del sur del país, sino también porque no se encuentra ajeno a la situación regional, en virtud de que limita con 7 Estados en total.¹⁷ La particularidad histórica que posee Irán es la de haber mantenido prácticamente sus fronteras históricas desde la época en que había sido parte del imperio (Safawí y que posteriormente se convertiría en el Imperio de Persia) hasta la constitución del Estado moderno en 1906.

A lo largo de los siglos, las rivalidades imperiales estuvieron marcadas por las relaciones con el Imperio Otomano al Oeste, que abarcaba los territorios de Irak y Kuwait en el Golfo Pérsico y los territorios de Afganistán hasta que se convirtió en Reino en 1747. El carácter distintivo de Irán en ese tiempo estaba dado por la diferenciación étnica con relación a sus vecinos que eran árabes (en los territorios otomanos) y pashtunes, uzbekos, tadjicos y hazaras (en los territorios de Afganistán). De esta manera, la composición étnica persa (que tiene sus orígenes en las migraciones indo-europeas) ha sido el rasgo distintivo de diferenciación en la construcción identitaria en los primeros años de su existencia como entidad política, la cual estuvo marcada por el predominio de la lengua farsi que se hablaba y se sigue hablando en Irán.

Con el advenimiento de imperio safawí en el 1510, bajo las órdenes del Sha Ismail, se produce la conversión compulsiva hacia el Islam en su vertiente shiíta, lo cual sirvió para diferenciar aún más su situación para con el resto de los vecinos que eran árabes que profesaban el Islam sunnita. Como primer medida, se obligó a convertirse al shiísmo a la población, *so pretexto* de ser asesinados o deportados y *a maldecir a los tres primeros rashidun que presidieron el Califato, que habían usurpado el poder que*

¹⁶ Cabe mencionar, que a lo largo de la existencia del Imperio Persa (aspecto étnico) y del control que tuvo sobre el área marítima, el Golfo recibió la denominación de Pérsico, en alusión al poderío imperial, lo cual no ha sido aceptado por el resto de los países árabes, que lo siguen denominando Golfo Árabe.

¹⁷ Al oeste limita con Irak, al noroeste con Turquía, Armenia y Azerbaiyán, al noreste con Turkmenistán, al este con Afganistán y al sureste con Pakistán.

por derecho le correspondía a Alí (Armstrong, 2001: 176). A pesar de que según la doctrina shiíta no se debe participar en los asuntos políticos porque los gobernantes no se pueden abrogar legitimidad hasta que no regrese el Imán Oculto, la clerecía desempeñó un papel importante en ese tiempo. Sin embargo, y con el paso de los años volvería a su posición tradicional de abstención política, pero con una diferencia que se mantendría hasta la década del sesenta a lo largo del siglo XX, que fue la independencia económica lograda a través del control de propiedades exclusivas de los ulemas shiítas. Propiedades que fueron –en parte– expropiadas por el Sha Reza Pahlevi en 1963 con la denominada Revolución Blanca que buscaba modernizar a Irán y limitar el poder económico de la clerecía shiíta. Como podremos ver más adelante, esto dio inicio a un enfrentamiento entre el Sha y una figura que iría ganando poder en la escena política de Irán como lo ha sido el Ayatollah Jomeini.

Ahora bien, la penetración europea en Medio Oriente a través del comercio como así también con el ideario político tuvieron una gran repercusión en Irán a principios del siglo XX, cuando en 1906 se promulgó la constitución iraní y se estableció bajo los principios rectores del liberalismo político, la separación de poderes, creando el *Majlis* o Parlamento. En este sentido, la unión de mercaderes, clérigos shiítas e intelectuales presionaron al Sha Reza Khan para realizar una reforma institucional limitada de lo que sería el Estado moderno, con el objetivo de poder controlarlo a través del *Majlis*, *ante el fracaso de la política de gobierno considerada benévola frente a las intromisiones europeas en la vida política de Irán* (Ansari, 2003: 53).

El cambio institucional a principios del siglo XX mostraba un Irán moderno en la región de Medio Oriente, que sólo hallaba una réplica similar las medidas llevadas a cabo por el Rey Ammanullah en Afganistán en la frontera este, en comparación con la administración de los territorios del Imperio Otomano en la frontera occidental. Sin embargo, la incipiente democratización llegaría pronto a su fin, con la posición germanófila del Sha Reza Khan en los prolegómenos de la segunda conflagración bélica mundial.

La invasión de Irán en 1941 por parte de las fuerzas aliadas –en el norte con el Ejército Rojo de la URSS y en el centro y sur del país con las tropas británicas– tuvo como consecuencia inmediata la abdicación del Sha a favor de su hijo Mohamad Reza Pahlevi, quien asumiría recién el gobierno con plenos poderes en 1946. Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, Gran Bretaña alertaba sobre la cuestión de lograr el compromiso verdadero soviético de retirarse del país, para que no se repita lo ocurrido con los Estados de la Europa Central y Oriental, que habían caído bajo la esfera de influencia soviética. Ante las presiones del gobierno británico y norteamericano respectivamente, y las declaraciones de emplear el recurso de la fuerza, la URSS se retiró de Irán, logrando así la plena recuperación de la soberanía.¹⁸

La restitución del poder a la dinastía Pahlevi, y la instauración de un *régimen político* de connotaciones autocráticas, lejos estuvo de los esfuerzos de democratización que caracterizaron a la vida institucional de Irán en las primeras décadas del siglo XX. Por el contrario, el descontento social frente a la intromisión extranjera, especialmente la anglo-norteamericana dividió al país entre un nacionalismo secular apoyado por el Sha y un nacionalismo islámico que encontraba basamento en la clerecía shiíta.

¹⁸ Para el estudio de la situación de Irán en la pos Segunda Guerra mundial se recomienda ver: SPANIER, John; *La política norteamericana a partir de la Segunda Guerra Mundial*, GEL, Buenos Aires, Cap.2, 1991.

Durante los años que le siguieron a la posguerra, Irán se convirtió en una pieza clave en el suministro de petróleo para las economías occidentales que estaban en pleno proceso de transformación económica, cuando se sustituyó el carbón mineral por el crudo como insumo energético básico para el funcionamiento de las industrias. La apertura a los capitales extranjeros y la explotación de los recursos en manos foráneas afectarían la continuidad institucional del país, cuando un nacionalista apoyado por el partido de izquierda *Tudeg*, el Dr. Mohamad Mossadegh, realizó un *coup d'état* en 1951.

El apoyo principal al golpe de estado provino del representante máximo dentro de la jerarquía shiíta, el Ayatollah Abul Qassem Kashami, cuando Mossadegh planteó la nacionalización del petróleo iraní, lo cual redundaba en la recuperación de la soberanía sobre los recursos controlados por las empresas extranjeras. La principal damnificada con la política de expropiación y nacionalización fue la empresa Anglo Iranian Oil Company, lo cual no hacía más que marcar el fin de la presencia británica, no sólo en el plano económico sino también en los asuntos políticos en Irán. Lugar que a partir de 1953 sería ocupado por los Estados Unidos.

Para ese entonces, y en un contexto internacional caracterizado por la Guerra Fría, la administración norteamericana de Harry Truman no adoptó ninguna medida en contrario, a pesar de que el Frente Nacional de Mossadegh simpatizaba con la Unión Soviética a través del partido de izquierda *Tudeg*. Sin embargo, con la llegada de Dwight Eisenhower a la presidencia norteamericana, se produciría una intervención en los asuntos internos de Irán, cuando la *Central Intelligence American* (CIA) realizó un contragolpe de Estado para reinstaurar la dinastía Pahlevi. La remoción de Mossadegh del poder fue tributaria de la Doctrina Eisenhower que planteaba que no se iba a permitir que cayera ningún gobierno aliado de los Estados Unidos en Medio Oriente. Si bien el golpe de gracia para deponer al presidente nacionalista lo realizó la CIA con el auspicio de los Estados Unidos, el mismo no hubiera sido posible o no hubiera logrado su cometido sin la presencia de un factor interno que fue insoslayable en este proceso. *Solamente cuando Kashamy (líder religioso supremo) junto a otros nacionalistas importantes retiraron el apoyo que tenía el gobierno de Mossadegh, éste se volvió vulnerable y sucumbió finalmente en el golpe que restauró la autocracia real de Irán, pero con tutela y apoyo norteamericano* (Ansari, 2003: 55).

El rol desempeñado por las autoridades clericales shiítas fue nodal –como fuerza profunda permanente– para que asumiera Mossadegh –fuerza profunda variable endógena a la que hicimos mención en un principio–, pero cuando éste se embarcó en un marcado laicismo y secularismo de la sociedad iraní, atentado contra los intereses de la shía, los resortes del poder cedieron, más aún con la intervención soterrada extranjera.

Empero, esto no debe ser interpretado como un apoyo tácito al Sha y a la presencia norteamericana en el país dada la hostilidad tradicional de la clerecía shiíta a los gobernantes terrenales ilegítimos. Tal vez, una cuestión de peso pudo haber sido que de convertirse Irán en un régimen pro-soviético, la persecución religiosa hubiera sido mayor a la que dispensaba el Sha hasta ese entonces.

A partir de 1963, la política pro-occidental emprendida por el Sha –con la denominada *Revolución Blanca* orientada a modernizar las estructuras del país– había hecho de la sociedad iraní una sociedad escindida, en la cual el mejoramiento de las condiciones de vida sólo afectaba a unos pocos. En primer lugar se encontraba la

familia real y el círculo empresarial relacionado a los intereses petroleros, y luego la clase conformada por profesionales y estudiantes preparados la mayoría de ellos en universidades extranjeras, el resto, lo constituían los obreros y artesanos a quienes se los llamaba –según Jomeini– los desheredados.

La Revolución Blanca consistió básicamente en un proceso de reformas económicas que propiciaba la presencia fuerte del Estado, donde se había emprendido una política de confiscación y expropiación de tierras petroleras junto a una reforma agraria que tendía a modernizar la estructura socio-económica, para lo cual sólo era factible de continuar a través de una fuerte represión estatal. A simple vista, el modelo de sociedad iniciado en la década de los sesenta aparecía como exitoso en la región de Medio Oriente, debido a que el país había logrado arribar a un status prácticamente de primer nivel.

Sin embargo, el aumento de las arcas del estado que permitía mostrar al mundo la fastuosidad del Sha de Persia contrastaba con los descontentos sociales que fueron *in crescendo* dando lugar a la gestación de un proceso profundo y extenso que reclamaba un cambio. Paradójicamente el cambio provendría de una alianza tácita entre la clerecía shiíta –propietaria de inmensas extensiones de tierras aptas para la explotación del crudo que no pudieron ser expropiadas por el Estado, lo cual le permitía gozar de una independencia financiera frente al régimen– y de los profesionales desocupados o sin posibilidades de ascender en la estructura social, a los que se sumaban los estudiantes de clase media que percibían un futuro tan desalentador y parecido al de sus padres.

La presencia del clero shiíta en la vida política fue marginal hasta la aparición del Ayatollah Jomeini, el cual se convirtió en un acérrimo opositor a las medidas económicas del Sha y a la importación de pautas culturales occidentales que –según éste– habían degradado el tejido social en Irán. Entre ellas, criticaba la importación de bienes materiales extranjeros como juguetes, cosméticos, y artículos de lujo que habían conducido a las familias a una instancia de alienación porque se preocupaban y competían por ellos. Sin más, se hallaba la juventud arrojada a los placeres sensuales de la prostitución, cines, cabaret que deformaban la mentalidad.

La fuerte oposición del Ayatollah Jomeini al Sha, le costó el exilio en Irak hasta 1975 debido a que posteriormente se radicaría en Francia –como se mencionó anteriormente– para dirigir la revolución. Hasta ese entonces, el hondo resentimiento a toda representación occidental fue uno de los presupuestos que el Ayatollah supo canalizar en su favor, frente a un poder impregnado de ilegitimidad, en el que el *Islam* debía despertarse después de cientos de años de sufrir la tiranía secular.

Esa tiranía se manifestaba también, según el Ayatollah, en el apoyo que el Sha dispensaba a los países aliados a nivel mundial y regional. En este sentido, la crítica a la política exterior del Sha se centraba en que no representaba los verdaderos intereses de la nación Iraní, al soslayar la soberanía del Estado permitiendo con las injerencias extranjeras (por ejemplo armando a Irán convirtiéndolo en el Gendarme de la región *so pretexto* de que los Estados Unidos estaban llevando adelante la Guerra de Vietnam lo cual no le permitía tener una presencia más activa). A ello se suma la política tradicional del Sha de mantener relaciones cordiales con Israel, y de no brindar apoyo aunque sea por afinidad religiosa al pueblo palestino y la causa árabe. Este constituirá un punto central en la política exterior iraní después de la revolución, donde el movimiento de

piezas y aliados condujo a apoyar a los palestinos (árabes) frente a la ocupación israelí, por el sólo hecho de ser hermanos musulmanes (cabe mencionar que profesan el Islam en su versión sunnita). Esto último no debe confundirse con una posición amigable al resto de los países árabes, dado Arabia Saudita era considerado un traidor por apoyar incondicionalmente a Estados Unidos, y por perseguir a las minorías shiítas al interior del país.

De acuerdo con la teoría política, la legitimidad de un poder político radica en la creencia de quienes mandan poseen justo título para hacerlo, lo cual crea una convicción o consentimiento entre los que obedecen. En el caso del Irán pre-revolucionario, se hacía cada vez más fuerte la idea de que la única fuente de legitimidad del poder público debía provenir de la estricta observancia de los designios del Islam, en consecuencia se debía esperar que regrese el *Mahdi* (Imán Oculto) o cambiar en parte esta doctrina shiíta –como finalmente ocurrió– Con el desarrollo de los acontecimientos revolucionarios, el comportamiento de la población iraní tendió a impugnar la legitimidad del régimen del Sha Reza Pahlevi, y a instituir un nuevo poder político sustentado sobre bases religiosas. No se debe olvidar la dura crítica del Ayatollah Jomeini a la ilegitimidad del Sha, imbuido en un secularismo que había conducido al pueblo a una instancia tal que el Corán sólo era leído en los cementerios o en los cortejos fúnebres. En consecuencia, la única forma de salir de la “*yahiliya*”, es decir de la sociedad bárbara y alejada de Dios, era a través de una revolución, capaz de cortar las cadenas de la opresión, y que para perdurar en el tiempo debía basarse en los preceptos sagrados contenidos en el Corán.

Por un lado, en el discurso pre-revolucionario se abogaba por una impugnación de la legitimidad del antiguo régimen, pero por el otro, se buscaba hallar en los hombres una nueva forma de *legitimación* que avalara el establecimiento de un nuevo sistema social. La apelación al Islam no sólo ha sido en su expresión religiosa sino también en su expresión como *ideología* –que según Jomeini– triunfa porque está motivada en lo divino y en la solidaridad del pueblo a lo largo y a lo ancho del país, con la misma consigna y el mismo espíritu para alcanzar un único objetivo. Ello responde a que el Islam *se preocupa y supervisa al hombre en todos sus aspectos, tanto el individual como el social, el material, el espiritual, cultural, político, económico y militar. No pasa por alto ni el más insignificante de los asuntos que afecte la educación y el progreso espiritual y material del hombre y su sociedad* (Jomeini, 1992: 14).

Esta situación se produjo en un contexto socio-político en el cual la forma de estratificación social presentaba una gran complejidad y a la vez una disparidad. En las ciudades importantes del país, de acuerdo con el grado de desarrollo alcanzado, se podía evidenciar una estratificación social por clases, en donde la clase media adhirió a la vuelta del Islam como una “salida alternativa a la marginación”, mientras que en el interior del país, con una estratificación social por estamentos, los ancianos fueron los más receptivos a un retorno al “añorado pasado” del que jamás se debió haber salido.

La originalidad de la situación iraní se condice con la observancia del Islam más allá de su connotación religiosa, y que es propia de la vertiente shiíta, para lo cual la doctrina plantea que la persona que ejerza el poder carecerá de legitimidad hasta el advenimiento del Imán oculto o el *Mahdi*, y aunque por ciertas razones se le otorgue al gobernante de turno ciertas concesiones –como había ocurrido con el Sha–, estas pueden ser quitadas cuando el clero así lo considere conveniente. Más aún, cuando

aparece el Mahdi –es decir el guía– con la legitimidad y capacidad suficiente de *liderar* la *Umma Islami* o comunidad islámica.

En esos años, la influencia del Ayatollah Jomeini se tornó decisiva en el derrotero que siguieron los acontecimientos, a pesar de encontrarse exiliado en Francia. Sin embargo, la persuasión, la sugestión o la insinuación fueron las formas en las que se manifestó en un principio el liderazgo en aquellos que lo seguían. Así, se habían tornado frecuentes las emisiones televisivas de entrevistas –captadas de manera clandestina en Irán por la censura estatal– al Ayatollah, quien explicaba cómo se debía volver a la fuente (el Corán). Inclusive, días antes de desatarse la huelga general por tiempo indeterminado que sumergió al país en el caos y en una aparente anarquía, la gente seguía paso a paso discursos dirigidos a los jóvenes, mujeres, y hombres que con la gracia del todo misericordioso derribarían la dictadura. Pero por sobre todas las cosas, existió una fuerte influencia sobre la clerecía shiíta para impugnar definitivamente la legitimidad del Sha.

La revolución islámica terminó con un sistema político que a los ojos del pueblo iraní era considerado tiránico y servidor de los intereses de occidente, pero por sobre todo era percibido como ilegítimo. La falta de legitimidad del poder político redundaba en la no identificación del pueblo con el sistema de creencias propio de la vida política y en la impugnación de la autoridad política que detentaba el Sha Reza Pahlavi.

Paradójicamente, se instauró la República Islámica de Irán cuando no existía en el vocabulario político iraní el concepto mismo de república. Pero, según *la teoría de Jomeini del hokumat-i islami o gobierno islámico se basaba en una resolución diferente, innovadora del problema de cómo los musulmanes sinceros pueden influir en la política en ausencia del Imán, canalizada a través de su teoría de la vicerregencia de la autoridad legal, o juriconsulto, velayat-i faqih. En esta teoría, el intérprete legal, Jomeini en primer lugar, estaba legitimado para ejercer la autoridad religiosa y establecer un gobierno islámico, por medio de la autoridad derivada de Dios* (Halliday, 1990: 104).

De esta manera, se fundamenta el porqué los shiítas iraníes tomaron el poder y crearon la República Islámica, siendo que en otros países con población shiíta, se respeta la tradición de no inmiscuirse en la política, profesando la religión exclusivamente en el ámbito privado. A través del *velayat-i faqih*, que es una institución de juriconsultos islámicos se resguarda la continuidad del gobierno islámico, prohibiéndose toda reforma política y social que atente contra el mismo, motivo por el cual, los gobiernos electos que sucedieron al del Ayatollah Jomeini, no han podido lograr modificar el régimen político creado en 1979.¹⁹

¹⁹ El régimen político iraní se presenta como dos estructuras paralelas jerárquicas de las que surgen los principales cargos políticos y religiosos a ocupar en la República Islámica. En la primera se encuentra el presidente de la República, elegido por sufragio universal con el control de algunos de los ministerios y en la otra, el líder religioso de más alta jerarquía en el Consejo de líderes y Guardianes de la República integrados por clérigos. En la primera subyace el criterio de la voluntad popular a través de las elecciones de las autoridades, y en la segunda, la voluntad y legitimidad de la clerecía de defender los principios islámicos. Entre 1979 y 1989, el Ayatollah Jomeini ocupó el cargo de Líder de la República y la presidencia estuvo en manos del Hodjatoleslam Ali Hoseini Hhamenei, el cual en la actualidad ocupa el cargo de Ayatollah y líder supremo, siendo Mohamed Khatami el presidente en ejercicio de sus funciones.

En este sentido, el Ayatollah Jomeini desempeñó su papel de líder a través del cual canalizó el descontento popular antes, durante y después de la revolución, en donde llevó adelante dos estrategias de *reislamización* en la fundación de la República Islámica. La de *abajo hacia arriba*, que se realizó en la sociedad civil, desde la familia el trabajo, la mezquita para crear las condiciones propicias para el cambio, y la de *arriba hacia abajo*, en donde una vez llegado al poder se conformó un Estado teocrático, en el cual se pretendió devolver a la población certeza absoluta, apoyo seguro y protección digna con la vuelta al Islam político.

Pese a los excesos cometidos que fueron de pública notoriedad —como encarcelaciones masivas, deportaciones, torturas, aplicación de la pena capital, violación a los derechos humanos etc— habría que resaltar la aquiescencia de la población en general a la autoridad del líder, la cual se tradujo en un comportamiento de legitimación que se puede decir que surgió cuando los fundamentos y fines del poder se tornaron compatibles con el *sistema de creencias* que se estaba imponiendo.

La Revolución Islámica de Irán conmocionó a la región de Medio Oriente y generó impacto en las relaciones internacionales, desde el momento que se constituyó la primera teocracia o gobierno islámico shiíta rodeado por países vecinos sunnitas. Como primera cuestión, cabe mencionar, que el Ayatollah Jomeini en el plano de la política internacional no adhirió a ninguno de los dos bloques en el sistema internacional, —ni el Este ateo ni el Oeste opresor como los denominó— dado que su discurso se orientaba a la unión de los oprimidos (sean shiítas o sunnitas y del tercer mundo en general) en contra de los regímenes despóticos y a la defensa estricta del derecho internacional. Sobretudo a la concepción absoluta de soberanía y al principio de no injerencia en los asuntos internos del Estado iraní. De esa manera sostenía Jomeini que *El Mundo Musulmán y la nación iraní deben estar alertas y cuidarse hoy y siempre de neutralizar la insidiosa propaganda de desunión [y cuidarse] de ciertos fariseos ataviados con turbantes (pseudoclérigos), jerarcas y dignatarios de ciertas naciones musulmanas que sólo piensan en sus intereses personales y son lacayos sumisos de los Estados Unidos* (Jomeini:1992:15). Obviamente, esto último era en clara alusión a Arabia Saudita pero también significaba una amenaza para muchos países de Medio Oriente, los cuales podían ser blanco de revueltas o procesos revolucionarios.²⁰

Por tal motivo, el principio rector de la política exterior iraní entre 1979 y 1989 fue el de *exportar la Revolución*, que como ya dijimos en páginas anteriores no tuvo eco en la región de Medio Oriente, salvo en el caso de El Líbano, en donde se creó en 1982, con el auspicio del embajador iraní Alí Akbar Mohtashemi el *Hezbollah* o Partido de Dios, que buscó apoyar a la población Shiíta de ese país en la guerra civil y en contra de la ocupación israelita en la zona Sur.

Durante el proceso revolucionario, se produjo la primera toma de la embajada de los Estados Unidos, la cual finalizó de manera inmediata cuando los Estados Unidos reconocieron internacionalmente al nuevo gobierno un día después que lo había hecho la URSS el 13 de febrero de 1979. Sin embargo, las relaciones diplomáticas con ambos países se tornaron tensas cuando una manifestación de un grupo de estudiantes tomó la embajada por segunda vez el 4 de noviembre, *so pretexto* de que los Estados Unidos estaban interfiriendo en los asuntos internos de Irán y por brindar apoyo al Sha, el cual

²⁰ Uno de los más preocupados por un efecto contagio fue Irak, gobernado por Saddam Hussein, dado que el 60% de la población es shiíta a pesar de ser árabe desde el punto de vista de la composición étnica.

había viajado a ese país para tratarse de una enfermedad terminal. Este incidente dio lugar a lo que se conocería como *la toma de los rehenes del personal diplomático americano en la embajada de Teherán*, que se prolongó durante 444 días y que implicó la ruptura diplomática entre ambos países hasta la actualidad.²¹

Sin embargo, en determinadas ocasiones han existido contactos entre Washington y Teherán, que se han traducido en la condena hacia determinados regímenes o hechos internacionales, lo cual permitiría denominar esas relaciones como de “*aliados circunstanciales*”. Por ejemplo, en el denominado “*Irangate*” que salió a la luz en 1985, y que implicó en la dimensión interna la remoción de varios funcionarios en la administración Reagan, se comprobó que Estados Unidos vendió armas de forma secreta a Irán, con el objeto de recaudar dinero para financiar a los “*Contras*” de Nicaragua. Por su parte Irán, que durante el gobierno del Sha se había armado con tecnología militar norteamericana, convirtiéndose en una potencia militar regional, necesitaba nuevos armamentos como así también repuestos para la infraestructura bélica dañada por la Guerra Irak-Irán entre 1980 y 1988.

Posteriormente, y con motivo de la Guerra del Golfo, Washington expresó la buena voluntad de Irán de mantenerse neutral en el conflicto. Asimismo, ambos gobiernos coincidieron, aunque por motivos diferentes, en condenar el Régimen del Talibán en Afganistán. Desde los Estados Unidos por albergar a grupos terroristas como Al Qaeda acusado de ser el mentor intelectual y material de los atentados del 11-S, y desde Irán por la persecución realizada sobre la población shiíta del país que implicó un éxodo de refugiados hacia la frontera iraní. No hay que olvidar que los fundamentos religiosos de los talibanes como los medios de financiación obtenida provino del sector waabita de origen saudí.

Ahora bien, aunque Irán intentaba convertirse en el faro al cual el resto de los musulmanes debían mirar, la diplomacia iraní no logró su cometido, sino que por el contrario halló oposición en los países de la región frente a una posible conmoción al interior de las fronteras, rechazando los presupuestos islámicos revolucionarios shiítas. No es casual la condena que el Ayatollah Jomeini hizo en su testamento político diciendo los: *enemigos están encabezados por los Estados Unidos de América –ese gobierno congénitamente terrorista que ha prendido fuego al mundo entero– y su aliado, el Sionismo Internacional, quien para saciar sus sórdidos y voraces deseos comete crímenes que las plumas son impotentes de enumerar y las lenguas se avergüenzan de narrar. [...] Las naciones musulmanas y los pueblos oprimidos del mundo se enorgullecen de tener entre sus enemigos a Husain (rey) de Jordania, ese vagabundo cuya única profesión es el crimen, y el (rey) Hasan de Marruecos y Hosni Mubarak de Egipto, esos que comen el forraje en el mismo pesebre con el criminal Israel. [...] Asimismo nos enorgullecemos de tener como enemigos al baasista Saddam el Aflaquí (de Irak), quien es identificado tanto por sus amigos como por sus enemigos como un criminal [...] Todos saben que sus pérfidas acciones contra el oprimido pueblo*

²¹ Este hecho fue abordado por la Corte Internacional de Justicia frente a la violación de la Convención sobre Derecho Diplomático y Consular de 1964, de la cual ambos Estados eran firmantes. Sin embargo, la administración de Jimmy Carter paralelamente intentó una operación fallida de rescate con helicópteros que colisionaron en el desierto iraní entre sí, lo cual tensó aún más la situación entre ambos países. Recién con la llegada al poder de Ronald Reagan en 1981, se iniciaron negociaciones con mediación de Suiza para encontrar una solución favorable al problema. La misma se encontraría luego de fallecimiento del Sha, en virtud de que Estados Unidos liberaba los fondos iraníes congelados en sus bancos a cambio de la libertad de los rehenes.

de Irak y los Emiratos del Golfo Pérsico no han sido menos viles que las cometidas contra la nación iraní (Jomeini, 1992: 10).

La condena a los Estados árabes en general se produjo luego de iniciada la Guerra Irak-Irán en septiembre de 1980, tema que se desarrollará en el siguiente apartado. En ese entonces sólo el Líbano por poseer población shiíta en su territorio y Siria –que a pesar de ser árabe profesa la clase gobernante versión alauita del Islam que es una interpretación que se desprende del shiísmo– apoyaron a Irán en la guerra contra Irak. La alianza sirio-iraní que se forjó durante esos años tiene la particularidad de que se extiende hasta nuestros días. En el caso particular de Siria, y a pesar de tener en el gobierno desde 1963 el partido Baas –homólogo al de Irak– rechazó apoyar a Saddam Hussein, en virtud de que no podía aceptar la existencia de un “Gran Irak” nacionalista que se oponía al proyecto de “la Gran Siria” en Medio Oriente.

1989 no sólo ha sido un punto de inflexión en las relaciones internacionales con la Caída del Muro de Berlín y el Fin de la guerra Fría, sino también un año trascendental en la región de Medio Oriente y en la vida política institucional de Irán, por el fallecimiento del líder de la revolución islámica, el Ayatollah Jomeini. La elección del Hojatoleslam Akbar Hashemi Rafsandjani como presidente de la República y del Ayatollah Ali Hoseini khamenei como el representante de más alto rango en el Consejo de Líderes y Guardianes de la República, condujo a replantear algunas reformas del régimen político, pero sobretudo a modificar ciertos aspectos de la política exterior de Irán, percibida hasta ese entonces como revolucionaria, tercermundita, y confrontacionista hacia Occidente.

Como primera medida se abandonó el presupuesto de *exportar la revolución*, lo cual se tradujo, en una disminución del apoyo brindado al Hezbollah en El Líbano, el cual para ese entonces se había institucionalizado en el sistema político del país, participando de las elecciones junto a otros partidos. Además del reconocimiento por parte de Irán del control tácito que Damasco ejerce desde 1989 sobre la vida política del Líbano. El abandono del controvertido objetivo, que le valió las acusaciones de haber apoyado el terrorismo internacional, a pesar de que nunca se pudo comprobar fehacientemente la conexión de los hechos terroristas con Teherán,²² condujo al nuevo gobierno manejado por “tecnócratas”, a cambiar el discurso agresivo hacia Occidente como así también a plantear por cuestiones económicas internas, la reinserción de Irán en el sistema internacional como prioridad.

La reinserción internacional tuvo como cometido acercarse a Occidente, más precisamente a Europa, como un actor económico capaz de ayudar a revertir la recesión producida como consecuencia de los 8 años de guerra y del régimen de sanciones económicas impuestas por los Estados Unidos. Las acciones encaminadas a revertir la imagen de Irán en el mundo se puso de manifiesto cuando, entre otras cosas, se retiró la *fatwa*, que ha sido una sentencia de muerte emitida por el Ayatollah Jomeini en contra

²² Las acusaciones de apoyar actos terroristas, o de ser el sponsor de determinadas agrupaciones terroristas no han podido ser comprobadas y se han desenvuelto en el terreno de las sospechas y posibles conexiones en la que sólo han existido indicios y no pruebas fehacientes. Esta situación se ha repetido reiteradas veces a lo largo de la década de los ochenta con los atentados a instalaciones militares norteamericanas en El Líbano, y en los noventa en Argentina (1992-1994), Alemania (1992), Francia (1991) y Arabia Saudita (1996). Cabe mencionar, que finalizada la Guerra Irak-Irán, éste último dejó de lado la política de *terror marítimo* que llevó adelante con el empleo de minas en el Golfo Pérsico. Véase para más detalles: SICK, Gary (2003), “Iran: confronting terrorism”, en *The Washington Quarterly*, N° 26, autumn, pp. 83-98.

del escritor indio Salman Rushdie, por haber escrito el libro “*los versos satánicos*” en donde se ridiculizaba la persona del Profeta Mahoma.²³

El acercamiento con Europa, desde el punto de vista comercial y de las inversiones en el sector petrolero, estrechó los deteriorados lazos diplomáticos entre Bruselas y Teherán, lo cual no fue bien recibido por la administración demócrata de Bill Clinton que en 1996 sancionó la denominada Ley D’Amato.²⁴ El rechazo de la Unión Europea a la extraterritorialidad de una ley emitida por el congreso de los Estados Unidos, se puso de manifiesto con la amenaza de aplicar sanciones económicas a las empresas norteamericanas radicadas en el espacio comunitario europeo, como así también llevar el caso a la Organización Mundial del Comercio que se había creado un año antes en 1995.

La búsqueda de una pronta recuperación económica del país, a través de la reinserción internacional, y del diseño de una política exterior que conduzca a generar bienestar en la población para satisfacer las demandas de los jóvenes desempleados, no estuvo acompañada de significativos cambios políticos internos, en donde el *velayat-i faqih*, presidido por el Ayatollah Khamenei, ha rechazado toda iniciativa de apertura del régimen político.

La fractura del régimen entre los conservadores y reformistas se ha puesto de manifiesto a partir de 1989, encontrando estos últimos obstáculos a ciertas reformas, especialmente en el área de la política exterior en donde los primeros tienen derecho a veto. Esta situación permite entender por qué existe una percepción dual de política exterior de Irán que se ha traducido en una agenda oficial y otra que permanece en las sombras. Por un lado, se encuentra la política exterior oficial del gobierno de turno, tutelada por el *velayat-i faqih*, y de contenido pragmático –de apertura, normalización, reinserción y recomposición de relaciones internacionales con algunos países–. Pero, por el otro, está la política exterior pro-islámica que sustentan los clérigos shiítas, de condenar el accionar de los Estados Unidos en el mundo por ser el *Shitán o Gran Satán*, de repudiar el proceso de Paz de Medio Oriente por no contemplar los verdaderos derechos de los palestinos y favorecer al Estado de Israel y su política expansionista, lo que se ha traducido en la venta de armas iraníes a los grupos palestinos involucrados, y la de hacer de Irán –en definitiva– una potencia religiosa (shiíta) pero también militar con la adquisición de armas de destrucción masivas.²⁵

Esta posición dual de Irán condujo a percepciones mutuas encontradas con los Estados Unidos, en donde a veces han resultado *aliados circunstanciales* o abiertamente *enemigos*. Teherán ha planteado en reiteradas ocasiones que los Estados Unidos han

²³ Cabe mencionar que dentro del mundo islámico en general se rechazó la *fatwa* de Irán, encontrando como principal oponente, a la clerecía waabita que adujo la ilegitimidad de abrogarse una sanción de esas características por parte de los infieles shiítas.

²⁴ Con motivo del atentado en el que murieron 19 soldados norteamericanos en 1996 en Arabia Saudita, los Estados Unidos responsabilizaron de los hechos al partido Hezbollah que actúa en el Líbano y que “supuestamente” es financiado por Irán.

²⁵ En lo que respecta a las armas químicas, Irán las utilizó por motivos defensivos en la Guerra Irak-Irán cuando el régimen de Saddam Hussein las empleó con el fin de asestar un duro golpe sobre el ejército iraní que era superior en hombres. En ese entonces, la comunidad internacional muy poco tuvo para decir, frente a lo que se percibía como un Irán fundamentalista y un Irak díscolo y desconocido. En lo que hace a la adquisición de tecnología nuclear, Irán a pesar de ser un Estado firmante del Tratado de no Proliferación nuclear, se ha embarcado en el proyecto de utilización dual de la energía nuclear, lo cual es percibido como una amenaza a la estabilidad de la región de Medio Oriente.

buscado denodadamente terminar con el régimen de los Ayatollahs y la República Islámica, y Washington, ha sostenido que Irán es un *Rogue State*, que ha buscado desestabilizar la región con la exportación de la revolución, el apoyo del terrorismo internacional y la adquisición de armas de destrucción masivas –como se mencionó más arriba–. Por todo esto, la política de la administración Clinton se caracterizó durante la década de los noventa por una *doble contención*, es decir contener a Irak e Irán respectivamente, sin la necesidad de depender de ellos en la región de Medio Oriente, a través de mantener otros aliados regionales (como Israel, Arabia Saudita, Jordania, Pakistán y Turquía).²⁶

A ello, se suma la concepción diametralmente opuesta que ambos Estados tienen en torno a la definición de terrorismo y que se vincula a la situación del conflicto palestino-israelí. Para Irán, el Hamas y demás grupos subnacionales que actúan en los territorios de la Franja de Gaza y Cisjordania, son movimientos de liberación nacional, mientras que para Estados Unidos son grupos terroristas –posición que se ha profundizado aún más con la administración de George W. Bush con posterioridad a los atentados del 11-S–. La República Islámica de Irán es el único país de Medio Oriente que no acepta (desde 1979) una solución dual al conflicto iniciado en 1948, cuando se creó el Estado de Israel y no así el Estado de Palestina, por tal motivo, condena a los Estados terroristas (Israel según Irán) apoyando a los movimientos que se esfuerzan por la libre determinación de los pueblos.

Ahora bien, con las elecciones presidenciales de mayo de 1997, el candidato del Frente Reformista Alí Khatami se impuso al candidato de la línea conservadora Nateq Nori con el 60% de los votos para la jefatura de estado en Irán, lo que para muchos iba a redundar en una mayor apertura del régimen islámico. Empero, ello no ha sido posible en virtud de la férrea oposición del *velayat-i faqih* a realizar reformas que vayan en detrimento del control clerical de los ayatollahs en la política del país.

El apoyo brindado por los jóvenes a Khatami hacía recordar las mismas circunstancias que rodearon el regreso del Ayatollah Jomeini en plena revolución, como así también cuando los estudiantes ingresaron por segunda vez a la Embajada de los Estados Unidos en noviembre de 1979. Pero, la realidad política y social de Irán era otra a fines de los noventa, y la masa de estudiantes que apoyaron a Khatami lo hicieron con el fin de no perpetuar la revolución sino de que por el contrario lograr una reforma.²⁷ En la campaña electoral Khatami hacía alusión a “un Irán para los iraníes” con derechos civiles completos, estado de derecho y el establecimiento de una democracia islámica

²⁶ Para mayores detalles sobre la política de *doble contención*, se recomienda leer: LAKE, Anthony (1994), “Confronting Backlash States”, *Foreign Affairs*, March-April.

²⁷ A pesar de que Khatami tenía mayoría en el *Majlis* (parlamento unicameral), las leyes orientadas a la reforma del Estado no se lograron en virtud de la prerrogativa que tiene el Consejo de Líderes (que nuclea a los conservadores) de vetar toda medida que atente en contra de la continuidad de la República Islámica y sus instituciones. Por tal motivo, y ante el descontento popular ante la falta de reformas concretas, en julio de 1999 se produjo la más grande manifestación encabezada por estudiantes en contra del régimen.

La única opción viable para el gobierno de Khatami fue la de reprimir, dado el malestar que provenía de los clérigos shiítas, que su vez controlan las fuerzas armadas y de seguridad. Desde entonces, el proceso de reformas internas se encuentra en una situación de *stand-by*, que dista bastante en cumplir con las promesas realizadas en la campaña electoral de 1997.

Los acontecimientos acaecidos entre el 10 y 20 de junio de 2003 –manifestaciones estudiantiles y bocinazos en el corazón de Teherán– fueron una muestra del descontento de la población al control que ejerce la clerecía shiíta sobre los asuntos públicos (detención de 2000 prisioneros acusados de traición y la prohibición de 100 periódicos en todo el país). véase: “Après deux jours de manifestation, Ali Khamenei contre-attaque” en la dirección de Internet *on line* <http://www.lemonde.fr> consultado el 25 de junio de 2003.

(Ansari: 2003: 60). Esto se traducía en una disminución del poder de la clerecía shiíta que obviamente no estaba dispuesta a resignar en sus prerrogativas, ni mucho en menos en materia de política exterior. Sobre todo porque la *seguridad* de la República Islámica a su *existencia* en contra de los Estados Unidos –y sus políticas contención y aislamiento e inclusión en el Eje del mal recientemente–, ha sido un punto de unión entre los Ayatollahs.

En una entrevista exclusiva para la cadena CNN realizada en enero de 1998 por el recientemente electo presidente Khatami, se hacía expresa la voluntad de Irán de entablar relaciones con los Estados Unidos, rechazando el tan mentado *choque de civilizaciones* por el *diálogo entre civilizaciones*. Durante la entrevista, Khatami condenaba el terrorismo internacional y aducía que ninguna religión en el mundo puede abrogarse actos de esa naturaleza cuando su objetivo intrínseco es otro. Sin embargo, las acciones concretas no se efectuaron y las relaciones (o no relaciones) continuaron deterioradas entre Washington y Teherán. Inclusive después de las condolencias brindadas al pueblo norteamericano por los atentados del 11-S –lo cual marcaba una diferencia con los Estados árabes que se expresaron con un total silencio– no sirvieron para revertir el estado de cosas.

Pese a no haberse logrado el acercamiento, la política exterior de Irán fue rediseñada, pero manteniendo los principios generales como el compromiso con los intereses nacionales, el esfuerzo para alcanzar la paz y la seguridad, la independencia y la integridad territorial (Jarrazi, 1998: 23). El rediseño estuvo en la forma de alcanzar esos principios, estableciendo prioridades en la agenda de política exterior iraní.

En este sentido, se fijó como punto número uno de las prioridades, normalizar relaciones con los *países vecinos* con el objeto de lograr estabilidad en la región en el marco de las Naciones Unidas, generando confianza y esquemas de cooperación a través de medidas de acción concretas (ejemplos de ello han sido la prudente cautela ante el asesinato de 8 diplomáticos iraníes en 1998 en Afganistán, en donde Teherán decidió no recurrir a las armas y dialogar –pese a las marcadas diferencias– con el régimen del Talibán, el compromiso de mediar en el conflicto de Tadjikistán en el Asia Central por encontrarse población que profesa el shiísmo, la participación activa en el régimen del Mar Caspio, el apoyo a la población cristiana armenia para estabilizar el país, como a la voluntad de dar ayuda económica de 560 millones de dólares para la reconstrucción de Afganistán en enero de 2002 en la Cumbre de Tokio). Asimismo, ha planteado como prioridad a los *países islámicos* por compartir una cultura e historia en común de siglos, lo cual se tradujo en una participación activa en la Organización para la Conferencia Islámica (OCI) –conformada por 55 países islámicos– que entre 1997 y 2001 funcionó en Teherán por primer vez.²⁸ Por último, se plantearon como países prioritarios en la agenda de política exterior a los Estados Miembros de la Unión Europea –con los cuales había reanudado relaciones a partir de 1989 con la llegada al poder de Rafsanjani– y con los países del sudeste asiático más China.

Precisamente las buenas relaciones Beijing han conducido a Teherán a intentar lograr implementar un “modelo chino” de relacionamiento externo para normalizar

²⁸ El establecimiento de buenas relaciones con algunos de los estados islámicos no implica que existan posiciones encontradas hacia algunos países entre los que se pueden citar Arabia Saudita, por ser aliada de Estados Unidos y haber apoyado el régimen del Talibán en Afganistán. Asimismo, las relaciones con Turquía son tensas en virtud de que Irán ha tenido una política pro kurda, desafiando la estabilidad del país que es aliado de los Estados Unidos en la Organización del Tratado Atlántico Norte (OTAN) y que suscribió un acuerdo militar con Israel en los noventa.

definitivamente las relaciones con Occidente, haciendo clara alusión a los Estados Unidos. Ante la reelección presidencial de 2001,²⁹ donde Khatami fue reelecto como presidente, un sector del ala reformista –conocidos como los *pragmáticos*– han planteado seguir en la misma dirección que lo ha hecho China.

Según estos, China es una potencia económica regional y mundial con un gran mercado atractivo a los capitales extranjeros, en pleno proceso de industrialización, con poderío militar por poseer la tecnología nuclear dual –civil y militar– pero con un sistema político poco permeable a las injerencias externas para realizar un cambio. La habilidad de China normalizó las relaciones con Estados Unidos sin realizar ningún cambio de régimen (Takey y Gvosdev: 2004, 37) se convierte en el imperativo categórico a seguir en el contexto de cambios realizados en la política exterior iraní en los últimos años.

En consecuencia, la auto percepción que hace la clase política pragmática es que Irán es un país atractivo por poseer el 10% y 15% de las reservas de petróleo mundial y gas respectivamente, con una población mayor al resto de los países de la región de 26 millones de habitantes, en pleno proceso de obtención de tecnología nuclear dual y de contar con ADM (químicas y bacteriológicas) lo que le conferiría el status de potencia militar, pero con un inconveniente, estar en el ojo de la tormenta.

En tal sentido, la búsqueda de liderazgo por parte de Irán como *potencia regional* sólo puede provenir de propiciar la estabilización de la región con una participación activa, de presentar a Irán como un país confiable e importante en el suministro de crudo,³⁰ y de dejar de ser percibido como una amenaza, a cambio de recibir un trato favorable y *respeto a la existencia* del régimen de los Ayatollahs, único en la región de Medio Oriente.

Por lo pronto, la diplomacia iraní se encuentra abocada a ese objetivo, y los resultados a la espera, en un contexto regional e internacional que le continúa siendo adverso, para obtener el reconocimiento de potencia regional.

Irak, de desconocido a díscolo y viceversa

A lo largo del siglo XX, Irak había sido considerado en reiteradas oportunidades como un país prácticamente *desconocido* a la mirada de Occidente, debido a que sólo había tenido participación en determinados acontecimientos internacionales, vinculados sobretudo al conflicto árabe-israelí, hasta que emprendió una política considerada agresiva hacia dos de sus vecinos en los albores de la década de los ochenta y noventa

²⁹ La reelección de Khatami como presidente por un período más, a pesar de no haber logrado los objetivos internos de reformas políticas, contó con el apoyo de los iraníes porque pudo equilibrar el poder de la clerecía shiíta sobre la vida política del país. Sin embargo, las elecciones parlamentarias del 20 de febrero de 2004 fueron en la que menos participó el electorado, como un claro signo de descontento a la intromisión religiosa en la política, al descalificarse a 2500 candidatos a participar en la contienda electoral.

La consecuencia de esta situación ha sido que el *Majlis* ha quedado en control total de los conservadores, renuentes a todo cambio en la vida institucional de Irán, en la dimensión interna e internacional.

³⁰ Cabe mencionar, que en las proyecciones energéticas realizadas por los Estados Unidos bajo la autoridad del Vicepresidente Dick Cheney en la administración conservadora de George W. Bush, Irán no ha sido incorporado a la lista de países con los cuales realizar la “estrategia de diversificación de las fuentes de abastecimiento”, por no poseer relaciones diplomáticas con Teherán. De ello se desprende que ante un eventual cambio en el orden de cosas, Irán volvería ocupar un rol estratégico que dejó en 1979 con la Revolución Islámica.

respectivamente, para luego retornar a una posición en la que muy poco se sabría de él, hasta la Guerra de marzo de 2003.³¹

Situado en el corazón de Medio Oriente, podemos decir que la historia de Irak se encuentra estrechamente ligada al derrotero que siguieron el resto de los países árabes con la descomposición del Imperio Otomano y la configuración del Estado moderno en la región que no alcanza una centuria. En la Edad Moderna, la región de Medio Oriente había estado dominada por la presencia de dos grandes entidades territoriales rivales como lo fueron el Imperio Safaví/Persa (que en el siglo XX recibiría la denominación de Irán) y el Imperio Otomano, el cual había alcanzado una gran extensión llegando a las puertas de Viena. La expansión del Imperio Otomano por la península arábiga, la Siria histórica, el Norte de África y los Balcanes condujo al establecimiento de un sistema descentralizado administrativamente en *wilayas* (o provincias) a excepción del sistema de tributación, que era obligatorio a todos sin la necesidad de que exista una conversión de las minorías en los territorios incorporados al Islam sunnita que lo caracterizó.

La penetración europea en los territorios del imperio –como pudimos ver en el caso de Irán en el apartado anterior– no sólo ha sido en el plano del comercio exterior sino también en el plano de las ideas, a través de un movimiento constitucionalista que se gestó en 1876 –pero que no prosperó en los hechos– y en el renacer de los nacionalismos que socavaron los cimientos institucionales hasta la desintegración del mismo finalizada la I Guerra Mundial. El ascenso de los nacionalismos comenzó en los Balcanes, apoyado por intereses geoestratégicos de los Imperios de Austria-Hungría y de Rusia respectivamente, quienes se disputaban como área de influencia los territorios en cuestión. Sin embargo, en el transcurso de la Primera Guerra Mundial, fueron las potencias europeas occidentales, como Francia e Inglaterra, las que prendieron negociaciones bilaterales con el fin de desmembrar los territorios del Imperio Otomano en la región de Medio Oriente, alentando los nacionalismos kurdos, árabes y armenios en contra de la dominación turca.

Como consecuencia de ello, la coalición europea encabezada por Gran Bretaña –y seguida por Francia– alentó a Faisal –hijo del jerife Hussein, supuesto heredero árabe de los territorios del *Hiyaz* en donde se encuentra hoy la Meca y Medina– para que luchara en contra de las tropas turcas bajo la promesa de constituir el Reino Árabe Unido Hashemí. Sin embargo, una vez logrado el objetivo táctico-militar con la retirada turca, el reino no se constituyó debido a que los planes europeos sobre la región eran otros. Es decir, controlar directamente los territorios por medio de un “reparto” a través de lo que se conocería como el *régimen de mandatos* de Sociedad de Naciones.

En la Conferencia de San Remo de mayo de 1920, Francia e Inglaterra obtuvieron los mandatos tipo A sobre Siria y Palestina respectivamente, lo cual implicaba una amputación territorial de lo que había sido el Imperio Otomano, como así también un rediseño del mapa de la región acordes a los intereses de las potencias

³¹ Irak participó en la coalición de Estados árabes en contra del Estado de Israel en las Guerras de 1948, 1956, 1967 y 1973. En 1980 inició la Guerra en contra de Irán, la cual se extendería hasta 1988. En 1990 con motivo de la invasión al Emirato de Kuwait, se desató la Guerra del Golfo de 1991 y en el 2003, la coalición de voluntarios emprendería la denominada Guerra de Irak para remover del poder a Saddam Hussein en marzo de 2003.

mandatarias.³² En este sentido, Francia separó en dos los territorios de la “Siria Histórica” creando en 1920 el Estado de el Líbano, en virtud del número de población cristiana-maronita con el fin de evitar que se conforme bajo un nacionalismo que estaba *in crescendo* la “Gran Siria” árabe musulmana, y manteniendo el mandato sobre Siria – reducida a las fronteras actuales– hasta 1946. Por su parte, Gran Bretaña, creó el Estado de Transjordania –hoy conocido como el Reino de Jordania– como una suerte de Estado tapón entre la Siria bajo mandato francés y lo que se crearía sobre tres provincias del Imperio otomano con el nombre de Irak.

La creación “artificial” de Irak en 1921 por parte de Inglaterra respondió a la necesidad de asegurar y controlar la vía terrestre de la ruta a la India, como *al deseo imparable de Gran Bretaña de controlar las riquezas petroleras de la zona. Lo consiguió gracias a que Francia le cedió la wilaya de Mosul a cambio del 25% del capital de la Turkish Petroleum Company, concesionaria de los yacimientos de Kirkuk, y del consentimiento inglés en la creación del Líbano* (Martín Muñoz, Valle Simon, López Plaza, 1996: 178).

De esta manera, Irak nacía como la unión de tres provincias, Mosul en el norte, Bagdad en el centro y Basora en el Sur, con una composición étnica y religiosa muy particular, que se sostuvo con el paso del tiempo, y que en la actualidad es motivo de preocupación –como luego veremos– con los acontecimientos de la Guerra de 2003. Desde una perspectiva étnica, los territorios de Irak agruparon en un 20% la población Kurda en el norte, la cual vio cercenada la posibilidad de crear un Estado de Kurdistán independiente,³³ y en un 80% la población árabe en el centro y sur del país. Desde una perspectiva religiosa, el país quedó compuesto por un 20% de musulmanes que profesaban el Islam en su vertiente sunnita, un 60% de shiítas y un 20% restante compuesto por otras minorías religiosas entre las que se encontraban cristianos.

Para ese entonces, la monarquía instaurada con apoyo británico estaba ligada por lazos familiares con los Huseyn de Transjordania, por ende el principio de legitimidad fue dinástico y la dominación que se ejerció árabe –si se tiene en cuenta el componente étnico– y sunnita porque sólo bajo esa forma de profesar el Islam se podía *aurar el poder político terrenal con la fe religiosa*. No debemos olvidar que a pesar de ser árabe-shiíta la mayoría de la población la que se encontraba en Irak cuando se creó –situación que se repite en la actualidad– el *shiísmo* planteaba que no se podía participar de la política ni apoyar al gobierno de turno porque era ilegítimo todo tipo de dominación hasta tanto no regrese el *Imán Oculto*. Por tal motivo, la construcción del Estado para Gran Bretaña requería de un apoyo en la élite del país, el cual no podía provenir de otro sector que no sea el sunnita y que desde los tiempos del primer Califato había estado vinculado con el poder.

A partir de 1930 Irak tendría una independencia formal con respecto a Gran Bretaña, la cual continuaba bregando por sus intereses petroleros en la región de Medio

³² Para el estudio de la situación de los territorios de Medio Oriente que integraban el Imperio Otomano, se recomienda ver: RENOUVIN, Pierre (1990), *Historia de las Relaciones Internacionales. Siglo XIX y XX*, Akal Textos, Madrid, 2ª edición, Tomo II, Cap. 6 y 7.

³³ El apoyo a los nacionalismos por parte de Francia y Gran Bretaña durante el período de descomposición del Imperio Otomano tuvo con actor –entre otros– a los kurdos y la promesa brindada de constituir un Kurdistán si se oponían al control turco, el cual hasta la fecha no se ha logrado crear. La separación de los territorios en mandatos administrados por parte de las potencias europeas no contempló esa posibilidad, y la nación kurda quedó diseminada en su gran mayoría en el sur de Turquía, Norte de Irak, y sureste de Siria.

Oriente y en este país en particular. Sin embargo, el golpe de estado de 1958 realizado por Abd al-Karim Qasim depuso la monarquía del Rey Feisal e instauró la República de Irak, como un Estado moderado y secular, en donde paradójicamente continuó la dominación de la minoría sunnita que se concentraba en la zona central del país, más precisamente en el área de Bagdad. La inestabilidad política debido a los sucesivos golpes de estados y las conspiraciones militares, finalizó en 1968 cuando llegó al poder el Partido *Ba'as*.

El Partido Nacionalista Árabe del Renacimiento *Ba'as* de Irak se identificaba con el partido homónimo de Siria, que planteaba tres grandes principios: nacionalismo, socialismo árabe y secularismo. Por tal motivo, ambos países a lo largo de la Guerra Fría tuvieron una orientación pro-soviética y mantuvieron la misma posición con relación al Estado de Israel creado el 14 de mayo de 1948. Es decir, no reconocerlo y actuar junto al resto de los países árabes de la región en contra de Israel y demás actores regionales como ser los Estados Unidos por considerarlos usurpadores e invasores de los territorios árabes.

Con el Partido Baas en el poder, Irak adscribió a la tesis *pan-arabista*, por encima de la tesis pan-islámica que había caracterizado a los 13 siglos en los que duró el Califato hasta la caída del Imperio Otomano. A simple vista, la construcción identitaria en Irak encontraba basamento en el factor étnico árabe por encima del factor religioso, el cual trascendía las fronteras en la dimensión externa con el apoyo al pueblo palestino en pos de lograr la creación del Estado de Palestina. Sin embargo, en la dimensión interna, el régimen baasista desde 1968 hasta el 2003 se sustentó en la minoría religiosa sunnita, –dominando a la mayoría shiíta– y realizó una política de *arabización* en el norte del país sobre la población kurda con medidas concretas de expropiación de viviendas kurdas para la creación de ciudades árabes, traslado compulsivo de población árabe hacia el norte del país y persecución y expulsión de kurdos hacia los países vecinos.³⁴

En lo que respecta a la dimensión interna, ya en 1975 se había aplastado la revuelta kurda en el norte del país logrando la aquiescencia de Irán –y que hasta ese entonces el Sha había apoyado como una forma de desestabilización del régimen baasista– a cambio de la suscripción del Acuerdo de Argel entre ambos países, en donde se reconocía el criterio de demarcación internacional del *talweg* del río Shat al-arab que desemboca en el Golfo Pérsico, aunado al compromiso de expulsar al Ayatollah Jomeini que se encontraba exiliado en Irak (quien era firme opositor al régimen autocrático iraní). En la dimensión externa, sin embargo, muy poco se sabía de Irak por la política de hermetismo que se acentuó aún más con el arribo de Saddam Hussein al poder hasta el otoño de 1980, cuando invadió el Sur de Irán dando inicio a la Guerra con el país vecino.

Cabe mencionar, que la identificación de Irak con la tesis pan-arabista respondía a los sentimientos nacionalistas en la mayoría de los países árabes y a la idea de crear una Gran Comunidad Árabe en la región de Medio Oriente, tomando como modelo lo que había sido el Califato, ya no centrado en el factor religioso sino en factor étnico que los aglutinaba. Sin embargo, una vez que el movimiento fue retrocediendo de la escena

³⁴ Para más detalles sobre la política de arabización en la población kurda se recomienda ver los informes de The Human Right Watch disponibles en la dirección *on line* de Internet: <http://www.hrw.org>

política regional a lo largo de la década de los setenta, con el renacer de la religión imbricada con los asuntos políticos en las relaciones internacionales –como hemos podido ver en la primera parte de este trabajo– Irak se mantuvo al margen de esta última cuestión y buscó consolidar una suerte de “nacionalismo iraquí” *par rapport* al resto de los países de Medio Oriente.

En este sentido, la llegada al poder de Saddam Hussein a través de un *coup d'état* organizado al interior del Partido Ba'as, teniendo en cuenta que ya había sido nombrado en 1978 como Secretario General, inauguró una nueva etapa en la vida institucional de Irak como también en la proyección hacia la región reflejada en su política exterior. El contexto económico en el cual asumió Saddam Hussein la jefatura de estado era de una relativa bonanza financiera debido a las ganancias por la venta de crudo y la política de altos precios en el marco de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), como consecuencia del “Shock Petrolero” desatado en 1973 con motivo de la 4ª guerra árabe-israelí (conocida como Guerra de *Yom Kippur* o Guerra del *Ramadán*). Esta situación había permitido mejorar las condiciones sociales de la población, permitiendo la creación de una clase media y profesional al servicio del Estado, realizar un proceso de alfabetización masiva en la población iraquí y modernizar la infraestructura del país, a lo que se agregó la posibilidad de un rearme masivo en las fuerzas armadas, para prepararlas ante cualquier conflicto interno como externo.

A partir de la llegada de Saddam Hussein en julio de 1979, la naturaleza del régimen baasista se reestructuró y *ha sido una peculiar combinación de autoritarismo, tribalismo y clientelismo* (ICG, 2003: 4) en donde la cuestión de *gobernancia* debe ser leída a la luz de la construcción de una *compleja red de poder* en el que se han imbricado factores étnicos y religiosos. Por ende, el Partido Ba'as ha sido la expresión de un particular entramado social o de lo que podríamos denominar “*la sombra del Estado*”, en donde han prevalecido las relaciones tribales, de clanes y familiares en el cual el componente árabe sunnita fue el rasgo distintivo.

De acuerdo con el *Royal Institute of International Affairs*, la política iraquí ha estado dominada por cuatro problemas estructurales, el empleo de la violencia organizada por el Estado para dominar y modelar la sociedad, el uso de los recursos del estado –empleo, ayuda y patronazgo– para comprar la lealtad de sectores de la sociedad, el uso por parte del Estado de las ganancias petroleras para darle autonomía con relación a la sociedad y la recreación de divisiones comunales y étnicas dentro de la sociedad iraquí por parte del Estado como una ley estratégica.³⁵

La construcción de una base de poder centralizado sunnita por parte de Saddam Hussein lo condujo a realizar purgas al interior del partido, torturando y ejecutando los elementos disidentes shiítas y nombrando en los puestos claves del sistema político a familiares, unidos por lazos de parentesco (maritales) y de linaje de la tribu *Abu Nasir*

³⁵ El informe “Iraq the Regional fallout”, se encuentra disponible en la dirección *on-line* de Internet: <http://www.riia.org> Consultado el 20 de marzo de 2003.

del clan *Beijat* al cual pertenecía.³⁶ De esa manera, no sólo ejercía un control sobre la vida pública sino también de la vida privada de los funcionarios y parientes que ocupaban puestos importantes y estratégicos en el gobierno.³⁷ Por tal motivo, no podemos suponer que la remoción del régimen baasista con la guerra de Marzo de 2003, permita hacer *tabula rasa* de una compleja red de intereses en la *estructura social* de Irak, la cual no sólo se ha forjado por más de dos décadas, sino que por el contrario ha quedado prácticamente intacta. Esto, permite entender el porqué el denominado “Triángulo Sunnita” que comprende las ciudades de Bagdad, Tikrit y Falluya –y en donde se encuentran las tribus árabe sunnitas que formaron parte del régimen depuesto–, es el centro neurálgico de la violencia y hostilidad a la ocupación británico-americana.

Ahora bien, retomando lo dicho en párrafos anteriores, con Saddam Hussein se abrió una nueva etapa de autoritarismo en la vida política del país, pero también una nueva visión de la política internacional de Medio Oriente, en virtud de que el panarabismo al que se había suscripto en un principio, se lo dejaba de lado, reemplazándolo por la idea de un nacionalismo iraquí que se debía preservar. La primera consecuencia de ello ha sido la ruptura con el Partido Ba’as de Siria,³⁸ dado que se contraponía al proyecto de una Gran Comunidad Árabe, la *defensa y construcción de la nacionalidad iraquí* con relación a los países de la región.

La búsqueda de un liderazgo fuerte de Irak en Medio Oriente se puso de manifiesto con motivo de la Revolución Islámica de Irán, en virtud de que éste último país había dejado de ser el *Gendarme de la Región* y aliado de los Estados Unidos en el marco de la estrategia de la *Twin Pillars Policy*. La conmoción interna en el vecino país de Irán y el encendido discurso del Ayatollah Jomeini de exportar la revolución, generaba una sensibilidad en el régimen baasista de Saddam Hussein por temor a la presión demográfica que podía llegar a ejercer en los shiítas iraquíes.

En este sentido, podemos decir que Irak deseaba sustituir el liderazgo dejado por Irán en la región, aprovechando el proceso de conmoción interna al iniciar el 24 de septiembre de 1980 las hostilidades con la invasión en la zona petrolera del sur del país. Los pretextos que desde Bagdad se adujeron en esa oportunidad fueron: desconocer el Acuerdo de Argel de 1975 sobre el establecimiento de las fronteras acuífera del Shat al-arab (por la línea del *talweg*), *so pretexto* de que Irán cerraría el estrecho de Ormús impidiendo a Irak retirar entre un 30 y 40% del crudo del Golfo Pérsico. Por un lado, el objetivo militar era golpear fuerte y esperar que se desmorone el país en el frente interno por la revolución islámica, y en el frente externo con la invasión de las tropas iraquíes, en donde se pensaba que bastarían tan sólo unas cuantas semanas, lo cual no

³⁶ La Confederación Tribus árabes-sunnitas que formaron parte del régimen baasista fueron seis. La más importante fue la tribu Albu Nasir y dentro de ésta el clan Beijat a la cual pertenecía la familia Hussein. La segunda en orden de importancia porque estaba ocupando puestos claves en el sistema político y de seguridad (la Guardia Republicana y el Servicio Especial de Seguridad) era Albu Nasir. El resto de las tribus que integraban las estructuras de poder eran: Albu Mussalah, Albu Hazza, Albu Mussin, y Albu Bar.

³⁷ Para un estudio pormenorizado de la composición del gobierno de Saddam Hussein se recomienda ver: BARAN, David (2003), “L’Etat-Major de Saddam Hussein”, *Policy Brief*, IFRI, Paris, N° 1, Mars.

³⁸ La ruptura de las relaciones inter-partidarias entre Siria e Irak se expresó en las relaciones diplomáticas, alcanzando su punto más álgido en la Guerra Irak-Irán, en donde Damasco apoyó de manera incondicional al régimen islámico iraní. Una situación análoga en contra del régimen de Saddam Hussein se volvió a repetir en la Guerra del Golfo, cuando Siria participó en la denominada Coalición Internacional en 1991.

fue así cuando Irán lanzó la *Operación Ramadán* recién en 1981. Por el otro, el objetivo estratégico era convertir a Irak en la potencia regional del Golfo y en el principal proveedor de petróleo junto a Arabia Saudita en el marco de la OPEC.

Desde un punto de vista jurídico, se desentendía de un principio básico en las Relaciones Internacionales y en el Derecho Internacional que era la *resolución de las controversias fronterizas por medios pacíficos* –contemplado de forma general en la Carta de las Naciones Unidas– recurriendo a otro que había caído en *desuetudo* como el *de recurrir a la fuerza para resolver una controversia territorial* (González Vega, 1994: 29).

La Guerra Irak-Irán se prolongó por el término de 8 años atravesando por diferentes etapas³⁹ hasta 1988, cuando finalmente ambas partes aceptaron el cese el fuego según la Res. 598 del Consejo de Seguridad. En ese año ninguno de los países se encontraban en condiciones de perpetuar la contienda bélica, por tal motivo se iniciaron las negociaciones en Ginebra, para hallar el responsable de los hechos –ésta era la condición que el Ayatollah Jomeini había solicitado a cambio de respetar el cese el fuego–.

Cabe mencionar, que la Guerra Irak-Irán se produjo en un contexto particular en las relaciones internacionales signado por el lanzamiento de la Nueva Guerra Fría, en consecuencia la URSS y los Estados Unidos no se involucraron abiertamente en el conflicto, *afirmando observar entre los beligerantes una política de neutralidad* (González Vega, 1994: 321) Pero, en los hechos sólo lo hicieron participando en cuestiones específicas, como ser en la venta indistinta de armas a uno como a otro

³⁹ Las etapas de la Guerra Irak-Irán estuvieron jalonadas por distintos acontecimientos que marcaron su derrotero a lo largo de ocho años, entre los que podemos mencionar: La *Operación Ramadán* de 1981 que fue la contraofensiva iraní para expulsar las tropas iraquíes del territorio de Irán. Una vez logrado el objetivo, Irak pidió un cese el fuego –a pesar de seguir atacando– y que no fue aceptado por el Ayatollah Jomeini, porque la guerra había dejado de ser una cuestión de liberar los territorios ocupados para convertirse en una *Guerra Santa*, en contra del apostata régimen baasista. El segundo golpe a Irak ese mismo año provino de un país que se encontraba al margen de la guerra, como lo era Israel, con el ataque a la base militar de Ossirak, en donde se estaba enriqueciendo uranio con fines militares. La *Operación Alborada* de 1983 fue la segunda contraofensiva iraní en donde se buscó invadir a Irak con el objeto de derrocar al régimen de Saddam Hussein, apelando a los shiítas iraquíes –por parte del Ayatollah Jomeini– a que tomen las armas en contra del régimen opresor. Sin embargo, estos apoyaron al líder baasista porque consideraban que el accionar de Irán iba en detrimento de los destinos de la nación iraquí. La *Guerra de los Petroleros* de 1984 se inició con motivo del ataque realizado por Irán a buques iraquíes en el Golfo Pérsico, en una clara respuesta al accionar iniciado por Irak. Esto dio lugar al minado del golfo y al ataque de buques neutrales por parte de Irán, que generó que Estados Unidos y Francia presten apoyo a Saddam Hussein. Sobre todo, porque el primero había reestablecido las relaciones diplomáticas rotas en 1967 con motivo de la Guerra de los 6 días. La *Guerra de los Gases* de 1984 ha sido una de las etapas más cruentas a lo largo del conflicto, la cual se inició cuando Irak atacó a las tropas iraníes –sin oposición o condena de la comunidad internacional– con armas químicas. Obviamente, la respuesta iraní a ese accionar fue empleando armas químicas sobre los efectivos iraquíes. La *Guerra de las Capitales* Bagdad-Teherán entre 1985 y 1986 se produjo cuando Irak atacó la capital iraní, recibiendo la misma respuesta por parte de la República Islámica. En esa etapa se produjo también denominado *Irán-gate*, que ha sido una campaña de adquisición y desarrollo masivo de armamentos a través de una red secreta de aprovisionamiento internacional por parte de los Estados Unidos a Irán. La *Guerra del Petróleo* de 1987 se produjo con el bloqueo del estrecho de Ormus por parte de Irán, lo cual afectaba directamente a los intereses de las potencias occidentales en el abastecimiento de crudo, aunado a la política de *terrorismo marítimo* que implementó Irán dañando buques de bandera neutral. En ese mismo año, por primera vez el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas emitió una resolución (598) instando a las partes al alto el fuego, la cual se acató el 20 de agosto de 1988, ante el agotamiento y desgaste entre ambos beligerantes que a la obligatoriedad de la misma. Como correlato de ello, la población kurda inició una revuelta en contra de Saddam Hussein que terminó siendo sofocada con el empleo de gases sobre la misma en los territorios de Anfal en la región de Halajab en el norte de Irak. En ese entonces, el accionar de Bagdad no contó con ninguna condena internacional, y la administración Reagan paró cualquier medida en contra Irak en Naciones Unidas como en el congreso norteamericano.

Estado. Asimismo, ha sido marginal la actuación de las Naciones Unidas, ya sea a través del Consejo de Seguridad o del Secretario General (Pérez de Cuellar), a la hora de hallar una solución rápida al conflicto, lo cual le ha valido duras críticas a su accionar para detener la escalada bélica, teniendo en cuenta que recién en 1987 emitió por primera vez una resolución al respecto. Esta situación –como sostiene Gonzalez Vega– de “*exquisita neutralidad*” de la Comunidad Internacional para encontrar el verdadero responsable, fue dejada de lado 3 años después de finalizadas las hostilidades, en un nuevo contexto internacional caracterizado por el fin de la Guerra Fría.

Para ese entonces, la Guerra de Golfo acaecida a principios de 1991, sirvió como catalizador para hallar como responsable a Saddam Hussein de los hechos ocurridos en el otoño de 1980, *so tenor* de haber repetido el mismo accionar 10 años después en agosto de 1990 –a pesar de las difíciles condiciones en las que se encontraba– con la invasión del Emirato de Kuwait. En este sentido, la nueva invasión de Irak se insertó en un momento particular, en donde consideraciones políticas y geoestratégicas internacionales impugnaban el *accionar díscolo* iraquí bajo las premisas de Nuevo Orden Internacional en plena configuración.

En julio de 1990, Irak había amenazado a Kuwait por dos cuestiones: la primera, por tener una política de favorecer los precios bajos del crudo, al haber aumentado su cuota en el mercado lo que le valió un acercamiento con los Estados Unidos, y la segunda porque investigadores iraquíes habían descubierto que ese petróleo que estaba inundando el mercado afectando los precios, era extraído de forma subterránea de yacimientos del Sur de Irak de la región de Rumaila. Ante esta situación, Kuwait decidió remover al ministro de petróleo cumpliendo, en cierta forma, con los requerimientos de Bagdad, sin embargo, ya se había producido un desplazamiento de tropas al sur de Irak, con la excusa de resolver los problemas fronterizos entre ambos países con relación a unas islas que estaban bajo soberanía kuwaití.⁴⁰

Una vez más, la *política exterior* de Irak volvía a tener un *componente ofensivo* hacia sus vecinos, con reivindicaciones territoriales y geoestratégicas en donde el factor petrolero jugaba un papel importante, pero en condiciones internacionales diferentes a 1980, caracterizadas por una neo distensión entre la superpotencias –como consecuencia del Fin de la Guerra Fría simbolizada con la caída del Muro de Berlín– lo cual quedó en evidencia con la lectura equivocada que el régimen de Saddam Hussein realizó de los acontecimientos internacionales.⁴¹

El 2 de agosto de 1990, a la 1:30 de la mañana hora local, Saddam Hussein había invadido el territorio con 100.000 hombres que encontraron poca resistencia y se dirigieron rápidamente a la ciudad de Kuwait, noticia que rápidamente se esparció por las todas las cancillerías del mundo y por los medios de comunicación que daban cuenta

⁴⁰ Cabe mencionar que Irak había aceptado –pero con disconformidad– la creación del Emirato de Kuwait en 1965 a instancia de Gran Bretaña, motivo por el cual ha existido una constante de reclamar los territorios del actual Emirato como parte integrante del territorio iraquí.

⁴¹ Para entender la lectura equivocada que realizó Saddam Hussein y que lo motivó a invadir Irak, véase: PEREZ LLANA, Carlos (1992); *De la Guerra del Golfo al Nuevo Orden Mundial*, GEL, Buenos Aires.

de los acontecimientos. En ese entonces, podemos decir que los objetivos de Saddam Hussein parecían ser los siguientes:

1. *dominar el mundo árabe*: teniendo en cuenta la división que reinaba entre ellos y que un Irak fuerte sería motivo de unión y desde el punto de vista económico llevar al resto de los productores de crudo a hacia una política de aumento de precios en el marco de la OPEP. Obviamente el objetivo primero era Kuwait y el segundo según las hipótesis que se manejaban, era Arabia Saudita.
2. *conseguir la hegemonía sobre el Golfo Pérsico*, lo cual no había logrado en la Guerra contra Irán y que ahora era factible en condiciones internacionales diferentes, en donde Estados Unidos supuestamente no intervendría en contra de Irak en el marco de relaciones cordiales en los últimos años (en 1984 se recompusieron las relaciones diplomáticas)
3. *hacer de Irak la potencia petrolera dominante*: con el 20% de la producción de crudo de la OPEP en sus manos, y el 20 % de las reservas mundiales, lo cual equivalía a su utilización como un arma económica frente a Occidente y a sus vecinos.
4. *conseguir que el Gran Irak fuera una potencia militar mundial*, objetivo que había comenzado a mediados de los años ochenta y que de lograrse le permitiría terminar una tarea inconclusa con el país vecino de Irán. Para con el resto del mundo se buscaba un trato especial ya que sería una superpotencia regional militar, política y económica desde el momentos en el que dominaría el mercado del crudo.

La carrera diplomática para frenar el accionar de Irak se puso de manifiesto en la creación de la Coalición Internacional conformada por 37 países y liderada por los Estados Unidos –que buscó contar con el apoyo de los países árabes, sobretudo por parte de Arabia Saudita que jugaría un rol estratégico de primer nivel para realizar las operaciones militares– y por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que reunido en sección extraordinaria emitió la Res. 600 instando a Irak a retirarse de Kuwait por haber violado la soberanía del país. Con el transcurso de los meses, y ante la negativa de Bagdad de retirar las tropas del Emirato, el Consejo de Seguridad emitió las Res 678,⁴² en donde se ponía como fecha límite el 15 de enero de 1991 para que las tropas iraquíes se retirasen de Kuwait y se autorizaba *el uso de todos los medios necesarios* para lograr todos los objetivos planteados.⁴³

El 16 de enero de 1991 una vez terminado el *plazo de buena voluntad* para con Irak, se inició la Guerra del Golfo bajo la *Operación Tormenta del Desierto*, la cual duraría 5 semanas y 100 horas con un ritmo de 200 salidas aéreas (en un primer momento se la conoció como *Escudo del Desierto* pero que por el impacto de las aviones en el terreno generaba remolinos de vientos se la rebautizó *tormenta*). A pesar de que Saddam Hussein amenazó con emplear armas químicas –como ocurrió en la guerra contra Irán– no lo hizo y sólo atacó con misiles *Scud* a Israel, el cual no respondió porque de lo contrario se podía haber desmembrado la coalición, en virtud de que Egipto y Siria participaban con efectivos militares en el terreno.

⁴² Las resoluciones del Consejo de Seguridad se encuentran disponibles en Internet en el sitio oficial de Naciones Unidas, <http://www.un.org>

⁴³ Esta fue una resolución única en su tipo porque la URSS por problemas internos apoyó a Estados Unidos y China – a pesar de no apoyar medidas que impliquen el uso la fuerza y la injerencia en los asuntos internos de los Estados– se *abstuvo* por la presión americana y por su situación después de los hechos en la plaza de Tiannanmen en 1989 que la habían conducido a un aislamiento internacional.

Finalmente, el 24 de febrero se inició la incursión terrestre Kuwait liberando la ciudad el día 27, en donde los soldados iraquíes se rindieron ante la Coalición Internacional. El 28 de febrero George Bush declaró el cese de las operaciones y de la guerra una vez que las tropas iraquíes dejaron Kuwait y las persiguieron dentro de Irak tomando las ciudades de Basora y Nasiriya. El cese el fuego se firmó el 2 de marzo con el General Schwarzkopf en donde se prohibió a Irak el uso de la aviación.

Ahora bien, la situación de Irak era caótica desde el punto de vista humanitario, con la infraestructura civil dañada en el sur del país y de gran conmoción interna con la sublevación de los kurdos en el norte del país –bregando por la independencia– y la situación del ejército –desmoralizado en el norte y sur del país en donde hubo desertión y amotinamiento y rendición respectivamente, mientras que en el centro del país se mantuvo una cohesión entre el ejército regular y la Guardia Civil–.

En ese entonces desde el Pentágono y el Departamento de Estado se alertó sobre el mapa de Medio Oriente después de la guerra. En términos generales, la historia demuestra que finalizada toda guerra, el jefe de estado que inició las hostilidades o una guerra, debe dejar el poder, sin embargo, en la Guerra del Golfo la situación fue diferente. En esa oportunidad, se creyó conveniente *la continuación en el poder de Saddam Hussein fronteras adentro de Irak debilitado y controlado antes que su desaparición*. Los motivos eran varios: 1- que su desaparición hubiera implicado el desmembramiento del país con innumerables consecuencias en la región por estar conformado en dos grandes etnias, los árabes y los kurdos y desde el aspecto religioso entre shiítas y sunnitas, los cuales estaban estos últimos en el poder a pesar de ser minoría. 2- el desmembramiento habría afectado a dos países socios de los Estados Unidos, por un lado Arabia Saudita, el cual es el principal proveedor de crudo para los USA que no quería la desaparición de Irak porque hubiera implicado la creación de un estado shiíta pro iraní en donde el balance de poder regional terminaría inclinándose a favor de Irán, además de generar conflictos internos en la población shiíta dentro del territorio saudí. Por otro lado, para Turquía habría significado una amenaza la conformación de un Kurdistán independiente, teniendo en cuenta que en su territorio hay 8 millones de kurdos bregando por la independencia, los cuales se habrían unido a los kurdos de Irak.

Frente a este panorama, la decisión adoptada fue de no terminar con el régimen baasista, a pesar de las duras críticas hacia la figura y el accionar de Saddam Hussein que en ese entonces se lo tildaba de un *nuevo Hitler*, sobretudo desde la perspectiva de los Estados Unidos. Ello, explica porqué no se destruyó el ejército en el área de Bagdad ni la Guardia Presidencial, ni se derrocó a Saddam Hussein que en definitiva desempeñaba –más allá de su agrado o no– un factor de *cohesión nacional* en Irak.

Sin embargo la situación de Irak empeoraría, con el aislamiento internacional y con el régimen de sanciones impuesto a Bagdad a lo largo de 12 años, en donde hubo tres cuestiones que permearon el derrotero político del país, ellas fueron el establecimiento de las Zonas de Exclusión Aéreas, las inspecciones a cargo de organismos dependientes de las Naciones Unidas y la situación humanitaria.⁴⁴ Con todo,

⁴⁴ Con relación a la primera cuestión, en abril de 1991 el Consejo de Seguridad aprobó la Res. 687 que establecía el *cese el fuego, la eliminación de los programas de desarrollo de armas químicas, biológicas y nucleares, el desmantelamiento del sistema de misiles de mas de 150 Km., un sistema de inspección, el cual se concretaría con la*

Comisión Especial de las Naciones Unidas (UNSCOM) y el pago por indemnizaciones de guerra a Kuwait. En abril de ese mismo año con motivo de las revueltas kurdas en el norte del país y shiítas en el sur, Irak lanzó gases en la población. Ello generó la condena internacional, y en el marco de las Naciones Unidas se aprobó la Res. 688 en donde se llamó al *cese de la represión* sobre la población civil iraquí en diferentes regiones aunque no especificó los medios para hacerlo.

Para los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia ello significó crear el 7 de abril en el norte una ZEA de 10.000 Km. cuadrados en el paralelo 36°, a la cual se le sumó la ZEA del sur, en paralelo 32° en diciembre de 1992. Ambas comprendieron el 60% del territorio iraquí y tuvieron como objetivo *proteger el trabajo de las organizaciones humanitarias, proteger los Derechos Humanos de las poblaciones kurdas y shiítas*. Cabe mencionar que el establecimiento de estas zonas se realizó sin el consentimiento del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, violando el capítulo VII de la Carta, en donde el Consejo de Seguridad es el encargado de establecer las medidas de uso de la fuerza.

Desde el establecimiento de las ZEA, las incursiones en el territorio fueron varias hasta el 26 de junio de 1993, fecha en el que la CIA descubrió planes de asesinar al Bush en la visita que iba realizar al Emirato de Kuwait. Una vez producido este incidente, durante tres años no hubo ningún tipo de vuelo sobre las ZEA establecidas, pero se comenzó a producir un resquebrajamiento en las relaciones entre Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, sobre el funcionamiento de las mismas en sí y el su futuro. Motivo por el cual Francia se retiró cuando se reanudaron los vuelos en 1996.

Desde mediados de 1997 hasta diciembre de 1998, la situación se complicó frente a las acusaciones de espionaje por parte de Irak a la UNSCOM, el cual la acusaba de que había recibido datos de Israel (MOSSAD), y que se violaba la soberanía de Irak con la forma en las que se realizaban las inspecciones. Esto se agravó con el nombramiento de Richard Butler, al cual se lo acusó de infiltrar agentes de la CIA entre los investigadores. La cuestión de allí en más estaba en permitir el acceso a los palacios presidenciales por parte de los inspectores. En consecuencia, a pedido de los Estados Unidos, se aprobó la Res. 1154 en donde se previeron “consecuencias severas” en caso de no permitirse el acceso de los inspectores, sin embargo, no se hacía alusión a la autorización del uso de la fuerza como si lo entendía éste país que desplegó el portaaviones George Washington al Golfo para realizar la *Operación Trueno del Desierto* para fines de enero de 1998.

Las divergencias diplomáticas aumentaron en el transcurso de ese año y finalmente el 16 de diciembre Estados Unidos atacó con la *Operación Zorro del Desierto*, alegando que los informes de la UNSCOM decían que había una falta de cooperación por parte de Bagdad para el ingreso de los inspectores, coincidiendo en ese país con un proceso interno complicado en donde se buscó desviar la opinión pública por el denominado *affairs Lewinsky*. La escalada aérea americano-británica fue superior a la de la Guerra del Golfo –se lanzaron 415 misiles cruceros contra 291 en 1991 en sólo 4 días– sobre instalaciones militares en donde se creía que podía haber ADM, afectando las baterías antiaéreas.

- Con relación a la segunda cuestión, para inspeccionar Irak se creó la UNSCOM encargada de investigar junto a la Agencia Internacional de Energía Atómica (AIEA) el stock de armas de destrucción masiva y su posterior eliminación. Estas revelaron programas clandestinos de armas nucleares inutilizados y desmantelados desde la finalización de la guerra. Aunque siempre hubo resistencia por parte de las autoridades iraquíes, esta se mostró más frente a los programas de desarrollo de armas químicas y bacteriológicas, pese a ello se destruyeron 38 ojivas químicas y mil litros de agentes químicos.

Como consecuencia de los ataques de 1998, los inspectores de Naciones Unidas dejaron el país hasta noviembre de 2002, sin embargo, por Res. 1284 se creó la Comisión de Monitoreo y Verificación Internacional de Naciones Unidas (UNMOVIC) con el objeto de retomar las inspecciones a cargo de Hans Blix. A diferencia de la UNSCOM, la UNMOVIC tendría personal a cargo de la Naciones Unidas y no de los países que participaban de las inspecciones que produjeron sospechas de espionaje.

El 2 de noviembre de 2002, el Consejo de Seguridad aprobó la Res. 1441 por unanimidad en donde se intimaba a Irak a cooperar completamente con la UNMOVIC de manera *incondicional y urgente*, entendiendo que era la *última oportunidad*. Nada se decía sobre los medios a emplear de no hacerlo, y el 27 de noviembre la UNMOVIC ingresó a Irak para inspeccionar todos los lugares sin restricción más allá de los límites antes establecidos. Esta estuvo en el terreno hasta el 18 de marzo de 2003.

- Desde el punto de vista humanitario, inmediatamente después de la guerra las Res 706 y 712 del Consejo de Seguridad permitieron la venta limitada de petróleo iraquí para comprar alimentos destinados a cubrir las necesidades de la población. Esto se consiguió, a pesar de las sanciones económicas y la oposición británico-americana que aludía que ello permitía la compra de insumos con una utilización dual. En 1995, Francia y Rusia propusieron una nueva resolución para aliviar la situación en Irak, en este sentido se aprobó la Res 986 conocida como el *Programa de Petróleo por Alimentos*, en donde se permitió a Irak vender crudo por un período de 6 meses, el cual estuvo organizado por 661 Comité de Seguimiento. Este programa entró en funcionamiento en 1996, como consecuencia de la oposición británico-americana. Lo positivo de este programa fue el aumento de las calorías de los alimentos para la población iraquí a 2472. La venta de petróleo era de 2 billones de dólares para 1996, pero frente a la catástrofe humanitaria al interior, la industria petrolera no estaba en condiciones de seguir produciendo por falta de inversiones y así poder cubrir con la cuota establecida. Por tal motivo, Francia, Rusia y China propusieron un cambio en el programa que consistió en la radicación de empresas encargadas de la modernización, inversión y explotación

Irak mantuvo la integridad territorial, con las mismas fronteras fijadas desde su creación y con el *control demográfico* de la *minoría sunnita sobre la mayoría shiíta* y el *pueblo kurdo* en el norte del país.

Durante la década de los noventa, el régimen baasista produjo un viraje considerable en su política exterior, en cuanto dejó de lado el *componente ofensivo* y el proyecto de un *Gran Irak*, adoptando un carácter más bien *defensivo*, cuyos mayores esfuerzos se centraron en lograr la supervivencia del régimen, intentando romper el cerco internacional a través de las *solidaridades ocultas* en el mundo árabe con una normalización de las relaciones diplomáticas con algunos países.⁴⁵

Luego de los atentados del 11 de septiembre en New York y a pesar de que la guerra contra el terrorismo internacional recibió apoyo de la comunidad internacional prácticamente en su conjunto, no ha sido así en lo que hace a la decisión y actuación de tipo unilateral en que se ha realizado la Guerra de Irak de 2003. No sólo por la violación a la legalidad internacional sino también al impacto que puede generar en la región de Medio Oriente la situación interna de Irak.

Cabe mencionar, que desde mediados de los noventa han sido numerosos los trabajos escritos que apelaban a la elección nuevamente de Irak como blanco en la política exterior norteamericana, respondiendo al diseño formulado por los denominados halcones –línea dura y conservadora– en la actual administración republicana, los cuales planteaban la necesidad de seguir las acciones en contra del régimen de Bagdad, sin éxito durante el gobierno del Bill Clinton, pero con influencia en el gobierno de George W. Bush. Esto se puede corroborar haciendo una lectura de los artículos en *The New America Century*, *The Heritage Foundation*, *Carnegie Endowment* y *The Atlantic* entre otros. De los mismos, se puede divisar un denominador común en torno a la necesidad de incorporar a Medio Oriente dentro de la *democracia* con el objeto de traer *estabilidad* a la región empezando por Irak, el cual ejercería una suerte de *efecto demostración*.⁴⁶

De este modo, Irak debía convertirse en la base de los Estados Unidos en Medio Oriente para el siglo XXI, debido a que la posición norteamericana necesitaba una *relocalización* en la región, ya no centrándose en Arabia Saudita con el despliegue de

petrolera por 18 billones de dólares. Estos países fueron los más beneficiados de la licitación que se dio en 1999, seguidos por los Emiratos Árabes Unidos.

⁴⁵ Las *solidaridades ocultas* para con Irak comenzaron en 1998 con la *Operación Zorro del Desierto*, en donde Arabia Saudita se negó a prestar su base aérea de Darhan, en virtud de que no se justificaba un ataque de esas naturalezas hacia el régimen de Saddam Hussein. Asimismo, Siria –país con el que se habían tornado tensas las relaciones diplomáticas en la década de los setenta, durante la Guerra Irak-Irán y la Guerra del Golfo– se acercó a Irak en claro signo de buena vecindad, comprándole petróleo de manera clandestina por la ruta del oleoducto del Norte (150000 barriles diarios) con el objeto de alivianar las sanciones económicas que atravesaba el país. Una situación análoga a ésta ocurrió con el Reino de Jordania, que comenzó a comprar 110000 barriles diarios a un precio inferior al del mercado internacional de crudo.

⁴⁶ Entre los artículos publicados por los denominados *Think Tanks* norteamericanos, se encuentra “A Post Saddam scenario” de Robert Kaplan, publicado el 2 de noviembre de 2002, unos meses antes de la Guerra de Irak, en donde se daba por descontada la guerra y cómo se debería administrar el país y con que medios. Lo sorprendente de este artículo es la antelación en la que se describen los acontecimientos cuando aún no habían ocurridos, y la necesidad de remover al régimen baasista del poder como un objetivo primordial en la política exterior de la administración de George Bush. Disponible en Internet en la dirección: <http://www.theatlantic.com>

tropas –sobre los denominados *lugares Santos del Islam* y el impacto que puede generar– ni en Israel con el problema interno con los palestinos. En tal sentido, mover las fichas en el tablero deslizándose hacia Irak iba permitir a Estados Unidos reposicionarse y enfrentar los conflictos en la región, inclusive en la *lucha contra el terrorismo internacional*. Primero ha sido Afganistán con el derrocamiento del gobierno del Talibán –lo que no necesariamente ha implicado su desaparición del país porque sigue actuando en el sur en la frontera con Pakistán– y luego el “díscolo” Irak, gobernado por Saddam Hussein, que supuestamente representaba una amenaza regional e internacional, al cual sólo le cabía su remoción del poder como una suerte de imperativo categórico desde los Estados Unidos.

Empero, los resultados de la intervención militar no han sido los mejores hasta el momento en Irak. Aunque por primera vez, en la región de Medio Oriente están involucradas tropas americanas realizando una verdadera ocupación –y ya no un ataque desde un país vecino– lejos se está de haber logrado la pacificación de Irak, sino que por el contrario está despertando nuevos desafíos y sombras en el futuro. La pretensión de actuar de manera unilateral se ha centrado en Medio Oriente en donde la posguerra está demostrando algunos límites que provienen de la topografía del terreno en donde impera un *equilibrio frágil* difícil de manejar. Los planes de atacar a Irak tuvieron más de un año de elaboración –como según se ha expresado de forma oficial desde el Departamento de Estado norteamericano– pero no han tenido una verdadera comprensión de la *situación interna* y lo difícil que puede resultar extrapolar modelos a *realidades* imbuidas en una mayor complejidad.

Los motivos que llevaron a atacar a Irak según la administración norteamericana el 20 de marzo de 2003 fueron tres: que Saddam Hussein era un dictador y que en Irak no se respetaban los derechos humanos; que poseía armas de destrucción masivas, tanto químicas como bacteriológicas, aunado a la reactivación de los planes de obtención de uranio enriquecido –*yellow cake* con 235 isótopos– plausibles de ser empleados con fines bélicos nucleares; y por poseer contacto con la red terrorista de Al-qaeda.

Sin embargo, estos argumentos se fueron cayendo uno a uno con el paso del tiempo. Primero, porque el hecho que Saddam Hussein haya sido un dictador no sorprendió a nadie en la región y en el mundo, y menos las acusaciones de violar los derechos humanos que no se respetan en el conjunto de Medio Oriente. Segundo, los informes de la AIEA y de la UNMOVIC fueron fidedignos, no sólo porque no se encontraron las mencionadas armas *in situ*, sino que la administración norteamericana declaró oficialmente que éstas habían sido un “pretexto” para intervenir. Tercero, no se pudieron comprobar los contactos entre el régimen baasista de Saddam Hussein y Al-qaeda porque los fines políticos tanto de uno como del otro son antagónicos. El primero era un *régimen laico, nacionalista e impregnado de una concepción socialista* que sólo se ha valido por cuestiones pragmáticas de la *religión*,⁴⁷ mientras que la segunda plantea como fundamento del orden político globalizado a la religión islámica, la unidad del mundo árabe musulmán en una comunidad islámica sunnita –adoptando preceptos del

⁴⁷ Esta situación se produjo en la Guerra del Golfo, cuando Saddam Hussein con el objeto de aglutinar al mundo islámico a su favor, declaró que la guerra era santa y como manifestación de ello incorporó en la bandera iraquí la frase “Alá es el más Grande”.

waabismo— no atada a bases nacionales, además de haber nacido como una organización anti-comunista como consecuencia de la invasión de la ex URSS a fines de los setenta. Lo paradójico de esto último, es que *Al-qaeda ha estado en el área autónoma del norte protegido por el patrullaje aéreo de los Estados Unidos fuera del control baasista* (Cannistraro, 2003: 69)

Los Estados Unidos han declarado la necesidad de hacer de Irak un país “estable y democrático” una vez cumplidas una serie de etapas en las que se establecería primero una administración militar no inferior a dos años durante el denominado proceso de *estabilización*, seguida por una etapa de *transición* del poder a los iraquíes que culminaría en una tercera etapa de *transformación* en la que se delegaría la soberanía del país al pueblo iraquí. Sin embargo, es una ingenuidad suponer que el cambio de régimen político signifique hacer *tabula rasa* en Irak, un país tiene varias líneas de fractura. Desde el punto de vista étnico entre kurdos y árabes, y desde el punto de vista religioso entre sunnitas y shiítas, lo cual genera una complejidad de intereses difíciles de manejar, de allí que se hable de una “*caoscracia*”, en lugar de una democracia.⁴⁸

La democracia como *régimen político* al estilo occidental, no puede imponerse desde el exterior cuando se carece de historia, tradición y valores *in situ* a la misma, además, en el caso de llamar a elecciones libres, es probable que el gobierno que surja se convierta en una amenaza para los países árabes de la región –inclusive para el propio Estados Unidos– que verían con desagrado un *gobierno pro iraní* debido a que el 60 % de la población iraquí es shiíta. Esto afectaría la relación con algunos estados árabes, sobretudo con Arabia Saudita, país que a pesar de haber sido un aliado de los Estados Unidos durante la Guerra del Golfo y ser el principal abastecedor de crudo, hoy se encuentra en el ojo de la tormenta por su silencio ante los hechos acontecidos y por considerarlo sospechoso de financiar redes terroristas internacionales. Por tal motivo, un gobierno pro americano en Irak permitiría controlar al reino saudí, no así enfrentarlo, teniendo en cuenta que es la cuna de la religión islámica en donde se encuentran los lugares santos para el mundo islámico.

Sin embargo, desde el 1º de mayo de 2003 –fecha en la que se declaró el fin de las acciones bélicas en contra del régimen baasista del depuesto presidente Saddam Hussein– Irak ingresó en una nueva etapa caracterizada por el caos y la violencia cotidiana en una *insurgencia descentralizada de bajo nivel en todo el país*, pero que se centró particularmente en el “*Triángulo Sunnita*” comprendido entre las ciudades de Falluya, Tikrit y Bagdad. Cabe mencionar, que desde la creación de Irak en 1921 como Estado independiente, la minoría sunnita ha dominado el escenario político y la vida institucional hasta el fin de la guerra, en detrimento de la presión demográfica que constituye el 60 por ciento de la comunidad shiíta en el país.

Ante éste panorama, la polarización religiosa fue una punción extra en medio del caos reinante, en donde el Ayatollah Al-Mossaoui, considerado líder de la comunidad shiíta iraquí de la *Marjaya* (institución encargada de verificar la descendencia de Alí – yerno del profeta Mahoma– que posee el mismo rango que el Vaticano dentro de la religión Católica) y un moderado ante los ojos de los Estados Unidos, se enfrentó con el Ayatollah Moqtada al-Sadr que creó la milicia shiíta del *Mahdi* abiertamente contraria a

⁴⁸ En este sentido, entendemos por *caoscracia* una situación de inestabilidad severa producto de la presencia de una serie de círculos de poder en donde se imbrican cuestiones tribales, étnicas y religiosas en el que cada uno de los de los grupos internos no logra imponerse por encima de los otros.

la ocupación americana en Irak y a los sunnitas, que por primera vez en la historia del país fueron expulsados del poder y del gobierno, y los ha situado en un nuevo rol que nunca antes habían desempeñado en la historia de Irak, que es el de formar parte de la oposición. Agrupados en las filas del entonces partido baasista, han tendido a minar los caminos para que se erija un nuevo gobierno de representación, *vía elecciones libres*, en donde no importa la lealtad u oposición al depuesto mandatario Saddam Hussein ni los medios que se utilicen para impedirlo, sino la posibilidad que se constituya un gobierno shiíta en Irak.⁴⁹

Los atentados, emboscadas, boicots y extorsión como los secuestros seguidos de decapitación, han sido los medios que tanto un grupo como el otro han venido empleando en contra de la ocupación del país, lo cual no ha redundado en una alianza táctica-estratégica entre los mismos para llegar al poder, dado los objetivos disímiles que poseen ambas facciones con relación al futuro político de Irak.

La difícil situación política en Irak con la escalada de la violencia interna y con repercusiones en la región, aunada a la tarea de reconstrucción que hasta la fecha no ha cumplido las promesas de restablecer los servicios mínimos para la población, y los costos de la guerra en si, que aún no han sido calculados oficialmente, aunque se estiman en 70 billones de dólares, condujeron a la administración del presidente George W. Bush a modificar los planes de ocupación.

Primero, se planteó una administración militar en manos del General Gay Garner que duró tan solo un mes, luego de finalizada la guerra, hasta que el Departamento de Estado de los Estados Unidos decidió dejar en manos de un diplomático, Paul Bremer, la administración “civil” del país ante la violencia interna que no cesaba. Segundo, en un contexto de *insurgencia descentralizada de bajo nivel* cada vez mayor, la primera etapa planeada de estabilización no se consiguió, por ende se buscó comprometer la participación no sólo en las tareas de control y pacificación sino también de reconstrucción a las Naciones Unidas.

Tercero, y bajo un contexto de violencia generalizada, la Casa Blanca anunció el 17 de noviembre de 2003 los nuevos lineamientos políticos a seguir, en donde se fijó el 30 de junio de 2004 la fecha para devolver a los iraquíes la soberanía del país (etapa de transición). De esta manera, se contempló para febrero de 2004 la redacción de una constitución provisoria denominada “*Ley para la Administración del Estado*”, y la constitución en mayo de una Asamblea Provisional, la cual deberá elegir al gobierno provisional en el mes de junio.

⁴⁹ Los grupos sunnitas opositores a la ocupación norteamericana que han sido identificados y que actúan al interior de Irak son: el Al Awdah (El Retorno) integrado por ex miembros de partido Baas, el Munazzamat al-alam al-aswad que es un grupo nacionalista anti-Saddam Hussein, las Brigadas de Al-Faruq integradas por miembros del servicio secreto de Saddam Hussein, el Thuwar al-Irak autodenominado grupo revolucionario iraquí anti- Hussein, y el Frente Nacional para la Liberación de Irak.

Cabe mencionar, que los shiítas de Irak, a diferencia de los shiítas de Irán, no aceptan la institución del velayat-e-faqi, no sólo porque continúan siendo partidarios de no involucrarse en política, sino también porque la jerarquía shiíta no es tan rígida como ocurre en el régimen de los Ayatollahs iraní. Sin embargo,

El 28 de junio de 2004, dos días antes de la fecha prevista según el calendario establecido en diciembre de 2003, la Autoridad Provisional del diplomático norteamericano Paul Bremer cedió el control de Irak al Gobierno de Transición Nacional encabezado por el Primer Ministro Iyad Alawi. Las circunstancias que condujeron a adelantar el “traspaso de poder” en total secreto sin ningún tipo de cobertura por parte de los medios de comunicación locales e internacionales y sin el conocimiento de la población civil iraquí, respondió a la necesidad de evitar una nueva ola atentados en contra de la tropas de ocupación.⁵⁰

En febrero de 2004, con la redacción de “Ley para la Administración de Transición del Estado”, se establecieron los denominados “100 Edictos” que iban a regir en Irak con el traspaso de poder, en donde se empleó como primer medida la Res. 1511 del Consejo de Seguridad, que autorizaba al mantenimiento de los 138.000 efectivos que conforman las tropas de ocupación en el suelo iraquí, con el fin de brindar estabilidad y seguridad al nuevo gobierno de transición.

Obviamente esto se tradujo en la permanencia de las tropas de la coalición ejerciendo el *control militar*, para las cuales se previó que gozaran de inmunidad de jurisdicción en el territorio iraquí –según el edicto N° 17–, a lo que se le agregó el *control político y económico* de Irak durante los próximos 5 años, independientemente de las elecciones previstas para enero de 2005. En lo que respecta al *control político*, se estableció una comisión de supervisión de los candidatos a presentarse en las elecciones, el nombramiento de funcionarios norteamericanos en cada uno de los ministerios ejerciendo “asesoramiento”, como así también –según el edicto N° 57– permitir el acceso a los mismos con el fin de revisar toda medida política con auditorias tendientes a garantizar que no se adopte ninguna acción contraria a los intereses de los Estados Unidos en el país.

En lo que respecta al *control económico*, los edictos establecidos tendieron a garantizar de que Irak continúe con todas las medidas orientadas al establecimiento de una plena “economía de mercado”, con la aplicación de políticas específicas como ser: la privatización de la banca iraquí, la privatización de las empresas nacionales, la apertura comercial, la reforma fiscal, el tratamiento nacional de las firmas extranjeras y el derecho a expatriar los dividendos obtenidos sin la necesidad de reinvertirlos en el país entre otras cuestiones.

En consecuencia, el traspaso de poder a las autoridades iraquíes ha sido una *formalidad*, debido a que el control norteamericano se sigue ejerciendo por otros medios en Irak, en detrimento de las normas internacionales, sobre todo a la Convención de Ginebra que debe regir los conflictos armados, en cual se prohíbe la ocupación territorial como así también toda modificación a las instituciones políticas de los países que estén atravesando por esa situación.⁵¹ De esa manera, la soberanía iraquí se

⁵⁰ El 24 de junio de 2004 ha sido considerado la jornada más sangrienta en Irak por la sincronización de atentados en las ciudades de Mosul, Ramada, Falluya, Bakouba y Bagdad. Véase “Violents combats dans plusieurs villes irakiennes”, disponible *on-line* en el sitio web <http://www.lemonde.fr> publicado el 24 de junio de 2004.

⁵¹ Cabe mencionar que gracias a las resoluciones N° 1511 y N° 1546 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, se logró dotar a la ocupación de Irak de visos de legitimidad para que la Autoridad Provisional de la

encuentra “amputada” ante el control extranjero sobre la vida política y económica del país, a pesar del nuevo gobierno de base nacional.

Sin embargo, hay cuestiones pendientes que no han encontrado una pronta solución, y que por el momento distan mucho de hacerlo, entre ellas la seguridad, la democracia y el funcionamiento de la economía iraquí. La primera cuestión está ligada a la pacificación y estabilización ante la situación de caos reinante, neutralizando a los grupos armados al interior del país. La segunda cuestión se imbrica con el régimen político que se deberá implementar en Irak –desconocido en la historia política del país– incorporando a todos los sectores de la población, respetando las diferencias étnicas y religiosas, en un equilibrio de intereses difícil de balancear. Y por último, la tercera cuestión –y por cierto no menor– es la de intentar solucionar la crisis económica por la que atraviesa Irak, que afecta al conjunto de la población según los indicadores macroeconómicos y sociales que son claramente adversos.

En términos generales, la perspectiva que se cierne sobre Irak poco se aleja con relación a la etapa iniciada el 1º de mayo de 2003, en donde el país continúa inmerso en una gran inestabilidad *difícil de gestionar*. La salida anticipada de la Autoridad Provisional de la Coalición –como se ha mencionado en un principio– se realizó en un contexto particular en Irak signado por la violencia cotidiana, como en los Estados Unidos por las elecciones presidenciales, en donde la administración republicana intentó con el traspaso de poder iraquí alejarse de lo que podía ser considerado como “un fracaso” en la guerra contra el terrorismo internacional.

Empero, con la reciente reelección del presidente George W. Bush para el ejercicio de un nuevo mandato, no sólo la realidad de Irak continúa aún pendiente sino también el mapa general de Medio Oriente, el cual no deja de ser una incógnita ante eventuales intervenciones de carácter preventivas. Por lo pronto, en las actuales circunstancias, la incidencia de las *fuerzas profundas* al interior Irak lo conducen a pivotar entre un comportamiento díscolo –ya no hacia sus vecinos como había ocurrido en las dos últimas décadas sino hacia la ocupación extranjera– y un comportamiento que genera gran desconocimiento sobre el mismo, en donde una *alta ingeniería geoestratégica* será necesaria para retomar la senda de la estabilidad y de la integridad territorial que lo caracterizó desde su creación como Estado moderno a principios del siglo XX.

Afganistán, el pasado que se repite

Gran parte de la historia de Afganistán se encuentra marcada por la presencia de potencias extrarregionales o países vecinos que han intentado controlar o condicionar la vida política afgana a través de alianzas con diferentes grupos étnicos que componen su estructura social desde tiempo inmemorial. Considerado uno de los países más atrasados de la región de Medio Oriente, desde el rechazo a la modernidad que se produjo a principios del siglo XX, pasando por un gobierno socialista con ocupación militar

soviética, seguido por una guerra civil de 25 años de duración, un régimen teocrático como el Talibán y la intervención militar norteamericana de noviembre de 2001 –luego de los atentados de las torres gemelas y el Pentágono– Afganistán es un claro ejemplo de *nation building* y *state buliding*, en donde las fuerzas religiosas y étnicas continúan desempeñando un rol importante en la construcción identitaria del país,.

En el siglo VIII de nuestra era, el Islam penetró los territorios de los emires del actual Afganistán en sus dos vertientes, la shiíta y la sunnita, generando una división interna que se acentuaría según las diferentes etnias que se encuentran diseminadas al interior de sus fronteras. La particularidad de Afganistán reside en el bajo porcentaje de población árabe en comparación a las demás etnias que componen el tejido social como son los tadjicos, uzbekos, hazaras y pashtunes, siendo éstos últimos –de origen indo-iraní– la mayoría con un 38%.⁵² Empero, al igual que en el caso de otros países de la región, –como por ejemplo Irak– la multiplicidad étnica y religiosa ha sido y es uno de los rasgos sobresalientes –como fuerza profunda permanente– de la identidad afgana.

En el siglo XVI y XVII, los imperios Safavi (persa) y Mongol se enfrentaron sucesivamente con el objeto de controlar los territorios afganos, pero no fue hasta 1747 cuando un caudillo militar –Ahmed Shah– unificó las tribus de esa parte del mundo y creó el Reino de Afganistán, tras un largo período en el que los jefes de clanes y pequeños señores de la guerra se enfrentaban unos con otros, aliándose sucesivamente con los persas u otros invasores y mudando sus lealtades en función de las circunstancias (LOPEZ PERONA, 1999: 132). Con la muerte del primer rey (de origen persa), la escena política estuvo marcada por la presencia de la etnia pashtún, con la tribu Durrani encargada de monopolizar el poder en todo el reino. De acuerdo con la etnia mencionada, “lo afgano” del reino se define por *identificación y pertenencia* a lo pashtún. Desde ese entonces, el predominio sobre las etnias hazaras, tadjicas y uzbekas se convertía en una fuente de inestabilidad interna, a la que se sumó la competencia del imperio británico y del imperio zarista para controlar Afganistán desde el exterior.

Para los británicos, Afganistán era la puerta natural de lo que se consideraba “la Joya del Imperio”, es decir la India, lo cual en repetidas oportunidades los condujo a entrar en guerra con el reino afgano.⁵³ Para los rusos, Afganistán era considerado como un territorio de paso ineludible hacia el océano Índico que era controlado por Gran Bretaña. El interés del imperio zarista sobre las estepas del Asia Central, chocó con la férrea oposición afgana, en donde ambos imperios europeos reconocieron el status de Afganistán como una suerte de *territorio tapón* en el que ninguno de los dos podía llegar a controlarlo directamente. Sin embargo, la presencia británica en la frontera sur

⁵² Cabe mencionar que en Afganistán hay 55 grupos étnicos, en donde los pashtunes son la mayoría con un 38% de población aproximadamente. En virtud de que no existen censos oficiales desde 1976, no se puede saber cuáles son los índices demográficos exactos, en una población que ha atravesado por una larga guerra civil en donde se desconoce el número de víctimas, como así también el número de refugiados que han emigrado hacia países vecinos. Dentro de la etnia pashtún, existen 30 tribus, sin embargo son dos las grandes tribus que han estado rigiendo los destinos del país, los Durrani y los Ghilzai. Los primeros ubicados entre Farah y Kandahar (suroeste) los segundos entre Kandahar y Kabul (sureste y centro del país).

La población perteneciente a la etnia tadjica se encuentra en el noreste en la frontera con Tadjikistán, los hazaras en el centro oeste próximos a la frontera con Irán y los Uzbekos en el noroeste próximos a Uzbekistán.

⁵³ Las guerras por controlar a Afganistán, *so pretexto* de que no se convierta en un área de influencia rusa se produjeron entre 1839 y 1842 y entre 1878 y 1880.

de Afganistán, condujo al reino a establecer –bajo presión– la denominada Línea Durand,⁵⁴ y a ceder la gestión de las relaciones externas al imperio británico.

En 1919, el emir Ammanullah –siguiendo con un proceso que ha sido común al resto de los países de Medio Oriente– declaró la independencia y soberanía sobre los asuntos externos y emprendió un proceso de reformas con el objeto de modernizar las estructuras del Estado. En consecuencia, se redactó una constitución en donde se establecía la igualdad entre las etnias al interior del país, quitándole el control exclusivo de los asuntos públicos a la tribu Durrani de la etnia Pashtún, que había monopolizado el poder durante siglos, y se estableció desde un punto de vista institucional, una separación de poderes, con una *Loya Jirga* (Gran Asamblea Nacional) de representación igualitaria.

Sin embargo, éste proceso de modernización llegó a su fin en 1928, cuando se produjo una revuelta que depuso al emir Ammanullah, y en su lugar asumió la dirección del poder político nuevamente la tribu Durrani con el emir Nadir Khan. Como sostiene López Perona, Afganistán se retiraba así del mundo moderno para permanecer como una reliquia de la Edad Media en pleno siglo XX (López Perona, 1999: 132) con una estructura social fragmentada desde el punto de vista étnico y religioso en el que se reproducía la lógica de los “señores de la guerra” en las 28 provincias afganas con un equilibrio frágil de gestionar. En los años siguientes, la monarquía tuvo que hacer frente a la aparición de grupos de izquierda (apoyados por la Unión Soviética) e islamistas que pugnaban por el control del débil poder central situado en Kabul, la capital de Afganistán. Sólo en materia de política exterior y en finanzas existía un control del Estado central en manos de la etnia pashtún, mientras que en educación, salud, servicios públicos y trabajo cada provincia se autogestionaba y se gobernaba siguiendo las pautas y tradiciones de los diferentes grupos étnicos.

A pesar de la descentralización en algunas cuestiones que hacían a la gobernabilidad del país, la imagen de Afganistán hacia el exterior era la de un país que se identificaba plenamente con la etnia pashtún –mayoritaria y dominante en la escena pública como ya hemos hecho mención– y con la religión islámica en su vertiente sunnita, la cual era predominante en la región de Medio Oriente. En este sentido, la alianza tadjica sunnita con los pashtunes había permitido dominar a los hazaras y uzbekos shiítas que han sido considerados como etnias de segunda categoría, a las cuales se les aplicó un conjunto de medidas políticas de segregación similares a las que realizó Irak con el proceso de arabización.

A fines de 1973, en un contexto de desigualdad entre las provincias (pashtunes y no pashtunes) alto desempleo y efervescencia política (islámicos⁵⁵ versus comunistas) se produjo un golpe de estado que depuso la monarquía e instauró la República de

⁵⁴ La Línea Durand era el límite que se fijó a lo largo de 2400 Km. de fronteras entre Afganistán y el Imperio Británico que administraba los territorios del actual Pakistán. La mencionada línea servía a los intereses británicos para frenar la influencia de la población pashtún de Afganistán sobre la de Pakistán en donde se calcula que en la actualidad viven 1 millón de pashtunes.

⁵⁵ La aparición de los movimientos islamistas en Afganistán se produjo en la Universidad de Kabul, en donde se planteaba la necesidad de establecer un orden político religioso en donde se tomaba como modelo a seguir el ejemplo de Arabia Saudita.

Afganistán con Mohammad Daud como presidente con el Partido Democrático del Pueblo Afgano (PDPA).⁵⁶ De esa manera, los esfuerzos iniciales de reconstrucción del Estado sobre bases consensuadas, modernas y con una fuerte impronta comunista, fueron dejados de lado luego de asumir el poder, en virtud de que se persiguieron a los movimientos de izquierda –sin mucho éxito– e islamistas que habían ganado mayor influencia en el escenario político. La búsqueda de intentar neutralizar la influencia pashtún fracasó dado que el control de la economía del país era ejercido por esa etnia, la cual había gobernado por años el país.

Hasta ese entonces, Afganistán había permanecido al margen de la lógica del enfrentamiento Este-Oeste que había caracterizado a las relaciones internacionales desde la Segunda Guerra Mundial. Empero, la influencia soviética se comenzó a cristalizar al interior del partido gobernante en la facción denominada Khalq (masas) en detrimento de la facción Parshan (bandera) que representaba Daud. En consecuencia, las disidencias al interior del PDPA se acentuaron en 1978 cuando se produjo un nuevo *coup d'état* que permitió el ascenso al poder de la primera facción con apoyo soviético.

La particularidad del nuevo gobierno radicaba en que la etnia pashtún continuaba gobernando pero a través de la tribu Ghilzai, lo cual significaba el fin del predominio Durrani en la política nacional. Las medidas emprendidas por el nuevo gobierno bajo una orientación marxista revolucionaria fueron consideradas como radicales al interior de la sociedad afgana, desde el momento en que se planteó la colectivización de la tierra, el ateísmo y el fin de la división social a través de tribus y etnias.

El descontento social producto de lo que se consideraba *la pérdida de identidad* con la incorporación de un ideario político foráneo a la realidad afgana, se tradujo en revueltas apoyadas por el clero musulmán shiíta y sunnita con apoyo de los sectores dinásticos y no pashtunes de Afganistán. Sin lugar a dudas, lo que podía ser pensado como un conflicto de raigambre interna, podemos ver que adquirió otras dimensiones por factores exógenos a la realidad afgana. Primero, con la intervención militar soviética en diciembre de 1979, apoyando a los Khalquis y nombrando como presidente a Babrak Karmal, con el objeto de frenar una posible revolución islámica como la acaecida en febrero del mismo año en Irán. Segundo, en un contexto de finalización de la Détente en las relaciones internacionales, los Estados Unidos, Pakistán y Arabia Saudita respondieron armando a varios grupos extremistas islámicos que lucharon en contra de la URSS y los comunistas afganos.⁵⁷ Tercero, los tadjicos persófonos y los hazaras shiítas encontraron en la República Islámica de Irán un aliado en pleno proceso de persecución religiosa y guerra civil luego de la invasión soviética.

En un contexto de ocupación militar soviética con 115.000 soldados, y de polarización entre las etnias aunado, al factor religioso que iba *in crescendo* en

⁵⁶ Cabe mencionar que Mohammad Daud era un pashtún de la tribu Durrani que se oponía a la monarquía como régimen político y al monopolio político ejercido por los pashtunes. De allí, que haya planteado la necesidad de reformar las estructuras del Estado, democratizándolo sin atarse a la estructura social tradicional afgana dividida en etnias.

⁵⁷ Véase: BARNNETT, Rubin y otros autores, *Afghanistan reconstruction and peace: building in a regional framework*, KOFF Peacebuilding Report, Suiza, junio de 2001. Disponible *on line* en el sitio web: <http://www.swesspeace.ch>

influencia en la política del país, Afganistán se sumergió en un proceso de *desintegración social y nacional*, en donde cada etnia pugnaba por el poder en contra de la invasión soviética, pero sin un proyecto político común.

A ello se sumaba la posición norteamericana, con la denominada Doctrina Reagan, que planteaba como medida el *rollback* y cuya *meta era desmontar los resultados de la expansión soviética, no sólo en Nicaragua sino también en Angola y Afganistán* (Spanier1991:306). Mientras que la administración norteamericana condenaba la política exterior iraní con el objetivo de exportar la revolución, lo que le valió al régimen de Teherán el calificativo de “fundamentalista”, los Estados Unidos apoyó a los grupos islamistas en Afganistán a través del vecino Pakistán con el tráfico de armas.

Tras 8 años de una guerra que desgarró el tejido social afgano, la solución no se impondría como consecuencia de la imposición de un ganador interno sino por factores externos que se asociaron al proceso de reformas soviéticas con la llegada de Mijail Gorbachov en 1985. La nueva mentalidad soviética, es decir el giro en la denominada política exterior, planteaba un cambio de la imagen internacional, en busca de percepciones positivas en torno a la URSS, las que se verían cristalizadas –entre otras– con la decisión de finalizar la ocupación en 1987 y emprender la retirada. Con la disolución de la URSS en diciembre de 1991 y la independencia de los Estados del Asia Central, otros actores se sumarían a la búsqueda de intentar ejercer un control sobre los grupos étnicos en Afganistán.

Por un lado, Uzbekistán brindaría apoyo a los uzbekos afganos y al reclamo por una mayor presencia y reconocimiento en la política afgana como así también Tadjikistán a la población tadjica, que en junio de 1992 se encontró representada por primera vez en la historia política del país por el presidente Burhanuddin Rabbani. Sin embargo, éste presidente no ejercería el control pleno sobre todo el país, y en su lugar los generales Ahmad Shah Massoud (de origen tadjico) y Abdul Rashid Dostum (de origen uzbeko) intentaron doblegar el centro-sur de Afganistán en donde se encontraba la mayor resistencia pashtún al nuevo gobierno.

En este sentido, el nuevo escenario político con las tribus hazaras, uzbekas y tadjicas se *identificaba* con los países del Asia Central y se oponían a la reedición de una posible hegemonía pashtún como había ocurrido durante siglos. Sin embargo, la relativa calma desapareció cuando Pakistán consideró contrario a sus intereses que los pashtunes afganos estuvieran alejados del poder y control político del país.⁵⁸

Esto condujo a ahondar aún más el clima de guerra civil cuando hizo irrupción en la escena política el Talibán, que si bien en un principio era sólo un movimiento religioso sunnita armado e identificado con la escuela waabita de Arabia Saudita, recibió el apoyo político y económico de la etnia pashtún.⁵⁹ La polarización de

⁵⁸ En virtud de que Pakistán posee en el norte del país población étnicamente pashtún, se produjo una identificación con la misma etnia que se encontraba en Afganistán, con el objeto de revertir la influencia de los países del Asia Central en la política afgana.

⁵⁹ A lo largo de la guerra en contra de la ocupación soviética, la etnia pashtún afectada por las nuevas medidas económicas –como la colectivización de la tierra– buscó otros medios de subsistencia a través del tráfico de

Afganistán entre la Liga del Norte –representada por los generales mencionados anteriormente– y el movimiento Talibán –con el Mullah Omar como guía espiritual– condujo al país a una desintegración del Estado como institución o a lo que posteriormente se denominaría como un ejemplo de *Estado Fallido* desde una perspectiva occidental.

La llegada al poder del régimen del Talibán en septiembre de 1996 buscó restablecer un nuevo orden en Afganistán implementando la sharia, es decir el la ley islámica como fundamento para el ordenamiento político a través de un proceso de reislamización “de arriba hacia abajo”. A diferencia del caso iraní, el régimen del Talibán estaba imbuido en una aplicación estricta del Corán desde una perspectiva sunnita que generó asombro en el plano regional e internacional.⁶⁰

En este sentido, el factor religioso y étnico –que hemos identificado como fuerzas profundas en éste trabajo– se conjugaron en una dinámica particular en el caso de Afganistán. En la dimensión interna, las medidas emprendidas por el nuevo gobierno la represión a los elementos disidentes y la marginalización de las mujeres de la vida pública con la represión y la obligatoriedad de algunas normas han sido aspectos sobresalientes.⁶¹ Sin embargo, en la dimensión internacional, la alianza táctica entre el régimen del Talibán y la Organización Al-qaeda ha recibido la condena internacional.

A pesar de que el primero ha sido definido como un régimen “fundamentalista” que abolió la república y los vestigios del Estado como institución, lo cual se vio reflejado en la idea de que Afganistán era un emirato regido por lazos étnicos y religiosos –según lo había expresado el Mullah Omar en repetidas oportunidades–, el segundo era –y es– una organización terrorista⁶² que ha actuado a nivel internacional con el objeto de establecer el gobierno de Allá sobre la tierra y de purificar el Islam de los elementos impíos.⁶³ Mientras que Afganistán daba asilo a Osama Bin Laden y a Al-Qaeda para su funcionamiento logístico, estos últimos brindaban apoyo financiero e ideológico al régimen Talibán y a los denominados “*señores de la guerra*” vinculados al tráfico internacional de armas y sustancias opiáceas ilícitas.

esmeraldas y heroína, convirtiendo a Afganistán en el primer productor de amapolas. Esta situación continuaría luego con el gobierno del Talibán, que por el aislamiento y condena internacional, encontró en el tráfico ilegal el recurso financiero para mantenerse en el poder.

Asimismo, Arabia Saudita encontró en el movimiento Talibán un aliado, que compartía la forma islámica rigorista de practicar el Islam.

⁶⁰ Cabe mencionar que sólo Pakistán y Arabia Saudita reconocieron internacionalmente al régimen del Talibán como el nuevo gobierno legítimo de Afganistán. Sin embargo, la comunidad internacional mantuvo el reconocimiento del entonces presidente Rabbani, el cual mantuvo su representación en la Organización de las Naciones Unidas.

⁶¹ Particularmente en las mujeres se impuso la obligatoriedad del uso de la Burka –una túnica que las cubría de la cabeza a los pies– que en el caso de no utilizarla podían ir a prisión e inclusive perder la vida. Asimismo, las medidas del gobierno del Talibán de destruir los monumentos históricos de gran valor arqueológico para la humanidad por considerarlos paganos y fuente de idolatría –desde una perspectiva rigorista–.

⁶² A la organización Al-qaeda se le atribuyen varios atentados terroristas antes del 11-S, en las embajadas norteamericanas de Kenia y Tanzania en 1998, y en Yemen en el buque *Cole* de bandera americana en el 2000. Véase: <http://www.cfr.com>

⁶³ Cuando se habla de purificar el Islam, se hace alusión a la conversión por la fuerza o la eliminación de los chiitas con su doctrina del Imán oculto, como asimismo dar batalla al mundo cristiano occidental desviado del plan divino encabezado por los Estados Unidos.

Ahora bien, en la proyección externa el gobierno del Talibán a excepción de Arabia Saudita y Pakistán –que fueron los únicos países que le brindaron apoyo regional– ingresó en una etapa de aislamiento internacional que se acentuó aún más cuando las bases sociales que provenían de la etnia pashtún se erosionaron. Esta situación se agravó luego de los atentados del 11-S en donde la administración norteamericana responsabilizó por los hechos acaecidos a la organización Al-qaeda y a Afganistán como santuario y refugio de terroristas.

La intervención militar norteamericana –apoyada por la comunidad internacional en la lucha contra el terrorismo– puso fin a 25 años de guerra civil afgana “desde el exterior” en donde se persiguió al régimen del Talibán expulsándolo de Kabul –capital y sede administrativa– hasta el sur en la ciudad de Kandahar, considerada el bastión y sede de las operaciones militares. Finalmente, el 22 de diciembre de 2001, luego de la Conferencia de Bonn de Naciones Unidas se erigió la administración interina encabezada por Hamid Karzai, un miembro de la etnia pashtún, pero de la tribu Polpazai y el resto de los funcionarios fueron reclutados en la tribu tadjica dada la activa participación en la resistencia anti-Talibán. De esa forma, se intentaba arribar a un equilibrio étnico –pese a las tensiones reinantes– para cuando se constituyera la *Loya Jirja* encargada de establecer los controles constitucionales del país.

Aunque la administración estuvo pensada para dos años de duración, la misma se dilataría en el tiempo por varios motivos, como ser la falta de presupuesto, personal, inseguridad y violencia (en una situación análoga a la de Irak).⁶⁴ En consecuencia, los objetivos fijados por Naciones Unidas en Afganistán se centraron en lograr la Desmovilización, Desmilitarización y Reintegración (DDR) de los 10.000 soldados afganos que estuvieron al servicio del depuesto régimen (sin contar a los ejércitos locales de las provincias que superan en número al ejército regular).

Con la remoción del régimen del Talibán, la comunidad internacional se ha embarcado –como sostiene Manuel Coma– “en un esfuerzo de *nation building* en toda la regla. No sólo había que crear el Estado desde prácticamente cero, sino que el faccionalismo tradicional de la sociedad afgana, exacerbado por la historia del último cuarto de siglo, amenazaba con vaciar de contenido el concepto mismo de nación”.⁶⁵ Sin embargo, no ha sido una tarea fácil de realizar cuando continúan habiendo grandes obstáculos que se vinculan a la construcción de una única identidad y un sentimiento de pertenencia general por encima de las particularidades étnicas y religiosas que se imbrican –además– con los intereses de otros países en la región de Medio Oriente involucrados en la vida política nacional afgana.

A pesar de todos los pronósticos desalentadores en torno a las elecciones presidenciales, en donde se temía el boicot mediante el empleo de la violencia, el 3 de

⁶⁴ El contingente de efectivos militares enviados a Afganistán por la ONU –con cascos azules– y la OTAN –13.000 y 5.700 respectivamente– ha sido considerado un número escaso en virtud de que éstos se establecieron en Kabul, dejando a las provincias bajo la autoridad de los jefes locales con ejércitos propios. La Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad –cuya sigla en inglés es ISAF– en la actualidad no supera los 8.000 hombres.

⁶⁵ Para mayores detalles se recomienda ver: COMA, Manuel, “Afganistán, primer frente contra el terror”, publicado por el Real Instituto el Cano de Estudios Internacionales y Estratégicos, en la dirección de Internet disponible *on-line*: <http://www.realinstitutoelcano.org> consultada el 11 de noviembre de 2004.

noviembre de 2004 se conocieron los resultados electorales que consagraron a Hamid Karzai en el puesto de primer mandatario. En la dimensión externa, la comunidad internacional ha recibido con buenos ojos que Karzai legitime su acción de gobierno a través del voto en un claro signo de normalización democrática. Sin embargo, en la dimensión interna, se está evidenciando un apoyo “circunstancial” al nuevo presidente, con el objeto de que en un mediano plazo se retiren las tropas extranjeras para luego dirimir la institucionalidad política “a la afgana”, es decir a través de la imposición de un grupo sobre otro en donde el recurso de la violencia no ha sido dejado de lado en ningún momento.

Si bien la especificidad multiétnica ha sido un rasgo distintivo que ha caracterizado la forma de representación que han adoptado los diferentes regímenes políticos en Afganistán, otro ha sido la incidencia de las potencias extranjeras y países vecinos en la política afgana. Primero fueron los imperios británicos y rusos, luego los soviéticos, más tarde Pakistán, Tadjiquistán y Uzbekistán, y en este momento, los Estados Unidos los que condicionan los destinos del país. Esta situación da cuenta de que el pasado se repite una vez más en Afganistán, fragmentado en su interior desde el punto de vista étnico y religioso, en donde su proyección internacional como una única entidad, no deja de ser una gran incógnita a develar.

Consideraciones finales

En los últimos años, ha habido un renacer del fenómeno religioso en todo el mundo el cual ha permeado no sólo la política nacional sino también la política internacional en mayor o menor medida. Sin embargo, hemos podido ver que ha sido en la región de Medio Oriente en donde la religión ha adoptado características únicas en un mosaico de culturas, tradiciones y países que la componen.

De esta manera, hemos detectado en la construcción identitaria en los tres países seleccionados como casos de estudio dos *fuerzas profundas permanentes*, por un lado la religión y por el otro el factor étnico. Ambas, a pesar de ser diferentes, han sido factores que juntos o separados han coadyuvado a la *formación identitaria* de Irán, Irak y Afganistán. En consecuencia, según haya sido la composición étnica o la adscripción al Islam (sunnita o shiíta) de los respectivos países, hemos podido constatar el tipo de relacionamiento externo que los mismos han mantenido en el ámbito regional e internacional, como asimismo el tipo de integración y cohesión social fronteras adentro.

En este sentido, se ha identificado además de las dos fuerzas profundas *permanentes* antes mencionadas, una tercera a la que hemos denominado *fuerza profunda variable*, vinculada al tipo de régimen político que los tres países han ido adoptado, ya sea por cuestiones intrínsecas al funcionamiento mismo del sistema político o por cuestiones externas relacionadas con las intervenciones militares que han atravesado como ser en el caso de Afganistán e Irak. En los tres casos, cuando el sistema político ha dejado de dar respuestas a las demandas internas (como externas) y por ende ha dejado de ser *responsivo y reactivo*, se ha producido un cambio de los

respectivos regímenes políticos, pero atendiendo a las fuerzas permanentes que han actuado como factores identitarios difíciles de soslayar.

En el caso de Irán, circunstancias internas condujeron a un cambio del régimen político instaurando una república islámica en una sociedad que profesa el Islam en la corriente shiíta, generando una verdadera revolución. No sólo por la sustitución de una elite gobernante por otra sino también por la nueva concepción shiíta de participar activamente en el poder y todos los asuntos públicos, que hasta ese entonces se encontraba vedada según el dogma religioso shií como hemos mencionado en apartados anteriores.

Sin embargo, diferente ha sido la situación que hasta el momento han atravesado Afganistán e Irak, los cuales se insertan en una suerte de *test case*, en donde la remoción del poder de los gobiernos adversos a los intereses de los Estados Unidos condujo a sus respectivas intervenciones externas. En pos de la lucha contra el terrorismo internacional, luego de los atentados del 11-S, Afganistán e Irak ingresaron en una nueva etapa en lo que hace a la política interna de cada país, de reconstrucción de sus respectivas sociedades, como así también de relacionamiento externo con los países de la región de Medio Oriente y demás países en el sistema internacional.

Cualquiera sea la naturaleza del cambio de régimen político, las denominadas *fuerzas profundas permanentes* se encuentran presentes en la realidad política y social de cada país, ejerciendo influencia en la construcción identitaria. Más aún en los tres países estudiados en donde los factores étnicos y religiosos continúan incidiendo el derrotero político-institucional en cada uno de ellos. En ningún momento se presupone el carácter estático de la identidad, sino todo lo contrario, dado que la misma se encuentra sometida a cambios de circunstancias, presiones, como así también a la interacción con otros países con identidades similares o diferentes bien definidas.

Sin embargo, las fuerzas profundas permanentes ejercen un papel importante a la hora de identificar ese “nos” por oposición a aquellos que son los “otros” y su valoración en la proyección externa. Ello permite entender el tipo de relacionamiento externo alcanzado, ya sea de afinidad, cooperación, conflicto, alianza o enemistad que han seguido los tres países estudiados en sus respectivas vinculaciones externas a lo largo de su historia como en la actualidad, en una región convulsionada del planeta como lo es Medio Oriente.

Bibliografía

- ANSARI, Ali (2003), “Continuous Regime change from within”, en *The Washington Quarterly*, N° 26, Autumn.
 ARMSTRONG, Karen (2001), *El Islam*, Mondadori, Barcelona.
 BARAN, David (2003), “L’Etat-Major de Saddam Hussein”, *Policy Brief*, IFRI, Paris, N° 1, Mars.
 BOBBIO, Norberto (1996), *El filósofo y la política*, FCE, México.

- BRUMBERG, Daniel (2003), "The Middle East's muffled signals", en *Foreign Policy & Carnegie Endowment Special Report*, USA, nº 137, Julio/Agosto.
- CANNISTRARO, Vincent (2003), "Terror's undiminished Threat", en *Foreign Policy & Carnegie Endowment Special Report*, USA, nº 137, Julio/Agosto.
- EASTON, David (1976), *Esquema para el análisis político*; Amorrortu editores, Buenos Aires., Tercera edición.
- GENEIVE, Abdo (2001), "Iran's generations of outsiders", en *The Washington Quaterly*, Nº 24, Autumn.
- GONZALEZ VEGA, Javier (1994), *Conflictos territoriales y uso de la fuerza*, Ed. Beramax, Madrid.
- HOFFMAN, Stanley, (2002) (B) "Clash of globalization", en *Foreign Affairs*, Vol. 81, Nº 4, Julio/Agosto.
- HUNTINGTON, Samuel (1996), "Unique not Universal", en *Foreign Affairs*, Vol.75, Nº 6.
- JARRAZI, Kamal (1998), "Nuevas perspectivas en la política exterior de Irán", en *Política Exterior*, Madrid, Nº 62, Marzo/Abril.
- JOMEINI, Ruhollah Musauí (1992), *Testamento político y religioso del Líder de la Revolución Islámica y Fundador de la República Islámica de Irán*, Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Islámica de Irán, Buenos Aires.
- KAPLAN, Robert (2002), *El retorno de la Antigüedad*, Printing Books, Buenos Aires.
- KEPEL, Gilles (1991), *La revancha de Dios*, trad. Marcelo Cohen, Anaya & Mario Muchnik, Madrid.
- KOZINOWSKI, Thomas (1994), "Las relaciones entre el Asia Central y el Cercano Oriente con especial consideración del Islam", en *Contribuciones*, Buenos Aires, Nº 3.
- KÚNZLI, Arnold (1991) "En defensa de un pensamiento radical contra el fundamentalismo", en *Debats*, Barcelona, Vol. 19.
- LAKE, Anthony (1994), "Confronting Backlash States", *Foreign Affairs*, March-April.
- LOPEZ PERONA, Alfonso (1999), "Afganistán el regreso del gran juego", en *Política Exterior*, Madrid, Nº 67.
- MARTÍN MUÑOZ, Gema y otros (1996), *El Islam y el mundo Árabe*, Ediciones Mundo Árabe e Islam, Barcelona.
- MERLE, Marcel (1978), *Sociología de las Relaciones Internacionales*, Alianza, Madrid.
- NASR, Vali (2004), "Regional implications of shi'a revival in Irak", en *The Washington Quaterly*, Nº 27, Summer.
- PEREZ LLANA, Carlos (1992), *La guerra del Golfo al Nuevo Orden Mundial*, GEL, Buenos Aires.
- RENOUVIN, Pierre (1990), *Historia de las Relaciones Internacionales. Siglo XIX y XX*, Akal Textos, Madrid, 2ª edición, Tomo II, Cap. 6 y 7.
- ROY, Olivier (1999), "El fundamentalismo sunní", *Geopolítica del caos*, Madrid, Temas de Debate.
- RUBIN, Barry (2003), "Lessons from Iran", en *The Washington Quaterly*, Nº 26, Summer.
- RUSSELL, Roberto (1992), *Enfoques teóricos y metodológicos para el estudio de la política exterior*, GEL, Buenos Aires.
- SICK, Gary (2003), "Iran: confronting terrorism", en *The Washington Quaterly*, Nº 26, Autumn.
- SPANIER, John (1991), *La política norteamericana a partir de la Segunda Guerra Mundial*, GEL, Buenos Aires, Cap. 2.
- TAKEYH, R., GVOSDEV, N. (2004), "Pragmatism in the Midst of Iranian Turmoil", en *The Washington Quaterly*, Nº 27, Autumn.
- WOLIN, Sheldon (1993), *Política y perspectiva*, Amorrortu, Bs.As, Cap. I.

La lucha Global contra el Terrorismo Internacional: un análisis sobre el *(fra)*-caso de Irak y sus repercusiones en Medio Oriente

*Rubén Paredes Rodríguez**



* Publicado en Revista Invenio, UCEL, Rosario, Año 11, N° 20, junio de 2008.

Resumen: El presente artículo analiza el fracaso en Irak como consecuencia de la guerra de 2003, en el marco de la Lucha Global contra el Terrorismo Internacional iniciada por los Estados Unidos pos 11-S. En tal sentido, se abordan tres escenarios que se dan de manera coetánea en la realidad iraquí –el de libanización, el de relanzamiento de Al-queda desde Irak y el de balcanización– lo cual está generando una mayor inestabilidad en la región de Medio Oriente.

Palabras clave: Medio Oriente, Irak, geopolítica, terrorismo internacional, Al-queda, Estados Unidos, orden unipolar, acción preventiva, Irán

Abstract: This article analyses the failure in Iraq stemming from the 2003 war within the framework of the Global War on Terrorism led by the United States of America after September 11. The paper deals with three scenarios simultaneously taking place in Iraq: Lebanonization, Al-Qaida re-launching from Iraq and Balcanization. The above mention factors deepen instability in Middle East.

Key Words: Middle East, Iraq, geopolitic, international terrorism, Al-queda, United States, unipolar order, prevent action, Iran

A casi 5 años de la Guerra de Irak, lejos se está de haber logrado la tan mentada estabilidad en el país y en la región de Medio Oriente. Una de las regiones más convulsionadas en el sistema internacional y epicentro de la política internacional después de los atentados del 11 de Septiembre (11-S) de 2001 perpetrados en Estados Unidos y que dieron inicio –entre otras cuestiones– a la Lucha Global contra el Terrorismo Internacional. Desde entonces, se ha producido una traslación de la geopolítica y la geoestrategia que alguna vez se centraron en la contención del comunismo soviético, especialmente en Europa en los años de la Guerra Fría, para centrarse en Medio Oriente y en su eventual remodelación, bajo los lineamientos de la política exterior de la actual administración *neocon*¹ de los Estados Unidos en lo que dio en llamar el *Gran Medio Oriente*.

Empero, a los conflictos *in situ*, al cambio de balance de poder regional, a la competencia no explícita por el control del crudo y a la tradicional injerencia externa que ha caracterizado a la región, se le ha sumado como imperativo categórico la necesidad de un rediseño bajo la implementación o imposición de la democracia al estilo occidental como régimen político. Todo ello da cuenta de una mayor complejidad que en los últimos años se cierne sobre la misma, en donde la alteración de los equilibrios regionales ha dado resultados desconcertantes e inciertos. En este sentido, resulta paradójico que quién ha sido uno de los mayores beneficiarios del accionar norteamericano es, también, el mayor enemigo: la República Islámica de Irán. Este país se percibe así mismo como una potencia regional, capaz de tener influencia en determinados conflictos, organizaciones armadas y terroristas, y que concentra la atención de la comunidad internacional por el desarrollo del controvertido programa nuclear.

Con el objeto de comprender la situación de Medio Oriente, y desentrañar el entramado de cuestiones que giran en torno a la región, el trabajo se dividirá a los fines explicativos en dos partes. En la primera, se abordarán las consecuencias directas de los atentados sobre la agenda de política exterior de los Estados Unidos, en la cual se produce una *securitización* de la misma para hacer frente al terrorismo internacional, con objetivos y *targets* específicos que han afectado el orden internacional y Oriente Medio en particular. En la segunda parte, se analizarán cómo conviven tres escenarios inestables en torno a Irak y las consecuencias que generan para la región de Medio Oriente.

¹ El término *neocons* hace referencia al grupo de funcionarios de primera y segunda líneas (Dick Cheney, Paul Wolfowitz) académicos (Robert Kaplan, Robert Kagan, Francis Fukuyama) y periodistas (William Kristol) que integran o asesoran al Partido Republicano en la administración de George W. Bush para asuntos internacionales, los cuales abogan por una perpetuación del Orden Unipolar, con Estados Unidos como la única superpotencia para el siglo XXI. Para ellos, la *seguridad internacional* ocupa un rol central, y Estados Unidos debe hacer uso del poder sin paralelo e influencia que posee para eliminar los desafíos que conlleva la presencia de Estados peligrosos (enemigos) y del terrorismo islámico internacional. Por ende, se los identifica con el espíritu de *cruzados* desde el momento que buscan imponer la *democracia* para que el mundo se torne más seguro, sin importar los medios, es decir *intervenir* militarmente de manera *preventiva* junto a los aliados, independientemente de que se viole el derecho internacional vigente.

Los atentados del 11-S: cambios en el orden internacional y en la convulsa región de Medio Oriente

Pocos son los acontecimientos a los que se puede asistir y que configuran cambios trascendentales en la política internacional, sin embargo, el reloj de la historia lejos ha estado de detenerse, sino que por el contrario, se ha acelerado en los últimos años. Desde la caída del muro de Berlín en 1989 y la desintegración de la Unión Soviética en diciembre de 1991, la era bipolar llegaba su fin e inauguraba un período –al que se lo denominó como Pos Guerra Fría– que sería de corta duración, tan sólo de 10 años. La magnitud de los atentados del 11-S puso fin al mismo, cuando aviones de línea impactaron sobre las *Twin Towers* en el *World Trade Center*, el Pentágono y un cuarto avión fue derribado el cual, supuestamente, se dirigía a la Casa Blanca. “Los atentados, eran sobre los principales símbolos de la hegemonía norteamericana: el poder comercial y financiero, la supremacía militar y –aunque fallase su objetivo– el poder político” (Kepel, 2001: 25).

Por primera vez en años el territorio de los Estados Unidos se convertía en un blanco, pero en este caso, del terrorismo internacional con el sello de *Al-qaeda*², generando una gran conmoción al interior de las fronteras –en virtud del elevado número de víctimas– pero sobre todo –y en lo que respecta a éste trabajo– en la posición que adoptaría a nivel internacional. El 11-S actuó de ahí en más como un gran catalizador frente a la percepción de vulnerabilidad en materia de seguridad nacional e internacional para la administración republicana de George W. Bush, la cual planteó una nueva línea estratégica alejada de los presupuestos que signaron desde los albores de la Guerra Fría el diseño de la política exterior. En conmemoración de los atentados, en septiembre de 2002 se lanzó *The National Security Strategy of the United State of America* más conocida como Doctrina Preventiva de la Seguridad Nacional, donde se ponía por escrito la reformulación de la política exterior en lo que se consideró como un giro copernicano.³

Esto ha sido considerado un logro sin precedentes por parte de los denominados *Halcones* o línea dura –conocidos como *War Party* o partidarios de la guerra permanente y preventiva– en la primera administración Bush, dada la lectura particular que han venido haciendo del sistema internacional desde fines de los noventa, planteando: la predisposición a actuar de forma *unilateral* relegando el multilateralismo a una instancia marginal en temas de seguridad; la *concepción maniquea de la política internacional* entendida como una lucha entre el bien y el mal, o sea se está con ellos o con nosotros que encuentra basamento en un *moralismo absolutista* impregnado de un misticismo religioso; y el retorno a la *preponderancia de lo militar* en la agenda internacional en la lucha contra el terrorismo internacional, el cual se ha constituido en

² *Al-qaeda*, (La Base) es un grupo terrorista islámico de vertiente salafista que comenzó a operar a mediados de la década de los noventa con el objeto de recabar estadísticamente el número de *Muyaidin* (plural de guerreros) en el Norte de África y Medio Oriente. Si bien es una organización que opera de forma horizontal a través de células esparcidas en 62 países, las cuales no necesariamente tienen contacto entre sí, tiene un mentor intelectual, que es Osama Ben Laden. A la organización se le atribuyeron varios atentados antes del 11-S, entre ellos, las bombas que estallaron contra las torres Khobar en Arabia Saudita, en las embajadas norteamericanas en Nairobi (Kenia) y Dar es Salaam (Tanzania) en 1998, y sobre el destructor *Cole* de bandera norteamericana en aguas territoriales de Yemen en el 2000. Véase: JACQUARD, Roland (2001), *En nombre de Osama Ben Laden. Las redes secretas del terrorismo islámico*, Salvat, Buenos Aires.

³ Para mayores detalles los documentos *The National Security of United State of America* de septiembre de 2002 y *The National Security of United State of America II* versión revisada de marzo de 2006 se encuentran disponibles on line: <http://www.whitehouse.gov> Consultado 25 de enero de 2008.

uno de los principales enemigos en la *Cuarta Guerra Mundial* según la terminología de los *neoon*.

La otrora *contención* del enemigo dio paso a la acción *preventiva y unilateral* en una lucha entre el bien y el mal, sin importar los costos en los que se podía incurrir, en una *Long War (Guerra Larga)* que se diferencia del resto de las guerras que se han suscitado a lo largo de la historia universal, porque es asimétrica, nadie capitula ni tampoco llega a su fin con la firma de un armisticio. Según el documento oficial *Quadriennial Defense Review Report* del Departamento de Defensa de los Estados Unidos, ésta es considerada irregular, porque ha cambiado la naturaleza tradicional de la misma, ya que no es entre Estados o coaliciones de Estados, sino que es con una “red terrorista global que explota el Islam para lograr objetivos políticos radicales”.⁴

Las guerras a las que se deberá hacer frente –siguiendo a uno de los académicos *neoon* más influyente como Robert Kaplan– serán diferentes por los medios que empleará, estas no serán en contra de un enemigo grande como Hitler en la Alemania del Tercer Reich ni un bloque como lo fue la URSS con su área de influencia durante la Guerra Fría. Por el contrario, las guerras serán *sucias, y en rincones anárquicos del globo* que tendrán como epicentro el medio urbano. No sólo porque golpeará en lugares neurálgicos valiéndose de la más sofisticada tecnología (Internet, telefonía celular móvil, medios de transportes modernos, etc.) sino porque será producto de fuerzas internas complejas que la desatarán. Las condiciones sociales en algunos lugares serán el laboratorio en donde se incuben esas fuerzas que intentarán contestar a los descalabros producidos, entre otros factores, por la tan mentada globalización. Por eso las crisis futuras serán de signo *hobbesiano y malthusiano*. La primera, por el desorden o debilidad institucional en muchos países del tercer mundo, lo cual requerirá de una vuelta imperiosa a una situación de orden (léase esto intervenciones “humanitarias” o preventivas) y la segunda, por los desequilibrios demográficos producto del aumento de población joven sin esperanzas para un futuro mejor en sociedades desgarradas que los conduce a abrazar el ideario del Islam radicalizado.⁵

Ante esas circunstancias, el terrorismo internacional no atacará siguiendo los presupuestos tradicionales de una guerra, sus operaciones serán sencillas, rápidas y despiadadas y contarán con una ventaja, el no dejar huellas y generar terror en sus víctimas. En consecuencia, la respuesta –para Kaplan– debiera ser otra e implicaría una vuelta de los *antiguos guerreros*, es decir, a inmiscuirse en el terreno que le da abrigo –Estados Malévolos como los denomina– aunque haya que dejar de lado algunas estrategias militares que caracterizaron a las intervenciones norteamericanas. “Si los soldados norteamericanos no saben luchar y matar de cerca, la condición de superpotencia de Estados Unidos queda entre dicho” (Kaplan, 2002: 37). Este accionar

⁴ Para mayores detalles sobre la *Larga Guerra* en la que se encuentra Estados Unidos inmerso, se recomienda ver: *Quadriennial Defense Review Report*, Washington, 6 de febrero de 2006, p.1. También se encuentra disponible on line en el sitio web: <http://www.whitehouse.gov> Consultado 26 de enero de 2008.

⁵ En los últimos años una de las versiones del Islam radicalizado al que adscribe *Al-qaeda* ha sido el *neosalafismo*. Esta, como corriente de pensamiento política religiosa plantea una *única* interpretación del *Islam*, y la unificación del mundo islámico en un nuevo califato, y que desde perspectiva de la organización *Al-qaeda* tendría connotaciones globales. De allí, que se prescinde las dimensiones de la lógica estatal –como ser la toma del poder que no busca– pudiendo operar tácticamente en varios países a la vez, identificando a los *cruzados* como enemigos (Estados Unidos y sus aliados, Israel y los herejes e impíos shiítas que desvirtúan la pureza del *Islam*) y no poseer una agenda social, como ha caracterizado a los fundamentalismos o movimientos islamistas de bases nacionales desde los setenta y ochenta (ejemplo el Movimiento de Resistencia Islámica Hamas o el Partido de Dios Hezbollah).

debe entenderse como la necesidad de iniciar acciones bélicas en el terreno desembarazándose del denominado *Síndrome de Vietnam*.

En tal sentido, surgió the *American Great Strategy* (la Gran Estrategia Americana) como un modelo de política exterior frente a *realidades gemelas* –como sostiene John Ikenberry– *el terrorismo catastrófico y el poder norteamericano* en un contexto de Orden Unipolar peligroso, el cual tiene 7 elementos en los que se sustenta: mantener el mundo unipolar (evitando la aparición de potencias emergentes que impugnen la hegemonía), enfrentar las amenazas globales, el uso de la fuerza preventivo, la redefinición de la soberanía (la cual se torna laxa), la depreciación del conjunto de reglas y normas que constituyen el derecho internacional vigente, la acción directa militar sobre los enemigos y entender que la estabilidad del sistema internacional ya no es un fin en si mismo.⁶

En consecuencia, frente al terrorismo internacional y los Estados que lo propician o lo amparan en su propio territorio, y especialmente sobre aquellos que buscan Armas de Destrucción Masiva (ADM,) no les cabe la disuasión sino la acción directa, preventiva y unilateral en cualquier parte del mundo donde los *intereses* de la seguridad norteamericana se vean afectados o menoscabados.⁷ De acuerdo con esta lógica, Medio Oriente se ha convertido en el referente geopolítico en materia de seguridad internacional en dos aspectos. El primero, pasa por la seguridad energética y su importancia geoestratégica en lo que hace al acceso de las fuentes energéticas en el suministro de crudo que sale del Golfo Pérsico y que abastece en un 27% la demanda de la economía mundial. La región en su conjunto posee las *reservas de petróleo* más grandes del mundo estimada en 63%, entendiéndose por esto las áreas no explotadas de las que se sabe que pueden ser de fácil extracción con la tecnología e inversión realizada a través de los estudios geológicos. Asimismo, posee una *capacidad de producción* física diaria del 31%, gracias a que es una región asequible, siendo los países alrededor del Golfo Pérsico los mayores reservorios de crudo a nivel mundial.⁸

El segundo aspecto se encuentra ligado al anterior, en virtud de que si bien la región posee –como ya se hizo mención– una importancia en término de recursos energéticos estratégicos, también posee una cualidad inherente que es ser altamente *inestable*, debido a los conflictos que en su interior se suscitan y al tener un déficit estructural como lo es la ausencia de democracia. En tal sentido, la *promoción de la democracia* se ha convertido en un objetivo primordial de política exterior norteamericana junto con la *remoción* de determinados regimenes políticos considerados hostiles. En consecuencia, “los altos responsables pusieron buen cuidado en no mencionar el petróleo como un *cassus belli*, ya que tal confesión habría perjudicado sin duda el apoyo de la opinión pública a la guerra, como ocurrió con Afganistán e Irak” (Klare, 2006: 156).

⁶ IKENBERRY, John (2002); “La ambición imperial de Estados Unidos”; en *Foreign Affairs en Español*, Otoño-Invierno. Disponible on line en el sitio web: <http://www.foreignaffairs-esp.com> Consultado 24 de enero de 2008.

⁷ Cabe aclarar que por obrar de forma unilateral estamos entendiendo la capacidad de los Estados Unidos de actuar no necesariamente sólo, dado que en algunos acontecimientos ha contado con la colaboración y el apoyo de otros países, donde se prescinde de determinados marcos legales, regimenes internacionales, instancias multilaterales que a pesar de haber sido abrigadas en un determinado momento, resultan un obstáculo u obsoletas cuando colisionan con la formulación de los intereses nacionales en la política exterior o limitan los márgenes de libertad de acción.

⁸ Cabe agregar que Medio Oriente posee además el 10 % de las reservas mundiales de gas y una capacidad de producción diaria del 14,5 % a nivel mundial.

La intervención militar de carácter *preventiva y unilateral* a tales fines no debía ser supuestamente una política de puro poder o una mera demostración de fuerza; aunque los resultados como se verá más adelante dicen lo contrario. Por tal motivo, la administración Bush, adscribiendo a una versión *aggiornada* de la tesis de la Paz Democrática,⁹ terminó considerando –según Fukuyama y Mac Faul– que “la consolidación de regimenes democráticos en el Gran Medio Oriente sería de esperar para incrementar la legitimidad de los gobiernos y de esa forma reducir el apego a los movimientos antisistémicos tales como Al-qaeda” (Fukuyama & Mac Faul, 2007: 26). De ese modo, la expansión de la democracia generaría estabilidad interna y reduciría la probabilidad de conflictos entre Estados, los cuales no fomentarían el terrorismo internacional ni la adquisición de ADM.

Inmediatamente después de los atentados del 11-S, la administración norteamericana buscó los denominados *Targets*, y aplicando una ecuación directa entre terrorismo y régimen político hostil, intervino militarmente en el emirato de Afganistán donde se encontraba el régimen de los Talibán liderado por el Mullah Omar,¹⁰ el cual había permitido que Osama Ben Laden operara desde 1996 con la organización *Al-qaeda* en la provincia de Kandaghar fronteriza con Pakistán. El rápido éxito militar alcanzado con los *raids* aéreos de los F15 y F16 en el mes de octubre de 2001, se tradujo en la remoción del gobierno de los Talibán –devenido en paria internacional– y en el desplazamiento de efectivos de la OTAN sobre el terreno en pos de perseguir y terminar con los campos de adiestramientos de terroristas seguidores de *Al-qaeda*. Mientras en Afganistán se llevaba adelante la “supuesta estabilización política”, buscando instaurar la democracia como régimen político, en febrero de 2002, el presidente Bush declaraba en su discurso anual sobre el *estado de la Unión*, que los Estados Unidos estaban en una *Guerra sin Fin* y que los enemigos no eran sólo los grupos terroristas sino también los países integrantes del denominado “*Eje del Mal*”. Por vez primera, aparecían Estados claramente identificables como ser Irak, Irán y Corea del Norte, amenazando la paz y seguridad internacional en su afán de hacerse de las ADM, las cuales podían caer en manos de terroristas.

⁹ La *Tesis de la Paz Democrática* surgió como un debate en la Teoría de las Relaciones Internacionales en los últimos años de la Guerra Fría, en la cual se planteaba retomándole ideario kantiano de la Paz Perpetua un presupuesto considerado fundamental, y es que *las democracias como regimenes de gobierno suelen ser más estables en el sistema internacional y entre sí no van a la guerra*. Véanse: DOYLE, Michael (1983); “Kant, liberal legacies and foreign affairs”, en *Philosophy and Public Affairs*, N° 12, pp.205-235; OWEN, John M. (1994); “How liberalism produces democratic peace”, en *International Security*, Washington, N° 19, pp. 87-125.

¹⁰ Afganistán ha estado bajo una persistente inestabilidad política a lo largo de su historia, tanto el plano doméstico como internacional, desde los golpes de estado y guerras civiles hasta la presión de las potencias extranjeras por dominar un territorio considerado pobre pero geopolíticamente estratégico. Con la retirada las tropas soviéticas en 1988, la guerra contra la ocupación extranjera devino luego en un gobierno débil (Nahibulah) que dimitió finalmente en 1992, dando lugar a una guerra civil de carácter étnica entre los denominados señores de la guerra. La estabilidad “paradójicamente” llegó en marzo de 1996 cuando la etnia *pashtún* (la mayoritaria entre 23 que conforman en el *puzzle* demográfico afgano) apoyaron a los Talibán (estudiantes islámicos según la traducción) para crear un emirato islámico regido por el Mullah Omar. Muchos de esos estudiantes antes habían sido los famosos *muyahidín* (guerreros) que recibieron el apoyo y entrenamiento de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) norteamericana cuando Afganistán estuvo invadida entre 1979 y 1988 por la Unión Soviética.

Una vez en el poder, los Talibán islamizaron el Estado y la sociedad afgana aplicando una concepción rigorista del Islam proveniente basada en la doctrina waabita de Arabia Saudita y que junto con Pakistán fueron los únicos países que reconocieron internacionalmente al nuevo gobierno. *Al-qaeda* encontró refugio en Afganistán a cambio de apoyo económico y militar a los Talibán cuando Osama Ben Laden fue expulsado de Arabia Saudita –país que lo convirtió en un apátrida– por oponerse a la continuidad de las tropas militares norteamericanas en la base aérea de Danhar, dado que constituía una blasfemia y una afrenta que occidentales cristianos estuvieran en el suelo de los lugares Santo para el Isla: la Meca y Medina.

Para mayores detalles sobre la aparición de los Talibán en Afganistán y las vinculaciones con Occidente, se recomienda la lectura de: RASHID, Ahmed (2001); *Los Talibán. El Islam, el Petróleo y el nuevo “Gran Juego” en Asia Central*, Península/Atalaya, Barcelona.

Los planes para centrarse en Irak aparecieron oficialmente a principio de 2002, cuando se conformó en el Departamento de Estado el equipo para el proyecto *Future of Iraq, Oil and Energy Working Group Meeting* (El Futuro de Irak, grupo de trabajo sobre petróleo y energía)¹¹ para analizar la aplicación de los objetivos de la política exterior norteamericana hacia Medio Oriente: aumentar la producción de petróleo y asegurar la estabilidad de la región y los intereses de los aliados y de los Estados Unidos. Sin embargo, los planes para volver al *target* Irak, no eran nuevos, durante los noventa y los primeros años del siglo XXI, los *neocon* apelaron a la necesidad de emprender acciones militares sobre el régimen baasista de Sadam Husein en Irak.¹²

Tres han sido los presupuestos para realizar la remoción del régimen baasista iraquí: que no era una democracia, que poseía ADM –químicas y bacteriológicas– y que mantenía contactos con la red terrorista de *Al-qaeda*. A excepción del primero, y que no sorprendía a nadie, porque los países occidentales habían reconocido al gobierno de Sadam Husein desde 1979 y Estados Unidos desde 1984 -cuando el mencionado país se encontraba en guerra con el vecino Irán, los otros dos fueron desmentidos con el correr de los hechos. Empero, el fin justificaba los medios, porque Irak se convertiría según la mirada de los *neocon* en el “faro de la democracia” que irradiaría luz hacia toda la región, aunque los resultados no habían sido los esperados.

En tal sentido, democracia y estabilidad no han ido de la mano, por el contrario la primera fue en detrimento de la segunda, porque en el caso de Afganistán, los Talibán no sólo continúan operando en el sur del país en la frontera con Pakistán, sino que han perfeccionado su accionar de carácter terrorista gracias al entrenamiento recibido en los campos iraquíes como también a los nuevos elementos explosivos empleados que llevan el *made in Al-qaeda*. Una situación análoga, pero tal vez de mayor gravedad se ha puesto de manifiesto en Irak, que se sumergió desde mayo de 2003 en una *insurgencia descentralizada de bajo nivel* con varios actores subnacionales luchando entre sí, en una guerra civil confesional no declarada formalmente, a la cual se agrega la irrupción de células terroristas de *Al-qaeda* provenientes de países vecinos que ingresaron y operan en el país. Esta situación era imposible bajo el régimen de Sadam Husein, en virtud de la represión que llevaba adelante sobre elementos disidentes como también por no compartir el sustrato religioso en la esfera de lo público, dado que desde una perspectiva político-ideológica, era un régimen socialista, nacionalista y laico.

En ambos países el *enemigo* ya no está afuera sino adentro generando cada vez más víctimas civiles y en las tropas de ocupación, y paradójicamente en condiciones en las que se han instaurado “regímenes democráticos” sustituyendo a la entonces “tiranía” por la reinante “anarquía” en Estados que en la actualidad –y fuera de todo cálculo

¹¹ Véase el documento oficial: FUTURE OF IRAQ: OIL AND ENERGY WORKING GROUP MEETING, Department of State, Washington, marzo de 2002, disponible en su versión electrónica en <http://www.state.gov> Consultado 1 de febrero de 2008

¹² Esto se puede corroborar haciendo una lectura de los artículos de los *Think Tanks* americanos donde publican los lineamientos de política exterior: *New American Century*, *The Heritage Foundation*, *America Enterprise Institute Weekly Standard* y *The Atlantic*. Con relación a esta última revista, en el artículo “A post Sadam Husein Scenario” de Robert Kaplan publicado el 2 de noviembre de 2002 –unos meses antes de la Guerra de Irak– se daba por descontada la misma y cómo se debía administrar el país y con qué medios. Lo sorprendente de este artículo es la antelación en la que se describen los acontecimientos cuando aún no habían ocurridos, y la necesidad de remover al régimen baasista del poder como un objetivo primordial en la política exterior de la administración George W. Bush. Se recomienda ver: KAPLAN, Robert; “A post Sadam Hussein Scenario”, en *The Atlantic*, Washington, 2 de noviembre de 2002. Disponible on line en: <http://www.theatlantic.com/> Consultado 28 de enero de 2008.

previsto— se han convertido en *fallidos*. A ello se suma que en la región de Medio Oriente el juego democrático no ha llevado al poder a gobiernos aliados o amigos, sino que por el contrario ha permitido que asuman grupos considerados terroristas como el Hamas en enero de 2006 en la Autoridad Nacional Palestina o el Hezbollah en el 2005, que obtuvo 14 diputaciones y 2 ministerios en el Líbano. Claramente, la simbiosis entre el terrorismo transnacional y el terrorismo de base nacional ha tornado aún más compleja la situación, en donde ha crecido el sentimiento antinorteamericano en la región inclusive en países aliados.

Escenarios movedizos en torno al (*fra*)-caso de Irak: Inestabilidad en Medio Oriente

Cuando una guerra se encuentra en marcha se tienen en cuenta una serie de indicadores para saber si se está logrando el objetivo planeado, medidos en término de éxito o de fracaso. En esta se reconocen algunos avances, como ser la remoción del régimen Talibán en noviembre de 2001 en Afganistán, considerado el santuario de *Al-queda* como base operacional en el planeamiento de nuevos atentados, la muerte de varios de sus miembros —entre ellos la de Abu Musab al Zarqawi en Irak— la captura de algunos y la dispersión de la organización. A ello se suma, la cooperación internacional de los servicios de inteligencia en el suministro e intercambio de información, como así también el trabajo de Naciones Unidas en el tratamiento multilateral de las cuestiones vinculadas al terrorismo internacional, delitos conexos y medios para combatirlo.

Sin embargo, teniendo en cuenta lo mencionado en párrafos anteriores, “la victoria” como objetivo de la lucha contra el terrorismo internacional según las palabras del presidente Bush, dista mucho de haberse alcanzado en presencia de un enemigo disperso que da la sensación de estar actuando en todas partes pero a la vez en ninguna.¹³ El documento desclasificado *The National Intelligence Estimate* publicado en abril de 2006,¹⁴ planteó que la amenaza del terrorismo internacional se ha extendido numérica y geográficamente entre *Al-queda*, sus células y los grupos terroristas independientes de base nacional, para los cuales la situación de Irak se ha convertido en una causa célebre para los *jihaidistas* en y desde ese país hacia el mundo. Así ha quedado demostrado en los atentados perpetrados en Bali (2003), Madrid (2004) y Londres (2005), donde se reivindicó a través del terror el sufrimiento que atraviesa el pueblo iraquí desde 2003. La capacidad de adaptarse a las medidas antiterroristas aplicadas por los Estados inclusive evitando los controles de frontera, a través del robo y falsificación de documentos, el movimiento y lavado de dinero en la banca privada internacional, sumado al uso de las tecnologías de información como Internet, les ha permitido gestionar, reclutar y operar en diferentes partes del planeta a bajo costo, primero de manera virtual y luego real, valiéndose de la globalización como su ámbito natural y como el medio más idóneo para su accionar.

¹³ Para ver las declaraciones de George W. Bush sobre la estrategia y los objetivos de la lucha global contra el terrorismo internacional, véase CALVO, Juan Manuel; “Bush rechaza un cambio estratégico en el despliegue en Irak”, en *El País*, 22 de octubre de 2002. Disponible on line en <http://www.elpais.es> Consultado el 22 de octubre de 2006.

¹⁴ Se recomienda ver el documento oficial: *DECLASSIFIED KEY JUDGMENTS OF THE NATIONAL INTELLIGENCE ESTIMATE. TRENDS IN GLOBAL TERRORISM: IMPLICATIONS FOR THE UNITED STATES*, Office of the Director of National Intelligence, Washington, abril de 2006. Disponible en el sitio on line: <http://www.dni.gov> Consultado

El escenario geopolítico en Medio Oriente, una vez finalizada la guerra, ha sido y es lo que más incertidumbres despierta, dado que va a requerir de una *alta ingeniería geoestratégica* en un futuro considerado largo y problemático, no sólo vinculado a la continuidad de las fronteras del actual Irak sino también a los intereses del mundo árabe–musulmán. Los Estados Unidos han declarado la necesidad de hacer de Irak un país “estable y democrático” una vez cumplidas una serie de etapas en las que se establecería primero una administración militar no inferior a dos años durante el denominado proceso de *estabilización*, seguida por una etapa de *transición* del poder a los iraquíes que culminaría en una tercera etapa de *transformación* en la que se delegaría la soberanía del país al pueblo iraquí.

Cuando el presidente Bush declaró el 1º de mayo de 2003 el fin de la Guerra de Irak desde el portaviones Abraham Lincoln, ello no implicó pasar de los planes militares a los políticos. En el mes de junio, la administración a cargo del General Gardner tuvo que pasar el poder a la Autoridad Provisional (de ocupación) a cargo del diplomático Paul Bremer con motivo de la *insurgencia descentralizada de bajo nivel* desatada al interior de Irak. Ante el aumento de la violencia interna, el 28 de junio de 2004 se produjo el traspaso del poder a Iyad Alawi como primer ministro, el cual tuvo que negociar el texto de la nueva constitución iraquí como así también llamar a elecciones para elegir “democráticamente” las nuevas autoridades políticas. En enero de 2005, la Alianza Unidad de Irak –conformada por el partido Dawa y el Consejo Supremo de la Revolución Iraquí– ganaron las elecciones rompiendo con más de setenta años de tradición política en Irak, cuando asumió como primer ministro un shiíta -Nuri al Maliki.¹⁵ Desde la conformación del Estado moderno en Irak en la segunda década del siglo XX, lo sunnitas gobernaron el país siendo minoría (aproximadamente un 20%) frente a una mayoría shiíta del 63%, motivo por el cual la violencia interna se inició con el desplazamiento del poder político de los sunnitas alterando no sólo el *statu quo* del país sino también de la región de Medio Oriente.

A pesar de que la administración Bush ha intentado demostrar el éxito en Irak, aduciendo que el país goza de estabilidad, unidad y seguridad, integrado a la comunidad internacional en la lucha global contra el terrorismo internacional, el devenir de los hechos hace que diste ampliamente de la realidad. En tal sentido, tres escenarios inestables se dan en la realidad iraquí, los cuales no son excluyentes mutuamente sino que conviven generando una sinergia de violencia e inseguridad, a la hora de analizar el verdadero (*fra*) caso de Irak.

El primer escenario se lo puede denominar de *libanización*,¹⁶ en virtud de la guerra civil etno-religiosa que se ha desatado –fuera de toda previsión norteamericana– dado de que Irak ha devenido –al igual que Afganistán– en un *Estado Fallido*. La característica central de estos Estados *es la ingobernabilidad*,¹⁷ y la ausencia de sus funciones básicas, motivo por el cual, no sólo atenta contra los propios ciudadanos sino que también constituyen una amenaza a la seguridad regional e internacional.

¹⁵ Teniendo en cuenta que la nueva constitución de Irak adopta el modelo federal, los cargos de presidente y vicepresidente de la república se repartieron siguiendo el criterio de representación étnica y religiosa. Así el cargo de presidente recayó en Talabani (kurdo) y el de vicepresidente en Hashami (sunnita).

¹⁶ Se emplea el término *libanización* para hacer referencia a la guerra civil del Líbano entre 1975 y 1990 donde se enfrentaron tres comunidades: la cristiana maronita, la chiíta y la sunita apoyada por los palestinos refugiados en dicho país.

¹⁷ Véase: DORF, Robert (2005), “Failed states alter 9/11: What did we know and what have we learned?,” en *International Studies Perspectives*, N°6, pp. 22.

En otras palabras, Irak es una suerte de gran muñeca rusa (Mamushka) que se enfrenta a las tropas de ocupación de la coalición, en cuyo interior se encuentra otra muñeca del mismo tenor y así sucesivamente en las que se enfrentan todas las comunidades contra las tropas de ocupación de la coalición. Los shiítas contra los sunnitas, los shiítas en el gobierno de Al Maliki contra los shiítas seguidores de las brigadas de Moqtada -al-Sard opositora al régimen democrático republicano. Los sunnitas contra shiítas, por ser en la actualidad comunidades enfrentadas, los sunnitas en el gobierno contra los sunnitas que pertenecieron al Partido Baas de Sadam Hussein y los sunnitas contra los turcómanos y kurdos que siempre buscaron independizarse y quedarse con la región petrolera de Kirkuk al noreste del país.

“La lealtad sectaria es la norma en el Irak actual (pertenecer a la secta equivocada en el lugar equivocado es suficiente para que a uno se le degüelle) y las perspectivas de una reconciliación en un futuro previsible son poco halagüeñas” (Norton, 2007: 2). Si en el 11-S murieron 3000 ciudadanos norteamericanos, en lo que ha ido del 2007 entre enero y septiembre ha habido 9 11-S. Los números dan cuenta de ello: 650 mil iraquíes muertos, 2 millones de refugiados en países vecinos, 2 millones de desplazados al interior del país –lo que ha generado una situación de reequilibrio demográfico peligroso en la que la población se reagrupa según la identificación religiosa, rompiendo la tradicional convivencia– y 3600 bajas en la coalición. Esto conduce a pensar que la violencia a diario entre las diferentes comunidades y los atentados contra las tropas de ocupación demuestra lo difícil que es construir una democracia estando ocupado el país.

El segundo escenario, luego de finalizada la guerra, es una de las consecuencias menos esperadas y se lo puede denominar como *el relanzamiento de Al-qaeda desde Irak*. Uno de los pretextos esgrimidos por Estados Unidos para intervenir *unilateralmente* y de forma *preventiva* en Irak, era que el régimen de Sadam Hussein mantenía contactos con *Al-qaeda* y podía llegar a suministrarle a la organización terrorista ADM, afectando la seguridad internacional. Este motivo nunca tuvo asidero en la realidad debido a que los fines políticos tanto de uno como del otro actor eran antagónicos. El primero era un régimen laico, nacionalista e impregnado por la ideología socialista y que sólo se había valido por cuestiones pragmáticas de la apelación a la religión, mientras que el segundo plantea como fundamento del orden político global a la religión islámica, la unidad del mundo árabe musulmán en una comunidad islámica no atada a bases nacionales, además de haber nacido como una organización *neosalafista* y anti-comunista como consecuencia de la invasión de la ex Unión Soviética a fines de los setenta.

La gran paradoja –como sostiene Escobar Stemman– “es que la intervención militar en Irak ha sido determinante en la evolución del movimiento yihadista global, pues le ha permitido volver al corazón del mundo árabe tras años luchando en el exilio, en lugares como Afganistán, Bosnia, Kosovo o Asia central. Irak es hoy escuela del nuevo yihadismo transnacional, centro de entrenamiento y reclutamiento y polo magnético para muchos terroristas” (Escobar Stemman, 2007: 65-66).

El *Estado Fallido* en el que se ha convertido Irak, sin control de las fronteras nacionales, ha permitido la entrada de unos 170 mil combatientes en lo que se considera el laboratorio de entrenamiento *yihadista* más grande del mundo, aprovechando *in situ*

la presencia de las tropas de ocupación. De esa manera, una vez expulsada de Afganistán, *Al-qaeda en la tierra de los ríos* (por el Tigris y el Éufrates que atraviesan el país), es el nombre que posee la organización en Irak, donde se entrena enfrentándose al ejército más importante del mundo y con las armas más sofisticadas, de la fuerza aérea y la marina norteamericana.

Desde Irak, ésta nueva *Al-qaeda*, ha identificado dos enemigos. Por un lado, el denominado *enemigo próximo*, integrado por los eufemísticamente llamados regímenes moderados no democráticos –o sea los regímenes árabes autocráticos pro norteamericanos como Arabia Saudita, Jordania y Egipto– Israel el aliado natural de los Estados Unidos en Oriente Medio, y por último, los shiítas, considerados herejes según la concepción rigorista que la organización profesa del Islam.¹⁸ Por otro lado, está el denominado *enemigo lejano*, integrado por los Estados Unidos y el mundo occidental, cristiano y además cruzado, que ha hecho daño al Islam durante siglos con la modernidad atea ajena a la idiosincrasia de la región de Oriente Medio y del mundo islámico sunnita.

El tercer escenario que se está editando de manera coetánea en la realidad iraquí de manera lenta y progresiva –junto con los otros dos antes mencionados– es lo que se da en llamar la *balcanización de la región de Medio Oriente*.¹⁹ La Guerra de Irak produjo una alteración del balance de poder regional, cuando apareció otro Estado

¹⁸ La separación al interior de la religión islámica entre diferentes confecciones o sectas se produjeron con motivo de la muerte del Profeta Mahoma en el 632 d.c. y la discusión generada en torno a quién lo sucedería como líder en la *Umma Islami* (comunidad islámica) que había logrado conformar. En este sentido, fueron dos los criterios prácticamente irreconciliables que se presentaron, por un lado estaban a aquellos que sostenían que el sucesor debía ser una persona ligada a Mahoma, que hubiese participado en la generación de la *Umm Islami* en los años en que la presidió y que por conocer la *sunna* –es decir las costumbres, dichos y hechos del profeta mientras vivió y supo impartir– debía ser por consiguiente la autoridad legítima en convertirse en el primer Califa. Por el otro, estaban los que decían que sólo se debía tener en cuenta los lazos sanguíneos a la hora de nombrar el sucesor y para ello proponían a Alí, quien era primo y a la vez yerno de Mahoma, casado con su hija Fátima.

Finalmente, la primera posición fue la que ganó, y nombró a un amigo de Mahoma –Abu Bark de la familia de los Omeyas– como primer *Rashidun* o Califa. Los celos y conspiraciones de aquellos que sostenían que respetando los lazos sanguíneos se podía seguir con la labor emprendida por Mahoma, dio lugar que aparecieran los Shia-a-Alí, es decir, los partidarios de Alí. Este último, fue nombrado como el cuarto Califa y heredero legítimo según los shiítas, además de ser considerado el hombre más piadoso y el primer convertido al Islam, el cual murió asesinado en el 661, producto de las ambiciones de poder de los que deseaban retornar a la línea de sucesión dinástica de la familia Omeya.

Las rivalidades continuarían entre ambas posiciones, la sunnita y la shiíta, lográndose un distanciamiento después de dos hechos: el primero, se produjo en el 683 bajo el gobierno del sexto Califa sunnita cuando Hussayn, hijo de Alí, peleó sin éxito en Kerbala (territorio actual de Irak y cuarto lugar santo para los shiítas después de la Meca, Medina y Jerusalén) para acceder al Califato. La muerte de Hussayn –nieto de Mahoma e hijo de Alí– ahondaría las diferencias entre ambas, debido a que en esa guerra moría en brazos del padre el pequeño hijo y heredero según los lazos sanguíneos shiítas. El segundo hecho se produjo en el año 874 de nuestra era, cuando muere el undécimo imán, el cual tenía un hijo que se tuvo que esconder –según los shiítas– con el objeto de salvar su vida de la lógica despiadada del poder. Para los shiítas, Abu al Qasim Muhamad o el Imán Oculto fue eclipsado por Alí, con el propósito de que retorne a la tierra, con el fin de terminar con los gobiernos impíos y traidores desde los tiempos de los tres primeros Califas.

De esta manera, los shiítas, se alejan de los sunnitas al conferirle a la religión una suerte de esoterismo, de no estar ligado a la lógica del poder y de los gobiernos impíos, de abocarse a la vida piadosa y el descrédito de la política y a la de esperar el regreso del Imán Oculto (duodécimo). Cabe mencionar, que los sunnitas y *Al-qaeda* rechazan estos presupuestos dogmáticos por considerarlos una herejía que no tiene relación con lo expresado en el Corán y las enseñanzas impartidas por Mahoma mientras estuvo en la tierra. Esto explica porqué hasta la Revolución Islámica de Irán, era el Islam shiíta practicado en la esfera de la vida privada, rompiéndose ésta interpretación con el Ayatollah Jomeini, quien sostuvo que hasta tanto el Imán oculto regrese, no se deben acatar los designios de los gobiernos impíos –como los del Sha Reza Pahlevi– y llamó a los iraníes a abandonar la abstención política.

¹⁹ El concepto *balcanización* se emplea para denotar la desintegración lenta de Irak afectando a la región en su conjunto como ocurrió con los Balcanes, epicentro de la I Guerra Mundial y de la Guerra de Yugoslavia en la última década del siglo XX.

(étnicamente árabe) pero confesionalmente shiíta, convirtiéndose en una fuente de temor en el resto de los países árabes sunnitas. Si bien se estima que el número de shiítas en el mundo alcanza a 130 millones, constituyendo el 10% del total de los musulmanes, estos se encuentran particularmente en Irán, Irak, El Líbano, el norte de Arabia Saudita y Bahrein formando lo que se denomina el *Gran Creciente Shiíta*.²⁰

Países como Egipto, Arabia Saudita y Jordania advirtieron a Estados Unidos antes de la Guerra de Irak sobre las consecuencias geopolíticas si se removía el régimen baasista (y sunnita) de Sadam Hussein, especialmente porque la instauración de una democracia, por vía de elecciones libres, iba a permitir que el peso de la demografía se reflejara en la constitución de un gobierno shiíta. Por tal motivo, el único beneficiario de la Lucha Global contra el Terrorismo Internacional iba a ser la República Islámica de Irán, país enemigo de los Estados Unidos con influencia sobre las poblaciones shiítas en Medio Oriente.

Esto está demostrando la injerencia de otros países apoyando a las diferentes comunidades al interior de Irak (escenario uno), contando además con la presencia de *Al-Qaeda*, no sólo entrenándose (escenario dos) sino también oponiéndose al gobierno shiíta de Nuri Al Maliki. El *Gran Creciente Shiíta* forma un arco alrededor de Irán, potencia regional no reconocida, que ha logrado usufructuar activamente el accionar de la administración Bush en Medio Oriente, primero porque se deshizo del régimen enemigo del Talibán –con el cual estuvo a punto de ir a la guerra en el otoño de 1998– y segundo, porque la Guerra de Irak, removió al régimen del archienemigo Sadam Hussein, con el cual estuvo en guerra entre 1980 y 1988.

Esta situación está provocando lo que se denomina una *Proxy War* –o Guerra de Delegación– de carácter latente en la que cada país se encuentra dirimiendo sus intereses a partir de la evolución de los acontecimientos en Irak. Arabia Saudita apoyada por Egipto y Jordania posee un particular recelo para con Irán que ha logrado sumar un nuevo país a su área de influencia. La media luna shiíta tiene la característica de trascender las fronteras del Estado nación logrando la identificación de las poblaciones con la diplomacia de Teherán, lo cual ha quedado al descubierto en el apoyo que La República Islámica brindó al Hezbollah en el Líbano y a Hamas en la Autoridad Nacional Palestina en la guerra en contra de Israel en el verano de 2006, poniendo de manifiesto la falta de apoyo explícito del mundo árabe. Asimismo, desde el punto de vista de los recursos estratégicos, Irak e Irán representan la segunda y tercera reservas de crudo comprobadas respectivamente, lo cual amenaza a los intereses sauditas en el marco de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), especialmente si las fronteras iraquíes se desintegran dando lugar a nuevos Estados o la anexión de los shiítas iraquíes a Irán.

El 6 de diciembre de 2006, el Grupo de Estudio sobre Irak, integrado por el ex secretario de estado James Baker (republicano) y el ex congresista (demócrata) Lee Hamilton redactaron un informe advirtiendo a la administración Bush que *la situación en Irak es grave, y de continuar se profundizaría el deterioro que se vive en el país*. En consecuencia, recomendaron profundizar los esfuerzos diplomáticos, *poner fin a la ocupación militar* para que se produzca la reconciliación nacional iraquí y evitar el enfrentamiento etno-religioso, pero por encima de todas las cosas, abogaron por llegar a un *compromiso con Irán* dada su reconocida influencia sobre la comunidad shiíta en el

²⁰ TERHALLE, Maximilian (2007), “Are the Shia rising”, en *MIDDLE EAST POLICY*, Vol. XIV, N°. 2, verano, p.69.

actual Irak.²¹ La respuesta oficial al informe fue diametralmente opuesta a la recomendada, por un lado, no sólo se aumentó el número unidades de combate a 160 mil en el teatro de operaciones, sino que también se negó a reconocer al régimen de los ayatollahs de Irán en consonancia con una política que se viene sustentando desde 1979 cuando se produjo la Revolución Islámica en Irán.

A este complejo panorama se suma un dato no menor que tiene en vilo a la comunidad internacional, a los países árabes y a los Estados Unidos en particular, que es la posibilidad de que Irán obtenga a través de su programa nuclear la bomba atómica. Sobre todo, porque los *neocon* han venido abogando por el *target* Irán como la única forma de frenar las pretensiones nucleares de Teherán. En este caso, y a diferencia de lo ocurrido con Irak, no se ha hecho ninguna vinculación con *Al-qaeda*, sin embargo, en diciembre de 2007 la administración Bush incluyó por primera vez en la lista de organizaciones terroristas a los *Pasdarans* (Guardia Republicana) que es la fuerza militar regular de Irán. Esto ha encendido una señal de alarma, porque de acuerdo con la política exterior norteamericana, se podría emprender una *acción unilateral y preventiva* cuando se amenazan los intereses de seguridad nacional de los Estados Unidos.

Ahora bien, Irán no es Irak en el juego de la política internacional ni en Medio Oriente, aunque los denominados *halcones* norteamericanos contemplan poner fin al programa mediante el empleo de la fuerza, lo que sin duda puede resultar muy riesgoso y de consecuencias difíciles de predecir. Los juegos de guerra tan habituales a la hora de realizar un ataque por parte de Estados Unidos han demostrado desde el 2004 la dificultad y los costos en el caso que la vía diplomática no resulte.²² Sin embargo, para algunos se preferiría incurrir en dichos costos con una acción militar directa que convivir con un Irán nuclear, de allí que la cuestión sea en clave al estilo Hamlet: ¿bombardear o no bombardear?

Aunque el poderío militar norteamericano está en condiciones de asestar un duro golpe sobre Irán, la *respuesta asimétrica* que se espera por parte de este país puede generar resultados incalculables y difíciles de predecir, sobre todo porque pueden influir agravando más la situación de violencia que se vive a diario en Irak para con los efectivos militares norteamericanos y de la coalición, que se encuentran empantanados en el desierto iraquí.

En otras palabras, resulta interesante lo que Stanley Hoffmann plantea en el *Choque de Civilizaciones*, cuando sostiene lo negativo que puede resultar por parte de los Estados Unidos, la combinación de una retórica de superioridad con diseños mal definidos, aunado al peligro de caer en una *tentación unilateral*, prescindiendo de los acuerdos y organizaciones internacionales e imponiendo los valores y el poder norteamericano *como todo lo que se necesita para el orden mundial*.²³ Esto pone de manifiesto los límites del accionar realizado hasta el momento, sobre todo en la región

²¹ Para mayores detalles, véase el informe: *IRAQ STUDY GROUP REPORT*, United States Institute of Peace, Washington, diciembre de 2006. Disponible on line en: <http://www.usip.org> Consultado 1º de febrero de 2008.

²² En el 2004 los juegos de guerra realizados por el Pentágono junto a especialistas en relaciones internacionales, entre ellos Graham Allison, analizaron la factibilidad de emprender un ataque sobre Irán, tratando de emular el accionar sobre Irak en marzo de 2003. Los resultados en ese entonces resultaron sombríos y demostraron las dificultades y los costos en los que se podía incurrir. Para mayores detalles se recomienda la lectura de FALLOWS, James (2004); "Will be Iran the Next?", en *The Atlantic Monthly*, December. Disponible on line en: <http://www.theatlantic.com> Consultado 30 de enero de 2008.

²³ HOFFMANN, Stanley (2002); "Choque de Globalizaciones", en *Foreign Affairs en Español*, otoño- invierno. Disponible on line en el sitio web: <http://www.foreignaffairs-esp.com> Consultado 29 de enero de 2008.

de Medio Oriente, la cual se ha vuelto tan inestable como las movedizas arenas que caracterizan la topografía del lugar.

Bibliografía

- DECLASSIFIED KEY JUDGMENTS OF THE NATIONAL INTELLIGENCE ESTIMATE. TRENDS IN GLOBAL TERRORISM: IMPLICATIONS FOR THE UNITED STATES (2006), Office of the Director of National Intelligence, Washington, Abril.
- DORF, Robert (2005), "Failed states alter 9/11: What did we know and what have we learned?", en *International Studies Perspectives*, N° 6, pp. 20-34.
- DOYLE, Michael (1983), "Kant, liberal legacies and foreign affairs", en *Philosophy and Public Affairs*, N° 12, pp. 205-235.
- ESCOBAR STEMMAN, Juan José (2007), "La nueva Al Qaeda", en *Política Exterior*, Madrid, N° 119, Septiembre/Octubre, pp. 63-77.
- FALLOWS, James (2004) "Will be Iran the Next?", en *The Atlantic Monthly*, December.
- FUKUYAMA, Francis y MAC FAUL, Michael (2007), "Should democracy be promoted or deviated?"; en *The Washington Quarterly*, Washington, Vol 31, N° 1, Winter, pp. 23-45.
- FUTURE OF IRAQ: OIL AND ENERGY WORKING GROUP MEETING (2002), Department of State, Washington, Marzo.
- HOFFMANN, Stanley (2002), "Choque de Globalizaciones", en *Foreign Affairs en Español*, Otoño- Invierno.
- IKENBERRY, Jhon (2002), "La ambición imperial de Estados Unidos"; en *Foreign Affairs en Español*, Otoño- Invierno.
- IRAQ STUDY GROUP REPORT (2006), United States Institute of Peace, Washington, Diciembre.
- JACQUARD, Roland (2001), *En nombre de Osama Ben Laden. Las redes secretas del terrorismo islámico*; Salvat, Buenos Aires.
- KAPLAN, Robert (2002), *El retorno de la Antigüedad*, Printing Books, Buenos Aires.
- KEPEL, Gilles (2001), "Los hechos del 11 de septiembre", *El mundo después del 11 de septiembre de 2001*, Península/Atalaya, Barcelona, pp. 25-43.
- KLARE, Michael (2006), *Sangre y Petróleo. Peligros y consecuencias de la dependencia del crudo*, Tendencia Editores, Buenos Aires.
- NORTON, Augustus (2007), "La estrategia norteamericana en Oriente Medio: luchando por evitar el fracaso", *ARI*, Real Instituto Elcano, Madrid, N° 24, 15 de marzo, pp. 1-6.
- OWEN, John M. (1994), "How liberalism produces democratic peace", en *International Security*, N° 19, pp. 87-125.
- QUADRIENNEL DEFENSE REVIEW REPORT (2006), Department of Defense, Washington, 6 de febrero.
- RASHID, Ahmed (2001), *Los Talibán. El Islam, el Petróleo y el nuevo "Gran Juego" en Asia Central*, Península/Atalaya, Barcelona.
- TERHALLE, Maximilian (2007), "Are the Shia rising", en *MIDDLE EAST POLICY*, Vol. XIV, N°. 2, Verano, pp. 69-83.
- THE NATIONAL SECURITY OF UNITED STATE OF AMERICA II (2006), Department of State, Washington, Marzo.
- THE NATIONAL SECURITY OF UNITED STATE OF AMERICA (2001), Department of State, Washington, Septiembre.

Identidad y fuerzas profundas en China

La influencia de la experiencia histórica en la
formulación de la política exterior

Carla V. Oliva



Resumen: Este artículo analiza a la tradición imperial como un rasgo distintivo central proveniente de la experiencia histórica de la República Popular China. Durante la extensa etapa imperial la búsqueda de la unidad territorial y política y la influencia en la región asiática se desempeñaron como constantes, transformándose en fuerzas profundas de la política exterior china. En virtud de ello, el trabajo estudia ambas fuerzas profundas derivadas de su formación histórica y explica cómo se manifiestan en el diseño de la política exterior china actual.

Palabras clave: China, política exterior, fuerzas profundas, historia

Abstract: This article analyses the imperial tradition as a central aspect that comes from the Popular Republic of China's historic experience. During the imperial stage, the search for political and territorial unity and the influence in Asia were constants that turned into deep forces within Chinese foreign policy. It also discusses the rise of both forces derived from its historic conformation and explains its presence as key understandings of current Chinese foreign policy.

Key Words: China, foreign policy, deep forces, history

Este artículo se propone analizar los rasgos identitarios emergentes de la tradición imperial china como fuerzas profundas provenientes de su experiencia histórica que están presentes en la política exterior china contemporánea. Se establece el contexto histórico en el cual dichos rasgos surgen y evolucionan y cómo se plasman en la formulación e implementación de la política exterior actual.

A lo largo del proceso de conformación del Imperio Chino se observa una búsqueda constante de unidad territorial y política y una notable influencia cultural, política y económica en la región asiática. Ambos rasgos propios de la experiencia histórica china constituyen fuerzas profundas con influencia en la formulación de su política exterior actual. Si bien existen otros rasgos identitarios que también inciden en dicha política –la dimensión territorial, por ejemplo– el objeto de estudio de este artículo se circunscribe a los antes mencionados.

En el primer apartado se analiza la tradición imperial china destacando algunos acontecimientos centrales correspondientes a las políticas de las diferentes dinastías, con la finalidad de explicar a la tradición imperial de la China Milenaria como rasgo primigenio de su identidad. De ese recorrido se desprenden la búsqueda de unidad territorial y política y la influencia en los países vecinos como constantes que se traducen en fuerzas profundas que se manifiestan en la política exterior. Seguidamente, se desagrega el rol de dichas fuerzas profundas en la dimensión político-diplomática, cultural y económico-comercial de política exterior china actual.

En el segundo apartado se estudian los postulados de la estrategia pacifista adoptada como doctrina de política exterior por el gobierno chino, denominada “Desarrollo Pacífico”. Se subraya que la idea confuciana de armonía vinculada al pacifismo, propia de la política exterior china actual, se sustenta en su experiencia histórica, principalmente en sus relaciones con la región asiática.

La identidad china como resultante de la experiencia histórica. La tradición imperial de la China milenaria

La civilización china es una de las más antiguas conocidas por la humanidad, con registros de historia escrita que datan de unos 4.000 años. Su riqueza cultural se funda en el acervo filosófico y artístico y en las contribuciones al progreso humano a través de sus numerosos inventos, entre los cuales se destacan la brújula, el papel y la imprenta. El orgullo chino por el legado imperial se mantiene hasta la actualidad, en tanto China se ve a sí misma como la civilización de más larga supervivencia en el mundo. Esta valoración se pone de manifiesto en la denominación “Reino del Centro”, o “País del Centro”, que se desprende de la traducción literal de los caracteres que conforman la palabra China en idioma mandarín. La conciencia y el aprecio por sus raíces históricas desempeñan un papel nada desdeñable en su visión actual del mundo.

La percepción china de su propia historia se basa en un esquema cíclico de la naturaleza, simbolizado en las fases de la luna, y en la idea de la correspondencia de sus leyes con la historia humana. Esta percepción se asocia al ascenso y caída de las cortes reinantes, desarrollándose la noción del ciclo dinástico. Así, la historia china anterior a 1911, año en que se inicia la revolución se divide siguiendo a las dinastías gobernantes,

en contraste con la tradición histórica occidental, para la cual los eventos se suceden en una progresión lineal antes que en una repetición cíclica (Roberts, 2002: 15-21).

Según Gernet (2005), para establecer los rasgos de la larga y compleja evolución del mundo chino es mejor detenerse en los grandes y profundos cambios y no en la historia de los acontecimientos. En función de la historia de las técnicas, el autor destaca cuatro grandes cambios en la historia de China. En primer lugar, se refiere al paso del neolítico a la edad del bronce hacia 2100 A.C. como un período caracterizado por la existencia de ciudades – palacio y enclaves dentro de poblaciones no chinas, por una jerarquía de familias nobles divididas en linajes principales y secundarios, detentadoras de privilegios otorgados por el rey y con cargos hereditarios, y por la confusión existente entre las funciones religiosa, guerrera, política y económica. En segundo término, el autor citado menciona la formación del estado centralizado en el siglo III AC, tras la destrucción del sistema de feudos y de las transformaciones provocadas por los grandes reinos de finales de la Antigüedad. En esta etapa, el estado se diferencia de la persona misma del soberano, se articula en circunscripciones administrativas, se dota de leyes penales y administrativas uniformes, se rige por magistrados especializados, escogidos, nombrados y revocables. En tercer lugar, se refiere al establecimiento del estado mandarinal alrededor del año 1000. Su llegada fue posible gracias a la disolución de las antiguas aristocracias de China del norte, la difusión del libro xilográfico, el proceso del cultivo del arroz y el aprovechamiento de la red de ríos navegables de la cuenca del Yangtsé. Por último, destaca que después de una expansión de casi ocho siglos, se inició una declinación constante (Gernet, 2005: 31,34-35).

La decadencia imperial se superpone con el período de humillación extranjera en los siglos XIX y XX, cuando la agresión y los privilegios obtenidos por Inglaterra y Francia profundizaron la degradación de una economía debilitada por la guerra civil, cuyo impacto es analizado en el capítulo de Marini de la presente obra. El conflicto interno y la agresión externa supusieron un momento de alta vulnerabilidad para el Imperio chino, régimen político que finalizó violentamente con el triunfo de la revolución nacionalista liderada por Sun Yat Sen en 1911. Sin embargo, el derrumbe del régimen político no implicó un nuevo pacto tendiente a alcanzar la unidad, en tanto se inició una guerra civil intermitente entre nacionalistas y comunistas, estos últimos alentados por el influjo de la revolución rusa de 1917. Recién en 1949, cuando los comunistas de Mao Tse Tung vencieron a los nacionalistas, se impuso la consolidación de un nuevo régimen político, al proclamarse la República Popular China.

En tanto la sucesión de dinastías constituye el punto de partida para abordar la historia de China, los cambios técnicos proporcionan un marco analítico sumamente relevante. Con la finalidad de relevar las fuerzas profundas emergentes del largo proceso histórico en el que se construye la identidad china, en este trabajo se mencionan aquellos aspectos de su experiencia histórica que, además de ser nodales, operan sobre la formulación e instrumentación de su política exterior.

La búsqueda de la unidad territorial y política como fuerza profunda derivadas de la experiencia histórica de china

A partir de la relación entre las narraciones de los historiadores chinos y los descubrimientos arqueológicos, se considera que la primera dinastía fue la Xia (2205-

1766 A.C), sucedida por la Shang (1766-1122 A.C) y la Zhou (1122-256 A.C) (Roberts, 2002: 26). Desde 770 A.C. el territorio chino –que en esa época ocupaba la China del norte hasta el río Yangtse– estuvo repartido y disputado por una decena de principados feudales. A partir de 335-320 A.C. la mayor parte de los príncipes feudales tomaron el nombre de rey –*wang*–, iniciándose la terrible época de los “Reinos Combatientes”, marcada por matanzas de poblaciones.

Entre 230 y 221 A.C. el jefe de uno de los “Reinos Combatientes”, el rey *Qin*, destruyó a los demás estados feudales, iniciando la dinastía Qin, de gran importancia en la historia de China, en tanto su nombre deriva el término China, también denominada “Reino del Centro”, como se señaló anteriormente. A esa dinastía se atribuye el inicio de la construcción de la Gran Muralla¹ para alejar a los bárbaros del territorio al sur del Río Amarillo –*Huang He*–. La Qin fue la primera dinastía nacional, que creó una administración no feudal, no hereditaria y burocrática. En esta etapa, el rey Zheng “El Justo”, asumió el título de *huangdi*, “sumo emperador”, lo cual implicó la adopción de un título político antes que religioso y marcó el inicio de un nuevo orden político, el Imperio. Bajo su mandato se unificaron el territorio y las instituciones, estableciéndose un gobierno centralizado y fundándose el imperio chino histórico que duraría veintiún siglos, hasta el año 1911.

Entre 206 A.C. y el año 220 de nuestra era, con un interregno por la usurpación de Wang Mang entre el 9 y el 22, gobernó la dinastía Han. En ese período se desarrollaron algunos de los aspectos más característicos de la vida política, social, económica y religiosa.

Con la caída de los Han, China fue dividida en diferentes dinastías², comenzando las grandes invasiones. Así, en 311 los hunos atacaron la capital –Nankin– y tomaron prisionero al emperador. A lo largo de todo el siglo IV, las tropas turco-mongolas se sucedieron en el norte de China en reinos efímeros que se destruyeron mutuamente.

La reunificación, basada en un fuerte poder militar y político, se alcanzó en el año 589 bajo la dinastía Sui, reinante hasta el 618. La sucesora de los Sui, la dinastía Tang, dominó desde 618 hasta 907, siendo la más grande de la historia china. En el período Sui y Tang se consolidó del dominio territorial. Así, durante la dinastía Tang, el territorio nacional creció en extensión y los lazos entre las nacionalidades se estrecharon.

En esta época comenzaron los enfrentamientos militares con los tibetanos, cuya expansión militar amenazaba la frontera occidental de China. En ese contexto, los uigures –musulmanes–, que constituyeron un imperio en la actual Mongolia, funcionaron como apoyo militar de la dinastía Tang. Como contrapartida, esa etnia obtuvo una posición privilegiada en el comercio y grandes cantidades de seda en calidad de pago por sus servicios.

¹ Esta Muralla fue construida con barro, no con piedra como se realizó posteriormente. No se trató de una construcción nueva, sino de la unión de fortificaciones realizadas en el período del 403 al 221 A.C.

² Del 220 al 316 gobernaron la Dinastía Wei en Luoyang, la Wu en Jiangkang y la Shu Han en Chengdu. Del 316 al 589 China estuvo dividida entre las dinastías del Sur, que pretendieron revivir la tradición de los Han, y las del Norte, en su mayoría integradas por poblaciones no chinas.

En 907 la dinastía Tang fue depuesta y China recayó en la anarquía. En el sur existían nueve grandes regímenes separatistas los cuales, unidos a los Han del Norte – pertenecientes a Shanxi central–, formaron los denominados Diez Estados, como se los conoce históricamente. En el norte se sucedieron varias dinastías imperiales efímeras. Entre estos principados separatistas se libraron prolongadas guerras causantes de enormes pérdidas humanas y materiales (Roberts, 2002: 53).

Entre los años 960 y 1270 gobiernan las dinastías Liao, Song, Xia del Oeste y Jin. Estos regímenes coexistieron durante 300 años, y a pesar de sus ininterrumpidas guerras, sus habitantes mantuvieron estrechas relaciones económicas y culturales.

Desde 1270 hasta 1368 la dinastía Yuan ejerció el poder, logrando la unificación que puso fin a la situación de separatismo originada en las postrimerías de la dinastía Tang, e impulsando el desarrollo de un Estado multinacional unitario (Roberts, 2002: 72). Por otra parte, los gobernantes de la dinastía Yuan crearon contradicciones nacionales, al dividir a las nacionalidades en cuatro categorías: los mongoles, pertenecientes a la categoría suprema, seguidos por los semu –personas provenientes de Xia del oeste, figuras y viajeros venidos de Asia Central u otros lugares–, los han –incluyendo a nacionalidades del norte– y, por último, los sureños. Dada la fuerte dominación de la dinastía Yuan, germinó una resistencia de parte de las distintas nacionalidades, con levantamientos y expediciones militares que lograron deponerla.

Los sucesores fueron los Ming (1368-1644), cuyo ascenso se debió a una revolución nacional originada en las provincias meridionales. Esta corte formó un ejército inmenso emplazado en diferentes zonas. En cuanto a las minorías nacionales, instauró gobernaciones de defensa encargadas de la administración –en el caso de los uigures y de otras minorías nacionales–, destinó comisionados con facultades para gobernar –en el Tíbet³– y estableció inspectores –en Taiwán y Penghu–.

Los últimos tiempos de la dinastía Ming se caracterizaron por la corrupción, con fuertes enfrentamientos por el poder y la riqueza entre los funcionarios, produciéndose una situación caótica en la corte. Las anexiones de tierras y los aumentos de los impuestos ocasionaron frecuentes levantamientos de los campesinos. El ejército integrado por éstos derribó a la dinastía Ming en 1644, pero los Qing, aliados de los campesinos en la lucha contra los Ming, atacaron a sus columnas y, luego de sofocar regímenes controlados por diferentes príncipes, se establecieron en el poder.

De esa manera, comenzó el período de la dinastía Qing o manchú, durante cuyo gobierno se consolidó la unificación del país multinacional, con más de 50 nacionalidades. La corte Qing instauró la Administración de los Asuntos de Minorías Nacionales, para ocuparse de los asuntos políticos, y envió generales y funcionarios, destinados a encargarse de los problemas políticos y militares en las zonas fronterizas. En esa dirección, el gobierno mandó tropas con la finalidad de apaciguar insurrecciones de tribus de nacionalidad mongola y aplastar rebeliones organizadas por los nobles de nacionalidad uigur, logrando en este último caso la unificación de Xinjiang (Colección China, 1984: 92). En cuanto a las minorías nacionales habitantes del suroeste, la corte Qing designó funcionarios itinerantes en sustitución de los caciques locales, acabando con sus tendencias separatistas y fortaleciendo las fronteras.

³ En este período el Tíbet terminó de transformarse en una teocracia budista. El budismo fue introducido en el pueblo tibetano a partir del siglo VII de nuestra era.

En el Tíbet, los Qing ejercieron su jurisdicción. El Dalai Lama aceptó los títulos conferidos por la corte Qing y ésta envió vasallos acreditados al Tíbet quienes, junto al Dalai Lama, administraban los asuntos y nombraban a los funcionarios de la región en nombre del gobierno central. Al mismo tiempo, se instalaron más tropas en esa zona (Colección China, 1984: 92-93).

Desde mediados del siglo XIX, la capacidad de regulación e intervención del Estado centralizado chino fue erosionada por factores internos y externos. Internamente, el poder político central fue marginado por las grandes rebeliones campesinas y el fortalecimiento de los poderes regionales de los terratenientes. Externamente, la consolidación de las potencias extranjeras, en especial en las zonas de la costa, sustituyó al Estado en esos territorios (Silbert, Santanarrosa, 2001: 193).

La movilización del Movimiento Nacionalista Moderno desde 1911 estuvo determinada por el intento de superar esa situación de desarticulación del poder político y la desintegración de la dominación social. A partir de 1924, el movimiento intentó reunificar a China, pero la consolidación en el poder del Guomindang liderado por Chiang Kai-Sek constituyó un intento de reconstrucción de la dominación social y el poder político sobre bases precarias. Su régimen burocrático-militar, autoritario y represivo, se debilitó por la ocupación japonesa de 1931, el estado de guerra generalizado en el que ésta desembocó y la crisis social originada por el deterioro de la situación del campesinado. En los años de guerra de resistencia contra la ocupación japonesa, el Partido Comunista Chino surgió como una alternativa de poder político, de Estado, de organización burocrática y de dominación social. Durante esos años los comunistas construyeron las bases de una burocracia política y militar, los instrumentos de un “Estado centralizado en formación” (Silbert, Santanarrosa, 2001: 193-194).

En resumen, en la conformación del Imperio chino hubo fases de unificación, separatismo –caracterizado por las guerras entre diferentes principados o cortes– y reunificación. Las dinastías con ambiciones unificadoras debieron controlar un medio conformado por múltiples nacionalidades cuyos representantes procuraron detentar y consolidar el poder en sus propias regiones, mientras que las diferentes cortes se enfrentaron entre sí cuando sus intereses resultaron mutuamente excluyentes. Asimismo, los levantamientos campesinos se sucedieron en las diferentes etapas de la conformación de China.

De lo anterior se desprende que la experiencia histórica de China está marcada por la búsqueda de la unidad territorial y política, materializada en la creación del Imperio. En efecto, las diferentes dinastías buscaron constantemente la expansión y el control territorial de las zonas habitadas por minorías nacionales. Esa política de extensión del dominio imperial se llevó adelante a través de la fusión de las diferentes élites y mediante el empleo de fuerzas militares. Sin embargo, a pesar de las aspiraciones unificadoras de muchas dinastías, los enfrentamientos, tensiones y levantamientos contra el poder central se prolongaron a lo largo de la experiencia histórica de la China milenaria, como se verá en el siguiente capítulo de esta obra. Por lo tanto, en la conformación histórica de China confluyeron tendencias centrípetas y centrífugas cuya intensidad varió en los diferentes ciclos del Imperio.

La pretensión de alcanzar un dominio total en el extenso territorio chino mantuvo su centralidad pese al quiebre del régimen político en 1911, cuando la República sustituyó al Imperio. Posteriormente, con la adopción de un nuevo régimen político a partir de la proclamación de la República Popular en 1949, subsistió el mismo objetivo unificador.

La búsqueda de unidad territorial y política proyectada en la defensa de principios de derecho internacional en la política exterior

En el plano externo, la búsqueda de la unidad territorial y política se proyecta a través de la defensa de los principios de soberanía, integridad territorial y no intervención en los asuntos internos de los Estados. La referencia a los Cinco Principios de Coexistencia Pacífica y a la Carta de Naciones Unidas en la Doctrina del Desarrollo Pacífico de China pone de manifiesto la presencia de rasgos identitarios emergentes de la experiencia histórica y la formulación de la política exterior china actual. De esta manera, la unidad territorial y política, como elemento primigenio constituyente de la identidad china proveniente de su experiencia histórica, opera sobre la dimensión político-diplomática de su política exterior.

La defensa de dichos principios de derecho internacional está directamente asociada a la problemática interna, en tanto la integridad territorial china tiene su talón de Aquiles en las presiones separatistas provenientes de Xinjiang y el Tíbet y en las pretensiones independentistas de algunas élites políticas de Taiwán. Estas tres cuestiones constituyen el eje de las preocupaciones chinas en torno de su integridad territorial. Consideradas parte integrante del territorio chino, ante una eventual confrontación con los separatistas de Xinjiang y el Tíbet o una declaración de independencia de parte de Taiwán, resultaría inadmisibles para Beijing la violación de los principios de soberanía, integridad territorial y no intervención. La adhesión a esos principios como proyección en la política exterior de la búsqueda de unidad territorial evidencia una clara vinculación entre el sistema interno y el sistema internacional. En este sentido, las perspectivas e iniciativas chinas en sus relaciones bilaterales y en las organizaciones internacionales se muestran coherentes con su interés nacional.

Es preciso aclarar que existen matices diferenciadores en la relación con el gobierno central de Beijing en cada uno de los tres casos referidos en el párrafo anterior. No obstante, sus dimensiones internacionales constituyen un denominador común.

Xinjiang posee una mayoría étnica uigur turcófona e islamizada, con una fuerte identidad y una historia de resistencia contra los han⁴. Los uigures mantienen el recuerdo de su inclusión en la República de Turkestán Oriental independiente *de facto* entre 1943 y 1949. Además, sus guerrillas desafían al poder central a partir del momento mismo de conformación de la República Popular China. Desde el gobierno comunista se intentó la colonización militar, la industrialización y la inclusión política de la región. Sin embargo, la hostilidad de sus habitantes hacia Beijing se ha plasmado en manifestaciones, disturbios y atentados con bombas.

⁴ Además de los 8 millones de habitantes uigures, Xinjiang tiene 1 millón y medio de kazajos, uzbekos (estas dos minorías son turcófonas) y tayikos (que hablan persa o derivados). Por otra parte, esta Región Autónoma Especial concentra el 80% de los recursos mineros de China.

Xinjiang ha sido influenciado políticamente por sus vecinos musulmanes. Así, la independencia en 1991 de las ex Repúblicas soviéticas del Asia Central –Kazajistán, Kirguistán, Uzbekistán, Turkmenistán y Tadjikistán– funcionó como un factor estimulador de los disturbios políticos que se vivieron en la dicha región durante esos años. Además, centenares de uigures o tayikos se enrolaron junto a los talibanes – incluso con Bin Laden– o en Cachemira y Chechenia (Domenach, 2006: 277). En este aspecto se pone de manifiesto la dimensión interméstica de la cuestión. Así, la vinculación de Xinjiang con sectores pakistaníes y afganos llevó a Beijing a presionar sobre Pakistán y las Repúblicas de Asia Central a través de la Organización de Cooperación de Shanghai. Por otra parte, después del 11 de septiembre de 2001, las actividades de estas minorías, catalogadas como “secesionistas”, fueron equiparadas por el gobierno chino al “terrorismo”. De esta manera, Beijing argumenta en el nivel internacional para sustentar su política sobre Xinjiang.

Tíbet está habitado por una mayoría étnica tibetana, identificada con la religión lamaísta y su líder espiritual, el Dalai Lama⁵. Los tibetanos ocupan un extenso territorio montañoso escasamente poblado por 2.300.000 habitantes, con su capital ubicada en Lhasa. Aunque la región posee una amplia variedad de productos minerales como oro y cobre, carece de infraestructura y de un desarrollo industrial mínimo para su extracción. Históricamente sus relaciones con el poder central fueron conflictivas debido a cuestiones religiosas, políticas y sociales. Desde 1720 a 1911 el Tíbet fue controlado por el Imperio chino y ocupado por las tropas de Mao a partir de 1951. En 1959 el Dalai Lama debió exiliarse en India luego del fracaso de una insurrección contra las autoridades comunistas. Más allá de que este líder no habita en la región, su figura está siempre presente en el ideario de la sociedad tibetana. Políticamente, el Dalai Lama mantiene una posición de no confrontación con Beijing, pretendiendo evitar un conflicto armado. A pesar de esta política pacífica, desde principios de los años noventa tuvieron lugar hechos violentos originados supuestamente en sectores opositores a la adopción de esa estrategia.

La disputa con Taiwán se remonta a 1949, cuando los nacionalistas vencidos por los comunistas establecieron su gobierno en la isla. Desde ese momento surgieron dos posiciones divergentes: China sostiene que Taiwán es parte integrante de su propio territorio y la califica como “provincia rebelde”, mientras Taiwán considera que deberían coexistir “una China y un Taiwán” en el sistema internacional. En 1971 China Popular ocupó la banca permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, desplazando a Taiwán. La isla, hasta ese momento legítima representante del pueblo chino, comenzó a perder reconocimiento diplomático en favor de China. Esta implementó una estricta política por la cual no acepta el “doble reconocimiento”, de modo que un Estado no puede mantener vínculos diplomáticos con China y Taiwán al mismo tiempo.

Por otra parte, el gobierno de Beijing no renuncia al uso de la fuerza en caso de producirse una declaración de independencia de parte de Taipei. Incluso cuando en las campañas presidenciales los candidatos hablan de “autodeterminación”, las autoridades

⁵ El Dalai Lama es, además del líder espiritual, la persona políticamente más influyente en el Tíbet. Su figura surgió a partir de un conflicto religioso del siglo XV, cuando se produjo un cisma en el budismo tibetano. El primer Dalai Lama fue un sobrino de un reformador llamado Tsongkhapa y en la creencia budista los siguientes Dalai Lama son la reencarnación sucesiva el uno del otro. En la actualidad Tenzin Gyatso es el XIV Dalai Lama.

chinas consideran en peligro su proyecto de recuperar Taiwán y amenazan con invadir la isla⁶.

La cuestión de Taiwán integra la agenda negativa en las relaciones sino-norteamericanas, dado que, a pesar de su reconocimiento diplomático formal a China Popular en 1979, Estados Unidos mantiene estrechos vínculos con el gobierno de Taipei. De hecho, Washington funciona como un garante de la seguridad taiwanesa ante las amenazas de invasión de parte de China⁷.

Aunque en muchas ocasiones subyacen otras motivaciones, los principios de derecho internacional a los que se hizo referencia al inicio de este apartado funcionan como argumento de las posiciones chinas tanto en el nivel bilateral como en el multilateral. En tal sentido, puede rastrearse una adhesión a los mismos en las declaraciones de los Jefes de Estado cuando el presidente chino realiza viajes oficiales al exterior, en las declaraciones emanadas de las reuniones de bloques regionales de integración y cooperación a los que China pertenece o con los que se vincula, en las votaciones de resoluciones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, y en las posturas relativas a acciones internacionales ante conflictos internacionales.

Como ejemplo basta citar que principios como soberanía, integridad territorial y no intervención en los asuntos internos de los Estados fueron el fundamento de la oposición de China a la intervención en la ex Yugoslavia y de la oposición de la intervención norteamericana en Irak con posterioridad a los ataques terroristas sufridos por Estados Unidos el 11-S.

Dichos principios también fueron esgrimidos por los presidentes Jiang Zemin y Vladimir Putin en el marco del Consejo de Cooperación de Shanghai, organización de seguridad creada formalmente en junio de 2001 e integrada por China, Rusia, Kazajistán, Kirguizistán y Tayikistán. En ese contexto, Zemin y Putin también manifestaron su oposición al “hegemonismo norteamericano” y su interés en conformar un sistema internacional multipolar.

La influencia en la región asiática como fuerza profunda derivada de la experiencia histórica china

La relación forjada con los países vecinos es otro legado sustancialmente relevante de la conformación histórica de China. La temprana influencia china en la región asiática data de la dinastía Han, cuando se lanzaron expediciones de saqueo hasta la Alta Mongolia, se unió la región cantonesa con China y se estableció la dominación china en Corea y Tonkin. Posteriormente, parte de estas conquistas se perdieron durante la fase de Wang Mang (Grousset, 1962: 45-50).

⁶ La recuperación de Taiwán representa el último eslabón para hacer realidad el proyecto de la “Gran China”. Este incluye, además de Taiwán, a Hong Kong y Macao. Ambas fueron colonias de Gran Bretaña y Portugal, respectivamente, retornando a soberanía china en 1997 la primera y 1999 la segunda. Su *status* de Regiones Administrativas Especiales es el mismo que Beijing propone para Taiwán.

⁷ Estados Unidos provee armas a Taiwán y ha movilizado su flota del Pacífico en las ocasiones en que China realizó maniobras militares intimidatorias cerca de las costas de la isla, como ocurrió en el año 1996.

Asimismo, en la etapa Han, China estableció vínculos con muchos países del Sudeste Asiático y Asia Meridional. Las misiones diplomáticas entre la dinastía Han y los países de esas regiones fueron frecuentes y se efectuaron constantes intercambios comerciales. Los chinos introdujeron allí sus técnicas de fundición de hierro y excavación de pozos de agua y exportaron tejidos de seda y productos de hierro y acero que luego eran reexportados al Imperio Romano (Colección China, 1984: 30).

La Ruta de la Seda⁸, vía a través de la cual se transportaban los tejidos chinos para su comercialización a lo largo de más de 7.000 kilómetros, era la más larga e importante arteria comercial terrestre de la época. Además de su función mercantil, la Ruta favorecía los intercambios personales, en tanto los diplomáticos y comerciantes de distintos países, al frente de caravanas, se cruzaban incesantemente. La Ruta de la Seda da prueba de la apertura de China al contacto con el exterior basada en el comercio y no en el sometimiento por la vía militar. Nunca, a lo largo de su historia, China recurrió a sus numerosos inventos científicos y técnicos para subordinar al extranjero.

En los períodos Sui y Tang, se amplió la influencia en gran parte de Asia Central y Oriental, constituyéndose, en esa región, una esfera cultural (Colección China, 1984: 139). La prosperidad económica, el progreso cultural y el desarrollo de las comunicaciones en el exterior impulsaron los intercambios comerciales y culturales con los países vecinos. Como manifestación del poder representado por China, se destacaban las constantes visitas de embajadores, estudiantes y monjes de varios países a la Corte Imperial.

Entre el año 668 y 676 se estableció un protectorado chino en Pyongyang, finalizado por el triunfo de un movimiento de resistencia. Más allá de haber alcanzado su independencia, el Estado coreano unificado surgió marcadamente influido por la China de los Tang. Se difundió el budismo, el confucianismo y se incrementaron los viajes de funcionarios y religiosos coreanos a China. Sin embargo, el orden aristocrático propio de la sociedad coreana obstaculizó la total aceptación del modelo chino⁹.

En 1592, en los tiempos de la decadencia de la dinastía Ming, el comandante del ejército japonés Hideoyoshi mandó tropas terrestres y una flota a invadir Corea, con el objetivo de destruir el país y abrir el camino para entrar a China, considerada el mayor de los premios. La corte Ming no se hizo esperar y envió un poderoso ejército expedicionario para detener el avance japonés y apoyar al rey coreano. Las flotas chinas suministraron provisiones e interceptaron las rutas niponas de suministro, asegurando el triunfo de las fuerzas chino-coreanas y la retirada japonesa en 1598. Más tarde, los chinos también abandonaron el territorio coreano. Ese hecho marcó la política futura de Beijing: no intentaría conquistar Corea, pero reaccionaría si cualquier otra potencia lo pretendiera.

China volvió a intervenir en la península coreana en una segunda ocasión ante la agresión japonesa de 1894 y nuevamente en la Guerra de Corea de 1950, ante la

⁸ La Ruta de la Seda partía de Changan, atravesaba el corredor de Hexi, los oasis del sur y del norte de la depresión de Tarim, la meseta del Parir, toda el Asia Central y el Asia Occidental y llegaba hasta los puertos de la costa oriental del Mar Mediterráneo.

⁹ Esta situación se repitió en Japón, donde, a pesar de haberse consolidado la influencia china en las instituciones, la doctrina budista y las técnicas de irrigación, se mantuvo una resistencia a su completa absorción.

supuesta amenaza de las tropas enviadas por Naciones Unidas para controlar la invasión norcoreana a Corea del Sur.

Históricamente, la relación de China con sus vecinos se basó en la influencia cultural y filosófica y en los intercambios comerciales. Por lo tanto, la influencia china en Asia se reconoce como un rasgo primigenio que acompaña su conformación, proyectándose en las dimensiones político-diplomática y económico-comercial de la política exterior.

Según Pereyra Pinto (2005: 107), hasta mediados del siglo XIX, China fue el centro radiante de la civilización del sudeste asiático en virtud de su desarrollo cultural y su sofisticada capacidad de gobierno, ejerciendo un papel político dominante. Por este motivo, sus vecinos del sur se veían atraídos a la esfera de influencia china, en busca de fuentes de inspiración y legitimidad política. A cambio, el imperio mantenía relaciones privilegiadas con aquellas naciones.

En efecto, la cultura, el sistema de escritura y las instituciones de gobierno de los países vecinos deben mucho de sus comienzos a China. La difusión de los conocimientos y las instituciones chinas no se realizó por la fuerza, sino en la adopción voluntaria de aquello percibido como avanzados elementos de la cultura y el gobierno por parte de sus vecinos. Esa forma de difusión correspondía al pensamiento chino, para el cual no había necesidad de imponer su sistema a los demás, en tanto ellos mismos se consideraban la nación más civilizada, culta y avanzada de la tierra. Incluso en sus épocas de dominación por parte de dinastías extranjeras, primero los mongoles y después los manchúes, la avanzada civilización y el gran tamaño de China hicieron que los conquistadores adoptaran sus costumbres, y no a la inversa (Shenkar, 2005: 45-46).

A la relación histórica se suma la existencia de una diáspora china residente en gran parte de los países del Sudeste Asiático (Pereyra Pinto, 2005: 124), conformando un grupo étnico cuyos miembros están dispersos geográficamente, pero unidos por su origen y valores comunes. Estos forman redes culturales funcionando como instrumentos de articulación política, y mantienen vínculos empresariales, contribuyendo a delimitar el perfil de un gran bloque político-comercial entre China y sus vecinos del Sudeste Asiático. A partir de los vínculos étnicos, integran una red regional basada en el flujo de bienes, personas e ideas. Por lo tanto, la cultura china – *soft power*– funciona como base de apoyo para la cooperación con el área.

En este sentido, Pereyra Pinto valora la importancia de los lazos culturales, considerando su doble papel potencial como fórmula de cooperación a aplicarse para la solución de problemas de gobernabilidad en la región y como factor determinante en la expansión de las fronteras económicas. Asimismo, sostiene que la variable cultural podría contribuir a la creación de un bloque político con intereses recíprocos y de mega proporciones.

La proyección de su influencia histórica en Asia en la política exterior china actual

Durante la Guerra Fría, la política exterior china en Asia estaba subordinada a la lógica del conflicto Este-Oeste, en el que primaban las valoraciones ideológicas. En virtud de ello, Beijing mantuvo una política cautelosa con sus vecinos dado que el

Sudeste Asiático se había volcado del lado del “enemigo imperialista”, percepción que se tenía respecto a Corea del Sur, Japón y Taiwán. Por su parte, Corea del Norte y Vietnam eran Estados problemáticos y muy cercanos a los límites chinos. En esta etapa el régimen de Beijing apoyó a las guerrillas de la región con la finalidad de establecer gobiernos pro chinos en los países vecinos.

Con la estrategia de reforma económica diseñada e implementada desde 1978 China comenzó a abrirse a la región priorizando los lazos económicos y comerciales y dejando de lado su apoyo a las guerrillas. Desde ese momento, la apertura de zonas económicas especiales en las ciudades costeras evidenció el interés del gobierno en maximizar los beneficios económicos en sus relaciones con el resto de Asia.

En el ámbito regional, el aspecto sobresaliente de la política exterior china de la posguerra fría es el creciente interés en asumir el rol de *poder estabilizador* en la creación de un nuevo orden en Asia. (Gu, 1995). Como se sostuvo precedentemente, la política asiática de la R. P. China ha sido tradicionalmente funcional a su estrategia global que otorgaba primacía a las relaciones con los soviéticos y los norteamericanos. La modificación de dicho esquema se debió, en un primer momento, al intento de superar las restricciones que generaron las sanciones posteriores a los sucesos de la plaza Tien An Men y de evitar el aislamiento internacional. Además, el apoyo económico y, en cierta medida, político, de la mayoría de los gobiernos asiáticos mitigó los efectos del bloqueo occidental parcial.

A partir de 1991 las causas de la renovada política china en su región fueron fundamentalmente la percepción de la existencia de nuevas estructuras multipolares en la política internacional y un fuerte sentimiento de confianza en su propia capacidad. Es decir que el cambio en la política regional obedeció, principalmente, al sentimiento chino de que su propia posición había mejorado debido a la reducción de la presencia norteamericana y soviética en el área.

Como consecuencia de la crisis asiática de 1997-1998 el retorno de China a Asia fue triunfal. No sólo estuvo en condiciones de atravesar esos tiempos sin dificultades, sino que además donó mil millones de dólares a Tailandia, convirtiéndose así en una potencia económica regional. Por otra parte, la crisis daba la razón a las advertencias chinas sobre la especulación internacional, con lo cual volvía a ser el “sabio” de la región (Domenach: 2005, 190-191).

La actual expansión económica de China, evidente a nivel global, es más notoria en la región asiática. Su papel central se consolidó a partir de su incorporación a la OMC –Organización Mundial de Comercio– en noviembre de 2001. Desde ese momento, los demás países del área, antes temerosos respecto de los avances de Beijing, se muestran atraídos por la fuerza de su mercado interno. Además, los hombres de negocios chinos se expanden e invierten fuertemente en la región, transformando a China en la principal fuente extranjera de inversiones en países de la zona como Malasia, por ejemplo.

Hacia finales de la década de los noventa Piñeiro Iñiguez (1998: 285) sostenía que la emergencia de China como *una potencia de vocación global* estaba asociada a los desequilibrios de la región del Asia Pacífico e incluso de todo el continente asiático. El autor señalaba que la República Popular estaba lejos de asegurar la paz en Asia, en

virtud de que ella misma se encontraba involucrada en conflictos y tensiones con sus vecinos. En tal sentido podían entenderse el apoyo al régimen de Corea del Norte; la carrera armamentista con Taiwán; la venta de armas a Myanmar (la ex Birmania), el apoyo al Khmer Rouge en Camboya, los conflictos con Vietnam por diversas islas y por el control de los recursos del Mar de China; y su intervención en la confrontación entre India y Pakistán por Cachemira apoyando al segundo país.

Con el paso de los años algunas posiciones de Beijing se fueron ajustando en función de los cambios sistémicos y de sus propios intereses. Por ejemplo, China interviene activamente para resolver la cuestión entre las dos Coreas a través de negociaciones políticas. En relación al conflicto desatado desde 2005-2006 con el Plan Nuclear Norcoreano, Beijing apoya la desnuclearización de la Península Coreana, se opone a la Proliferación de Armas Nucleares y pretende alcanzar una Solución Pacífica de la disputa. Para China es vital evitar un conflicto armado en Corea del Norte, geográficamente muy cercana a su propio territorio¹⁰. Además, su intervención en las conversaciones tripartitas China-Estados Unidos-Corea del Norte confirma su posición como potencia regional y la continuidad de una política de más de cuatrocientos años, destinada a evitar que cualquier potencia adquiriera supremacía en Corea. En este punto se hace notoria la relación entre una fuerza profunda –la influencia china en un país de la región asiática– y la formulación de su actual política exterior que enfatiza la noción de mundo y entorno armónico.

En la misma dirección puede entenderse el proceso de acercamiento en marcha con la India. Las autoridades chinas e indias comenzaron a realizar visitas mutuas destinadas a lograr mayor conocimiento y resolver conflictos políticos pendientes.

Las relaciones con Japón son una combinación de antiguos conflictos diplomáticos con estrechos vínculos económicos. En el nivel político-diplomático, aún persisten los recelos chinos por los crímenes cometidos por el ejército nipón durante la ocupación de Manchuria. A pesar de que cuando establecieron relaciones diplomáticas en 1972 China renunció a reclamar indemnizaciones de guerra a Japón, este *issue* de la historia se mantiene como un tema altamente conflictivo. Incluso se han producido revueltas ante la Embajada japonesa en Beijing con motivo de la publicación en Japón de un libro que, en opinión de los chinos, distorsiona la verdad histórica de las relaciones bilaterales. Además, China es sumamente cautelosa en lo relativo a las participaciones militares de Japón en el exterior, manifestando temores ante un posible rearme de Tokio. De más está decir que Beijing se opone rotundamente a una posible incorporación de Japón como miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. En el nivel económico-comercial, China y Japón son importantes socios comerciales cuyos intereses comunes los conducen a cooperar en materia económica.

Desde el punto de vista de su vinculación con los mecanismos u organizaciones regionales, China se ha integrado a todos los procesos de integración y cooperación vigentes en el área, entre los cuales se destacan la APEC –Asia Pacific Economic Cooperation– y la ASEAN –Asociación de Naciones del Sudeste Asiático, en la que se impuso como socio activo–. La participación en la APEC y en la estructura de diálogo denominada ASEAN más tres demuestra la primacía otorgada por la diplomacia china a

¹⁰ Uno de los problemas que enfrentan las autoridades chinas es la numerosa inmigración norcoreana en la zona fronteriza.

su región. En dichos ámbitos, sus perspectivas han ido ganando terreno al punto que en la actualidad muchas de sus posiciones logran imponerse.

En el caso de sus relaciones con Asia, las nociones de mundo, entorno y desarrollo armónico de la doctrina de Desarrollo Pacífico reflejan una proyección de su influencia histórica en la región. La noción de que el desarrollo de China beneficiará al resto del mundo en general y a Asia en particular supone el ejercicio continuo de su influencia en la región. Igualmente, la primacía otorgada a los lazos culturales y económicos pone de manifiesto la proyección de la influencia en Asia como fuerza profunda emergente de la experiencia histórica en la formulación de la política exterior contemporánea.

La política exterior china actual: la Doctrina del Desarrollo Pacífico

En los años inmediatamente posteriores a la proclamación de la República Popular, Mao Tse Tung rechazaba las reglas del sistema internacional y buscaba derribarlo, incitando al cambio revolucionario. Mao aludía a las contradicciones existentes en el mundo y su gobierno se oponía a las superpotencias¹¹, colaboraba con las naciones en vías de desarrollo, estaba relativamente aislado de las organizaciones internacionales y se basaba en la autarquía económica.

Luego de la muerte del líder revolucionario, Deng condujo a China en otra dirección, en tanto para alcanzar el desarrollo económico diseñó una política exterior menos ideologizada y más pragmática. En el plano económico, priorizó tanto las relaciones con los países en desarrollo como con los países desarrollados, puesto que estos podrían brindarle los capitales necesarios para alcanzar la ansiada modernización de la economía. En el nivel internacional, promovió la participación en organizaciones internacionales –en los ochenta inició el largo proceso que años más tarde culminó con el ingreso de China a la Organización Mundial de Comercio–. Asimismo, cesó su apoyo a los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo. Ambas decisiones de política exterior –inserción en organizaciones internacionales y fin del apoyo a los movimientos revolucionarios– le permitieron salir parcialmente del aislamiento internacional de la era de Mao.

Mientras que en las etapas de Mao y Deng las decisiones en política exterior se encontraban altamente centralizadas, a partir de la década de los noventa, bajo el gobierno de Jiang Zemin, el proceso de formulación de la política exterior se institucionalizó y descentralizó. Inicialmente, Jiang se propuso superar el aislamiento internacional posterior a los incidentes en la Plaza Tian An Men, reconstruir la imagen de China y estabilizar la reforma económica. Surgieron varios *think tanks* con una notable incidencia en la política exterior¹² y la carrera diplomática se profesionalizó, con lo cual la política exterior china se volvió más dinámica.

¹¹ Si bien inmediatamente después de la proclamación de la República Popular China firmó un Acuerdo de Amistad, Alianza y Asistencia con la entonces URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) y habló de “inclinarse hacia un lado” –el comunista-, hacia la década de los sesenta se produjo la ruptura sino-soviética y se acrecentaron las acusaciones chinas de “revisionismo” a la dirigencia soviética. Las relaciones recién se recompusieron luego de la asunción de Gorbachov en la URSS y la implementación de la “Nueva Mentalidad en Política Exterior”.

¹² Para más detalles sobre los *think tanks* chinos véase HE, Li (2002), “The role of Think Tanks in chinese foreign policy”, en *Problems of Post-Communism*, Vol. 49, N.2, March –April, pp. 33-43.

Su sucesor, Hu Jintao, desarrolló la noción de “mundo armonioso”, sustentada en una combinación de valores tradicionales con política diplomática. En ese contexto, en noviembre de 2003, Zheng Bijian introdujo el concepto de Ascenso Pacífico, con la finalidad de contrarrestar las tesis sobre la “amenaza china” provenientes de algunos círculos académicos y políticos occidentales. Meses más tarde Zheng afirmó que la idea del Ascenso Pacífico emulaba dos máximas tradicionales de China: “No hagas a otros lo que no quieras para ti mismo” y “Quien ayuda a otros se ayuda a si mismo”. En su discurso Zheng mencionó la importancia de los lazos históricos y culturales de la región. China pertenecía a Asia y Asia podía formar parte del ascenso chino (Rocha Pino, 2006: 708).

Debido a las divergencias sobre su contenido y a las opiniones contrarias a la utilización del vocablo “ascenso”, a principios de 2004 el concepto Ascenso Pacífico fue reemplazado por el de Desarrollo Pacífico. La idea central de esta doctrina es que el camino de China para la modernización es el desarrollo pacífico. China se transformará en superpotencia a través del crecimiento y la modernización económica. A diferencia de otras potencias en la historia moderna, cuya posición se sustentó en el saqueo a otros países mediante la invasión, la colonización o la expansión, la emergencia del país se funda en una elección estratégica de integrarse a la economía mundial y en innovaciones tecnológicas e institucionales. Hasta la actualidad, la emergencia de China ha sido impulsada por el capital, la tecnología y los recursos adquiridos por medios no violentos (Zheng, 2006:126-157). Además, el desarrollo pacífico del país facilita tanto su crecimiento como la prosperidad mundial, en tanto se basa en la paz, la apertura, la cooperación y la política de *win-win*.

La doctrina del Desarrollo Pacífico alude constantemente a la noción confuciana de “armonía”, refiriéndose sucesivamente a “país armónico”, “desarrollo armónico”, “mercado mundial armónico” y “mundo armónico”(China’s Peaceful Development Road, 2005: 1,2,3). De acuerdo con Rocha Pino (2006: 708-709), los elementos culturalistas que paulatinamente fue adquiriendo el nuevo discurso, como las referencias al confucianismo (principalmente la armonía) deben considerarse como parte de un nuevo nacionalismo chino, destinado a suplementar la retórica marxista-leninista. Este discurso confuciano-marxista, que se hace oficialmente explícito en el gobierno del actual presidente Hu Jintao, pretende alcanzar la regeneración moral de la sociedad, el mantenimiento de la unidad del país y la revitalización de la identidad china. De esta manera, China reivindica su carácter nacional único.

Desde 2005, el discurso oficial chino comenzó a recurrir al concepto “armonía” para señalar el camino que deben seguir las relaciones sociales dentro de China y de China con el exterior. La llamada teoría de las tres armonías se compone por los conceptos *heping* –la búsqueda de la paz con el mundo–, *hejie* –la reunificación pacífica con Taiwán– y *hexie* –la armonía en las relaciones sociales en el interior de China–. Según Rocha Pino, se puede afirmar que en el presente la tradición –confuciana en este caso– es reinventada para asumir una identidad china tradicional y moderna a la vez y, en una doble dinámica, para resistir e integrarse a la globalización. El nacionalismo chino es, en tiempos de Hu Jintao, de tipo culturalista, en vez de étnico (Rocha Pino, 2006: 714-717).

En el ya citado texto doctrinario, las referencias históricas son continuas y centrales para entender el significado de la noción clave en la formulación de la política

exterior china actual. En primer lugar, el texto manifiesta el pacifismo chino a lo largo de la historia. Esta idea se refuerza con una descripción de la política de la corte Ming, cuyos viajes al exterior sólo pretendían avanzar en materia comercial, en tanto visitó numerosas regiones de Asia y África llevando te, seda y tecnología china, sin ocupar una sola porción de tierra extranjera (China's Peaceful Development Road, 2005: 3). Igualmente, la doctrina de Desarrollo Pacífico postula que China no pretendió en el pasado, ni pretende en la actualidad, la hegemonía, sino que su propio desarrollo el desarrollo chino ofrecerá más oportunidades y ampliará los mercados para el resto del mundo. En segundo lugar, el pacifismo chino surge como un componente de la tradición cultural china, profundamente arraigado en su experiencia histórica.

La doctrina alude a la Carta de Naciones Unidas y a los Cinco Principios de Coexistencia Pacífica y en especial a la no intervención en los asuntos internos de otros Estados. En materia de seguridad, propone un mecanismo de seguridad colectiva para prevenir los conflictos y la guerra, cooperar y reducir las amenazas no tradicionales a la seguridad, como las actividades terroristas, las crisis financieras y los desastres naturales.

En síntesis, el concepto “mundo armonioso” da testimonio de la opción china por el desarrollo pacífico y aspira a moderar la percepción externa de potencial amenaza del creciente poder chino.

Consideraciones finales

La doctrina del Desarrollo Pacífico, cuya función es explicitar la visión, los medios y los objetivos de la política exterior del gobierno del presidente Hu Jintao, se nutre de fuerzas profundas emergentes de la experiencia histórica de la China Milenaria.

Por un lado, la pretensión de lograr y mantener la unidad territorial y política es una fuerza profunda proveniente de la experiencia histórica. Como tal, generó buena parte de los problemas internos que China enfrenta –puntualmente en los casos de Xinjiang y el Tíbet– e incide notablemente en una cuestión clave de su política exterior –en el caso de Taiwán–. De igual modo, la defensa china de los principios de soberanía, integridad territorial y no intervención en el nivel internacional resulta ser una proyección de la búsqueda de unidad territorial y política –objetivos de política interna– en la formulación e implementación de la política exterior.

Por otro lado, la influencia cultural, política y económica en la región asiática es otra fuerza profunda originada en la experiencia histórica de China que se proyecta en su política exterior contemporánea. La noción de armonía, clave en la doctrina del Desarrollo Pacífico, hace hincapié en el mutuo beneficio y en el entorno y mundo armónico, enfatizando las oportunidades para todo el mundo y en especial para Asia, en virtud de la cercanía geográfica y los contactos históricos con la región. Por lo tanto, al priorizar los lazos económicos y culturales con la región asiática, la doctrina que orienta la política exterior china actual se sustenta en fuerzas profundas procedentes de la experiencia histórica.

De lo anterior se desprende que los rasgos identitarios emergentes de la experiencia histórica de China analizados en este artículo subyacen en la formulación y

funcionan como sustento de la instrumentación de la política exterior china actual. En este sentido, la doctrina de Desarrollo Pacífico revela las profundas raíces históricas del accionar externo del país asiático.

Bibliografía

- China's Peaceful Development Road*, December 22, 2005. Disponible en http://english.people.com.cn/200512/22/eng20051222_230059.html
- COLECCION CHINA (1984), *La historia*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Beijing.
- DOMENACH, Jean –Luc (2006), *¿Adónde va China?*, Paidós, Barcelona.
- GERNET, Jacques (2005), *El mundo chino*, Trad. Dolors Folch, Ed. Crítica, Barcelona.
- GROUSSET, René (1962), *Historia de Asia*, EUDEBA, Buenos Aires.
- GU, Xuewu (1995), “China’s activities as a stabilising power in Asia”, en *Aussen Politik*, Hamburg, vol 46, N.3, pp. 310-316.
- HE, Li (2002), “The role of Think Tanks in chinese foreign policy”, en *Problems of Post-Communism*, Vol. 49, N.2, March - April, pp. 33-43.
- PEREYRA PINTO, Paulo (2005), “El proyecto chino para el milenio: nuevas oportunidades de interlocución”, en la obra de CESARIN, Sergio, MONETA, Carlos (Comp.), *China y América Latina. Nuevos enfoques sobre cooperación y desarrollo. ¿Una segunda Ruta de la Seda?*, BID-INTAL, Buenos Aires.
- PIÑEIRO IÑIGUEZ, Carlos (1998), *La flecha amarilla. Hong Kong – China y el nuevo equilibrio político en Lejano Oriente*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.
- ROCHA PINO, Manuel de Jesús (2006), “China en transformación: la doctrina del desarrollo pacífico”, en *Foro Internacional*, N. 186, vol XLVI, México, pp. 693-719.
- ROBERTS, James (2002), *Storia della Cina*, Newton & Compton Editori, Roma.
- SHENKAR, Oded (2005), *El siglo de China*, Grupo Editorial Norma, Bogotá.
- SILBERT, Jaime, SANTANARROSA, Jorge (2001), “Estado, poder político y transformaciones sociales en el noreste asiático posterior a la Segunda Guerra Mundial”, en *Anuario de la Escuela de Historia*, N. 1, Córdoba.
- SPENCE, Jonathan (2005), “La China de antes y la del futuro. ¿Qué hechos de su historia pueden adelantar el futuro del coloso?”, en *Foreign Policy*, Feb-Mar. Disponible en www.fp-es.org/feb_mar2005/story_7_14.asp
- ZHENG, Bijian (2006), “El “ascenso pacífico” de China a la condición de superpotencia”, en *Foreign Affairs en Español*, N.1, enero-marzo, pp. 126-157.

Cultura, Nacionalismo, Modernización y Política Exterior de China

Gustavo Marini



Resumen: De los múltiples aspectos posibles a tener en cuenta, en este trabajo nos proponemos analizar tres momentos particulares de la historia sónica caracterizados por la irrupción de otra cultura en la vida de China a través de la dominación extranjera. En este sentido, nos interesa destacar ciertas particularidades culturales que se adquirieron o desarrollaron en esos momentos específicos y, a su vez, el impacto que tuvieron en la política exterior cuya influencia puede rastrearse hasta nuestros días. Dichos momentos son: **a**-el siglo X con la dominación mongol, **b**-el siglo XVII con la dominación manchú y **c**-el siglo XIX con la dominación occidental.

Desde sus orígenes, se fue forjando en China el concepto de *superioridad cultural* el cual aparece como un elemento constitutivo primigenio de la identidad china que a semejanza por ejemplo de otras grandes civilizaciones originarias –como la griega o la egipcia–, se expresa desde el centro hacia la periferia en la cual los pueblos del exterior son denominados como bárbaros.

A pesar de lo variado de su geografía y lo vasto de su territorio esta civilización continental, a diferencia de Europa, ha buscado siempre conformarse como una sola unidad política debido a una cultura y un gobierno mucho más enraizado con un pasado milenario. Periodos de fraccionamientos y reunificaciones territoriales se alternan en la historia china, intercalados a su vez por persistentes invasiones bárbaras y alterando las reflexiones culturales, políticas y sociales.

Entender cuáles son los factores sociales, económicos, culturales y políticos que determinaron que China quedara atrasada respecto a Occidente en la era moderna es entender las fuerzas profundas de una de las civilizaciones más complejas y ricas de la humanidad.

Probablemente, el estancamiento cultural, político y social influyó decisivamente en el estancamiento económico y el nulo impulso industrialista entre los siglos XVII y XIX en China.

El dominio occidental aceleraría la descomposición del poder imperial y del modelo cultural tradicional introduciendo en China el dilema de la modernización. Si la misma no pudo producirse por la dinámica de los factores internos entonces, los factores externos actuarían como catalizadores definitivos de dicho proceso de transformación.

Cada una de las tres grandes invasiones que sufriera China a lo largo de su historia fueron modelando la cultura, la percepción de sí mismos y de los demás pueblos con los que tomaron contacto y finalmente, influyeron en su política exterior.

Palabras clave: China, fuerzas profundas, política exterior, nacionalismo chino, modernización

Abstract: This paper focuses on three moments of Chinese history marked by the emergence of another culture in the life of China through foreign domination. In this regard, the main interest of this work is to highlight some cultural particularities acquired or developed during those specific moments. At the same time, it inquires to what extent they still impact on current foreign policy. The moments under analysis are: **a**-the tenth century Mongol domination, **b**- Manchu domination across seventeenth century **c**-the nineteenth century under Western domination.

Since its origin, it was forged in China the concept of *cultural superiority* which appears as one of the main elements of Chinese identity. Like other great civilizations -such as Greek or Egyptian-, the outsiders were called “barbarians”.

Despite the varied geography and the vastness of its continental territory this civilization, unlike Europe, has always sought to settle a single political unit, supported by millenary culture and government. Nevertheless it suffered cycles of barbarian invasions, waves of fragmentation and reunification and cultural, social and political changes, as well.

Western domination would accelerate the decomposition of the imperial power and the traditional cultural model in China by introducing the dilemma of modernization. If the modernization could not occur by the dynamics of domestic factors then, the external factors would be the catalysts of the final transformation process.

Finally, it points out that the three cycles, as a whole, shaped the culture, the perception of themselves and the others and has a strong influence on China Foreign Policy.

Key Words: China, deep forces, foreign policy, Chinese nationalism, modernization

En líneas generales, son muchos los países que se auto-adjudican condiciones originarias distintivas o particulares como aspectos destacables de su identidad cultural. Dicha conciencia de particularidad se expresa en estos pueblos no solamente en los estilos de vida que conforman la sociedad civil y política haciendo frente a las transformaciones históricas, sino que además se proyectan en la propia política exterior definiendo e impactando su relación con el resto del mundo durante prolongados períodos de tiempo.

En cuanto a la actual República Popular de China, la constitución y mantenimiento de su identidad nacional se remonta a un pasado histórico de miles de años en la cual pueden detectarse elementos tanto constitutivos o fundacionales como circunstanciales. Dentro de los primeros, podemos destacar a las cuestiones étnicas, geográficas, históricas y culturales. Estas características son consideradas “fuerzas profundas” que conforman el marco y la naturaleza de las relaciones entre grupos humanos. Entre los segundos, encontramos aquellos que surgen de la propia elección, tales como la ideología, las formas de gobierno, u otros elementos que si bien no forman parte de la identidad, pueden en un momento determinado adquirir rasgos o características que influyen en la conformación de la misma (Busso, Pignatta, 2008).

Para culturas milenarias como la sónica, estas fuerzas profundas aportaron fortalezas o debilidades que influyeron a lo largo de los múltiples desafíos. Dichos desafíos no son nuevos puesto que pueden rastrearse en el pasado remoto; ni únicos en la medida en que se presentaron en varias oportunidades en su historia. A lo largo del tiempo, la cultura sónica se ha enfrentado a la necesidad de incorporar cambios producto del contexto internacional, como por ejemplo las sucesivas dominaciones extranjeras en los siglos X, XVII y XIX; de la economía como la revolución industrial del siglo XVIII; de cuestiones sociales como la explosión demográfica del siglo XIX o de la política, como la revolución política en su versión liberal –República de Sun Yat-sen–, marxista –República Popular de Mao– de mediados del siglo XX o la actual reinserción en el sistema económico y político internacional de finales del siglo XX y principios del siglo XXI.

Tales desafíos, tan contradictorios, variados y profundos generaron en la cultura china tensiones y a su vez impulsos reformadores que forzaron al máximo su conciencia de identidad. ‘Adaptarse o desaparecer’ fueron las opciones extremas que obligaron al país a ensayar transformaciones con distintas características y requerimientos, los cuales no siempre resultaron exitosos. Cada uno de estos momentos decisivos pueden considerarse como ejemplos de procesos históricos que impulsaron esfuerzos modernizadores los cuales, a su vez, repercutieron en la política exterior.

La condición actual de potencia emergente de la República Popular de China, el proceso de globalización y el resurgimiento de la cuestión nacional y cultural hace hoy, más necesaria que nunca, la incorporación de una mirada histórica-cultural y el análisis de sus relaciones con la política exterior a los fines de mejorar la comprensión de los procesos de cambios y continuidades de este país.

De los múltiples aspectos posibles a tener en cuenta, en este trabajo nos proponemos analizar tres momentos particulares de la historia china caracterizados por la irrupción de otra cultura en la vida de China a través de la dominación extranjera y su impacto tanto en la identidad china como en la política exterior. En este sentido, nos interesa destacar ciertas particularidades culturales que se adquirieron o desarrollaron en esos momentos específicos y que al mismo tiempo impactaron en la política exterior cuya influencia puede rastrearse hasta nuestros días. Dichos momentos son: **a**-el siglo X con la dominación mongol, **b**-el siglo XVII con la dominación manchú y **c**-el siglo XIX con la dominación occidental.

2. Aspectos conceptuales

La conformación de las identidades nacionales no coincide ni desemboca necesariamente en la constitución de estados nacionales. La complejidad de la historia plantea la apertura de muchos caminos y soluciones posibles en el devenir de las identidades nacionales. Ciertamente pueden identificarse entonces dos procesos paralelos pero distintos: la conformación de la identidad nacional y la constitución del estado, relación de la cual surgen variados resultados dentro de los cuales pueden observarse: estados nacionales, estados multinacionales, estados sin nación o naciones sin estado.

El caso chino, que es el que nos ocupa, es un ejemplo de estado nacional, es decir la convergencia de una identidad en un territorio y una organización política particular. Esta circunstancia está atravesada además en su historia específica por otras dos cuestiones adicionales que merecen ser tenidas en cuenta. En primer lugar, nos referimos a un ámbito étnico y cultural que es el oriental y se corresponde con una experiencia de vida y valores sustancialmente distintos a los considerados en nuestra cultura occidental. En segundo lugar, China como unidad cultural y territorial atraviesa en tres oportunidades –con la dominación mongol, la manchú y la occidental– la amenaza de la disolución producto de la invasión y dominación extranjera durante largos períodos de tiempo.

Antes de analizar el impacto de estas cuestiones en la conformación definitiva de China como nación y estado y de su influencia en la política exterior moderna de la República Popular conviene detenernos en algunas consideraciones conceptuales y metodológicas previas.

Dentro del seno de un grupo social pueden identificarse distintas identidades que conviven entre sí: familiares, territoriales, de clase, religiosas, étnicas, de género, etc. Algunas de ellas son predominantemente individuales y otras son de carácter netamente grupal. “La identidad nacional es un fenómeno colectivo que involucra al conjunto de los individuos constituyendo la base de la cohesión social y política de los estados nacionales amalgamando a su vez lo étnico con lo cultural. En este sentido, la etnia y la cultura como expresión de la identidad incorporan aspectos tales como el idioma, los simbolismos, los recuerdos, los mitos, etc.” (Smith, 1997).

La definición anterior nos conduce a diferenciar los conceptos de *etnia* y *raza*. La *raza* implica rasgos biológicos hereditarios únicos, identificables de manera

objetiva. La *etnia* constituye una colectividad cultural, incorporando asociaciones emocionales o sentimentales, sujeta tanto a cambios como a disoluciones y con elementos distintivos tales como lengua, religión tradiciones o mitos, de carácter subjetivo.

Si bien la China actual por su tamaño continental es un estado multiétnico y multicultural, más del 95% de la población pertenece a la misma etnia y cultura, asegurando así su unidad interna y estabilidad política por vía de la preponderancia, a diferencia de otros estados multiculturales o multinacionales modernos que sufren fuertes conflictos producto de rivalidades étnicas aparentemente insuperables. Esto le otorga la ventaja de mantener el conflicto cultural y nacional bajo control garantizando la gobernabilidad y la cohesión interna.

Por otra parte, la construcción del estado nacional es un proceso histórico político que se realiza en un territorio, es decir en una patria, mezclando y uniendo cultura, nación y patria en un proyecto de carácter político que permite superar las divisiones religiosas, de clase, de familia, etc. y estableciendo la preeminencia de la identidad colectiva por sobre otras identidades y roles (Smith, 1997).

Esto no significa que se anulen otras identidades sino que éstas se incorporan como aspectos o particularidades de esa identidad. A modo de ejemplo, se puede citar la importancia del linaje y los lazos familiares típicos del modelo oriental.

La experiencia china de conformación del estado nacional es muy antigua y sus orígenes pueden rastrearse varios siglos antes de la era cristiana. En Occidente, en cambio, se acepta que la aparición del estado nacional es un fenómeno relativamente moderno, posterior a la Paz de Westfalia en 1648.

Sin embargo, existen al menos *dos posiciones académicas en debate* en torno a esta cuestión particular. Por una parte, las *perspectivas más historicistas* que le otorgan a las naciones un carácter específico, con atributos tanto duraderos como cambiantes, que permiten establecer el quién y el dónde, es decir los límites de cada nación. Se le asigna a la misma un pasado inmemorial y por lo tanto imperecedero, en el que sólo varía su expresión histórica según el grado de autoconciencia y activismo. Por otra parte, en la *concepción liberal-eurocéntrica* se parte de la premisa de que las naciones están compuestas por ciudadanos libres dejando afuera de la categoría de estado nación a toda la antigüedad autocrática, monárquica o imperial puesto que se las considera como formas de identidades culturales colectivas pre-modernas. Asimismo, se acepta el paralelismo entre el surgimiento del estado nación europeo con la revolución industrial, con el fin de los absolutismos y con la aparición de la burguesía como clase social predominante (Smith, 1997).

Aunque el mencionado debate excede los límites de este trabajo, es difícil dejar de reconocer que China constituye una etnia con autoconciencia nacional y organización política compleja propia al menos desde la unificación imperial en el siglo III a.C. con la dinastía Qin, forma de gobierno que duraría nada menos que veintiún siglos. Aún si consideramos los siglos previos a la unificación observamos que China constituye una unidad geográfica y cultural aunque no una unidad política ya que estaba dividida en un conjunto cambiante de estados feudales que guerreaban permanentemente entre sí.

En cuanto a la identidad nacional también son fácilmente reconocibles grandes diferencias entre los rasgos fundacionales orientales y occidentales: la importancia de la familia por sobre otros roles sociales, la supremacía de la tradición y la subordinación al grupo por sobre el individuo y la ley son algunos de los ejemplos que pueden citarse.

Ahora bien, en el caso Chino, es importante destacar que el proceso de conformación del estado nacional es previo a los tres casos de invasión extranjera que se analizan en este trabajo. De esta manera, la identidad recibe las influencias e incorpora los cambios en la propia cultura y en la forma de ser del estado, generando a su vez movimientos de redefinición y autodescubrimiento frente a la amenaza de la dominación, los cuales finalmente desembocaron en una afirmación de la identidad china.

Este hecho también es destacable, ya que los estados nacionales occidentales comenzaron a experimentar desafíos similares sólo en tiempos recientes que los enfrentaron a una creciente pérdida de identidad de cara a la interdependencia y a la globalización. La posmodernidad ha debilitado los lazos sociales, locales y religiosos y ha corroído los sentimientos de pertenencia, entre ellos, el nacional. La conformación creciente de una cultura global, de carácter universal, intertemporal, cosmopolita y ecléctica plantean un desafío a las identidades occidentales. Por el contrario, en la China actual se observa una reafirmación cultural de cara a su inserción en el mundo (Smith, 1997).

3. Los orígenes de la conformación de la identidad cultural china y su importancia en la relación con los pueblos bárbaros

En China, desde los albores de su historia, sacerdotes, guerreros, funcionarios o jefes de familia fueron conformando los rudimentos de una elite de poder. Al igual que en otros pueblos de la antigüedad, los rituales, las artes, la guerra o las conexiones familiares pasaron a formar parte de la forma de gobernar y al mismo tiempo contribuyeron al desarrollo de la cultura.

La fuerza de estas instituciones sociales ha guiado a los individuos y a las familias a través del tiempo resguardando su identidad más allá de los avatares políticos y sociales. Esto determinó en la práctica, el fuerte arraigo de normas de comportamiento tradicional que aumentaron la fortaleza de la cultura a tal punto que muchas de ellas pueden rastrearse hasta el presente y se han mantenido inalteradas a lo largo de los siglos resistiendo distintas formas de gobierno, variadas ideologías y conquistas extranjeras.

Esto fue forjando el concepto de *superioridad cultural* como un elemento constitutivo primigenio de la identidad china que a semejanza de otras grandes civilizaciones originarias como la griega o la egipcia, denominaba ‘bárbaros’ a los pueblos del exterior. La diferenciación entre propios y extraños que originariamente se realizaba en función de la sumisión a la supremacía de un gobierno central y de la pertenencia a un territorio, va adquiriendo en el tiempo una autoconciencia de identidad y superioridad cultural. China inicialmente se autodefinía como el “*País Central*” que gobierna sobre la “*Llanura Central*” en lo que hoy conocemos como el norte de la China actual. Muchos historiadores, tanto orientales como occidentales, han

caracterizado a la China antigua como una isla cultural, rodeada de pueblos bárbaros carentes de las cualidades de la cultura china (Chevrier, 1983).

Las relaciones con los pueblos “bárbaros” han estado presentes desde los orígenes de la civilización china. La delimitación de las fronteras antes de la unificación imperial se producía a partir del idioma en común, la reproducción de ciertos rituales y la aceptación de una particular cosmogonía que partía de la base de la superioridad cultural y política (Fairbank, 1996).

Un rasgo característico de este momento histórico constitutivo lo determina el hecho de que China como cultura alcanza un grado de homogeneidad y continuidad previas a la unificación territorial en un imperio único. Esta preexistencia de la cultura frente al estado único le otorga una densidad cultural a ciertos objetivos políticos, tales como la unificación territorial partiendo de sub-unidades políticas que comparten una cultura común. Posteriormente, esta diferenciación entre cultura y estado le permitirá a la civilización china sobrevivir como tal frente a la dominación extranjera. La pérdida del control del estado si bien significó un fuerte golpe a la autoestima y al concepto de superioridad no trajo aparejada una disminución de la conciencia cultural, sino una construcción a espaldas del poder público en una negociación permanente entre estado y sociedad civil.

A pesar de lo variado de su geografía y lo vasto de su territorio esta civilización continental, a diferencia de Europa, ha buscado siempre conformarse como una sola unidad política debido a una cultura y un gobierno mucho más enraizado en su milenario pasado. Períodos de fraccionamientos y reunificaciones territoriales se alternan en la historia china, intercalados con persistentes invasiones bárbaras que alteran las reflexiones culturales, políticas y sociales.

En este sentido, el anhelo de unidad e integridad territorial siempre constituyó una prioridad, no sólo de la política interna y externa, sino de la propia cultura y, por lo tanto, de todos los gobiernos chinos más allá de la forma de éstos o de su fundamento ideológico. Ni la era moderna ni el triunfo del comunismo escaparon a este imperativo de la historia.

Asimismo, esta cultura común es considerada superior con respecto a las demás. Los distintos aportes tanto del confucionismo, el taoísmo y la cosmogonía que culmina en la creencia del *Mandato y Esencia Divina* del Emperador fortalecen esta consideración.

El concepto de superioridad ha adquirido un rasgo distintivo en la relación del pueblo chino con sus vecinos a diferencia de otras culturas originarias y en lo que hoy denominaríamos política exterior. Así, en lugar de proponerse llevar a cabo una conquista de tipo militar tan habitual en el mundo antiguo, los chinos se propusieron llevar a cabo una asimilación progresiva, basada en la demostración de la eficacia de su forma de vida y de gobierno. El estado, además de basarse en una unidad territorial, constituía una unidad política fundamentada en la cultura. Desde sus orígenes en China

existió una fuerte relación entre la cultura y el poder temporal. La expresión máxima de esta relación permanente puede observarse en el desafío de constituir y mantener la unidad de esta civilización al mismo tiempo que resolvía su conquista por parte de otros pueblos.

Sin embargo, con el transcurso de los siglos lo que inicialmente se planteó como la influencia cultural china sobre los pueblos de la periferia fue convirtiéndose, gradualmente, en el desafío de mantener la identidad frente a la invasión de estos pueblos bárbaros sobre el territorio chino.

4. Las invasiones bárbaras del siglo X

Si bien en los comienzos de las relaciones con los otros pueblos bárbaros, los matrimonios mixtos con las tribus del norte y el sistema de compensaciones buscaron resolver anticipadamente el problema de la conquista territorial china por parte de éstos, finalmente la invasión de los bárbaros dio paso progresivamente a un proceso por el cual las tribus invasoras gobernaban China a través de una dinastía no china pero con ayuda de los chinos (Fairbank, 1996).

Los avances de las tribus bárbaras del norte sobre China tienen un origen muy remoto y pueden rastrearse hasta el siglo II. Estas incursiones nómadas determinaron relaciones estrechas y mutuamente influyentes a lo largo de muchos siglos. En la medida en que el poder central en China se debilitaba con posterioridad a la primera unificación del siglo III a.C. y la decadencia imperial en el siglo X d.C. la marea nómada resultó imparable y fue tomando por etapas al desunido estado chino.

Dos aspectos son particularmente destacables en el análisis de esta primera conquista invasora sobre el imperio chino en el siglo X. En primer lugar, la conquista extranjera se produjo en la cúspide del desarrollo de la cultura china bajo el imperio Song. El poco más de un siglo de dominación mongol (desde 960 a 1126) constituyó una época de gran creatividad que situó a China por encima del resto del mundo tanto desde el punto de vista tecnológico, político, cultural como económico. Algunos autores sostienen que dicha superioridad es más evidente si se lo compara con el Renacimiento europeo que se produciría dos siglos más tarde. Sin embargo, fue en este período de florecimiento en el cual las tribus invasoras se hicieron del control militar y administrativo del estado chino.

Cuando los bárbaros comenzaron la conquista de China, el país ya constituía un Imperio de varios siglos de existencia y su caída se correspondió con una etapa de decadencia del poder central en el citado contexto de florecimiento cultural.

En segundo lugar, resulta significativo el hecho de que esta particular etapa de conquista no ocurrió de manera repentina sino que se inició por parte de tribus mongoles –en esta primera etapa por los Qidan– en 907 y continuó de a saltos en sucesivas oleadas hasta el año 1279 en el que los mongoles con Kublai Kan a la cabeza, nieto de Gengis Kan, fundó el Imperio Yuan.

Este avance bárbaro sobre porciones de territorio chino se inició en el 907 cuando una tribu del norte –los Qidan– se apoderaron progresivamente de las regiones de China del Norte, Manchuria y Mongolia creando el *Imperio Liao* desde 916 hasta 1125. Este imperio no chino representó la primera experiencia de una entidad política que cobija dentro de sí una parte de la población china inaugurando el dominio no chino sobre territorio y población china, la cual a su vez linda con el resto de los chinos organizados en otros dos Imperios: los Song del Norte y los Song del Sur.

En el año 1125 otra tribu de Manchuria del Norte –los Ruzhen–, conquistaron al Imperio Liao y fundaron su propio *Imperio* denominado *Yin* el cual posteriormente conquistaría a los Song del Norte incorporando una parte importante de la población china a la dominación extranjera. Finalmente, otra tribu, los mongoles al mando de Kublai Kan impulsaron el desenlace final conquistando primero en el año 1234 al Imperio Yin y luego a los Song del Sur en el 1279 conformando el *Imperio Yuan*, el cual unificó la totalidad de la población china bajo un solo imperio no chino, mongol.

Esta sucesión de conquistas, los Liao, los Jin y los Yuan, conforman una secuencia de incursiones militares dentro de China procedentes del Asia Interior que deben ser consideradas como un proceso único. Aunque cada uno de ellos duró un período de tiempo distinto –el Liao desde 916 a 1125, el Jin desde 1125 a 1234 y el Yuan de 1279 a 1368– ninguno superó el siglo y medio, totalizando poco más de cuatro siglos de dominación extranjera.

Este dominio bárbaro representó desde sus comienzos una fuerte tensión para la supervivencia de una cultura que se supone superior, generando la ruptura de su sistema de organización estatal y de relaciones con los vecinos. Las primeras invasiones en el siglo X, fraccionaron la unidad china, ya sea por falta de medios o por falta de voluntad para la reconquista del territorio, la legitimación del dominio no chino sobre parte de China obligó a una racionalización del problema y a una respuesta consistente en los intentos de “sinicizar” a los gobernantes extranjeros. No se trataba simplemente de “transformar en chinos a los bárbaros”, sino de algo más complejo en lo cual cada uno aportaba cosas propias al nuevo orden civil y político. Es más, los gobernantes no chinos mantuvieron su propia identidad étnica mientras se desempeñaban como mandatarios conformando un imperio multiétnico (Fairbank, 1996).

La gran conquista mongol de Kublai Kan del siglo XIII dio origen a la Dinastía Yuan e inauguró el primero de los tres grandes choques culturales de los que debió dar cuenta la civilización china. Luego seguirían los manchúes en el siglo XVII y finalmente los occidentales en el siglo XIX.

Algunos historiadores de China aseguran que en la dominación bárbara puede observarse el inicio de un proceso de creciente separación entre el estado y la sociedad cuya consecuencia más destacada fue la decreciente importancia del gobierno para la mayoría de la población, acompañada por una progresiva revalorización de la cultura. Esto explicaría, en parte, fenómenos tales como el florecimiento cultural de la sociedad china bajo la dominación mongol, el creciente aislamiento del emperador, su séquito de

funcionarios y subordinados con el consiguiente surgimiento de la autocracia en el gobierno y el mantenimiento de la unidad política y el control centralizado sin revueltas importantes (Gernet, 1982).

Aunque su dominio se extendió por casi cuatro siglos, los chinos siempre despreciaron a los mongoles. Constituían un pueblo nómada, mayoritariamente analfabeto, con costumbres e historia muy distintas a la de los chinos. Aunque llevaron adelante un gobierno benevolente respecto de las creencias y costumbres chinas, nunca pudo cerrarse la brecha cultural entre ambos pueblos. A la larga, el gobierno mongol resultó ser más despótico que los anteriores acrecentando así las diferencias entre sociedad civil, cultura y estado.

Paralelamente, esta brecha insalvable trajo aparejada la emergencia creciente de una clase china administradora y colaboradora en las distintas funciones del estado que amortiguaron las relaciones entre conquistadores y conquistados. Una nobleza de administradores de mentalidad neo-confuciana que se conformó a lo largo de los siglos y que mediatizó el control del poder político, cualquiera fuese éste, sobre la población china. Qué tan responsable es el confucionismo como filosofía de la aceptación, del orden establecido y esta clase burocrática de administradores de los siglos de dominación extranjera constituyen todavía hoy una fuente de controversia entre los especialistas de la historia china (Gernet, 1982).

A lo largo de las tres sucesivas oleadas de invasiones se ha ido acrecentando un paulatino sentimiento de rechazo a lo extranjero que encontró un camino de expresión en la cultura, aumentando así la intolerancia hacia lo no chino y a la espera de una oportunidad.

Lo cierto es que esta sumisión forzada que sólo esperaba su momento para la recuperación encontró el camino de la liberación a partir de una revuelta campesina.

En 1368 y hasta 1644 se produjo la recuperación del control chino del Imperio inaugurando lo que se conocería como la *Dinastía Ming*, la cual reinaría por algo más de 270 años.

A la *Dinastía Ming* se le asignan evaluaciones contradictorias. Por un lado, no puede dejar de reconocerse el hecho de la recuperación de la soberanía china expulsando a los mongoles. Además logró por segunda vez la unificación del territorio y convirtió a China en la mayor potencia militar del mundo conocido. Esta etapa de la historia de China es conocida como la época de los grandes descubrimientos que colocaron al imperio en la vanguardia tecnológica de la época.

Por el otro, se le atribuyen a la *Dinastía Ming* los principales antecedentes que algunos siglos más tarde condujeron a China a la ruina. El desorden fiscal, el exceso de autocracia, el acento económico en el medio rural, la finalización de los contactos

comerciales con el exterior y el inicio de un período de introspección ejemplificado en la construcción de grandes muros de ladrillo y piedra y cientos de torres de vigilancia que fueron creciendo hasta convertirse en lo que hoy conocemos como la *Gran Muralla China*. De la dominación mongol y de la subsecuente recuperación china de su propio autogobierno quedan como bagajes para la cultura y la política la escisión entre cultura y gobierno, el desprecio por el extranjero, un fuerte espíritu anticomercialista y una profunda tendencia a la introspección cultural y política (Fairbank, 2006).

China como unidad cultural y política atravesó sucesivamente a partir de entonces, etapas de expansionismo y aislacionismo según el momento de su propia cultura y las relaciones con el resto del mundo. Debe considerarse para entender esta introspección que para China el problema no era el mundo, ni su descubrimiento, ni su conquista, sino la China misma. Desde esta perspectiva se asumía que el Imperio era el centro natural del mundo, ningún problema externo podía ser más importante que los internos. Por lo tanto, la confrontación con otros estados no chinos –en su mayoría musulmanes– resultaba poco relevante y ello se explicaba por la preeminencia de éstos en regiones alejadas gobernadas por pueblos inferiores. Para entender esta cuestión es importante situarse en la propia cosmovisión China y escapar de la explicación común y poco imaginativa de que China renuncia a su presencia en el mundo simplemente por el capricho de un gobernante de turno. No es este el caso, ya que de ser así esta política se hubiera modificado con el cambio de emperador y esto no sucedió. *El aislamiento fue una política de estado más allá del gobernante de turno ya que durante toda la Dinastía Ming –270 años–, la misma produjo tal arraigo que se constituyó en una fuerza profunda de la política exterior china identificable hasta nuestros días.*

5. La invasión manchú del siglo XVII

En el año 1644 dos millones de manchúes comenzaron a dominar cerca de ciento veinte millones de chinos inaugurando la *Dinastía Qing* que rigió los destinos de China por más de 260 años hasta la que podría denominarse la segunda reconquista del estado por parte de los chinos con la instauración de la *experiencia republicana en 1912*.

Ciertamente el refinamiento de los manchúes contrastaba con la precariedad mongol. Este refinamiento es lo que predispuso a los manchúes a tomar de la cultura china amplios aspectos que le permitieron gobernar cerca de tres siglos. La adopción del idioma, ciertas formas culturales y el confucionismo fueron adoptados a los fines de lograr el apoyo a la autoridad política.

Asimismo, los manchúes ya habían desarrollado al momento de la invasión instituciones gubernamentales eficientes que fueron trasladadas a China y sobre las cuales se construyó una administración pública y una burocracia de estado muy superior al período Ming.

La cercanía territorial de ambos pueblos aseguró un conocimiento histórico mutuo previo que permitió resolver adecuadamente para ambas partes el conflicto de la conquista: *por parte de los manchúes* cómo gobernar al estilo chino sin perder la

identidad manchú y *por parte de los chinos* cómo ser gobernados por otro pueblo sin perder la identidad china.

El matrimonio entre manchúes y chinos estaba prohibido y se fomentaban las diferencias de costumbres. Ninguno de los dos pueblos se propuso la asimilación cultural del otro al punto de que los manchúes si bien introdujeron instituciones de gobierno, militares y de control político nunca se propusieron, por ejemplo, una reforma social o económica que alterara el *status quo* al interior de la sociedad china y aceptaron de buena manera el sesgo anti-comercialista y aislacionista de la anterior Dinastía china de los Ming.

En parte, los manchúes fueron presa de su elección. Para asegurarse el poder como gobernantes no chinos aceptaron preservar el orden social y político del confucionismo imperial con todas sus consecuencias: la fuerte tendencia al gobierno autocrático basado en un estado teocrático en el cual el emperador era considerado *Hijo del Cielo*, la reafirmación de una erudita elite burocrática, el inmovilismo social y el desprecio por lo extranjero (Chevrier, 1983).

El resultado final de este proceso fue un creciente estancamiento social y económico, una alianza política y social entre los manchúes, los funcionarios y burócratas eruditos y las familias terratenientes que ejercieron un gobierno crecientemente despótico y aislacionista. La inmensa mayoría de la población china, fundamentalmente campesina, aumentaba su pobreza en la medida en que crecía su número. En el siglo XVIII se gestan los graves problemas que explican la crisis del siglo XIX y la explosión del siglo XX.

Muchos historiadores se plantean el interrogante acerca de *por qué China se quedó atrás en los tiempos modernos*. A ello respondían que China se había retrasado porque no había logrado superar la etapa feudal aunque tecnológica y económicamente era más adelantada que la Europa medieval.

La respuesta reside parcialmente en China y parcialmente en Occidente. La ciencia y la tecnología han transformado el mundo moderno a partir de la Revolución Industrial Inglesa que comenzó alrededor del año 1750 en Inglaterra. Desde entonces, China se estancó y Europa se adelantó revirtiendo la situación comparativa hasta el punto en el cual en el siglo XIX la diferencia a favor de Occidente es notable tanto desde el punto económico, tecnológico como político.

Joseph Needham en “Ciencia y Civilización en China”, habla de los tempranos descubrimientos chinos del papel, la imprenta, la pólvora y el compás, pero a la vez destaca la incapacidad de combinar dinámicamente ciencia, tecnología y economía tal como se dio en Occidente a partir del siglo XIX (Needham, 1993).

Adicionalmente, puede considerarse que la China antigua logró constituir un estado autocrático, con una administración burocrática, contabilidad nacional, selección de candidatos a puestos públicos por un sistema de mérito académico y una

centralización de la economía que se anticipó en varios siglos al surgimiento del Estado absolutista moderno de la Europa del siglo XVII.

Entender cuáles son los factores sociales, económicos, culturales y políticos que determinaron que China quedara atrasada respecto a Occidente en la era moderna es entender las fuerzas profundas de una de las civilizaciones más complejas y ricas de la humanidad.

Debe reconocerse que no es que no hayan existido esfuerzos reformistas y modernizadores o impulsos a la liberalización política del dominio manchú, sino que estos fracasaron sistemáticamente.

Ciertamente no puede soslayarse el hecho de que la revolución industrial en Europa estuvo acompañada por un fuerte proceso de reforma política que culminó, no sin retrocesos, en el proceso democrático, tal cual como lo conocemos hoy, el cual no parece observarse en China. En China, en cambio, ciertos impulsos modernizantes en las técnicas no alcanzaron a plasmarse en una reforma política, económica y social profunda generando un estancamiento del cual solo saldría China con una fuerte explosión política encarnada en la Revolución Maoísta de mediados del siglo XX. Probablemente, el estancamiento cultural, político y social influyó decisivamente en el estancamiento económico y el pobre impulso industrialista de los siglos XVIII y XIX en China.

Por otra parte en Occidente, revolución industrial y democracia se amalgamaron con liberalismo económico produciendo con distintos grados de violencia –dependiendo del caso estatal del cual se tratase– la superación definitiva del orden feudal europeo. Hoy parece claro que en China existieron condiciones para el desarrollo industrial tales como el aumento de la población conformando una masa crítica de consumidores y trabajadores, un desarrollo comercial interno importante que permitió vincular a las regiones internas de un vasto territorio, la disponibilidad de tecnologías, un crecimiento importante de la producción agrícola –particularmente de alimentos– factores que por sí solos no alcanzaron para sostener un proceso de desarrollo industrial.

El inmovilismo social, la abundancia de mano de obra ligada a una creciente economía de subsistencia agrícola, la rigidez cultural derivadas del confucionismo tan poco proclive a las libertades del mercado, un gobierno de burócratas, una clase terrateniente poderosa, una excesiva ruralización de la economía y sociedad china, un sistema legal flexible y arbitrario que desmotivaba el riesgo empresarial son tan solo algunos de los factores más relevante que los historiadores de china citan como determinantes del estancamiento.

Finalmente, las crecientes tensiones internas ejemplificadas en las sucesivas revueltas campesinas –*Rebelión del Loto Blanco* en 1796, *Rebelión Taiping* en 1851, *Rebelión Nian* en 1853, *Rebelión de los Musulmanes Chinos* en 1855 y 1862 y *Rebelión de los bóxers* en 1899– y los renovados desafíos en las fronteras –Turkestán en 1826 y las *Guerras del Opio* en 1839 y 1842 y las posteriores intervenciones francesas en 1883 y la japonesas en 1894– fueron minando de manera irreversible la autoridad central de la *Dinastía Qing* durante los siglos XVIII y XIX conformando un largo proceso de decadencia imperial. La creciente debilidad imperial producto de esta doble secuencia

que se inicia con los conflictos internos y se acelera con las posteriores intervenciones occidentales produce la desorganización social y la desmoralización psicológica que finalmente abatiría a la dinastía manchú.

Hasta el siglo XIX el aislamiento de China respecto al resto del mundo había permitido a la cultura china sortear la dominación extranjera manteniendo los ideales de la superioridad cultural. Esa dominación era en todo caso una consecuencia inevitable de la brutalidad bárbara que se traducían en la conquista militar. Aún así se podía sostener la idea de superioridad como base de la cultura sin poner en riesgo la supervivencia de la identidad y apostando a la reconquista del poder estatal en tiempos mejores.

Sin embargo, durante el último siglo de la dominación manchú se produjo un hecho inédito cual es otra dominación –la occidental– que se superpuso, al mismo tiempo, a la manchú. Con la particularidad de que las concesiones arrancadas en los llamados Tratados Desiguales dejaban en evidencia para todos los chinos que la superioridad central era un mito y que en realidad la dinastía manchú era incapaz de defender la dignidad del pueblo chino.

El siglo que va desde la primera Guerra del Opio (1842) hasta la Revolución Maoísta (1949) derrumbó los pilares de la antigua cultura y el sistema de vida chino: al aislamiento lo sustituye la apertura indiscriminada al mundo exterior; a la integridad territorial la firma de acuerdos otorgando concesiones, porciones de territorio y extraterritorialidad a extranjeros; a la homogeneidad cultural, la introducción de ideologías, religiones y prácticas no chinas.

El dominio occidental aceleraría la descomposición del poder imperial y del modelo cultural tradicional introduciendo en China el *dilema de la modernización*. Si la misma no pudo producirse por factores internos entonces los factores externos actuarían como catalizadores definitivos de dicho proceso.

6. El dominio occidental del siglo XIX

La revolución que abatió a la *Dinastía Manchú* (1644-1912) resultó de la conjunción de factores tanto internos como externos.

Durante los siglos XIX y XX se instaló en China un *doble proceso de modernización y revolución* resultante de la confrontación de la *China interior* – inmóvil, producto intelectual, social y político del confucionismo por una parte, y de la autocracia manchú– y la *China de los puertos abiertos* ligada a la occidentalización en el siglo XIX. Este doble proceso fue socavando progresivamente las bases del Imperio y su incapacidad para responder a estos desafíos originaría su caída.

La crisis externa producto de la dominación occidental aceleró la caída del Imperio aunque no fue la única causa que puede explicar el fin del Imperio. A ellos se suma que Occidente mantuvo un estilo de dominación colonial basado en la economía y la cultura manteniendo la ilusión del gobierno local. Esto generó que la propia sociedad urbana china, por efecto de comparación, tomase conciencia de la profundidad de su propia crisis interna, de su retraso social, político, económico y tecnológico así como de la incapacidad de respuesta del modelo tradicional.

La Apertura impuesta por la fuerza de los cañones occidentales produjo humillación frente a la agresión pero también desencanto y frustración por las propias limitaciones. De esta manera, puede decirse que el siglo XIX en China fue un siglo de transición y a la vez de crisis. La *crisis interna* socavó la estructura social y la *crisis externa* hizo lo propio con la base política, ambas pusieron en peligro la propia supervivencia del estado y de la nación.

La China del siglo XVIII, había gozado de una paz y prosperidad notables al punto de ser considerado el siglo más espectacular de la edad de oro manchú. Pese al gran desarrollo agrario, y a que éste se trasladó al ámbito urbano, el crecimiento no desembocó en una renovación tecnológica o en una penetración industrial. El equilibrio alcanzado a fines del siglo XVIII se convirtió en estancamiento. Los datos de saturación económica se multiplicaron en la primera mitad del siglo XIX. La población siguió creciendo en este período al ritmo de la edad de Oro, sobrepasando los cuatrocientos millones de habitantes en 1850. Esta catástrofe demográfica acabó con la prosperidad y rompió con la armonía entre población y medios de subsistencia de una manera trágica (Elvin, 1973).

La desestabilización del campo en un Imperio eminentemente rural instalaron las penurias de las hambrunas periódicas en el medio social chino. La gran masacre de los desnutridos (1870), remite a la peste negra medieval o a la Guerra de los Treinta Años en Europa para encontrar a nivel de continentes una catástrofe humanitaria similar (Hisao Kung-Chuan, 1967).

El medio urbano mientras tanto –durante el siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX–, logró un desarrollo relativo que le permitió desconectarse del resto del país. La franja urbana costera integraba un *hinterland* que también logró sobrevivir ya que representó una parte importante de sus mercados y de sus centros de abastecimiento, convirtiendo la desestabilización agraria en un problema demográfico, generando un corte dualista en la sociedad que permite comparar a China con los países subdesarrollados del siglo XX (Bastid, 1979). Así, la existencia de una franja costera moderna y de un interior subdesarrollado establecían una contradicción social y política de base geográfica cuya influencia se sentiría en la Revolución Maoísta y en la adopción de un modelo de revolución agraria-campesina superando al modelo urbano-proletario, constituyendo esta situación una particularidad de la experiencia china.

Con la *Rebelión de los Taiping* (1853) culminó medio siglo de rebeliones populares que generaron un proceso de devolución del poder central al interior. Sin embargo, el poder tendió a escaparse rápidamente de la dinastía al regionalizarse y militarizarse. El desequilibrio económico estuvo acompañado por el debilitamiento del poder central y la desintegración estatal (Bastid, 1979).

La *crisis externa* a la que China debe su apertura y humillación a mediados del siglo XIX fue la más grave de su historia. No se trató en esta ocasión de pueblos bárbaros civilizados a medias, destinados a una interacción cultural rápida como en el caso manchú (1644) o el mongol (1276). En esta ocasión, la amenaza provenía de otra civilización, la occidental, que se consideraba superior, con una expansión económica, política, técnica y militar mayor. Tales diferencias fueron percibidas por los propios chinos y generaron una relativización de su propia cultura. Sin ser colonia de una

potencia en particular, China se convirtió en semi-colonia de todas las potencias existentes. En opinión de J. Levenson esto equivale a una sentencia de muerte para el sinocentrismo confuciano (Levenson, 1987).

La *primera embestida* aperturista, a mediados del siglo, fue inicialmente *liberal libre-cambista*, mientras que la apertura de los años 1840 y 1860 –la primera y segunda Guerra del Opio: 1839-1842 y 1857-1860– rompió las barreras diplomáticas y el estilo de gestión con los pueblos del exterior. Hasta ese momento, China mantuvo un sistema en el cual fuera de sus fronteras no reconocía más que a bárbaros inferiores o aquellos otros que pagando tributos se convierten en vasallos: Anam, Birmania, Corea, etc. Este sistema de superioridad y vasallaje etnocéntrico ligado al tributo, mantenía los mercados periféricos dentro de la órbita china (Fairbank, 1979).

La irrupción de las potencias occidentales sobre China condujo a que ésta abandonara todo este sistema y fue obligada a tratar en pie de igualdad con los “diablos extranjeros”, a través de la creación de una Oficina de Asuntos Extranjeros en 1861.

Desde 1689 cuando se firmó el primer Tratado de Límites y Comercio, suscripto por China con una nación extranjera –Rusia–, hasta la primera Guerra del Opio en 1839, las potencias extranjeras no habían logrado que el Imperio del Centro dejara de despreciarlos y tratarlos como bárbaros. En esta dirección, se encuentra el particular ceremonial “Ke-tou” de la corte manchú, reputada como divina, obligaba a los representantes extranjeros a ponerse de rodillas y tocar el suelo con la frente de tres a nueve veces. Lo que dos siglos de diplomacia y humillaciones soviéticas, inglesas y portuguesas no lograron, fue obtenido por la fuerza de las cañoneras en la decadencia del Imperio (Fairbank, 1979).

Los Tratados Desiguales fueron impuestos por la fuerza de Inglaterra y Francia, y extendidos a todas las naciones e instauraron un sistema de tratados que convertía a la Civilización Central China en una nación vasalla. Dicho sistema de tratados adquiere este nombre de “desiguales” por haber sido obtenidos por la fuerza y bajo presión militar.

Con este sistema de tratados las potencias extranjeras obtuvieron la eliminación de las restricciones comerciales que completaban el aislamiento chino. Dichas restricciones, mantenían una autosuficiencia de base regional integrada por el tributo y el tráfico de mercaderías con la periferia.

La circulación de personas occidentales y su seguridad quedaron garantizadas por la extraterritorialidad, privilegio jurídico personal que paulatinamente se fue extendiendo al nivel territorial a través de las concesiones establecidas en los puertos abiertos.

El sistema de tratados incluía, también, la cláusula a través de la cual las potencias extranjeras protegían sus misiones religiosas. Francia se encargaría de las católicas por los Tratados de Whampoa (1853) e Inglaterra de las protestantes. A través de ellas se generó un “aggiornamiento” de sectores tanto urbanos como rurales a la cultura occidental perfeccionando la dominación.

Ciertos servicios esenciales como la administración de la aduana, la gabela y el correo quedaron bajo tutela extranjera (Fairbank, 1979).

La *segunda embestida* tuvo lugar a principios del siglo XX. A partir de ésta asistimos a una nueva modalidad de la penetración extranjera. A diferencia de la “apertura liberal”, esta segunda etapa apenas se detiene en los umbrales del reparto colonial del territorio.

Las rivalidades entre las potencias, preocupadas en defenderse unas de otras y en extender sus esferas económicas, sumadas a la postración de la dinastía china, logran arrancar nuevos privilegios: territorios en arrendamiento –bases militares, depósitos de carbón, fondeaderos para la flota–, concesiones ferroviarias y mineras, dominios financieros e implementaciones industriales en las concesiones.

Esta modalidad de las “carreras de concesiones” inaugura un estilo de agresión distinto. Sólo la oposición de los Estados Unidos y la fuerte resistencia interna – *Rebelión de los Boxers* en 1900–, salvan a China del destino del reparto territorial al que fueron sometidas Polonia o África, no sin una enorme indemnización cual fue la legalización de las tropas extranjeras en la capital y la tutela del Cuerpo Diplomático sobre la gestión del gobierno, cláusulas establecidas en el Protocolo de los Boxers (1901), luego de la derrota de la rebelión.

Esta *segunda etapa de la Apertura* establecía una situación de co-propiedad de las potencias vinculada a sus ambiciones geopolíticas, alcanzando un equilibrio hacia la primera década del siglo XX, alterado sólo por la irrefrenable expansión japonesa. Adicionalmente, a partir de 1891 con la caída de la autoridad imperial, las rivalidades de las potencias se expresaron a través de las disputas entre los señores de la guerra impidiendo mantener una autoridad política unificada en el territorio capaz de gestionar la transición a un estado moderno (Chevrier, 1986).

En este sentido, interesa destacar que en los años previos a la implementación de la política de Apertura, la crisis de China comprendía ya varias dimensiones: crisis social, crisis del estado, crisis de la nación. La Apertura vino a sumar una nueva dimensión a la crisis cual es la dimensión cultural producto del proceso de *occidentalización*.

Así, *la occidentalización asociada a la Apertura* produjo un conjunto de efectos internos que violentaron la cultura china. El surgimiento y expansión de los barrios europeos modificaron social y geográficamente el paisaje urbano tradicional. A los negocios y depósitos se añadieron con el tiempo consulados, iglesias, tribunales, cuarteles, hospitales, parques y edificios que convirtieron a estos barrios en pequeñas porciones de enclaves occidentales en territorio chino.

En torno a estos grupos europeos, comenzaron a surgir una multitud de intermediarios nativos, traductores, compradores y prestadores de un sin número de servicios que constituyeron la *primera avanzada de la occidentalización*.

Esta *primera fase del proceso de occidentalización* generó un proceso de aculturación que impregnó a distintos sectores sociales al margen de la reticencia oficial.

En un primer momento, tanto el gobierno imperial como su burocracia, intentaron inspirarse en las supuestas fuerzas occidentales –tecnología, riqueza y poder–, para reforzar el orden tradicional, tal como lo expresaba el “movimiento de actividades occidentales”, según el principio enunciado por Zhang Zhidong: ‘tomar el saber chino como sustancia, utilizar el saber occidental como atributo’. El principal inconveniente de esta propuesta residía en el hecho de constituir una suerte de subordinación activa (Gullo, 2008).

Frente a la apertura forzada y considerada inevitable se proponía un proceso de adquisición de atributos de poder necesarios hasta que la autonomía fuese posible.

La diferencia con las dos etapas de dominación anteriores y los similares esfuerzos de convivencia con el extranjero, lo constituye el hecho de que tanto los mongoles como los manchúes eran considerados inferiores y nunca se les reconoció superioridad cultural. Esta última propuesta avanzó en el reconocimiento y violentó los valores más tradicionales de la cultura china.

Ante las limitaciones de dicha propuesta y el fracaso de las autoridades de sacudirse del yugo occidental, la *segunda fase de la occidentalización* adquirió nuevas características (Guillermaz, 1975).

La persistente incapacidad del gobierno imperial para asegurar la supervivencia de China, determinó finalmente que una *nueva generación de reformistas de fines de siglo XIX y principios del XX* plantearan la necesidad de cambio sin mantener las esencias. Esta generación del 1900 concluye que la fuerza de Occidente depende menos de su riqueza o poder, que de sus instituciones. Por lo tanto, resultaba necesario ‘cambiar no sólo los atributos de las cosas sino también los métodos y las cosas entendidas como formas de pensar y de gobernar’.

Este abordaje constituye una nueva manera de ver el fenómeno de la dominación, ya no se trata de atributos materiales sino de formas de gobierno, de formas de organizar la sociedad civil y de relacionar el poder con la sociedad civil. La expresión política de esta tendencia desemboca en la exigencia de cambio institucional, de participación y de modernización política. Una parte importante de los males puede atribuirse según Sun Yat-sen a la pérdida de conciencia nacional siendo necesaria la reconstitución de ésta.

La generación liderada por Sun Yat-sen inició un proceso de auto-reflexión que desembocó en la caída del Imperio. Nunca antes como en este período fue importante la opinión de los intelectuales en el proceso político chino.

Sin embargo su perspectiva nacionalista no fue suficiente para plasmar una nueva realidad en China. Las influencias liberales-occidentalistas le impidieron comprender las necesidades de la transformación social, especialmente la campesina, y su incorporación en la agenda de gobierno. Sun Yat-sen y el Kuomintang no alcanzaron a entender que al igual que en muchas otras naciones de la periferia capitalista la revolución nacional solo es posible si es acompañada con la revolución social.

Mientras tanto, el movimiento se radicalizaba en la oposición anti-dinástica y reforzaba el nacionalismo anti-occidental. Se preparaba así el *camino hacia la experiencia de la República* (Wilbur, 1976 citado en Fairbank, 1996).

Las ciudades de la franja costera constituyeron la zona más dinámica de la China de principio del siglo XX. Fruto de la occidentalización, el auge modernista aceleró su desarrollo económico y social. A esta zona le correspondió la iniciativa del cambio político. El agotamiento del Imperio abrió paso a la República la cual se gestó en el medio urbano. Así, el movimiento revolucionario republicano intentó unificar a China y fracasó, dando paso lentamente a la revolución agraria marxista.

Este fracaso se debe, principalmente, a que los cambios emprendidos por los republicanos no fueron ni modernos, ni revolucionarios. Bajo la fachada occidentalista, la experiencia republicana no logró extender su autoridad más allá de las ciudades. En los hechos, el Kuomintang jamás controló la verdadera China, sino apenas una franja costera casualmente coincidente con la dominación colonial occidental.

Desde la oposición política y bajo la presión soviética, la experiencia revolucionaria comunista del '27, anti-republicana, también fracasó al equivocar de igual manera el camino revolucionario. Ambas fueron gestadas a partir de lo urbano y demostraron ser insuficientes ante los estrechos límites, geográficos, demográficos, sociales y políticos en los cuales se planteaba. La incapacidad del medio urbano de contener teórica y prácticamente la realidad del conjunto de China se tradujo en la ineficiencia de estos modelos revolucionarios, tanto en su versión liberal como comunista para comprender la China profunda del medio rural.

La verdadera y triunfante revolución china sólo fue posible con el despertar del campesinado a partir del agotamiento de las experiencias urbanas.

Si bien desde 1913, existía un gobierno republicano en Pekín, éste sólo existía por el reconocimiento de los gobiernos extranjeros, y su poder, sólo se extendía en función de la capacidad militar del pequeño ejército que lo sostenía, mientras China se hundía en las guerras feudales, los negocios de las grandes compañías, extorsiones y humillaciones en el período más negro de su historia.

Las consecuencias de la anarquía militar en el microclima social interno fueron devastadoras. El militarismo sólo se sostuvo a través del saqueo a la sociedad civil. Desviada de la política, la guerra civil, se convirtió en un fin en sí mismo sin otro objetivo que el de sostener una estructura parasitaria (Bastid, 1979).

A su vez y no menos importante, resulta el hecho de que la experiencia republicana no logró superar el modelo económico impuesto por las potencias colonialistas. China en la división internacional del trabajo constituía una economía exportadora de materias primas e importadora de productos industriales. El proyecto republicano pasaba por alto la necesidad de la industrialización como condición necesaria para la liberación nacional. A diferencia de otras estrategias nacionales de liberación, lideradas por las fuerzas militares, como Japón, en la cual la industrialización era considerada indispensable. El Kuomintang renunció a la reforma de la estructura de clases agraria semi-feudal, a cambio de una supuesta gobernabilidad que descansaba en su compromiso con la aristocracia feudal de base territorial

reaccionaria y conservadora. La escasa voluntad para impulsar la industrialización como programa, significó la renuncia a la reforma urbana y le granjeó la enemistad de los sectores más progresistas del medio urbano lo que explica por qué progresivamente estos sectores se volcaron a la opción marxista. El sueño infantil de Sun Yat-sen de contar con la colaboración del occidente capitalista para la industrialización de China selló la suerte del Kuomintang.

El decenio 1911-1921, que separa la caída del Imperio de la aparición del Partido Comunista Chino, además de introducir el abortado crecimiento basado en la transformación de ciertas materias primas y en el comercio con las metrópolis europeas trajo aparejada la aparición *de la cuestión obrera y su organización sindical* que se plasmaron en las distintas oleadas de huelgas. Tales episodios fueron el antecedente inmediato de los episodios del 4 de mayo y de la formación del Partido Comunista Chino.

Paralelamente, en el plano internacional, una de las pocas ventajas que obtuvo Japón con la firma del Tratado de Versalles, fue mantener sus posiciones en Shandong a pesar de los insistentes reclamos chinos. La noticia, al llegar a China suscitó una reacción inmediata. El 4 de mayo de 1921, comenzaron las protestas en Pekín y, a pesar de la represión, el movimiento se extendió al resto del medio urbano chino.

La penetración del movimiento fue profunda y alcanzó a todos los sectores: universitarios, obreros, burgueses, intelectuales, etc. La multiplicación de revistas (400) y de sociedades patrióticas produjeron una re-politización de los movimientos sociales donde tempranamente se perfilaban *dos líneas principales: la marxista y la liberal*. La primera, preconizaba que la solución de los problemas sólo podía lograrse con una transformación estructural. La segunda, intentando resistir el embate marxista defendió un pragmatismo que la llevó a considerar los problemas individualmente, caso por caso.

La división del movimiento anti-occidental y anti-dinástico entre izquierda y derecha planteaba –tanto a nivel ideológico como práctico– la elección más importante de la década: *revolución o reforma*.

Aunque la introducción del marxismo en China precedió en algo más de una década al 4 de Mayo, debe a éste su difusión en el medio urbano. La riqueza de los grupos marxistas en el seno del movimiento fue extraordinaria. Estos se organizaron de ciudad en ciudad, incluyendo a filiales en capitales extranjeras como Tokio y París. La rama parisina, sin duda, merece un análisis pormenorizado que no podemos realizar en este trabajo, pero es suficiente citar a modo de ejemplo la importancia de sus cuadros: Zhou Enlai, Den Xiaoping y Li Lisan (Bastid, 1979).

Es entonces, a partir del 4 de Mayo, que podemos observar la presencia de todos los sectores principales de la revolución que culminaría en 1949. La ruptura con el pasado que introduce el movimiento del 4 de mayo en China en la etapa final de superación de lo nuevo sobre lo tradicional fue total. Sólo aún está latente, dormida, en su expresión política el campesinado, aunque su presencia como fuerza de impugnación del orden social pudo observarse en las periódicas revueltas y rebeliones desde 1900.

Aunque reconociéndose como rivales, la colaboración del Partido Comunista Chino y el Kuomintang en el Primer Frente Unido (1922-1927) resultaba de la

confluencia de los intereses de sus tres principales gestores: el Partido Comunista de la Unión Soviética, el Partido Comunista de China y el Kuomintang (Chevrier, 1986).

Las discusiones en el Komintern sobre la colaboración de los Partidos Comunistas en Asia (1922) concluía en la línea de alianza con la burguesía nacional, adecuándose a la interpretación leninista de las virtudes revolucionarias de los nacionalismos burgueses en el Tercer Mundo. A medida que se estabilizaba la política soviética en China, la estrategia buscaba, ante la falta de confianza en la revolución, futuros gobiernos aliados reformistas (Bianco, 1970).

Tempranamente el Partido Comunista Chino recibió a través de la intervención soviética un perfil ideológico. Este planteaba, según su origen y su ortodoxia doctrinaria, la revolución en términos urbano-proletaria en detrimento de la estrategia rural-campesina. El trabajo en el medio rural era considerado secundario y sólo algunos visionarios como Peng-Pai –antecedente inmediato de Mao– le asignaron al campesinado un papel determinante en la teoría y en la práctica revolucionaria.

Por el contrario, el trabajo de las ciudades recibió la máxima atención, y fue a partir de Shangai y Cantón donde el movimiento crece en cantidad y calidad (Chesneaux, 1972).

La reacción nacionalista de 1927, no solo rompió la alianza sino que asestó un fuerte golpe militar al Partido Comunista Chino. Además de perder casi las dos terceras partes de los militantes, la victoria de Chiang no representaba solamente el triunfo de las ciudades por sobre la anarquía campesina, sino que representaba la victoria de la burguesía por sobre la reforma.

Luego de la represión, el Partido Comunista Chino perdió a sus militantes por millares en las ciudades, sus sindicatos y su inserción en el ejército nacionalista.

A partir de esta crisis el legado reformista de Sun fue sustituido por un patriotismo anti-comunista vinculado en la práctica al mantenimiento del *status quo*. Cegado por el esfuerzo de limpiar de comunistas al país, Chiang cede a las presiones de los japoneses y de los colonialistas liberales durante el período conocido como el *decenio de Nankín* (1927-1937), en el cual se instaló el gobierno del Kuomintang.

Durante esta década, la restitución del orden sustituyó a la revolución, y el anti-comunismo al anti-imperialismo. Así, la dictadura de Chiang originó el quiebre del nacionalismo revolucionario, y entregó al Partido Comunista Chino las principales banderas de la revolución: el cambio social y la reivindicación nacional (Bianco, 1970).

El Partido Comunista Chino cosechó de esta experiencia manchada de sangre, rencores para con la dirigencia soviética. Se desnuda para los chinos el carácter instrumental-utilitario soviético de sus esfuerzos revolucionarios, la falta de confianza en las posibilidades de la revolución, y por sobre todo, el carácter suicida de la lealtad para con otros que no sean sus propios intereses.

El fracaso de 1927 marcaría, además, los límites de la opción urbana-proletaria en la conducción del proceso revolucionario. El campesinado aparecería como la fuerza principal de la revolución y la constitución de un ejército propio, una necesidad vital.

Esta transmutación contraria a las viejas tradiciones de la teoría marxista se vuelve necesaria, y sin ella, la revolución no hubiese sido posible.

De no ser por las experiencias revolucionarias hasta 1927, a pesar de sus fracasos, no hubiese sido posible la transferencia de la experiencia política revolucionaria de la ciudad al campo, del proletariado al campesinado. Fue esta etapa dolorosa y sangrienta la que aseguró el cambio teórico y metodológico del marxismo. Al mismo tiempo que se imponía la estrategia rural, surgía una nueva dirigencia en el Partido Comunista Chino liderada por Mao-Tsé-Tung.

El perfeccionamiento de la estrategia rural no fue el fruto de un descubrimiento repentino, ni de la intuición de un solo hombre sino el producto de la decantación histórica, plagada de marchas y contramarchas, obra de un conjunto de hombres fogueados al calor de la resistencia ante el fracaso de 1927. De esta manera, la estrategia rural se abriría paso a partir de éste mismo fracaso (Huertas Ramírez, 1977).

Por otra parte, interesa resaltar que la *segunda guerra chino-japonesa* (1937-1945), iniciada en julio de 1937 con la invasión japonesa, creó tres chinas: **1**-la nacionalista de Chiang con capital en Ghongging, **2**-la comunista de Mao con sede en Yenán y **3**-la japonesa liderada por el colaboracionista Wang Jingwei que restituye al emperador Pu Yi con capital en Nanquín.

En es marco, se subraya que en la medida en que las tropas nacionalistas sólo desarrollaron una guerra exclusivamente defensiva, la verdadera guerra de resistencia y liberación se desenvolvía detrás de las líneas japonesas con la acción de las guerrillas comunistas.

La guerra, a pesar de sus consecuencias desastrosas, trajo algunas ventajas para ambos bandos. Para Chiang significó la obtención por parte de las potencias europeas de la abolición del sistema de tratados (1943), la admisión de China en el Club de los Grandes –Conferencia del El Cairo, Diciembre de 1943– y el aprovisionamiento militar permanente de los Estados Unidos.

Para los comunistas, el efecto fue el cambio en la escala del movimiento. En 1945 su influencia se hacía sentir sobre cerca de 100 millones de campesinos y su ejército sobrepasaba el millón de hombres. Por otra parte, siguiendo el camino natural, el movimiento se asentaba en los espacios rurales vacíos de la ocupación japonesa, ya que ésta, por razones estratégicas y logísticas se limitaba solamente a las ciudades y a los principales ejes de comunicación del territorio.

Motivada por la presencia y la resistencia comunista, la represión, confiada a colaboracionistas y milicias pro-japonesas, fue sangrienta. A partir de 1941 y 1942, la política de los Tres Todo (quemar, saquear y matar), rompen la indiferencia del campesinado tradicional. Por primera vez en la década, la invasión generó una movilización campesina asentada en un fuerte nacionalismo de masas organizada por el Partido Comunista Chino.

La acción de éste no se limitó a lo puramente militar, sino que se trasladaba a otros aspectos aún más importantes en el marco geográfico de las bases rurales: *la revolución social y la reforma agraria*, aunque suavizada por la política de frente unido;

el reformismo sociológico –derecho de las mujeres, reforma del matrimonio, ley de divorcio– y *la reforma cultural* –campañas de alfabetización y de adoctrinamiento–, son algunos de los ejemplos más importantes de la tarea de los cuadros (Chesneaux, 1972).

El objetivo que se buscaba era la liberalización del campesinado, entendida en un sentido integral: la creación de un hombre nuevo a través de la reorganización y modernización de las bases rurales. La experiencia política acabó por movilizar a todo el campesinado y al resto de los sectores rurales. De este modo, se instaló la estrategia o línea de masas que fomentaba la organización y participación popular en búsqueda permanente del consenso (Huertas Ramírez, 1977).

La revolución china, por necesidades estratégicas se asentó en el interior y luego se orientó a la conquista del resto del país para lograr el fin de la ocupación japonesa de territorio chino.

Desde antes de la capitulación japonesa, los Estados Unidos comenzaron a intervenir en China retardando el enfrentamiento entre el Partido Comunista Chino y el Kuomintang. Dos misiones fueron enviadas por los Estados Unidos a fin convencer a las partes de formar un gobierno de coalición, tal vez en el convencimiento de la imposibilidad del triunfo de Chiang. La Unión Soviética por su parte, aceptó en Yalta esta solución a cambio de concesiones en Manchuria.

Con la rendición japonesa y ante el fracaso de las negociaciones, el Kuomintang, con el apoyo logístico norteamericano, se apresuró a reconquistar las ciudades, mientras que la ayuda soviética en Manchuria resultaba limitada geográficamente y cuantitativamente. De lo anterior se deriva, la utilidad menor que obtendría el Partido Comunista Chino. El inicio de la Guerra Fría añade un beneficio adicional al gobierno de Chiang instalado en Nanquín.

Aparentemente convertido nuevamente en el árbitro de la situación, Chiang se sentía lo suficientemente fuerte como para aniquilar al Partido Comunista Chino y se lanzó a la ofensiva. Si bien las fuerzas nacionalistas obtuvieron algunos éxitos iniciales, a principio de 1947 la situación se estabilizó y ya para mediados del mismo año la ofensiva comunista era irresistible y sus victorias aplastantes.

Tal vez el error principal de Chiang haya sido intentar gobernar como si no hubiese sucedido nada o como si no hubiese aprendido nada de la experiencia histórica. La repetición de políticas anti-populares: corrupción, inflación, ausencia de reformas, autoritarismo y represión, llevada adelante por el equipo gobernante, destruyeron políticamente las posibilidades de éxito militar.

Sin nada para ofrecer, el gobierno rápidamente se aisló de sus posibles aliados y al perder la base social en las ciudades –intelectuales y demócratas liberales reformistas–, abrió un segundo frente en el medio urbano y convirtió a la ofensiva comunista en una tarea fácil. En un corto período –1946-1949– el régimen se derrotó a sí mismo a la vez que fue derrotado por el enemigo.

El Partido Comunista Chino por su parte, planteaba una inteligente estrategia de incorporación del medio urbano a la revolución. Sus propuestas de gobierno de coalición, anti-feudal, anti-dictatorial, y anti-imperialista, otorgaban un perfil pluralista

a la “Nueva Democracia” anunciada por Mao ayudando a construir un consenso reformista (Mao Tse-Tung: 1968). El Partido Comunista Chino logró así ser considerado como una fuerza de salvación nacional de neto corte reformista.

El fracaso de la experiencia republicana (1911-1949), constituye el fracaso del proyecto liberal de modelar y modernizar a China. Sus compromisos con el antiguo orden económico, su sectarismo social y geográfico y su incapacidad de reunificar, modernizar y liberar a China de la explotación extranjera fueron las causas de su derrota. En realidad, el proyecto liberal ya sea a causa de su propia incapacidad o por causas externas, poco pudo aportar a la solución de las tres grandes y graves crisis chinas: la social, la del Estado y la de la Nación.

La consecuencia inmediata fue su relevo por otro proyecto político: el comunista. El éxito en la toma del poder por parte del Partido Comunista Chino a contrapelo de la ideología marxista ortodoxa, de los intereses de las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial y de la mayoría de la China urbana nos hablan, no sólo, de la preeminencia del contexto socio-político interno sino también de la fuerza de la necesidad del cambio que aseguraron el triunfo revolucionario.

7. Conclusiones

Cada una de las tres grandes invasiones que sufriera China a lo largo de su historia fueron modelando la cultura, la percepción de sí misma y de los demás pueblos con los que tomó contacto y que finalmente influyeron en su política exterior.

La primera de las invasiones, la mongol, enfrentó a China con un pueblo que demostró superioridad en el campo militar basada en una fuerte determinación y voluntad de conquista. Su líder, Gengis Kan fundaría el Imperio que luego sus hijos y su nieto más destacado, Kublai Kan, convertirían en el más grande de la tierra de todos los tiempos cuya extensión superó cuatro veces el tamaño del de Alejandro Magno y dos veces más grande que el imperio romano. Tamaña hazaña deja en evidencia la habilidad militar de este pueblo originariamente nómada y analfabeto de las estepas cuyos únicos antecedentes antes del furor de conquista habría sido el dominio de los caballos.

Los mongoles nunca fueron respetados ni envidiados por los chinos, a lo sumo fueron temidos y la mezcla de ambos pueblos nunca se produjo. A los eruditos chinos les gustaba decir con desprecio ‘que despedían tal hedor que se podía oler en el viento’. Con paciencia y tiempo esta amenaza desaparecería y la cultura renacería.

Este pueblo no podría haber puesto en cuestión la autoestima y el sentido de superioridad chino. Después de todo, la habilidad militar y la brutalidad que caracterizó a Gengis Kan y a sus descendientes no constituyeron nunca en la cosmovisión confuciana valores respetables. No existía antes de la conquista contacto entre ambos pueblos y sus costumbres, idioma, formas de vestir eran demasiado diferentes como para permitir una asimilación cultural por cualquiera de las partes. De modo que la conquista mongol no produjo un cuestionamiento a la identidad cultural china y fue racionalizada sin generar rupturas.

Efectivamente, desde que se inician las invasiones bárbaras de las tribus de las estepas hasta el fin del *Imperio Yuan* y la restauración del autogobierno chino con la *Dinastía Ming* tan solo transcurrieron 360 años aproximadamente. Y si consideramos tan solo el Imperio mongol propiamente dicho el mismo duró apenas 90 años en el territorio chino, demasiado poco tiempo como para imprimir una huella profunda dada las escasas interrelaciones entre ambos pueblos.

El Imperio mongol basado en la superioridad militar pero de escaso desarrollo cultural no se sostuvo en el tiempo y sus conquistas se esfumaron en pocos siglos. Sus mejores contribuciones a la civilización china pueden observarse en el campo de lo militar, tanto en términos de estrategias como de organización y de logística. Sin embargo, dejaron la huella de la introspección y la recurrente tendencia a los ciclos de aislamiento alternados por períodos de expansionismo.

En cambio la conquista manchú tuvo un cariz diferente. Este pueblo ocupó Manchuria durante varios siglos lo que les permitió tener contactos anteriores permanentes con los chinos y conocer sus riquezas, sus métodos y deficiencias. Estos contactos previos se produjeron particularmente por el hecho de que también constituían un pueblo agricultor que aprendió de los métodos de cultivos de China y habitaban en una región más rica que las pobres estepas de la cual fueron originarios los mongoles.

De hecho, la invasión manchú se inició con la anuencia de generales chinos de la *Dinastía Ming* que los llamaron para que ingresaran en la China del Norte y los ayudaran a sofocar una rebelión interna que se había establecido en Pekín. Por supuesto que una vez llegados a Pekín aprovecharon la oportunidad, no se retiraron y procedieron a la toma del poder. De modo que su irrupción fue producto de una guerra interna en el Imperio Ming y de los fuertes conflictos de intereses entre los terratenientes del sur y los generales y burócratas del norte. Aun así, la totalidad de la conquista manchú demoró más de ocho años en establecer el control sobre la totalidad del territorio chino.

El pueblo manchú era más refinado que los mongoles y, desde la perspectiva china, no sólo superiores desde el punto de vista militar sino que sus formas de gobierno y administración resultaron más modernas y eficientes. Sus instituciones políticas y su capacidad administrativa permitieron que unos pocos millones de manchúes gobernarán a varios cientos de millones de chinos. De hecho la presencia manchú se sostuvo en China cerca de trescientos años superando ampliamente al tiempo de la ocupación mongol.

Sin embargo, para gobernar los manchúes mantuvieron su pureza racial no mezclándose con los chinos. Para gobernar en paz adoptaron el confucionismo y se comprometieron poco a poco con el inmovilismo social confirmando el *status quo* a cambio de la aceptación del dominio.

Con la explosión demográfica, la creciente insuficiencia del sistema económico basado exclusivamente en la agricultura, combinada con el uso intensivo de la mano de obra frente a las mayores necesidades, produjo una serie interminable de rebeliones internas. El siglo XIX estuvo plagado de este tipo de rebeliones que agotaron el poder imperial y condujeron a la militarización y el aumento de las autonomías regionales en detrimento de la autoridad imperial.

Sin embargo, tanto el crecimiento económico como poblacional no derivaron como en Europa en un desarrollo industrial, sino en un estancamiento del medio rural llevado al límite de la auto-subsistencia. Lo que tuvieron de parecido las sociedades pre-industriales de China y Europa se perdió en el estancamiento chino a favor del proceso industrial europeo. Lenta pero persistentemente la balanza se inclinó a favor de la civilización occidental.

Adicionalmente, los crecientes contactos con extranjeros en las cada vez más permeables fronteras, especialmente en las marítimas, llevaron a la dinastía a adoptar soluciones de compromiso con todos los actores involucrados que a la postre resultaron contradictorios entre sí e insostenibles en el tiempo en el escenario cada más complejo de la llegada de la modernidad.

Los manchúes nunca pudieron encontrar una forma de relacionamiento con Occidente que les resultara apropiada. La política exterior no era una función de gobierno muy desarrollada. El mito de la superioridad cultural y moral de China propia del neoconfucionismo imperial que debieron adoptar los manchúes resultó una trampa en el encuentro con una civilización a la cual no se puede derrotar, ni ignorar y con la que hay que entablar relaciones de igualdad tal como la occidental.

La inoperancia demostrada por la dominación manchú para lidiar con esta complicada trama de fuerzas e intereses cruzados minó poco a poco la consideración moral de la autoridad imperial. Para cuando los manchúes en los años iniciales del siglo XX intentaron ensayar una reforma ya era tarde, no contaban con la autoridad ni el respeto ni los conocimientos para llevarla a cabo.

Finalmente el encuentro con la civilización occidental que en un principio parecía encauzarse por carriles pacíficos y estar determinada básicamente por intereses comerciales adquirió una forma violenta y de dominación territorial. China escapa de la fragmentación territorial y el reparto colonial más por causas externas que por lo que pudo haber hecho por sí misma para evitarlo. El agotamiento al que llegó la civilización china producto del contacto con Occidente fue terminal.

Existen numerosos estudios que vinculan en Europa el desarrollo industrial y el surgimiento del capitalismo con la reforma protestante, a tal punto que Max Weber, en sus estudios sobre el surgimiento del capitalismo, la considera un antecedente.

En China aunque no existía la religión monoteísta y trascendente como en Europa, el confucionismo como filosofía totalizante ocupaba el lugar de ésta. Sin embargo, no puede encontrarse en China un movimiento parecido a la reforma protestante, por el contrario, la asimilación del confucionismo como filosofía de gobierno por parte de las distintas dominaciones extranjeras acentuó el inmovilismo filosófico y le cerró el camino a las transformaciones necesarias para superar el creciente estancamiento.

Esto generó la acumulación de presiones económicas, sociales y políticas que devinieron en el estallido de la revolución marxista.

Lo que produjo como resultado final esta revolución no tiene ningún punto de contacto con la tradición social y política imperial neoconfucionista y el salto en la apreciación ideológica, la organización social, económica y política son radicales.

A su manera, cada una de las tres dominaciones aportó al nuevo proceso histórico que se abre a partir de 1949. La nueva historia de China todavía es un capítulo inconcluso.

Bibliografía

- BASTID, Marcel (1979), *La evolución de la sociedad china al fin de la dinastía Qing 1873-1911*, Editorial Mc Graw Hill, Madrid.
- BIANCO, Lucien (1970), *Los orígenes de la revolución china: 1915-1949*, Editorial Tiempo Nuevo, Caracas.
- BUSSO, Anabella y PIGNATTA, María Eva (2008), “Fuerzas profundas, identidad y política exterior. Reflexiones teóricas y metodológicas”, en BUSSO, Anabella (Comp.) (2008), *Fuerzas profundas e identidad. Reflexiones en torno a su impacto en la política exterior. Un recorrido de casos*, Tomo I, e-book, UNR editora, Rosario, Argentina.
- CHESNEAUX, Jean (1972), *Los movimientos sociales chinos*, Editorial Revista de Occidente, Madrid.
- CHEVRIER, Ives (1986), *La China Moderna*, Editorial Fondo de Cultura Económica, Méjico.
- ELVIN, Michel (1973), *The pattern of the chinese past*, Editorial Sharpe, Londres.
- FAIRBANK, John (1979), *Los Estados Unidos y China*, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.
- FAIRBANK, John King (1996), *China una nueva historia*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.
- GERNET, Jacques (1982), *Historia de la civilización China*, Universidad de Cambrige, Boston.
- GULLO, Marcelo (2008), *La insubordinación fundante: breve historia de la construcción del poder de las naciones*, Editorial Biblos, Buenos Aires.
- HISAO Kung-Chuan (1967), *Imperial china: rural control in the nineteenth century*, Londres.
- HUERTAS RAMIREZ, Pedro Gustavo (1977), *Participación política y revolución en China*, Editorial de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Bogotá.
- LEVENSON, James (1987), *Cultura y Civilización en China*, Editorial Stanford Press.
- MAO TSE-TUNG (1968), *Sobre la Nueva Democracia*, en *Obras Escogidas*, Tomo II, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín.
- NEEDHAM, Joseph (1993), *Ciencia y Civilización en China*, Editorial Macmillan, New York.
- RIZZO ROMANO, Alfredo (1972), *La disputa fronteriza chino-soviética, enfoque histórico-jurídico de una tensión hegemónica*, Editorial del Círculo Militar, Buenos Aires.
- SMITH, Anthony (1997), *La identidad nacional*, Editorial Trama, Madrid.

[Volver al índice](#)

Acerca de los autores

Anabella Busso

Se graduó en Ciencia Política en la Universidad Nacional de Rosario y posteriormente obtuvo un Diploma de Posgrado y una Maestría en Ciencias Sociales con mención en Ciencia Política en FLACSO –Programa Argentina–. Ha realizado estudios en el exterior a través de becas para la realización de cursos intensivos y estancias de investigación en Estados Unidos, Brasil y Japón. Actualmente se desempeña como profesora Titular de Política Internacional Latinoamericana y Profesora Adjunta de Relaciones en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario. Además, es profesora de postgrado en el país (UNR, FLACSO, UN de La Plata, UNC, UN de Cuyo) y en el exterior (Universidad Nacional de La República, Uruguay). Es miembro del Instituto de Política Internacional de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas Como investigadora Adjunta de CONICET y del CERIR se ha especializado en política exterior de Estados Unidos hacia América Latina y relaciones bilaterales Argentina-Estados Unidos. Es autora de libros, capítulos de libros y artículos especializados y Directora de los proyectos “Políticas exteriores comparadas: una primera aproximación” y “Políticas exteriores: enfoques comparativos aplicados a estudios de caso”, ambos desarrollados en el marco del programa 202 de la Secretaría de Ciencia y Técnica de UNR.

Carla Oliva

Es Licenciada en Relaciones Internacionales egresada de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario y Magíster en Integración y Cooperación Internacional de la misma Universidad. Actualmente está cursando el Doctorado en Relaciones Internacionales. En su carrera docente se desempeña como Jefe de Trabajos Prácticos de la asignatura Política Internacional en la Licenciatura en Relaciones Internacionales de la UNR y como docente a cargo de la misma materia en el postítulo de Negocios Internacionales. Como Becaria Doctoral de CONICET e investigadora del CERIR se ha especializado en el estudio de la Política Exterior de la República Popular China. Ha escrito capítulos de libros y numerosos artículos sobre esta temática.

Graciela Zubelzú

Se graduó como Licenciada en Relaciones Internacionales en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario. Posteriormente realizó un postgrado en Ciencias Sociales con mención en Ciencia Política en FLACSO y se doctoró en Relaciones Internacionales en la Universidad Católica de Córdoba. Actualmente se desempeña como Profesora Adjunta de Política Exterior Argentina en la Licenciatura en Relaciones Internacionales de la UNR y como docente de postgrado en el Instituto del Servicio Exterior de la Nación y FLACSO. Como investigadora adjunta de CONICET y del CERIR se ha especializado en política exterior de la Federación Rusa y en relaciones bilaterales Argentina-Rusia. Ha publicado libros, capítulos de libros y artículos especializados sobre dicha problemática y se desempeña como colaboradora académica ad-honorem de la Dirección de Europa Central y Oriental del Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto y como

miembro consultor del Consejo Argentino de Relaciones Internacionales e integrante del Comité Las Provincias en el Plano Internacional de esta última institución. Es miembro del Instituto de Política Internacional de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas. Ha ejercido la codirección de los proyectos “Políticas exteriores comparadas: una primera aproximación” y “Políticas exteriores: enfoques comparativos aplicados a estudios de caso”, ambos desarrollados en el marco del programa 202 de la Secretaría de Ciencia y Técnica de UNR.

Gustavo Marini

Egresó de la Universidad Nacional de Rosario como Licenciado en Ciencia Política y, posteriormente, obtuvo un Diploma de Postgrado en Ciencias Sociales con mención en Ciencia Política en FLACSO - Programa Argentina-. Actualmente se desempeña como Profesor Titular de Economía Internacional en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario y como docente de postgrado en la Maestría en Integración y Cooperación Internacional de la misma universidad. Como docente investigador categoría III e investigador del CERIR ha trabajado temas de economía internacional y ha realizado estudios sobre política exterior de China, cuyos resultados fueron volcados en los Cuadernos de Política Exterior de dicho centro. Fue Director de Relaciones Internacionales de la UNR y, durante diez años, tuvo a su cargo la coordinación de numerosas estudios de campo -censos y encuestas- realizados en el Instituto de Estadística y Censos de la Provincia de Santa Fe. Posteriormente se desempeñó como Director de Relaciones Institucionales del Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe.

María Eva Pignatta

Obtuvo el título de Licenciada en Relaciones Internacionales en la Universidad Nacional de Rosario y, actualmente, es doctoranda en la misma disciplina en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de dicha universidad. Como becaria Fulbright complementó su formación con una capacitación intensiva en Estados Unidos y otra en el país. Actualmente se desempeña como Jefe de Trabajos Prácticos en la asignatura Política Internacional Latinoamericana en la Licenciatura en Relaciones Internacionales de la UNR y como docente a cargo de la misma materia en el Postítulo de Negocios Internacionales. En su condición de Becaria Doctoral de CONICET ha investigado cuestiones ligadas a la problemática internacional de América Latina y sus vinculaciones con Estados Unidos y se ha especializado en el rol desempeñado por la Organización de Estados Americanos en la defensa de la democracia en nuestro continente. Ha publicado artículos y ponencias vinculados a estos temas.

Marta Cabeza

Es Licenciada en Relaciones Internacionales egresada de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario y Magíster en Integración y Cooperación Internacional de la misma Universidad. Fue becaria del Instituto Ítalo Latinoamericano de Roma. Actualmente está cursando el Doctorado en Relaciones Internacionales. En su tarea docente se desempeña como Jefe de Trabajos Prácticos de la asignatura Comercio Exterior en la Licenciatura en Relaciones

Internacionales de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales y como profesora del postítulo en Negocios Internacionales. Además, es Coordinadora Académica de la Maestría en Integración y Cooperación Internacional de la UNR e investigadora del CERIR a cargo de temáticas vinculadas a la Unión Europea. En este marco ha publicado capítulos de libros y artículos especializados sobre dicha problemática.

Rubén Paredes Rodríguez

Egresó de la Universidad Nacional de Rosario como Licenciado en Relaciones Internacionales y, posteriormente, obtuvo el título de Master en Integración y Cooperación Internacional en la misma universidad y fue Becario ALFA. Actualmente está cursando el Doctorado en Relaciones Internacionales. Se desempeña como Profesor Adjunto de Economía Internacional en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario. Como becario de CONICET y como investigador del CERIR se especializó en la problemática de Medio Oriente y en los vínculos de Argentina con esta región. Ha publicado numerosos artículos y capítulos de libro sobre dicha cuestión a la vez que dictó cursos y conferencias en diversas universidades y centros académicos.